



Ayn Rand \ *Los que vivimos*

Plaza & Janes, Editores

Título del original inglés, *We the living*

Traducción, Fernando Acevedo Cubierta, Cobos

Círculo de Lectores, S.A. Lepanto, 350, 5.º Barcelona

Edición no abreviada

Edición especial exclusivamente para el *Círculo de Lectores*

Queda prohibida su venta a toda persona que no pertenezca al *Círculo*

© Plaza & Janes, Editores, S.A., 1962

Depósito legal B. 6349-67

Compuesto por Printer en *Garamond 9*

Impreso y encuadernado por Printer

Printed in Spain

ÍNDICE

Primera parte	4
Segunda parte.....	200

Primera parte

Capítulo primero

Petrogrado olía a ácido fénico.

Una bandera de un rosa grisáceo, que en otro tiempo había sido roja, ondeaba en medio del armazón de hierro. Altas vigas se elevaban hasta un techo de claraboyas, gris como el mismo hierro a causa del polvo acumulado durante tantos años. En algunos puntos la claraboya estaba rota, horadada por golpes ya olvidados, y las agudas aristas se erguían sobre un cielo tan gris como la claraboya. La bandera terminaba, por abajo, en una franja de telarañas, debajo de la cual figuraba un gran reloj de estación de ferrocarril, con sus números negros sobre un cuadrante amarillo sin cristal. Debajo del reloj, un montón de caras pálidas y de gabanes grasientos aguardaba el tren.

Kira Argounova entraba en Petrogrado erguida, inmóvil, de pie junto a la puerta de un vagón de ganado con la elegante indiferencia del viajero de un trasatlántico de lujo. Llevaba un viejo vestido de color azul turquí, sus finas piernas bronceadas estaban desnudas, un raído pañuelo de seda le ceñía el cuello y un gorro de punto con una borla amarilla clara le protegía los cabellos. Su boca era serena, sus ojos ligeramente dilatados, su mirada incrédula, arrobada por la solemne espera, como la de un guerrero que va a entrar en una ciudad extranjera y no sabe todavía si va a hacerlo como conquistador o como prisionero.

Los vagones que iban entrando bajo la cubierta rebosaban de seres humanos y de fardos: fardos envueltos en sábanas, periódicos, sacos de harina, seres humanos enfardados en abrigos y chales harapientos. Los fardos, que habían servido de camas, habían perdido toda forma, y el polvo había surcado la piel árida y agrietada de rostros que habían perdido toda expresión.

Lentamente, como cansado, el tren se detuvo. La última parada de un largo viaje a través de las devastadoras llanuras de Rusia. Se habían necesitado dos semanas para un viaje de tres días desde Crimea a Petrogrado. En 1922 los ferrocarriles, como todo lo demás, estaban por organizar. La guerra civil había terminado y se habían borrado los últimos vestigios del Ejército Blanco. Pero la mano del Régimen Rojo que gobernaba el país había olvidado las redes ferroviarias y los hilos del telégrafo. Debido a la absoluta falta de indicaciones y de horarios nadie sabía cuándo saldría un tren ni cuándo debía llegar. Y sólo la vaga noticia de una llegada posible bastaba para atraer a todas las estaciones de la línea una multitud de viajeros ansiosos. Durante horas y aun durante días enteros aguardaban sin atreverse a dejar el lugar donde, dentro de un minuto o de una semana, podía aparecer el tren. El sucio pavimento de las salas de espera estaba impregnado de olor a humanidad: sobre los fardos echados por el suelo estaban tendidos los cuerpos de los viajeros adormecidos. Para engañar el hambre, se masticaban pacientemente duros mendrugos de pan y semillas de girasol; por espacio de semanas enteras, la gente no se mudaba la ropa. Cuando, por fin, gimiendo y jadeando,

Llegaba el tren, era asaltado ferozmente, a la desesperada, con los puños y con los pies. La gente se agarraba como ostras a los estribos, a los topes, a los techos de los vagones. En su afán por subir perdía el equipaje e incluso los hijos. Y el tren, sin el menor aviso, sin que sonase ni una campana, arrancaba de un momento a otro llevándose a los que habían logrado subir a él.

Kira Argounova no había iniciado el viaje en un vagón de ganado. Al principio había conquistado un buen sitio; la mesita bajo la ventana de un coche de tercera clase. La mesita era el lugar más destacado del compartimiento y Kira el punto de mira de la atención general. Un joven oficial de los soviets consideraba apreciativamente la línea de su cuerpo que se dibujaba sobre el fondo claro de la ventana sin cristal: una gruesa señora cubierta de pieles observaba indignada la actitud desafiadora de aquella muchacha que hacía pensar en una bailarina de café concierto empujada en el taburete de un bar entre copas de champaña; sin embargo, la bailarina tenía un rostro tan severo y arrogante que tal vez —pensó la señora— parecía mejor estar sobre un pedestal que sobre una mesa de café concierto. Durante largas millas, los viajeros de aquel coche habían visto desfilar ante sus ojos los campos y las llanuras de Rusia, como fondo a un altivo perfil que se destacaba de una masa de negros cabellos que el viento se llevaba hacia atrás, dejando libre una despejada frente.

Por falta de espacio, los pies de Kira reposaban sobre las rodillas de su padre. Alexander Dimitrievitch Argounov, fatigado, acurrucado en su rincón, con las manos cruzadas sobre el estómago, semicerrados los ojos hinchados y enrojecidos, dormitaba, y sólo de vez en cuando se desvelaba con un suspiro, al darse cuenta de que tenía la boca abierta y caída.

Llevaba un gabán remendado de color caqui, altas botas de campesino con tacones gastados y una camisa de tela gruesa que, del revés, llevaba todavía impresas las palabras "Patatas de Ucrania". Este no era un disfraz intencionado, sino todo cuanto poseía Alexander Dimitrievitch. Y aun así, éste estaba más preocupado por el temor de que alguien se diera cuenta de que la montura de sus gafas era de oro auténtico.

Apojado en su brazo, Galina Petrovna, su esposa, se esforzaba en mantener erguido el cuerpo y el libro a la altura de la nariz. En la lucha por un sitio, cuando sus esfuerzos hubieron conquistado para la familia la subida a aquel coche, había podido salvar el libro, pero había perdido todas las horquillas. Y ahora se afanaba en ocultar a sus compañeros de viaje que el libro que leía era un libro francés. De vez en cuando, su pie se movía cautamente para asegurarse de que el más precioso de sus fardos, el que iba envuelto en un mantel bordado de crucecitas, seguía en su lugar. Allí iba cuanto le quedaba de sus trajes de encaje a mano comprados en Viena antes de la guerra, y la vajilla de plata con las iniciales de la familia Argounov. Y ahora, a pesar de su indignación, aquel fardo servía de almohada a un soldado que dormía y roncaba

debajo del banco, mientras sus botas asomaban por el pasillo. Lidia, la mayor de las hijas Argounov, también sentada sobre un fardo, no había tenido más remedio que quedarse en el referido pasillo, junto a las botas mencionadas, pero se había impuesto el deber de dar a entender a sus compañeros de viaje que no estaba acostumbrada a viajar de aquella manera. La joven Lidia no se resignaba a abolir ningún signo exterior de superioridad social. En este momento ostentaba tres: una corbata de encaje dorado y ennegrecido sobre un traje de deslucido terciopelo negro, un par de guantes de seda meticulosamente remendados y un frasco de agua de colonia con que, de tarde en tarde, se frotaba las bien cuidadas manos, para volver a esconderlo rápidamente ante la oblicua mirada de amonestación que desde el otro lado de su novela francesa le dirigía su madre.

Cuatro años habían pasado desde el momento en que la familia Argounov había salido de Petrogrado. Cuatro años desde que la fábrica de tejidos que poseía en los arrabales de la ciudad había sido confiscada en nombre del pueblo. Y en nombre del pueblo las bancas habían sido declaradas propiedad nacional, abiertas y vaciadas las cajas de seguridad de los Argounov, y el centelleante collar de rubíes y brillantes de que tanto se había enorgullecido Galina Petrovna en sus espléndidos salones de baile y que guardaba tan cuidadosamente, había pasado a manos desconocidas, desapareciendo para siempre.

En los días en que se cernía sobre la ciudad la sombra de un temor cada vez mayor y sin nombre, pesada como una niebla, en las oscuras esquinas de las calles en que espantosos tiroteos rasgaban el silencio de la noche, haciendo saltar los guijarros y rompiendo con siniestro estrépito los cristales de los escaparates en aquellos días en que las personas pertenecientes al círculo de relaciones de los Argounov desaparecían como copos de nieve al contacto de la llama, la familia, reunida en la antecámara de su grande y granítica residencia, con una considerable suma de dinero en el arca de caudales, algunas joyas y un terror que cada campanillazo reavivaba, no encontró otra solución mejor que la fuga. Por aquellos días había terminado ya, en Petrogrado, el estrépito de la revolución; la ciudad se había resignado desesperadamente a la victoria roja; pero en el sur de Rusia roncaba todavía la guerra civil. El sur estaba en manos del Ejército Blanco, aquel ejército que, esparcido por todo el vasto país, en ignorados pueblos separados por millas y millas de líneas férreas inutilizadas, combatía haciendo ondear sus banderas tricolores, con un concepto confuso e inquieto del enemigo y ningún concepto real de su importancia.

Abandonado Petrogrado, los Argounov se dirigieron a Crimea. Allí debían aguardar que la capital quedase liberada del yugo rojo. Tras de sí dejaban salones en cuyos altos espejos se reflejaban arañas de resplandeciente cristal, pieles perfumadas y caballos excelentemente adiestrados, anchos

ventanales que se abrían a una calle de bellos e imponentes edificios, la calle Kamenostrovsky, en el barrio elegante de la capital. Pasaron cuatro años en barracas llenas de gente, donde los cortantes vientos de Crimea se filtraban a través de las paredes de piedra porosa; cuatro años de té con sacarina; de cebollas fritas en aceite de linaza, de bombardeos nocturnos y de siniestros amaneceres, cuando únicamente la bandera roja o la tricolor en las calles indicaban a qué manos había pasado la ciudad.

Por seis veces alternaron las banderas en Crimea; pero el año 1921 vio el final de la lucha. Desde las orillas del mar Blanco a las del mar Negro, desde los confines de Polonia hasta los ríos amarillos de la China, la bandera roja fue izada en triunfo a los acordes de *La Internacional* y al estruendo de las puertas del mundo que se cerraban para Rusia.

Los Argounov habían salido de Petrogrado en otoño, serenos, casi alegres. Su viaje les parecía una molestia, pero creían que iba a durar poco. Pensaban estar de vuelta en primavera, y Galina Petrovna no había permitido que Alexander Dimitrievitch se llevase el abrigo de pieles.

—¿Pues qué? ¿Crees que esto va a durar un año? —decía riéndose del gobierno de los soviets.

No habían estado fuera un año, sino cinco. En 1922, con sorda resignación, la familia había emprendido el viaje de regreso a Petrogrado, para volver a empezar la vida, si era posible. Una vez en el tren, a los primeros chirridos de las ruedas, a las sacudidas del coche, los Argounov se miraron en silencio unos a otros. Galina Petrovna pensaba en el palacio de la calle Kamenostrovsky y se preguntaba si volvería a poseerlo jamás; Lidia volvía a ver con el pensamiento la antigua iglesia donde, de niña, se había arrodillado en todas las Pascuas y experimentaba un insistente deseo de visitarla en cuanto llegase a Petrogrado; Alexander Dimitrievitch no pensaba; Kira se acordaba de golpe de que cuando iba al teatro, su momento preferido era aquel en que, apagadas ya las luces, el telón ondeaba antes de levantarse, y se preguntaba maravillada el por qué de este recuerdo. La mesita en que Kira estaba sentada se apoyaba en dos bancos de madera; diez cabezas se veían unas frente a otras como dos paredes rígidas y hostiles que se moviesen según el ritmo del tren, que corría a saltos; diez puntos blancos y polvorientos en la penumbra; Alexander Dimitrievitch y el leve reflejo de sus gafas de oro, Galina Petrovna con el rostro más blanco que las blancas páginas de su libro, un joven oficial soviético y el rápido centelleo de la luz sobre su bolsa nueva de cuero, un campesino barbudo envuelto en una maloliente pelliza y que se rascaba sin ningún reparo. Una mujer extenuada, de caídos pechos, que a cada momento estaba contando con gran afán sus paquetes y sus criaturas. Frente a éstos, dos niños descalzos y despeinados, un soldado con la cabeza inclinada y las alpargatas apoyadas sobre la maleta de cocodrilo de la gruesa dama en abrigo de pieles. Esta era la única viajera que poseía una maleta y

unas mejillas llenas y rosadas, que resaltaban todavía más por contraste con las flacas y pecosas de una mujeruca de aspecto malhumorado que llevaba una chaqueta de hombre y un pañuelo y tenía unos dientes feísimos.

A través de la ventana rota penetró un rayo de sol que, iluminando la cabeza de Kira, fue a posarse sobre tres pares de botas que colgaban del plano superior, donde se hacinaban tres soldados. Sobre éstos, un muchacho tuberculoso, acurrucado en la red de los equipajes, con el pecho junto a la techumbre, dormía entre sordos ronquidos y resoplidos fatigosos. Bajo los pies de los viajeros se oía el traqueteo de las ruedas; parecía que a cada instante hubiese volcado un carro de hierro viejo, y que los pedazos echasen a rodar por una escalera: por encima de las cabezas de los viajeros, se oía el silbido de una respiración, como si el aire se escapase de un fuelle agujereado, pero el silbido cesaba de vez en cuando para convertirse en un débil gemido, mientras las ruedas no se detenían nunca.

Kira tenía solamente dieciocho años y pensaba en Petrogrado. Junto a ella no se hablaba de otra cosa. Pero ella ignoraba si las frases que atravesaban aquella espesa atmósfera, aquella movediza nube de polvo, sudor y miedo, se habían pronunciado en una hora, en un día o en varias semanas: no tenía la menor idea, porque no escuchaba.

—¡En Petrogrado tienen pescado seco, ciudadano! —¡ Y aceite de semillas de girasol! ¿No?

—Stepka, si quieres rascarte, hazlo hacia el corredor, no hacia nosotros. En nuestra cooperativa, en Petrogrado, dan patatas. Un poco heladas, pero auténticas. —¿Ha probado alguna vez buñuelos de café molido y melaza?

¡En Petrogrado, el barro llega hasta las rodillas!

Hay que pasarse tres horas haciendo cola en la cooperativa, sin que uno sepa si van a dar algo que comer o no. —¡Pero en Petrogrado está la NEP! —¿Y eso qué es?

—Pero ¿de dónde sale usted? ¿No ha oído nunca hablar de la NEP?

—¡Indudablemente, camarada! Petrogrado... NEP y comercios particulares.

—Si no es usted especulador, se va a morir de hambre. Si lo es, podrá tener todo cuanto necesite; pero si no lo es ni tiene dinero para comprar en las tiendas particulares, tendrá que resignarse a hacer cola delante de las cooperativas. —¡En la cooperativa dan mijo!

—¡Una barriga vacía es una barriga vacía para todo el mundo menos para los piojos!

—Ciudadano, ¡haz el favor de no rascarte más! Alguien de los que estaban en el piso de arriba dijo entonces: —Cuando llegue a Petrogrado me gustaría comer una sopa de harina de maíz.

—¡Dios mío! —suspiró la señora del abrigo de pieles—. ¡Si pudiese tomarme un baño, un buen baño caliente, al llegar a Petrogrado!

—Ciudadanos —preguntó audazmente Lidia—, ¿hay helados de crema en Petrogrado? ¡Llevo cinco años sin probarlos! Verdaderos helados de crema, fríos, tan fríos que quitan la respiración... —Sí —intervino Kira—, tan fríos que quitan la respiración. Pero luego se anda más de prisa y se ven luces, largas hileras de luces que se mueven detrás de una mientras anda... —Pero ¿de qué estás hablando? —preguntó Lidia. —De Petrogrado —repuso Kira sorprendida—. Creía que se hablaba de Petrogrado y del frío que hacía. ¿Acaso no era eso? —Ni por asomo. Como de costumbre, estabas distraída. — Pensaba en las calles, esas calles de una gran ciudad en que son posibles tantas cosas, donde quién sabe lo que puede ocurrir. ¿No tienes bastante con la revolución y todo lo demás? —¡Claro está! —dijo Kira con indiferencia—. ¡La revolución! Galina Petrovna la interrumpió bruscamente: —¡Y lo dices con el aire más contento del mundo! Creía que ya empezábamos a estar todos cansados de lo que puede ocurrir. La mujer del pañuelo rojo abrió un paquete, sacó un pedazo de pescado seco y luego se volvió al piso superior. — Hágame el favor, ciudadano, quite los zapatos de ahí, que estoy comiendo. Los zapatos no se movieron, y una voz contestó: —Supongo que no come usted por la nariz.

La mujer pegó dentellada a su pescado y, en su irritación, dio un codazo al abrigo de pieles de su vecina.

—Está claro —dijo—, no hay que tener consideraciones para con nosotros los proletarios. Si tuviese un buen abrigo de pieles no comería pescado seco, sino pan blanco.

—¿Pan blanco? —exclamó escandalizada la señora del abrigo de pieles—. Pero, ciudadana, ¿quién ha oído hablar jamás de pan blanco? Yo tengo un sobrino en el Ejército Rojo y no veo el pan blanco ni en sueños.

—¿Ah, no? ¡Pero aseguraría que no come usted pescado seco! ¿Quiere un poco?

—Desde luego... sí, ciudadana, muchas gracias. Tengo apetito y... —¿Ah, sí? ¿De modo que tiene apetito? ¡Ya os conozco, burgueses! ¡Sois capaces de llevaros hasta el último bocado de la boca de un trabajador! ¡Pero no será de la mía, ya se lo aseguro yo! El coche estaba invadido por el olor a madera podrida, a ropa no cambiada durante varias semanas, y por las emanaciones que salían de una puerta abierta en un extremo del pasillo. La señora del abrigo de pieles se levantó con precaución y se dirigió a esa puerta, pasando por encima de los cuerpos que había tendidos por el corredor.

—¿Me harán ustedes el favor de salir un momento, ciudadanos? —preguntó humildemente a dos caballeros que viajaban cómodamente en el pequeño compartimiento reservado, el uno en el asiento y el otro recostado sobre el sucio pavimento. —Desde luego, ciudadana —contestó amablemente el que estaba sentado, dando un puntapié al otro, que estaba medio dormido. Una vez sola y segura de que nadie podía verla, la señora del abrigo de pieles

sacó furtivamente de su bolso un envoltorio de papel impermeable. No quería que los de su compartimiento la supieran poseedora de toda una patata cocida. La devoró a grandes bocados nerviosos, tosiendo y esforzándose en que no la oyeran del otro lado de la puerta cerrada.

Al salir encontró a los dos caballeros que aguardaban para volver a sus sitios. Por la noche dos linternas humosas temblaban a uno y otro extremo del coche, encima de las puertas, como dos amarillentos puntos móviles que rasgasen la gris oscuridad del cielo nocturno que se divisaba por las aberturas de las ventanas rotas. Al compás del traqueteo de las ruedas se veían bailotear en la oscuridad negras figuras, rígidas como máquinas. Había gente que permanecía sentada; otros que dormían y roncaban; otros que gemían, pero nadie decía una palabra.

Cuando el tren atravesaba una estación, una ráfaga de luz rasgaba las tinieblas del coche y relucía por un instante la figura de Kira con su cara inclinada sobre los brazos cruzados sobre el regazo y los cabellos caídos sobre las rodillas; la luz hacía centellear su pelo, y luego todo volvía a la oscuridad.

Y en medio de aquella oscuridad, entre los gemidos y los chirridos de las ruedas, un soldado, acompañándose con la armónica, cantaba. Cantaba una canción tras otra, con monotonía, persistentemente. Nadie hubiera sabido si su canto era triste o alegre, si era una canción jocosa o una obra inmortal; era el primer signo de la revolución nacido quién sabe dónde, a la vez alegre, inquieto, amargo y atrevido, que por entonces repetían millones de voces; millones de voces que se hacían eco en los coches de los trenes, a lo largo de las carreteras aldeanas y de las oscuras callejas de las ciudades; millones de voces, de las que unas reían, y otras lloraban; era el canto del pueblo que se reía de sus propios dolores, el canto de la revolución, no escrito en ninguna bandera, sino impreso en todos los corazones; era la canción de la *Manzanita*:

¿Hacia dónde ruedas, manzanita?

*¿Hacia dónde ruedas, manzanita? Si caes en las garras de los alemanes ya no volverás... ¡oh, manzanita! ¿adonde vas? Quiero a un blanco y yo soy roja...
¿Hacia dónde ruedas, manzanita? "*

Nadie sabía qué era la manzanita, nadie lo decía, pero todo el mundo lo comprendía.

Varias veces cada noche, un pie empujaba la puerta; de pronto aparecía una linterna sostenida por una mano vacilante, y detrás de la linterna brillaba el acero; se distinguía un uniforme caqui, botones de cobre, bayonetas y unos hombres de voz dura e imperiosa que gritaban exigentes. —¡La documentación!

Temblosa, la luz de la linterna seguía avanzando lentamente a lo largo de los coches, proyectándose sobre rostros pálidos y entorpecidos y sobre manos vacilantes que tendían pedazos de papel arrugado.

Galina Petrovna sonreía con aire de conciliación: —Ahí está, camarada —y tendía hacia la linterna una hoja de papel con unas líneas a máquina en las que constaba el permiso de viaje a Petrogrado para el ciudadano Alexander Argounov, su esposa, Galina, y sus hijas Lidia, de veintiocho años, y Kira de dieciocho.

Los hombres, detrás de la linterna, echaban un vistazo al papel, lo devolvían bruscamente y continuaban su trabajo pasando por encima de las piernas de Lidia, tendidas a través del pasillo. Alguna vez se daba el caso de que uno de los hombres diera una ojeada a la muchacha sentada sobre la mesita. Ella, despierta, le seguía con los ojos; y aquellos ojos no delataban espanto; eran firmes, curiosos, hostiles.

Luego, hombres y linterna desaparecían y el soldado de la armónica volvía a gemir:

Ahora ya no hay Rusia

porque Rusia se sublevó.

¡Ay, manzanita!

¿Hasta dónde rodó?

A veces, en medio de la noche, el tren se detenía. Nadie sabía por qué. En la estéril llanura no había ninguna estación, ninguna señal de vida. Sólo un vacío espacio de cielo cubriendo un vacío de tierra; en el cielo, algunas manchas más oscuras: las nubes; en la tierra, otras: los matorrales.

Una línea indecisa de color rojo pálido separaba la tierra del cielo, evocando la idea de un huracán o un incendio lejano. En un susurro, una noticia se propagaba por todo el tren.

Ha estallado la caldera...

A media milla de aquí hay un puente volado...

Han encontrado antirrevolucionarios en el tren y los están fusilando entre las matas.

Si seguimos mucho tiempo parados... los bandidos... ya lo sabe usted...

—Dicen que Makhno está por estos andurriales.

Si nos hacen prisioneros ya sabéis lo que significa, ¿verdad? No queda ni un hombre en vida... Las mujeres sí, pero preferirían la muerte...

—No diga usted más tonterías, ciudadano... Asusta a las mujeres.

Ráfagas de luz eléctrica hendían las nubes y desaparecían inmediatamente. ¿Venían de cerca o de muy lejos? Nadie hubiera podido decirlo, del mismo

modo que nadie hubiera podido decir si aquel punto negro que parecía haberse movido allá abajo era un hombre, un caballo o un matorral.

Súbitamente, igual que se había detenido, el tren se ponía de nuevo en marcha. El ruido de las ruedas era acogido con suspiros de alivio. El motivo de la parada quedaría ignorado para siempre. Una mañana, muy temprano, algunos hombres atravesaron el tren corriendo. Uno de ellos llevaba el brazal de la Cruz Roja. Fuera se oyó un agitado rumoreo. Uno de los pasajeros siguió a aquellos hombres; a su vuelta llevaba impreso en la cara algo que inquietó a sus compañeros de viaje.

—Es en el coche de al lado —explicó—: una campesina estúpida viajaba entre dos vagones, con las piernas atadas al tope para no caerse. Esta noche se ha dormido; estaba demasiado cansada y ha resbalado. El tener las piernas atadas le ha arrastrado con el tren debajo de las ruedas. Ha quedado decapitada. Siento haber ido a verlo.

Hacia medio viaje, en una pequeña estación solitaria de desaseados andenes llenos de soldados harapientos y de chillones carteles, se descubrió que el vagón en que viajaba la familia Argounov no podía continuar el viaje. Hacía años que los coches no habían sido inspeccionados ni reparados, y cuando se producía una avería auténtica no había manera de remediarla. Los ocupantes debían desalojar el coche cuanto antes. Y no había que pensar en remplazado; si tenían un poco de suerte, los viajeros lograban meterse en los otros coches, ya llenos hasta rebosar. Los Argounov se refugiaron en un vagón de ganado. Galina Petrovna y Lidia se persignaron, dando gracias a Dios. La mujer de los pechos caídos no pudo encontrar sitio para todos sus hijos. Cuando arrancó el tren se la vio quedarse en tierra sentada sobre sus fardos y rodeada por todos sus críos que se agarraban a sus faldas. Su mirada, fija, sombría y desesperada, iba siguiendo la marcha del tren.

Cansadamente, la larga fila de coches iba extendiéndose a través de prados y pantanos, dejando tras de sí un velo de humo que, poco a poco, se disipaba en blancas nubéculas. Sobre los techos inclinados y resbaladizos, soldados hacinados iban tocando la armónica y cantando *Manzanita*. El sonido seguía un rato al convoy, y luego se perdía con el humo.

En Petrogrado había mucha gente aguardando el tren. Cuando repercutió bajo la bóveda de la estación el último jadeo de la máquina, Kira Argounov se vio frente a aquella multitud que aguardaba la llegada de todos los trenes. Trajes sin forma cubrían aquellos cuerpos erguidos con la ficticia energía nerviosa de una larga lucha que ya se había convertido en costumbre. Los rostros eran adustos y fatigados. Detrás de ellos se veían altos ventanales enrejados... y detrás de éstos la ciudad.

Kira se sintió empujada hacia adelante por los viajeros impacientes. Al bajar del tren se detuvo vacilante, por un momento, como si se diese cuenta del sentido del paso que iba a dar. Su pie bronceado por el sol

calzaba una sandalia hecha en casa, con unas correas de cuero abrochadas con una hebilla de alambre que había dejado sobre su piel una señal encarnada. Por un momento su pie permaneció en el aire. Luego la sandalia tocó el pavimento de madera del andén: Kira Argounova estaba en Petrogrado.

Capítulo segundo

¡Proletarios del mundo entero, uníos!

Las desnudas paredes de la estación surgieron ante los ojos de Kira; en muchos puntos el revoque había caído, dejando manchas oscuras que daban a la pared el aspecto de tener una enfermedad de la piel. Pero, en cambio, se leían nuevas inscripciones. Rojos letreros advertían: ¡Viva la dictadura del proletariado! ¡Quien no está con nosotros, está contra nosotros! Algunas palabras estaban escritas de través. Alguna de las letras impresas en tinta roja había ido chorreando al secarse, dejando largos regueros de color que serpenteaban por la pared. Bajo el rótulo, un muchacho estaba apoyado al muro. Un deslucido gorro de piel de cordero cubría sus descoloridos cabellos y sombreaba sus descoloridos ojos; miraba fijamente hacia adelante, con indiferencia, masticando pepitas de girasol, cuyas cascarras escupía luego por la comisura de los labios.

Entre el tren y las paredes cubiertas de inscripciones rumoreaba una masa caqui y roja, una especie de avalancha que arrastraba a Kira hacia el centro de un grupo de soldados, entre rostros sin afeitarse, pañuelos encarnados, fardos y paquetes. Las bocas se abrían sin parecer emitir sonido alguno; sus gritos se perdían en el rumor de las botas que recorrían el andén, repercutiendo bajo la alta bóveda de acero. Un viejo tonel de enmohecidos aros, con un vaso de estaño atado con una cadena, llevaba la inscripción "agua hervida", y junto a él había un gran cartelón donde se leía: "¡Cuidado con el cólera! ¡No bebáis agua sin hervir!" Con el rabo entre las patas un perro errante, de aspecto tan esquelético que podían contársele las costillas, olisqueaba el sucio pavimento en busca de algo que comer.

Dos soldados armados se abrían paso a la fuerza por entre la muchedumbre, arrastrando a una campesina que forcejeaba por escapar y sollozaba:

—¡Camaradas, yo no he hecho nada! ¿Por qué me detenéis, hermanos? ¡Por el amor de Dios, camaradas, no he hecho nada! En el suelo, entre las botas y las ondeantes faldas llenas de barro, alguien aullaba una especie de lamentación; el aullido no era ni un sonido humano ni un grito de animal;

una mujer se arrastraba de rodillas intentando recoger el mijo que se había derramado de un saco; sollozaba e iba recogiendo juntamente con los granos cascadas de pepitas de girasol y colillas de cigarrillo. Kira miró hacia los altos ventanales. Fuera oyó el viejo ruido familiar del tranvía. Sonrió.

Un joven militar estaba de guardia junto a una puerta sobre la que en letras rojas se leía: "Comandante". Kira le miró. Sus ojos eran austeros y amenazadores como una llama que ardiera bajo la fría bóveda gris de una caverna. Todos los músculos de aquella cara bronceada, la mano que cogía la bayoneta, el cuello que sobresalía de su camisa entreabierta, todo denotaba una innata temeridad. A Kira le gustó. Le miró a los ojos y sonrió. Supuso que él debería comprenderla e imaginar qué gran aventura empezaba para ella.

El soldado la miró fríamente, con sorpresa e indiferencia. Ella desvió los ojos, algo desilusionada, pero sin saber por qué. Todo lo que vio el soldado en aquella singular muchacha del gorro de punto fueron sus ojos extraños y su busto apenas pronunciado que se adivinaba debajo del ligero vestido. Y, verdaderamente, esto no le desagradó. —¡Kira!

La voz de Galina Petrovna cubrió los ruidos de la estación. —¿Dónde estás, Kira? ¿Dónde están tus fardos? ¿Qué has hecho de ellos?

Kira volvió al vagón de ganado en que su familia se estaba ocupando de los equipajes. Había olvidado que, por razones del precio inaccesible que exigían los faquines, tenía que llevar sus tres fardos. Galina Petrovna sostenía una verdadera lucha para librarse de unos cuantos faquines de andrajosos uniformes que, sin que nadie se lo hubiera pedido, cogían los equipajes y ofrecían insolentemente sus servicios.

Finalmente, con los brazos cargados con los restos de sus riquezas, la familia Argounov entró en Petrogrado.

Una hoz y un martillo dorados se erguían sobre la puerta de salida. A ambos lados había carteles colgados. En uno se veía a un robusto obrero que con sus fuertes botas aplastaba diminutos palacios, mientras sus brazos en alto, con músculos rojos como bistés, saludaban un sol naciente, no menos rojo que los músculos. En el sol estaban impresas estas letras: "¡Camaradas, vosotros sois los constructores de una nueva vida!" El segundo cartel representaba un gran piojo blanco sobre fondo negro, con una inscripción en letras rojas: "¡Los piojos transmiten las enfermedades! ¡Ciudadanos, incorpóranos todos al frente antitífico!"

El edificio de la estación estaba siendo desinfectado para combatir las enfermedades que cada vez que llegaba un tren caían sobre la capital. El olor, parecido al que sale por las ventanas de los hospitales, cundía por el aire como una advertencia y un angustioso recuerdo.

Las puertas de Petrogrado se abrían sobre la plaza Znamensky. Sobre un palo, un cartelón anunciaba su nuevo nombre: "Plaza del Progreso".

Frente a la estación, una gran estatua gris de Alejandro III se elevaba sobre el fondo gris del edificio de un hotel, bajo el dosel gris del cielo. No llovía mucho; a grandes intervalos caían algunas gotas, lentamente, como si el cielo se hubiera resquebrajado y necesitase una reparación, lo mismo que el gastado pavimento de madera en que gotas, al caer sobre los charcos, ponían reflejos de plata.

Los techos negros de los coches parecían relucientes hules que ondeasen mientras las ruedas se hundían en el barro, gruñendo como animales rumiantes. Viejos edificios vigilaban la plaza con los apagados ojos de sus tiendas abandonadas, en cuyas polvorientas ventanas campeaban desde hacía cinco años telarañas y papeles de periódico.

Encima de una ventana, un jirón de grosera tela llevaba escrito: " Centro de abastecimientos".

Una hilera de personas esperaba ante la puerta, prolongándose hasta la esquina. Era una larga hilera de pies embutidos en zapatos hinchados por la lluvia, de manos enrojecidas por el frío, de cuellos levantados que no lograban impedir que las gotas de agua se insinuasen a lo largo de la espalda, porque muchas cabezas estaban inclinadas hacia adelante.

Bien —dijo Alexander Dimitrievitch—, ya estamos de vuelta. —Es maravilloso —dijo Kira.

—Hay el mismo barro de siempre —observó Lidia. —Vamos a tener que tomar un coche. ¡Vaya un gasto! —dijo Galina Petrovna.

Se metieron en uno. Kira se sentó sobre el equipaje. El caballo dio un salto hacia adelante levantando una rociada de barro que fue a caer sobre Kira, y dio la vuelta hacia Nevsky Prospect. La larga calle se extendía ante sus ojos, recta como la espina dorsal de la ciudad. A lo lejos, en la niebla gris, la fina y dorada cúpula del Almirantazgo resplandecía débilmente como un brazo erguido en alto en solemne saludo.

Petrogrado había visto cinco años de revolución. Cuatro de ellos habían cerrado todas sus arterias y todos sus establecimientos, al que la nacionalización extendía el polvo y las telarañas sobre los espléndidos escaparates de cristal; el último año había traído consigo jabón y escobas, y nuevas pinturas y nuevos propietarios, porque el Estado había anunciado que establecería un "compromiso transitorio" y había permitido a los pequeños comerciantes que volvieran a abrir tímidamente sus comercios. La Nevsky, después de un largo sueño, abría lentamente los ojos. Y estos ojos, que habían perdido ya la costumbre de la luz, miraban entre asustados e incrédulos. Trozos de grosera tela, con desgarradas y desiguales inscripciones, constituían los nuevos rótulos de los establecimientos.

Los viejos eran como lápidas mortuorias de hombres desaparecidos desde mucho tiempo antes. Sobre los escaparates de las tiendas que habían pasado a manos de los nuevos propietarios, las letras doradas hablaban de nombres

olvidados; en los cristales podían verse todavía agujeros de las balas, las hendeduras oscurecidas por el sol.

Había tiendas sin rótulo, y rótulos sin tienda. Pero, entre las ventanas y encima de las puertas cerradas, sobre los ladrillos y sobre los tablones, sobre las grietas innumerables de los revoques, la ciudad se había puesto un manto de colores vivos como los de un mosaico, había pasquines en que figuraban camisas rojas y trigo amarillo, banderas rojas y ruedas azules, pañuelos rojos, automóviles y tractores grises y camiones pardos; estos pasquines, humedecidos por la lluvia, casi transparentes, iban multiplicándose sin freno ni límite.

En una esquina, una anciana señora ofrecía tímidamente una bandeja de dulces hechos en casa, pero los pies pasaban por delante sin detenerse. Alguien gritaba: "*Pravda! Krasnaia Gazeta!* ¡Con las últimas noticias, ciudadanos!" El suelo estaba lleno de barro y de pepitas de girasol; en lo alto, en todas las ventanas se veían banderas rojas cubiertas de manchas que dejaban caer gotitas rosadas.

Espero —dijo Galina Petrovna— que mi hermana Marussia estará contenta de vernos.

—¡Quién sabe —dijo Lidia— qué les habrá sucedido a los Dunaev durante estos años!

—¡Quién sabe qué les habrá quedado —dijo Galina Petrovna—, si es que les ha quedado algo! ¡Pobre Marussia! ¡Supongo que no les quedará mucho más que a nosotros!

—Y aunque tengan más —dijo suspirando Alejandro Dimitrievitch—, ¿acaso cambiaría algo, Galina? —Nada —dijo Galina Petrovna—. Así lo espero. —De todos modos, todavía no somos parientes pobres —dijo orgullosamente Lidia, levantándose un poco la falda para que los transeúntes vieran sus borceguíes verde oliva, con sus agudas punteras y sus tacones a la francesa. Kira, sin escuchar, observaba la calle.

El coche se detuvo ante la casa donde, cuatro años antes, los Argounov habían visto por última vez a los Dunaev en su espléndido piso. La mitad del imponente portal estaba cerrada por una gruesa vidriera cuadrada, y la otra mitad por tablones de basta madera, precipitadamente clavados.

En otro tiempo el espacioso vestíbulo había estado adornado por una mullida alfombra y una chimenea esculpida a mano. Galina Petrovna se acordaba. Ahora ya no había alfombra, pero, en cambio, estaba todavía la chimenea, sólo que sobre el blanco pecho de mármol de los Cupidos campeaban inscripciones en lápiz y una larga hendedura en diagonal atravesaba el espejo. Un portero soñoliento asomó la cabeza fuera de su quiosco de madera debajo de la escalera y volvió a retirarse con indiferencia. Arrastrando sus fardos por la escalera, los Argounov llegaron ante una puerta acolchada; el hule negro

estaba roto por varios puntos y una franja de sucio algodón gris lo rodeaba por todas partes.

—¡Quién sabe —murmuró Lidia— si tendrán todavía aquel magnífico mayordomo! Galina Petrovna pulsó la campanilla.

Dentro se oyó ruido de pasos. Una llave giró en la cerradura. Una mano cautelosa entreabrió una puerta defendida con una cadena. A través de la abertura asomó el rostro de una vieja, cubierta de greñas grises; a guisa de delantal, llevaba una toalla atada a la cintura, y sus pies calzaban zapatillas de hombre. La mujer contempló en silencio a los recién llegados; les escrutó con hostilidad y sin mantener la menor intención de abrir la puerta.

—¿Está María Petrovna? —preguntó Galina con voz ligeramente alterada.

—¿Quién pregunta por ella? —articuló la desdentada boca de la vieja.

—Soy su hermana, Galina Petrovna Argounov. La otra no contestó, sino que volviéndose hacia el interior chilló: —¡María Petrovna, ahí está una que dice que es su hermana! Desde el interior del piso contestó un ataque de tos. Luego se oyeron unos pasos lentos y, finalmente, apareció, detrás de los hombros de la vieja, una pálida cara escrutadora y se oyó un grito:

—¡Señor Dios mío!

La puerta se cerró de un golpe, se quitó la cadena, la puerta volvió a abrirse de un tirón y dos flacos brazos estrecharon a Galina Petrovna, empujándola contra una caja que se tambaleó:

—¡Galina, querida, eres tú! —¡Marussia!

Los labios de Galina se hundieron en un carrillo fofo y su nariz se perdió entre los finos y secos cabellos perfumados con algo que olía a vainilla.

María Petrovna había sido siempre la belleza de la familia, la mujercita delicada y mimada a quien su marido, en invierno, llevaba en brazos hasta su coche para que no llegara a pisar la nieve. Ahora se la veía más vieja que Galina. Su tez tenía el color del lino sucio, sus labios no eran bastante encarnados y sus párpados lo eran demasiado.

Detrás de las dos mujeres se abrió ruidosamente una puerta, y algo llegó volando al recibimiento, algo alto, enérgico, un huracán de cabellos y dos ojos como faros de automóvil. Galina Petrovna reconoció a su sobrina Irina, una joven de dieciocho años, con ojos de veintiocho y risa de ocho.

Su hermanita Asha corrió detrás de ella hasta la puerta, donde se detuvo contemplando a los recién llegados con cierta irritación. Tenía ocho años, y le estaban haciendo falta unas ligas y unos tizeretazos a los cabellos.

Galina Petrovna besó a sus sobrinas, y luego se puso de puntillas para besar en la mejilla a su cuñado, Vasili Ivanovitch. Se esforzó en no mirarle. Sus espesos cabellos eran blancos como la nieve, y su cuerpo alto y fuerte se había encorvado. Si se hubiese torcido la torre del Almirantazgo tal vez el ánimo de Galina Petrovna no se hubiera acongojado tanto. Vasili Ivanovitch

no acostumbraba hablar mucho. Sólo dijo: —¿Esta es mi amiguita Kira? Y un beso hizo más cariñosa la pregunta.

Una oscura llama resplandecía en sus ojos hundidos, parecidos a carbones ardientes inexorablemente amenazados por la ceniza que poco a poco había de apagarlos. Luego dijo: —Siento que Víctor no esté en casa. Está en el Instituto. ¡Es un muchacho muy trabajador!

Al nombrar a su hijo, los ojos de Vasili volvieron a encenderse como si por un momento una racha de aire hubiera reanimado los carbones que se estaban apagando.

Antes de la revolución Vasili Ivanovitch Dunaev tenía un productivo negocio de peletería.

Había empezado como cazador en Siberia con un fusil, un par de botas y dos brazos capaces de levantar un buey. Odiaba las debilidades. Una herida que le habían causado en una pierna los dientes de un oso le había dejado una profunda cicatriz. Una vez le encontraron enterrado en la nieve: llevaba allí dos días, pero sus brazos estrechaban el cuerpo de la más maravillosa zorra plateada que los asustados campesinos de Siberia habían visto jamás. Durante diez años su familia permaneció sin noticias; pero cuando volvió a San Petersburgo abrió un comercio del que sus padres no hubieran podido pagar ni los pomos de las puertas y compró herraduras de plata para los tres corceles que galopaban arrastrando su coche a lo largo de la Nevsky.

Por sus manos habían pasado armiños que habían barrido luego las escaleras de mármol de palacios reales, chinchillas que habían acariciado blancos hombros de mármol. Sus músculos y las heladas noches de Siberia habían pagado cada pelo de cada una de las pieles que habían pasado por sus manos.

Tenía sesenta años: su espina dorsal era recta como su fusil, y su espíritu derecho como su espina dorsal.

Cuando en el comedor de su hermana, Galina Petrovna se llevó a los labios la cuchara llena de mijo humeante, miró furtivamente a Vasili Ivanovitch. Le daba miedo estudiarlo abiertamente, pero había visto su espalda curvada y no podía evitar preguntarse qué le debía haber ocurrido a su espíritu.

Observó los cambios que se habían producido en la estancia. La cuchara no pertenecía al rico servicio de otros tiempos; era de pesado estaño y comunicaba a la sopa un sabor metálico. Se acordaba de los vasos de plata y de cristal que había habido sobre el aparador; ahora sólo lo adornaba un vaso de loza de Ucrania, y, en las paredes, los clavos cubiertos de moho indicaban el sitio que en otro tiempo habían ocupado cuadros antiguos. Al otro lado de la mesa, María Petrovna hablaba con nervioso apresuramiento, con ademanes que recordaban aquella gracia caprichosa que, un día, había fascinado todos los salones en que entraba aquella hermosa mujer. Pero las palabras que oía Galina Petrovna eran nuevas, eran palabras que parecían

jalonar los años de separación y todo cuanto había acontecido durante aquel tiempo.

—Las cartillas de racionamiento están reservadas a los empleados de los soviets y a los estudiantes. Nosotros sólo tenemos dos cartillas: dos para toda la familia; no es mucho. La de estudiante de Víctor en el Instituto y la de Irina en la Academia de Bellas Artes. Pero yo, como no estoy empleada, no tengo cartilla. Y Vasili...

Se detuvo bruscamente como si sus palabras, corriendo, hubieran llegado demasiado lejos. Miró a su marido furtivamente, con unos ojos que parecían implorar. Vasili Ivanovitch contemplaba su plato en silencio.

María Petrovna agitó elocuentemente las manos.

Los tiempos son difíciles, Galina, muy difíciles. ¡Dios tenga piedad de nosotros! ¿Te acuerdas de Lili Savinskaia, aquella que no llevaba más que joyas de perlas? Bien; murió. Murió en 1919. Fue un final lamentable. Hacía dos días que no tenían qué comer. Su marido, paseando por la ciudad, vio un caballo que caía muerto de hambre y vio el gentío que luchaba por apoderarse de su carne. El caballo fue despedazado y él logró que le dieran una parte. Se la llevó a casa, la cocieron y la comieron. Pero por lo visto el caballo no había muerto únicamente de hambre, porque los dos cayeron gravemente enfermos. El médico le salvó a él, pero Lili murió. En 1918 lo había perdido todo, naturalmente... Su fábrica de azúcar fue nacionalizada el mismo día que nuestra peletería.

De nuevo se interrumpió bruscamente, y sus párpados batieron palpitando mientras miraba a Vasili Ivanovitch. Este no pronunció una palabra.

—Un poco más —dijo sin miramientos Asha, tendiendo su plato para que le dieran otra porción de mijo.

—Kira —gritó a través de la mesa con una voz clara y fuerte que parecía querer barrer todo lo que se había dicho—. ¿Habéis comido fruta seca en Crimea? —Sí; alguna vez.

—¡Oh! Yo he estado soñando hasta morirme con comer uva fresca. ¿No te gusta la uva? —No me fijo nunca en lo que como —dijo Kira. —Naturalmente — se apresuró a añadir María Petrovna—, el marido de Lili trabaja actualmente. Está empleado en una oficina de los soviets. Después de todo, hay algunos que logran empleo... Miró decididamente a Vasili Ivanovitch, pero éste no le respondió, y Galina Petrovna preguntó tímidamente: —¿Cómo está...? ¿Cómo está nuestra antigua casa? —¿La tuya? ¿La de Kamenostrovsky? No hay que pensar en ella. Ahora vive un pintor de rótulos. Un verdadero proletario. Dios sabe dónde podrías encontrar un piso, Galina. La gente vive amontonada, como animales. Alexander Dimitrievitch preguntó, vacilando: ¿Y de la fábrica? ¿Habéis sabido algo de lo que le pasó?

—Cerrada —gritó súbitamente Vasili Ivanovitch—. No han sabido hacerla andar, como todo. María Petrovna tosió.

—Un problema grave para todos vosotros, Galina. ¡Un problema grave! Las muchachas irán a la escuela, o... ¿Cómo lo vais a hacer para tener cartillas?

—Pero... yo creía que por medio de la NEP. ¿No hay almacenes privados, ahora?

—Sin duda, la NEP, su nueva política económica... Pero ¿de dónde sacaréis el dinero para las compras?

—Los precios son diez veces más altos que en las cooperativas. No he estado todavía en ningún comercio particular. Una vez Víctor me llevó a una función, pero Vasili no quiere poner los pies en un teatro.

—¿Y por qué no, Vasili? —preguntó Galina. Vasili Ivanovitch levantó la cabeza. Sus ojos brillaron sombríamente mientras contestaba:

—Cuando la patria agoniza no se buscan distracciones frívolas. Llevo luto por mi país.

—Lidia —dijo Irina con su voz desconcertante—. ¿No has estado nunca enamorada?

—No contesto a preguntas impertinentes —repuso Lidia. —Te diré —empezó a decir con precaución María Petrovna; tosió luego, carraspeó y continuó—: Te diré lo mejor que podéis hacer. Alexander debería buscar una colocación. Galina Petrovna se irguió como si la hubiera pisado.—¿Una colocación de los soviets? —Claro... ahora todos lo son.

—¡No, en mi vida! —gritó Alexander Dimitrievitch con inesperada energía. Vasili Ivanovitch dejó caer su cuchara, que chocó ruidosamente contra el plato. Silenciosamente, con solemnidad, tendió el brazo por encima de la mesa y su gran manaza estrechó la de Alexander Dimitrievitch, al paso que dirigía una mirada de hostilidad a María Petrovna.

Esta inclinó la cabeza, tragó una cucharada de mijo y tosió. —No hablaba por ti, Vasili —protestó tímidamente—. Ya lo sé que tú no apruebas... No, ni lo aprobarás jamás... Pero estaba pensando en que los funcionarios soviéticos tienen cupones de pan, manteca, azúcar... algunas veces.

Cuando yo tenga que aceptar un empleo de los soviets, serás viuda, Marussia —dijo Vasili Ivanovitch.

No digo nada, Vasili... sólo que...

Sólo que dejes de atormentarte. Ya nos arreglaremos. Hasta ahora hemos ido pasando. Todavía quedan muchas cosas por vender.

Galina Petrovna se fijó en los clavos de las paredes, miró las manos de su hermana, aquellas manos que habían servido de modelo a artistas famosos. También habían inspirado un poema... "Champaña y las manos de María". El frío las había enrojecido, hinchado, agrietado. María Petrovna había sabido en otro tiempo lo que valían sus manos, había aprendido a lucirlas constantemente, a usarlas con mórbida gracia. Y no había perdido la costumbre. Galina Petrovna lo hubiera preferido. Ahora aquellos estudiados ademanes eran un recuerdo doloroso. De pronto, Vasili Ivanovitch rompió a hablar.

Ordinariamente poco inclinado a expresar sus sentimientos, cuando un tema le apasionaba abandonaba toda reserva.

—Todo esto es provisional. ¡Todos perdéis la fe con tanta facilidad...! ¡Qué inteligencias tan pusilánimes, tan gimoteras, tan limitadas, tan babosas! ¡He aquí por qué sois lo que sois! No tenéis fe. No tenéis voluntad. Agua en lugar de sangre. ¿Creéis que todo esto puede continuar? ¡Fijaos en Europa! Todavía no ha dicho su última palabra. Ya llegará el día, y a no tardar, en que todos estos asesinos sedientos de sangre, estos locos criminales, esta gentuza comunista... Sonó la campanilla.

La vieja sirvienta se apresuró a abrir la puerta. Se oyeron unos pasos juveniles, enérgicos, seguros, resonantes. Una mano fuerte empujó la puerta del comedor.

Víctor Dunaev tenía el aspecto de un gran tenor italiano. No era ésta su profesión, pero sus anchas espaldas, sus negros ojos llameantes, sus ondulantes cabellos, rebeldes a toda disciplina y negros como el ala del cuervo, su luminosa sonrisa y la fuerte y arrogante seguridad con que se movía le daban apariencia de tal.

En cuanto se paró en el umbral, sus ojos se fijaron en Kira, y cuando ésta se volvió, se fijaron en sus piernas. —Es la pequeña Kira, ¿no? —fueron las primeras palabras que pronunció con su voz clara y limpia. —Lo era —contestó ella.

—¡Bien, bien! ¡Qué sorpresa! ¡Qué estupenda sorpresa! ¡Tía Galina, más joven que nunca! —y le besó la mano—. ¡Y mi graciosa prima Lidia! —Sus negros cabellos rozaron el brazo de ésta.— Siento haber llegado tan tarde. Tenía una reunión en el Instituto. Soy miembro del Consejo de Estudiantes... lo siento, papá. Papá no aprueba esta clase de elecciones. —A veces hay elecciones justas —dijo Vasili Ivanovitch sin disimular un matiz de orgullo en su voz, y la llama de ternura que brilló en sus ojos les hizo parecer extrañamente ingenuos. Víctor tomó una silla y se sentó al lado de Kira. —Bien, tío Alexander —la sonrisa de dos filas de dientes maravillosamente blancos se dirigió esta vez a su tío—. Han elegido ustedes un momento fascinador para regresar a Petrogrado; un momento difícil, sin duda; un momento cruel, pero fascinador como todos los cataclismos históricos. Galina Petrovna sonrió de admiración. —¿Qué estudias, Víctor?

—Instituto de Tecnología, Ingeniería electrotécnica. El porvenir está en la electricidad... el porvenir de Rusia... Pero papá no lo cree... Irina, ¿no te peinas nunca? ¿Qué proyectos tienes, tío Alexander?

—Quisiera abrir una tienda —anunció Alexander Dimitrievitch, solemnemente, casi con orgullo.

—Pero se necesitan medios, se necesita dinero, tío Alexander. —Hemos hecho algunos ahorros en el Sur.

—¡Dios mío! —exclamó María Petrovna—, haréis bien en gastarlos de prisa. De la manera que baja el valor de los nuevos billetes... Figúrate, la semana pasada el pan estaba a sesenta mil rublos la libra y ahora está a setenta y cinco mil. —Las nuevas empresas, tío Alexander, tienen un gran porvenir en estos nuevos tiempos —dijo Víctor.

—Sí; mientras el Gobierno no las aplasta —arguyó sombríamente su padre.

No hay peligro, papá. Los días de las confiscaciones pasaron ya. El Gobierno de los soviets ha emprendido una nueva política.

Por un camino de sangre —siguió Vasili Ivanovitch.

Víctor, ¿has visto qué novedades traen del Sur? —se apresuró a decir Irina—. ¿Te has fijado en las graciosas sandalias de madera de Kira?

¡Muy bien, Sociedad de las Naciones! Este es el nombre de Irina. Siempre intenta restablecer la paz. Me gustaría ver tus sandalias.

Kira levantó el pie con indiferencia. Su falda corta no ocultaba gran cosa de sus piernas. Ella no se fijó, pero Víctor y Lidia sí se fijaron.

—A tu edad, Kira —observó con acritud—, ya es hora de llevar las faldas más largas.

—Si hay tela —contestó Kira con displicencia—. Además, nunca me fijo en lo que llevo puesto.

—Tonterías, querida Lidia —observó Víctor para cerrar la discusión—; las faldas cortas son el colmo de la elegancia femenina, y la elegancia femenina es la más elevada de las Artes. Aquella noche, antes de retirarse, la familia se reunió en el salón. Casi de mala gana, María Petrovna escogió tres trozos de leña, y se encendió fuego en la chimenea. Las llamas ardieron rompiendo el vitreo abismo de oscuridad que se extendía al otro lado de las grandes ventanas desnudas de cortinas; pequeñas centellas danzaron en los relucientes relieves de los muebles esculpidos a mano, dejando en la sombra el brocado deslucido; lenguas de fuego jugaron por encima del pesado marco dorado del único cuadro de la sala, dejando en la sombra la pintura: un retrato de María Petrovna veinte años antes, con su fina mano apoyada sobre un hombro de marfil y jugueteando con aquel mismo chal bordado a mano con que la María Petrovna de hoy se cubría convulsivamente en sus accesos de tos.

La leña estaba húmeda; una desmayada llama azul silbaba débilmente, bajando y subiendo en medio de una humareda que irritaba los ojos. Kira estaba sentada sobre la espesa piel sedosa de un oso blanco junto a la chimenea, y sus brazos estrechaban tiernamente la feroz cabeza de la enorme fiera. Desde su niñez, había sido su favorita. Cada vez que visitaba a su tío se había hecho referir cómo le había dado muerte, riendo alegremente cada vez que él, amenazándola, le decía que el oso podía volver a resucitar para morder a las niñas desobedientes. —Bien —decía María

Petrovna agitando las manos a la luz del fuego—. Ya estáis de nuevo en Petrogrado. —Sí —dijo Galina—, aquí estamos.

—¡Virgen Santísima —suspiró María Petrovna—, a veces es tan duro pensar en el porvenir! —Es cierto —dijo su hermana.

—¿Y qué proyectos tenéis para las muchachas? Mi querida Lidia, ¡ahora eres ya toda una señorita! ¿El corazón sigue libre? La sonrisa de Lidia no fue precisamente de gratitud. María Petrovna suspiró.

—¡Los hombres son tan raros hoy día! ¿Y las muchachas? Yo, a la edad de Irina, ya estaba a punto de tener mi primera criatura. Pero ella no piensa ni en la casa ni en la familia. Para ella no hay más que la Academia de Bellas Artes. Galina, ¿te acuerdas de que apenas salió de los pañales ya empezaba a estropear los muebles con sus endiablados dibujos? ¿Y tú, qué, Lidia? ¿Tienes intención de estudiar?

—No tengo ninguna intención de ello —dijo Lidia—. Demasiada instrucción es perjudicial para las mujeres. —¿Y Kira?

—Parece imposible pensar que la pequeña Kira ya está en edad de elegir un camino para el porvenir —dijo Víctor—. Ante todo debes procurarte un carnet de trabajo... el nuevo pasaporte, ¿sabes? Tienes más de dieciséis años, de modo que... —¡Yo creo que en estos tiempos una profesión es tan útil...!

—dijo María Petrovna—. ¿Por qué no envías a Kira a la Facultad de Medicina? ¡Una doctora tiene tantas razones, en estos tiempos!

—¿Kira, doctora? —replicó sonriendo Galina Petrovna—. ¡Pero si es una pequeña egoísta que tiene verdadera repugnancia por los sufrimientos físicos! No sería capaz de curar a un pollo herido.

—Mi opinión... —sugirió Víctor.

En la habitación contigua sonó el teléfono. Irina salió y volvió anunciando en voz alta y de una manera significativa a su hermano:

Es para ti, Víctor: Vava.

Víctor salió de mala gana. A través de la puerta entornada se oían algunas de sus palabras.

... es verdad que prometí ir esta noche. Pero en el Instituto hay un examen inesperado. No puedo perder un minuto... No... Ninguno... Ya lo sabes, querida...

Volvió junto a la chimenea y se sentó cómodamente sobre la espalda del oso blanco, al lado de Kira.

Mi opinión, primita, es la de que la carrera de mayor porvenir para una mujer no se aprende en la escuela, sino en un empleo de los soviets.

—Víctor, tú no piensas tal cosa —dijo Vasili Ivanovitch—. En nuestros días hay que ser práctico —contestó lentamente Víctor—. La ración de un estudiante no es ningún gran auxilio para la familia, y tú deberías saberlo.

—Los funcionarios tienen manteca y azúcar —dijo María Petrovna. —Hay muchas mecanógrafas —insistió Víctor—. Las teclas de las máquinas de escribir son los primeros escalones para subir a los empleos altos.

—Y tienen zapatos y pase en los tranvías —siguió diciendo María Petrovna.

—¡Qué diablos! —explotó Vasili Ivanovitch—, ¡no podéis hacer un caballo de tiro de uno de carreras!

—Pero, Kira —preguntó Irina—, ¿no te interesa esta discusión? —Me interesa —contestó Kira con calma—, pero la considero superflua. Iré al Instituto de Tecnología. —¡Kira!

Las siete voces, maravilladas, profirieron el mismo nombre. Luego, Galina Petrovna dijo:

—¡Ya lo veis, con una hija como ésta ni su madre puede decir que sabe sus secretos!

—¿Cuándo tomaste esta determinación? —preguntó estupefacta Lidia.

—Hace cerca de ocho años —contestó Kira. —Pero, Kira, ¿qué te propones ser?

—exclamó María Petrovna. —¡Quiero ser ingeniero!

—Francamente —dijo Víctor, amoscado—, no creo que la ingeniería sea una profesión para mujeres.

—Kira —dijo con timidez Alexander Dimitrievitch—, los comunistas no te han gustado nunca y, sin embargo, ahora eliges la profesión que ellos prefieren: ¡Una mujer ingeniero!

—¿Quieres construir para el Estado Rojo? —preguntó Víctor.

—Quiero construir, porque construir me gusta.

—Pero, Kira —y Lidia la contempló con extrañeza—, esto significa suciedad, hierro y moho, hombres mugrientos y sudados, y ni una mujer para hacerte compañía.

—Precisamente por esto me gusta.

—No es una profesión distinguida para una mujer —añadió María Petrovna.

—Es la única profesión —dijo Kira— que no me obligará a aprender mentiras. El acero es el acero. Cualquier otra ciencia representa el deseo o las elucubraciones de alguien y las mentiras de muchos.

—Pero ¿acaso tu espíritu no te dice nada? —arguyó Lidia.

—Francamente —continuó Víctor—, tu actitud es algo antisocial. Eliges una profesión porque te atrae, sin pensar que, como mujer, serías mucho más útil a la sociedad haciendo algo más femenino. Y todos debemos tener en cuenta nuestros deberes para con la sociedad.

—¿Para con quién tienes tus deberes, precisamente, Víctor?

—Para con la sociedad.

—¿Y qué es la sociedad?

—Si me lo permites, te diré que esta pregunta es infantil.

—Pero —insistió Kira, con sus dulces ojos muy abiertos— no entiendo para quién tengo deberes. ¿Para con el inquilino de al lado? ¿Para con el miliciano

de la esquina? ¿Para con el empleado de la cooperativa? ¿Para con el viejo que he visto en la cola, el tercero empezando por la puerta, que llevaba un cesto más viejo que él y un sombrero de señora?

—La sociedad, Kira, es un complejo maravilloso.

—Se escribe una línea entera de cerros, y siempre es igual... nada. —Chiquilla —dijo Vasili Ivanovitch—, ¿qué vas a hacer en la Rusia Soviética?

—He aquí lo mismo que me pregunto yo —dijo la muchacha.

—Dejadla ir al Instituto —añadió Vasili Ivanovitch.

—No habrá más remedio —consintió Galina Petrovna—; no hay modo de discutir con ella.

Siempre hace lo que se propone —dijo Lidia, resentida

—. No sé cómo lo logra.

Kira se inclinó hacia el fuego y sopló sobre la llama que agonizaba. Por un momento, una roja lengua de fuego destacó su cara de la oscuridad. Parecía la de un herrero inclinado sobre su yunque.

Temo por tu porvenir, Kira —dijo Víctor—. Es hora de reconciliarse con la vida. Y con estas ideas que tienes no andarás muy lejos.

Esto depende del camino que elija.

Capítulo tercero

Dos manos sostenían una libreta encuadernada en gruesa tela gris. Enjutas y encallecidas, señaladas por años de trabajo entre la grasa de ruidosas máquinas, sus arrugas estaban esculpidas en surcos oscuros sobre una piel endurecida por el polvo, y sus uñas estropeadas estaban cercadas de negro. Uno de los dedos llevaba una sortija con una esmeralda falsa.

Las paredes desnudas del local habían servido de toalla a innumerables manos sucias, y de un lado a otro, por encima de la descolorida pintura, corrían en zigzag huellas de cinco dedos. Aquella vieja casa, actualmente nacionalizada y destinada a oficinas gubernamentales, había sido en otro tiempo una lavandería. El lavadero había desaparecido, pero una línea de moho, con algunos huecos dejados por los clavos, dibujaba su contorno sobre la pared, por donde colgaban dos cañerías rotas, como los intestinos de la cuadra herida.

El empleado, que llevaba un traje caqui y lentes, estaba sentado junto al escritorio. Sobre éste, un secante roto y un tintero casi seco.

Como los silenciosos jueces que presidiesen la sala, dos retratos flanqueaban la cabeza del funcionario. No tenían marco, sino que estaban sencillamente fijos al muro por medio de cuatro clavos. Uno era el de Lenin, el otro el de Carlos Marx. Por encima de ellos campeaba una inscripción en letras rojas: "En la unión está nuestra fuerza".

Kira, muy erguida, estaba delante del escritorio. Estaba allí para retirar su cartilla de trabajo. Todo ciudadano que hubiese cumplido los dieciséis años debía poseer una cartilla de trabajo que siempre debía llevar consigo. Esta cartilla debía ser presentada y sellada cada vez que una persona encontraba una colocación o la dejaba, cuando alquilaba o desalquilaba un piso, cuando se inscribía en una escuela, cuando iba a recoger la tarjeta del pan, o cuando se casaba.

El nuevo pasaporte soviético era más que un pasaporte: era el permiso de vida que se concedía al ciudadano. Se le llamaba "cartilla de trabajo" porque trabajo y vida eran considerados sinónimos.

La Federación de Repúblicas Socialistas Soviéticas Rusas iba a adquirir un nuevo ciudadano.

El funcionario tenía en la mano el cuaderno de cubiertas grises, cuyas numerosas páginas debía llenar. La pluma le daba mucho quehacer, por lo vieja y mohosa, y porque el tintero estaba lleno de légamo. En la página nueva y limpia, escribió:

Nombre: Argounova, Kira Alexandrovna. Estatura: Mediana.

El cuerpo de Kira era esbelto, demasiado esbelto; y cuando se movía con una precisión brusca, rápida y geométrica, la gente sólo se daba cuenta del movimiento, pero no del cuerpo que lo producía. Y cualquiera que fuese el vestido que llevara, la oculta presencia de su persona la hacía parecer desnuda. Dentro del traje se sentía su cuerpo, y uno se preguntaba maravillado qué era lo que evocaba a la mente. Las palabras que ella pronunciaba parecían guiadas por la voluntad de su persona y sus bruscos movimientos aparecían como un reflejo inconsciente de su sonriente alma también en movimiento. De modo que su espíritu parecía físico y su cuerpo espiritual.

El empleado escribió: *Ojos grises.*

Los ojos de Kira eran de un gris oscuro, el gris de las nubes de tempestad, detrás de las cuales, sin embargo, el sol apunta a cada instante. Miraban tranquilos, seguros, con algo que la gente llamaba arrogancia, pero que no era más que una calma profunda y confiada, tan perfecta que parecía querer significar a los hombres que la completa claridad de su vista no necesitaba ninguno de sus lentes preferidos para contemplar la vida.

Boca: regular.

La boca de Kira era fina, prolongada. Cuando se callaba, era fría, indómita, y los hombres pensaban en una Walkiria con su lanza y su yelmo, en medio de la batalla. Pero un leve movimiento iniciaba un pliegue en la comisura de los labios, y los hombres pensaban en un diablillo que riese a la vida.

Cabellos: negros.

Los cabellos de Kira eran cortos, echados hacia atrás, sobre una frente desnuda, con rayos de luz sobre su masa compacta. Los cabellos de una mujer primitiva de la jungla sobre un rostro esbozado muy de prisa; un rostro de trazos duros, rectos, trazados con furia para dar la impresión de una promesa no cumplida.

Señas particulares: ninguna.

El funcionario soviético arrancó un hilo de la pluma e hizo una bolita entre los dedos, que luego limpió en los pantalones.

Lugar y fecha de nacimiento: Petrogrado, 11 de abril de 1904.

Kira había nacido en la casa de granito gris de la Kamenostrovsky. En aquella vasta morada, Galina Petrovna tenía un saloncito donde por la noche una camarera vestida de negro guardaba en un estuche el rico collar de brillantes, y un salón donde, en un traje de seda que crujía solemnemente, recibía a unas señoras que llevaban abrigos de pieles riquísimos y joyas preciosas. En aquellas habitaciones no tenían entrada los niños, y Galina Petrovna aparecía raras veces en las demás.

Kira había tenido una institutriz inglesa, una joven de bella sonrisa y rostro pensativo. La había querido... pero a menudo prefería quedarse sola... y se quedaba. Cuando se negó a jugar con un pariente suyo muy pesado, de quien la piedad familiar había hecho un ídolo, nadie volvió a proponerle ningún juego. Cuando echó al pesebre del caballo el primer libro que había leído, que hablaba de unas hadas que premiaban a una generosa niña muy bondadosa, su aya no le compró más libros. Cuando la llevaron a la iglesia y se escapó a media función y se perdió por las calles y no volvió a casa hasta que un coche de la policía la llevó a su desesperada familia, nadie más volvió a llevarla a la iglesia. La residencia veraniega de los Argounov, en los arrabales de una elegante población de verano, en lo alto de una colina que dominaba un río, se hallaba casi aislada por sus espaciosos jardines. La casa, de espaldas al río, daba al declive de la colina, que iba bajando graciosamente cubierta de jardines, de pérgolas, de monumentales fuentes de mármol debidas a los más insignes artistas. El otro lado del monte se erguía sobre el río como una masa de roca y de tierra, que se hubiera dicho salida de un volcán y enfriada en caótico

desorden. Remando por el río, hacia el Sur, podía esperarse ver salir a algún dinosaurio de las sombrías cavernas recubiertas por enmarañados matorrales, entre los árboles que se elevaban al cielo mientras sus raíces, como enormes arañas, se agarraban desesperadamente a las rocas.

Durante muchos veranos, mientras sus padres visitaban Niza, Biarritz o Viena, Kira se quedó sola pasando sus días en la salvaje libertad de la montaña rocosa; sola, soberana absoluta en su falda azul llena de desgarrones y su blanca blusita sin mangas. La dura tierra hería sus pies desnudos, pero ella saltaba de roca en roca agarrándose a las ramas de los árboles y lanzando sin temor su cuerpo al espacio mientras su falda se abría como un paracaídas. Con tres troncos se había construido una balsa, y apoyada en una larga pértiga recorría el río. En su curso encontraba escollos peligrosos, remolinos terribles. Con sus pies desnudos que sentían, bajo los frágiles leños de la balsa, los embates del río, Kira se erguía poniendo en tensión todo su cuerpo, que se oponía al viento mientras la breve falda azul batía como una vela junto a sus piernas. Sobre el río se encorvaban las ramas, tocando su frente altiva; pero ella huía dejando algún cabello en la maraña de las hojas a cambio de las rojas bayas silvestres que los árboles dejaban en su cabellera. La primera cosa que Kira aprendió de la vida, y lo primero que sus padres, consternados, aprendieron de ella, fue la alegría de estar sola.

Nacida en 1904, ¿eh? —dijo el funcionario soviético—. Entonces tiene usted... veamos... dieciocho años. Dieciocho años. Tiene usted suerte, ciudadana. Es joven y le quedan muchos años para dedicarse a la causa de los obreros. Una vida entera de disciplina, de dura fatiga y de trabajo útil para la grandeza colectiva. El funcionario estaba resfriado; se sacó del bolsillo un gran pañuelo a cuadros y se sonó.

Estado civil: soltera.

—De las aventuras de Kira me lavo las manos —había dicho Galina Petrovna—; algunas veces pienso que nació para solterona, y otras veces me parece que para ser... una mujer mala. Kira pasó sus primeros años de faldas algo más largas y de tacones altos en el refugio de Yalta, entre la extraña sociedad de emigrados del Norte, familias de rancios apellidos y de riquezas desaparecidas, que vivían reunidas entre sí, como agarradas a una roca amenazada por olas cada vez más altas. Jóvenes perfectamente peinados, de manos cuidadas con femenil esmero, observaron aquella esbelta joven que se paseaba por las calles agitando una ramita a manera de látigo, con un cuerpo que vibraba al viento bajo un corto vestido que no ocultaba nada. Galina Petrovna sonreía con aprobación a las visitas de los muchachos; pero Kira fruncía tan extrañamente el entrecejo, en una especie de sonrisa fría y bur-

lona, mientras sus labios permanecían inmóviles, que todos los poemas de amor y las intenciones de aquellos jóvenes morían antes de nacer.

De modo que Galina Petrovna cesó pronto de extrañarse de que los hombres no se ocupasen de su hija. Por la noche, Lidia leía ávidamente, ruborizándose, novelas refinadas y pecaminosas que escondía a su madre. Kira empezó a leer uno de aquellos libros, pero la sobrecogió el sueño; de modo que no lo terminó ni volvió jamás a empezar otro. Para ella no había ninguna diferencia entre una hierba cualquiera y una flor, y bostezaba cuando Lidia se sentía inspirada por la belleza de la puesta del sol en las montañas solitarias. En cambio permanecía horas enteras contemplando la silueta que proyectaba sobre la rumorosa llama de un deslumbrante pozo de petróleo el joven soldado que estaba allí de centinela.

Una tarde, mientras paseaban por una calle, Kira se detuvo bruscamente señalando el extraño ángulo formado por un muro blanco que se levantaba contra una techumbre derruida, brillando sobre el cielo negro a causa del reflejo de una vieja linterna: en el muro había una ventana oscura y enrejada como la de una cárcel. —¡Qué hermoso es! —murmuró. —¿Qué es lo que te parece hermoso? —dijo Lidia. —¡Es tan raro...! Hace pensar... como si ahí debiese ocurrir algo...

'—¿Ocurrir a quién? —A mí.

Lidia raramente se interesaba por las emociones de Kira; no eran emociones para ella, sino únicamente los sentimientos de Kira, y la familia entera se alzaba de hombros con impaciencia ante lo que llamaban los sentimientos de Kira. Esta experimentaba lo mismo cuando comía la sopa sin sal, o descubría un gusano que le subía por las desnudas piernas, que cuando oía las súplicas de los muchachos que imploraban su amor con el corazón lacerado, los ojos llenos de ternura y los labios llenos de palabras dulces. Las blancas estatuas de los dioses antiguos sobre su fondo negro de terciopelo, en los museos; las chimeneas humeantes de las fábricas y las vigas de hierro; los músculos tensos como hilos de acero en medio del estrépito de las máquinas, todo ello suscitaba en Kira una admiración igual. Pocas veces visitaba los museos, pero su familia, cuando salía con ella, evitaba pasar junto a las casas, los puentes o las carreteras en construcción. Porque se detenía largo rato a contemplar los rojos ladrillos, las fuertes tablas de roble y las piezas de hierro que, por voluntad del hombre, se mezclaban y superponían. Los domingos nunca fue posible hacerla entrar en un parque público; y las canciones cantadas a coro la hacían taparse los oídos. Nunca había manera de imaginar qué podía gustarle. Cuando Galina Petrovna acompañó a sus hijas a un espectáculo en que se pintaban los sufrimientos de los siervos que el zar Alejandro II había magnánimamente liberado, Lidia lloró al ver a los pobres campesinos que se retorcían de dolor bajo los golpes del látigo; Kira, en cambio, sentada muy

erguida, con sus sombríos ojos en éxtasis, observaba el golpe brutal de la fusta en las manos de un alto y joven actor.

¡Qué bello es! —decía Lidia mirando una decoración—. ¡Parece de verdad!

¡Qué bello es! —decía Kira contemplando un panorama—. ¡Parece artificial!

—En cierto modo —dijo el funcionario soviético—, vosotras, las mujeres comunistas, tenéis sobre nosotros, los hombres, un privilegio. Vosotras podréis ocuparos de la nueva generación, del porvenir de nuestra República. ¡Hay tantos niños sucios y hambrientos que necesitan las manos amorosas de nuestras mujeres!

Miembro de alguna sociedad: no.

En Yalta, Kira había frecuentado la escuela. En el comedor había muchas mesas. A la hora de comer, las niñas se sentaban en ellas por parejas, de cuatro en cuatro, o por docenas. Kira se sentaba siempre en una mesita en un rincón, sola.

Un día la clase decretó el boicot contra una muchacha pecosa que había suscitado la hostilidad de la más popular de las compañeras, una ruda joven de voz sonora que tenía para todas una sonrisa, un apretón de manos y una orden.

Aquel día, a la hora de comer, la mesita del rincón fue ocupada por dos alumnas: Kira y la niña de las pecas. Ya habían comido la mitad de su plato de harina de maíz hervida, cuando se les acercó indignada la cabecilla de la clase.

¿Ya sabes lo que haces, Argounova?

Estoy comiendo la sopa —contestó Kira—. ¿Quieres sentarte?

¿Sabes qué ha hecho esta niña?

—No tengo la menor idea.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué haces esto por ella? —Te equivocas: no lo hago por ella; lo hago contra las otras veintiocho.

—¿Crees que es muy bonito ir contra la mayoría? —Creo que cuando se tienen dudas sobre la verdad de un argumento es más seguro y de mejor gusto elegir entre los dos adversarios al menos numeroso...

¿quieres darme la sal, por favor?

A los trece años, Lidia se enamoró de un gran tenor. Tenía su retrato sobre el tocador, y junto a él, en un búcaro de cristal, una sola rosa. A los quince años se enamoró de San Francisco de Asís, que hablaba con los pájaros y socorría a los pobres; entonces soñó con entrar en un convento. Kira no se había enamorado nunca.

El único héroe que había conocido era un vikingo cuya historia había leído en su niñez: un vikingo cuyos ojos no miraban nunca más allá de la punta de su espada; pero para esta espada no había límites; un vikingo que pasaba a través de la vida llevando consigo la destrucción y arrastrando las victorias, que andaba entre las ruinas mientras el sol ceñía su cabeza de una corona cuyo peso él no sentía; un vikingo que se reía del rey, que se reía de los sacerdotes, que no miraba al cielo más que cuando se inclinaba para beber en un límpido manantial y veía reflejada su propia imagen que ensombrecía la bóveda celeste; un vikingo que vivía únicamente para la alegría y la gloria maravillosa del dios que era él mismo. Kira no recordaba nada de lo que había leído antes que esta leyenda, ni deseaba recordar nada de lo que había leído después... Pero nunca olvidó el final: el vikingo estaba erguido en lo alto de una torre, que se elevaba a su vez sobre las murallas de una ciudad que acababa de conquistar. Sonreía como sonríen los hombres cuando miran al cielo; pero cuando miraba hacia abajo, su brazo derecho formaba una línea recta con su espada dirigida al suelo, y su brazo izquierdo, rígido como la espada misma, levantaba al cielo una copa de vino. Los primeros rayos del sol naciente se quebraban en la copa de cristal, que resplandecía como una antorcha blanca, iluminando las caras, por debajo. —¡A la vida —decía el vikingo—, a la vida, que es la razón de sí misma!

—¿De manera que no está usted sindicada, ciudadana? —dijo el funcionario soviético—. ¡Mala cosa, mala cosa! Los sindicatos son las vigas de acero de nuestra gran construcción estatal, como dijo...- en fin, como dijo uno de nuestros grandes jefes... ¿Qué es un ciudadano? Sólo un ladrillo, que no vale nada si no se une con los demás.

Profesión: estudiante.

De algún punto de la aristocrática Edad Media, Kira había heredado la convicción de que el trabajo y el cansancio eran innobles. Cuando iba a la escuela había tenido siempre las más altas calificaciones, pero sus libros eran los más desordenados. Había quemado sus ejercicios de piano, y nunca se había zurcido las medias. En los jardines se subía a los pedestales de los dioses griegos para besar los fríos labios de éstos, y en los conciertos sinfónicos dormía. Cuando había invitados en casa, se escapaba por la ventana, y no sabía cocer una patata. Nunca iba a la iglesia y raramente leía un periódico.

Pero estaba dispuesta a enfrentarse con el porvenir. Un porvenir de los más arduos: quería ser ingeniero. Lo había decidido cuando, por primera vez, había pensado en esta cosa vaga que llamamos porvenir. Y este primer pensamiento suyo lo había cogido con reverencia, porque su porvenir, precisamente porque era su porvenir, era algo sagrado. Había

tenido juguetes mecánicos que ninguna niña había tenido, y había construido naves, puentes y torres. Había observado cómo se trataban el hierro, los ladrillos, los músculos y el vapor. A la cabecera de la cama de Lidia había un icono; a la de Kira, la reproducción de un rascacielos americano. Aunque sus oyentes no la creyeran, ella hablaba de las casas que construiría, casas de vidrio con armazón de acero, como hileras de espejos al sol; hablaba de un puente de blanco aluminio que tendería sobre un río azul... —Pero, Kira, no es posible hacer un puente de aluminio— y hablaba de ruedas, de hombres y de grúas que se moverían a sus órdenes, y de la salida del sol sobre el esqueleto de acero de un rascacielos.

Sabía que tenía una vida, y que esta vida era la suya. Se daba cuenta del trabajo que había elegido y de lo que esperaba de la existencia. Y esperaba también algo más; no sabía qué; pero era algo que le había sido prometido, prometido en un recuerdo de su infancia.

Cuando el sol de verano declinaba detrás de las montañas, Kira se sentaba sobre una alta roca y contemplaba el elegante casino de juego, a lo lejos, río abajo.

La cumbre del pabellón de la música se destacaba sobre el cielo enrojecido, y esbeltas figuras femeninas se movían sobre el marco anaranjado de las puertas iluminadas. En el pabellón tocaba una orquesta. Tocaba vivas melodías de opereta. Hasta Kira llegaban haces de luz, vibrar de copas, roncar de automóviles de reluciente negrura; en una palabra, todo el jadeo de las noches de las capitales de Europa resumido en un oscuro cielo nocturno sobre un río silencioso y junto a una rocosa montaña cubierta de árboles primitivos.

Las músicas ligeras de los casinos de juego y de los cafés concierto, aquellas canciones que cantaban a través de Europa entera unas muchachas de deslumbrantes ojos y de ondulantes caderas, tenían para Kira un significado que no tenían para nadie más. Le daban la impresión de la alegría de vivir; una alegría profunda y leve a la vez, como los pies de una danzarina. Y como adoraba la alegría, Kira reía muy poco y no iba nunca a ver comedias. Y como tenía un instinto profundo contra todo lo pesado y solemne, Kira sentía una reverencia solemne por aquellas canciones de una frivolidad desafiadora. Le llegaban de un extraño mundo donde las personas mayores se movían entre luces de colores y blancas mesas, donde había tantas cosas que no podía entender, pero que la estaban aguardando. Venían de su porvenir. Había elegido como suya una canción de una antigua opereta, que se llamaba: *La canción de la copa rota*. Una célebre cantatriz vienesa la había puesto de moda. En el escenario se veía una balaustrada desde donde se contemplaban las deslumbrantes luces de una gran ciudad. Alineadas sobre la balaustrada estaban una serie de resplandecientes copas de cristal llenas de vino. La

hermosa mujer iba cantando y ligeramente, casi sin tocarlas daba con el pie a las copas, una tras otra; y las copas volaban en añicos, vibrando y salpicando las medias de las piernas más hermosas de Europa. La música daba unos golpes secos, y luego estallaban de pronto unas cascadas de notas, parecidas al cristal que se quiebra. Tenía unas notas lentas como si las cuerdas del violín temblasen vacilando; pero intensas y seguras como si marcaran el paso antes de romper en una argentina carcajada.

El viento echaba los cabellos de Kira a sus ojos y hacía estremecer con las corrientes de aire sus desnudos tobillos, que colgaban de lo alto de la roca.

En el crepúsculo parecía que el cielo, mientras oscurecía, se fuese elevando cada vez más; y luego caía sobre el río la primera estrella. Mientras, sentada sobre una resbaladiza roca, una chiquilla solitaria escuchaba su canción preferida y sonreía a las promesas que le anunciaba.

He aquí cómo Kira había entrado en la vida. Hay quien entra bajo la bóveda gris de un templo, con la cabeza inclinada por un reverente temor, mientras arden en su corazón y en sus ojos lámparas votivas. Hay quien entra con un corazón herido y una piel fría que implora llorando el calor del rebaño. Kira Argounova entraba con la espada de un vikingo que le indicaba el camino y un motivo de opereta que le servía de marcha de combate.

El funcionario soviético secó con rabia su pluma en el pañuelo a cuadros, porque se le había caído un borrón de tinta en la última página.

—El trabajo, camarada es el ideal mayor de nuestra vida. Quien no trabaja no come.

La cartilla estaba llena. El funcionario puso el timbre en la última página. En el timbre figuraban una hoz y un martillo cruzados, encima de un globo terrestre.

—Ahí tiene usted su cartilla de trabajo, ciudadana Argounova —dijo el empleado soviético—. Ya es usted un miembro más de la mayor República que jamás ha existido en la historia del mundo. Ojalá su primer pensamiento sea la fraternidad de los obreros y campesinos, como lo es de todos los ciudadanos rusos. Le tendió la cartilla. En la primera página, arriba, se leía el grito de guerra: " ¡Proletarios del mundo obrero, unios! " Debajo de él estaba escrito su nombre: Kira Argounova.

Capítulo cuarto

Las manos de Kira estaban cubiertas de ampollas en los puntos en que el duro cordel había rozado demasiado tiempo. No era fácil subir fardos a un cuarto piso, por ocho tramos de escalera de piedra que olían a gato, mientras los pies sentían el frío a través de las delgadas suelas de los zapatos. Cada vez que volvía a bajar, saltando alegremente los peldaños o dejándose resbalar por el pasamano, para cargar con un nuevo paquete, se encontraba con Lidia, que subía lentamente, apretando contra el pecho sus envoltorios, jadeando y suspirando con amargura mientras su aliento se proyectaba como una oleada de vapor sobre el aire húmedo. —¡Ay, Dios mío...! ¡Virgen Santísima...! Los Argounov habían encontrado un piso.

Esto les había parecido un milagro. Había sido inevitable un apretón de manos entre Alexander Dimitrievitch y el Upravdom, el administrador de la casa; un apretón de manos después del cual la mano de Alexander Dimitrievitch, lo mismo que la del Upravdom, había quedado vacía. Realmente: tres habitaciones y una cocina merecían una señal de gratitud en una ciudad llena hasta los topes.

—¿Un baño? —había dicho el Upravdom, indignado, repitiendo la pregunta a Galina Petrovna—. ¡No diga tonterías, ciudadana! ¡No diga usted tonterías!

Necesitaban muebles. Valerosamente, Galina fue a la casa de la calle de Kamenostrovsky. Delante de aquel grandioso edificio que se levantaba majestuoso, se detuvo unos instantes, arrebuajando cuanto pudo su delgado cuerpo en el raído abrigo de viejas pieles. Luego abrió el bolso y se empolvó la nariz: aquella masa de granito la imponía y la humillaba. No cerró el bolso; sacó un pañuelo. Las lágrimas, con aquel viento helado, iban tan molestas! Pulsó el timbre.

—Bien, bien. De modo que usted es la ciudadana Argounova —dijo el grueso pintor de carteles, un hombre mofletudo que la hizo entrar y escuchó con paciencia todas sus explicaciones. —Claro está que podrá usted llevarse lo suyo, si yo no lo necesito. Todo está en la cochera; tómelo. Tampoco somos tan crueles. Ya sabemos que para vosotros, los burgueses, es muy duro todo esto. Galina Petrovna echó una ojeada nostálgica a su gran espejo veneciano cuyo pie de ónix sostenía ahora una papelera; pero no dijo una palabra y salió al patio, dirigiéndose a la cochera. Encontró alguna silla sin patas, algunas piezas de porcelana antigua de valor incalculable, un lavabo, un samovar mohoso, dos camas, una caja llena de trajes suyos viejos y el gran piano de Lidia. Encima de todo ello, a montones, muchos libros de su antigua librería, cajas vacías, pedazos de madera y excrementos de ratón. Llamaron a un carretero

para que transportase todo aquello a la vieja casa de ladrillo cuyas sucias ventanas se abrían sobre el sucio riachuelo Moika. Pero no podían pagar dos acarreos; de modo que se hicieron prestar un carretón y Alexander Dimitrievitch, silencioso e indiferente, cargó los fardos que habían quedado en casa de Dunaev y los llevó a su nueva casa. Los cuatro subieron fardos por la escalera, pasando ante puertas mugrientas que alternaban con ventanas rotas. Aquella era una "escalera negra", esto es, una escalera de servicio; pero la casa nueva no tenía puerta para las visitas.

No había luz eléctrica; las cañerías estaban reventadas y había que subir el agua a cubos desde el piso de abajo. En el techo, amarillentas manchas recordaban las pasadas lluvias. —Con un poco de trabajo y un poco de sentido artístico, quedará precioso —había exclamado Galina Petrovna. Alexander Dimitrievitch había contestado con un suspiro. Habían instalado el piano en el comedor, y encima Galina Petrovna había colocado una tetera sin asa ni pico, que era el único resto de su espléndido juego de té de porcelana de Sajonia. Un surtido de platos rotos se guardaban en estantes de ruda madera, que Lidia decoró artísticamente con puntillas de papel. Un periódico doblado sostenía la pata más corta de la mesa; una mecha que flotaba en una taza de aceite de linaza daba, en la negra noche, una mancha de luz sobre el techo, y por la mañana, numerosos hilos de humo que parecían telarañas se balanceaban levemente en el aire.

Galina Petrovna se levantaba antes que nadie. Se echaba sobre los hombros un viejo chal, y, soplando fuertemente, encendía los húmedos leños con que tenía que cocer el mijo para la comida. Alexander Dimitrievitch recorría fatigosamente las dos millas que le separaban de la tienda de tejidos que había abierto. Nunca tomaba el tranvía; siempre había largas colas, y él no hubiera encontrado sitio jamás. Su almacén era una antigua tahona. No hubo medio de que le pusieran un rótulo nuevo. Junto a la puerta, sobre uno de los negros cristales en que campeaba un dorado bizcocho, había debido tender un pedazo de tela con un rudimentario cartel, escrito de través. En el escaparate había puesto dos pañuelos y un delantal. Había rascado de los cajones del panadero las antiguas etiquetas y las había ordenado sobre los estantes vacíos. Y allí pasaba el día, sentado, con los pies helados sobre la estufa de hierro, los brazos cruzados, y medio dormido. Cuando entraba un cliente se apresuraba a pasar detrás del mostrador y sonreía amablemente.

—El mejor pañuelo de la ciudad, ciudadano... seguramente, colores vivos como los del extranjero... ¿Sí aceptaría manteca en lugar de dinero...? Claro está que sí, camarada campesino, claro está que sí... ¿Por media libra? Puedo darle dos pañuelos, ciudadano, y un metro de muselina encima.

Y, sonriendo de contento, guardaba la manteca en el gran cajón que le servía de caja registradora, a veces al lado de una libra de avena.

Después de comer, Lidia se enrollaba al cuello una vieja bufanda de punto, tomaba un cesto bajo el brazo y, suspirando amargamente, se dirigía a la cooperativa. Permanecía en la cola contemplando el lento movimiento de las manecillas del reloj de una torre lejana, y se distraía recitando mentalmente las poesías francesas aprendidas en su infancia.

—¡Pero si el jabón no me hace ninguna falta, ciudadano —protestaba cuando le llegaba el turno de acercarse al mostrador en aquella tienda que olía a vinagre y a emanaciones humanas—, ni quiero tampoco los arenques ahumados!
—No tenemos nada más por hoy, ciudadana. ¡Otro! —Bien, bien; lo tomaré —se apresuraba a decir Lidia—; algo hay que comprar.

Galina Petrovna lavaba los platos después de comer, y luego se ponía los lentes, tomaba dos libras de lentejas de un saco que había traído consigo y las limpiaba cuidadosamente; mondaba las cebollas, mientras las lágrimas le corrían gota a gota por las mejillas; lavaba la camisa de Alexander Dimitrievitch en una palangana de agua fría, y molía bellotas para hacer el café. Si tenía que salir para algo, bajaba la escalera corriendo para no encontrarse con el Upravdom. Si lo encontraba sonreía con demasiada vivacidad y decía con un sonsonete:

Buenos días, camarada Upravdom.

El camarada Upravdom no contestaba nunca. En sus ojos torvos, Galina Petrovna adivinaba una silenciosa acusación.

¡Burgueses! ¡Negociantes particulares!

Kira había ingresado en el Instituto de Tecnología. Iba todas las mañanas, a pie, silbando, las manos en los bolsillos de un viejo gabán negro de cuello severamente abotonado debajo de la barbilla. En el Instituto asistía a todas las clases, pero hablaba con poca gente. Entre los estudiantes veía muchos pañuelos rojos, y oía hablar mucho de constructores rojos, de cultura proletaria y de jóvenes ingenieros a la vanguardia de la revolución mundial. Pero como estaba ocupada en reflexionar sobre su último problema de matemáticas, no escuchaba. Durante las conferencias sonreía de improviso, de vez en cuando; pero a nadie en particular, sino a un pensamiento confuso que no hubiera sabido expresar en palabras. Evocaba su infancia con la sensación de sumergirse en un alegre baño frío, y le parecía que entraba en la mañana de su vida con los músculos templados, fuertes y duros, y un espíritu como sus músculos y como su trabajo: ante ella estaba su trabajo y tantas otras cosas que hacer.

Por la noche, los Argounov se reunían en torno a la lamparilla de aceite, que colocaban encima de la mesa del comedor. Galina Petrovna les servía lentejas y mijo. En su alimentación no había mucha variedad; el mijo desaparecía de prisa, y con él sus ahorros. Después de la cena, Kira llevaba sus libros al comedor, única habitación de la casa donde había luz. Se sentaba apoyando los codos sobre la mesa, con los libros en medio; hundía sus dedos en su

cabellera, y abría atentamente los ojos contemplando las figuras geométricas con la misma pasión que si estuviera leyendo la más interesante novela. Lidia, sonriendo amargamente, bordaba un pañuelo.

—¡Oh, esta luz soviética! ¡Esta luz! ¡Y pensar que está inventada la electricidad!

—Tienes razón —aprobaba Kira, algo extrañada—; no hay buena luz. ¡Y yo no me había dado cuenta!

Una noche, Galina Petrovna encontró el mijo demasiado mohoso para poderlo cocer, y aquella noche no se cenó. Lidia suspiraba sobre su bordado:

—¡Estas comidas soviéticas! ¡Mi estómago es un saco vacío! —Es verdad —dijo Kira—. Me parece que no hemos cenado esta noche.

—Pero, ¿dónde tienes la cabeza, si la tienes? —exclamó Lidia enfurecida—. ¿Acaso te das cuenta de algo alguna vez? Durante las largas veladas, Galina Petrovna iba murmurando de vez en cuando:

—¡Una mujer ingeniero! ¡Vaya una profesión para una hija mía! ¿Es ésta una manera de vivir una joven? Sin un muchacho que la corteje, ni un pretendiente que la visite... dura como una suela de zapato... no tiene ninguna delicadeza, nada de poesía. Ningún sentimiento refinado. ¡Una hija mía! En el cuchitril que Lidia y Kira compartían por la noche no había más que una cama. Kira dormía sobre un colchón en el suelo. Se acostaban temprano para ahorrar luz. Acurrucada bajo una delgada manta, con su abrigo echado encima, Kira observaba a su hermana en su largo camisón de noche, blanca mancha en medio de la oscuridad, arrodillada ante el icono. Temblando de frío, persignándose con mano insegura, inclinándose hasta el suelo delante de la llanita de la lamparita y de los reflejos rutilantes de las caritas duras y bronceadas de las imágenes, Lidia murmuraba febrilmente sus plegarias.

Desde su rincón, tendida en el suelo, Kira podía contemplar por la ventana el rosa gris del cielo y la dorada cúpula del Almirantazgo; lejos, en medio de la fría niebla de Petrogrado la ciudad donde eran posibles tantas cosas.

Víctor Dunaev había tomado un súbito interés por la familia de sus primos. Iba a menudo a verles, y tocaba la campanilla con tanta energía que Lidia temía que la estropease. Se inclinaba sobre la mano de Galina Petrovna como si se hallase en la Corte, y se reía alegremente como si estuviera en el Circo.

En honor suyo, Galina Petrovna servía con el té los últimos terrones de azúcar que le quedaban, en lugar de la sacarina habitual. Víctor les llevaba su luminosa sonrisa, les refería los chis-morreos políticos, las anécdotas más curiosas, las noticias de las últimas invenciones extranjeras, les citaba los poemas más recientes y les exponía sus opiniones sobre la teoría de los reflejos y la de la relatividad en la misión social de la literatura proletaria.

Un hombre de cultura —explicaba— debe ser sobre todo un hombre a tono con su siglo.

Sonreía a Alexander Dimitrievitch y se apresuraba a ofrecerle fuego para encender sus cigarrillos hechos en casa; sonreía a Galina Petrovna y se levantaba apresuradamente cada vez que se levantaba ella; sonreía a Lidia y escuchaba sus constantes discursos sobre la fe; pero siempre procuraba sentarse junto a Kira. La noche del 10 de octubre Víctor llegó tarde. Eran ya las nueve cuando su sonoro campanillazo sobresaltó a Lidia. —Lo siento, lo siento de veras —se excusó con una sonrisa irresistible al mismo tiempo que dejaba sobre una silla su frío gabán, levantaba hasta sus labios las manos de Lidia y se daba un golpecito a los despeinados cabellos, todo ello en el espacio de un segundo—. Me han entretenido en el Instituto. Un Consejo de estudiantes. Sé que es una hora impropia para hacer visitas, pero había prometido a Kira llevarla a dar una vuelta por la ciudad, y... —No tienes por qué excusarte, mi querido Víctor —dijo Galina Petrovna, que acudió desde el comedor—, entra y tomarás un poco de té.

La familia estaba reunida alrededor de la mesa. La llamita que navegaba por el aceite de linaza temblaba a cada respiro. Cinco sombras negras se prolongaban hasta el techo. La débil luz de la lamparilla dibujaba un triángulo bajo cinco pares de ojos. El té resaltaba verde a través de los gruesos vasos cortados en viejas botellas.

—He oído decir —suspiró confidencialmente Galina Petrovna en el tono de un conspirador—, he oído decir de buena fuente que esta NEP que ahora han establecido no es más que el principio de una serie de cambios. El primero sería la restitución de las casas y las fábricas a sus primitivos propietarios. ¡Imagínate! Tú ya conoces nuestra casa de Kamenostrovsky: sí... en fin, me lo ha dicho un empleado de la cooperativa que tiene un pariente en el partido y debe de saber cómo andan las cosas. —Es muy probable —asintió Víctor con autoridad, y Galina Petrovna sonrió, feliz. Alexander Dimitrievitch se sirvió una nueva copa de té, miró con vacilación el azúcar, miró luego a su mujer, y por fin se bebió el té sin azúcar. Luego dijo de mal humor: —Los tiempos no son mejores. Ahora llaman a su policía secreta G. P. U., en lugar de Checa, pero sigue siendo lo mismo. ¿Sabéis qué he oído decir hoy en mi tienda? Que se ha descubierto otra conspiración antisoviética. Han detenido a varias docenas de personas, y hoy mismo han detenido al almirante Kovalensky, el que perdió la vista durante la guerra, y le han fusilado sin formarle proceso.

—Sólo se trata de rumores —observó Víctor—, pero a la gente le gusta exagerar.

—La verdad es que es más fácil encontrar comida —dijo Galina Petrovna—. Hoy hemos comprado unas lentejas preciosas, casi tanto como antes.

—Sí —dijo Lidia—, y a mí me han dado dos libras de mijo. —Y a mí —dijo Alexander Dimitrievitch— me han dado una libra de manteca.

Cuando, por fin, Kira y Víctor se levantaron para marchar, Galina Petrovna les acompañó hasta la puerta.

—Te confío a mi hija, ¿verdad, Víctor? No volváis tarde. ¡Hoy día las calles son tan poco seguras! Sed prudentes. Y sobre todo no habléis con gente desconocida. ¡Corren unos tipos tan raros y tan curiosos, ahora!

Ruidosamente, el coche recorría la calle silenciosa. Las anchas aceras vacías parecían canales de hielo gris, que brillasen bajo los altos faroles que huían ondeando detrás del coche. A veces, bajo un farol, divisaban sobre la desierta acera el negro circuito de una sombra. Sobre el círculo estaba una mujer en falda corta, balanceándose ligeramente sobre sus gruesas piernas embutidas en zapatos atados con lazos muy estrechos. Algo parecido a las negras aspas de un molino se veía andar vacilando por la acera.

Sobre esta sombra se tambaleaba un marinero, agitando los brazos y escupiendo cascarras de semilla de girasol.

Un pesado camión, reluciente de bayonetas, pasó estrepitosamente junto al coche. Entre las bayonetas Kira vislumbró una cara blanca, surcada por dos hoyos profundos: unos ojos espantosamente negros. Víctor estaba diciendo: Un hombre moderno culto debe conservar un punto de vista objetivo que le permita ver, cualesquiera que sean sus convicciones personales, nuestra época como un tremendo drama histórico, un momento de importancia gigantesca para la humanidad. ¡Tonterías! —repuso Kira—. Es una necesidad eterna y desagradable la de que las masas existan y nos hagan sentir su existencia. Y en el momento actual nos la hacen sentir de una manera particularmente molesta. Eso es todo.

—Tu punto de vista, Kira, no es ni razonable ni científico —dijo Víctor, y habló del calor estético de la escultura, de los *ballets* modernos y de los poetas nuevos, cuyos versos se publicaban en graciosos libritos de relucientes cubiertas de papel blanco. Víctor tenía siempre sobre su escritorio el último libro de poesías junto con el último tratado de sociología —para guardar el equilibrio, según explicó—, y luego recitó con voz inexpresiva su poema favorito al par que lentamente se apoderaba de la mano de Kira. Kira retiró su mano y miró los faroles que corrían a lo largo de la calle. El coche dio la vuelta a una plaza. Kira se dio cuenta de que estaba siguiendo el curso de un río, porque por un lado el cielo negro había caído más abajo que la tierra, en un abismo frío y húmedo, y a lo largo de este abismo lucían blancas franjas perezosamente reflejadas por los solitarios reverberos que brillaban más altos, a lo lejos, en medio de la oscuridad. Por el otro lado, las altas casas negras recortaban en el cielo un perfil de urnas, estatuas y balustradas. En los palacios todo estaba a oscuras. Los cascotes de los caballos, al resonar contra los adoquines, despertaban los ecos de largas procesiones de salones vacíos. En el Jardín de Verano, Víctor despidió el coche. Pasearon abriéndose

paso con dificultad por una alfombra de hojas caídas que nadie se cuidaba de recoger. No se veía ninguna luz; ningún otro visitante estorbaba la silenciosa desolación de aquel famoso parque. En torno a Víctor y a Kira, negras bóvedas de añosas encinas habían ocultado súbitamente la ciudad y en la húmeda oscuridad llena de murmullos y oliendo a musgo, a hojas mojadas y a otoño, blancas sombras de estatuas les señalaban los largos paseos rectos. Víctor, sacándose el pañuelo, secó un banco humedecido por el rocío. Allí se sentaron, bajo la estatua de una diosa griega de rota nariz. Una hoja de plátano cayó planeando lentamente: fluctuó alrededor de su cabeza y acabó posándose en uno de los brazos de la estatua, que había perdido la mano.

El brazo de Víctor rodeó los hombros de Kira. Ella se retiró. Víctor, inclinándose sobre ella, murmuró suspirando cuánto había aguardado el momento de hablarla a solas. Había tenido muchas aventuras, muchas mujeres que habían sido demasiado amables para con él, pero él siempre se había sentido infeliz y solo, comprendía que su alma tímida y sensible, trabada por las convenciones, no se había despertado todavía a la vida, al amor. Kira se apartó todavía más y se esforzó en cambiar la conversación. — ¿No has pensando nunca en el amor, Kira? —Nunca; ni nunca pensaré. Y no me gusta ni el nombre. Ahora que ya lo sabes podemos volver a casa. Se levantó; pero él la cogió de la muñeca. —No; todavía no.

Kira estaba entre sus brazos. Retiró vivamente su cabeza hacia atrás, y el violento beso que iba destinado a sus labios desfloró apenas su mejilla.

Con un movimiento rápido, Kira se liberó y rechazó a Víctor hacia el poyo. Suspiró profundamente y se cerró el cuello del abrigo. —Buenas noches, Víctor, me voy a casa... sola. Confuso, él se levantó. —Lo siento, Kira. Te acompaño.

—He dicho que voy sola.

—¡Sabes de sobra que no puede ser! Es peligroso. Una muchacha como tú no puede andar sola por las calles a estas horas. —No tengo miedo a nada.

Kira se marchó, y Víctor fue tras ella. Salieron del Jardín de Verano. En la calle desierta, un miliciano, apoyado al parapeto, contemplaba absorto los reflejos de la luz en el agua.

Si no me dejas inmediatamente —dijo Kira— le diré al miliciano que eres un extraño que me está importunando.

Yo le diré que mientes.

No lo podrías probar hasta mañana por la mañana. Mientras tanto pasarías la noche en la cárcel. —Bien. Puedo probar. Kira se acercó al miliciano.

Perdón, camarada —empezó... y viendo que Víctor se volvía y se alejaba rápidamente—, ¿puedes decirme hacia dónde está la Moika?

Ahora Kira andaba sola por las oscuras calles de Petrogrado. Estas parecían un escenario abandonado. En las ventanas, ni una luz. Por encima de los tejados, sobre el fondo de las nubes que vagaban, se elevaba la torre de una iglesia;

parecía que vacilase, amenazadora, en medio de un cielo inmóvil, pronta a derrumbarse.

En los cerrados zaguanes humeaban las linternas; a través de sus enrejadas ventanillas, los vigilantes nocturnos seguían con los ojos a la muchacha solitaria. Milicianos soñolientos y de torvo aspecto le lanzaban oblicuas miradas. Un cochero, que se había despertado al ruido de sus pasos, le ofreció sus servicios. Un marinero intentó seguirla, pero la expresión de su cara le hizo renunciar a ello. Silenciosamente, al acercarse ella, un gato saltó de una ventana al suelo.

Era mucho más tarde de las doce cuando Kira se encontró de improviso en una calle viva en medio de la ciudad muerta. Amarillas aberturas veladas por cortinas, aberturas luminosas rompían la fría línea severa de los muros, proyectando sus reflejos sobre la acera, a la que se abrían puertas de cristales. Muy lejos, oscuros tejados parecían encontrarse en el cielo oscuro sobre el estrecho espacio libre que dejaban entre ellas las moles de piedra. Kira se detuvo. Se oía un fonógrafo; desde una ventana iluminada se difundía la música en el silencio. Era la *Canción de la copa rota*. Era el canto de una esperanza sin nombre que la asustaba porque sentía su embriagadora promesa que ella no sabía definir: casi ni habría podido decir si era realmente una promesa lo que le brindaba aquella canción; sólo sabía que le producía una emoción, un sufrimiento que se extendía por todo su cuerpo.

Una explosión de rápidas notas triunfales; las cuerdas del violín no podían detenerlas; parecían puntapiés de desafío contra copas de cristal. Y, en lo alto, en los espacios por donde corrían las nubes hechas jirones, el cielo negro quedaba espolvoreado de los luminosos añicos del cristal roto.

La música cesó. En el aire se oyó el eco de una risotada. Un brazo desnudo bajó la cortina de aquella ventana.

Entonces Kira se dio cuenta de que no estaba sola. Vio mujeres de labios pintados de escarlata y caras que los polvos habían dejado más blancas que la nieve, pañuelos rojos, faldas cortas y piernas que salían de altos borceguíes anudados demasiado estrechos. Vio cómo un hombre tomaba del brazo a una mujer y luego ambos desaparecían por una puerta de cristales. Comprendió dónde se hallaba. Apresuradamente, nerviosa, quiso huir de allí. En la esquina más próxima se detuvo. El hombre era alto. Llevaba el cuello levantado, la gorra caída sobre los ojos. Su boca, severa, serena y despectiva, parecía la de un capitán de otros tiempos en el momento de mandar a sus hombres a la muerte, y sus ojos parecían contemplar la ejecución de esa orden.

Kira se acercó a un farol, miró de hito en hito al hombre y le sonrió. Lo hizo sin pensar; no se dio cuenta de lo ilógico de su esperanza de que él la conociera como ella le conocía. El se detuvo y la miró. —Buenas noches —dijo. Y Kira, que creía en los milagros, contestó: —Buenas noches.

El se acercó y la miró sonriendo, con los ojos medio cerrados. Pero cuando sonreía, las comisuras de sus labios no se levantaban, sino que se bajaron y el labio superior se plegó en un rictus sardónico.

—¿Sola? —preguntó.

—Terriblemente; ¡y hace tanto tiempo! —contestó sencillamente ella.

—Ven conmigo, pues. —Vamos.

La tomó del brazo y ella le siguió. El dijo: Tenemos que ir de prisa; no puedo detenerme por estas calles tan llenas de gente. —Yo tampoco.

Te advierto que no debes preguntarme nada.

No tengo nada que preguntar.

Kira contemplaba los increíbles trazos de su rostro, tocaba tímidamente, incrédulamente, los largos dedos de la mano que oprimía su brazo.

—¿Por qué me miras así? —preguntó él. Pero ella no contestó. El dijo:

Temo que esta noche no voy a estar de buen humor.

—¿Puedo ayudarle? —Por eso estás ahí. Súbitamente, el hombre se detuvo.

—¿Cuánto quieres? —preguntó—. No llevo mucho dinero. Kira le miró y entonces comprendió por qué le había hablado. Se quedó mirándole en silencio a los ojos. Cuando habló, su voz había perdido su tono de respeto: era serena y fría. Dijo: —No será mucho. —¿Adonde vamos?

—Detrás de la esquina he visto un jardincillo. Vamos allí primero.

—¿No hay ningún miliciano por ahí? —No.

Se sentaron en la escalinata de una gran casa abandonada. Los árboles les resguardaban de la luz de la calle y en sus caras y las paredes se veían manchas iluminadas por los trémulos rayos de los faroles. Sobre sus cabezas, hileras de vacías ventanas se abrían en la piedra vacía. Sobre la puerta del palacio, donde había campeado el escudo de los dueños, la piedra había sido martilleada. La verja del jardín estaba rota y las altas lanzas de hierro estaban inclinadas hacia el suelo, como si se bajasen en un grave saludo.

—Quítate la gorra —dijo Kira. —¿Por qué? —Quiero verte.

—¿Te han enviado en busca de alguien? —No: ¿quién tenía que enviarme?

El, sin contestar, se descubrió la cabeza. La muchacha contemplaba su belleza no con admiración, sino con una incrédula reverencia tímida. Sólo le dijo:

—¿Siempre vas de paseo con los hombros del gabán desgarrados?

—Esto es todo cuanto me queda. Y tú, ¿contemplas siempre a la gente como si tus ojos fueran a salir de sus órbitas? —Alguna vez.

—Yo que tú, no lo haría. Cuanto menos veas a la gente, tanto mejor para ti. A menos que tengas los nervios muy fuertes y el estómago muy resistente. —Los tengo.

—¿Y las piernas también?

Alargó el brazo y las puntas de sus dedos levantaron la falda de la muchacha, no muy por encima de las rodillas, ligeramente, con desprecio. Las

manos de ella se agarraron a los escalones de piedra. No se bajó la falda, sino que se contuvo y permaneció sentada, inmóvil, helada, sin respirar.

El la miró: sus ojos se dirigían hacia arriba o hacia abajo, pero las comisuras de sus labios sólo se movían hacia abajo. Ella, obediente, sin mirarle, susurró: —Tengo las piernas fuertes. —Bien, pues: si tienes las piernas fuertes, corre... —¿Lejos de ti?

—No; lejos de todos. Pero no pienses más en ello. Bájate la falda. ¿No tienes frío? —No.

Pero se bajó la falda.

—No te fijes en lo que digo —prosiguió él—. ¿Tienes algo de beber en tu casa? —Sí... claro...

—Te advierto que esta noche voy a beber como una esponja. —¿Por qué esta noche? —Es mi costumbre. —No es verdad. —¿Cómo lo sabes? —Sé que no es verdad. —¿Qué más sabes de mí?

Que estás muy cansado.

Es cierto. He andado toda la noche.

—¿Por qué?

—Te he dicho que no me preguntes nada.

Contempló a la muchacha que estaba sentada, con la espalda apoyada en la pared. Sólo vio un ojo gris, sereno y firme, y más arriba un rizo de cabellos; vio también la muñeca de una mano escondida en un bolsillo negro, y unas medias negras, cortas, que cubrían unas piernas que se apretaban fuertemente una contra la otra. En la oscuridad adivinó la línea de unos largos labios delgados, el negro moldeado de un esbelto cuerpo que temblaba ligeramente. Sus dedos se cerraron en torno a la media negra. La muchacha no se movió. El se acercó todavía más a la oscura boca y murmuró:

—Deja ya de mirarme como si fuera algo raro. Quiero beber. Quiero una mujer como tú. Quiero hundirme, hundirme, hasta donde puedas llevarme.

—Tienes mucho miedo de que no puedan arrastrarte hacia abajo.

La mano del hombre abandonó la media. Mirándola más de cerca, le preguntó:

—¿Desde cuándo haces este oficio? —Oh... no hace mucho... —Lo imaginaba.

—Lo siento: he intentado hacerlo lo mejor que he sabido. —¿Qué es lo que intentabas? —Parecer experta.

—¡Tonta! ¿Por qué? Te prefiero como eres, con esos ojos curiosos que ven demasiado... ¿Qué es lo que te arrastró a esta situación?

—Un hombre.

—¿Valía la pena?

—Sí.

—¡Qué apetito!

—¿De qué?

—De la vida.

Si no se tiene este apetito, ¿para qué sentarse a la mesa?

Ella se rió, y su risa resonó en los huecos ventanales que había encima de sus cabezas, fría y vacía como los ventanales mismos.

—Quizás el recoger sólo algunas ruinas, como haces tú, puede resultar todavía divertido. Quítate el sombrero. Kira se descubrió. Contra la piedra gris, sus cabellos ensortijados, iluminados por la luz que se filtraba a través del follaje, brillaron con un tono cálido como de seda.

El le acarició los cabellos y le preguntó, echándole la cabeza hacia atrás hasta hacerle daño: —¿Amaste a aquel hombre?

—¿A qué hombre?

—Al que te arrastró a esta vida.

—Yo... —de improviso, Kira se confundió, sorprendida por un pensamiento inesperado

—. No, no le amaba.

—Está bien.

—Y tú... —empezó a decir ella, pero se dio cuenta de que no podía terminar la pregunta.

—Dicen que no siento nada por nadie, excepto por mí mismo —repuso él—, y aun por mí mismo apenas me preocupo.

—¿Quién lo ha dicho?

—Una persona que no me quiere. Conozco a mucha gente que no me quiere.

—Esto está bien.

—Pero nunca conocí a nadie que encontrase que esto está bien.

—Sí; conociste a alguien.

—¿A quién?

—A ti mismo.

El se inclinó hacia ella, y sus ojos escrutaban la oscuridad; luego se alejó de nuevo y se encogió de hombros.

—Te equivocas. No soy lo que tú supones. Siempre he querido ser uno de esos empleados soviéticos que venden jabón y sonríen a todos los clientes. Ella dijo:

—¡Eres tan profundamente desgraciado!

Sus caras estaban juntas, tanto que ella sentía sobre sus labios el aliento de él.

—¿Quién te ha pedido tu simpatía? ¿Acaso crees que lograrás hacerte querer por ti misma? No te hagas ilusiones. Nada me importa lo que pienso de ti, y menos todavía lo que tú piensas de mí. Soy como cualquier otro de los hombres que se han acostado o se acostarán contigo. Kira dijo:

Esto significa que te gustaría ser como los demás, pero me parece que estarías contento de saber que nunca me he acostado con nadie. El la contemplaba en silencio. Bruscamente le preguntó:

¿Eres una... profesional?

—No.

El le preguntó, algo sobresaltado: —¿Qué eres, entonces? —Siéntate. —
Contesta.

—Soy una muchacha decente que estudia en el Instituto de Tecnología, y mis padres me echarían de casa si supieran que he hablado con un desconocido por la calle.

El volvió a mirarla; Kira estaba sentada en un peldaño a sus pies y a su vez le contemplaba el rostro con atención. En aquellos ojos, él no vio ni miedo ni ternura, sino una calma insolente. Le preguntó:

—¿Por qué has hecho esto?

—Quería conocerte.

—¿Por qué?

—Me gustaba tu cara.

—¡Tonta! Si yo hubiese sido otro hubiera podido... portarme de otro modo.

—Sí; pero yo ya sabía que no eras otro.

—Pero ¿sabes que estas cosas no se hacen?

—No me importa.

El sonrió y de súbito le preguntó: —¿Quieres que te confiese una cosa?

—Sí.

—Esta es la primera vez que he intentado... comprar una mujer.

—¿Y por qué esta noche?

—La mujer era lo de menos. Había estado andando horas enteras, y en esta ciudad no hay una casa en que yo pueda entrar.

—¿Porqué?

No preguntes. No había podido decidirme a acercarme a una de... aquellas mujeres. Pero tú... tú me gustaste con tu rara sonrisa. ¿Qué hacías por las calles a estas horas?

—He reñido con alguien; no llevaba dinero para el tranvía; volvía a casa sola... y me perdí.

—Entonces, gracias por tu extraordinaria noche. Será un raro recuerdo que me llevaré de esta última noche mía en la ciudad.

—¿Tu... última noche?

—Sí. Me marcho al amanecer.

—Y ¿cuándo volverás?

—Creo que nunca.

Ella se levantó. Se paró ante él y le preguntó:

—¿Quién eres?

—Aunque me fiase de ti no podría decírtelo.

—No puedo dejarte marchar para siempre.

—Bien; me gustaría volver a verte. No voy lejos. Tal vez vuelva a la ciudad.

—Te daré mis señas.

—No; tú no vives sola y yo no puedo entrar en ninguna casa.

—¿Puedo venir yo a la tuya?

—No tengo.
—Entonces...
—Vamos a quedar en volvernos a ver aquí. Dentro de un mes. Entonces, si todavía vivo, y si puedo entrar en Petrogrado, te aguardaré aquí.
—Vendré.
—El 10 de noviembre; pero de día, a las tres de la tarde, en estos escalones.
—Sí.
—Bien. Todo esto es absurdo como nuestro encuentro, y ahora debes volver a tu casa; no debes estar fuera a estas horas.
—Y tú, ¿dónde irás?
—Andaré hasta el amanecer. Sólo faltan pocas horas. Vamos.
Kira no discutió más. El la tomó del brazo, y ella le siguió. Se detuvieron ante las lanzas curvas de la verja derruida. La calle estaba desierta. En una esquina, lejos, un cochero levantó la cabeza al rumor de sus pasos. El le llamó. Cuatro caballos avanzaron rasgando el silencio de la noche.
—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.
—Leo. ¿Y tú?
—Kira.
El coche se acercó. El dio al cochero un billete de Banco.
—Dile dónde quieres ir.
Adiós —murmuró Kira—, ¡hasta dentro de un mes!
—Si vivo —repuso él— y si no lo he olvidado. Kira se encaramó en el asiento y se arrodilló de modo que pudiera mirar por la ventanilla posterior. Mientras el coche se alejaba lentamente, la muchacha, con la cabellera al viento, contemplaba al hombre que seguía con la mirada el vehículo. Cuando éste dobló la esquina, Kira permaneció arrodillada, pero inclinó la cabeza. Su mano reposaba sobre el asiento, abandonada con la palma hacia abajo, y ella sentía el latido de su corazón en la punta de los dedos.

Capítulo quinto

Galina Petrovna se lamentaba todas las mañanas: —¿Qué tienes, Kira? Unas veces comes, otras no... no sientes frío... no te das cuenta de cuando se te habla... ¿Qué te ocurre? Por la noche, Kira volvía a pie a su casa, y sus miradas iban siguiendo a todos los tipos altos, escrutaban ansiosamente bajo todos los cuellos de gabán levantados; su mismo anhelo la hacía contenerse la respiración. No esperaba encontrarle en la ciudad, ni lo deseaba tampoco. Nunca se preguntaba si habría o no regresado, si la querría. No tenía otro pensamiento que el de que él existía.

Todas las noches volvía del Instituto a casa a pie, sola. Una vez, Galina Petrovna, al abrirle la puerta, tenía los ojos hinchados y enrojecidos.

—¿Te han dado el pan? —fue la primera pregunta que le hizo, en medio de la fría corriente de aire de la puerta abierta. —¿Qué pan? —preguntó Kira.

¡Qué pan! ¡El tuyo! El pan del Instituto. Hoy es día de reparto; no me digas que lo has olvidado. —¡Ay, Dios mío!

Galina se dejó caer en una silla, y sus brazos, desesperados, se abandonaron a lo largo de su cuerpo.

—Pero, Kira, ¿qué te pasa? La ración que te dan apenas bastaría para un gato y aún te olvidas de recogerla. ¡Estamos sin pan! ¡Ay, misericordia divina! En el oscuro comedor, Lidia estaba sentada junto a la ventana haciendo calceta a la luz de un farol de la calle. Alexander Dimitrievitch, con la cabeza apoyada sobre la mesa, dormitaba. —No hay pan —anunció Galina—. Su Alteza lo ha olvidado. Lidia sonrió amargamente. Alexander Dimitrievitch se levantó suspirando.

—Me voy a la cama —murmuró—; cuando se duerme no se siente el hambre.

—No tenemos qué comer esta noche. Ya no nos queda mijo. Las cañerías del agua están reventadas. No hay agua en casa. —Yo no tengo apetito —dijo Kira.

—Eres la única persona de la familia que tiene cartilla de racionamiento de pan, pero no parece que te preocupes mucho por nosotros.

—Lo siento, mamá. Lo pediré mañana.

Kira encendió la lamparilla. Lidia se acercó con su labor a la luz vacilante.

—Tu padre no ha vendido nada hoy, en la tienda —dijo Galina Petrovna.

La campanilla sonó con insistencia, ásperamente. Galina Petrovna se estremeció y se apresuró a abrir la puerta. Del recibimiento se oyeron las fuertes pisadas de unas gruesas botas. El Upravdom entró sin que lo invitasen, ensuciando de barro el suelo del comedor. Galina Petrovna le seguía arrebujiándose convulsivamente en su chal. El Upravdom llevaba un papel en la mano.

—Respecto al asunto de las cañerías del agua, ciudadana Argounova —dijo dejando el papel sobre la mesa y sin quitarse la gorra—, se ha decidido que deberemos imponer a los inquilinos una cuota proporcional a su condición

social, para las reparaciones. Ahí está la lista de los que deben pagar. El dinero debe estar en mi oficina mañana por la mañana, antes de las diez. Buenas noches, ciudadanos.

Galina Petrovna cerró la puerta y con mano trémula acercó el papel a la luz.

Doubenko, obrero, cuarto número 12, tres millones de rublos. Rilnikov, funcionario soviético, cuarto número 13, seis millones de rublos.

Argounov, comerciante privado, cuarto número 14, cincuenta millones de rublos.

El papel cayó al suelo: la mirada de Galina Petrovna cayó sobre sus manos cruzadas sobre la mesa.

—¿Qué sucede, Galina? ¿Cuánto es? —preguntó desde su cuarto Alexander Dimitrievitch.

—Es... no es mucho. Duerme, ya te lo diré mañana. Como no tenía pañuelo, se secó la nariz con la punta del chal y entró arrastrando los pies en la habitación.

Kira se inclinó sobre el libro. La llave vacilaba danzando sobre las letras. La única cosa que lograba leer o recordar no estaba escrita en el libro: " si vivo... y si me acuerdo " .

Los estudiantes tenían ración de pan y pasaje gratuito en los tranvías. Hacían cola en las húmedas y destartaladas oficinas del Instituto de Tecnología para recoger sus cartillas, y luego, en la cooperativa, volvían a hacer cola para que les dieran el pan. Kira llevaba una hora aguardando. El empleado que despachaba iba dando duros pedazos de pan a los de la fila que, lentamente, iba avanzando; luego hundía los dedos en un barril para pescar los arenques, se limpiaba las manos sobre el pan y, por último, recogía los billetes de Banco llenos de mugre. El pan y los arenques, sin envolver, desaparecían en las carteras llenas de libros. Los estudiantes silbaban alegremente, y andaban marcando pasos de baile por el pavimento lleno de polvo.

La joven que estaba junto a Kira en la fila se apoyó súbitamente, sonriendo, sobre su hombro, con una familiaridad que sorprendió a Kira, que nunca la había visto antes. La joven, de anchas espaldas, llevaba una chaqueta de piel de foca, tenía las piernas cortas y gruesas, calzaba zapatos masculinos sin tacón, cubría sus cabellos cortos y lacios con un pañuelo rojo atado de cualquier manera, y tenía los ojos muy apartados uno de otro, la cara pecosa y redonda, los labios delgados y apretados con tal aire de determinación que casi lograba hacerlos invisibles, y los hombros de su negra

chaqueta estaban cubiertos de caspa. Señalando un gran pasquín pegado a la pared en el que se convocaba a todos los estudiantes a una reunión para la elección del Consejo estudiantil, preguntó a Kira: —¿Vas a la reunión esta tarde, camarada? —No —respondió Kira.

—Pues hay que ir, camarada. De todos modos, es algo muy importante. Tienes que votar, ¿sabes? —Nunca en mi vida he votado. —¿Eres de primer año, camarada? —Sí.

—¡Maravilloso, maravilloso! ¿No lo encuentras maravilloso? —¿Qué?

—El empezar tu educación en un momento glorioso como éste, en que la ciencia es libre y los caminos están abiertos a todos. Ya lo comprendo, todo esto es nuevo para ti y debe parecerte muy extraño. Yo soy de las veteranas; podría ayudarte. —Agradezco el ofrecimiento, pero... —¿Cómo te llamas, querida? —Kira Argounova.

—Yo me llamo Sonia. Sólo camarada Sonia. Todo el mundo me llama así. Seremos buenas amigas, ¿sabes? Lo adivino. Mi mayor alegría es ayudar a las estudiantes jóvenes e inteligentes como tú. —Pero —objetó Kira— yo no tengo idea de haber dicho nada particularmente inteligente. La camarada Sonia prorrumpió en una carcajada. —¡Ah, pero yo conozco a las muchachas! ¡Conozco a las mujeres! Nosotras, las mujeres nuevas que deseamos vivir una vida útil, tener una carrera y ocupar el puesto que nos corresponde junto a los hombres en el trabajo positivo de este mundo, en lugar de las antiguas ocupaciones culinarias, tenemos que unirnos.

Nada me gusta tanto como una estudiante nueva. La camarada Sonia será siempre tu amiga. La camarada Sonia es amiga de todos.

La camarada Sonia sonrió. Sonrió mirando francamente a los ojos de la muchacha que tenía delante, como si, gentilmente, de una manera irrevocable, tomase en sus manos aquellos ojos y la mentalidad que había detrás de ellos. La sonrisa de la camarada Sonia era amistosa, de una cordialidad cortés, insistente y perentoria, que se aprovechaba de la primera palabra pronunciada para apoderarse de uno.

Gracias —dijo Kira—, ¿qué es lo que queréis que haga?

—Para empezar, camarada Argounova, tienes que asistir a la reunión. Debemos elegir el Consejo de estudiantes más antiguos. Son nuestros enemigos de clase, ¿sabes? Los estudiantes jóvenes como tú tenéis que apoyar la candidatura de nuestra célula comunista, que tutela vuestros intereses. —¿Eres una de las candidatas de la célula, camarada Sonia? La camarada Sonia sonrió.

—¿Lo ves? ¡Ya decía yo que eras una muchacha inteligente! Sí, soy una de ellas. He formado parte del Consejo durante dos años. Trabajo duro. Pero ¿qué se le va a hacer? Los camaradas estudiantes parecen tener necesidad de mí y yo tengo que cumplir con mi deber. Ven conmigo y te diré por quién debes votar.

—¡Oh! —dijo Kira—. ¿Y luego?

—Ya te explicaré. Todos los estudiantes rojos se unen en algún género de actividad social, ¿sabes? Y te conviene no inspirar sospechas de tendencias burguesas. He organizado el círculo marxista. Lo constituye un pequeño grupo de estudiantes jóvenes que yo presido, que quieren aprender la ideología proletaria que todos necesitamos cuando entramos en el mundo para servir al Estado proletario. En realidad, para esto estudiamos, ¿no es verdad?

—¿Y no se os ha ocurrido —preguntó Kira— que quizás estoy aquí por la extraordinaria y casi increíble razón de que deseo aprender una profesión que me gusta, sólo porque me gusta? La camarada Sonia miró a los ojos de la camarada Argounova y comprendió que se había equivocado.

—Bien —dijo sin sonreír—, como quieras.

—Me parece que asistiré a la reunión —dijo Kira— y creo que voy a votar.

Un anfiteatro de bancos llenos de gente se levantaba como un dique, y las oleadas de estudiantes llenaban las gradas, los pasillos, los antepechos de las ventanas, y se aglomeraban en las aberturas de las puertas abiertas.

Un joven orador se inclinó solícito sobre la mesa de la tribuna, frotándose las manos como un dependiente detrás del mostrador. Su cara parecía haber permanecido largo tiempo detrás de un escaparate: le faltaba un poco de color para que sus ojos fuesen azules, rubios sus cabellos y fresca su tez. Sus pálidos labios no llegaban a encuadrar la oscura abertura de su boca, que se abría y cerraba al par que iba profiriendo gritos que parecían voces de mando militares a su atento auditorio.

—¡Camaradas! ¡Las puertas de la ciencia están abiertas para todos nosotros, hijos del trabajo! La ciencia está ahora en nuestras callosas manos. Hemos superado el viejo prejuicio burgués de la ciencia objetiva e imparcial. La ciencia no es imparcial. La ciencia es un arma para la lucha de clases. No estamos aquí para apoyar nuestras míseras ambiciones personales. Ya hemos superado el viscoso egoísmo del burgués que lloriqueaba por una carrera individual. Nuestra única meta, nuestro único ideal para entrar en' el Instituto Rojo de Tecnología es ejercitarnos para llegar a ser combatientes plenamente eficaces, a la vanguardia de la cultura y de la constructividad proletaria.

El orador bajó de la tribuna frotándose las manos. Entre los oyentes, algunos aplaudieron ruidosamente, otros continuaron con las manos en los bolsillos de sus fríos gabanes. Kira se inclinó hacia la muchacha pecosa que estaba a su lado y preguntó: —¿Quién es?

—Pavel Syerov. De la célula comunista. Miembro del Partido. Anda con cuidado. Por todos lados está lleno de espías. Los estudiantes estaban formando una masa confusa que llegaba al techo, una masa de caras pálidas

y de gabanes viejos y deformados. Pero les dividía una línea invisible; una línea que no iba recta entre los bancos, sino que corría en zigzag a través de la sala colmada de público, una línea que nadie podía ver, pero que todos sentían, una línea precisa y sin misericordia como una lanza afilada.

Un sector llevaba la gorra verde de los antiguos tiempos despreciados por los reglamentos recientes: la llevaba orgullosamente, con aire de desafío, como un distintivo honorífico y una amenaza; el otro sector llevaba pañuelos rojos y elegantes chaquetas militares de cuero. El primero, el más numeroso, envió a la tribuna oradores que recordaron al auditorio que los estudiantes habían tenido siempre buen olfato para reconocer la tiranía, de cualquier color que se vistiera, y un huracán de aplausos retumbó desde el techo hasta las gradas mismas de la tribuna, un aplauso demasiado fuerte, demasiado largo, enérgico, hostil y amenazador como la última palabra de la multitud, como si las manos dijeran más de lo que osaban decir las palabras. El otro sector observaba en silencio, con los ojos fríos y serios. Sus oradores vociferaban acerca de la Dictadura del Proletariado, como si no se dieran cuenta de la súbita carcajada que resonaba no se sabía dónde ni de las descaradas cascadas de semilla de girasol que llovían sobre la nariz del orador.

Eran jóvenes, y confiaban demasiado en que nada tenían que temer. Era la primera vez que hablaban alto, mientras el país, en torno a ellos, había dicho ya hacía tiempo su última palabra. Eran correctos y amables con sus enemigos, como sus enemigos eran correctos y amables con ellos: unos y otros se llamaban "camaradas". De uno y otro lado se sabía bien el silencioso duelo a vida o muerte; pero sólo por un lado, el menos numeroso, se sabía quién se llevaría la victoria. Jóvenes y confiados, en sus chaquetas de cuero y sus pañuelos rojos, éstos contemplaban con implacable tolerancia a los otros, también jóvenes y confiados; y su tolerancia tenía el frío centelleo de una bayoneta escondida que —lo sabían muy bien— no tardaría en aparecer. Pavel Syerov fue a sentarse en el estrado. Se volvió hacia su vecino, un joven esbelto, de cara alargada y flaca, y murmuró:

—¡Ah! ¡De modo que éstos son los discursos que se pronuncian aquí! ¡Vaya una tarea que nos aguarda! Si en el frente alguien se hubiera atrevido...

—El frente, camarada Syerov —respondió la débil voz incolora de su compañero—, ha cambiado. El frente exterior está conquistado. Ahora tenemos que abrir trincheras en el frente interior —y se inclinó todavía más hacia el camarada Syerov. Sus largas y flacas manos se apoyaban sobre la mesa; levantó apenas un dedo y lo agitó lentamente señalando al auditorio por uno y otro lado—. En el frente interior —susurró— no hay bombas ni cañones; cuando nuestros enemigos caen no se de'rrama sangre ni lágrimas. El mundo no sabe nunca cuándo han sido suprimidos. A veces no lo saben ni ellos mismos. El mundo de hoy, camarada Syerov, pertenece a los combatientes de la cultura roja. Cuando se hubo pronunciado el último

discurso llegó la votación. Algunos candidatos salieron de la sala, por turno, mientras otros hablaban brevemente de ellos, se alzaban manos y algunos estudiantes, de pie sobre las mesas y empuñando sus lapiceros, contaban los votos.

Kira vio a Víctor que salía y escuchó el discurso de su mantenedor sobre la prudencia del camarada Víctor Dunaev, que actuaba bajo impulsos del espíritu de comprensión y cooperación: los dos partidos aplaudieron y uno y otro votaron por el camarada Víctor Dunaev. Kira, no.

—Se ruega al camarada Pavel Syerov que salga un momento —dijo el presidente—; tiene la palabra Presniakova. En medio de los aplausos, la camarada Sonia subió a la tribuna, se arrancó el pañuelo rojo y sacudió, desenvuelta y enérgica, su corta melena.

Exactamente, la "camarada Sonia" dijo a modo de saludo al auditorio:

—Saludos proletarios muy cordiales a todos, y muy especialmente a nuestras camaradas femeninas. Nada me gusta tanto como una estudiante nueva. Una mujer emancipada de la vieja esclavitud de los platos y de la colada. Aquí me tenéis, vuestra "camarada Sonia", dispuesta a servirlos a todos. Aguardó a que cesasen los aplausos y prosiguió: —¡Camaradas estudiantes! Debemos permanecer unidos para sostener nuestros derechos. Tenemos que aprender a expresar nuestra voluntad proletaria y a darla a conocer a nuestros enemigos. Tenemos que imprimir nuestra bota proletaria sobre sus blancos pechos, descubrir sus intenciones de traición. Nuestras escuelas rojas son para los estudiantes rojos. Nuestro Consejo de estudiantes debe montar la guardia en torno a nuestros intereses proletarios. En vuestras manos está el elegir a aquellos cuya lealtad proletaria no ofrece duda. Ya habéis oído al camarada Pavel Syerov. Yo estoy aquí para deciros que es un veterano combatiente de las filas comunistas, un miembro del Partido desde la Revolución, un soldado del Ejército rojo. Votemos por un buen proletario, un soldado rojo, el héroe de Melitopol, el camarada Pavel Syerov.

A través de una tempestad de aplausos sus pesados zapatos bajaron de la tribuna, mientras ella, jadeante, con la cara abierta en una ancha sonrisa, se pasaba el dorso de la mano por debajo de la nariz.

El camarada Syerov resultó elegido; lo mismo que la camarada Sonia y que el camarada Víctor Dunaev. Pero también resultaron elegidos miembros del partido de las gorras verdes: dos tercios del nuevo Consejo de estudiantes.

—Ahora, para cerrar la sesión —gritó el presidente—, vamos a entonar nuestra vieja canción: *Días de nuestra vida*. Un coro discordante prorrumpió solemnemente a cantar:

Rápidos como las olas — son los días de nuestra vida...

Era una canción báquica ascendida a la dignidad de himno estudiantil, un motivo lento, triste, con la alegría artificial de unas notas sin brío, nacido

bastante antes de la Revolución en las habitaciones mal aireadas en que unos hombres sin afeitar y unas mujeres masculinizadas discutían de filosofía, y, en una forzada bravata, bebían vodka barato a la " fertilidad de la vida ". Kira frunció el entrecejo. No cantó: desconocía aquella canción y no quería aprenderla. Observó que los estudiantes de pañuelo rojo y de la chaqueta de cuero también permanecían silenciosos. Cuando cesó el canto, Pavel Syerov gritó: —Ahora, cantaradas, nuestra respuesta.

Por primera vez desde que estaba en Petrogrado, Kira oyó *La Internacional*. Intentó no escuchar la letra. Hablaba de condenados, de hambrientos, de esclavos, de los que no eran nada y pasaban a serlo todo; en la copa de la música las palabras no eran excitantes como el vino, ni terribles como la sangre, sino grises como el agua en que se riegan los platos.

Pero la música cantaba una promesa, sus notas subían trémulas, y Kira sonreía a la apasionada melodía aun conociendo la tremenda mentira que se encerraba en ella.

—Esta es la primera cosa hermosa que he encontrado en la revolución —dijo a su vecina.

—Anda con cuidado —murmuró la joven pecosa mirando nerviosamente a su alrededor—; pueden oírte.

—Cuando todo esto haya pasado —dijo Kira—, cuando las huellas de su República hayan sido desinfectadas por la Historia, ¡qué maravillosa marcha fúnebre será este himno! —¿Qué estás diciendo, tontuela?

Una mano de hombre asió la muñeca de Kira, haciéndole dar la vuelta. Kira vio dos ojos grises que parecían los de un tigre domesticado; pero no estaba muy segura de si realmente estaba domesticado o no. En la cara del hombre se veían cuatro líneas rectas: dos cejas, la boca y una cicatriz en la sien derecha. Por un momento, Kira y el hombre se miraron en silencio, con hostilidad, turbados.

—¿Cuánto le pagan —dijo Kira— para andar espiando por ahí? Intentó desasir su muñeca, pero él siguió agarrándola. —¿Sabe usted cuál es el sitio para muchachas de su género? —Sí; allí donde a los hombres como usted no les dejan entrar ni por la puerta de servicio.

—Debe usted ser nueva aquí. Le aconsejo la prudencia. —La escalera de casa es resbaladiza y hay que subir cuatro pisos, de manera que también le aconsejo prudencia a usted cuando vaya a detenerme. El soltó su muñeca.

Ella miró a su boca silenciosa: hablaba de muchas batallas pasadas, con mucha mayor elocuencia que la herida en la sien; hablaba también de muchas batallas futuras.

La Internacional resonaba como los pies de unos soldados que marcasen el paso.

—¿Es usted excepcionalmente valerosa —preguntó fríamente el hombre— o solamente estúpida?

—Descúbralo usted.

El se encogió de hombros, se volvió y se fue. Era alto y joven, y llevaba una chaqueta y una gorra de cuero; andaba como un soldado enérgico y seguro.

Los estudiantes cantaban *La Internacional*; sus notas surgían extáticas, vibraban, volvían a surgir.

Camarada —murmuró la joven pecosa—, ¿qué has hecho?

La primera cosa que Kira oyó cuando pulsó la campanilla en casa de los Dunaev fue la tos de María Petrovna. Luego giró la llave y una oleada de humo dio en el rostro de Kira. A través del humo vio los ojos de María Petrovna llenos de lágrimas y su mano hinchada que se tapaba la boca, sacudida por una tos violenta. —Entra, entra, querida Kira —balbució María Petrovna—, no tengas miedo; no es ningún incendio.

Kira se adentró por aquel humo gris que le irritaba los ojos como una cebolla; María Petrovna la siguió jadeando, al par que iba dándole explicaciones entrecortadas por accesos de tos. —En la estufa... esta leña de los Soviets... hemos tenido... No quiere arder... tan húmeda que... ison unos sapos! No te quites el abrigo, Kira... hace demasiado frío, las ventanas están abiertas... —¿Está Irina?

—Sin duda —la clara voz de Irina se abrió paso a través del humo—. Si logras encontrarme...

En el comedor, los dos grandes ventanales de dos puertas habían quedado cerrados para todo el invierno; pero una ventanilla corrediza estaba abierta. Alrededor se veía un torbellino de humo, en lucha con el aire frío que entraba de la calle. Irina estaba sentada delante de la mesa, con el abrigo de invierno sobre los hombros, y soplaba sobre sus dedos azulados de frío. María Petrovna descubrió una pequeña sombra detrás del trinchante y la arrastró fuera. —Asha, saluda a tu prima Kira.

Asha levantó la cabeza; sus ojos enrojecidos y su naricilla asomaban del cuello de la pelliza de su padre.

—¿Me oyes, Asha? ¿Dónde tienes el pañuelo? Saluda a tu prima Kira.

—¿Cómo estás? —murmuró Asha mirando al suelo. —¿Cómo no has ido a la escuela hoy, Asha?

—Cerrada —suspiró María Petrovna—. La escuela está cerrada. Por dos semanas. No tienen leña. En medio del humo, batió una puerta. Entró Víctor. —Hola, Kira, ¿cómo estás? —dijo fríamente—. Mamá, ¿cuándo va a terminar esta humareda? ¿Cómo se puede estudiar en esta atmósfera de infierno? ¡Oh!, no es que me importe; pero si no apruebo estos exámenes conozco una familia que se va a quedar sin pan.

La puerta batió todavía más fuerte, al salir el joven. Kira se sentó, contemplando a Irina, que dibujaba. Irina estudiaba arte. Dedicaba su tiempo a graves estudios de las obras maestras de la antigüedad que se

conservaban en los museos; pero su mano rápida y sus ojos maliciosos aprendían el arte desvergonzado de los periódicos. Esbozaba croquis 'cada vez que tenía que hacerlo y en cualquier otro momento. Con un tablero sobre las rodillas, echando de vez en cuando hacia atrás su cabeza y sus cabellos, estaba retratando a su hermana menor. En el papel, Asha quedaba convertida en un diablillo con grandes orejas y una barriga enorme, montando en una babosa.

Vasili Ivanovitch volvió del mercado, sonriendo de contento. Había pasado allí todo el día, pero había vendido la lámpara del salón por un buen precio.

Cuando vio a Kira, su sonrisa se acentuó, y le dedicó un afectuoso saludo.

María Petrovna le llevó un plato de sopa caliente y preguntó con timidez:

—¿Quieres un poco de sopa, Kira? —No, gracias, tía Marussia; acabo de comer.

Kira sabía que María Petrovna sólo guardaba un plato de sopa para su marido, y que al no aceptar su oferta, la haría suspirar de alivio.

Vasili Ivanovitch se puso a comer de buen humor, hablando con Kira como si ésta fuese su invitada personal; pero era tan raro que Vasili Ivanovitch hablase con las visitas, que ni su mujer ni Irina lo llevaron a mal, sino que observaron con curiosidad el raro espectáculo de su sonrisa. El, riendo, decía:

Fíjate en los dibujos de Irina. Se pasa el día garabateando. No están mal, ¿verdad? ¿Cómo va Víctor en el Instituto? Estoy seguro que no es de los últimos... todavía nos queda algo; sí, todavía nos queda algo.

De súbito se inclinó hacia adelante, con los ojos brillantes, y dijo bajando la voz:

¿Has leído los periódicos de esta noche, Kira?

—Sí, tío Vasili, ¿qué hay?

Las noticias del extranjero. Naturalmente en los periódicos no dicen gran cosa. No se lo dejarían publicar. Pero hay que aprender a leer entre líneas. Fíjate bien, y acuérdate de mis palabras. Europa está haciendo algo... y no pasará mucho tiempo, no pasará mucho tiempo sin que...

María Petrovna tosió nerviosamente. Estaba acostumbrada; llevaba cinco años oyendo lo que Vasili Ivanovitch leía entre líneas acerca de la salvación que debía venir de Europa y que nunca acababa de llegar. Suspiró; Vasili Ivanovitch sonreía feliz. —... y cuando esto suceda yo volveré a empezar donde me interrumpieron. No será difícil. Naturalmente, cerraron todos mis almacenes y se llevaron todos los muebles, pero... —se inclinó hacia Kira murmurando—: les he vigilado. Sé dónde los llevaron. Sé dónde están ahora. —¿De veras, tío Vasili?

—He visto las estanterías en una tienda nacional de calzado en el Bolshoi Prospect, y las sillas en un restaurante del distrito de Vigorgsky, y la lámpara... la lámpara está en las nuevas oficinas del Trust del Tabaco. No he perdido el tiempo. Estoy preparado. Apenas... apenas cambien las cosas, sé dónde tengo que ir a buscarlo todo para abrir una nueva tienda.

—Es maravilloso, tío Vasili; me alegro mucho de que no hayan destruido tus cosas.

—No; por suerte... todavía se conservan en buen estado como si fueran nuevas. En una de las estanterías he visto un arañazo terrible. .. es una vergüenza, pero tiene arreglo. Y lo más divertido —sonrió como si hubiera enredado a sus enemigos— es lo que ha sucedido con los rótulos. ¿Te acuerdas, Kira? De cristal dorado con letras negras. Pues bien, también los he encontrado. Están en una cooperativa cerca del mercado Alexandrovsky. Por un lado pone: "Cooperativa del Estado", pero por el otro sigue diciendo: "Vasili Dunaev. Peletería".

Dándose cuenta de la mirada de su esposa, añadió algo amoscado: —Marussia ya no cree. No cree que lo volveremos a tener todo. ¡Pierde la fe con una facilidad! ¿A ti qué te parece, Kira? ¿Crees que vivirás toda tu vida bajo la bota roja? —No —dijo Kira—, no puede durar siempre. —Es natural, no puede durar. No cabe duda de que no puede durar. Siempre lo digo: no puede ser —súbitamente se levantó—. Ven, Kira, quiero enseñarte una cosa. —Vasili —dijo María Petrovna—, ¿no terminas la sopa? —No me importa la sopa. No tengo apetito. Ven a mi estudio, Kira.

En el estudio sólo habían quedado una silla y el escritorio. Vasili Ivanovitch abrió un cajón de éste y sacó un paquete envuelto en un viejo pañuelo amarillo. Desató con reverencia un estrecho nudo y, con una sonrisa de orgullo y alegría, enderezando sus encorvadas espaldas, enseñó a Kira varios fajos de grandes y deslucidos billetes de Banco de tiempos del zar, cuidadosamente atados. Los fajos eran muy gruesos, de manera que representaban una verdadera fortuna. Kira se quedó atónita.

—Pero, tío Vasili... son... no tienen valor... no está permitido usarlos... ni tenerlos. Es... peligroso. Vasili Ivanovitch rió.

—Claro está que ahora no tienen valor, pero aguarda y verás. Aguarda a que cambien las cosas y verás qué fortuna tengo aquí en la mano.

—Pero... tío Vasili, ¿cómo los has logrado? —Los he comprado. Secretamente, claro está. A especuladores. Es peligroso, pero se encuentran. También los he pagado caros. Te diré por qué he comprado tantos. Verás... antes de que ocurriese todo esto, ¿sabes?, antes de que nacionalizasen mi almacén... yo debía una cantidad importante por mis escaparates de cristal: los había mandado traer del extranjero, de Suecia; en todo Petrogrado no había otros parecidos. Cuando se apoderaron de la tienda los rompieron a patadas, pero esto no me importa. Yo sigo teniendo la deuda pendiente; ahora no se puede pagar, porque no hay modo de enviar dinero al extranjero, pero aguardo. No puedo pagar con estos billetes soviéticos sin valor... figúrate; en el extranjero no los emplearían ni para empapelar el cuarto de baño. Y no hay manera de lograr oro. Pero éstos... éstos serán buenos como el oro. Y yo pagaré mi deuda. He aquí por qué he acumulado

tanto dinero. El antiguo propietario de la casa que me vendió los cristales murió, pero su hijo vive. Actualmente está en Berlín. Nunca he debido un céntimo a nadie, yo. Sopesó el paquete en su gruesa mano y dijo:

Acepta este consejo de un anciano, Kira. No mires nunca hacia atrás. El pasado murió, pero siempre hay un porvenir. Y ahí está el mío. Una buena idea ésta de recoger el dinero, ¿no te parece, Kira?

Kira se esforzó en sonreír, apartó la mirada y dijo: —Sí, tío Vasili, una excelente idea.

Sonó la campanilla de la puerta. Luego se oyó en el comedor una voz de muchacha, más clara y más fuerte que la campanilla. Vasili Ivanovitch se puso serio.

—Alguien nuevo —dijo, irritado—. Vava Milovskaia, una amiga de Víctor.

—¿Qué hay con ella, tío Vasili? ¿No te gusta? El se encogió de hombros.

—Oh, supongo que es una excelente persona. No me es antipática. Pero nada de ella me gusta. Es sencillamente una mujercita sin seso. No es como tú, Kira. Vamos. Supongo que tendrás que conocerla.

Vava Milovskaia, en medio del comedor, aparecía en dos círculos luminosos. Uno, el mayor y más bajo, un largo traje de algodón encarnado, almidonado: el superior y más pequeño, un crisantemo de lucientes rizos negros. Su traje era de algodón, pero se comprendía que era nuevo y caro; además; llevaba un estrecho brazalete de brillantes, y tenía unos ojos maravillosos. —Buenas noches, Vasili Ivanovitch —dijo con melodiosa voz—. Buenas noches, buenas noches. —Se levantó, puso sus manos sobre los hombros del anciano y le besó en la severa frente.— Y esta es Kira, ya lo sé; Kira Argounova. ¡Estoy tan contenta de conocerla, por fin, Kira! Víctor salió de su habitación. Vava repitió con insistencia que había ido a ver a Irina, pero Víctor sabía, como lo sabían todos, que la visita era para él. Seguía con una sonrisa todos los movimientos de la muchacha, y ella sabía que la observaba. Víctor reía alegremente, porfiando con ella; tiró de las orejas a Asha y llevó a su madre un chai de más abrigo, una vez que ésta tosió; refirió anécdotas e incluso llegó a hacer sonreír a Vasili Ivanovitch, que permanecía sentado en un rincón.

—He traído algo que enseñaros; algo maravilloso —susurró Vava misteriosamente mientras sacaba un paquetito de su bolso—. Algo que no habéis visto jamás.

Todas las cabezas se inclinaron: encima de la mesa había una cajita redonda, de color naranja y oro. Vava murmuró las palabras mágicas: —Del extranjero.

Los demás miraban respetuosamente, sin atreverse a tocar. Vava dijo con orgullo, casi sin respirar, esforzándose en darse un aire despreocupado:

—Polvos franceses, auténticamente franceses. Pasados de contrabando de Riga. Una de las clientes de papá se los ha dado a cuenta de sus honorarios.

—¿Sabes? —dijo Irina—. He oído decir que en el extranjero no sólo usan polvos, sino... figúrate... ¡se pintan los labios! —Sí —dijo Vava—. Y esa señora cliente de papá me ha prometido un lápiz para los labios, la próxima vez. — ¡Pero, Vava! ¡No te atreverás a usarlo! —¡No sé! Quizás un poco... una vez de tarde en tarde... —Ninguna mujer decente se pinta los labios —dijo María Petrovna.

—Pero dicen que en el extranjero lo hacen, y que es una cosa corriente.

—¿En el extranjero? —suspiró melancólicamente María Petrovna—. ¿Pero es que existen tales lugares en la tierra? ¿Es verdad? ¡El extranjero!

No había nieve, pero el barro se había convertido en una gruesa capa de hielo sobre las aceras, y en las tuberías de conducción del agua se veían los primeros carámbanos. El cielo era claro y verdoso, brillante a causa de los acerados centelleos del hielo. Los hombres caminaban lentamente, con prudencia, como si estuviesen aprendiendo a patinar; de vez en cuando resbalaban levantando involuntariamente una pierna, y se cogían al farol más próximo. Los caballos resbalaban también sobre el pavimento helado; bajo sus cascos que arañaban convulsivamente el hielo saltaban chispas.

Kira iba al Instituto. A través de las delgadas suelas de sus zapatos, la acera lisa como un espejo le enviaba un soplo helado piernas arriba. Iba de prisa, andando con inseguridad y resbalando de vez en cuando.

Oyó pasos detrás de sí, unos pasos seguros y resueltos que la hicieron volverse involuntariamente. Vio al tigre domesticado de la cicatriz en la sien. Sus ojos se encontraron. El sonrió. Y ella también. El la saludó tocándose la visera de la gorra. —Buenos días —dijo. —Buenos días —respondió Kira.

El siguió adelante. Kira observó aquella alta figura que andaba de prisa, con los hombros rígidos bajo la chaqueta de cuero y los pies seguros por encima del hielo.

Al llegar frente al Instituto él se detuvo súbitamente y se volvió a guardarla.

Ella se acercó. La acera bajaba bruscamente, rápida y peligrosa. El le ofreció el brazo para ayudarla. Los pies de Kira resbalaron y la mano fuerte del hombre la cogió del brazo y con presteza, enérgicamente, evitó la caída. — Gracias —dijo ella.

—He pensado que necesitaría auxilio, pero —la miró con el rabillo del ojo y sonriendo ligeramente— supongo que no tiene miedo. —Al contrario, *esta vez* he tenido mucho miedo —dijo ella, y en su sonrisa hubo una gran comprensión.

El se llevó la mano a la visera de la gorra y se alejó de prisa hacia el interior del Instituto.

Kira vio a un muchacho conocido y le preguntó señalando al hombre de la chaqueta de cuero: —¿Quién es?

El muchacho le miró, y su respuesta tuvo una extraña resonancia de aviso.
—Anda con cuidado —susurró, y murmuró tres letras terroríficas—: G. P. U. —¿De veras? —dijo Kira.
—De veras —replicó el otro, acompañando su respuesta de un largo silbido de desdén.

Capítulo sexto

Durante un mes Kira no se acercó al palacio de la verja en ruinas, ni pensó siquiera en el jardín, porque no quería verlo vacío ni aun ante sus ojos cerrados. Pero el 10 de noviembre fue allí, serena, segura, sin prisa y sin dudas.

La oscuridad procedía no del cielo gris y transparente, sino de los ángulos de las casas, donde las sombras se hacían súbitamente más densas, de una manera casi inexplicable. Lentas columnas de humo salían de las chimeneas, y los rayos de una puesta de sol Invisible y fría, allá a lo lejos, en algún punto detrás de las nubes, las hacían parecer rojizas. En los escaparates de las tiendas, las lámparas de petróleo formaban ruedas amarillentas en los cristales helados, alrededor de los puntitos anaranjados de la llama vacilante. Había nevado. Convertida en barro por los cascos de los caballos, la nieve parecía café aguado, con algunos terroncitos de azúcar que se fueran disolviendo. La ciudad quedaba completamente envuelta en un blando silencio. Incluso el ruido de los cascos de los caballos se oía claro y húmedo, como si alguien hiciese chasquear fuertemente la lengua según un rito bien marcado, y el sonido se propagaba y moría lejos, a lo largo de las oscuras calles.

Kira dobló una esquina y vio las negras lanzas de la verja inclinadas sobre la nieve y los árboles que parecían guardar jirones de algodón entre la negra red de sus ramas desnudas. Se detuvo un momento: no se atrevía a mirar...; luego dirigió la vista al jardín.

El estaba en la escalinata del palacio, con las manos en los bolsillos, el cuello del gabán levantado. Kira se paró a contemplarle. Pero él se dio cuenta de su mirada y se volvió rápidamente.

Salió a su encuentro. Le sonrió. Su boca dibujaba un arco irónico.

—¡Hola.Kira!

Buenas noches, Leo.

Ella se quitó un pesado guante negro y él le tendió la mano desde lejos, estrechando la suya entre sus dedos fuertes y fríos. Luego preguntó:

—Estamos locos, ¿no?

—¿Por qué?

No creía que vinieras. Sé que, por mi parte, no tenía intención de venir.

—¡Pero estás aquí!

—Al despertarme esta mañana me he dado cuenta de que vendría. ..., admito que contra todo razonamiento.

—¿Vives en Petrogrado, ahora?

—No; no había vuelto desde la noche en que te encontré. Varias veces nos hemos quedado sin comer porque yo no podía venir a la ciudad. Pero he vuelto para encontrar a una muchacha en la esquina de una calle. Te felicito, Kira.

—¿Quién fue que se quedó sin comer porque tú no podías venir a Petrogrado?

La sonrisa de Leo le dijo que había comprendido la pregunta y más aún; pero su única respuesta fue: —Sentémonos.

Se sentaron en la escalinata, y ella golpeó uno contra otro sus pies, para desembarazarlos de la nieve. El le preguntó: —¿De modo que deseas saber con quién vivo? ¿Ves? Mi abrigo está arreglado.

—Ya lo veo.

—Lo ha cosido una mujer, una mujer muy querida y que me quiere.

—Remienda muy bien.

—Sí; pero su vista ya no es muy buena. Sus cabellos son grises. Es mi vieja nodriza, que vive en el campo. ¿Tienes otras preguntas que hacerme?

—No.

—Muy bien. No me gustan las preguntas de las mujeres. Pero ya no sé si me gustaría una mujer que no me dejara la satisfacción de negarme a contestarle.

—No tengo nada que preguntarte.

—Sabes muy poco acerca de mí.

—No tengo por qué saberlo.

—Quiero advertirte otra cosa: no me gustan las mujeres que me dan a entender demasiado cuánto me quieren.

—¿Por qué crees que deseo gustarte?

—¿Por qué estás aquí?

—Únicamente porque me gustas. No me importa lo que pienses de las mujeres que te quieren, ni a cuántas has poseído.

—Bien: esto es una pregunta. Y te quedarás sin la respuesta. Pero te digo que me gustas, arrogante criatura, tanto si quieres oírlo como si no. Y ahora soy yo quien te hace una pregunta: ¿qué hace una chiquilla como tú en el Instituto de Tecnología? El no sabía nada de su presente, pero ella le habló de su porvenir, de las armaduras de acero que construiría, de los rascacielos de cristal y del puente de aluminio. El la oía en silencio, y las

comisuras de sus labios permanecían bajadas, despectivas, divertidas y tristes a un mismo tiempo. Le preguntó:

—¿Vale la pena, Kira?

—¿De qué?

—Del esfuerzo de la creación. ¡Tu rascacielos de cristal! Tal vez valía la pena hace cien años. Es posible que dentro de cien años pueda valer otra vez, aunque lo dudo. Pero, si pudiera escoger entre los siglos pasados, yo no elegiría, tenlo por cierto, la maldición de haber nacido en éste en que vivimos. Y tal vez, si no fuese la curiosidad, no quisiera ni haber nacido. —Si no fuera la curiosidad... o si no tuvieras deseos...

—No tengo deseos.

—¿No tienes deseos?

—Sí, uno; aprender a desear algo.

—¿No hay esperanza?

—No lo sé. ¿Qué hay que valga la pena?

¿Qué esperas del mundo a cambio de tu rascacielos de cristal?

—No sé. Tal vez... admiración.

—Bien. Yo soy demasiado presuntuoso para desear la admiración. Pero si tú la deseas. ¿Quién podrá dártela? ¿Quién es capaz? ¿Quién tiene todavía deseos de ser capaz? Es una maldición, ¿sabes?, esta de poder mirar más alto de lo que se puede alcanzar. Es más seguro mirar hacia abajo. Y en los tiempos que corremos, cuanto más hacia abajo se mira, tanto más seguro se está.

También se puede combatir.

¿Combatir contra quién? Evidentemente, puedes poner a contribución todo tu heroísmo para luchar contra los leones; pero engañar a tu alma, dejarla arder en un fuego sagrado para combatir contra piojos, esto, camarada ingeniero, no es saber construir. No hay equilibrio.

—Leo, tú no lo crees.

—No sé. No quiero creer nada. No quiero ver demasiado. ¿Quién sufre en este mundo? ¿Aquellos a quienes falta algo? No, sino los que tienen algo que puedan perder. Un ciego no puede ver. Pero es más difícil dejar de ver para aquel que tiene buena vista. Más difícil y más doloroso. Si por lo menos pudiera perder la vista y bajar hasta el nivel de los que no la desean, de los que no la echan de menos...

—Nunca harás esto, Leo.

—No sé. Es raro, Kira. Te encontré y pensé que tú podrías hacer eso por mí. Ahora temo que seas la que pueda salvarme de ello. Pero no sé si te lo agradeceré.

Estaban sentados uno junto a otro, y hablaban. A medida que iba aumentando la oscuridad iban bajando la voz, porque había un miliciano de guardia que se paseaba arriba y abajo de la calle, por delante de las lanzas inclinadas.

Bajo sus botas crujía la nieve; todo iba tomando un color azul oscuro, que destacaba sobre un cielo más claro, como si la noche saliera de la tierra. En las ventanas cubiertas de hielo centelleaban amarillentas estrellas; en la esquina, entre los árboles, resplandecía un farol, que proyectaba entre los pies de Kira y Leo, sobre la nieve azulada del jardín, un triángulo de mármol rosa surcado por las sombras de las desnudas ramas. Leo miró su reloj de pulsera, un valioso reloj de marca extranjera, que contrastaba con lo raído del puño de su camisa. Se levantó con un movimiento rápido y elegante, mientras Kira permanecía sentada, mirándole con admiración, como si aguardase a que repitiera aquel gesto.

—Tengo que marcharme, Kira.

—¿Ya?

—Tengo que tomar un tren.

—Sí; pero esta vez me llevo algo nuevo.

—¿Una nueva espada?

—No; un escudo.

Kira se levantó; se paró ante él, y preguntó, sumisa:

—¿Otro mes, Leo?

—Sí; en esta escalinata. El 10 de diciembre a las tres.

—Si todavía vives y si no...

—No; esta vez estaré vivo porque no quiero olvidar.

Tomó su mano antes de que ella la tendiera. Le quitó el guante y llevándosela lentamente a sus labios la besó con gran dulzura en la palma.

Luego se volvió rápidamente y se alejó. Bajo sus pies crujía la nieve. El sonido y la figura se perdieron en la oscuridad mientras ella permanecía inmóvil, con la mano tendida, hasta que sobre su palma, sobre el invisible tesoro que ella temía tanto perder, se posó un pequeño copo blanco.

Quando hacía buenos negocios en su tienda, Alexander Dimitrievitch daba a Kira dinero para los tranvías; pero si los negocios no marchaban bien, Kira tenía que ir a pie al Instituto. Sin embargo, Kira prefería ir todos los días a pie, y ahorra el dinero para comprarse una cartera para los libros. Con este objeto fue al mercado Alexandrovsky: tal vez encontraría una usada, como todo lo que se vendía allí. Andaba lentamente, pasando con cuidado por entre los objetos expuestos en el suelo. Una anciana señora de marfileñas manos que se destacaban sobre un chal de puntilla negra la miró intensamente, con esperanza, mientras ella pasaba junto a un mantel en el que había tenedores de plata, un álbum de terciopelo azul con viejas fotografías y tres iconos de bronce. Un viejo, que llevaba un vendaje negro sobre un ojo, le tendió en silencio un cuadro, el retrato de un joven oficial, rodeado de un marco de oro cincelado. Una joven que tosía le ofreció una arrugada falda de seda.

Kira se detuvo súbitamente. Acababa de ver dos anchos hombros, que se erguían por encima de la larga fila desolada que se alineaba junto al bordillo. Vasili Ivanovitch estaba allí, en silencio; el delicado reloj de porcelana de Sajonia que sostenían sus manos sin guantes, heladas y enrojecidas, explicaba de sobra las razones de su presencia: Sus ojos oscuros, bajo las gruesas y espesas cejas se fijaban sin expresión en las cabezas de los transeúntes. Vio a Kira antes de que ésta tuviera tiempo de evitarle la mortificación de ser visto, pero no pareció que ello le preocupara: la llamó, y su sombrío rostro se abrió en una sonrisa, aquella extraña sonrisa desolada que sólo tenía para Kira, Víctor e Irina. —¿Cómo estás, Kira? Estoy contento de verte. Muy contento... ¿Esto? Oh, es un reloj viejo, no tiene importancia... Lo compré para Marussia el día de su cumpleaños, el primer cumpleaños después que nos casamos. Lo había visto en un museo y le hacía ilusión. Precisamente éste y no otro; de modo que tuve que valerme de la diplomacia; era menester nada menos que una orden del Palacio Imperial para que el Museo lo pudiera vender. Pero ya no anda y podemos prescindir de él.

Dejó de hablar y por sus ojos pasó un relámpago de esperanza: una gruesa campesina contemplaba el reloj, rascándose el cuello; pero cuando encontró los ojos de Vasili Ivanovitch se volvió y se alejó, recogiendo la pesada falda sobre sus botas de fieltro. Vasili Ivanovitch murmuró a Kira:

—No es un lugar alegre, éste, ¿sabes? Lo siento por estos pobres desgraciados que vienen aquí a vender todo cuanto les ha quedado, sin esperar ya nada de la vida. Para mí es distinto. Todo esto no me interesa. ¿Qué importancia tiene un objeto más o menos? ¡Me quedará tanto tiempo para comprar los otros! En cambio hay algo que no puedo vender, que no puedo perder, que no pueden nacionalizar. Tengo un porvenir... un porvenir... viviente... mis hijos. ¿Sabes? ¡Irina es tan inteligente, y siempre fue la primera en la escuela! Si hubiese terminado sus estudios en otro tiempo, le habrían dado la medalla de oro. Y Víctor... Los hombros del anciano se cuadraron vigorosamente, como los de un soldado en posición de firmes.

—Víctor es un joven excepcional. Es el muchacho más brillante que he visto en mi vida. No te negaré que alguna vez no somos de la misma opinión, pero esto se debe a que él es joven y no comprende ciertas cosas. Acuérdate de mis palabras: Víctor llegará a ser un gran hombre.

—E Irina será una artista famosa, tío Vasili. —¿Has leído los periódicos de esta mañana, Kira? Fíjate en lo que hace Inglaterra, dentro de uno o dos meses. Un grueso individuo con una gorra de nutria se había detenido y contemplaba atentamente el reloj, con ojos de persona competente.

—Te doy cincuenta millones por él, ciudadano —dijo brevemente, señalando el reloj con un corto dedo embutido en un guante de piel.

La cifra no habría bastado para comprar diez libras de pan. Vasili Ivanovitch dudó: miró pensativamente al cielo que iba enrojeciendo por

encima de las casas, la larga línea de sombras en las aceras, sombras de personas que miraban insistentemente, con desesperación a los transeúntes. —Está bien —murmuró.

—Pero, ciudadano —Kira se volvió hacia el comprador con voz irritada y áspera de ama de casa—, ¿cincuenta millones? ¡Pero si acabo de ofrecerle sesenta y no me lo ha querido vender! Iba a ofrecerle...

—Setenta y cinco y me lo llevo en el acto —dijo el extranjero. Vasili Ivanovitch, cuidadosamente, contó los billetes, pero no siguió con la mirada al reloj que desaparecía en medio del gentío, oscilando contra una robusta cadera. Miró a Kira. —Pero, hija mía, ¿dónde has aprendido estas cosas? Kira rió:

—Se aprende todo lo que hay que aprender. Luego se separaron. Vasili Ivanovitch corrió a su casa. Kira prosiguió su camino en busca de la cartera que deseaba comprar. Vasili Ivanovitch iba a pie para ahorrar el dinero del tranvía. Oscurecía. La nieve caía lentamente, sin cesar, como si se guardase las fuerzas para una larga carrera; a lo largo de las aceras se levantaba una espesa niebla blanca.

En un esquina, unos ojos se fijaron en Vasili Ivanovitch, a la altura de su pecho; los ojos brillaban en una cara joven, bien afeitada; pero las piernas del cuerpo a que pertenecían aquellos ojos parecían haber caído fuera de la acera, desde más arriba de la rodilla. Vasili Ivanovitch tuvo que hacer un esfuerzo para comprender que aquel cuerpo no tenía piernas, sino que terminaba en dos muñones envueltos en sucios trapos que reposaban sobre la nieve. El resto del cuerpo llevaba la limpia y remendada guerrera de oficial del Ejército Imperial; una de las mangas estaba vacía, y de la otra salía una mano que tendía en silencio un periódico a la altura de los ojos de la gente. En un ojal de la guerrera Vasili Ivanovitch observó una estrecha cinta negra y anaranjada, el distintivo de la cruz de San Jorge.

Vasili Ivanovitch se detuvo y compró el periódico; costaba cincuenta mil rublos y él pagó con un billete de un millón. —Lo siento, ciudadano —dijo el oficial con voz suave y cortés—, no tengo cambio.

Vasili Ivanovitch balbució hurañamente: —Guárdelo, y todavía seré yo su deudor. Y apretó el paso sin volver la cabeza.

Kira asistía a una lección en el Instituto. El aula no tenía calefacción; los estudiantes conservaban sus gabanes y sus guantes de lana; los jóvenes estaban sentados por el suelo en los pasillos; el aula estaba llena hasta rebosar.

Una mano abrió con cuidado la puerta, y apareció una cabeza de hombre que echó una ojeada a la cátedra. Kira reconoció la cicatriz en la sien derecha. Se trataba de una clase de primer curso, y aquel hombre estudiaba otra cosa. Debería haber entrado en el aula por equivocación. Estaba a

punto de marcharse cuando vio a Kira. Entró, cerró la puerta sin hacer ruido y se quitó la gorra. Kira lo observaba con el rabllo del ojo. En el corredor, junto a la puerta, había sitio, pero él se acercó silenciosamente hacia donde estaba Kira y se sentó en la grada a sus pies. No pudo resistir la tentación de mirarle. El la saludó con una muda inclinación, insinuando levemente una sonrisa, y volvió a dedicar su atención a lo que se estaba explicando en cátedra. Estaba sentado, inmóvil, con las piernas cruzadas y una mano sobre la rodilla. La mano parecía hecha de huesos, piel y nervios. Kira se fijó en lo descarnado de sus mejillas, en lo cortante de sus pómulos. Su chaqueta era más militar que un cañón, más comunista que una bandera roja. El no volvió a mirarla ni una sola vez.

Una vez terminada la lección, cuando una multitud de pies impacientes se precipitó a los pasillos, él se levantó, pero no se dio prisa en llegar a la puerta. —¿Cómo está usted hoy? —preguntó a Kira.

—¿Cómo estoy? —contestó ella, sorprendida—. ¿Desde cuándo hay comunistas conscientes que pierden el tiempo asistiendo a clases que no necesitan?

—Los comunistas conscientes son curiosos. No les duele investigar lo que no comprenden.

—He oído decir que no les faltan medios para satisfacer su curiosidad.

—No siempre quieren emplearlos —contestó él con calma—. A veces necesitan hacer algún descubrimiento por sí mismos.

—¿En interés propio o para el Partido? —Quizá para los dos, pero no siempre. Habían salido del aula y andaban juntos por el corredor; una mano robusta dio una palmada en el hombro de Kira y a sus oídos llegó una carcajada demasiado sonora.

—Bien, bien, bien —le gritó a la cara la camarada Sonia—, ¡qué sorpresa! ¿No té avergüenzas de ti misma? ¿Vas con el camarada Taganov, el comunista más rojo que existe?

—¿Temes que le descarríe, camarada Sonia?

—¿A él? No hay esperanza, muchacha, no hay esperanza. Hasta luego, tengo que correr; a las cuatro tengo tres reuniones y he prometido asistir a las tres.

Las cortas piernas de la camarada Sonia se precipitaron por el vestíbulo, mientras su brazo hacía oscilar una cartera que pesaba más que una mochila.

—¿Va usted a su casa, camarada Argounova? —preguntó él.

—Sí, camarada Taganov.

—¿Tendría inconveniente en comprometerse dejándose ver con un comunista tan rojo como yo?

—En absoluto, siempre que su reputación no sufra de que le vean con una señora tan blanca como yo.

Fuera, la nieve se derretía en barro bajo las frecuentes pisadas presurosas, y el barro se helaba luego en duros montones desiguales. El tomó el brazo de Kira. La miró con una silenciosa petición de su consentimiento. Ella contestó oprimiendo con sus dedos la chaqueta de cuero del joven. Anduvieron un rato en silencio. Luego ella le miró y sonrió; dijo:

—Yo creía que los comunistas no hacen nunca más que lo que deben hacer, y que nunca quieren hacer otra cosa. —Es raro —sonrió él a su vez—. Debo de ser un mal comunista, porque esta vez no he hecho más que lo que deseaba hacer. —¿Su deber revolucionario?

—No hay deber. Si se sabe que una cosa es justa se siente el deseo de hacerla. Si no se siente este deseo es porque no es justa. Y si es justa y no suscita en nosotros ningún interés, ello significa que no sabemos qué es la justicia. Y entonces uno no es un hombre.

—¿Nunca ha deseado usted una cosa sin pensar si era justa o no? ¿Sin otra razón que... el deseo mismo?

—Ciertamente. Esta ha sido siempre mi única razón. Nunca he deseado nada que no sirviese mi causa. Porque, ¿sabe usted?, se trata de *mi* causa.

—¿Y su causa es renunciar a su personalidad para el bien de millones de hombres?

—Para conducir a esos millones de hombres adonde yo deseo que vayan... por mí mismo.

—Y cuando cree que una cosa está bien, ¿la hace usted siempre?

—Ya sé lo que va a decir. Lo que dicen la mayor parte de nuestros enemigos. Porque vosotros admiráis nuestros ideales, pero odiáis nuestros métodos.

—Al revés: odio vuestros ideales, y admiro vuestros métodos. Si uno cree tener razón, no debe aguardar a convencer a millones de estúpidos. Puede obligarles. Lo que no sé es si llegaría a incluir entre mis métodos el derramamiento de sangre.

—¿Por qué no? Cualquiera puede sacrificar su vida por un ideal. Pero ¿cuántos conocen una devoción que llegue hasta hacerles capaces de sacrificar la vida de otro? Es algo horrible, ¿verdad?

—Absolutamente. Admirable... si tenéis razón. Pero ¿la tenéis?

—¿Por qué odia usted nuestros ideales?

—A causa de una razón importante, principal y eterna, por muy bello que sea el paraíso que vuestro Partido promete a la Humanidad. ¿Qué pueden ser vuestros ideales si hay uno que no podéis evitar, sino que sale a la superficie como un veneno mortal capaz de convertir en infierno horrible todos vuestros paraísos, ese ideal vuestro que quiere que el hombre viva para el Estado?

—¿Acaso puede vivirse para un ideal más alto que éste?

—No lo sabéis —y la voz de Kira se estremeció súbitamente en una súplica apasionada, imposible de ocultar—. ¿Ignoráis que en los mejores de nosotros hay cosas que ninguna mano extraña puede atreverse a tocar? ¿Cosas sagradas, por la misma razón —y no por otra— que de ellas puede decirse: "esto es mío"? ¿No sabéis que los mejores de nosotros, los que merecen vivir, viven únicamente para sí mismos? ¿Ignora usted que en cada uno de nosotros hay algo que no puede tocar ningún Estado, ninguna colectividad, ningún número de millones de hombres?

—No lo sé.

—Camarada Taganov —murmuró Kira—, ¡cuánto tiene usted que aprender todavía!

El la miró en la sombra quieta de una sonrisa y le dio una palmada en la mano como a una chiquilla.

—¿No comprende usted —preguntó— que no podemos sacrificar a los millones para el bien de unos pocos?

—Sí pueden hacerlo, y tienen que hacerlo, cuando estos pocos son los mejores. Niegan a los mejores el derecho a llegar a las palancas de mando, y luego no les quedará ninguno de ellos. ¿Qué son vuestras masas, sino barro que merece que lo pisen, combustible que hay que quemar? ¿Qué es el pueblo sino millones de pequeñas almas desoladas que no tienen pensamientos propios, ni sueños profundos, ni voluntad propia? ¿Y para éstos hay que sacrificar a los pocos que conocen la vida... que son la vida? Odio vuestros ideales, porque no onozco peor justicia que la justicia para todos. Porque los hombres no han nacido iguales, y no sé por qué hay que querer que lo sean. Y porque odio a la mayor parte de ellos.

—Así me gusta. Lo mismo pienso yo.

—Entonces...

—Pero yo no conozco el placer de odiar. Prefiero intentar dignificar a los que no son dignos, subirlos a mi nivel. Usted sería una espléndida combatiente... por su lado.

—Creo que ya sabe que no podré serlo nunca.

—Quizá. Pero dígame: ¿por qué no lucha contra nosotros?

Porque tengo con vosotros menos cosas en común que vuestros enemigos. Yo no quiero luchar por el pueblo ni quiero luchar contra el pueblo. Quiero que me dejen sola... vivir.

¿No es ése un raro deseo?

¿Sí? ¿Y qué es vuestro Estado sino una necesidad y una conveniencia para un gran número de personas, como lo son la luz eléctrica y las cañerías del agua? ¿Y no sería un poco triste decir que los hombres tienen que vivir para estas cosas que les son necesarias, y no que estas cosas deben existir sólo para los hombres?

—Pero si se estropean, ¿no sería también algo triste quedarse quietos, sin hacer ningún esfuerzo para repararlas?

—Le deseo mucha suerte, camarada Taganov. Espero que cuando las vea rojas de su propia sangre, seguirá pensando todavía que valía la pena repararlas.

—Esto no me asusta. Lo que me asusta es que los tiempos que vivimos pueden traer a una mujer como usted.

—¿De modo que se da usted cuenta de lo que son sus tiempos?

—Todos nos damos cuenta. No estamos ciegos. Sé que esto es quizás un infierno y, sin embargo, si pudiera elegir, preferiría nacer cuando nació y vivir los días que estoy viviendo, porque ahora no permanecemos inertes soñando, ni nos lamentamos, ni nos consumimos en deseos. Ahora actuamos, trabajamos, construimos.

—Si su causa vence, camarada Taganov, espero que vea usted su éxito.

—Y cuando lo vea espero que no habrá exigido de usted un precio demasiado caro, camarada Argounova. Se miraron y rieron.

A Kira le gustaba el ruido de sus pasos junto a ella, pasos seguros, sin precipitación; le gustaba asimismo oír la voz que armonizaba con los pasos. El había estado en el Ejército Rojo. Ella pensaba con rabia en las batallas en que había combatido, pero sonreía con admiración ante su cicatriz en la sien. El sonreía irónicamente oyendo la historia de las fábricas perdidas de los Argounov, pero se preocupaba al ver lo viejos que estaban los zapatos de Kira. Sus palabras luchaban contra las de ella, pero él la miraba a los ojos en busca de su consentimiento.

Ella decía "no" a las palabras, y "sí" a la voz que las pronunciaba.

Junto a un anuncio de los Teatros Académicos del Estado, los tres teatros que antes de la revolución se llamaban Imperiales, Kira se detuvo.

—*Rigoletto* —dijo pensativamente—. ¿Le gusta la ópera, camarada Taganov?

—Nunca he oído ninguna. Ella siguió andando. El dijo:

—Pero en la Célula Comunista tengo gran número de entradas. Lo que ocurre es que no me queda tiempo para servirme de ellas. ¿Va usted a menudo?

—No mucho. La última vez fue hace seis años. Soy una burguesa. No podemos permitirnos el lujo de tomar entradas.

—¿Iría conmigo si la invitase?

—Pruébelo.

—¿Quiere usted venir conmigo a la Opera, camarada Argounova? Ella sonrió con malicia.

—¿Su Célula Comunista no tiene en el Instituto una oficina secreta de información acerca de los estudiantes? El frunció un momento el ceño, perplejo. —¿Por qué?

—Por su medio podría usted descubrir que me llamo Kira. El sonrió, con una sonrisa cálida, extraña en sus labios duros y graves.

—Pero esta oficina no le dará medio de saber que mi nombre es Andrei.

—Aceptaré con gusto la invitación, Andrei.

—Gracias, Kira.

A la puerta de la casa de ladrillos rojos de la calle Moika, ella le tendió la mano.

—¿Puede quebrantar la disciplina del Partido hasta el punto de estrechar la mano de una antirrevolucionaria? —le preguntó.

Andrei estrechó su mano con firmeza.

—La disciplina del Partido no debe quebrantarse, pero puede extenderse mucho.

Sus ojos se mantuvieron unidos más tiempos que sus manos en una comprensión silenciosa y atónita. Luego él se alejó con su paso ágil y preciso de soldado. Kira subió corriendo cuatro rellanos, con su vieja boina en la mano, sacudiéndose la melena y riendo.

Capítulo séptimo

Alexander Dimitrievitch guardaba sus ahorros cosidos en la camiseta. Había adquirido la costumbre de llevarse de vez en cuando la mano al corazón, como si le doliese. Tocaba el fajo de billetes y le parecía sentir su certeza bajo los dedos. Cuando necesitaba dinero, descosía los gruesos puntos de algodón blanco, y suspiraba cada vez al ver que el fajo iba disminuyendo. El 16 de noviembre lo descosió por última vez. El impuesto especial a los comerciantes particulares con objeto de aliviar la carestía reinante en el Volga tenía que pagarse, aunque ello le costó el cerrar su tiendecita de tejidos. Alexander Dimitrievitch lo había temido. En todas las esquinas se abrían comercios, llenos de esperanzas y frescos como los hongos después de la lluvia; pero luego, como los hongos, se marchitaban antes de que terminase la mañana. Algunos tenían éxito. Había visto hombres con magníficas pellizas nuevas, pero también con unas caras pálidas y enfermizas y unos ojos que le impulsaban a llevar nerviosamente su mano al fajo de billetes que tenía junto al corazón. Estos hombres eran los que se veían en las primeras filas de los teatros, los que salían de las nuevas tiendas de pastelería con cajas llenas de dulces, cuyo precio habría bastado para sostener una familia durante varios meses; se les veía tomar taxis y pagarlos. Los golfillos de las calles les llamaban los hombres de la NEP, pero sus salientes gorros de piel asomaban por las portezuelas de los automóviles que conducían por las calles de Petrogrado a los más altos funcionarios rojos. Alexander Dimitrievitch reflexionaba melancólicamente sobre los secretos de semejantes hombres, pero la temible palabra "especulador" bastaba para darle escalofríos, y por lo demás, no

había nacido para hombre de negocios. Abandonó, pues, las cajas vacías de su predecesor el panadero, pero se llevó consigo el rótulo de tela, ahora ya descolorido, lo dobló cuidadosamente y lo guardó en la misma caja en que guardaba el papel de cartas con el timbre de la Fábrica de Tejidos Argounov. —No seré empleado de los soviets aunque todos tengamos que morirnos de hambre —dijo Alexander Dimitrievitch. Pero Galina observó, en tono quejumbroso, que algo había que hacer.

Un inesperado auxilio se presentó en forma de un excontable de la fábrica; un hombre que llevaba lentes, un uniforme militar, y no se preocupaba demasiado de afeitarse. En cambio se frotaba las manos con desconfianza, y sabía respetar la autoridad en todas ocasiones.

—¡Alexander Dimitrievitch, señor —lloriqueaba—, ésta no es una vida para usted! Pero si nos uniéramos..., me encargaría de todo el trabajo...

Formaron una sociedad. Alexander Dimitrievitch tenía que fabricar jabón; el contable de las luengas barbas tenía que venderlo; ocupaba en el mercado Alexandrovsky una esquina excelente.

—¿Qué? ¿Que cómo se hace?

No hay nada más sencillo —exclamó con entusiasmo—. Yo le daré la mejor receta para preparar jabón. El jabón es la mercancía que hace falta ahora. ¡La gente lo ha echado de menos durante tanto tiempo! Con este negocio iremos viento en popa: verá usted cómo nos quitarán el jabón de las manos. Sé un lugar estupendo donde nos facilitarán grasa rancia de cerdo. No es buena para comer, pero sirve a las mil maravillas para hacer jabón.

Alexander Dimitrievitch gastó el poco dinero que le quedaba en la adquisición de grasa rancia de cerdo; luego la derritió en un gran caldero de cobre, sobre la estufa de la cocina. Cerrando los ojos, se inclinó sobre el humeante caldero, con los brazos arremangados hasta el codo, y fue removimiento la mezcla con una paleta de madera. Como no había otra estufa para calentar el piso tenía que mantener abierta la puerta de la cocina. El nauseabundo vaho subía hasta el agrietado techo como si fuera el vapor de una lavandería. Galina Petrovna cortaba la grasa de cerdo sobre la mesa, levantando delicadamente su dedo meñique y aclarándose ruidosamente la garganta.

Lidia tocaba el piano. Lidia se había alabado siempre de dos cosas: de su magnífica cabellera, que peinaba durante media hora todas las mañanas, y de sus aptitudes musicales, que ejercitaba durante tres horas al día.

Galina Petrovna le pedía que tocara Chopin, y Lidia tocaba Chopin. Aquella música deliciosa, delicada como los pétalos de una rosa que caen levemente en la oscuridad de un antiguo parque, resonaba a través de los vapores del jabón. Galina Petrovna no sabía de qué eran las lágrimas que caían sobre su cuchillo: creía que era la grasa de cerdo que le irritaba los ojos. Kira estaba sentada a la mesa con un libro. El olor de la grasa le punzaba la garganta

como si se le clavaran alfileres, pero no hacía caso. Tenía que aprender y recordar lo que decía el libro para poder hacer aquel puente que tenía que construir algún día. Pero a menudo se detenía para contemplarse la palma de la mano derecha. Furtivamente se pasaba la palma de la mano por la mejilla, muy poco a poco, desde la sien hasta la barbilla. Parecía que este gesto desmentía todas sus antiguas protestas contra el sentimentalismo. Se ruborizaba, pero nadie se daba cuenta, a través de aquel humo que invadía la estancia.

El jabón quedó en forma de blandos cuadrados empapados de agua, de un color pardo sucio. Alexander Dimitrievitch, con un botón viejo de metal de su chaqueta de *yachting*, imprimió un ancla sobre cada pedazo de jabón.

—Es una gran idea: "Marca de fábrica" —dijo el contable—. Le llamaremos "Jabón Argounov". Un hermoso nombre revolucionario.

Una libra de jabón le salía a Alexander Dimitrievitch más cara de lo que costaba en el mercado.

—No importa —dijo el socio—, todavía es mejor así. Si tienen que pagarlo más caro, lo apreciarán más. Es jabón fino. No es lo que vende el viejo Jukov. El contable tenía un cajón con unas correas para colgarlo de los hombros. Colocó cuidadosamente los cuadrados pardos de jabón en su establecimiento ambulante y se marchó silbando al mercado Alexandrovsky.

En el vestíbulo del Instituto, Kira vio a la camarada Sonia. Estaba echando un discurso a un grupo de cinco estudiantes jóvenes. La camarada Sonia estaba siempre rodeada de muchachos jóvenes y hablaba constantemente agitando los brazos como si fueran alas protectoras.

—... y el camarada Syerov es el mejor combatiente de las filas de estudiantes proletarios. Lo que hizo el camarada Syerov no puede igualarse. El camarada Syerov, el héroe de Melitopol...

Un muchacho pecoso, que llevaba sobre la nuca una gorra de soldado, se detuvo un momento al atravesar rápidamente el vestíbulo y gritó:

—¿Con que el héroe de Melitopol? ¿Habéis oído hablar alguna vez de Andrei Taganov?

Con certero tiro, escupió sobre uno de los botones de la chaqueta de cuero de Sonia la cáscara de una pepita de girasol, y se alejó indiferente.

La camarada Sonia no contestó. Kira se dio cuenta de que la expresión de su rostro no era precisamente de agrado.

En uno de los pocos momentos en que la camarada Sonia estaba sola, Kira le preguntó:

—¿Qué clase de hombre es Andrei Taganov?

La camarada Sonia se rascó la cabeza sin sonreír.

—Un perfecto revolucionario, supongo. Por lo menos hay quien le llama así. Con todo, no corresponde a la idea que yo tengo del buen proletario que no cede nunca, ni intenta nunca ser sociable con sus compañeros, ni aun de

tarde en tarde... y si tienes algún proyecto en relación con su dormitorio, camarada Argounova...

ipsch!, no hay ni sombra de esperanza. Es de este tipo de santos que duermen con la bandera roja. Fíate de una que le conoce.

Rió a grandes carcajadas al ver la cara que ponía su interlocutora, y se alejó diciendo por encima del hombro:

—¡Bah!, ¡es una pequeña vulgaridad proletaria! ¡No te hará daño!

Andrei Taganov volvió a la clase de primer año, en la sala llena de público. Se abrió paso a codazos hasta llegar a Kira, que había divisado entre la gente, y murmuró:

—Tengo entradas para mañana por la noche. Teatro Mikhailovsky. *Rigoletto*.

—¡Oh. Andrei!

—¿Puedo ir a buscarla?

—Número 14, cuatro piso. —Estaré a las siete y media.

—¿Puedo darle las gracias?

—No.

—Siéntese, le haré sitio.

—No puedo; tengo que marcharme. Tengo una conferencia. Con cuidado, se abrió nuevamente paso hasta la puerta, sin hacer ruido, y antes de marcharse se volvió a contemplar la cara sonriente de la muchacha.

Kira formuló su ultimátum a Galina Petrovna. —Mamá, necesito un traje. Voy a la Opera mañana. Galina Petrovna dejó caer la cebolla que estaba mondando, y Lidia soltó por un momento su bordado.

—¿Con quién? —balbució Lidia. —Un muchacho del Instituto.

—¿Guapo?

—A su manera.

—¿Cómo se llama? —preguntó Galina Petrovna.

—Andrei Taganov.

—¿Taganov? No le he oído nunca nombrar... ¿De buena familia?

Kira sonrió y se encogió de hombros.

En un fondo de baúl se encontró un vestido. Un viejo traje de Galina Petrovna, de mórbida seda gris oscura. Después de varias y largas discusiones entre Galina Petrovna y Lidia, después de dieciocho horas en que dos pares de hombros permanecieron inclinados bajo la lamparilla de aceite y dos pares de manos trabajaron febrilmente con dos agujas, quedó listo el traje para Kira: un vestido sencillo, de manga corta, con un cuello de camisa, porque no había con qué adornarlo.

Antes de comer, Kira dijo: —Fijaos en él cuando venga. Es un comunista.

—¿Un com...?

Galina Petrovna dejó caer el salero en la cazuela de mijo. —¡Kira! ¡Tú no... tú no vas a tener amistad con un comunista —dijo Lidia con la respiración entrecortada— después de haber gritado tanto que les tienes odio!

—Este me gusta.

—¡Kira, es una vergüenza! ¡No tienes ninguna consideración a tu posición social! ¡Traer un comunista a casa! ¡Lo que es yo, puedes estar segura de que no le dirigiré la palabra!

Galina Petrovna no discutió, sino que se limitó a suspirar amargamente.

—¡Kira, pareces hecha adrede para empeorar todavía estos tiempos ya tan malos!

La comida consistía en mijo, un mijo mohoso. Todos lo notaron, pero nadie dijo nada para no quitar el apetito de los demás. Había que comerlo: no había otro. De modo que se comió en silencio. Cuando sonó la campanilla, Lidia, curiosa a pesar de sus convicciones, corrió a abrir la puerta.

—¿Puedo ver a Kira, por favor? —preguntó Andrei quitándose la gorra.

—Desde luego —contestó fríamente Lidia.

Kira le presentó.

Alexander dijo: —¡Buenas noches!

Y no volvió a decir una palabra, mientras observaba al visitante con mirada irritada y tenaz; Lidia inclinó la cabeza y se marchó, pero Galina Petrovna sonrió cortésmente.

—¡Estoy contenta, camarada Taganov, de que mi hija vaya a oír una verdadera ópera proletaria en uno de nuestros grandes teatros rojos!

Los ojos de Kira se encontraron con los de Andrei bajo la lamparilla de aceite, y Kira le agradeció la inclinación de cabeza serena y amable con que acogió las palabras de su madre.

Dos días por semana, las funciones de los Teatros Académicos del Estado eran "reservadas". Las localidades no se vendían al público, sino que se repartían a mitad de precio entre las Asociaciones Profesionales. En la galería del Teatro Mikhailovsky, entre elegantes trajes nuevos y uniformes militares, resonaban pesadamente alguna bota de fieltro y alguna mano callosa se quitaba tímidamente la gorra de cuero con guarda-oidos forrados de piel. Algunos tenían el aire desconfiado y tímido; otros miraban con aire desenvuelto, desafiando aquel impresionante esplendor; las esposas de los funcionarios de las Asociaciones pasaban altivas entre el gentío, muy erguidas y resplandecientes en sus vestidos a la última moda, con los cabellos rizados por el peluquero, las manos vistosamente manicuradas, y los zapatos relucientes. Brillantes automóviles se paraban ruidosamente ante la puerta, y de ellos salían gruesos abrigos de pieles que andaban con presteza con un ligero balanceo y tendían enguantadas manos que echaban algunas monedas a los harapientos vendedores de programas. Estos, sombras lívidas

y heladas, patinaban obsequiosos por entre el público de las funciones "reservadas", más rico, más altivo y mejor alimentado que el público de pago de los demás días de la semana.

El teatro olía a terciopelo viejo, a mármol, a naftalina. Cuatro pisos de palcos subían hasta donde una inmensa araña sostenida por cadenas de cristal esparcía sobre el techo lejano pequeños arco iris.

Cinco años de revolución no habían afectado la solemne grandiosidad del teatro; sólo habían dejado una señal: el águila imperial había desaparecido de encima del palco que había pertenecido al zar.

Mientras andaban por las mullidas alfombras anaranjadas del pasillo, Kira evocaba las largas colas de seda, la blancura de los hombros desnudos, el deslumbrante esplendor de los brillantes que emulaba al de los cristales de la gran araña. Ahora había pocos brillantes, y los trajes eran oscuros, severos, con cuellos altos y mangas largas. Esbelta, muy erguida en su vestido de rica seda gris, Kira andaba como lo había visto hacer muchos años antes a las señoras, apoyando su brazo sobre el de su compañero en chaqueta de cuero. Y cuando se levantó el telón y la música invadió la oscura y silenciosa sala del teatro, ondeante, cada vez más fuerte, retumbando contra unas paredes que no podían retenerla, algo se detuvo en el pecho de Kira, que tuvo que abrir la boca para poder respirar. Detrás de aquellas paredes había lamparillas de aceite, hombres que hacían cola para subir al tranvía, banderas rojas y la dictadura del proletariado. En el escenario, bajo las columnas de mármol de un palacio italiano, las mujeres movían leve y graciosamente sus manos como cañas que ondeaban al ritmo de la música, se oía el crujido de largas colas de terciopelo bajo una luz cegadora, y joven, aturdido, ebrio de luz y de música, el Duque de Mantua cantaba el desafío de la juventud y de sus carcajadas a las caras grises, rugosas y cansadas que, en la penumbra, sólo por un momento lograban olvidar la hora, el día y el siglo en que vivían.

Kira miró una vez a Andrei: éste no miraba al escenario, sino a ella.

Durante un entreacto, en el salón de espera, se encontraron con la camarada Sonia del brazo de Pavel Syerov. Este vestía irreprochablemente, pero la camarada Sonia llevaba un traje de seda deslucido, con un descosido debajo del sobaco derecho. Sonia, al verles, rió de buena gana y dio a Kira una palmada en el hombro.

—¿De modo que te has vuelto proletaria, ahora? ¿O es el camarada Taganov quien se nos ha vuelto burgués?

—Eres muy poco amable, Sonia —observó Pavel Syerov abriendo sus labios pálidos en una ancha sonrisa—. Felicito a la camarada Argounova por su inteligente elección.

—¿Cómo sabe usted mi nombre? —preguntó Kira—. No sabía que nos conociéramos.

—Nosotros, camarada Argounova, sabemos muchas cosas —respondió él alegremente—, muchas cosas.

La camarada Sonia se rió, y agarrando enérgicamente del brazo a su compañero, desapareció entre la gente.

De vuelta a casa, Kira preguntó: —¿Le gusta la ópera, Andrei?

—No de una manera especial.

—¡No sabe usted lo que pierde, Andrei!

—No creo perder gran cosa. Me ha parecido más bien algo tonto e inútil.

—¿Y no puede usted gozar de las cosas inútiles sin más razón que la de su belleza?

—No; pero he disfrutado.

—¿De la música?

—No; de la manera como usted la escuchaba.

Ya en casa, en su colchón sobre el suelo, Kira se acordó con disgusto de que él no le había dicho nada de su traje nuevo.

Kira tenía jaqueca; estaba sentada junto a la ventana del aula con la frente apoyada en la mano y el codo apoyado sobre su brazo doblado. En el reflejo de la ventana podía ver una sola bombilla eléctrica bajo el techo y su cara de cansancio con los cabellos despeinados que le caían sobre la frente. Cara y bombilla parecían sombras absurdas sobre el fondo de un helado viento del Norte que soplabá al otro lado de la ventana, un viento siniestro y frío como sangre muerta. Los pies de Kira estaban helados por la corriente de aire frío que llegaba del vestíbulo. Le parecía que el cuello del vestido no era bastante estrecho. Nunca lección alguna le había parecido tan larga como aquélla. Era el 2 de diciembre. ¡Todavía faltaba aguardar tantos días, tantas lecciones! Se dio cuenta de que estaba golpeando levemente la ventana con sus dedos y que cada par de golpecitos era un nombre de dos sílabas. Sus dedos repetían incesantemente, contra su voluntad, un nombre que despertaba un eco en un punto de su sien, un nombre de tres letras que no deseaba oír, pero que estaba oyendo continuamente como alguna cosa que le pidiese auxilio dentro de ella misma.

Kira se encontró inesperadamente con que ya había terminado la clase, y saltó atravesando un largo y oscuro corredor hasta una puerta que se abría sobre una acera blanca. Salió a la nieve y se arrebujó todavía más en su abrigo, contra el viento helado.

—Buenas noches, Kira —le llamó por lo bajo una voz en la oscuridad.

Kira reconoció la voz. Sus pies, lo mismo que su corazón y que su aliento, se quedaron inmóviles.

En un ángulo oscuro, cerca de la puerta, Leo la estaba mirando.

—Leo... ¿cómo... has... podido?

—Necesitaba verte.

Su cara era pálida y sombría, sin una sonrisa. Oyeron unos pasos precipitados. Pavel Syerov pasó muy de prisa junto a ellos. De pronto se detuvo, escrutó en la oscuridad, echó una rápida ojeada a Kira, se encogió de hombros y se alejó a buen paso por la calle.

—Vamonos de aquí —murmuró Kira.

Leo llamó un trineo. Le ayudó a subir, aseguró sobre sus rodillas la pesada manta de pieles. El trineo se puso en marcha. —Leo, ¿cómo has podido... ? —No tenía otra manera de encontrarte. —Y entonces...

—Te estuve aguardando más de tres horas a la puerta. Ya casi había perdido la esperanza. —Pero ¿no era... ? —¿Peligroso? Mucho... —¿Y has vuelto otra vez... del campo? —Sí.

—¿Y qué quieres decirme? —Nada. Quería sólo verte.

En la plaza, cerca del Almirantazgo, Leo mandó parar el trineo. Bajaron y anduvieron siguiendo el paredón del río. La nieve estaba helada. Un sólido espesor de hielo se extendía de una a otra margen del río. Sobre la nieve, unos pies humanos habían dejado un largo camino de huellas. La calle estaba desierta. Bajaron por la rápida margen hasta la superficie helada del río. Andaban en silencio, súbitamente solos, en una vasta soledad blanca.

El río era como una ancha grieta en el corazón de la ciudad. Bajo el silencio del cielo, extendía el silencio de su nieve. Muy lejos, unas tenues humaredas que semejaban negras cerillas lanzaban un débil y oscuro saludo de plumas en medio de una niebla de hielo y humo: después el cielo fue rasgado por una herida áspera y ardiente como carne viva, hasta que se cerró y la sangre salpicó el cielo, como si la cubriera una piel medio muerta; una opaca mancha de color anaranjado, un temblor amarillo, una densa púrpura que se esfumaba en un tierno azul inalterable. Pequeñas casitas lejanas se destacaban sobre el cielo como sombras oscuras y hechas pedazos; algunas ventanas recogían de lo alto gotas de fuego, mientras otras respondían débilmente con sus pequeñas luces metálicas, frías y azuladas como la nieve. Y la cúpula dorada del Almirantazgo conservaba con aire de desafío el brillo de un sol ya puesto, allá, en lo alto, sobre la ciudad que desaparecía en la oscuridad. —Hoy pensaba en ti... —susurró Kira. —¿Pensabas en mí?

Los dedos de Leo oprimieron el brazo hasta hacerle daño; se inclinó hacia ella con sus ojos muy abiertos, amenazadores e irónicos en su orgullosa comprensión, acariciadores y despóticos. Ella susurró: —Sí.

Estaban en medio del río. Un tranvía atravesó ruidosamente el puente, haciendo vibrar los pilares de hierro hasta su base debajo del agua.

La cara de Leo era sombría. Dijo:

—También yo he pensado en ti. No quería pensar. He luchado todo este tiempo.

Ella no contestó, sino que permaneció inmóvil, rígida. —Ya sabes lo que quería decirte —murmuró él acercando su cara a la de ella.

Y, sin pensar, sin voluntad, sin preguntar nada, con una voz que no era la suya sino la de alguien que le mandaba, ella respondió: —Sí.

Su beso pareció una herida. Los brazos de la muchacha se cerraron alrededor de la espantosa maravilla de un cuerpo de hombre. Y oyó que el hombre murmuraba, tan cerca de ella que parecía oírlo con sus labios: —Kira, te amo.

Y alguien repitió, a través de los labios de ella, insistentemente, con avidez, de un modo frenético: —Leo... te amo... te amo... te amo.

Un hombre pasó junto a ellos. La llama de su cigarrillo osciló en la oscuridad. Leo tomó a Kira del brazo y la guió por aquel terreno peligroso hasta el puente, a través de la nieve espesa e intacta.

Permanecieron en la sombra oscura de los arcos de acero; a través de la negra armadura del puente y por encima de ella, veían el cielo rojizo que moría lentamente. Ella no sabía lo que él le decía; sólo sabía que sus labios estaban juntos. No sabía que el cuello de su abrigo se había desabrochado, sólo sabía que la mano de él estaba sobre su pecho, y que esta mano estaba más hambrienta que sus labios.

Cuando por encima de sus cabezas pasó el tranvía, el hierro resonó convulsivamente, y un sordo trueno retumbó a través de todas sus uniones. Y por largo tiempo, una vez el tranvía hubo pasado, el puente siguió gimiendo débilmente. Las primeras palabras de que ella se dio cuenta fueron: —Volveré mañana. Entonces recobró la voz y dijo:

—No; es demasiado peligroso. Temo que te hayan visto. En el Instituto hay espías. Aguarda una semana. —¿Tanto? —Sí. —¿Aquí?

—No; donde nos encontrábamos antes: por la noche a las nueve. —Me costará aguardar. —Sí; Leo, Leo... —¿Qué?

Aquella noche, Kira permaneció inmóvil en su colchón sobre el suelo, y vio volverse de color rosa el cuadrado azul del cielo en la ventana.

Capítulo octavo

Al día siguiente, un estudiante que llevaba el distintivo rojo llamó a Kira, en uno de los pasillos del Instituto.

—Ciudadana Argounova, en la Célula Comunista desean verla a usted.

En la sala destinada a la Célula Comunista estaba Pavel Syerov, detrás de una mesa larga y desnuda.

Le preguntó:

—Ciudadana Argounova, ¿quién era aquel hombre que estaba con usted a la puerta del Instituto, ayer tarde?

Pavel Syerov fumaba. Guardó el cigarrillo entre los labios y miró a Kira a través del humo.

Kira preguntó:

—¿Qué hombre?

—Camarada Argounova, ¿sufre usted de amnesia? El hombre que vi hablando con usted a la puerta, ayer tarde. Detrás de Pavel Syerov, en la pared, colgaba un retrato de Lenin; Lenin miraba de través, guiñando ligeramente un ojo, y en sus labios asomaba una helada media sonrisa. —Sí; ya me acuerdo —dijo Kira—. Había un hombre. Pero no sé quién era. Me preguntó por una calle.

Pavel Syerov dejó caer la ceniza de su cigarrillo en un cenicero rojo.

—Camarada Argounova —dijo cortésmente—, usted es alumna del Instituto de Tecnología y sin duda desea seguir siéndolo. —No cabe duda —repuso Kira.

—¿Quién era aquel hombre? —No me interesaba bastante para preguntárselo.

—Muy bien; no insistiré. Estoy seguro de que los dos conocemos su nombre. Pero lo que necesito es saber sus señas. —A ver... déjeme pensar... Sí; me preguntó cómo podía encontrar la calle Sadovaia. Puede usted buscar por allí.

—Camarada Argounova, debo recordarle que los caballeros de su partido nos han acusado siempre, a nosotros los estudiantes proletarios, de pertenecer a una organización de la Policía Secreta. Y, ¿sabe usted?, esto puede perfectamente ser verdad. —Bien. Entonces, ¿puedo yo preguntarle una cosa? —¡Sin duda! Muy contento de complacer a una señora. —¿Quién era aquel hombre?

El puño de Pavel Syerov cayó violentamente sobre la mesa. —Ciudadana Argounova, ¿tendré que recordarle que no bromeo? —Si esto no es una broma, ¿quiere usted decirme qué es, pues? —No va usted a tardar en saberlo. Ha vivido bastante en la Rusia soviética para no ignorar lo peligroso que es proteger a los contrarrevolucionarios.

Una mano abrió la puerta sin llamar antes. Entró Andrei Taganov.

—Buenos días, Kira —dijo con calma. —Buenos días, Andrei —contestó ella.

Se acercó a la mesa; sacó un cigarrillo y se inclinó hacia el que Syerov tenía en la mano. Este se lo tendió apresuradamente.

Syerov esperaba. Andrei no dijo nada; permanecía en pie junto a la mesa, mientras el humo de su cigarrillo subía en una recta columna hacia el techo. Andrei contemplaba en silencio a Kira y a Syerov.

—Camarada Argounova, no dudo de su lealtad política —dijo amablemente el camarada Syerov—. Estoy seguro de que no le será difícil contestar a la pregunta que se le hace acerca de unas señas.

—Ya le he dicho que no lo conozco. Nunca lo había visto antes, de modo que no puedo saber sus señas.

Pavel Syerov seguía mirando a Andrei con el rabillo del ojo. Andrei seguía silencioso e inmóvil. Pavel Syerov se inclinó hacia adelante y habló con deferencia, en tono confidencial. —Camarada Argounova, quisiera que se diese usted cuenta de que este hombre está siendo buscado por el Estado. Tal vez no sea de nuestra incumbencia, pero si nos pudiese ayudar a encontrarle sería muy beneficioso para usted y para mí, lo mismo que para todos nosotros —añadió en tono significativo. — si no puedo ayudarle, ¿qué tengo que hacer?

—Irse a casa, Kira —dijo Andrei.

Syerov dejó caer su cigarrillo.

—A menos —añadió Andrei— que tenga usted que asistir a alguna clase. Si volviéramos a necesitarla, la mandaré llamar. Kira dio media vuelta y salió. Andrei se sentó sobre un ángulo de la mesa y cruzó las piernas.

Pavel Syerov sonrió. Andrei no le miraba. Pavel Syerov se aclaró la voz y dijo:

—Naturalmente, Andrei, muchacho, supongo que no pensarás que... porque era amiga tuya... —No lo pienso —replicó Andrei.

—Yo no indago ni critico tus actos. Aun cuando piense que no es de buena disciplina anular la orden de un camarada comunista frente a una persona extraña.

—¿Y en virtud de qué disciplina la mandaste llamar para un interrogatorio?

—Lo siento, amigo. Me equivoqué. Pero mi intención era únicamente ayudarte. —No te he pedido que me ayudas.

—He aquí cómo están las cosas, Andrei. La vi con él ayer tarde, junto a la puerta. Le reconocí por las fotografías. La G. P. U. lleva dos meses buscándole.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Es que... no estaba exactamente seguro de que fuera él... podía haberme equivocado... y...

—Y en este caso, tu ayuda habría sido útil... para ti mismo. —Pero, ¿qué dices, amigo mío? ¡Supongo que no vas a atribuirme miras personales! Tal vez he rebasado mis atribuciones en estas pequeñas misiones de la G. P. U. que te corresponden a ti, pero mi único propósito era el de ayudar a un compañero proletario en su cometido. Ya sabes que nada puede desviarme del cumplimiento de mi deber... ni aun un sentimiento de afecto.

—Una infracción a la disciplina del Partido es una infracción a la disciplina del Partido, sea quien sea el que la cometiese. Pavel Syerov miró con demasiada fijeza a Andrei, al tiempo que contestaba:

—Es lo que yo he dicho siempre.

—No hay que desplegar demasiado celo en el cumplimiento de los deberes propios.

—No cabe duda de que no. Es tan malo como mostrarse demasiado negligente.

—De ahora en adelante todos los interrogatorios públicos, aquí, debo hacerlos yo. —Como quieras, amigo.

—Y si alguna vez te parece que no estoy en condiciones de cumplir con mi deber, puedes dar cuenta al Partido y pedir mi destitución.

—Andrei, ¿cómo puedes decir semejante cosa? No vayas a creer que yo discuto, ni por un momento, tu importancia inestimable en el Partido. ¿Acaso no he sido siempre tu mayor admirador? ¿No eres tú el héroe de Melitopol? ¿No somos antiguos amigos? ¿No hemos luchado acaso en una misma trinchera, tú y yo, hombro contra hombro, bajo la bandera roja? —Así es, en efecto —dijo Andrei.

En el año 1896 la casa de ladrillo de la fábrica Putilovsky, en uno de los arrabales de San Petersburgo, no tenía conducción de agua. Las cincuenta familias de obreros que llenaban los tres pisos del edificio tenían en total cincuenta barriles, en los que guardaban el agua para sus menesteres. Cuando nació Andrei Taganov, un vecino bondadoso subió un barril de la planta baja. El agua estaba helada. El vecino rompió el hielo con un hacha y vació el barril. Las manos pálidas y temblorosas de la joven madre pusieron en el barril una vieja almohada, y aquélla fue la primera cama de Andrei.

Su madre se inclinó sobre el barril y rió, rió con una risa feliz e histérica hasta que cayeron lágrimas sobre las manecitas rosadas del pequeño. Su padre no se enteró del nacimiento hasta tres días después. Había pasado una semana fuera, y los vecinos murmuraban acerca de ello.

En 1906 los vecinos no tenían ya razón de murmurar. El padre de Andrei no hacía ningún misterio ni de la bandera roja que llevaba por las calles de San Petersburgo ni de los folletos blancos con que sembraba los sitios más concurridos por el gentío, ni de las palabras que su voz potente profería como si fueran un viento que esparciera una simiente, las primeras palabras que entonaban un himno a la gloria de la primera revolución rusa! Andrei tenía diez años. Desde un rincón de la cocina contemplaba los botones de metal de los uniformes de la policía. Los agentes llevaban negros bigotes y fusiles de veras. Su padre se ponía lentamente la chaqueta. Le besó a él; besó a la madre. Los brazos de ésta estrechaban al padre como si fueran tentáculos, pero una mano robusta la separaba. La mujer cayó al suelo. Los policías, al marcharse, dejaron la puerta abierta. Sus pasos resonaban por la escalera. La mujer se desplomó en el rellano.

Andrei tenía que escribir las cartas de su madre. A ninguno de los dos le habían enseñado a escribir, pero Andrei había aprendido solo. Las cartas iban dirigidas a su padre, y en el sobre, en la grande e insegura letra de Andrei, iba el nombre de una población de la Siberia. Al cabo de algún tiempo, la madre de Andrei cesó de dictarle cartas. Su padre no volvió jamás. Andrei repartía en una cesta la ropa que su madre lavaba. El muchacho hubiera cabido perfectamente en la cesta; pero, sin embargo, era fuerte. En su nuevo cuarto de planta baja había siempre una espuma blanca,

parecida a una nube, que llenaba la cuba de madera en que se afanaban las enrojecidas manos de su madre, y un acre vapor, parecido también a una nieve, flotaba bajo el techo. No podía ver que fuera estaba la primavera; pero, aunque no hubiera habido el vapor, tampoco la habría visto, porque la ventana se abría a la altura de la acera, y a ellos sólo les estaba permitido vislumbrar los relucientes chanclos nuevos de los transeúntes, que crujían sobre la nieve que empezaba a derretirse. Sólo una hojita verde que alguien dejaba caer de vez en cuando les daba la visión de la primavera.

Cuando murió su madre, Andrei tenía doce años. Hubo quien dijo que la había matado la cuba de madera siempre demasiado llena, y hubo quien dijo que lo que la había matado había sido la despensa siempre demasiado vacía.

Andrei encontró trabajo en la fábrica. Pasaba los días junto a la máquina y sus ojos eran fríos como el acero de ésta, sus manos firmes como sus palancas, y sus nervios tensos como las correas de transmisión. Por la noche se acurrucaba en el suelo detrás de una barricada de cajas vacías, en un rincón del que se había apoderado; necesitaba la barricada porque los usufructuarios de los otros tres rincones, cuando querían dormir, no toleraban la luz de su bujía. Y la dueña de la casa, Agrafena Vlassovna, tampoco aprobaba que se leyese; de modo que Andrei ponía la bujía sobre el pavimento, el libro junto a la bujía, y leía atentamente, envolviéndose los pies en papeles de periódico. La nieve que golpeaba la ventana parecía gemir, los tres inquilinos de los otros rincones roncaban, Agrafena Vlassovna escupía en sueños, la bujía goteaba, y todo el mundo dormía menos Andrei, que estaba leyendo.

Hablaba muy poco, difícilmente sonreía, y nunca daba limosna a los mendigos.

Alguna vez, los domingos, encontraba por la calle a Pavel Syerov. Se conocían como se conocían todos los muchachos de la vecindad, pero raras veces hablaban. Pavel se ponía cosmético en el pelo, y su madre le llevaba a la iglesia. Andrei no iba nunca. El padre de Pavel era dependiente en la mercería de la esquina; durante seis días de la semana se ponía pomada en los bigotes, y el domingo se emborrachaba y pegaba a su mujer. A Pavel le gustaba el jabón perfumado, cuando podía robárselo al farmacéutico, y se ponía el más blanco de sus cuellos planchados para ir a aprender doctrina cristiana con el párroco. En 1915, Andrei estaba junto a la máquina, y sus ojos eran más fríos que el acero, sus manos más firmes que las palancas, y sus nervios más fríos y más firmes que sus ojos y que sus manos. Su tez estaba bronceada por el fuego de los hornos, y sus músculos, y, detrás de sus músculos, su voluntad, eran templados como el metal que manejaba. Los folletos blancos que su padre había sembrado reaparecían ahora en sus manos, pero no los echaba a la multitud en alas de violentos discursos, sino que los distribuía en secreto a manos secretas, y las palabras que acom-

pañaban la entrega no se decían en voz alta, sino que eran sólo murmullos. Su nombre figuraba en las listas de un Partido del que apenas unos pocos sabían hablar, y desde la fábrica Pulitovs-ky transmitía por conductos misteriosos e invisibles las consignas de un hombre que se llamaba Lenin.

Andrei Taganov tenía diecinueve años. Andaba de prisa, hablaba poco a poco, nunca iba al baile. Recibía y daba órdenes, y carecía de amigos. Contemplaba con iguales ojos, seguros y equilibrados, a los funcionarios en abrigo de pieles y a los mendigos en harapos y botas de fieltro, y desconocía la compasión. Pavel Syerov estaba de dependiente en una mercería. Los domingos se reunía en el café de la esquina con una ruidosa compañía de amigos: repantigado en un sillón, blasfemaba contra el camarero si éste no le servía todo lo aprisa que él deseaba. Prestaba fácilmente su dinero, y nadie le rehusaba un préstamo a él. Cuando acompañaba a una muchacha al baile, se ponía zapatos de charol y se perfumaba el pañuelo con agua de colonia. Le gustaba coger por la cintura a las mozas, y decía, en tono afectado: — Nosotros, querida, no somos gente del pueblo: somos caballeros.

En 1916, a consecuencia de una disputa por una mujer, Pavel Syerov perdió su colocación en la mercería. Era el tercer año de la guerra, los precios estaban altos, y el trabajo andaba escaso. Pavel Syerov atravesó el portal de la fábrica Pulitovsky por las mañanas de invierno, cuando era todavía temprano y estaba tan oscuro que las lámparas que iluminaban la entrada le hacían abrir a la fuerza los ojos hinchados de sueño, y él apenas podía contener los bostezos detrás del cuello levantado de su gabán. Al principio, Pavel evitó sus antiguos compañeros, porque le daba vergüenza que supiesen dónde trabajaba. Algo más tarde, los evitó porque le avergonzaba reconocer que aquéllos habían sido sus amigos. Hacía circular folletos blancos, pronunciaba discursos en reuniones clandestinas, y recibía órdenes de Andrei Taganov, únicamente "porque él lleva ya mucho tiempo allí; pero sólo hasta que yo le alcance". Los obreros querían a Pavlusha; cuando por casualidad se cruzaba con alguno de sus antiguos amigos, pasaba altivamente junto a él, como si hubiera heredado un título, y hablaba de la superioridad del proletariado sobre la acobardada pequeña burguesía según las teorías de Carlos Marx. En febrero de 1917, Andrei Taganov condujo a las masas por las calles de Petrogrado. Llevaba su primera bandera roja, recibía su primera herida, y daba muerte a un hombre, un policía, por primera vez en su vida. La única cosa que le impresionó fue la bandera.

Pavel Syerov no vio cómo la revolución de febrero surgía triunfante del suelo de la ciudad. Estaba encerrado en su casa, porque tenía un resfriado.

Pero en octubre de 1917, cuando el Partido cuyos carnets llevaban Andrei y Pavel asumió el poder, ambos se echaron a la calle. Andrei Taganov, con sus cabellos al viento, luchaba en el sitio del Palacio de Invierno. Pavel Syerov se acreditó por haber logrado que cesase el saqueo del palacio del

Gran Duque, después que ya habían desaparecido muchos de los tesoros allí guardados.

En 1919, Andrei Taganov, en uniforme del Ejército Rojo, marchaba alineado con gentes en otros uniformes distintos, arrebatados por los almacenes acá y acullá, por las calles de Petrogrado hacia los depósitos, y luego hacia el frente de la guerra civil. Desfilaba solemne, en un silencioso triunfo, como si fuera a una boda.

La mano de Andrei empuñaba la bayoneta como había manejado el hierro de la fábrica, y apretaba el gatillo con la misma seguridad con que había manipulado las palancas de sus máquinas.

En el lecho voluptuoso del barro de las trincheras, su cuerpo era joven y elástico como una vida madurada al sol. Sonreía poco a poco y disparaba de prisa.

En 1920, la suerte de Melitopol pendía de un hilo entre el Ejército Rojo y el Blanco. El hilo se rompió una oscura noche de primavera. La rotura se estaba esperando. Uno y otro ejército tenían sus últimas posiciones en un valle estrecho y silencioso. En el Ejército Blanco, una división cinco veces superior a la adversaria, había un deseo desesperado de conservar Melitopol a todo trance, y reinaba un vago y murmurador resentimiento contra los oficiales, una especie de sorda simpatía secreta por la bandera roja que ondeaba en las trincheras del otro lado, a pocos centenares de metros de allí.

En el Ejército Rojo reinaba una disciplina de hierro y se trabajaba desesperadamente.

Estaban inmóviles, a pocos centenares de metros de distancia, dos trincheras de bayonetas que centelleaban débilmente como el agua bajo un cielo oscuro, hombres prontos y silenciosos, rígidos, esperando.

Negras rocas se alzaban sobre el fondo del cielo por el Norte; negras rocas se alzaban sobre el fondo del cielo al Sur; pero entre unas y otras había un valle en que quedaba todavía algunas briznas de hierba entre las motas de tierra removida, y espacio suficiente para disparar, gritar, morir, y decidir el destino de los que estaban detrás de las rocas de uno y otro lado. Las bayonetas no se movían en las trincheras, y las briznas de hierba no se movían tampoco porque no había viento ni, de las trincheras, les llegaba ni un hálito que pudiera hacerlas ondear.

Andrei Taganov estaba en posición de firmes, muy erguido, pidiendo a su comandante permiso para desarrollar el plan que acababa de exponer. El comandante le dijo:

—Es la muerte. Diez contra uno, camarada Taganov. —No importa, camarada comandante —replicó Andrei. —¿Estás seguro de que vas a poder hacerlo? — Está hecho, camarada comandante. Están maduros. Sólo falta un empujón. —El proletariado te da las gracias, camarada Taganov.

Entonces los de la trinchera de enfrente le vieron salir de las líneas: levantó los brazos contra el cielo oscuro y su cuerpo se destacó, alto y delgado. Luego siguió andando con los brazos en alto hacia las trincheras blancas. Sus pasos eran seguros. No llevaba prisa. Bajo sus pies crujían los restos de la hierba y este crujido llenaba el valle. Los blancos le miraban con ojos desorbitados, aguardando en silencio.

A pocos pasos de su trinchera, se detuvo. No podía ver los numerosos fusiles que estaban apuntando a su pecho, pero sabía que estaban. Rápidamente se quitó del cinto la funda de la pistola y la arrojó al suelo.

—¡Hermanos! —gritó—, ¿por qué nos combatís? ¿Nos dais la muerte porque queremos daros la vida? ¿Apuntaréis vuestras bayonetas contra nuestros vientres porque deseamos que los vuestros estén llenos? ¿Porque queremos que tengáis pan blanco todos los días y os queremos dar la tierra en que lo podáis hacer crecer? ¿Porque queremos abrir la puerta de vuestra pocilga y haceros hombres como lo erais cuando nacisteis? ¿Pero cómo habéis olvidado ya que lo sois? ¡Hermanos! Si combatimos contra vuestros fusiles, es por vuestra propia vida. Cuando nuestras banderas rojas —las nuestras o las vuestras— se alzarán... Se oyó un tiro: un golpe seco como si se rompiese algo en el valle; una llamita azul salió del fusil de un oficial, un fusil empuñado muy estrechamente, bajo unos labios violáceos. Andrei Taganov vaciló, sus brazos se agitaron en el cielo y cayó sobre las motas de tierra.

Luego silbaron otros tiros en las trincheras blancas, pero no obtuvieron respuesta. El cuerpo de un oficial fue arrojado fuera de una trinchera y un soldado agitó las manos hacia los rojos, gritando: —¡Camaradas!

Se oyeron fuertes hurras, se oyó la fuerte pisada de los pies sobre el valle y se vieron banderas rojas que ondeaban al viento y manos que levantaban el cuerpo de Andrei. Su cara era blanca, sobre la tierra negra, y su pecho caliente estaba cubierto de sangre. Entonces Pavel Syerov del Ejército Rojo salió a las trincheras blancas, donde rojos y blancos se estrechaban las manos y erguido sobre un montón de piedra gritó: —Camaradas, dejad que salude en vosotros el despertar de la conciencia de clase. Un paso más en la Historia, un nuevo adelanto hacia el comunismo. Se acabó con los malditos explotadores burgueses. Saquead a los saqueadores, camaradas. Quien no trabaja no come. ¡Proletarios del mundo entero, unios! Como dijo Carlos Marx, nosotros, los...

Andrei curó de su herida en pocos meses. Le quedó una cicatriz en el pecho; la de la frente se la dejó más tarde otra batalla. Pero de esa otra batalla no le gustaba hablar y nadie supo lo que le aconteció después de ella.

La batalla de Perekop en 1920 dio por tercera y última vez la Crimea a los soviets. Cuando Andrei abrió los ojos vio una blanca niebla extendida sobre su pecho, una niebla pesada que le oprimía. Detrás de la niebla, algo rojo y resplandeciente se abría [camino hacia él. Abrió la boca y vio una ligera

columna de vapor que salía de sus labios y se disolvía en la niebla. Entonces pensó que hacía frío y que era el frío lo que le tenía clavado en el suelo con agudos dolores como de alfileres que le estuvieran punzando los músculos. Se sentó, y entonces comprendió que no era el frío de sus músculos, sino un negro boquete que se abría en su muslo, cubierto de sangre, y otra herida ensangrentada en su sien derecha. También se dio cuenta de que la niebla blanca no estaba tan cerca de su pecho como había creído: debajo de ella había espacio suficiente para que él pudiera tenerse en pie. Estaba muy lejos, alta en el cielo, y la roja aurora la cortaba como una débil línea allá bajo, mucho más lejos todavía.

Se levantó. El ruido de sus pasos sobre el terreno parecía demasiado fuerte en medio de un silencio sin fin. Echó hacia atrás sus cabellos que le cubrían los ojos, y se le ocurrió que la niebla que se cernía sobre él no era quizá otra cosa que el aliento helado de los hombres que le rodeaban. Pero sabía que aquellos hombres ya no respiraban. La sangre era purpúrea y parda, y Andrei no hubiera sabido decir dónde terminaban los cuerpos y dónde empezaba la tierra, ni si las manchas blancas eran masas de niebla o rostros humanos.

Vio un cuerpo bajo sus pies, y a su lado una cantimplora. La cantimplora estaba intacta, pero el cuerpo no. Se inclinó y una gota roja cayó de su sien a la cantimplora. Bebió.

Una voz le pidió: —Dame de beber, hermano.

Los restos de un hombre se arrastraron hacia él por una grieta del terreno. No llevaba uniforme. Sólo una camisa que había sido blanca y unas botas que seguían a la camisa, aunque no parecía que hubiera nada que las hiciera seguir.

Andrei comprendió que era un blanco: sostuvo la cabeza del hombre y acercó la cantimplora a sus labios, que eran del mismo color que la sangre sobre la tierra. El pecho del hombre se estremeció convulsivamente, y se oyó el borbotear del líquido al beber. En torno a ellos dos, no se movía nadie. Andrei no sabía quién había ganado la batalla de la noche anterior: no sabía si habían tomado Crimea, o si, cosa que para muchos era todavía más importante, habían capturado al capitán Karsavin, uno de los últimos hombres del Ejército Blanco que infundían temor, un hombre sobre quien pesaban muchas vidas de militares rojos y cuya cabeza estaba puesta a buen precio. Andrei quería andar. En algún sitio, aquel silencio debía terminar. En algún sitio encontraría hombres rojos o blancos, no lo sabía, pero echó a andar hacia el alba.

Caminaba sobre un terreno denso, húmedo de rocío fresco, pero limpio y desierto, por un camino que llevaba quién sabe dónde, cuando oyó pasos detrás de sí y un rumor como de pesados esquíes arrastrados por el barro. El hombre le seguía. Se apoyaba en un pedazo de madera y sus pies

andaban sin levantarse de tierra. Andrei se paró a esperarle. Los labios del otro se abrieron en una sonrisa. Dijo: —¿Puedo seguirte, hermano? No estoy seguro... de encontrar la dirección. Andrei contestó:

—Tú y yo vamos por el mismo camino. Cuando encontremos hombres, todo habrá concluido para ti o para mí. —Probemos —dijo el otro. —Probemos —repuso, como un eco, Andrei. Anduvieron juntos en dirección al sol. Altas márgenes defendían el camino y sombras de secos matorrales pendían inmóviles sobre sus cabezas, con ramas delgadas que parecían dedos de esqueletos, abiertos y confusos en medio de la niebla. Las raíces serpenteaban a lo largo del camino y sus cuatro pies las iban rebasando en un esfuerzo silencioso. Ante ellos, el cielo llameaba entre la neblina. Sobre la frente de Andrei se veía una sombra de color rosa. Sobre su sien izquierda, gotitas de sudor transparentes como cristal; sobre su sien derecha, gotas rojas. El otro hombre respiraba como si dentro de su pecho se agitasen unos dados. —Mientras se puede andar... —dijo Andrei. —Se anda... —concluyó el otro.

Sus ojos se encontraron, como si quisieran mantenerse cogidos uno a otro; gotitas rojas iban siguiendo sus pasos sobre la tierra, espesa y húmeda, a uno y otro lado del camino. Luego el hombre cayó. Andrei se detuvo. —Sigue adelante —dijo el otro.

Andrei se echó al hombro el brazo de su compañero y siguió, tambaleándose ligeramente bajo el peso. —Estás loco —dijo el hombre.

—No se abandona a un buen soldado, sea el que fuera el color de su uniforme —replicó Andrei.

—Si nos encontramos con los míos —dijo el hombre—, procuraré que sean generosos contigo.

—Procuraré que obtengas una buena cama y la enfermería de la cárcel, si encontramos a los míos —dijo Andrei. Y siguió andando con cuidado para no caerse con aquel peso. Iba escuchando el corazón que latía débilmente contra su espalda. La niebla se había dispersado y el cielo llameaba como una inmensa hoguera, en la que el oro no era ni derretido ni líquido, sino un aire ardiente. Contra el oro se veían las masas pardas de un pueblo a lo lejos. Entre las gibas de las casas, un largo poste se erguía hacia el cielo claro y fresco que se hubiera creído barrido durante la noche. En lo alto del poste ondeaba una bandera; ondeaba sobre el viento de la mañana como un ala negra sobre la aurora. Y los ojos de Andrei y los áridos ojos del hombre que llevaba sobre su espalda miraban fijamente aquella bandera con la misma pregunta muda y ansiosa..., pero estaban todavía demasiado lejos. Cuando vieron su color, Andrei se paró y dejó cuidadosamente al hombre en el suelo; luego tendió los brazos en un ademán de reposo y de saludo. La bandera era roja. El hombre dijo, en un extraño tono:

—Déjame aquí.

—No temas —dijo Andrei—, no somos tan crueles con los compañeros soldados.
—No —dijo el hombre—, no con los compañeros soldados. Entonces Andrei se dio cuenta de una manga que colgaba sobre el cinto del hombre y sobre ella vio las insignias de capitán. —Si tienes compasión de mí —dijo el hombre—, déjame. Pero Andrei había apartado de la frente del otro sus cabellos, y por primera vez contemplaba con atención un rostro joven e indómito que había visto en fotografías.

—No —dijo Andrei, muy lentamente—, no puedo hacerlo, capitán Karsavin.

—Estoy seguro de morir aquí.

—No se puede dejar nada a la suerte —dijo Andrei—, con enemigos como usted.

—No; no se puede —asintió el capitán.

Se levantó apoyándose en la mano. Su frente, que echó hacia atrás, estaba pálida. Miraba la aurora, dijo:

—Cuando era joven deseaba constantemente ver salir el sol, pero mi madre no me permitió nunca levantarme tan de mañana. Temía que me resfriase.

—Le dejaré descansar un poco —dijo Andrei. —Si tiene usted compasión, máteme —dijo el capitán Karsavin.

—No —dijo Andrei—, no puedo. Callaron.

—¿Es usted un hombre? —preguntó Karsavin. —¿Qué quiere usted? —preguntó Andrei. —Su pistola.

Andrei miró fijamente aquellos ojos oscuros y serenos, y tendió la mano. El capitán se la estrechó. Al retirar la suya, Andrei dejó en manos del capitán su pistola.

Luego se irguió y marchó hacia el pueblo. Cuando oyó el disparo, no se volvió. Andaba seguro, la cabeza alta, los ojos puestos en la bandera roja que ondeaba sobre el suelo húmedo y blanco... pero ahora sólo por un lado del camino.

Capítulo noveno

El Jabón Náutico Argounov fue un fracaso.

El contable, sin afeitarse, se rascó el pescuezo, balbució algo acerca de la competencia burguesa sin principios y desapareció con el producto de las tres pastillas que había vendido. Alexander Dimitrievitch se quedó con un cajón lleno de jabón y una desesperación sombría.

La energía de Galina Petrovna descubrió una segunda aventura financiera.

El nuevo patrono llevaba un gorro de astracán y un cuello muy alto, también de astracán. Llegaba jadeando por haber subido los cuatro pisos de la vivienda de los Argounov, extraía de las misteriosas profundidades de su largo gabán forrado de pieles un grueso fajo de pliegos crujientes, los contaba mojándose el dedo con saliva y siempre tenía frío.

—Dos calidades —explicaba—; los cristales en los tubos de vidrio, y las pastillas en las cajitas de papel. Yo proporciono el material. Vosotros lo confeccionáis. Acordaos bien: sólo debéis poner 87 pastillas en la cajita que lleva la etiqueta de 100. La sacarina tiene un porvenir magnífico.

El caballero del gorro de astracán tenía una gran clientela. Una red de familias que empaquetaban su mercancía, una red de vendedores ambulantes que vendían los paquetes por las esquinas de las calles, y una red de contrabandistas que le traían milagrosamente la sacarina del lejano Berlín.

Cuatro cabezas se inclinaban alrededor de la lamparilla de aceite en el comedor de los Argounov y ocho manos contaban cuidadosamente, con motonía, de una manera desesperada, a medida que los iban sacando de un reluciente bote de estaño que venía del extranjero, seis cristalitas que ponían en tubos de vidrio, y ochenta y siete pastillas blancas que ponían en una cajita blanca. Las cajitas llegaban por hacer; únicamente indicadas en grandes hojas de cartulina que habían que cortar y doblar. Llevaban una inscripción en alemán en letras verdes: "Auténtica sacarina alemana", y en el otro lado de la hoja se veían los colores chillones de unos anuncios rusos del antiguo régimen. —Lo siento por tus estudios, Kira. Verdaderamente es lástima, pero tienes que ayudarnos —decía Galina Petrovna—. Tienes que comer, ¿sabes?

Aquella noche sólo había tres cabezas alrededor de la lamparilla: Alexander Dimitrievitch había sido movilizado. Se había desencadenado una violenta tempestad de nieve y había que barrer las aceras de Petrogrado; para ello se había ordenado la movilización de todos los comerciantes particulares y de todos los burgueses desocupados.

Al amanecer tenían que presentarse; luego murmuraban encorvados sobre el hielo; mientras sus narices azuladas por el frío humeaban, los viejos guantes de piel estrechaban las palas; las manos, dentro de los guantes, estaban rojas, y, al compás de sus murmullos, las palas atacaban con indiferencia el blanco muro de nieve. Les proporcionaban palas, pero no les daban ningún jornal.

María Petrovna llegó de visita. Se quitó del cuello algunos metros de bufanda, al par que sacudía la nieve de sus botas de fieltro en el recibidor, tosiendo.

—No, no, Marussia, gracias —protestó Galina—. Tú no puedes ayudarnos. El polvo te daría tos. Siéntate junto a la estufa y caliéntate. Setenta y uno, setenta y dos, setenta y tres... —¿Qué hay de nuevo, tía Marussia? —

preguntó Lidia. —¡Graves son nuestros pecados! —suspiró María Petrovna—. ¿Es venenoso eso?

—No, no; sólo es dulce. Es el postre de la revolución. —Vasili ha vendido la mesa de mosaico del salón. Cincuenta millones de rublos y cuatro libras de manteca. He hecho una tortilla con unos huevos en polvo que nos dieron en la cooperativa; pero no lograrán hacerme creer que aquellos polvos están hechos de huevos frescos.

—Dieciséis, diecisiete, dieciocho... Dicen que esto de la NEP es un fracaso, Marussia... Diecinueve, veinte... Pronto restituirán las casas a sus propietarios.

María Petrovna se sacó del bolso una pequeña lima y empezó a hacerse las uñas mientras seguía hablando. Sus manos habían sido siempre su orgullo y nunca había dejado de cuidarlas, aunque alguna vez se le había ocurrido dudar de si las conservaba iguales que antes.

—¿Os han contado lo de Boris Koulikov? Iba de prisa y saltó de un tranvía en marcha: las dos piernas le quedaron segadas. —¿Qué tienes en los ojos, Marussia?

—No sé. Durante estos últimos tiempos he llorado tanto... Y sin motivo...

—No nos queda ningún consuelo espiritual, tía Marussia —suspiró Lidia—. Cincuenta y ocho, cincuenta y nueve, sesenta... Estos paganos, estos apóstatas sacrilegos han arrancado los iconos de las iglesias para satisfacer de alguna manera su rabia, han profanado las santas reliquias... Sesenta y tres, y sesenta y cuatro, sesenta y cinco... Y el castigo caerá sobre todos nosotros, porque ellos han desafiado al Señor.

—Irina ha perdido su carnet —suspiró María Petrovna—, y ahora se va a quedar sin pan durante todo el resto del mes. —No me extraña —dijo fríamente Lidia—. No se puede tener confianza en Irina.

Lidia había cogido antipatía a su prima desde el día en que ésta, siguiendo su costumbre- de expresar por medio de caricaturas sus opiniones sobre los caracteres, la había dibujado en forma de sauce llorón.

—¿Qué es esto que hay en tu pañuelo, Marussia? —preguntó Galina Petrovna.

—Oh, nada... Lo siento... está sucio... Por las noches no puedo dormir... ¡Me parece que la ropa está caliente y pegajosa! ¡Estoy tan preocupada por Víctor! ¡Ahora lleva a casa unos tipos tan raros! Entran en el salón sin quitarse la gorra y echan la ceniza de sus cigarrillos sobre la alfombra. Creo que son... comunistas. Vasili no ha dicho ni una palabra. Y esto me asusta. Sé lo que piensa... ¡Comunistas en casa!

—No sois los únicos —dijo Lidia, mirando torvamente a Kira que estaba introduciendo cristalitos en un tubo de vidrio. —Intento hablar con Víctor y me contesta: "La diplomacia es la más grande de las artes". ¡Graves son nuestros pecados! —Convendría que te cuidases la tos, Marussia. —Oh, no es

nada, absolutamente nada. Es el frío. Los doctores son unos tontos que no saben lo que dicen.

Kira contó los cristales en la palma de la mano; se proponía no respirar ni tragarse la saliva. Cuando lo hacía, el polvillo blanco, filtrándose a través de la nariz, y de los labios, le irritaba la garganta, con un dolor metálico, agudo, dulzón. María Petrovna seguía tosiendo.

—Sí, Nina Mirskaia..., imagínate. Ni siquiera un matrimonio soviético. Duermen juntos, así, como gatos. Lidia se aclaró la garganta y se ruborizó. Galina Petrovna dijo:

—¡Es una vergüenza! Esto del amor libre arruinará al país. Pero, a Dios gracias, a nosotros no nos sucederá nada parecido. Todavía quedan familias que conservan el sentido de la moral. —Es papá —dijo Lidia, corriendo a abrir la puerta. Era Andrei Taganov.

—¿Puedo ver a Kira? —preguntó sacudiéndose la nieve de los hombros.

Kira se levantó cuando él entró en el comedor. Sus ojos, en la penumbra, se abrieron extraordinariamente.

—¡Oh, oh, qué sorpresa! —dijo Galina Petrovna, mientras del tubo que tenía en la mano volvían a caer sobre la mesa los cristales de sacarina—. Oh..., esto sí que es... agradable... ¿Cómo está usted? ¡Ah, sí! ¿Me permite que le presente? Andrei Fedorovitch Taganov, mi hermana María Petrovna Dunaeva. Andrei se inclinó, María Petrovna contempló con sorpresa el tubo de vidrio en la mano de su hermana. —¿Puedo hablarle a solas, Kira? —preguntó Andrei. —Perdón —dijo Kira—. Por este lado, Andrei. —Pero... ¿en tu habitación? —murmuró María Petrovna medio sofocada—. Estos jóvenes modernos se portan como... unos comunistas.

Galina Petrovna dejó caer la sacarina. Lidia dio un pisotón a su tía. Andrei siguió a Kira a su habitación.

—No hay más luz que la de la lamparilla de ahí fuera —dijo Kira—. Siéntate ahí, sobre la cama de Lidia. Andrei se sentó y ella se acomodó en su colchón sobre el suelo. La luz que venía de la ventana señalaba un cuadro blanco en el suelo y sobre él se proyectaba la sombra de Andrei. En el rincón, bajo los iconos de Lidia, vacilaba una lucecita. —Se trata de lo de esta mañana —dijo Andrei—, de Syerov. —¿Ah, sí?

—Quería decirle que no tiene usted que preocuparse. El no tiene ninguna autoridad para interrogarla. Nadie más que yo puede dar orden de hacerlo. Y esa orden yo no la daré. —Gracias, Andrei.

—Sé lo que piensa de nosotros. Es usted honrada, pero no se meta en política. No es una adversaria militante. Tengo confianza en usted.

—No sé las señas de aquel hombre, Andrei.

—No le pregunto a quién conoce. Sólo le pido que no se deje arrastrar por ellos.

—Andrei, ¿sabe usted quién es aquel hombre? —¿Le sabría mal que cambiáramos de conversación, Kira? —No, pero ¿me permite una pregunta? — Sí; ¿de qué se trata? —¿Por qué hace usted esto por mí?

—Porque tengo confianza en usted y creo en nuestra amistad. Pero no me pregunte por qué creo en ella; ni yo mismo lo sé. —Yo sí lo sé. Es porque, ¿ve usted?, si tuviéramos alma, que no tenemos, y nuestras almas, la suya y la mía, se encontrasen, lucharían en un combate a muerte. Pero después de haberse destrozado mutuamente se darían cuenta de que sus raíces son las mismas. No sé si me puede comprender, porque, ¿sabe usted?, yo no creo en el alma.

—Yo tampoco, pero la comprendo a usted. ¿Y cuáles son estas raíces?

—¿Cree usted en Dios, Andrei?

—No.

—Yo tampoco. Pero ésta es una de mis preguntas favoritas. Una pregunta al revés, ¿comprende? —¿Qué quiere usted decir?

—Si pregunto a la gente si cree en la vida, no entienden lo que les pregunto. Es una pregunta equivocada; puede tener tanta significación que acaba por no querer decir nada. Por esto les pregunto si creen en Dios. Y si me contestan que sí, entonces sé que no creen en la vida. —¿Por qué?

—Porque, ¿ve usted? Dios, sea el Dios que fuere y de la gente que fuere, es la concepción individual más alta que se puede imaginar. Y todo aquel que pone su más alta concepción por encima de sí mismo y de sus propias posibilidades, se estima poco y no da importancia a su vida. No es un don frecuente, ¿sabe usted?, este de mirar con reverencia la vida propia de uno y desear cuanto hay de más alto, más grande y mejor... para sí mismo. Imaginar un cielo, no soñarlo, sino pedirlo. —Es usted una muchacha muy rara.

—¿Ve usted? Usted y yo creemos en la vida. Pero usted desea combatir por ella, matar por ella, tal vez morir por ella si es necesario. Yo me contento con vivirla.

Detrás de la puerta cerrada, Lidia, cansada de contar sacarina, descansaba tocando el piano. Tocaba Chopin. Andrei dijo, de pronto: —¿Sabe usted que es muy hermoso? —¿Qué es lo que es muy hermoso? —La música.

—Creía que no le interesaba.

—Nunca me había interesado, pero ahora, en este momento, me gusta.

Permanecieron sentados en la oscuridad, escuchando. Abajo, en la calle, un camión dobló la esquina. Los cristales de la ventana temblaron con un rápido estremecimiento tenso. El cuadro luminoso con la sombra de Andrei se levantó del pavimento, pasó rápido como un ala por las paredes y volvió de nuevo a caer a sus pies.

Cuando hubo cesado la música volvieron al comedor. Lidia estaba sentada ante el piano. Andrei dijo, vacilando: —Era muy hermoso, Lidia Alexandrovna. ¿Quiere usted volver a tocarlo?

—Lo siento —dijo Lidia levantándose bruscamente—; estoy cansada.

Y salió del comedor con el aire de una Juana de Arco. María Petrovna se acurrucó en su silla como si quisiera ocultarse a los ojos de Andrei Taganov. Cuando su tos atrajo la atención del joven, murmuró:

—Siempre he dicho que nuestra juventud no sigue con bastante fidelidad el ejemplo de los comunistas. Cuando Kira le acompañó a la puerta, Andrei dijo:

—Creo que no volveré más, Kira. Mi presencia estorba a su familia. Por lo demás, lo comprendo perfectamente.

¿Nos veremos en el Instituto?

—Sí —dijo Kira—; gracias, Andrei.

Buenas noches.

Leo estaba de pie en la escalinata del palacio vacío. Cuando oyó a Kira que corría por encima de la nieve, no se movió. Permaneció inmóvil, con las manos en los bolsillos. Cuando ella llegó junto a él, sus ojos se encontraron en una mirada que era algo más que un beso. Luego, los brazos de él la estrecharon con una pasión que tenía la violencia del odio, como si quisiera destruirla. Luego dijo: —¡Kira!

En el tono de Leo había algo que desagradó a Kira. Ella se quitó la boina, se puso de puntillas y tomó entre los suyos los labios del joven, mientras sus dedos se hundían en su cabellera. —¡Me voy, Kira! —dijo él.

Ella le miró con calma, con la cabeza ligeramente inclinada sobre el hombro de él y una pregunta, no una comprensión, en los ojos.

—Esta noche me voy... para siempre... a Alemania. —Leo... —dijo ella, y sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, pero no asustados.

El habló como si mordiese cada palabra, como si todo su odio y toda su desesperación procedieran de estos sonidos y no de lo que significaban:

—Soy un fugitivo, Kira. Un anturevolucionario. Tengo que dejar a Rusia antes de que me encuentren. He recibido dinero... de mi tía... que está en Berlín. Lo esperaba. Me lo han traído de contrabando.

—¿El barco sale esta noche? —preguntó Kira. —Es un barco de contrabandistas. Hacen el contrabando de carne humana fuera de esta trampa de lobos. Y se llevan almas desesperadas como la mía. Si no nos cogen, llegaremos a Alemania. Si nos cogen, bien... no creo que todos seamos condenados a muerte, pero no sé de nadie que haya escapado de ella.

—Leo, tú no vas a querer dejarme —dijo ella.

El la miró, y en sus ojos hubo una expresión de odio, más elocuente que la de ternura. Dijo:

—Alguna vez me he sorprendido yo mismo dándome cuenta de que deseaba que detuvieran el barco y me volvieran a Rusia.

—Yo voy contigo, Leo —dijo Kira.

El, sin mostrar estupefacción, le preguntó: —¿Ya ves el riesgo que corres?

—Sí.

—¿Ya sabes que si no llegamos a Alemania está en juego tu vida, y si llegamos, quizá también?

—Sí.

—El barco zarpa dentro de una hora. Está lejos. Hay que ir en seguida; no queda tiempo para llevarse equipaje.

—Estoy dispuesta.

—No puedes decir nada a nadie, no puedes ni telefonar "adiós".

—No es necesario.

—Está bien. Vamos.

Tomó su gorra y se puso en marcha, ligero, silencioso, sin mirarla, como si no tuviera en cuenta su presencia. Llamó un trineo. Las únicas palabras que pronunció fueron las señas que murmuró al cochero.

Los rápidos patines cortaron la nieve y el viento sutil hirió el rostro de los fugitivos.

Junto a una casa en ruinas dieron la vuelta a una esquina: ladrillos cubiertos de nieve habían rodado lejos, hasta la carretera; la luz de una lámpara, en el interior de la casa, hacía resaltar las habitaciones vacías; en un punto, los rayos de la luna dibujaban el esqueleto de una casa de hierro. Un vendedor de periódicos gritaba sin convicción: —*iPravda! iKrasnaia Gazeta!*

—Más allá... —susurró Leo— hay autos... y calles... y luces... Un viejo estaba en el umbral de una puerta y la nieve se posaba sobre el ala de su deslucido sombrero: el hombre, con la cabeza inclinada sobre una caja de dulces hechos en casa, dormía. Kira susurró:

—... carmín para los labios, medias de seda... Un perro, bajo el oscuro escaparate de una cooperativa, olisqueaba un cubo lleno de basura.

—... champaña, radio, jazz... —susurró Leo. Y Kira le hizo eco:

—Como *La canción de la copa rota...*

Un hombre, soplándose las manos ateridas, gemía: —i Sacarina, ciudadanos!

Un soldado masticaba pepitas de girasol y cantaba "la Manzanea".

Los pasquines les iban siguiendo como si surgiesen lentamente de casa en casa: rojo, anaranjado, blanco, brazos, martillos, ruedas, palancas, piojos, aeroplanos.

El rumor de la ciudad moría detrás de ellos. Una fábrica proyectaba sobre el cielo sus negras chimeneas. En la calle, colgando de una cuerda tendida de tejado a tejado, una inmensa bandera luchaba ruidosamente contra el viento, se retorció en furiosas contorsiones gritando al viento y a los caminos:

"Proletarios... Nuestra colectiv... unión de cías... lucha lib... porvenir. ..."

Luego sus ojos se encontraron y su mirada fue como un juramento.

Leo sonrió y dijo: —No podía pedírtelo. Pero sabía que vendrías. Se pararon ante una empalizada en una calle no adoquinada. Leo pagó al cochero. Y empezaron a andar, poco a poco. Leo, cautelosamente, estuvo mirando hasta que el trineo desapareció detrás de la esquina. Entonces dijo:

—Tenemos que andar dos millas antes de llegar al mar. ¿Tienes frío? —No. Le tomó la mano. Fueron siguiendo la empalizada por una acera de madera. Un perro ladró. Un árbol desnudo silbó en el viento. Dejaron la acera. La nieve les llegaba a los tobillos. Una vez en campo abierto anduvieron por una oscuridad sin fin. Ella iba decidida y serena: decidida y serena como cuando se come, se duerme, se respira o se actúa frente a lo inevitable. El la llevaba de la mano. Detrás de ellos resplandecía en el cielo la luz roja de la ciudad. Frente a ellos el cielo se inclinaba hacia la tierra y la tierra se elevaba hacia el cielo. Y la divisoria entre cielo y tierra eran sus cuerpos. La nieve subía hasta sus pantorrillas. El viento soplaba contra ellos. Andaban encorvados hacia adelante y sus abrigos parecían velas que luchasen contra un huracán; el frío endurecía sus mejillas. Más allá de la nieve estaba el mundo, más allá de la nieve estaba aquella cosa fantástica y completa ante la cual se inclinaba con reverencia la ciudad que dejaban detrás; el extranjero. Más allá de la nieve empezaba la vida.

Cuando se detuvieron la nieve terminó bruscamente. Vieron un vacío negro, sin cielo ni horizonte. De un punto dado, por debajo de ellos, les llegó un rumor de latigazos y de chasquidos; parecía que alguien vaciase cubos de agua a intervalos regulares. Leo murmuró:

—El mar está tranquilo.

La llevaba lejos, siguiendo un sendero resbaladizo y las huellas de alguien. Kira distinguió una sombra vaga que se levantaba en el abismo, un árbol, un puntito de luz como el de una cerilla que se apaga. En el barco no había luces. No se dio cuenta de la gruesa figura que seguía el sendero hasta que el rayo de luz de una linterna dio en la cara de Leo, pasó por su hombro, luego por el de ella y desapareció. Detrás de la luz quedaron una barba negra y una mano que sostenía un fusil. Pero éste estaba inclinado hacia el suelo.

La mano de Leo rebuscó en su bolsillo, luego entregó algo a aquel hombre.

—Otro billete —murmuró Leo—, esta joven va conmigo.

—No nos quedan camarotes.

—No importa. Basta con el mío.

Pasaron sobre unas vigas que se balanceaban suavemente; surgió, quién sabe de dónde, otra figura, y les acompañó hasta una puerta; Leo condujo a Kira por una escalera que llevaba a su camarote. En el puente inferior había una luz y se veían sombras furtivas; un hombre de cuidada barba, con la cruz de San Jorge sobre el pecho, les contemplaba en silencio; en el quicio de una puerta una mujer envuelta en una capa de brocado descolorido les observaba con temor, estrechando entre sus manos temblorosas una cajita de madera.

El guía abrió la puerta y con un movimiento de cabeza señaló el interior del camarote.

Este se componía únicamente de una cama encajada en el nicho, y un espacio algo mayor que la cama entre el cobertor gris oscuro de la cama y la pared húmeda y descasillada. Una columna atravesaba uno de los rincones, formando una especie de mesa. Sobre ésta estaba una linterna humeante y una mancha de luz amarillenta y trémula. El pavimento subía y bajaba suavemente, como si respirase. La ventanilla estaba cerrada. Leo cerró también la puerta y dijo:

—Quítate el abrigo.

Ella obedeció. Leo colgó el abrigo de un clavo en la pared y dejó el suyo al lado; echó su gorra encima de la mesa. Atada a los brazos y a los hombros, llevaba una pesada maleta negra. Era la primera vez que se veían sin abrigo. Ella se sintió desnuda y se alejó un poco.

El camarote era tan pequeño que incluso el aire que la envolvía parecía formar parte de Leo. Retrocedió lentamente hasta la mesa, en el rincón.

El contempló las pesadas botas de fieltro, demasiado pesadas para aquel cuerpo grácil, envuelto en un traje negro. Ella siguió su mirada. Se quitó las botas y las arrojó lejos. Leo se sentó sobre la cama. Ella, junto a la mesa, escondía sus piernas cubiertas de groseras medias negras de algodón bajo el banco, las manos detrás de la espalda, los brazos muy juntos a las caderas, los hombros encorvados, el cuerpo ligeramente recogido como si se estremeciese de frío, el blanco triángulo de su escote abierto, luminoso, en la penumbra.

—Mi tía de Berlín —dijo Leo— me odia, pero quería a mi padre, y mi padre... murió.

—Sacúdete la nieve de las botas, Leo —dijo ella—. Se está derritiendo por el pavimento.

—De no haber sido tú, hubiera embarcado hace tres días. Pero no podía marcharme sin verte. Por esto aguardé. Aquel barco desapareció. Naufragado o capturado, nadie lo sabe. No llegaron a Alemania. ¡De modo que me salvaste la vida... quizá! Cuando oyeron un ruido sordo y los maderos crujieron más fuertemente y la llama de la linterna vaciló contra el viento. Leo se puso en pie, apagó la luz y abrió la ventanilla. Juntos los rostros, observaron cómo la luz roja de la ciudad se iba alejando. Por fin desapareció. Sólo quedaban algunas llamas entre cielo y tierra, que no se movieron, sino que poco a poco se transformaban en estrellas, luego en puntos y por fin desaparecían. Kira miró a Leo: los ojos de éste estaban desmesuradamente abiertos, llenos de una emoción que ella no había visto nunca. Lentamente, triunfalmente, le preguntó:

—¿Te das cuenta de lo que estamos abandonando? Luego sus manos agarraron los hombros de Kira y sus labios se apoderaron de los de ella. Kira tuvo la sensación de caerse de espaldas en el vacío: cada uno de sus músculos sentía el peso de cada uno de los de él.

Luego él la dejó. Cerró la ventana y encendió la linterna. La cerilla crepitó con una llama azul. Leo encendió el cigarrillo y se paró junto a la puerta, sin mirar a Kira, fumando. Ella se sentó junto a la mesa, sumisa, sin una pregunta, sus ojos fijos en los de él.

Leo aplastó el cigarrillo contra la pared y se acercó a Kira; con las manos en los bolsillos, permaneció silencioso. Su boca dibujaba un arco irónico, su cara no tenía expresión.

Kira se levantó, dócil, como si los ojos de él arrastrasen. Leo dijo:

—Desnúdate.

Kira no dijo una palabra, y sin apartar sus ojos de los de él, obedeció.

çCapítulo diez

Cuando Kira despertó, la cabeza de Leo descansaba sobre su pecho y un marinero les estaba contemplando. Se subió la sábana hasta la barbilla, y Leo despertó a su vez. Los dos se quedaron atónitos.

Era por la mañana. La puerta estaba abierta y el marinero estaba en el umbral. Sus hombros eran demasiado anchos para la puerta y su puño se cerraba sobre una pistola que llevaba al cinto: su chaqueta de cuero se abría sobre una camiseta rayada, y su boca se abría en una amplia sonrisa sobre dos hileras de dientes blanquísimos. Se inclinaba ligeramente, porque su gorra azul tocaba al dintel de la puerta; en la gorra se veía la estrella roja de cinco puntas de los soviets. Murmuró, sin dejar de sonreír: —Siento estorbaros, ciudadanos.

Kira con los ojos clavados en la estrella roja, aquella estrella que le entraba por los ojos, pero que pugnaba en vano por llegar hasta su cerebro, murmuró inconscientemente, suavemente, como una chiquilla:

—Por favor, márchese. Nosotros...

Su voz se quebró. La estrella roja había llegado a su cerebro. El marinero prosiguió con cinismo:

—No habría usted podido elegir un momento peor, ciudadana. Verdaderamente no lo podía elegir peor. Leo sólo dijo: —Salga, déjenos vestir.

Su voz no era ni arrogante ni de súplica; era una orden tan implacable que el marinero obedeció como si se lo hubiera mandado un superior. Leo cerró la puerta tras él.

—Estáte quieta —dijo a Kira— hasta que te dé tu ropa; hace frío. Saltó de la cama y se inclinó para recoger los vestidos de Kira, desnudo como una estatua y con la misma indiferencia que si lo fuera. A través de una hendidura del postigo cerrado llegaba hasta ellos una luz gris.

Se vistieron en silencio. El techo temblaba sobre sus cabezas, bajo pasos precipitados. En algún punto lejano una voz de mujer chillaba como un animal enfurecido. Cuando se hubieron vestido dijo Leo:

—Todo va bien, Kira. No tengas miedo.

Estaba tan sereno que por un momento ella se alegró del desastre que le permitía verle así. Sus ojos se encontraron por un segundo en una silenciosa sanción de lo que los dos recordaban. El abrió luego la puerta. El marinero aguardaba fuera. Leo dijo sencillamente:

—Todas las confesiones que queráis. Firmaré cualquier cosa a condición de que la dejéis marchar.

Kira abrió la boca. Leo se la cerró brutalmente con la mano, clavándole las uñas en las mejillas. Siguió diciendo: —Ella no tiene nada que ver en esto. La he raptado. Podéis procesarme por ella, si queréis.

—¡Miente! —chilló Kira.

—¡Cállate! —dijo Leo.

—A callarse los dos —tronó el marinero.

Le siguieron. Los chillidos de aquella mujer continuaban, ensordecedores. La vieron arrastrarse de rodillas detrás de dos marineros que llevaban su caja de madera; ésta estaba abierta y las joyas resplandecían ante los ojos de los marineros, mientras la mujer hería el espacio con sus gritos y los cabellos le caían sobre la cara. Al pasar por delante de una puerta abierta Leo empujó a Kira de tal modo que ella pasó sin ver nada. En el camarote había algunos hombres inclinados sobre un cuerpo inmóvil tendido en el suelo; la mano de aquel cuerpo estrechaba la empuñadura de una daga clavada en su corazón, junto a la cruz de San Jorge. Sobre el puente el cielo gris bajaba hasta lo alto del palo mayor, y el vapor salía al mismo tiempo que las órdenes de los labios de los hombres que habían tomado el mando del barco; los hombres del negro guardacostas que subía y bajaba en medio de la niebla como una sombra enorme: sobre el palo mayor del guardacostas ondeaba ligeramente una bandera roja.

Dos marineros tenían cogido por los brazos al capitán, que mantenía la mirada fija en la punta de sus zapatos. Los marineros aguardaban las órdenes de un gigante en chaqueta de cuero.

El gigante sacó de su bolsillo una lista y la puso bajo la barba del capitán; con el pulgar señaló por detrás de sus hombros a Leo y preguntó: —¿Quién es?

El capitán señaló un nombre. Kira vio abrirse los ojos del gigante, con una extraña expresión que no supo definir.

—¿Y la muchacha? —preguntó.

—No lo sé —contestó el capitán—. No está en la lista de pasajeros. Llegó con él en el último momento.

—Dieciséis serpientes contrarrevolucionarias que intentaban huir al extranjero, camarada Timoshenko —dijo un marinero. —¿Creías poder escapar? ¿De las manos de Stepan Timoshenko de la flota del Báltico?

El capitán seguía con la mirada fija en sus zapatos. —Abrid bien los ojos y tened los fusiles preparados —dijo el camarada Timoshenko— y a la más pequeña dificultad disparad contra ellos y destripadlos.

Miró a la niebla guiñando un ojo, con su deslumbrante dentadura y su cuello bronceado expuesto al frío, y luego se alejó silbando.

Cuando los dos buques empezaron a moverse el camarada Timoshenko volvió atrás. Pasó junto a Leo y Kira que estaban en el grupo de los prisioneros, sobre el puente húmedo y resbaladizo, y se detuvo a mirarles un segundo, con una expresión inexplicable en sus negros ojos redondos. Pasó, y luego volvió atrás y dijo en voz alta, sin dirigirse especialmente a nadie, pero señalando con el pulgar a Kira:

—La muchacha no tiene nada que ver. El la ha raptado.

—Pero si yo digo... —intentó decir Kira.

—Haga callar a su mujercita —dijo Timoshenko cambiando con Leo una mirada que casi parecía de complicidad. Vieron cómo Petrogrado se dibujaba en el cielo, como una larga e informe hilera de casas alineadas en el límite de un cielo inmenso y helado. La cúpula de la catedral de San Isaac, como media bola de oro pálido, parecía una luna cansada que remontase su curso en medio del humo que salía de los tejados. Leo y Kira se sentaron sobre un rollo de cuerda. Detrás de ellos un marinero picado de viruela fumaba un cigarrillo, con una mano sobre la pistola.

No se dieron cuenta de que el marinero se alejaba. Stepan Timoshenko se les acercó y murmuró, mirando a Kira: —Cuando bajemos a tierra, habrá un camión aguardándoles. Los muchachos estarán ocupados. Tengo la impresión de que se volverán de espaldas. Aproveche el momento para marcharse... y siga su camino.

—No —dijo Kira—, quiero quedarme con él.

—¡Kira! Tú...

—¡No haga usted locuras, mujer! No puede ayudarlo en nada.

—¡No obtendréis ninguna confesión suya para salvarme!

Timoshenko guiñó un ojo. —No tiene que confesar nada. ¡Y yo no quiero criaturas mezcladas en cosas que no entienden. Procura que esté lejos cuando lleguemos al carro, ciudadano.

—Es más fácil que la G. P. U. suelte a uno que a dos. Estaré hacia las cuatro de la tarde. Vaya y pregunte por Stepan Timoshenko. Tal vez tenga alguna noticia que comunicarle. Nadie le hará daño. Gorovkhaia, 2.

No esperó su respuesta. Se alejó y golpeó ligeramente en la barbilla del marinero picado de viruelas que había dejado solos a los prisioneros. Leo susurró:

—¿Quieres crearme todavía más dificultades? Vete y no te acerques por Gorovkhaia.

Cuando vieron las casas cerca del palo mayor se besaron. A Kira le costó separar sus labios de los de Leo, como si fuera un vidrio helado.

—Kira, ¿cuál es tu apellido? —preguntó Leo.

—Kira Argounova. ¿Y el tuyo?

—Leo Kovalensky.

—De casa de Irina. Hemos estado hablando y se nos pasó el tiempo. Era demasiado tarde para volver a casa.

Galina Petrovna suspiró con indiferencia. Su camisón temblaba sobre sus hombros en el frío recibimiento.

—¿Y por qué has vuelto a las siete de la mañana? Supongo que habrás despertado a tu tía Marussia. La pobre... con aquella tos... —No podía dormir. Tía Marussia no me oyó.

Galina Petrovna bostezó y se volvió a su habitación arrastrando los pies. Kira había pasado varias otras noches en casa de su prima. Galina Petrovna no tenía por qué preocuparse. Kira se sentó, y sus manos cayeron abandonadas. ¡Faltaban tantas horas para las cuatro de la tarde! Debería estar asustada —pensaba— y lo estaba; pero, bajo el terror, había algo sin nombre que no podía expresarse en palabras, un himno sin sonidos, algo que reía a pesar de que Leo estuviera en una celda negra en la Gorovkhaia. En su cuerpo había todavía un sufrimiento que la hacía sentirse junto a él.

La casa que llevaba el número 2 de Gorovkhaia era de un color verde como el de la vaina de los guisantes. La pintura y el rebozo se agrietaban, en las ventanas no había cortinas ni rejas. Daban tranquilamente a una tranquila calle secundaria. Allí estaba el cuartel general de la G. P. U.

Había palabras que la gente no se atrevía a pronunciar: un mismo terror supersticioso les sobrecogía al hablar de un cementerio desolado, de la Inquisición, o de Gorovkhaia número 2. Muchas noches habían pasado por Petrogrado; muchos pasos habían resonado en aquellas noches; se habían oído campanillazos en muchas casas; y muchas personas habían desaparecido para no volver. Una ola de silencioso terror se extendía por la ciudad reduciendo las voces a susurros, y el centro de esta ola estaba en Gorovkhaia número 2.

Era un edificio semejante a los que le rodeaban; al otro lado de la calle, detrás de unas ventanas parecidas, se cocía el mijo en familia o se tocaba el gramófono; en la esquina había una mujer que vendía dulces; la mujer tenía las mejillas rosadas y los ojos azules, y los dulces una corteza dorada que olía a grasa caliente. Un pasquín pegado a un farol anunciaba los nuevos cigarrillos

del Trust del Tabaco. Pero, mientras se iba acercando al edificio, Kira vio que la gente pasaba junto a las paredes sin mirar la casa, con una expresión forzada de indiferencia, y se dio cuenta de que apresuraban el paso, como si tuvieran miedo de su propia presencia, de sus ojos, de sus pensamientos. Detrás del muro verde había aquello que nadie deseaba saber.

La puerta estaba abierta. Kira entró, con las manos en los bolsillos, mirando a su alrededor con decisión, indiferente, andando con calma. Dentro había una ancha escalinata, corredores, cocinas. Mucha gente estaba aguardando, mucha se apresuraba como en todas las oficinas públicas de los soviets; muchos pies se arrastraban por el suelo desnudo, y se oían pocas voces; en los rostros no se veía ni una lágrima. Muchas puertas estaban cerradas y las caras estaban tan cerradas y tan impasibles como las puertas. Kira encontró a Stepan Timoshenko sentado ante un escritorio en una cocina: la acogió con una sonrisa sarcástica. —Es lo que pensaba —dijo—. No hay nada contra él. Es por su padre. Pero esto ya pasó. Si le hubieran detenido hace dos meses, hubiera sido cuestión de pocas preguntas y el piquete de ejecución... Pero ahora, bien, ya veremos.

—¿Qué ha hecho?

—¿El? ¡Nada! Es su padre. ¿Se enteró usted de la conspiración del profesor Gorsky, hace dos meses? El viejo no estaba en ella; ¿cómo hubiera podido si estaba ciego? Pero había escondido a Gorsky en su casa. Bien; lo pagó.

—¿Quién era el padre de Leo?

—El viejo almirante Kovalensky.

—Aquel que... —Kira se detuvo, jadeante.

—Sí; aquel que perdió la vista en la guerra... le fusilaron.

—¡Oh!

—Bien. Yo no lo hubiera hecho... por lo menos aquella vez. Pero no soy yo el único que manda. No se hacen revoluciones con guantes blancos.

—Pero si Leo no tenía nada que ver con todo esto, ¿por qué... ?

—En aquel momento hubieran fusilado a cualquiera que supiera algo de la conspiración. Ahora se han calmado. Ya pasó. Ha tenido suerte... No me mire usted así, como una tonta. Si hubiese usted trabajado aquí sabría lo que cambian las cosas con el tiempo; a veces es cuestión de días, y aun de horas. En fin. Este es nuestro método de trabajo. ¿Y quién es el maldito estúpido que cree que la revolución está todavía perfumada de agua de colonia? —Entonces... podrán dejarle...

—No lo sé. Lo intentaré. Investigaremos. Después hay el asunto de haber intentado salir del país sin permiso. Pero esto creo que lo podré... No luchamos contra los muchachos, especialmente si se trata de muchachos alocados que encuentran tiempo para hacer el amor sobre un volcán en erupción.

Kira miró a aquellos ojos redondos; no tenía ninguna expresión, pero la boca sonreía, la nariz chata y arremangada tenía un aire insolente.

—Es usted muy amable —dijo.

—¿Quién es amable? —rió él—. ¿Stepan Timoshenko de la flota del Báltico? ¿Se acuerda de los días de octubre de 1917, cuando todavía era una chiquilla que no podía ni pensar en la cama de un hombre? ¿Oyó hablar alguna vez de oficiales hervidos vivos en las calderas de los buques de la flota del Báltico? ¿Sabe quién echaba leña al fuego de las calderas? Stepan Timoshenko. No se estremezca como un gato. Stepan Timoshenko era un bolchevique antes de que estos recién llegados hubieran podido secarse la leche de los labios.

—¿Puedo verle?

—No; es imposible. En aquella oficina no se permiten visitas.

—Entonces...

—Entonces vuélvase a casa a chupar su biberón. Y no se preocupe. Eso es todo cuanto tenía que decirle.

—Tengo un amigo que está bien relacionado y que podría... —Cierre usted el pico y déjese de relaciones. Estése quieta dos o tres días.

—¿Tanto tiempo?

—¡Bah! No es tanto como no verle más. Y no tema, que se lo guardaremos bien cerrado, sin mujeres a su alrededor. Se levantó de su escritorio y rió burlonamente; luego sus labios se cerraron en una línea recta. Se acercó a Kira con aire de dominio y la miró a los ojos, de hito en hito, y su mirada tenía una expresión... poco alegre. Dijo:

—Cuando vuelva a tenerlo, no lo deje escapar de sus manos. Si no tiene usted uñas, déjeselas crecer. No es un individuo fácil. Y no intenten dejar el país. Están en Rusia soviética: pueden odiarla hasta las entrañas; no es fácil vivir y pueden dejar la piel en ella; pero en Rusia soviética tienen que quedarse. A mí me parece que tiene usted garras para guardarlo. Vigile. Su padre le quería.

Kira tendió su mano, que desapareció en la manaza bronceada de Stepan Timoshenko.

Cuando llegó a la puerta se volvió y preguntó con dulzura:

—¿Por qué hace esto?

El no la miraba; miraba a la ventana. Contestó: —Hice la guerra en la flota del Báltico. El almirante Kovalensky se quedó ciego mientras servía en la flota del Báltico. No era el peor de los comandantes que hemos tenido... ¡Márchese!

—Se pasa la noche dando vueltas en el colchón —dijo Lidia—. Parece que haya ratones en casa. No puedo dormir.

—Tengo entendido que eres estudiante, Kita Alexandrovna: ¿O estoy equivocada? Has pasado tres días sin acercarte al Instituto.

Lo dijo Víctor. ¿Quieres dignarte informarnos qué nueva forma de tontería se ha apoderado de ti?

Alexander Dimitrievitch no dijo nada. Se despertó sobresaltado, porque se había quedado adormecido con un tubo de sacarina a medio llenar en la mano. Kira no dijo nada tampoco.

—¡Fíjate en sus ojeras! ¡Ninguna muchacha decente tiene una cara semejante!

—¡Estaba segura! —chilló Lidia—. ¡Estaba segura! ¡Ha vuelto a poner ocho cristales de sacarina en el tubo!

Por la tarde del cuarto día, sonó la campanilla. Kira no levantó los ojos del tubo de sacarinas; Lidia, cuya curiosidad se despertaba cada vez que sonaba un campanillazo, fue a abrir la puerta. Kira oyó una voz que preguntaba: —¿Está Kira?

El tubo de sacarina se cayó al suelo y se hizo añicos, mientras Kira corría al recibimiento, apretándose el corazón con las manos. El sonrió, con las comisuras de los labios plegadas hacia abajo, arrogantemente.

—Buenas noches, Kira —dijo con calma.

—Buenas noches, Leo.

Lidia les contemplaba estupefacta. Kira estaba en la puerta, con los ojos puestos en los de él, incapaz de hablar. Galina Petrovna y Alexander Dimitrievitch dejaron de contar sacarina.

—Ponte el abrigo, Kira, y ven —dijo Leo.

—Sí, Leo —murmuró ella, descolgando su abrigo del perchero. Sus movimientos eran como los de una sonámbula. Lidia tosió discretamente. Leo la miró. Su mirada provocó una cálida sonrisa pensativa de los labios de Lidia: todas las mujeres, cuando él las miraba, sonreían del mismo modo; y, sin embargo, en su mirada no había nada especial, sino que cuando miraba a una mujer parecía decirle que él era un hombre y ella una mujer, y que él lo sabía muy bien. Lidia concentró todo su valor, intentó superar la falta de presentación, pero no sabía cómo empezar y contemplaba intimidada al hombre más bello que jamás había traspuesto la puerta de su casa, y luego, bruscamente, profirió la pregunta que tenía en la mente:

—¿De dónde sale usted?

—De la cárcel —repuso Leo con una bella sonrisa.

Kira se había abrochado el abrigo. Sus ojos seguían fijos en el joven, como si no se diera cuenta de la presencia de los demás.

El la cogió del brazo con un gesto de dominio y se fue con ella.

—Bueno, como falta de educación... —balbució Galina Petrovna poniéndose en pie.

Pero la puerta ya estaba cerrada.

Leo dio unas señas al conductor del trineo, fuera. —¿Dónde? —dijo, repitiendo la pregunta de Kira con los labios junto al cuello de su abrigo—. A mi casa. Sí; la he recobrado. La habían sellado cuando detuvieron a mi padre.

—¿Cuándo?

—Esta tarde estuve en el Instituto para saber tus señas, luego fui a casa a encender fuego en la chimenea. Parecía una tumba. No se había calentado desde hacía dos meses. Ahora estará caliente para nosotros.

La puerta que transpusieron llevaba el sello rojo de la G. P. U. El sello había sido roto; dos fragmentos de lacre quedaban abiertos para dejarles paso.

Atravesaron un salón oscuro. La chimenea resplandecía proyectando sobre sus pies y sobre sus figuras reflejadas en el espejo del pavimento de madera una luz roja. El piso había sido registrado. El suelo estaba cubierto de papeles, y había sillas con las cuatro patas al aire. Sobre los pedestales de malaquita había vasos de cristal; uno de ellos estaba roto y los pedazos brillaban por el suelo en medio de la oscuridad; a través de ésta danzaban y vacilaban llamas rojas, como si se hubieran caído fuera de la chimenea carbones vivientes. En el dormitorio de Leo ardía una sola luz; una lámpara sola con una pantalla de plata sobre una chimenea de ónix negro. Una última llama azul temblaba sobre los moribundos carbones, lanzando un reflejo purpúreo sobre el cobertor plateado de la cama.

Leo echó a un lado su gabán, desabrochó el de Kira y se lo quitó; sin decir palabra le desabrochó el vestido; ella permaneció inmóvil y dejó que la desnudase. Y él susurró en el cálido hoyuelo que tenía ella bajo la barbilla:

—Ha sido un suplicio. Esperar. Tres días... y tres noches.

Kira miraba al techo, que era de una blancura plateada y parecía lejano, muy lejano. La luz entraba a través de las cortinas de seda gris. Se sentó en la cama con los pechos rígidos de frío. Dijo: —Me parece que ya es mañana.

Leo dormía. Tenía la cabeza echada hacia atrás, sin almohada, y uno de sus brazos colgaba de la cama. Las medias de Kira estaban en el suelo, su vestido en una columna de la cama, su camisa a través del cuerpo de Leo.

Poco a poco se movieron los párpados del joven. Levantó la mirada y dijo: —¡Buenos días, Kira!

Ella estiró los brazos y los cruzó detrás de la cabeza, luego echó la cabeza hacia atrás, sacudiendo los cabellos que le caían a la cara.

—Estaba pensando en mi familia —dijo—. Es seguro que me echan de casa.

—Te quedarás aquí.

—Dentro de un rato iré a decirles adiós.

—¿Para qué quieres ir?

—Algo tengo que decirles.

—Ve. Pero no tardes. Te quiero aquí.

Estaban de pie, como tres pilastras altas y silenciosas alrededor de la mesa del comedor, con los ojos hinchados y enrojecidos por la noche sin sueño que habían pasado. Los cabellos de Lidia estaban anudados en una gruesa trenza sobre su espalda. Kira estaba frente a ellos, apoyada en el quicio de la puerta, tranquila, indiferente.

—¿Bien? —preguntó Galina Petrovna. —Bien, ¿qué?

—No vas a decirnos que has estado en casa de Irina, esta vez. —No.

Galina Petrovna se acomodó sobre los hombros su vieja bata de franela.

—No sé hasta dónde puede llegar tu estúpida inocencia. Pero supongo que te darás cuenta de qué la gente puede pensar que... —Es cierto: he dormido con él. De los labios de Lidia se escapó un grito. Galina Petrovna abrió la boca; luego la volvió acerrar. Alexander Dimitrievitch se quedó con la boca abierta. El brazo de Galina Petrovna, en línea recta con sus hombros, le señaló la puerta.

—Vas a dejar mi casa —dijo— para no volver más. —Está bien.

—¿Cómo has podido? ¡Una hija mía! ¿Cómo te atreves a mirarnos la cara? ¡No tienes vergüenza, no te das cuenta de la desgracia que significa tu depravación!

—No discutamos —dijo Kira.

—¿No has pensando que es un pecado mortal? Dieciocho años y un hombre que sale de la cárcel. Y la Iglesia... durante siglos. Por tus padres, por tus abuelos... Todos nuestros santos han dicho que no había pecado más vil. Son cosas que se oyen decir, pero ¡una hija mía! Los santos que por nuestros pecados...

—¿Puedo llevarme mis cosas —preguntó Kira— o queréis quedaros con ellas?

—No quiero nada tuyo aquí. No quiero ni tu aliento en esta habitación, ni tu nombre en esta casa.

Lidia sollozaba histéricamente, con la cabeza sobre los brazos encima de la mesa.

—¡Dile que se vaya, mamá! —gritó entre sollozos—. ¡No lo puedo resistir! ¡Hay mujeres que no deberían vivir!

—Toma tus cosas; de prisa —silbó Galina Petrovna—. A partir de ahora, sólo tenemos una hija. Golfilla, mala mujer de... Lidia miraba a Kira, asustada, incrédula.

Leo abrió la puerta y tomó el fardo envuelto en una vieja sábana.

—Hay tres habitaciones —dijo—; puedes guardar tus cosas como quieras. ¿Hace frío en la calle? ¡Tienes la cara helada!

—Sí; hace un poco de frío.

Deja eso en un rincón. —En el salón tienes un poco de té caliente.

Había puesto una mesita junto a la chimenea. Pequeñas lenguas rojizas temblaban sobre la antigua vajilla de plata. Sobre el fondo gris de un gran

ventanal colgaba una lámpara de cristales. Al otro lado de la calle había una larga cola de gente, con la cabeza baja, frente a la puerta de una cooperativa. Nevaba. Kira puso sus manos sobre la tetera de plata y las guardó un momento; luego se las pasó por las mejillas. Dijo: —Tendré que lavar las copas y barrer...

Se detuvo. Estaba en medio de la vasta sala. Tendió los brazos, echó la cabeza hacia atrás y rió.

En su risa había un desafío, una alegría, un triunfo. Gritó: —¡Leo!

Ella la cogió. Ella le miró a la cara y le pareció que era una sacerdotisa, con el alma perdida en las comisuras de los labios de un dios arrogante: una sacerdotisa y al mismo tiempo una ofrenda para el sacrificio: ambas cosas a la vez y más todavía. En su risa no había vergüenza alguna; era casi oprimida, con algo que bullía en ella como si fuese demasiado difícil soportarlo; como si llevase su alma entre los labios.

Los ojos de él la miraron, negros e inmensamente abiertos; luego dijo, respondiendo a un pensamiento no expresado: —Kira, pienso en todo lo que tenemos en contra. Ella inclinó levemente su cabeza sobre el hombro del joven, con los ojos serenos, los labios dulces, tranquila y confiada como una chiquilla; miró por la ventana y a través de la nieve que caía divisó a los hombres en la cola, inmóviles, desesperados, destrozados. Sacudió la cabeza: —Combatiremos, Leo. Juntos. Lucharemos contra todo el país, contra el siglo, contra millones de hombres. Podemos resistir y resistiremos. El dijo sin esperanza: —Lo probaremos.

Capítulo once

La Revolución se había desencadenado en un país que había vivido tres años de guerra. Tres años de guerra y la Revolución habían destrozado las líneas ferroviarias, devastado los campos, convertido las fábricas en informes montones de ladrillos, y reducido a los hombres a hacer cola, con viejos cestos bajo el brazo, en espera de las pocas migajas de vida que todavía caían de los centros de abastecimientos.

Los bosques permanecían inmóviles en el silencio de la nieve, pero en las ciudades la leña era un lujo, y el petróleo el único combustible. Los dones de la Revolución estaban todavía por llegar; pero el pueblo estaba por lo menos en posesión de uno de ellos, el principal, del signo de una vida nueva, de la primera guía del país renovado: éste era el "Primus"

Kira estaba arrodillada junto a la mesa, accionando el pistón del hornillo de latón en que se leían las palabras: "Auténtico Primus fabricado en Suecia". Como no tenía alcohol para quemar, observaba el débil chorro del petróleo que llenaba el depósito. Luego fue dándole al émbolo, contemplando atentamente el fuego que lamía los negros tubos con su fuliginosa lengua y respirando el olor del petróleo que invadía su nariz, hasta que algo empezó a silbar en los tubos y se encendió una corona de "llamas azuladas, tiesas y crepitando como antorchas de viento. Entonces puso sobre el fuego una cazuela de mijo.

Después, de rodillas ante la chimenea, recogió algunos húmedos pedazos de leña, que resbalaban entre sus dedos oliendo acremente a moho, abrió la portezuela de la *bourgeoise* o estufa económica, puso la leña dentro, amontonó encima algunos periódicos arrugados y encendió una cerilla, soplando luego con fuerza, de cara al suelo, con los cabellos sobre los ojos, mientras el humo rodeaba su cabeza, subiendo luego hasta la blanca techumbre del salón. La lámpara de cristal brillaba en medio del humo gris, y grises cenizas volaban hasta la nariz de la joven, posándose sobre sus cejas.

La *bourgeoise* era una caja de hierro cuadrada, con largos tubos que llegaban hasta el techo, doblándose luego en un ángulo recto para entrar en la chimenea por un agujero. Habían tenido que instalar la *bourgeoise* en el salón, porque no tenían leña suficiente para encender la chimenea. Dentro de la caja de hierro crepitaban los leños, y por las grietas de los ángulos se veían danzar llamitas rojas; de vez en cuando surgían sutiles chorros de humo, y las paredes de la *bourgeoise* puestas al rojo por el exceso de temperatura, olían a barniz quemado. Estas nuevas estufas se llamaban *bourgeoise* porque habían nacido en casa de los que no podían permitirse el lujo de gastar leña abundante para encender las grandes estufas de los pasados tiempos de esplendor. La morada del almirante Kovalensky tenía siete habitaciones, pero hacía ya mucho tiempo que cuatro de ellas habían tenido que ser alquiladas. El almirante había mandado levantar un tabique en medio del vestíbulo que separaba sus habitaciones de las de los otros inquilinos. A Leo le quedaban, pues, ahora, tres habitaciones, el baño y la puerta principal; y los inquilinos disponían de cuatro habitaciones, la puerta de servicio y la cocina. Kira cocinaba en el "Primus" y lavaba los platos en la bañera. A veces, al otro lado del tabique, oía voces y pasos, o el murmullo de un gato. Allí vivían tres familias y el gato; Kira no había visto aún a ninguno de ellos. Cuando Leo se levantaba por la mañana encontraba la mesa puesta ya en el comedor, con unos manteles blancos como la nieve, y una tetera llena de té humeante, y a Kira que andaba por el comedor, con las mejillas rosadas y los ojos sonrientes, ligera y desenvuelta como si todo aquello hubiera surgido solo.

Desde el primer día de su vida común, Kira había formulado su ultimátum: "Cuando esté cocinando no deberás verme, y cuando me veas no tienes que

saber que he cocinado". Kira seguía teniendo la impresión de vivir, pero nunca había pensado excesivamente en la necesidad de conservar la vida. De pronto, descubrió que este mero hecho se había convertido en un complicado problema que requería horas de arduos esfuerzos; arduos esfuerzos únicamente para lograr aquello que ella había considerado siempre, con orgullo y desprecio, como algo natural. Descubrió que hubiera podido luchar manteniéndose más altivamente que nunca en su actitud despectiva; aquella actitud despectiva que, si hubiera cedido, habría rebajado la vida entera al mismo nivel que la llamita azulada del "Primus" en que se cocía el mijo para la comida. Descubrió que habría podido sacrificar a la lucha todas las horas necesarias, a condición de que no se interrumpiesen entre Leo y ella y que la vida entera, aquella vida que era de Leo, se hubiese podido mantener absolutamente intacta. Las horas invertidas en la lucha no contaban, y nunca habría hablado de ellas: se callaba, en efecto, y sólo en sus ojos centelleaba la excitación de la batalla. Porque realmente era una batalla; los primeros choques de una batalla imprecisa, indefinida, que Kira no hubiera podido nombrar, pero de la que se daba perfecta cuenta. La batalla de dos personas solas contra algo enorme y desconocido, algo que se levantaba como una marea alrededor de las paredes mismas de su casa, algo que estaba en aquellos pasos innumerables que se oían fuera, por la calle, y en las colas ante las puertas de las cooperativas; algo que invadía su casa con el "Primus" y la *bourgeoise*, algo que traía consigo el mijo y la leña húmeda y el hambre de millones de estómagos vacíos y crispados, contra dos vidas que luchaban por su derecho a un porvenir.

—¿Vas al Instituto, hoy?

—Sí.

—¿Necesitas dinero?

—Un poco.

—¿Volverás a comer?

—Sí.

—Yo estaré aquí a las seis.

Ella se iba al Instituto, él a la Universidad. Kira corría patinando por el pavimento helado, riendo a los desconocidos, soplando sobre un dedo amoratado por el frío a través de un agujero de su guante, subiendo a un tranvía a toda marcha y desarmando con su sonrisa al conductor que balbucía:

—Deberían multarla, ciudadana. Cualquiera día un coche le segará las piernas.

Oía las lecciones inquieta, mirando al reloj de pulsera de su vecino, si por casualidad lograba encontrar un vecino con reloj de pulsera. Estaba impaciente por volver a casa, como cuando, de niña, no sabía estarse quieta en la escuela el día de su cumpleaños, con el afán de ver los regalos que la aguardaban. Ahora no la aguardaban más que el "Primus" y el mijo, la ca-

zuela de la sopa, y, cuando regresaba Leo, una voz que desde el otro lado de la puerta cerrada le decía:

—Ya estoy en casa.

—Tengo que hacer —respondía ella con indiferencia.

Y reía feliz, en medio del humo de la sopa. Después de la comida, uno y otro llevaban sus libros junto a la *bourgeoisie*. El estudiaba Historia y Filosofía en la Universidad del Estado, y además había encontrado un empleo. Cuando, después de dos meses, había reanudado la vida que la muerte de su padre había desgarrado, había encontrado su empleo que le estaba aguardando. Trabajaba en el *Gossizdat*, la empresa estatal de publicidad. Por las noches, junto al fuego de la *bourgeoise*, traducía libros del inglés, del alemán o del francés. Eran libros que no le gustaban: novelas de autores extranjeros en que se referían los sufrimientos de algún pobre y honrado trabajador que había sido enviado a presidio por haber robado una hogaza con que alimentar a su madre que se moría de hambre, o se narraban las desventuras de su esposa, joven y bella, que había sido violada por un capitalista y se había suicidado luego de dolor. Y a consecuencia de ello el obrero había sido despedido por el capitalista, y su hijo se había visto reducido a mendigar por las calles, donde el auto de aquel mismo capitalista le había atropellado; un auto con guardabarros relucientes y un chófer de librea.

Pero Leo podía trabajar en casa y le pagaban bien, aunque cada vez que iba a cobrar al *Gossizdat* le hiciesen la misma observación:

—Hemos deducido el dos y medio por ciento como contribución a la nueva Sociedad Roja de Química para la defensa del Proletariado. Esto aparte del cinco por ciento para la Flota Aérea Roja, el tres por ciento para la Lucha contra el Analfabetismo, el cinco por ciento para los Seguros Sociales, y...

Cuando Leo trabajaba, Kira andaba por la habitación sin hacer ruido, o permanecía sentada en silencio ante sus diseños, sus cuadernos, sus planos azules, sin interrumpirle jamás... Algunas veces su trabajo era estorbado por la visita del *Upravdom* que entraba con la gorra en la nuca y les reclamaba la cuota por las tuberías heladas, las cañerías obturadas, las bombillas de la escalera... —alguien ha vuelto a llevárselas—; las goteras del tejado, la reparación de la escalera del sótano o la suscripción voluntaria de la casa para la Flota Aérea Roja.

Cuando Kira y Leo se hablaban, sus palabras eran breves y precisas y su indiferencia excesiva; pero sus rostros inmóviles guardaban un secreto que ninguno de los dos podía olvidar. Pero cuando estaban solos en su dormitorio gris y plata se reían juntos, y sus ojos, sus labios y sus cuerpos enteros se buscaban ávidamente y la pasión contenida durante tantas horas interminables surgía victoriosa entonando el himno de la juventud.

Leo no tenía familia en Petrogrado.

Su madre había muerto antes de la Revolución. Era hijo único. Su padre había contemplado sus extensos trigales bajo el cielo azul, bordeados por bosques sombríos, y había pensado que algún día aquellos campos y aquellos bosques pertenecerían a un chiquillo de ojos negros y negros cabellos, y en su corazón había sentido una luz más viva que la del sol sobre el trigo maduro. El almirante Kovalensky asistía muy raramente a las ceremonias de la Corte. Se sentía más seguro sobre el puente de su navio que sobre el pavimento de mármol de un palacio real. Pero cuando iba, miradas de estupor y de envidia seguían con atención a la mujer que avanzaba lentamente, cogida a su brazo. Su mujer, una condesa de antiguo linaje, era de una belleza que sólo largos siglos habían podido acumular, detalle por detalle, en un cuerpo perfecto. Cuando murió, su marido se dio cuenta de que en sus sienes habían aparecido los primeros cabellos blancos, pero en lo más íntimo de su corazón, y sin que lograra expresarlo en palabras, estaba agradecido a Dios porque había conservado la vida de su hijo.

El almirante Kovalensky tenía un solo tono de voz para mandar a sus hombres y para hablar con su hijo. Y no faltaba quien dijera que era demasiado amable con sus marineros, ni quien le encontrara demasiado duro con su hijo. Con todo, adoraba todos los movimientos del muchacho, a quien sus preceptores extranjeros habían trocado por el de "Leo" su nombre ruso de "Lev", y estaba desarmado ante el menor movimiento de sus altivas cejas oscuras.

Preceptores, servidores e invitados, todos miraban a Leo con los mismos ojos atónitos con que contemplaban el Apolo de marmol que ornaba el estudio del almirante, y detrás de sus miradas había la misma reverencia deferente que despertaba aquella blanca estatua antigua, y sus palabras eran vacilantes y tímidas. Leo sonreía: era la única orden que debía dar, la única excusa a cualquier orden.

Cuando sus jóvenes amigos referían, en voz baja, las últimas historietas francesas, Leo estudiaba Kant y Nietzsche; discutía sobre Oscar Wilde en las puritanas reuniones del Club Femenino de Caridad de su autoritaria tía; con su fascinadora sonrisa describía la superioridad de la cultura occidental sobre la rusa ante los austeros diplomáticos de cabellos grises, amigos de su padre e inflamados eslavófilos, que Leo saludaba con un despreocupado *Alió*; y una vez que le enviaron a confesarse, hizo ruborizarse al anciano sacerdote, revelándole a los dieciocho años, cosas que el venerable anciano no había aprendido en sus setenta. Le molestaba el retrato del zar en el despacho de su padre; le molestaba la lealtad inflexible y ciega de éste; pero cuando tomó parte en una reunión secreta de jóvenes revolucionarios y un muchacho sin afeitarse pronunció un discurso sobre la fraternidad humana y le llamó "camarada", Leo se marchó a su casa canturreando *Dios salve al zar*.

A los dieciséis años pasó su primera noche en el lecho con una dama de la aristocracia, y cuando luego la encontró en los ricos salones, en su cara no se movió ni un músculo, mientras se inclinaba con gracia para besar su mano, y el grave marido de cabellos grises no sospechó nunca qué lecciones estaba enseñando aquella desdeñosa belleza que él poseía a un esbelto muchacho de cabellos negros.

A ésta siguieron muchas, y el almirante tuvo que intervenir una vez para recordar a Leo que su carrera se vería comprometida si alguien volvía a ver a su hijo abandonar, al rayar el alba, el palacio de una famosa bailarina de cuyo real protector nadie se atrevía a pronunciar en voz alta el nombre.

La Revolución encontró al almirante Kovalensky con lentes negros sobre los ojos apagados, y la cinta de San Jorge en el ojal; a Leo le encontró con una lenta sonrisa de desdén en los labios, un paso rápido, y en la mano una ligera fusta que solía llevar desde su infancia.

Durante dos semanas Kira no visitó a nadie ni recibió visitas. Luego fue a ver a Irina. María Petrovna abrió la puerta y murmuró un saludo, confusa, asustada, insegura.

La familia estaba reunida en el comedor en torno a una *bourgeoise* recién instalada. Irina, en cuanto vio a su prima, se puso rápidamente en pie con una luminosa sonrisa y la besó, cosa que nunca había hecho antes.

—¡Qué alegría me da verte, Kira! ¡Creía que no querías venir más!

Kira miró a la alta figura que de pronto había surgido de un rincón de la sala.

—¿Cómo estás, tío Vasili? —sonrió.

Vasili Ivanovitch no contestó ni la miró; se volvió de espaldas y salió del comedor.

Irina se mordió los labios y sus mejillas se cubrieron de un intento de rubor. María Petrovna retorció su pañuelo y la pequeña Asha medio escondida detrás de una silla, miraba fijamente a Kira. Esta, inmóvil, contemplaba la puerta cerrada.

—¡Qué hermosos zapatos de fieltro llevas, Kira! —murmuró María Petrovna, aunque había visto aquellos zapatos varias veces—. Es lo que hace falta con este frío. ¡Qué mal tiempo! —Sí —dijo Kira—; está nevando.

Víctor entró arrastrando los pies, en zapatillas, con una bata sobre el pijama; a pesar de ser ya una hora avanzada de la tarde, sus cabellos despeinados le caían ante los ojos hinchados por el sueño interrumpido.

—¡Qué sorpresa, Kira! —dijo inclinándose significativamente, tomando la mano de la muchacha y mirándola a los ojos con una audaz e irónica expresión, como si entre ella y él existiese algún secreto—. No te esperábamos, Kira. Pero, por lo menos, ¡ahora suceden "tantas" cosas inesperadas! —No se excusó de su aspecto: por el contrario, su desenvoltura parecía dar a entender que ya sabía que no la podía escandalizar.— En fin, Kira, después de todo no se

trata del camarada Taganov. Oh, no te hagas la sorprendida. En el Instituto se oyen ciertas cosas. Pero al fin y al cabo el camarada Taganov es un amigo útil. Tiene una posición influyente y puede servir en el caso de que se tengan amigos... en la cárcel.

—Víctor —dijo Irina—, pareces un bellaco, y no te limitas a parecerlo. Ve a lavarte la cara.

—Cuando reciba órdenes de ti, querida hermana, podrás ponerlo en los periódicos.

—¡Muchachos, muchachos! —suspiró María Petrovna. —Tengo que marcharme —dijo Kira—; sólo entré un momento, de paso hacia el Instituto. —Oh, Kira —rogó Irina—, ¡no te vayas aún! —No tengo más remedio. Tengo una clase.

—¡Qué diablos! —dijo Irina—. Hay una cosa que todo el mundo te quiere preguntar y nadie se atreve a hacerlo. Pero yo quiero que me lo digas antes de que te marches. ¿Cómo se llama?

—Leo Kovalensky.

—¿No será el hijo de...? —balbució María Petrovna. —Sí —dijo Kira.

Cuando Kira se hubo marchado Vasili Ivanovitch volvió al comedor. María Petrovna jugueteaba nerviosamente con la lima de las uñas, evitando la mirada de su marido. Este añadió un trozo de leña a la *bourgeoise*, y no dijo ni una palabra.

—Papá, ¿qué es lo que ha hecho Kira?—comenzó Irina.

—Irina, éste no es un tema para poderlo discutir contigo.

—El mundo anda completamente del revés —dijo María Petrovna, y tosió.

Víctor dirigió a su padre una mirada de inteligencia. Pero Vasili Ivanovitch no contestó a aquella mirada, sino que, decididamente, le volvió la espalda. Hacía ya varias semanas que evitaba a su hijo.

Asha, entretanto, estaba acurrucada en un rincón detrás del aparador y lloriqueaba en voz baja. —Asha, ven acá —ordenó Vasili Ivanovitch. La niña se le acercó de mala gana, poco a poco, y con timidez, mirándose a la punta de la nariz y limpiándose con el cuello del traje.

—¿Cómo es que las notas de la escuela son siempre tan malas, Asha? —preguntó su padre.

Asha no contestó y se sorbió las lágrimas. —¿Qué te ha sucedido esta vez en Aritmética? —Fueron los tractores.

—¿Los qué?

—Los tractores. No lo supe. —¿Qué fue lo que no supiste?

—Los Selskosoyuz tenían doce tractores y los distribuyeron entre seis pueblos pobres. ¿Cuántos tocaron a cada oueblo? —Vamos a ver, Asha, ¿cuánto es doce partido por seis? Asha volvió a mirarse la punta de la nariz, y volvió a sorber.

—A tu edad, Irina era la primera de la clase —dijo amargamente Vasili Ivanovitch alejándose.

Asha corrió a refugiarse detrás de la silla de María Petrovna. Vasili Ivanovitch salió del comedor. Víctor le siguió a la cocina. Si Vasili Ivanovitch oyó los pasos de su hijo, no les prestó atención. La cocina estaba a oscuras. El cristal de la ventana se había roto, y ahora ésta estaba cerrada con unos listones. Sólo tres hilos de luz se proyectaban como tres estrechas tiras sobre las largas grietas del suelo. Las camisas de Vasili Ivanovitch estaban en un montón debajo del lavadero. Vasili Ivanovitch se inclinó lentamente y las cogió, y las metió en un caldero de cobre lleno de agua fría. Su grueso puño se cerró sobre un pedazo de jabón azulado. Torpemente, se puso a frotar el cuello de una camisa. Habían tenido que despedir a la sirvienta, y María Petrovna estaba demasiado débil para lavar.

—¿Qué sucede, papá? —preguntó Víctor.

—Ya lo sabes —contestó su padre, sin volverse.

Víctor protestó con demasiada energía:

—¡Pero, papá, no tengo la menor idea! ¿He hecho algo malo durante estos últimos tiempos?

—¿Has visto a esa muchacha?

—¿A quién? ¿Kira? ¿Porqué?

—Creía poder confiar en ella como en mi propia alma. Y me la ha robado la Revolución, como te me robará a ti.

—¡Pero, papá...!

—En mis tiempos, la virtud de una mujer no era arrastrada por el barro del primero que pasaba. La virtud de una mujer era sagrada.

—Pero Kira...

—Yo soy chapado a la antigua. Así nací y así quiero morir. Pero vosotros, los jóvenes, todos estáis marchitos antes de haber llegado a madurar. Socialismo, marxismo, comunismo, y ¡al diablo la decencia!

—Pero yo, papá...

—Tú... A ti te dará de otro modo. Me estoy fijando. Tus amigos, durante estas últimas semanas, han sido... tú has estado anoche en una reunión y no has vuelto a casa hasta esta mañana.

—Es verdad, pero, ¿qué mal hay en ello?

—¿Quién estaba? —Algunas muchachas bonitas.

—Sí. ¿Y quién más?

Víctor se quitó un grano de polvo de la manga y contestó: —Algunos comunistas. Vasili Ivanovitch no replicó.

—Papá, hay que tener una mentalidad más amplia. Un poco de vodka con ellos no puede hacerme daño. Y en cambio puede ayudarnos mucho.

La voz de Vasili Ivanovitch era inspirada como la de un profeta. Bajo sus manos, en el agua fría, se formaban ruidosas burbujas. —Hay cosas con las que

no se puede transigir. Víctor rió alegremente y rodeó con uno de sus brazos los fuertes hombros encorvados de su padre.

—¡Ea, papá! Tú y yo podemos comprender muy bien la situación, uno y otro. No vas a querer que un hombre como yo se quede sentado con los brazos cruzados, y lo abandone todo porque "ellos" tienen el poder, ¿verdad? Ganarles en su propio juego, he aquí lo que me propongo. Diplomacia. Esta es la mejor filosofía de nuestros días. Estamos en el siglo de la diplomacia. No tienes nada que objetar a esto, ¿verdad? Pero ya me conoces. No pueden alcanzarme.

No me ganarán; aún soy demasiado caballero. Vasili Ivanovitch se volvió hacia él. Un rayo de luz, a través de los listones que cerraban la ventana, le daba en el rostro. Este no parecía ya el de un profeta; sus ojos, bajo sus espesas cejas blancas, eran cansados, desesperados, y su sonrisa era tímida. Aquella sonrisa era un esfuerzo, como era un esfuerzo cada una de sus palabras.

—Ya lo sé, hijo mío. Supongo... En fin, sabes más que yo. Pero los tiempos son difíciles, y tú, sí, tú e Irina sois todo cuanto me queda.

Irina fue la primera, entre las personas que constituían el viejo mundo de Kira, que fue a visitarla. Leo se inclinó con gracia, pero reservado; Irina, en cambio, le miró firmemente, y firmemente entró en materia.

—Está bien. Me gustas. Por lo demás, imaginaba que me gustarías y por mi parte también espero gustarte, porque soy la única persona de la familia que verás... por mucho tiempo. Pero puedes estar seguro de que me preguntarán por ti. Se sentaron en la oscuridad del salón, y hablaron de Rembrandt, que Irina estaba estudiando, y del nuevo perfume que Vava Milovskaia había recibido de contrabando, un auténtico perfume francés de "Coty", a cincuenta millones de rublos el frasco. Irina se había puesto una gota en el pañuelo, y María Petrovna, al olerlo, había llorado. Habló de la película americana que había visto, en la que las mujeres llevaban vestidos sin mangas, cubiertos de cuentas centelleantes, y de una vista de Nueva York por la noche... con auténticos rascacielos, pisos y más pisos de ventanas iluminadas sobre el cielo negro. Se había quedado a ver la repetición de la película para contemplar una vez más aquella vista: pero ¡era tan rápida! ¡Sólo un relámpago! Le hubiera gustado dibujar Nueva York.

Había tomado un libro de encima de la mesa y estaba dibujando con atención sobre el anverso de la cubierta blanca. Su lápiz corría velozmente. Luego, cuando hubo terminado, echó el libro a Kira, a través de la habitación. El libro fue a caer a los pies de Kira, con un revoloteo de páginas.

Kira miró el dibujo. Era un buen retrato de Leo, de pie, de cuerpo entero, desnudo. —¡Irina!

—Puedes enseñárselo.

Leo sonrió, con sus labios plegados hacia abajo, y miró a Irina con aire interrogativo.

—Esta es la manera que te conviene mejor. Y no me digas que mi fantasía te ha favorecido, porque no es verdad. Los vestidos no esconden nada a los ojos de... sí, de una artista. ¿Tienes alguna objeción que hacer?

—Sí —dijo Leo—; este libro pertenece al Gossizdat. —¡Bueno! —arrancó rápidamente la cubierta—, díles que las has utilizado para tapizar la pared, como un buen ciudadano.

A solas con Kira, al despedirse en el rellano, le preguntó, mirándola con interés, casi tímidamente: —¿Eres... feliz?

—Sí, lo soy —contestó Kira con cierta indiferencia.

Kira decía raramente lo que pensaba y, aún más raramente, lo que sentía. Pero había un hombre para quien hacía una excepción; mejor dicho, las dos excepciones. Para él hacía todavía otras, no sin maravillarse un poco de hacerlas. Los comunistas despertaban en ella un sentido de miedo: miedo a su propia degradación si se encontraba con ellos, les hablaba o aunque sólo les mirase; miedo no de sus fusiles, de sus cárceles, de sus ojos misteriosos y observadores, sino de algo que estaba detrás de sus frentes arqueadas, algo que quizá tenían o que quizá, ¿quién sabe...? no tenían, pero que le daba la sensación de hallarse en presencia de una fiera de abiertas fauces, que nunca lograría reducir a la razón.

En cambio sonreía confiada a Andrei Taganov, y ligeramente apoyada en la pared de una aula vacía del Instituto, con la mirada radiante, y una sonrisa tímida y confiada como la de un niño que se abandona a la mano que le guía le estaba diciendo: —Soy feliz, Andrei.

Llevaba varias semanas sin verle. Andrei, a su vez, sonrió afectuosamente, tranquilo, mirándole a los ojos brillantes.

—La he echado de menos, Kira.

—Y yo a usted, Andrei.

He... tenido quehacer. —No quise ir a verla. Pensé que preferiría que no fuera a su casa.

—Ve usted... —y se interrumpió. No podía decírselo, no podía llevarle a casa de Leo. Andrei podía ser peligroso, era un miembro de la G. P. U., tenía un deber que cumplir. Más valía no tentar este deber. De modo que se limitó a decir

—: Sí, Andrei, prefiero que no venga... a mi casa.

—No iré. Pero, ¿vendrá usted más regularmente a clase? Que pueda verla de vez en cuando y pueda oírla decir que es feliz. Me gusta oírsele decir.

—¿Ha sido feliz alguna vez, Andrei?

—Nunca me he sentido desgraciado.

—¿Es bastante?

—¡Psch...! Siempre tengo lo que quiero, y cuando se tiene lo que se quiere se va derechamente a lo que uno se propone. A veces se adelanta de prisa, a

veces sólo se avanza un centímetro en un año. Quizás uno se sienta más feliz cuando va de prisa. No sé... Hace mucho tiempo que he olvidado la diferencia, porque esto no importa, mientras se vaya adelantando.

—¿Y si quiere algo hacia lo que no se pueda dirigir? —Nunca me he encontrado en este caso.

—¿Y si en su camino encontrase una barrera que no quisiera romper?

—Nunca la he encontrado.

—Andrei, no me ha preguntado por qué soy feliz.

—¿Acaso tiene importancia, desde el momento que lo es?

Cogió entre sus dedos fuertes las dos manos finas y confiadas de la muchacha y le preguntó:

—¿Le han dado su ración de pan esta semana?

—Todavía no.

—A mí tampoco. Vamos ahora. Abróchese el cuello. Está nevando.

—He perdido el botón. ¿Tiene un imperdible?

—Creo que sí. Aquí está. Ahora vamos. A esta hora no habrá cola en la cooperativa.

Los primeros signos de la primavera en Petrogrado fueron lágrimas y sonrisas. Los hombres sonreían. Las casas goteaban lágrimas. En los tejados la nieve se derretía, gris a causa del polvo de la ciudad, como algodón sucio, crujiente y brillante como azúcar mojado. Alguna gota centelleante caía poco a poco, perdiéndose en el burbujeo de los arroyuelos que salían de las tuberías de desagüe, atravesando las aceras y arrastrando hasta los imborrables colillas de cigarrillos y cascarras de pepita de girasol. Los hombres salían de las casas, respiraban profundamente y sonreían sin saber por qué hasta que levantaban la cabeza y descubrían sobre los tejados aquel cielo de un azul leve, indeciso, como incrédulo, un azul tan pálido que parecía que un pintor hubiese desleído en un cubo de agua el color de su pincel, guardando sólo una gota y una promesa.

Un cieno helado crujía bajo los chanclos y el sol lanzaba blancos destellos sobre los pies calzados de goma negra. Los conductores de trineos se abrían paso refunfuñando a través de oscuros montones de nieve medio derretida; una voz gritaba: "¡Sacarina, ciudadanos!"; gotas de agua iban cayendo sobre la acera con un ruido monótono y persistente, como el crepitar de una ametralladora, y otra voz gritaba: " ¿Quién me compra violetas? "

Pavel Syerov se compró un par de botas nuevas. La luz del sol le hacía guiñar los ojos al mirar a la camarada Sonia. Le compró, a una mujer que vendía en una esquina, un buñuelo de col, caliente y sabroso. Sonia se lo comió riendo, y dijo:

—A las tres, conferencia en el Konsomol. Sobre nuestro viaje al frente de la NEP. A las cinco, conferencia en el círculo del Rabfac sobre *Las mujeres*

proletarias y el analfabetismo. A las siete, discusión en el Círculo del Partido sobre el espíritu de *Colectividad*. ¿Por qué no vienes a las nueve? Me parece que no nos vemos nunca.

—Sonia, amiga mía —dijo él—, no quisiera abusar de tu tiempo precioso. Las personas como tú y como yo no tienen vida privada, sino únicamente sus deberes de clase.

A la puerta de las zapaterías había largas colas de gente. El Sindicato daba tíquets para la compra de chanclos. María Petrovna se pasaba casi todo el día en cama, contemplaba el sol a través de los cristales de su ventana y escondía el pañuelo a la vista de los demás.

El camarada Lenin había sufrido un segundo ataque: había perdido el habla. Pravda decía: "No hay sacrificio más alto a la causa del proletariado que el de un jefe que consume su voluntad, su salud y su cuerpo entero en el sobrehumano esfuerzo de las responsabilidades confiadas a él por los obreros y campesinos." Víctor invitó a su cuarto a tres estudiantes comunistas y estuvo discutiendo con ellos acerca de la futura electrificación proletaria. Para evitar a Vasiü Ivanovitch, les hizo salir por la puerta del servicio. Inglaterra maquinaba alevosías contra la República de los Obreros y los Campesinos. En las escuelas se prohibía la enseñanza del inglés.

Asha tenía que aprender alemán, y, en medio de las dificultades del *der, die, das* iba sorbiéndose los mocos mientras se esforzaba en recordar qué habían hecho en Rapallo los hermanos de clase alemanes.

El director del Gossizdat dijo a Leo:

—El proletariado de la ciudad organiza para mañana una manifestación de protesta contra la política francesa en el Ruhr. Imagino que todos nuestros empleados asistirán, camarada Kovalensky. Mañana me quedaré en casa —dijo Leo—. Tendré dolor de cabeza.

Vasili Ivanovitch vendió la pantalla de la lámpara del salón, pero guardó la lámpara porque era la última que les quedaba.

Por las tardes oscuras y tibias, las iglesias se llenaban de cabezas inclinadas, de incienso, de cirios resplandecientes. Liria rogaba por la Santa Rusia y por el sordo terror que sentía en su corazón. Un cartel anunciaba en letras azules:

Teatro de la Comedia Musical. Bayadera. Opereta en tres actos de Emmerich Kalmann. Ultimo éxito en Viena, Berlín y París.

Andrei llevó a Kira al teatro Marinsky, donde daban el *ballet* de Tchaikowsky, *La bella durmiente*. La dejó en su casa de la Moika, y allí tomó el tranvía para ir a su nueva residencia. Una nieve ligera le mojaba la cara, como si lloviera.

—¿Cómo va tu amigo el comunista? —preguntó Leo.

—¿Te has sentido solo? —dijo ella.

El le echó la cabeza hacia atrás, y le miró a los labios, con el delicioso tormento de negarle un beso. Contestó: —Quisiera decirte que no, pero ya sabes que sí. Y sus labios cálidos cogieron en los de ella la fría nieve primaveral. El año 1923, como todos, tuvo una primavera.

Capítulo doce

Kira había estado tres horas haciendo cola para recoger el pan en la Cooperativa del Instituto. Era de noche ya cuando bajó del tranvía con su hogaza bajo el brazo. En las esquinas lejanas, los faroles proyectaban sus luces que serpenteaban en los charcos. Kira andaba sin desviarse, y sus zapatos chapoteaban en el agua, produciendo salpicones de hielo que centelleaban como cristales. Al dar la vuelta a la esquina de su casa, una sombra apresurada la, llamó con un silbido en medio de la oscuridad.

—*Alló* —exclamó la voz de Irina—. ¿En quién te hace pensar el que te llame así?

—¡Irina!, ¿qué haces ahí a estas horas?

—Vengo de tu casa. Te he estado aguardando más de una hora. Ya había perdido la esperanza.

—Bien; vuélvete a casa conmigo.

—No —dijo Irina—, tal vez es mejor que te hable aquí. Yo... había venido a decirte una cosa... Y quizás a Leo no le gustaría, y en casa... —Irina, contrariamente a su costumbre, vacilaba.

—¿De qué se trata? —preguntó Kira.

—Kira... ¿cómo van... cómo van tus finanzas?

—¡Espléndidamente! ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque... verás tú... si me encuentras demasiado atrevida, dime que me calle... no te enfades... Ya sabes que no te los he mentado antes... Se trata de tu familia... Kira escrutó en la oscuridad la cara preocupada de Irina. ¿Qué ha pasado?

—Están desesperados, Kira. Sé que tía Galina me mataría si supiese que te lo he dicho, pero... ¿sabes?, aquel hombre de la sacarina ha sido detenido como especulador. Le han encerrado para seis años. Y los tuyos... ¿qué van a poder hacer? ¿Sabes? Papá les llevó una libra de mijo, la semana pasada... ¡Si pudiéramos...! Pero ya sabes cómo van nuestros asuntos, también. ¡Mamá está tan enferma! Y ya no nos queda más que el papel de las paredes para

llevarlo al mercado Alexandrovsky. Creo que en tu casa ya no tienen nada. He pensado que quizá... quizá preferirías saberlo.

—Toma —dijo Kira—, llévate este pan. No lo necesitamos. Compraremos a una tienda privada. Di que lo has encontrado... que te lo han prestado, que lo has robado... en fin, di lo que te parezca. Pero no les digas que te lo he dado yo.

Al día siguiente Galina Petrovna tocó la campanilla, Kira no estaba en casa. Leo abrió la puerta y se inclinó amablemente. —Mi suegra... creo, ¿no?

—Esto es lo que quisiera ser —observó Galina Petrovna. La sonrisa del joven la desarmó; era contagiosa; también ella sonrió. Al volver Kira fueron las lágrimas. Galina Petrovna la estrechó entre sus brazos sin poder pronunciar una palabra; luego sollozó:

—¡Kira, hija mía, hija mía querida! ¡Dios nos perdone nuestros pecados! Los tiempos son duros... muy duros... Después de todo, ¿qué derecho tenemos a juzgar? ¡Todo se fue a rodar! ¿Qué importa esto? Si se pudiese olvidar, reconstruir lo que ha quedado destruido... Dios nos enseñó el camino... nosotros lo hemos perdido...

Cuando por fin dejó a Kira y se empolvó con los polvos de patata que llevaba en una cajita, murmuró:

—Aquel pan... Kira... no nos lo hemos comido todo. Lo escondí. Me daba miedo de que quizás a ti también pudiera hacerte falta. Te lo traigo por si lo necesitas. Sólo nos quedamos un poco. ¡Tu padre tenía tanta hambre!

—Irina charla demasiado —dijo Kira—; a nosotros no nos hace falta este pan, mamá. No te preocupes. Guárdatelo. —Debes ir a vernos —dijo Galina Petrovna—, tenéis que ir los dos. Lo que pasó, pasó, aunque naturalmente yo no entiendo por qué vosotros dos no... En fin, esto es cosa vuestra. Las cosas no son como hace diez años. Debes ir a casa, Leo. ¿Puedo llamarte Leo? ¡Lidia tiene tantas ganas de verte...!

En las tiendas particulares se podía comprar pan, pero su precio hizo dudar a Kira.

—Vamos a una estación —dijo Leo.

Las estaciones de ferrocarril eran los mercados más económicos y más peligrosos de la ciudad. Había leyes severas contra los "especuladores" privados que traían de contrabando víveres del campo. Pero aún así, los harapientos especuladores se atrevían a emprender viajes a grandes distancias, subidos en los techos de los vagones o agarrados a los estribos, recorrían millas a pie por resbaladizas carreteras llenas de barro, y desafiaban a los piojos y al tifus exantemático, a pesar de la vigilancia de los agentes del Gobierno. El tifus se infiltraba en la capital por los

zapatos polvorientos, los forros de los trajes infestados de insectos, los paquetes de ropa blanca sucia. La ciudad, hambrienta, estaba aguardando los trenes. En cuanto llegaba uno, en las oscuras callejuelas cercanas a la estación, se veía trocar copas de cristal y camisas de encaje por kilos de manteca y húmedos sacos de harina.

Kira y Leo, cogidos del brazo, se dirigieron a la estación Nikola-ievsky. Iban cayendo gotas de agua sobre el pavimento, y con cada gota caía un rayo de sol. En una esquina, Leo compró un ramo de violetas. Lo prendió del hombro de Kira, como un penacho de color, fresco y perfumado sobre su viejo traje negro. Ella sonrió de felicidad y dio con el pie a un pedacito de hielo, que fue a parar a un charco y salpicó de barro a los transeúntes. Acababa de llegar el tren. Se abrieron paso entre una muchedumbre excitada que les empujaba de un lado para otro, arrastrándoles hacia adelante y metiéndoles los codos en el estómago y los tarones entre los pies. Algunos soldados observaban con aire inquisitivo a los pasajeros que bajaban silenciosamente del tren.

Bajó un hombre. Su nariz era muy rara. Era tan corta y arremangada en forma tan brusca que las dos aberturas quedaban casi verticales: debajo de ella había un ancho espacio y luego unos labios gruesos, cubiertos de pecas. Su vientre temblaba como gelatina, mientras ponía el pie en el suelo. Su gabán daba la impresión de demasiado astroso, sus botas parecían demasiado sucias. Los soldados le cogieron del brazo y se disponían a registrarle. El lanzó un débil gemido.

—¡Camaradas, hermanos, Dios os ayude! ¡Os equivocáis! No soy más que un pobre campesino, hermanos; nada más que un pobre campesino. Nunca he oído hablar de especulación. Pero al mismo tiempo soy un ciudadano responsable. Si me soltáis os diré una cosa.

—¿Qué puedes decirnos, hijo de perra?

—¿Veis a aquella mujer? Es una especuladora. Lo sé. Os diré dónde esconde sus mercancías; lo he visto con mis propios ojos. Unas manos fuertes agarraron a la mujer. Sus brazos parecían los de un esqueleto entre los puños de los soldados: unas greñas grises le caían sobre los ojos, debajo de un viejo sombrero con una pluma negra. Su chal, prendido sobre el pecho con un broche de mosaico, oscilaba silenciosamente, de una manera convulsiva, con un ligero temblor nervioso parecido al de una ventana cuando se produce una explosión a lo lejos. Gemía enseñando tres dientes amarillos en medio de una boca muy negra.

—Camaradas, es para mi nieto... no vendo nada... únicamente es para mi nieto... soltadme por favor, camaradas. Mi nieto tiene el escorbuto... es necesario que coma... por favor, camaradas... el escorbuto... por favor...

Los soldados se la llevaron a rastras. Se le cayó el sombrero. No se detuvieron a recogerlo, y alguien lo pisó, aplastando la negra pluma.

El hombre de las narices verticales les miró alejarse. Sus gruesos labios rojos sonreían. Luego se volvió a Kira y se dio cuenta de que ésta le estaba mirando. Guiñó un ojo y con aire de misterio y de inteligencia, le señaló la salida con un movimiento de cabeza. Luego se fue, y Kira y Leo, estupefactos, le siguieron. En un oscuro callejón, no lejos de la salida, se detuvo mirando con cautela a su alrededor. Guiñó de nuevo un ojo y abrió su gabán. El harapiento sobretodo tenía un forro de hermosas pieles, que despedían el sofocante olor a clavo que todos los viajeros usaban como medio de protección contra los piojos en el tren. En la profundidad de estas pieles desprendió algo de unos ganchos invisibles, y su brazo, que había desaparecido en el forro, volvió a aparecer con una hogaza y un pedazo de jamón ahumado. Sonrió. Los labios y la parte inferior de su cara sonrieron, pero la parte superior, la corta nariz y los brillantes ojos semicerrados permanecieron extrañamente quietos y como paralizados.

—Ahí está, ciudadanos. Pan, jamón, todo lo que deseen. No hay ningún peligro. Sabemos hacer nuestro negocio.

Un momento más tarde, Kira corría por la calle, huyendo ciegamente, inexplicablemente, de una sensación incomprensible.

Una noche Vava Milovskaia telefoneó a Kira. —Una pequeña reunión, querida Kira. El sábado, hacia las diez de la noche. ¿Verdad? Y traerás a Leo contigo, naturalmente: me muero de ganas de conocerlo. Sólo seremos unos quince o veinte... y por cierto, Kira, me encuentro con una ligera dificultad. Invito a Lidia, y... ¿podrías traer a un muchacho para ella? ¿Sabes? Tengo exactamente el mismo número de hombres que de chicas en la lista. Todo el mundo tiene pareja y... ¿comprendes?, es tan difícil encontrar jóvenes en estos tiempos... y, en fin, pensé que tal vez conocerías a alguien... quien sea... —¿Quién sea? ¿Tienes inconveniente en que sea un comunista? —¿Un comunista? ¡Oh, qué interesante! ¿Es guapo? ¡Sí, sí; tráelo, desde luego...! Bailaremos y tomaremos un refresco... Sí, algo de comer... oh, sí, Kira, se ruega a todos los invitados que traigan un poco de leña... Sólo un trozo cada uno, para calentar el salón. Es tan grande que no hay manera... ¿No te sabe mal? Eres muy amable. Hasta el sábado por la noche. Las recepciones eran raras en Petrogrado durante el año 1923. Esta era la primera a que iba Kira. Decidió invitar a Andrei. Estaba cansada de su propio engaño, y extrañada de que hubiese podido durar tanto. Leo estaba enterado de todo lo que se refería a Andrei. Pero Andrei no sabía nada de Leo. Kira había hablado a Leo de aquella amistad suya, y Leo no le había puesto ningún inconveniente. Cuando ella le hablaba de Andrei sonreía con desprecio, y de vez en cuando preguntaba a Kira por "su joven amigo el comunista". Andrei no conocía a nadie del ambiente de Kira, a sus oídos no había llegado ningún chismorreo, nunca preguntaba nada, había mantenido su promesa de no ir nunca a casa

de Kira y sólo la encontraba en el Instituto. Hablaban de la humanidad, de su porvenir y de los dirigentes; hablaban de *ballets*, de tranvías y de ateísmo. Por un tácito acuerdo, nunca hablaban de la Rusia Soviética. Parecía que un abismo les separase, pero por encima del abismo sus manos y sus almas podían llegar a juntarse.

Los duros rasgos del rostro de Andrei recordaban la efigie de algún santo medieval de la época de las Cruzadas; había heredado su disciplina, su abnegación e incluso su austera castidad. Kira no podía hablar de amor con él, ni pensar en el amor delante de él; no porque temiese una severa condenación, sino porque temía su sublime indiferencia.

Pero no quería seguir ocultándole su situación. Los dos hombres tenían que encontrarse. Kira tenía cierto miedo a este encuentro: recordaba que el uno era el hijo de un hombre condenado a muerte, y el otro un miembro de la G. P. U. La recepción de Vava era una ocasión excelente. Leo y Andrei se conocerían, y Kira observaría sus impresiones; luego tal vez pudiera llevar a Andrei a su casa. Tanto mejor si en la recepción éste se enteraba de la verdad.

En la biblioteca del Instituto le preguntó: —¿Le asustaría una recepción burguesa, Andrei?

—No, si usted estuviera para protegerme... y si esto es una invitación.

—Estaré, y, en efecto, esto es una invitación. El sábado por la noche. Lidia y yo iremos con dos jóvenes y usted será uno de los dos.

—Muy bien, si Lidia no tiene miedo de mí.

—El otro es Leo Kovalensky.

—¡Ah!

—No *sabía sus señas... entonces, Andrei.*

—No *se lo pregunté, Kira, ni me importa.*

—Pase a buscarnos a las nueve y media, en casa, en la calle Moika.

—Me acuerdo perfectamente de sus señas.

—¿Mis señas... ? Ah, claro, naturalmente...

Vava Milovskaia recibía a sus invitados junto a la puerta. Su sonrisa era radiante: sus ojos negros y sus negros rizos brillaban como el estrecho cinturón que ceñía su esbelto talle. La delicada flor de charol sobre su hombro —la última moda soviética— competía en brillo con sus ojos. Los invitados iban entrando con trozos de leña debajo del brazo.

Una camarera alta y tiesa, vestida de negro, con delantal y cofia, tomaba la leña en silencio.

—¡Kira, Lidia, queridas! ¡Qué contenta estoy! ¿Cómo estáis? —exclamaba Vava, feliz—. He oído hablar tanto de usted, Leo, que casi me da miedo —dijo abandonando su mano en él; incluso Lidia comprendió la mirada con que

éste contestó; en cuanto a Vava, contuvo el aliento, se retiró unos pasos y miró a Kira, que no se dio cuenta de nada.

A Andrei, Vava le dijo:

—¡De manera que es usted un comunista! Es interesante. Siempre he dicho que los comunistas son como los demás.

El gran salón había estado sin calefacción durante todo el invierno. El fuego acababa de encenderse, de modo que un humo un tanto pobre intentaba subir por la chimenea, escapándose de vez en cuando por la sala. Una niebla gris empañaba los grandes espejos cuidadosamente fregados y las mesitas sin una mota de polvo, encima de las cuales se veía un sinfín de figuritas sin valor; y un olor a leña húmeda destruía la impresión de dignidad tan penosamente lograda de una habitación preparada demasiado ostensiblemente para recibir visitas.

Los invitados se agolpaban en los rincones, tiritando de frío, nerviosos, flacos, y al mismo tiempo afectando actitudes demasiado indiferentes en sus mejores trajes viejos. Mantenían los brazos pegados al cuerpo para ocultar los rotos de los sobacos, los codos inmóviles sobre las rodillas para esconder los zurcidos, y los pies debajo de las sillas para no dejar ver lo viejos que estaban sus zapatos de fieltro. Sonreían porque sí, se reían demasiado fuerte, tímidos y embarazados, con una sensación casi culpable de estar allí para algo prohibido; con el único objeto, ya olvidado, de estar alegres. Miraban hacia la chimenea, deseosos de acercarse al fuego, pero esforzándose en contener este deseo. Todos tenían frío y todos deseaban desesperadamente estar de buen humor. El único cuya alegría vivaz y ruidosa parecía espontánea era Víctor. Su largo paso iba de grupo en grupo ofreciendo el tónico de su voz sonora y su resplandeciente sonrisa. —Por aquí, señoras y señores. Acerquense ustedes a este hermoso fuego y en un momento estaremos todos reanimados. ¡Ah, mis hermosas primas, Lidia y Kira! Encantado, camarada Taganov, encantado... Ahí tienes un sillón, mi querida Lidia, te lo he guardado adrede... Querida Rita, me recuerdas la heroína de la nueva novela de Smirnov. ¿No la has leído? ¡Magnífica! Literatura emancipada de los viejos moldes. Una mujer nueva, la mujer del porvenir. Camarada Taganov, el proyecto de electrificación de toda la R. S. F. S. R. es la empresa más maravillosa de la historia de la humanidad. Cuando consideramos el potencial eléctrico por ciudadano que puede sacarse de nuestros recursos nacionales... Vaya, estas flores de charol son la última palabra de la elegancia femenina. Sé que un famoso sastre de París ha... Estoy de acuerdo contigo, Boris. El pesimismo de Schopenhauer resulta completamente pasado de moda frente a la concepción filosófica sana, práctica, del despertar del Proletariado, y sean las que fueren nuestras ideas políticas, todos tenemos que ser lo bastante objetivos para reconocer que el Proletariado es la clase dirigente del porvenir...

Con un gran aplomo, Víctor había asumido el papel de dueño de la casa. Los negros ojos de Vava que se posaban sobre él cada vez que atravesaba la sala confirmaban este derecho con una lenta mirada de orgullo, llena de adoración. Vava se precipitaba al recibimiento cada vez que se oía la campanilla y volvía luego con una pareja que sonreía tímidamente, frotándose las manos heladas y esforzándose en esconder las partes más raídas de sus trajes. La solemne camarera les seguía en silencio, llevando los trozos de leña como si sirviese algún plato, y dejándolos amontonados junto al fuego.

Kolya Smiatkin, un muchacho rubio y mofletudo de simpática sonrisa, que estaba empleado en el Trust del Tabaco, dijo tímidamente:

—Se dice... en fin, he oído hablar... temo que habrá una reducción de personal en nuestra oficina... Todo el mundo lo rumorea... Tal vez me despidan esta vez, tal vez no, pero esto no le deja a uno tranquilo...

Otro caballereite con lentes de oro y profunda mirada de filósofo poco alimentado dijo en tono lúgubre:

—Yo tengo un excelente empleo en el archivo. Pan casi todas las semanas. Sólo me asusta pensar que hay una mujer que aspira a mi puesto. Es la amante de un comunista, y...

Alguien le dio discretamente un golpecito, señalando a Andrei que estaba fumando cerca del fuego. El caballereite tosió con aire molesto.

Rita Eksler era la única mujer del salón que fumaba. Estaba repantigada en un sillón, con las piernas en alto sobre uno de los brazos y la falda levantada por encima de las rodillas; los rubios cabellos cortos sobre unos ojos de color verde pálido, y apretando un cigarrillo entre los labios insolentemente pintados. Sus padres habían sido asesinados durante la Revolución. Ella se había casado con un comandante del Ejército Rojo y se había divorciado a los dos meses. Era fea, pero explotaba su fealdad con un aplomo tan audaz que las más hermosas muchachas temían su rivalidad.

Se desperezó, y dijo con su voz baja y ronca:

—He sabido algo divertido. Un muchacho amigo mío me ha escrito desde Berlín...

Todas las miradas se dirigieron hacia ella, atentas y respetuosas. —... y me dice que en Berlín hay cafés que no cierran en toda la noche... en toda la noche... es interesante, ¿verdad? Se llaman "Nacht Lokal"... y en un famoso "Nacht Lokal" muy concurrido, una famosa bailarina, Rikki Rey, danzaba con dieciséis muchachos... completamente desnudos. La detuvieron, y por la noche siguiente la bailarina y los muchachos salieron en taparrabos de *chiffon*, con dos tirantes dorados cruzados sobre el pecho y un gran gorro de pieles. Y se les consideró vestidos. Es elegante, ¿no?

Rió roncamente ante su escandalizado auditorio, pero sus ojos no se apartaron de Leo. Se habían fijado en él en cuanto entró en la sala. La

respuesta de Leo había sido una mirada directa y burlona, como de inteligencia, una mirada que era a la vez un insulto y un estímulo.

Una muchacha anémica que estaba sentada en un rincón, escondiendo melancólicamente debajo de la silla sus pies calzados de pesados zapatos de fieltro, de calle, dijo, con una mirada inexpresiva, como si no creyera en sus mismas palabras:

—En el extranjero, he oído decir... dicen que no tienen cartillas de racionamiento, ni cooperativas ni nada de eso; que se va a la tienda y se compra lo que se quiere cuando se necesita, y que hay de todo: patatas, pan; en fin, de todo, incluso azúcar. Yo no lo creo.

—También dicen que en el extranjero se compran los trajes sin necesidad de los cupones del Sindicato.

—No tenemos porvenir —dijo el filósofo de los lentes de oro—. Lo hemos perdido detrás del materialismo. El destino de Rusia ha estado siempre en el espíritu. Y ahora la Santa Rusia ha perdido su Dios y su Alma.

—¿Os habéis enterado de lo que le ha sucedido al pobre Mitya Vessiolkyn? Quiso bajar del tranvía en marcha y cayó debajo de las ruedas. En medio de todo, ha tenido suerte, sólo ha perdido una mano.

—La vieja civilización está condenada —dijo Víctor—. Está llenando nuevas formas con un contenido ya gastado que no puede satisfacer a nadie. Nosotros tal vez encontraremos dificultades, pero estamos construyendo una cosa nueva. El porvenir es nuestro.

—Cogí un resfriado —decía la muchacha anémica—. A mamá le dieron un cupón del sindicato para comprar chanclos; pero como no los había de mi medida, perdimos el turno; hemos tenido que aguardar tres meses, y mientras tanto me resfrié.

—A Vera Borodine le explotó la estufa. Quedó ciega, y ¡ con una cara...! Parece que haya estado en la guerra... —Yo me compré un par de chanclos en una tienda particular —dijo Kolya Smiatkin con cierto orgullo—, pero ahora tengo miedo de haberme precipitado. Como están reduciendo el personal en mi oficina y...

—Vava, ¿puedo añadir un poco de leña al fuego? Todavía hace mucho frío.

—El mal de nuestros tiempos —dijo Lidia— es que no hay luz espiritual. El pueblo ha olvidado la fe.

—El mes pasado ya hubo una reducción de personal, pero a mí me dejaron. Socialmente actúo bastante. Todas las noches doy clase gratuita en una escuela de analfabetos, y todo el mundo sabe que soy un ciudadano consciente.

—Yo soy vicesecretario de la biblioteca de nuestro centro —dijo Kolya Smiatkin—; esto me ocupa tres noches por semana, sin retribución, y gracias a ello me salvé en la última reducción. Pero esta vez temo que se tratará de mí o de otro... que es vicesecretario en dos bibliotecas.

—Cuando hay reducciones de personal —dijo la muchacha anémica— siempre me da miedo que despidan a todas las mujeres y a todos los hombres que tengan el marido o la mujer empleados. ¡Misha tiene un empleo tan bueno en el Trust de Abastecimientos...! Por esto pensábamos... Temo que tendré que divorciarme. Pero no me importa. Podremos seguir viviendo juntos. Nada nos lo impide.

—Mi carrera es mi deber para con la sociedad —dijo Víctor—, por esto he elegido la ingeniería, como la profesión más necesaria a nuestra República. Miró a hurtadillas hacia la chimenea, para asegurarse de que An-drei le había oído.

—Yo —dijo Leo— estoy estudiando filosofía, porque es una ciencia que no hace ninguna falta a la República Soviética. —Algunos filósofos —dijo lentamente Andrei, en medio de un silencio absoluto— creen tener necesidad del proletariado de la República Soviética.

—Es posible —dijo Leo—, y tal vez huiré al extranjero y venderé mis servicios al más grande especulador... y me entenderé luego con su hermosa mujer.

—Sin duda —dijo Víctor— *esto* puede lograrlo.

—En realidad —se apresuró a decir Vava— todavía hace frío y me parece que valdría más bailar. ¿Nos harás el favor, Lidia... ?

Miró a ésta con aire a la vez cariñoso e interrogativo. Lidia suspiró, resignada, se levantó, y fue a sentarse al piano. Era la única pianista de la sala. Sospechaba que ésta era la razón de su popularidad en todas las escasas recepciones que se daban todavía en Petrogrado. Se frotó los dedos helados y se puso a tocar con energía. Tocó *John Gray*.

Los historiadores escribían que *La Internacional* fue el gran himno de la Revolución. Pero las ciudades de la revolución tenían su himno propio. En los años futuros, la gente de Petrogrado evocará los años de hambre, de luchas y de esperanzas al ritmo convulso de *John Gray*.

Le llamaban *fox-trot*, y su ritmo se parecía al de las nuevas danzas que se inventaban más allá de las fronteras, en el extranjero.

La letra era una poesía extranjera que hablaba de un John Gray también extranjero. Su amante Kitty rehusaba su amor por miedo a tener una criatura, y se lo decía sin ambages.

Petrogrado había conocido epidemias terriblemente mortales de cólera, había conocido epidemias de tifus todavía más graves, pero la peor de todas las epidemias era la de *John Gray*.

Los hombres hacían cola a la puerta de las cooperativas silbando *John Gray*. En las horas de recreo en las escuelas, jóvenes parejas bailaban en los grandes vestíbulos, mientras un alumno complaciente tocaba *John Gray*. Las asociaciones de obreros escuchaban atentamente una conferencia sobre el

marxismo, y luego descansaban mientras un camarada demostraba sus facultades de pianista tocando *John Gray*.

Su alegría era triste; su ritmo brusco era brutal, su frivolidad era una súplica, una invocación de algo que existía en alguna parte y que era imposible alcanzar. En las noches de invierno, las banderas rojas ondeaban entre la nieve, mientras la ciudad rogaba desesperadamente con las breves notas ásperas de *John Gray*. Lidia tocaba con energía. Las parejas pasaban bailando lentamente por el salón. Irina, que no tenía voz, recitaba las palabras canturreándolas, suspendiéndolas en su ronco gemido como había oído hacerlo a una cantatriz alemana de opereta.

"John Gray — era bravo y audaz. — Kitty — era muy bonita.
—Locamente — John Gray se enamoró — de Kitty. — Como su pasión — no tenía freno — John le declaró — sus sentimientos.
—Pero Kitty — dijo: No, esto no."

Kira bailaba entre los brazos de Leo. Este murmuraba mirándola: —¡Qué hermoso sería bailar así, ebrios de champaña... de trajes de lentejuelas... de brazos desnudos... en un lugar que se llamase "Nacht Lokal"...!

Ella cerró los ojos, y le parecía que el fuerte cuerpo que la guiaba con maestría e imperio la transportaba a aquel otro mundo que viera en otro tiempo junto a un negro río, y que murmuraba la *Canción de la copa rota*.

Vava se encargó de enseñar a bailar a Andrei. Le arrastró entre las parejas. El la siguió obediente, sonriendo como un tigre que no puede hacer daño a un gatito. No era mal alumno, pensó ella. Se sentía muy valiente, muy audaz. Estaba descarriando a un rígido comunista. Sentía no poder descarriarle más. Le molestaba encontrar a un hombre que no se excitase ante su belleza, que la contemplase con los mismos ojos serenos y firmes con que miraba a Lidia o a la muchacha anémica de las botas de fieltro.

Lidia tocó el *Vals del Destino*. Andrei invitó a Kira. Leo les miró con una fría sonrisa, pero se alejó sin decir una palabra.

—Vava es una buena maestra —susurró Kira mientras Andrei la llevaba entre los grupos—. Pero estrécheme, más, mucho más.

El *Vals del Destino* era lento y dulce; de vez en cuando se detenía un segundo para recomenzar después su ritmo, lentamente, oscilando un poco como si esperase que mórbidas faldas de seda ondeantes le contestasen con un suave crujido, en una sala de baile como ya no quedaba ninguna.

Kira miró el grave rostro de su pareja, que sonreía tímido e irónico a la vez. Descansó un momento su cabeza en el pecho de él, sus ojos le miraron rápidamente, como en un relámpago; luego echó la cabeza hacia atrás, y sus cabellos se enredaron en un botón del traje de Andrei, dejando alguno prendido.

Andrei sintió entre sus brazos el suave contacto de un traje de seda, y debajo de éste, el calor de un cuerpo esbelto. Miró al escote y entrevio una tenue sombra que dividía la carne. Y no miró más abajo.

Leo bailaba con Rita, y sus ojos estaban unidos en una silenciosa inteligencia, y el cuerpo de ella estrechaba el de él de una manera experta, profesional.

Vava daba vueltas sonriendo con orgullo a las parejas que pasaban por su lado, con la mano puesta sobre el hombro de Víctor con aire de posesión. Kolya Smiatkin observaba a Vava con timidez, ansiosamente. No se atrevía a invitarla; era más bajo que ella. Sabía que todo el mundo estaba enterado de la devoción sin esperanza que le tenía atado a ella como un perro, y que todos se reían, pero este sentimiento era más fuerte que él. Las botas de fieltro de la muchacha anémica hacían temblar la lámpara y tintinear su franja de perlas de cristal. Una vez, pisó uno de los zapatitos de charol de Vava. Un individuo, presuroso, añadió un pedazo de leña al fuego, que empezó a silbar y a echar humo. Alguien poco escrupuloso había traído un leño húmedo. A las dos de la madrugada, la madre de Vava asomó tímidamente su rostro pálido por la puerta entreabierta y preguntó a los invitados si querían tomar algo. La precipitada carrera hacia el comedor interrumpió un vals.

En el comedor, una larga mesa helada mostraba su esplendor solemne de blanco y de plata, de reluciente cristal y de bruñidos cubiertos dispuestos con elegante precisión. Lujosos platos de porcelana de color marfil, de tenues reflejos, ofrecían rebanadas de pan negro con una apariencia de manteca, tajadas de pescado salado, tortas de patata, de col en vinagre, y té con azúcar cande en vez de blanco azúcar de terrón. La madre de Vava sonrió afablemente.

—Sírvanse de todo, por favor. De todo hay uno para cada uno. No tengan miedo: los he contado.

El padre de Vava estaba sentado, sonriendo cordialmente, a la cabecera de la mesa. Era médico ginecólogo. Antes de la Revolución no tenía mucho éxito; pero después dos razones habían contribuido a darle clientela; la de que como médico pertenecía a las "profesiones liberales" y no era considerado explotador, y la de que se dedicaba a ciertas operaciones no estrictamente legales. En un par de años había llegado inesperadamente a ser el miembro más próspero de su círculo de relaciones, y aun de otros de condición superior.

Estaba sentado, cómodamente recostado en su silla, con las manos en las solapas, el grueso vientre echado hacia adelante, bajo una pesada cadena de oro con valiosos dijes que se inclinaban y se estremecían con los músculos abdominales. Sus ojos pequeños desaparecían en los gruesos pliegues de su cara blanca. Sonreía calurosamente a sus invitados, orgullosísimo de su raza y envidiable posición de anfitrión, un anfitrión que podía permitirse el lujo de dar algo que comer. Tenía la impresión de ser el protector de los hijos de

aquellos ante quienes se había inclinado años antes, los hijos del magnate Argounov y del almirante Kovalensky. Mentalmente, se proponía dar algo de suplemento, al día siguiente, para la Flota Aérea Roja. Su sonrisa se acentuó cuando entró la camarera, con cara de mal humor, trayendo una bandeja de plata con seis botellas de un vino exquisito, prenda de gratitud de una de sus influyentes clientes. Llenó las copas de cristal murmurando amablemente:

—Excelente vino de otros tiempos; auténtico vino de antes de la guerra. Apostaría que vosotros, muchachos, no habéis probado nunca nada parecido.

Las copas pasaron de mano en mano a lo largo de la mesa. Kira estaba entre Andrei y Leo. Andrei alzó su copa gravemente, con firmeza, como un guerrero. —A su salud, Kira.

Leo levantó la suya ligeramente, con gracia, como un diplomático en un bar extranjero.

—Puesto que ya ha brindado por ti un superior mío de clase, Kira, yo brindaré por nuestra gentil anfitriona. Vava contestó con una cálida sonrisa de agradecimiento. Leo levantó su copa por ella, pero bebió mirando a Rita. Cuando volvieron al salón el fuego había sido avivado. Lidia estaba de nuevo sentada al piano. Algunas parejas bailaban perezosamente. Vava cantó una canción que hablaba de los dedos de una muerta que olían a incienso. Kolya Smiatkin estaba completamente borracho. Víctor contaba anécdotas, otros siguieron su ejemplo, y como muchas de las anécdotas tenían que ver con la política, de vez en cuando las miradas se volvían cautelosas a Andrei, y las palabras morían sin terminar en los labios del ruboroso narrador.

A las cinco de la mañana todo el mundo estaba cansado, pero nadie hubiera vuelto a casa antes del amanecer: era demasiado peligroso. Los milicianos no podían nada contra los malhechores, y ningún ciudadano se atrevía a salir después de medianoche. El doctor Milovsky y su esposa se retiraron, dejando a los jóvenes que aguardasen el día. La rígida camarera almidonada llevó al salón colchones prestados por los vecinos. Tendieron los colchones en el suelo; la camarera se retiró, y Vava apagó las luces. Los invitados se sentaron cómodamente, por parejas. Sólo rasgaba la oscuridad el último destello del fuego en la chimenea, alguna punta de cigarrillo encendido, algún murmullo, algún ruido sospechoso que no era un murmullo... Los reglamentos no escritos de las recepciones decretaban que no había que ser demasiado curioso en aquellas últimas horas de cansancio, las más deliciosas de la fiesta. Kira sintió la mano de Andrei sobre su brazo.

—Creo que hay un balcón —susurró él—, salgamos.

En el balcón hacía frío. La calle estaba silenciosa, bajo un cielo que iba aclarándose lentamente con una luz gris. Los charcos helados parecían pedazos de vidrio en el suelo, y las ventanas parecían charcos helados en las paredes. Un miliciano estaba apoyado en un farol. Una bandera colgaba sobre la calle. La bandera no se movía, y el hombre tampoco.

—Es curioso —dijo Andrei—; nunca lo hubiera creído, pero me gusta bailar.

—Andrei, estoy un poco enojada con usted. —¿Por qué?

—Es la segunda vez que no se fija en mi traje, mi traje más elegante.

—Es verdad que es bonito...

Detrás de ellos chirrió la puerta. Leo salió al balcón, con un cigarrillo en la comisura de los labios. Dijo:

—¿También Kira es propiedad del Estado?

—Alguna vez creo —repuso Andrei— que más le valiera serlo.

—Bien; pero mientras el Partido no tome las disposiciones necesarias, no lo es —dijo Leo.

Volvieron a la cálida oscuridad del salón. Leo llevó a Kira al colchón y se sentó junto a ella; no dijo una palabra y ella se durmió, con la cabeza apoyada en su hombro. Rita se alejó moviendo la cabeza.

A las ocho de la mañana levantaron las cortinas. Un triste cielo blancuzco, como agua de jabón, se extendía sobre los tejados. Vava salió a la puerta a despedir a sus invitados: vacilaba un poco; oscuras sombras de cansancio bordeaban sus ojos y un rizo negro le caía sobre la nariz; el rojo de los labios le manchaba la barbilla. Los invitados se marcharon en grupos, para ir reunidos cuanto fuera posible.

En el frío amanecer, mientras bajo sus pies se quebraba el hielo, Andrei se llevó por un momento a Kira aparte y, señalando a Leo, que estaba ayudando galantemente a Lidia a pasar un charco helado, le preguntó: —¿Le ve usted a menudo?

La pregunta le dio a entender que Andrei no se había enterado de la verdad, y el tono en que se la hizo no le permitió decírsela.

Las luces se encendían detrás de los escaparates protegidos por rejas con gruesos candados. En muchas puertas había una advertencia: "Camaradas ladrones, no se molesten. No hay nada aquí dentro."

Capítulo trece

En verano, Petrogrado era un horno. Los tarugos de madera del pavimento se hendían en negras grietas, secas como cauces vacíos. Los muros parecían sudar fiebre, y los tejados olían a tinta quemada. La gente buscaba desesperadamente con ojos ofuscados por la blancura, algún árbol en la ciudad de piedra. Cuando encontraban uno se dejaban. Sus hojas inmóviles eran grises por el polvo que se había acumulado encima. Los cabellos se pegaban a las frentes. Por la calle, los caballos

se sacudían las moscas de las narices humeantes. El Neva estaba inmóvil; sobre el agua danzaban gotas de fuego como racimos de lentejuelas doradas que parecían dar una sensación mayor de calor a los hombres que atravesaban los puentes.

Cuando podían, Leo y Kira se iban a pasar el día al campo. Caminaban cogidos de la mano a la sombra de los pinos o por las manchas de sol. Parecidos a columnas de oscura piedra, o como cuerpos nervudos que el sol hubiera bronceado dejando sólo de vez en cuando alguna raya clara en la corteza, los pinos montaban la guardia junto al camino, dejando caer avaramente, a través de sus densas copas de color de malaquita, algunos rayos, muy pocos, de sol, y permitiendo ver de vez en cuando algún jirón de cielo azul claro. Por las verdes márgenes de los arroyos, oscuras manchas de violetas se inclinaban sobre un suelo de amarillenta arena y sólo el brillo cristalino sobre el fondo de arena dejaba adivinar el agua que la cubría. Kira se quitó las medias y los zapatos. Entre el polvo y la pinocha, se divertía dando con el pie a las pinas parduscas. Leo colgó sus zapatos en una rama seca. Llevaba la camisa desabrochada, y se había subido las mangas por encima del codo. Los desnudos pies de Kira pisaban los maderos de un viejo puente. A través de las grietas oscuras vio el agua surcada de destellos que parecían escamas flotando a lo largo de la corriente, y renacuajos que evolucionaban en apretados enjambres.

Se sentaron a la sombra. A su alrededor, la alta hierba crecía como un muro más alto que sus cabezas, tan alto que parecían guarecerse en ella, como animales indefensos que se confiasen a su protección. Verdes brotes les rodeaban, un cálido cielo azul se inclinaba sobre las lejanas ramas, y ese cielo parecía exhalar un fresco olor a trébol. Un grillo cantaba, monótono como una máquina eléctrica. Kira estaba sentada en el suelo; Leo estaba tendido, con la cabeza sobre su regazo. Masticaba una brizna de hierba, y su mano, que sostenía el frágil tallo, tenía la elegancia y la perfección de una obra de arte. De vez en cuando, Kira se inclinaba sobre él para besarle.

Estaban sentados en un grueso tronco de árbol, a orillas del río. Los heléchos, abriéndose en estrella junto al agua, parecían una jungla de palmeras enanas. El blanco tronco de un abedul brillaba como el agua que corría debajo de él, sus hojas parecían una cascada, algunas gotas verdes permanecían suspendidas en el aire, vacilando, y cambiando de color, del plateado al blanco, del blanco al verde. De vez en cuando caía una hoja que la corriente se llevaba hacia abajo. Kira saltaba sobre las rocas, las raíces, los heléchos, ágil, esbelta y alegre como un pequeño animal salvaje. Leo la observaba. Sus movimientos eran rápidos, angulosos, y, sin embargo, tenían una gracia inefable; no eran los movimientos fluidos de una mujer, sino los movimientos secos, decididos, geométricos de una bailarina futurista. Leo

observaba mientras ella, encaramada en el tronco de un árbol, miraba al agua, con las manos en ángulo recto con sus brazos, los codos en ángulo recto con el cuerpo, el cuerpo en ángulo recto con las piernas, figurina salvaje suelta, intensa, viva, como un relámpago reducido a forma humana. Luego él se ponía en pie y corría a cogerla y los ángulos rectos se quebraban para convertirse en una línea recta adherida a él; el aliento de la joven se unía al suyo, y su corazón latía bajo la mano de él. El tronco muerto que pendía sobre el río se balanceaba peligrosamente. Y ella se reía con su extraña risa demasiado alegre para estar contenta: una risa que era un desafío, un triunfo, un éxtasis. Y sus labios resplandecían, húmedos.

Cuando regresaron a la ciudad, el polvo les salió al encuentro con pasquines y banderas cubiertas de inscripciones: sobre las calles llameaban cuatro letras: U. R. S. S.

Ahora el país tenía un nombre nuevo y nuevas instituciones. Así lo había decretado el Congreso de todas las Uniones Soviéticas. Las banderas proclamaban: "La unión de los soviets socialistas, en el núcleo de la futura constitución de un Estado mundial". Las manifestaciones desfilaban por calles calurosas y polvorientas, y rojos pañuelos enjugaban las frentes sudorosas de los manifestantes. "Nuestra fuerza está en los estrechos lazos del colectivismo."

Una columna de muchachos, al son de los tambores, desfilaban mientras moría la tarde; una columna de piernas desnudas, de calzones azules, de camisas blancas y corbatas rojas: los párvulos del Partido, los "pioneros". Sus agudas voces juveniles entonaban:

"En el dolor del ávido burgués — encenderemos mañana nuestro fuego —; nuestro fuego mundial de sangre."

Una vez, Kira y Leo quisieron pasar la noche en el campo. —Desde luego, ciudadanos —dijo la patrona del establecimiento—, puedo darles una habitación para esta noche. Pero antes necesitan el certificado de la milicia de su departamento, luego tienen que traerme su carnet de trabajo que debo registrar en el Soviet y el departamento de la milicia de aquí para obtener un permiso para ustedes como huéspedes de tránsito. Y entonces no tienen más que pagar según tarifa, y les doy la habitación. Se volvieron a la ciudad.

Alguna vez iban a visitar a la familia de Kira.

Galina Petrovna había tomado una valiente decisión; estaba empleada. Enseñaba a coser en una escuela para hijos de obreros. Recorría en tranvía millas de calles polvorientas a través de toda la ciudad, hasta el suburbio donde estaban las fábricas; vigilaba sucias manecitas que confeccionaban

delantales y camisas, y a veces cosían letras sobre una bandera roja; y hablaba de la importancia de los trabajos de aguja y de la política constructiva del Gobierno soviético en el campo de la educación. Alexander Dimitrievitch se pasaba la mayor parte del día durmiendo. Cuando estaba despierto hacía solitarios sobre el hornillo de la cocina y se entretenía en mezclar con todo cuidado una especie de leche, compuesta de agua, almidón y sacarina, para *Plutarco*, un gato que había encontrado en el arroyo. Lidia tocaba vales de Strauss. Se pasaba largas horas bordando con gran diligencia coronas de margaritas y de "no me olvides" en un traje nuevo de algodón blanco. Mostraba un súbito interés por llevar recados: cualquier excusa le parecía buena para salir. Galina Petrovna se había fijado en el nuevo inquilino de la puerta de al lado, en el mismo rellano de la casa: un joven alto, rubio, con bigotes llenos de cosmético y zapatos nuevos de charol. Una noche el caballero en cuestión volvió a casa con una joven. Al día siguiente se supo que se había casado. Lidia perdió todo su interés por los recados y dejó de bordar.

Cuando Kira y Leo, no tenían de qué hablar, Galina Petrovna hablaba en voz demasiado alta y demasiado de prisa de la educación de las masas y del deber sagrado que tenían las clases más instruidas de servir a sus hermanos menos ilustrados. Lidia hablaba de las cosas del espíritu. Alexander Dimitrievitch se callaba. Galina Petrovna había renunciado ya hacía tiempo a sus ilusiones sobre la sagrada institución del matrimonio. Únicamente Lidia se turbaba cuando Leo le dirigía la palabra, y se ruborizaba, agitada y confusa. Kira continuaba yendo a verles porque, cuando entraba, Alexander Dimitrievitch la observaba en silencio, con una leve sombra de sonrisa, como si, a no haber sido la oscura niebla que de pronto había surgido entre él y la vida que le rodeaba, hubiera estado contento de verla.

Kira, sentada junto a la ventana, observaba cómo la primera lluvia de otoño caía sobre la acera. Cristalinas burbujas se levantaban de los charcos negros como la tinta, y junto a ellas se formaba un círculo hasta que las burbujas explotaban al cabo de unos segundos como pequeños volcanes. La lluvia tamborileaba melancólicamente sobre el pavimento de la ciudad como el lejano ruido de una lenta máquina sobre la que cayese gota a gota el líquido de algún caño.

Por la calle, bajo la ventana de Kira, sólo pasaba una persona: un cuello levantado entre dos hombros encorvados, las manos en los bolsillos, los brazos pegados al cuerpo; se alejaba, vacilante sombra solitaria, por una ciudad de brillantes tejados bajo una sutil y oblicua llovizna.

Kira no encendió la luz. Leo la encontró en la oscuridad junto a la ventana. Acercó su mejilla a la de Kira, y le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada —replicó suavemente ella—: llega el invierno, empieza otro año.

—No tienes miedo; ¿verdad, Kira? Hemos resistido hasta ahora...

—No —dijo Kira—, no tengo miedo.

El año nuevo fue inaugurado por el Upravdom.

—He aquí cómo están las cosas, ciudadano Kovalensky— dijo apoyándose alternativamente sobre los dos pies y evitando la mirada de Leo, mientras estrujaba la gorra entre sus manos—; se trata de las nuevas disposiciones sobre domicilios. Hay una ley que dice que es inmoral que dos ciudadanos tengan tres habitaciones cuando la población está acumulada como ahora y en la ciudad no queda sitio para que viva toda la gente que hay en ella. El Gilotdel me ha enviado un inquilino para una habitación. Es un buen proletario y tengo que darle una de las vuestras. Puede quedarse con el comedor y ustedes se quedan con las otras dos. Por lo demás, los tiempos no están para que pueda vivirse en siete habitaciones, como cierta gente estaba acostumbrada a hacerlo.

El nuevo inquilino era un pobre anciano que tartamudeaba, llevaba lentes, y trabajaba como contable en la fábrica de calzados "Red Skorohod". Salía muy de mañana y no regresaba hasta muy tarde por la noche. Cocinaba en su "Primus" y no recibía nunca a nadie.

—No les molestaré, ciudadana Argounova —dijo—; no les molestaré. Sólo quisiera hablarles del cuarto de baño. Si me permitieran tomar un baño una vez al mes, se lo agradecería mucho. Para las demás necesidades ya hay un sitio en el patio. Perdone si le hablo de esto. A mí me da lo mismo. No quiero molestar a una señora.

Tanto para usted como para nosotros —dijo ella— es necesario cierta independencia.

Nunca se encontraban con su vecino. No miraban la puerta cerrada, ni hablaban nunca de él.

Andrei pasó el verano en los pueblos del Volga, con una misión del Partido. El primer día del curso se encontró con Kira en el Instituto. Estaba algo más moreno: junto a sus labios se veían unas huellas que no eran ni heridas ni cicatrices, pero que parecían ambas cosas a la vez.

—Sabía que estaría contento de volverla a ver, Kira —dijo—; pero no me figuraba que me sentiría tan... feliz.

—Ha pasado un verano muy duro, ¿no es verdad, Andrei?

—Gracias por todas sus cartas. Me han traído un poco de alegría.

Ella miró a sus labios endurecidos.

—¿Qué le han hecho, Andrei?

—¿Quién?

Pero Andrei comprendió que ella lo sabía. Dijo sin mirarla: —Bien. Comprendo que lo sabe. Todo el mundo lo sabe. Los pueblos, he aquí el punto negro de nuestro porvenir. No han sido conquistados. No están con nosotros. Tienen una bandera roja en el edificio del Soviet local y un cuchillo escondido detrás de la espalda. Se inclinan, saludan y ríen por lo bajo. Ponen retratos de Lenin en los graneros donde esconden el trigo. ¿Ha leído en los periódicos que han pegado fuego a un Centro y han quemado vivos a los tres comunistas que había dentro? Yo llegué al día siguiente.

—Espero que habrán detenido a esos salvajes, Andrei.

El no pudo contener una sonrisa.

—Pero, Kira, ¿una señora blanca como usted habla de este modo de unos hombres que luchan contra el comunismo?

—Pero... ¿esto se lo hubieran podido hacer a usted!

—¡Bah! Ya ve usted que no me pasó nada. No se fije en esta cicatriz del cuello. Un arañazo. Aquel imbécil no tenía práctica en el uso de armas de fuego y su puntería no valía nada.

El jefe de Gossizdat tenía cinco retratos en las paredes de su despacho; uno de Carlos Marx, otro de Trotzky, otro de Zinoviev y dos de Lenin. Sobre la mesa había dos bustos de yeso: los de Lenin y Carlos Marx, llevaba una camisa a la moda campesina, con un alto cuello de rica seda negra. Miró sus uñas manicuradas y luego miró a Leo. —Estoy seguro, camarada Kovalensky, de que usted, como todos nosotros, estará contento de que se le dé esta oportunidad de cumplir con su deber en nuestra gran empresa cultural.

—¿Qué desea usted? —preguntó Leo.

—Esta organización ha aceptado el puesto honorario de "Guía cultural" de una división del Báltico. Ya comprende lo que quiero decir. Naturalmente, de acuerdo con las directrices del nuevo brillante movimiento del Partido hacia una expansión cada vez mayor de la educación y de la cultura proletaria, hemos aceptado este puesto en relación con unos hombres menos ilustrados, lo mismo que han hecho todas las instituciones importantes. De modo que somos responsables del progreso intelectual de nuestros bravos hermanos de la Escuadra del Báltico. Esta es nuestra modesta contribución al gigantesco desarrollo de la nueva civilización de la nueva clase dirigente. — Bien —dijo Leo—; ¿y yo qué tendría que hacer? —Me parece claro, camarada Kovalensky. Estamos organizando una escuela nocturna gratuita para nuestros protegidos. Con su conocimiento de las lenguas extranjeras, creo que podría encargarse de una clase de alemán... dos veces por semana. Alemania es la piedra miliaria de nuestra futura diplomacia, la próxima etapa de la revolución mundial. Y también podría dar una clase de inglés, una vez por semana. Naturalmente no tiene usted que esperar ninguna

recompensa pecuniaria por este trabajo; sus servicios deben ser un don. Por lo demás, no se trata de una orden del Gobierno, sino de un don absolutamente voluntario.

—Desde que empezó la Revolución —dijo Leo—, no he regalado nada a nadie, ni a mis amigos. No puedo permitírmelo.

—Camarada Kovalensky, ¿ha tenido usted alguna vez en cuenta lo que pensamos de la gente que sólo trabaja por un sueldo y no toma parte en ninguna actividad social durante sus horas libres? —Y usted, ¿ha tenido alguna vez en cuenta que yo tengo una vida que vivir en mis horas libres?

El hombre sentado detrás de la mesa miró a los cinco retratos de las paredes.

—El Estado soviético no reconoce más vida que la de una clase social.

—No creo que sea oportuno discutir sobre este punto. —Dicho en otras palabras, ¿se niega usted a prestarnos su concurso?

—Sí.

—Muy bien. Este servicio no es obligatorio. En absoluto. Su significación y su novedad consisten en la libre voluntad de los que toman parte en él. Al ofrecérselo pensaba únicamente en hacerle un favor. Creía que en vista de ciertos acontecimientos de su pasado estaría usted contento de... No importa. Con todo, tengo que llamarle la atención sobre el hecho de que el camarada Zoubikov, de la célula comunista, no se mostró muy satisfecho de ver en nuestra oficina a un hombre de su pasado social. Y cuando se entere de esto...

—Cuando se entere —replicó Leo—, dígame que vaya a encontrarme. A "él" le daré una lección gratuita... si tantas ganas tiene de ello...

Leo volvió a casa más temprano que de costumbre. La llama azul de "Primus" silbaba en el crepúsculo que avanzaba. El delantal de Kira era una mancha blanca inclinada sobre el "Primus".

Leo echó sobre la mesa su gorra y su cartera. —Ya está —dijo—. Me han despedido. Kira se quedó inmóvil, con la cuchara en la mano. Preguntó: —¿Quieres decir... el Gossizdat?

—Sí. Reducción de personal. Se ha librado del elemento indeseable. Me han dicho que había adoptado actitudes burguesas, que no tengo mentalidad social.

—Bien... Está bien... Ya nos arreglaremos.

—Claro está que está bien. ¿Crees que me importa su condenado empleo? Una pequeña molestia de esta índole no me preocupa más que un cambio de tiempo.

—Claro. Ahora quítate el gabán y lávate las manos. Vamos a cenar.

—¿Cenar? ¿Qué tienes? —Sopa de nabos...; a ti te gusta.

—¿Cuándo he dicho que me gusta? No quiero. No tengo apetito. No quiero cenar. Me voy a la cama a estudiar. No me estorbes, por favor.

—Bien.

Una vez sola, Kira tomó una servilleta, levantó la tapadera de la cazuela y movió la sopa lentamente, deliberadamente, más de lo que era necesario. Luego tomó un plato. Mientras lo llevaba a la mesa vio que el plato temblaba. Se paró y murmuró en la oscuridad, hablando por primera vez en su vida consigo misma, como si hablase a una persona que hubiera encontrado:

—No, Kira, no hagas esto. No... no...

Se quedó sosteniendo el plato, sin dejarlo encima de la mesa, y concentrando toda su voluntad en la mirada, como si del plato dependiese algo trascendental miró hacia él. El plato no se movió más.

Leo llevaba una hora haciendo cola. Encendió un cigarrillo. Llevaba dos horas en la cola cuando empezó a sentirse calambres en las piernas.

A las tres horas, sintió que los calambres habían llegado hasta el pecho y tuvo que apoyarse en la pared. Cuando le llegó el turno, el director miró a Leo y dijo: —No sé cómo podré utilizar su trabajo, ciudadano. Naturalmente, nuestra publicación es estrictamente artística, pero... debo recordarle que se trata de arte proletario. Un punto de vista estrictamente de clase. Usted no pertenece al Partido y su situación social no es la más adecuada; supongo que convendrá usted en ello. En mi lista tengo a diez redactores expertos y miembros del Partido...

Kira decidió que no era necesario freír el pescado con manteca. Podía usar aceite de semilla de girasol. Empleando aceite de buena calidad, no tendría mal sabor y le saldría más barato. Contó cuidadosamente el dinero sobre el mostrador de la Cooperativa y volvió a casa vigilando aquel espeso líquido amarillo en su untada botella.

El secretario dijo a Leo:

—Siento que haya tenido que aguardar tanto, ciudadano. Pero el camarada director es un hombre muy ocupado. Puede usted pasar.

El camarada director estaba repantigado en su sillón y tenía en la mano una plegadera de bronce, con la que golpeaba el borde de un candelabro de sobremesa en el que campeaba el retrato de Lunacharsky, comisario del Pueblo para la Educación y las Bellas Artes. La voz del director resonó crudamente, con un ruido como de hojas cortadas de un golpe.

—No, no hay trabajo. Ningún empleo a la vista. Hay cientos de proletarios que mueren de hambre, y vosotros, los burgueses, pidiendo empleos. Yo soy un proletario: vengo directamente del banco del taller. En otros tiempos estuve

sin trabajo y sus hermanos burgueses no tuvieron compasión de mí. Le hará bien aprender qué efecto produce...

—Se equivoca usted, ciudadano. Las horas de recibo son de nueve a once, sólo los jueves... ¿Una hora y media? ¿Y cómo podría saber yo por qué estaba usted sentado aquí? Nadie le dijo que se sentara...

Cuando volvió a casa, Leo estaba silencioso.

Kira le sirvió la cena. Leo se sentó a la mesa y comió. Ella había preparado la cena con todo cuidado. El no dijo una palabra. No miró a los grandes ojos grises que le contemplaban desde el otro lado de la mesa, serenos y juveniles sobre unos labios que sonreían. No profirió una queja ni dijo una palabra de consuelo.

De vez en cuando, se pasaba un rato contemplando el vaso de cristal sobre su pie de malaquita. Era el único vaso que no se había roto, y Leo lo miraba con ojos sin expresión, sin moverse, sin parpadear, mientras sólo se movía, oscilando, el humo de su cigarrillo. Luego sonreía; el cigarrillo caía al suelo formando un negro círculo sobre el pavimento, pero Leo no se daba cuenta, ni Kira tampoco porque sus ojos grandes y asustados permanecían fijos en la sonrisa helada y sardónica de Leo.

—¿Tiene usted práctica en este trabajo, ciudadano?

—No.

—¿Miembro del Partido?

—No.

—Lo siento. Nada que hacer. Que pase otro.

Era un lunes, y el empleo le había sido prometido para el lunes. Leo estaba ante el pequeño y arrugado director de la oficina y sabía que tenía que sonreír de gratitud. Pero Leo no sonreía nunca cuando sabía que debía sonreír. Además, tal vez fuera inútil. El director le acogió con aire de excusa y le dijo evitando su mirada:

—Lo siento, ciudadano. Sí; le había prometido el empleo, pero, ¿sabe usted?, ha llegado de Moscú la prima del jefe, que está sin trabajo, y... circunstancias imprevistas; ciudadano. Ya se sabe, el hombre propone y Dios dispone. Vuelva otra vez, ciudadano.

Kira iba al Instituto con menos frecuencia.

Pero cuando estaba sentada en la espaciosa aula oyendo conferencias sobre el hierro, los remaches o los kilowatios, enderezaba sus hombros como si un

esfuerzo hubiese tirado del hilo de sus nervios. Miraba al hombre que estaba sentado a su lado y a veces se preguntaba maravillada si aquellas palabras sobre vigas y barreras de hierro no se referían a los huesos y los músculos de un hombre, un hombre para quien habría sido creado el hierro o que quizás habría sido creado para el hierro y el cemento y las altas temperaturas: por esto hacía tanto tiempo que había olvidado dónde empezaba la vida de Andrei Taganov y dónde terminaba la de las máquinas. Y cuando él la interrogaba solícito, le contestaba: —Andrei, mis ojas no están más que en su imaginación. Y usted no acostumbra pensar en mis ojos.

Cuando Leo se sentó a la mesa, la sonrisa de Kira fue algo forzada. —¿Sabes? Esta noche no tenemos cena —explicó con dulzura— o por lo menos lo que se dice una verdadera cena. No hay más que este pan. En la cooperativa habían terminado el mijo antes de que me tocara el turno, pero me han dado el pan. Esta es tu porción. Y además he frito cebollas en aceite de semilla de girasol. Con pan están buenísimas. — ¿Dónde está tu parte? —Yo... Me la comí antes de que llegases. —¿Cuánto te han dado esta semana? —Verás, figúrate que me han dado una libra entera, en lugar de media, como de costumbre. No está mal, ¿eh? —No. Pero no tengo apetito. Me voy a la cama.

El hombrecillo de al lado reía con una risa desagradable, servil, una especie de silbido que no llegaba a la garganta, como si repitiese sin alegría "ji... ji".

—Veo que se ha fijado usted en mi pañuelo rojo, ciudadano. Ji... ji... —murmuró confidencialmente a Leo—. Voy a confiarle un secreto. En realidad, no es ningún pañuelo. ¿Ve usted? Sólo un pedazo de trapo rojo. Pero cuando entro, de momento se figuran que es un distintivo del Partido o algo así... Ji... ji... Luego se dan cuenta de que no hay tal cosa, pero el efecto psicológico... ji... ji... y si hay esperanza de obtener una plaza... Vaya usted. Le ha llegado la vez... ¡Señor Dios mío! ¡Ya es de noche! ¡cómo vuela el tiempo haciendo cola! Ji... ji...n la cooperativa de la Universidad, el estudiante que estaba delante de Leo dijo a uno de sus compañeros que llevaba como él el distintivo del Partido.

—Es curioso, ¿no?, ver cómo algunos ciudadanos descuidan las clases. Pero ya puedes tener la seguridad de que no faltarán a la cola del suministro.

Al empleado del mostrador, Leo le dijo, con voz que quería hacer suplicante, pero que sólo le salió dura e inexpresiva: —Camarada empleado, ¿tendría inconveniente en que cortase también el cupón de la semana que viene? Me

quedaré con él y se lo daré entonces, cuando venga por el pan. Pero, ¿sabe? Yo... en casa hay alguien a quien quisiera decirle que me han dado la ración de dos semanas y que me he comido la mía por el camino; así podrá quedarse con todo el pedazo... Gracias, camarada.

El corpulento empleado guió a Leo por un corredor estrecho, hasta un despacho vacío en que había un retrato de Lenin colgado en la pared, y cerró luego la puerta con gran cuidado. —Así estaremos más tranquilos, ciudadanos. Las cosas están así. Un empleo es algo raro en estos días que corremos. Ahora bien, un camarada que ocupa un puesto de responsabilidad y puede proporcionar empleos tiene en sus manos algo de valor, ¿no te parece? Y en los tiempos que corremos, un camarada que ocupa un puesto de responsabilidad no gana un gran sueldo. ¡Y todo está tan caro! Hay que vivir, ¿no le parece? Un individuo que obtiene un empleo debe agradecerlo, ¿no es verdad? ¿Dice usted que está en la miseria? ¿Ah, sí? ¿Pues qué hace usted aquí, vagabundo? ¿Se figura que nosotros los proletarios damos empleos al primer burgués que se presenta?

—¿Inglés, alemán, francés? Es importante, muy importante, ciudadano. Nos hacen falta maestros para las clases de lenguas. ¿Es usted miembro de algún Sindicato? ¿De ningún Sindicato? Lo siento, ciudadano, no tomamos más a que a camaradas sindicados.

—¿De modo que quiere usted entrar en el Sindicato de Pedagogos?

Muy bien, ciudadano. ¿Dónde trabaja?

—No tengo trabajo.

—Entonces, si no trabaja no puede sindicarse.

—Pero si no entro en el Sindicato no puedo obtener trabajo.

—Es inútil. Si no trabaja usted, no puede entrar en el Sindicato.

¡Otro!

—Media libra de aceite de linaza. No demasiado rancio, por favor, si puede ser... No, no puedo comprar aceite de semilla de girasol. Es demasiado caro.

—Kira, ¿qué estás haciendo en camisón de noche? Levantó la cabeza del libro. Una única lampanilla sobre la mesa dejaba en la sombra los ángulos de la sala y los ojos de Leo. La camisa de Kira se estremecía en la oscuridad. —Son más de las tres —murmuró Kira.

—Ya lo sé. Pero tengo que estudiar. Hay corriente, aquí; vuélvete a la cama, por favor. Estás temblando.

—Leo, tú te consumes.

—¿Qué importa? Cuanto antes termine mejor. Imaginó la mirada de los ojos que no podía ver en la oscuridad, se levantó y tomó entre sus brazos aquella sombra blanca y temblorosa.

—No creas que lo pienso, Kira; claro está que no. Anda, vuélvete a la cama y te daré un beso... Tienes los labios helados. Si no vas, te llevo yo.

La levantó entre sus brazos todavía fuertes y firmes y cálidos a través del camisón, y la llevó hasta el dormitorio, pegando su cabeza a la de ella y murmurando:

—Sólo unas páginas y estoy contigo. Duerme. Buenas noches; no te preocupes.

—Mi deber de Upravdom es éste, ciudadana Argounova. La ley es la ley. Como ninguno de ustedes es funcionario de los soviets, el alquiler les costará más caro: ustedes entran en la categoría de los que viven de renta... ¿Qué sé yo de qué renta? La ley es la ley.

Detrás de él una larga hilera de hombres: encogidos, envilecidos, con el pecho hundido y los hombros encorvados, estrechando una contra otra las pálidas manos; últimos espasmos vibrantes en los profundos abismos de almas ya extinguidas, ojos abiertos con desesperado abandono, un horror sombrío, una súplica contenida... una larga hilera desolada de hombres como animales que llevan al matadero. Y entre éstos estaba él, alto, erguido, joven, hermoso como un dios, con unos labios todavía altivos. Un transeúnte se detuvo, miró con estupor a aquel hombre entre los demás, y le hizo una señal. Pero él no se movió; sólo volvió la cabeza.

Capítulo catorce

Una tarde, se derrumbó una casa. La fachada se precipitó como una avalancha de ladrillos, en medio de una nube de polvo y de cal. Al volver de su trabajo, los inquilinos se encontraron con sus dormitorios expuestos a la fría luz de la calle, como una hilera de bambalinas; un lienzo de pared vertical pendía de una viga desnuda, precariamente alto sobre el suelo. Hubo gemidos, pero lo ocurrido no sorprendió a nadie. Por toda la ciudad se estaban derrumbando casas que hubieran debido ser restauradas desde hacía tiempo. Montones de viejos ladrillos obstruían los rieles del tranvía, impidiendo el tráfico. Leo pudo trabajar dos días en el desescombro de la calle. Trabajaba bajándose y levantándose durante horas y horas sin

interrupción, con un intenso dolor en el espinazo y los dedos ensangrentados cubiertos de rojo polvo de ladrillo.

En el Museo de la Revolución había una exposición en honor de los delegados de los Sindicatos suecos que habían ido a visitar el país. Kira obtuvo el encargo de pintar los carteles. Durante cuatro largas noches estuvo inclinada, con los ojos cansados, la mano temblando sobre una regla, dibujando nítidas letras negras que decían: "Obreros que se mueren de hambre en las fincas de los explotadores capitalistas de 1910." "Obreros deportados a Siberia por la policía zarista en 1905."

La nieve se amontonaba, blanca, bajo las ventanas de los sótanos. Leo pasó tres noches barriendo la nieve, mientras su aliento salía como un chorro de blanco vapor y carámbanos de hielo se posaban centelleantes en su vieja bufanda, estrechamente ceñida a su cuello.

Un ciudadano que no tenía medios aparentes de vida, poseía un auto y un piso con cinco habitaciones y sostenía frecuentemente conversaciones en voz baja con los empleados del Trust de Abastecimientos, decidió que sus hijos tenían que aprender a hablar francés. Kira se encargó de darles lección dos veces por semana, y tuvo que aburrirse explicando el *passé défini* a dos flacos arrapiezos que se hurgaban las narices con el dedo. La voz se le ponía ronca, la cabeza le daba vueltas, y sus ojos evitaban el aparador donde relucían unos pasteles de oscura y untuosa corteza. Leo ayudaba a un estudiante proletario que tenía que examinarse. Explicaba detenidamente las leyes del capital y del interés a un individuo muerto de sueño que se pasaba el tiempo rascándose los nudillos cubiertos de sarna.

Dos horas por día, inclinada sobre un gran barreño que olía a pescado podrido, Kira estuvo lavando los platos de un restaurante privado... hasta que el restaurante quebró.

Cada día desaparecían durante largas horas, y cuando regresaban a casa no decían nunca en qué colas habían tenido que aguardar, por qué calles se habían arrastrado muertos de cansancio ni qué puertas se les habían cerrado bruscamente a la cara. Por las noches Kira encendía su *bourgeoise* y estaban sentados en silencio, de cara a sus libros. Todavía tenían que estudiar, y por lo menos les quedaba una meta por alcanzar, aunque hubieran de olvidar todo lo demás; tenían que concluir su carrera.

—No importa —decía Kira—, nada importa. No tenemos que pensar. No tenemos que pensar en absoluto. Únicamente debemos acordarnos de que es preciso terminar la carrera y entonces quizás... quizás... encontraremos el medio de marchar al ex... —y no terminaba la frase. No podía pronunciar aquella palabra. Esta era como una silenciosa herida secreta en la profunda intimidad de uno y otra.

A veces leían el periódico. El camarada Zinoviev, presidente del Soviet de Petrogrado, decía:

—La revolución mundial, camaradas, ya no es una cuestión de años ni de meses; ahora es sólo una cuestión de días. La llamada del Proletariado que se levanta abrasará la tierra, destruyendo para siempre la maldición del Capitalismo mundial. Publicaban también una entrevista con el camarada Biriuchin, tercer fogonero en un navío de guerra rojo. El camarada Biriuchin decía:

"—Bien. Entonces tendremos las máquinas bien untadas, y de nuevo tendremos que vigilar que no se cubran de moho; teniendo, como tenemos, que vigilar las máquinas humanas y siendo proletarios conscientes cumplimos con nuestra obligación, tanto más cuanto que no nos preocupamos de nada más que de hacer buen trabajo práctico, y luego están los burgueses extranjeros que nos observan y..." Alguna vez leían revistas. Nasha le miró fríamente.

—Temo que nuestras ideologías sean demasiado diferentes. Hemos nacido en clases sociales distintas. Los prejuicios burgueses están arraigados demasiado profundamente en tu conciencia. Yo soy una hija de las masas que anuncian la vida nueva. El amor por el individuo es un prejuicio burgués.

—¿Hemos terminado, Nasha? —preguntó él con voz ahogada, mientras una palidez mortal cubría su rostro hermoso, pero burgués.

"—Sí, Iván —replicó ella—, hemos terminado. Soy la mujer nueva de los tiempos nuevos. —Y seguía la poesía: "Mi corazón es un arado que surca el terreno—; mi alma es humo del petróleo de la fábrica..." Una vez fueron al cine.

Proyectaban una película americana. Racimos de sombras, con el aliento entrecortado, contemplaban afanosamente a través de los cristales las fotografías de inverosímiles comercios extranjeros. Gruesos copos de nieve se rompían contra los cristales, los rostros ansiosos sonreían ligeramente como ante un pensamiento común, el pensamiento de que el cristal, y más aún que el cristal, algo más fuerte separaba del desesperado invierno ruso aquel mundo lejano y maravilloso.

Kira y Leo aguardaban entre el gentío que llenaba la sala de espera. Cuando terminaba la representación y se abrían las puertas, el público se precipitaba hacia la sala, empujando a los que trataban de salir, a empujones, furiosamente, con una desesperación brutal, como carne trinchada que saliese de una máquina. El título de la película decía en grandes letras blancas: *Los tentáculos de oro*. "Dirigida por Reginald Moore y censurada por el camarada Zavadkov."

La película era bastante rara. Las vistas oscilaban, aparecía una sombría oficina en la que se movían convulsivamente unas sombras confusas. En la pared había un manifiesto en inglés, lleno de faltas de ortografía. La oficina era la del Sindicato americano, donde un duro camarada confiaba al héroe, un

joven rubio de ojos oscuros, la recuperación de unos documentos de capital importancia para el Sindicato que habían sido robados por un capitalista.

—¡Maldición! —susurró Leo—. ¿También en América hacen películas de éstas? De pronto, como si se disipase la niebla, la fotografía se vio más clara. Pudieron ver la delicada línea del maquillaje sobre los labios de una hermosa dama, y pudieron contar una a una sus largas pestañas. Hombres y mujeres en traje extranjero se movían con gracia a través de una intriga sin ningún sentido. Los subtítulos no correspondían a la acción. Aquéllos proclamaban en grandes letras blancas los sufrimientos de nuestros hermanos americanos bajo el yugo capitalista. Y en la pantalla se veía a una gente alegre que reía, bailaba y corría por la playa con los cabellos al viento y los músculos de sus jóvenes brazos en espléndida tensión, monstruosamente vigorosos. El héroe se había vuelto súbitamente más alto y más delgado, más rubio y con ojos azules. Su elegante traje sorprendía en un obrero sindicado, y los papeles que andaba buscando en medio de aquella incoherente sucesión de acontecimientos se parecían de una manera alarmante al testimonio de un tío suyo.

Un subtítulo rezaba:

"Le odio. Es usted un explotador capitalista que chupa la sangre del obrero. Salga usted de mi habitación."

En la pantalla un caballero se inclinaba galantemente para besar con lentitud la mano a una dama muy elegante que le contemplaba melancólicamente acariciándole los cabellos. El final de la historia no se veía. Terminaba bruscamente, como si la hubieran cortado. Un subtítulo ponía:

"Seis meses más tarde, el capitalista sediento de sangre encontró la muerte en manos de los obreros durante el curso de una huelga. Nuestro héroe renunció a los goces de un amor egoísta a que una sirena burguesa había intentado arrastrarle, y dedicó su vida a la causa de la Revolución mundial."

—Ya sé qué han hecho —dijo Kira—. El principio lo han hecho ellos y luego han cortado la película en pedazos. En la oscuridad, un acomodador sonrió al oírla.

De vez en cuando tocaba la campanilla. El Upravdom iba a recordarles que no faltasen a la reunión general de vecinos para tratar de un asunto urgente.

—No hay excepciones, ciudadanos —decía—. Todos los inquilinos tienen que asistir.

Entonces Kira y Leo se dirigían a la sala más espaciosa de la casa, una sala desnuda con una sola lámpara eléctrica en el techo, en el piso de un conductor de tranvía que la había cedido graciosamente para las necesidades sociales. Los vecinos llegaban trayéndose las sillas, y se sentaban masticando semillas de girasol. Los que no traían silla se acomodaban por el suelo. —En mi calidad de Upravdom —dijo éste—, declaro abierta la reunión de inquilinos de

esta casa número... de la calle Sergievskaja. En la orden del día figura la cuestión de las chimeneas. Ahora bien, camaradas ciudadanos, como todos somos ciudadanos responsables, conscientes de nuestros deberes de clase, tenemos que hacernos cargo de que éstos no son los tiempos antiguos en que el dueño de la casa no se preocupaba de la vivienda de uno. Ahora, camaradas, es muy distinto. Gracias al nuevo régimen y a la dictadura del proletariado y en vista de que las chimeneas están obstruidas, tenemos que hacer algo, puesto que los propietarios de la casa somos nosotros. Ahora bien: si las chimeneas están obstruidas, la casa se llenará de humo, y si la casa se llena de humo habrá suciedad, y si hay suciedad faltaremos a la disciplina proletaria. De modo, camaradas ciudadanos, que... Las amas de casa se agitaban porque se sentía el olor de algo que se estaba quemando en la cocina. Un hombre gordo en camisa roja cruzaba los pulgares. Un joven de boca abierta y labios colgantes se rascaba la cabeza, sacando cada vez alguna cosa que arrollaba entre sus dedos, y que luego arrojaba al suelo. —... y la organización especial se dividirá en varias partes... ¿Piensa usted marcharse, camarada Argounova? Vale más que no lo haga; ya sabe usted lo que pensamos de los que sabotean sus deberes sociales... La organización especial, pues, se dividirá de acuerdo con la condición social del inquilino. Los obreros pagarán el treinta por ciento, los que pertenecen a profesiones liberales el diez, y los comerciantes privados y los no empleados pagarán el resto. ¿De acuerdo? Los que están de acuerdo que levanten la mano. Camarada secretario, cuente las manos de los ciudadanos... ¿Quién se opone? Levante la mano... Camarada Michliuk. no puede usted levantar la mano en favor y en contra de una misma proposición.

La visita de Víctor fue algo inesperado que no supieron explicarse. Acercó sus manos a la *bourgeoise*, se las frotó con energía y sonrió alegremente a Kira y a Leo.

—Pasaba casualmente por aquí... y se me ocurrió entrar... Estás bien en esta casa. Irina me había hablado de ella. Está bien, gracias. No; mamá no se encuentra bien. El doctor dice que es indispensable enviarla al Sur. Pero ¿quién puede pensar en viajar en estos tiempos...? He estado muy ocupado en el Instituto. Relegido para el Consejo de Estudiantes. ¿Leéis poesías? Acabo de leer unos versos de una mujer... Sentimientos de una delicadeza exquisita... Sí; verdaderamente estáis muy bien instalados. Un lujo prerrevolucionario... Vosotros sois unos verdaderos burgueses, ¿no es cierto? Dos habitaciones grandes como éstas... ¿No tenéis dificultades por causa del reglamento de habitaciones? A nosotros, la semana pasada, nos han obligado a aceptar dos inquilinos. Uno es un comunista. Papá está que muerde. Irina ha tenido que partirse la habitación con Asha, y están constantemente peleando como perro y gato. ¿Qué se le va a hacer? La

gente tiene que estar bajo techado... Verdaderamente, Petrogrado está demasiado poblado.

Entró una cinta en el pelo y restos de polvos sobre la nariz, llevando un fardo envuelto en una sábana blanca, de la que salía una media negra. Preguntó: —¿Dónde está el salón?

Kira le preguntó estupefacta: —¿Qué desea usted, ciudadana?

La muchacha no contestó. Abrió la primera puerta que encontró, la que comunicaba con la habitación del inquilino. La cerró de un golpe. Abrió la otra puerta y se coló en el salón. —Muy bien —dijo—; puede usted llevarse su *bourgeoise*, sus platos y demás cosillas; yo tengo las mías.

—¿Qué quiere usted ciudadana? —repitió Kira.

—¡ Ah, sí! —replicó la otra—. Véalo usted misma.

Y tendió a Kira una hoja de papel arrugado con un gran timbre oficial. Era una orden de Gilotdel que autorizaba a la ciudadana Marisha Lavrova a ocupar la habitación denominada "salón" en el cuarto número 22 de la casa de la calle Sergievskaja, y ordenaba a los actuales ocupantes que abandonen inmediatamente aquella habitación, llevándose únicamente "los efectos personales de necesidad inmediata".

—Pero esto es imposible —tartamudeó Kira.

La muchacha rió. —Déjelo, ciudadana, déjelo.

—Óigame. Márchese pacíficamente. No se quedará con esta habitación.

—¿No? ¿Y quién me lo impedirá? ¿Usted?

Se acercó a su sillón. Encima había un delantal de Kira. Lo echó al suelo, y en su lugar dejó su fardo. Dando un portazo, Kira salió corriendo escaleras arriba hasta llegar al cuarto del Upravdom, tres pisos más alto, y golpeó ferozmente la puerta, jadeando.

El Upravdom abrió la puerta y escuchó toda la historia, muy preocupado.

—¿Una orden del Gilotdel? Es extraño. No me lo han notificado. Esto es irregular. Voy a entendermelas con esta ciudadana. —Camarada Upravdom, usted sabe que esto es contrario a la ley. El ciudadano Kovalensky y yo no estamos casados. Tenemos derecho a dos habitaciones separadas.

—Es cierto.

El día anterior, Kira había cobrado un mes de lecciones; se sacó del bolsillo el fajo de billetes y, sin mirarlos, sin contarlos, los puso en manos del Upravdom.

—Camarada Upravdom, no acostumbro pedir auxilio, pero, por favor, dígame que se vaya. Esto sería, sería... sencillamente sería el final para nosotros.

El Upravdom embolsó furtivamente los billetes, y luego miró a Kira con aire sereno e inocente como si no hubiera sucedido nada.

—No se preocupe usted, ciudadana Argounova. Sabemos nuestra obligación. Pondremos a esta señora en su sitio, la echaremos al fango como le corresponde.

Se puso la gorra sobre la oreja y siguió a Kira escaleras abajo.

—A ver, ciudadana, ¿qué sucede? —preguntó bruscamente.

La ciudadana Marisha Lavrova se había quitado el abrigo y había abierto su fardo. Llevaba una blusa blanca, una falda vieja, zapatos con tacones altísimos y un collar de perlas falsas. Sobre la mesa había ido amontonando ropa blanca, libros y una tetera.

—¿Cómo le va, camarada Upravdom? —preguntó sonriendo amablemente—. Vale más conocerse en seguida. Se sacó del bolso un papel que le presentó abierto. Era el carnet de miembro de la Juventud Comunista del Konsomol.

—¡Oh! —dijo el Upravdom—. ¡Oh! Y volviéndose a Kira:

—¿Qué quiere usted, ciudadana? ¿Tiene usted dos habitaciones y una joven obrera tendría que quedarse en la calle? Ya pasó el tiempo de los privilegios burgueses, ciudadana. A la gente como usted le conviene vigilar lo que hace.

Kira y Leo llevaron el caso ante el Tribunal del Pueblo. Estaban en una sala desnuda que olía a sudor y a suelo por barrer. Lenin y Marx, sin marco, mayores que de tamaño natural, les contemplaban desde la pared. Un jirón de tela ponía: "Proletarios del mun..." y el resto no se veía porque el extremo de la tira de tela se había desclavado y ondeaba a la corriente de aire, enrollado como una serpiente.

El magistrado que presidía bostezó y preguntó a Kira:

—¿Cuál es su posición social, ciudadana?

—Estudiante.

—¿Empleada? —No.

—¿Miembro del Sindicato? —No.

El Upravdom testificó que si bien la ciudadana Argounova y el ciudadano Kovalensky no estaban legalmente casados, sus relaciones eran de "intimidad sexual" porque en su habitación no había más que una cama, como él había podido comprobar, y esto les equiparaba a "marido y mujer" ante la ley del domicilio, la cual concedía una sola habitación a los tres matrimonios, como sabía muy bien el camarada juez. Por lo demás, la habitación denominada "salón", además del dormitorio, daba a los ciudadanos en cuestión tres pies cuadrados más de lo que les correspondía; además, había que tener en cuenta que los ciudadanos en cuestión se habían mostrado muy morosos en el pago de su alquiler durante los últimos tiempos.

Se preguntó a Kira si reconocía el estado de "intimidad sexual", si era verdad que no tenía más que una cama, y dónde y cómo dormían.

—¿Quién era su padre, ciudadana Argounova?

—Alexander Argounov.

—¿El exfabricante de tejidos y dueño de una fábrica?
—Sí.
—Bien. ¿Y el suyo, ciudadano Kovalensky?
—El almirante Kovalensky.
—¿El que fue ajusticiado por actividades antirevolucionarias?
—El que fue ajusticiado, sí.
—¿Quién era su padre, ciudadana Lavrova?
—Un obrero, camarada juez; desterrado a Siberia por el zar en 1913. Mi madre es una campesina, que viene de su aldea.
—El veredicto del Tribunal del Pueblo es que la habitación en cuestión pertenece de derecho a la ciudadana Lavrova.
—¿Esto es un tribunal de justicia o un teatro de opereta? —preguntó Leo. El presidente le miró severamente.
—La llamada justicia imparcial es un prejuicio burgués. Este es un tribunal de justicia de clase. Esta es nuestra actitud oficial y la base de nuestra conducta. ¡El siguiente!
—Camarada juez —preguntó Kira—, ¿cómo se arregla la cuestión de los muebles?
—¿No pueden ponerlos todos en una habitación? —No, pero podemos venderlos. Estamos... estamos en una situación difícil.
—¿Ah, sí? ¿Quieren venderlos para sacar dinero de ellos, y luego una joven proletaria que no tiene muebles tendría que dormir en el suelo? ¡El siguiente!
—Dígame una cosa —preguntó Kira a la ciudadana Lavrova—. ¿Cómo obtuvo precisamente que le concedieran esta habitación nuestra? ¿Quién le habló de ella?
La ciudadana Lavrova sonrió evasivamente y le dirigió una mirada sin expresión.
—Una tiene amigos... —fue su única respuesta.

Su cara era pálida, su nariz chata, y sus labios delgados y salientes le daban una expresión de eterno descontento. Sus cabellos le caían en rizos sobre la frente y siempre llevaba pendientes unos aritos de latón con una pequeña turquesa falsa pegada al lóbulo de la oreja. Era poco sociable y hablaba poco. Pero la campanilla estaba sonando continuamente por causa de las visitas que recibía. Sus amigos la llamaban Marisha.

En el dormitorio gris y plata de Leo hubo que abrir un boquete encima de la chimenea de ónix negro para que pudiera pasar el tubo de la *bourgeoise*. Hubo que vaciar dos estantes del armario para poner los platos, los cubiertos y la comida. Entre la ropa blanca había mendrugos de pan, y las sábanas olían a aceite de linaza. Los libros de Leo se amontonaban encima del tocador, y los de Kira debajo de la cama. Leo, mientras iba

disponiendo sus libros, silbaba un *fox-troi*; pero Kira prefería no verlo. Después de algunas vacilaciones, Marisha les devolvió el retrato de la madre de Leo que estaba en el salón, pero se quedó con el marco, en el que puso un retrato de Lenin. Tenía también retratos de Trotzky, de Marx, de Engels y de Rosa Luxemburg, y un gran cartel representando al espíritu de la Flota Aérea Roja. Tenía asimismo un gramófono. Por las noches, hasta muy tarde, tocaba viejos discos: su favorito era una canción sobre la derrota de Napoleón en Rusia. *Crepitaba, llameaba, el incendio de Moscú*. Cuando estaba cansada del gramófono tocaba el *Vals del Destino* en el gran piano de cola. Para ir al cuarto de baño tenía que pasar por el dormitorio de Kira y Leo.

Marisha lo atravesaba tranquilamente, en su peinador descolorido y sin abrochar.

—Le agradecería que llamase antes de pasar.

—¿Por qué? El baño no es suyo.

Marisha era estudiante en la Universidad de Rabfac. Las Rabfac eran Facultades especiales para obreros, en las que el programa académico era algo menos exigente que el de la Universidad, y el de ciencias revolucionarias lo era mucho más, y cuyo ingreso estaba limitado según bases estrictamente proletarias.

A Marisha no le gustaba Kira, pero a veces hablaba con Leo. Empujaba la puerta con tal violencia que hacía oscilar los retratos colgados de la pared, y chillaba imperiosamente:

—Ciudadano Kovalensky, ¿puede usted ayudarme a estudiar esta maldita historia?

¿En qué siglo quemaron a Martín Lutero?

¿Fue en Alemania o no? ¡O a lo mejor ni siquiera lo quemaron!

Otras veces abría la puerta y decía, sin dirigirse especialmente a nadie:

—Voy al Consejo del Komsomol. Si viene el camarada Rilenko dígame que me en contrará en el Círculo. Pero si viniera aquel chismoso de Misha Gvozdev, dígame que me marcho a América. Ya sabe quién es: aquel pequeño que tiene una verruga en la nariz.

O entraba con una taza en la mano:

—Ciudadana Argounova, ¿puede usted prestarme un poco de manteca? No sabía que la había acabado... ¿Sólo aceite de linaza?

¿Cómo puede comer esa basura? En fin, déme una taza. Cuando Leo salía a las siete de la mañana, al atravesar la habitación de Marisha la encontraba dormida, con la cabeza apoyada sobre la mesa llena de libros. Marisha despertaba con un estremecimiento, al oír el ruido de pasos.

—¡Maldita sea! —exclamaba bostezando y desperezándose—. ¡Es esta comunicación que tengo que leer esta noche en el Círculo Marxista a

nuestros camaradas menos ilustrados, acerca del "Significado social de la electricidad como factor histórico"

! Ciudadano Kovalensky, ¿quién diablos es Edison?

Por la noche, la oían llegar tarde a casa. Daba un portazo y luego tiraba furiosamente al suelo los libros de encima de una silla; se oía el rodar de los libros y luego la voz de Marisha mezclada al bajo profundo de adolescente del camarada Rilenko.

—Aleshka, querido, eres un ángel. ¿Quieres encender ese maldito "Primus"? Estoy muerta de hambre.

Se oían los pasos de Aleshka, y luego el silbido del "Primus".

—Eres un ángel, Aleshka, siempre he dicho que eres un ángel. Estoy más cansada que un caballo de tiro.

Por la mañana el Rabfac, a mediodía el Círculo del Konsomol, a las dos el Círculo Marxista, a las dos y media una Junta para tratar de las guarderías infantiles para las fábricas, a las tres manifestación contra el analfabetismo... ¡Cómo me sudan los pies...! A las cuatro conferencia sobre la electricidad, a las siete Junta de los directores de periódicos murales... Yo dirigiré uno. Reunión de amas de casa hacia las siete y media, conferencia sobre nuestras camaradas de Hungría a las... ¿qué sé yo? No podrás decir que tu amiga no tenga una gran mentalidad de clase y una actividad social extraordinaria, Aleshka; realmente no puedes decirlo.

Aleshka se sentaba al piano y tocaba *John Gray*. Una vez, en plena noche, Kira se despertó al ruido de alguien que entraba furtivamente en el cuarto de baño. Tuvo la rápida visión de un cuerpo desnudo y unos cabellos rubios. En el cuarto de Marisha no había luz.

Una tarde, Kira oyó detrás de la puerta una voz familiar. Un hombre decía:

—Claro está que somos amigos. Ya lo sabe usted bien. Tal vez, por mi parte, hay algo más que amistad... pero no me atrevo a esperar. Le he demostrado mi afecto. Ahora es usted quien debería hacer algo por mí. Deseo conocer a aquel amigo suyo del Partido.

Kira iba a salir. Al atravesar la habitación de Marisha se detuvo de golpe. Víctor estaba sentado en el diván y tenía entre las suyas la mano de Marisha. Se puso en pie de un salto, ruborizándose.

—¡Víctor! ¿Venías por mí?

El no acertó a contestar. Kira comprendió.

—Kira, no quisiera que fueras a creer que yo... —empezó a decir Víctor.

Kira salió corriendo, atravesó el rellano y bajó la escalera a toda velocidad.

Cuando refirió la escena a Leo, éste quería romper las costillas a Víctor. Kira le recomendó que se mantuviera sereno.

—Si vas a hacerle una escena, su padre se enterará. Y esto será el golpe de gracia para tío Vasili, que ya es tan desgraciado. Y total, ¿para qué? Tampoco nos devolverán el salón...

En la cooperativa del Instituto, Kira encontró a la camarada Sonia y a Pavel Syerov. La camarada Sonia estaba masticando un pedazo de corteza del pan que acababan de darle. Pavel Syerov iba elegante como un figurín militar. Sonrió a Kira con efusión.

—¿Cómo está usted, camarada Argounova? ¡No se la ve a menudo por el Instituto, desde hace algún tiempo!

—He tenido que hacer.

—No se la ve con el camarada Taganov. ¿Han reñido?

—¿Por qué le interesa saberlo?

—¡Oh, no me interesa personalmente!

—Pero nos interesa como deber respecto al Partido —dijo suavemente la camarada Sonia—. El camarada Taganov es un elemento de gran valor para el Partido... Y es natural que nos preocupemos por él, porque su amistad con una mujer de la procedencia social de usted puede perjudicar su posición.

—¡No digas tonterías, Sonia, no digas tonterías! —protestó Pavel Syerov con súbita energía—. La posición de Andrei en el Partido es demasiado elevada. Nada puede comprometerla. La camarada Argounova no tiene por qué preocuparse por ello y romper una buena amistad.

Kira le preguntó, mirándole de hito en hito:

—¿No le sabe mal que la posición del camarada Taganov en el Partido sea tan elevada?

—¿Por qué? El camarada Taganov es un excelente amigo mío y...

—Y usted es un excelente amigo suyo, ¿no?

—¡Vaya una pregunta rara, camarada Argounova!

—En estos tiempos se hacen cosas muy raras, ¿no es verdad?

Buenos días, camarada Syerov.

Marisha entró mientras Kira estaba sola. Su boca, malhumorada, estaba hinchada, y sus ojos, enrojecidos por las lágrimas. Sin preámbulos, preguntó:

—Ciudadana Argounova, ¿qué sistema usa usted para no tener criaturas?

Kira la miró sorprendida.

—Temo haber hecho una tontería —gimió Marisha—. Y aquel maldito chinchoso de Aleshka decía que era una burguesa si no le dejaba... me prometía andar con cuidado... ¿Qué tengo que hacer?

Kira le dijo que no lo sabía.

Kira se pasó tres semanas trabajando secretamente en un nuevo traje. No era otra cosa que el antiguo vuelto del revés; poco a poco, penosamente, con grandes dificultades, logró hacerlo. Por el revés, la lana azul turquí era suave y sedosa al tacto como si fuera nueva. Tenía que ser una sorpresa para Leo. Trabajaba de noche, cuando Leo ya estaba en la cama. Ponía una vela en el suelo, abría la gran puerta del armario de luna, como si fuera un biombo, y luego se sentaba en el suelo, detrás, al lado de la vela. Kira no había aprendido nunca a coser. Sus dedos se movían lentamente, inseguros. Cuando se pinchaba con la aguja, se secaba furtivamente las gotas de sangre en la camisa. Sentía que le escocían los ojos como si la pinchasen con pequeños alfileres por debajo de los párpados, y los párpados eran tan pesados que sólo con dificultad lograba entreabrirlos, y era necesario un esfuerzo para que sus ojos permaneciesen abiertos a la luz amarillenta de la vela, que parecía enorme.

De vez en cuando, en la oscuridad, Leo, dormido, suspiraba profundamente.

El traje estaba terminado el día que Kira encontró a Vava por la calle. Vava sonreía feliz, misteriosamente, sin motivo aparente, como si sonriese a un pensamiento secreto. Anduvieron juntas un rato, y Vava no pudo contener su secreto por más tiempo.

—¿Quieres subir, Kira? —preguntó—. Sólo un momento. Quiero enseñarte algo... Algo... del extranjero.

Abrió un paquete cuidadosamente envuelto en papel de color; manejaba lo que había dentro con reverencia, casi sin atreverse a tocarlo con sus dedos temblorosos. En el paquete había dos pares de medias de seda y una pulsera de galalit negro. Kira suspiró profundamente.

Alargó la mano, vaciló, y luego, con la punta de los dedos, tocó una media, acariciándola tímidamente como si fuese la piel de un animal de valor inestimable.

—De contrabando —susurró Vava—; una señora cliente de papá... su marido se dedica a los negocios. Lo han traído de Riga... y el brazalete... es la última moda en el extranjero. ¡Imagínate! ¡Joyas falsas! ¿No es algo maravilloso?

Kira tenía reverentemente el brazalete en la palma de la mano, sin osar ponérselo.

Vava preguntó de pronta, tímidamente, sin sonreír:

—Dime, Kira, ¿qué es de Víctor? —Está bien.

—Yo... hace muchísimo tiempo que no le he visto.

Sí, ya lo sé. ¡Está tan ocupado! He renunciado a nuestras citas. ¡Oh, es tan activo...! Estoy contenta con estas medias. Me las pondré cuando... cuando él venga. Esta mañana he tenido que tirar el último par que me quedaba.

—¿Las has tirado?

—¡Claro! Me parece que todavía están en la basura. Están viejísimas. Hay una con no sé cuántas carreras.

—Vava... ¿podrías dármelas? —¡Cómo! ¿Las rotas? ¡Pero si ya no se pueden llevar! —Es... para una broma.

Kira volvió a su casa estrujando en su bolsillo un apretado ovillo. Llevaba la mano en el bolsillo sin atreverse a sacarla. Leo, al regresar, por la noche, abrió la puerta con una mano y con la otra tiró la cartera en medio de la habitación. La cartera se abrió, y los libros se esparcieron por todo el pavimento. Luego entró él.

No se quitó el gabán, sino que se fue directamente hacia la *bourgeoise* y alargó sus manos, frotándose las vigorosamente, con rabia. Luego se quitó el gabán y lo arrojó encima de una silla, al otro lado de la habitación: el gabán no llegó a la silla y cayó al suelo hecho un montón.

Leo no lo recogió. Preguntó: —¿Tienes algo que comer?

Kira se quedó silenciosa ante él, inmóvil en el esplendor de su traje nuevo y de sus medias de seda cuidadosamente remendadas. Sólo dijo, suavemente: — Sí; siéntate.

Leo se sentó. La había mirado varias veces, sin darse cuenta de nada. Naturalmente, el traje era el mismo de color azul turquí; pero Kira se había esmerado mucho en adornarlo con franjas y botones de hule negro, que parecían de charol. Cuando sirvió el mijo y Leo hundió su cuchara en las gachas amarillas y humeantes, Kira se paró junto a la mesa y, levantándose un poco la falda, expuso sus piernas a la luz, observando contenta la brillante seda. Tímidamente dijo: —Mira, Leo.

El miró, y preguntó secamente: —¿Dónde las has encontrado? —Yo... me las ha dado Vava. Estaban... rotas. —Yo no llevaría lo que los otros tiran.

No dijo ni una palabra del traje nuevo. Ella, por su parte, tampoco se lo hizo observar. Comieron en silencio.

Marisha abortó.

Se oían sus gemidos al otro lado de la puerta. Se arrastraba pesadamente por la habitación, insultando a gritos a la comadrona que no conocía su oficio.

—Ciudadana Lavrova, ¿quiere hacerme el favor de fregar el cuarto de baño?

—Déjeme en paz; no me encuentro bien. Si es usted tan condenadamente burguesa que quiere el cuarto de baño limpio, límpieselo usted misma.

Marisha dio un portazo, pero al rato volvió a abrir la puerta con cautela.

—Ciudadana Argounova, no le diré usted nada a su primo de esto que me pasa, ¿verdad? El no está enterado de mi... fracaso. El es... un caballero.

Leo volvió a casa al amanecer. Había trabajado toda la noche en un puente en construcción, en el fondo de un río casi helado. Kira le estaba aguardando. Había conservado la *bourgeoise* encendida.

Entró con el gabán manchado de aceite y barro, con aceite y sudor en el rostro, y aceite y sangre en las manos. Vacilaba un poco y se paró un momento en el umbral. Sobre la frente llevaba un mechón de pelo pegado por el sudor.

Entró en el cuarto de baño, y volvió a salir preguntando: —¿Tengo ropa limpia, Kira?

Estaba desnudo. Sus manos estaban hinchadas, su cabeza se inclinaba sobre su hombro, sus párpados eran azulados. Su cuerpo era blanco como el mármol, y tan firme y erguido que parecía el de un dios. Kira pensó que hubiera podido subir, al amanecer, a una montaña; a sus pies hubiera crujido la hierba fresca y el rocío habría cubierto sus músculos en señal de homenaje.

La *bourgeoise* humeaba. Una acre niebla se extendía bajo la lámpara eléctrica: debajo de los pies, la alfombra gris olía a petróleo; de la juntura de los tubos de la estufa caían sobre la alfombra, con un ruido apagado, gotas de hollín.

Kira estaba frente a Leo. No podía hablar. Le tomó una mano y se la llevó a los labios. El vaciló un poco, echó la cabeza atrás y tosió...

Leo tardaba. Le había retenido una clase en la Universidad. Kira le estaba aguardando, y el "Primus" silbaba débilmente, manteniendo caliente la comida. Sonó el teléfono. Kira oyó una voz infantil, temblorosa, asustada, en la que las lágrimas se mezclaban a las palabras.

—¿Eres tú, Kira? Aquí Asha. Kira, por favor, ven en seguida tengo miedo. Es algo grave. Creo que mamá... No, en casa no hay nadie; sólo está papá... y no quiere llamar... no quiere hablar... y yo tengo miedo... No hay nada que comer en casa... Por favor, Kira, tengo tanto miedo... Ven, por favor... Por favor, Kira... Con todo el dinero que le quedaba, Kira compró una botella de leche y dos libras de pan en una tienda particular, mientras corría a casa de su tía. Asha le abrió la puerta. Se cogió al vestido de Kira sollozando desesperadamente, de una manera convulsa, sacudiendo nerviosamente los hombros, apretando su cara contra el borde de la falda de su prima.

—¿Qué sucede, Asha? ¿Dónde está Irina? ¿Y Víctor? —Víctor no está en casa. Irina salió a llamar al médico. Yo he pedido auxilio a un vecino y me ha mandado al infierno. Tengo miedo...

Vasili Ivanovitch estaba sentado al lado de la cama de su mujer. Sus manos pendían inertes entre sus rodillas, y todo su cuerpo permanecía inmóvil. Los cabellos de María Petrovna estaban sueltos sobre la almohada. Su respiración era sibilante, y el cobertor subía y bajaba de una manera desigual. Sobre él se veía una gran mancha oscura.

Kira se detuvo aterrada, con la botella de leche en una mano y el pan en la otra. Vasili Ivanovitch levantó lentamente la cabeza para mirarla.

—Kira —dijo en tono indiferente—. Leche... ¿Tienes inconveniente en calentarla? Puede reanimarla un poco...

Kira encendió el "Primus". Calentó la leche; acercó una taza a los labios temblorosos y azulados de la enferma. María Petrovna se tragó dos sorbos, pero luego rehusó la taza.

—Hemorragia —dijo Vasili Ivanovitch—. Irina fue a por el doctor. No tiene teléfono. Ningún otro médico quiere venir. No tengo dinero. El hospital no envía a nadie porque no pertenecemos al Sindicato...

Sobre la mesita ardía una vela. A través de un amarillento resplandor, que mejor merecía el nombre de niebla, se abrían como negras heridas tres altos ventanales sin cortinas. Un vaso blanco, vuelto del revés, estaba sobre la mesita dejando caer sobre un negro charco sus últimas gotas. En el techo, sobre la vela, temblaba un pálido círculo de luz, y una luz pálida se reflejaba temblorosa sobre las temblorosas manos de María Petrovna. La enferma gimió débilmente:

—Estoy bien... Estoy bien... Lo sé, que estoy bien... Vasili quiere asustarme. Nadie puede decir que no estoy bien... Quiero vivir... Viviré... ¿Quién dice que no?

—Claro está que vivirás, tía Marussia; estás muy bien. Pero te conviene estar quieta. Cálmate.

—Kira, ¿dónde está mi lima de las uñas...? Búscamela. Irina ha vuelto a perderla. Siempre le estoy diciendo que no la toque. ¿Dónde está mi lima?

Kira abrió un cajón para buscarla. La detuvo un extraño ruido. Parecía el rodar de guijarros sobre un terreno duro, el borboteo del agua en un tubo obturado, el alarido de un animal herido. María Petrovna tosía. Una línea oscura surcaba su blanca barbilla.

—Hielo, Kira—gritó Vasili Ivanovitch—, ¿tenemos hielo? Kira corrió por el oscuro pasillo hasta la cocina. Una gruesa capa de hielo cubría el antepecho de la ventana. Rompió un poco con la hoja aguda y mohosa de un viejo cuchillo, y al hacerlo se hirió en una mano. Volvió, estrechando entre sus dedos el hielo que goteaba.

María Petrovna gritaba, en medio de su acceso de tos: —¡Socorro, socorro, socorro!

Envolvieron el hielo en una toalla y se lo pusieron sobre el pecho. Sobre el camisón iban extendiéndose unas manchas rojas. De pronto la enferma se incorporó y el hielo rodó estrepitosamente por el suelo. De los labios de María Petrovna salía una espuma rojiza; sus ojos se abrían con una expresión de horror profundo, más allá de los límites de la dignidad humana. Miró a Kira y chilló:

—¡Quiero vivir, Kira, quiero vivir!

Cayó hacia atrás. Sus cabellos se esparcieron sobre la almohada.

Luego sus brazos cayeron a lo largo del cobertor, y se quedó inmóvil. Sobre su boca se formó una gruesa burbuja encarnada, que explotó en un chorro de algo denso y oscuro que borbotó como la última gota que sale de un tubo obstruido. María Petrovna no se movió. Nada se movía sobre la cama, excepto aquella cosa oscura que iba resbalando lentamente por su cuello... Kira no acertó a moverse. Alguien la tomó por la mano. Vasili Ivanovitch

escondió la cara en su regazo y rompió a llorar; sollozaba en silencio; Kira veía moverse convulsivamente sus blancos cabellos.

Detrás de una silla, en un rincón, Asha gemía débilmente acurrucada en el suelo, con una monótona cantilena.

Kira no lloró.

De vuelta a casa, encontró a Leo sentado junto al "Primus", cenando; Leo tosía.

Estaban sentados en una mesita, en un rincón oscuro del restaurante. Kira se había encontrado con Andrei en el Instituto y él la había invitado a tomar una taza de té con "auténticos pasteles franceses". El establecimiento estaba casi vacío. Desde la acera, incrédulos rostros, en los que se leía la envidia, observaban por la ventana a los afortunados que podían sentarse ante la mesa de un restaurante. En una mesa del centro, un hombre en un grueso abrigo de pieles ofrecía un plato de dulces a una elegante y sonriente señora, que vacilaba en su elección... Su mano, suspendida sobre los mates reflejos del chocolate helado, llevaba en uno de sus dedos un brillante deslumbrador. El restaurante olía a goma vieja y a pescado pasado. De la lámpara central caía un largo tubo de papel pegajoso, donde se debatían en la agonía varios miles de moscas. El tubo oscilaba cada vez que se abría la puerta de la cocina. Encima de esta puerta había un retrato de Lenin en un marco de papel trenzado.

—Kira, he estado a punto de faltar a mi palabra e ir a buscarla. Está tan... pálida. ¿Hay algo que no marcha bien, Kira?

—Sí... hemos pasado algunos malos ratos... en casa.

—Tenía entradas para el *ballet El lago de los cisnes*. La esperé, pero no asistió a las clases.

—Lo siento. ¿Era bonito?

—No fui.

—Andrei, creo que Pavel Syerov se está proponiendo crearle dificultades en el Partido.

—Es probable. No me gusta Pavel Syerov. Mientras el Partido está luchando con los especuladores, él les protege. Se sabe que ha comprado un paquete extranjero a un contrabandista. —Andrei, ¿por qué su Partido no cree en el derecho que tiene cada uno a vivir, mientras no se muere? — ¿Habla usted por Syerov o por usted misma?

—Por mí misma.

—En nuestra lucha, Kira, no cabe la neutralidad.

—Tienen ustedes derecho a matar, como lo tienen todos los combatientes. Pero nadie, antes que vosotros, ha pensado en negar la vida a los que todavía viven.

Kira contempló el rostro implacable que tenía enfrente. Vio dos triángulos oscuros en sus negras mejillas; los músculos del rostro de Andrei eran rígidos como duro cuero. Decía:

—Cuando se pueden soportar todos los sufrimientos también se puede ver sufrir a los demás. Tal vez se sienta la necesidad de verles sufrir. Es la ley marcial. Nuestra época es un amanecer. Ha aparecido un nuevo sol, que el mundo no había visto nunca todavía. Nosotros andamos bajo sus primeros rayos. Todos nuestros sufrimientos, todos nuestros gritos encontrarán, gracias a esta nueva aurora, una gigantesca expansión en los siglos futuros; cada figura insignificante se convertirá en una sombra enorme que por cada momento de dolor nuestro ahorrará al mundo siglos de dolor futuro.

El camarero trajo el té y los pasteles.

Los dedos de Kira, al tomar un dulce, se estremecieron en un involuntario temblor, como con una prisa mal contenida, que era algo más que el deseo de una golosina rara.

—¡Kira! —balbució Andrei dejando caer su tenedor—. ¡Kira!

Ella le miró asustada.

—¿Por qué no me lo había dicho, Kira?

—No sé de qué está hablando, Andrei... —intentó decir ella, pero comprendió que él había adivinado.

—Aguarde, no coma esto. ¡Camarero, un plato de sopa caliente!, pronto... y luego, traiga todo lo que tengan. ¡Aprisa...!

Kira... no sabía... no sabía que las cosas fueran tan graves...

Ella se limitó a sonreír con tristeza, débilmente.

—¿Por qué no me lo decía?

—Sé que no quiere valerse de su influencia en el Partido para ayudar a los amigos.

—Oh; pero esto... Kira... esto... —y Kira le vio asustado por primera vez. Se levantó.

—Perdóneme un momento —dijo, y atravesando la estancia se dirigió al teléfono. Kira pudo oír parte de la conversación. —¿Camarada Voronov...? Debes inmediatamente... Sí... No me importa... Hacedlas... Sí... No... ¡No! Mañana por la mañana... Sí... Gracias, camarada, adiós.

Volvió sonriendo ante la cara incrédula y maravillada de ella. —De modo que mañana por la mañana puede usted ir a trabajar. En las oficinas de la "Casa del Campesino". No es una gran colocación, pero es lo que he podido obtener de momento... y no la cansará a usted mucho. Esté allí a las nueve y pregunte por el camarada Voronov. El ya sabrá quién es usted. Y... tome usted. Abrió la cartera y vaciándola puso en manos de Kira un fajo de billetes.

—Oh, Andrei... no puedo...

—Tal vez no pueda... para usted misma. Pero puede para otros. ¿No hay alguien que lo necesita? ¿Su familia? Kira pensó en alguien que lo necesitaba, y tomó el dinero.

Capítulo quince

Cuando Kira dormía, su cabeza se caía hacia atrás sobre la almohada, de modo que la débil luz de las estrellas que penetraba por la ventana dibujaba un triángulo blanco debajo de su barbilla. Sus pestañas reposaban inmóviles sobre las mejillas serenas y pálidas. Sus labios respiraban suavemente como los de un niño, con una sombra de sonrisa en las comisuras, confiados, llenos de esperanza, tímidos y radiantemente jóvenes.

El despertador tocaba a las seis y media. Llevaba dos meses tocando a esa hora.

El primer movimiento del día era para Kira un salto convulso en un precipicio helado. Al primer alarido histérico del despertador, se apresuraba a pararlo para dejar dormir a Leo; luego permanecía erguida, un poco vacilante, estremecida por el sonido del despertador, que todavía hería sus oídos como un insulto, con un odio oscuro difuso por todo su cuerpo, con un deseo ardiente de todos sus músculos que la atraía hacia la cama, con la cabeza demasiado pesada para su cuerpo, mientras el frío pavimento, bajo sus pies desnudos, parecía de fuego.

Luego, tambaleándose un poco, se dirigía a tientas al cuarto de baño. Sus ojos se negaban a abrirse. Buscaba el grifo, que había estado goteando toda la noche para evitar que el agua se helase en la cañería. Con los ojos cerrados, se echaba un poco de agua fría al rostro con una mano, mientras apoyaba la otra en el lavabo para no caerse.

Luego abría los ojos, se quitaba el camisón y sus brazos exhalaban vapor en el aire helado mientras ella, castañeteándole los dientes, intentaba sonreír para convencerse de que era hora de empezar la jornada y de que ya se le había pasado el frío.

Se vestía y volvía silenciosamente al dormitorio. No encendía la luz; podía ver la negra silueta del "Primus" encima de la mesa, destacándose sobre el oscuro azul del cielo que se recortaba en la ventana. Encendía una cerilla, interponiendo su cuerpo entre la cama y aquella débil luz, y se ponía a encender el "Primus". El "Primus" no quería encenderse; en la oscuridad, se oía palpar el reloj, aumentando la prisa de Kira; accionaba el émbolo con

furia, mordiéndose los labios, hasta que por fin surgía la llama azul, y la joven ponía un cazo de agua al fuego.

Tomaba su té con sacarina y masticaba un pedazo de pan seco; ante ella, la ventana, helada, ofrecía un sólido arabesco de blancos heléchos que centelleaban débilmente; al otro lado de la ventana seguía siendo de noche. Kira se sentaba hecha un ovillo junto a la mesa, sin osar moverse, esforzándose en masticar sin hacer ruido. El sueño de Leo era agitado. Se revolvió por la cama, tosía, con una tos seca, sofocada por el almohadón, y de vez en cuando suspiraba con un suspiro ronco que casi era un gemido.

Kira se ponía las botas de fieltro, el abrigo, y se envolvía el cuello en una vieja bufanda. De puntillas se dirigía a la puerta, daba una última mirada al pálido rostro de Leo, blanco vislumbre en medio de la oscuridad, y le enviaba un beso silencioso con la punta de los dedos; luego abría lentamente la puerta y lentamente también volvía a cerrarla detrás de sí.

Fuera la nieve era todavía azulada; la oscuridad se iba retirando poco a poco por encima de los tejados, y a lo lejos, en el cielo, empezaba a adivinarse un azul algo más claro. Los tranvías corrían chillando como aves de presa.

Kira se inclinaba hacia adelante, escondiendo sus manos bajo los sobacos, encogida como un trémulo ovillo que avanzaba estremeciéndose contra el viento. El frío le quitaba el aliento y le daba en la nariz un agudo dolor. Corría, resbalando por el suelo helado, hasta el tranvía que pasaba a lo lejos. Ya había una larga cola que lo estaba aguardando. Ella, como los demás, esperaba, encorvada contra el viento y silenciosa. Cuando llegaba el tranvía —amarillos cuadros de luz que se movían a saltos en la oscuridad— la cola se rompía. En la portezuela se producía un rápido remolino, una agitación de cuerpos que se empujaban apresuradamente, de sombras estrechamente apretujadas, y a veces Kira se quedaba fuera, mientras el tranvía arrancaba al sonido de la campanilla. El coche próximo no llegaba hasta al cabo de media hora. Kira hubiera llegado tarde y esto le hubiera costado el empleo. Corría detrás del tranvía, de un salto lograba cogerse a una agarradera, y por un momento sus pies seguían resbalando sobre el hielo mientras el coche aumentaba su velocidad; un fuerte brazo la cogía por los hombros y la subía al estribo y una voz ronca le chillaba junto al oído:

—¿Está usted loca, ciudadana? Así es como se mata tanta gente. Subida en el estribo al lado de un racimo de hombros, apoyada únicamente en una mano y un pie, viendo cómo debajo de sus pies se deslizaba velozmente la nieve, se arribaba con todas sus fuerzas a sus vecinos, cuando por la vía de al lado pasaba otro coche, amenazando arrastrarla.

La "Casa del Campesino" ocupaba un antiguo palacio. Tenía una escalinata de mármol rosa pálido, con una balaustrada de bronce iluminada por un gran ventanal, en cuyos cristales se veían uvas purpúreas y rosados melocotones

saliendo de cuernos de la abundancia. En lo alto de la escalera campeaba una inscripción: " Camaradas, no escupir en el suelo ".

Había también otros carteles: una hoz y un martillo de cartón-piedra dorado, la figura de una campesina llevando una espiga de trigo, otros pasquines cubiertos de grandes espigas doradas, verdes, rojas, un retrato de Lenin, la imagen de un campesino aplastando una araña con cabeza de cura, un retrato de Trotzky, un campesino con un arado rojo, un retrato de Carlos Marx... "Proletarios del mundo entero, unios. Quien no trabaja, no debe comer." "Viva el largo reinado de los obreros y los pobres campesinos." "Camaradas campesinos, aplastad a los acaparadores."

Recientemente se había iniciado con gran aparato periodístico y de pasquines una nueva campaña para "una comprensión más estrecha entre los obreros y campesinos, una mayor expansión de las ideas de la ciudad por todo el país". A este movimiento se le llamaba, para que todos pudiesen entender su significación, "Unión de las ciudades con los pueblos". La "Casa del Campesino" se dedicaba a esta unión. Se veían allí pasquines representando obreros y campesinos que se estrechaban la mano, o un obrero y una campesina, o un campesino y una obrera, bancos de taller y arados, chimeneas de fábrica y campos de trigo. "Nuestro porvenir está en la unión de las ciudades con los pueblos." "Camaradas, reforzad la unión." "Camaradas, colaborad a la unión." "Camaradas, ¿qué habéis hecho por la unión? "

Los pasquines subían como espuma desde la puerta de entrada hasta las oficinas, llenando todas las paredes de la escalera. En las oficinas había columnas de mármol esculpido alternando con una valla de madera basta; escritorios, cedularios, retratos de jefes del proletariado y una máquina de escribir; había la camarada Bitiuk, directora, y cinco empleados, entre los cuales estaba Kira.

La camarada Bitiuk era una mujer alta y flaca, de pelo gris y ademanes militares, con una simpatía extraordinaria por el Gobierno soviético. La principal finalidad de su vida era poner en evidencia lo profundo de esta simpatía, a pesar de que había estudiado en un buen colegio de señoritas y de que llevaba en el pecho un reloj pasado de moda, colgando de una cadena de plata oxidada. Los otros cuatro empleados eran: una muchacha alta, con una larga nariz y una chaqueta de cuero, miembro del Partido y que tenía el poder de hacer estremecer a la camarada Bitiuk cada vez que le dirigía la palabra, y era plenamente consciente de semejante poder; un joven de feo cutis, que no era todavía miembro del Partido, pero que había presentado la solicitud de ingreso y no dejaba perder ocasión de recordarlo; luego había dos muchachas que trabajaban sin ningún ahínco, únicamente para justificar su sueldo: Nina y Tina. Nina llevaba unos auriculares y estaba encargada de contestar al teléfono. Tina se empolvaba la nariz y escribía a máquina. Una costumbre salida de quién sabe dónde y extendida por todo el país, una

costumbre que ni aun el Partido lograba frenar y a la que no podía oponerse, de la que nadie era responsable y que por lo mismo no se podía castigar, era la de llamar "soviéticas" a todas las cosas que no marchaban bien. Había "cerillas soviéticas" que no se encendían, "pañuelos soviéticos" que se rasgaban al primer día, "zapatos soviéticos" con suela de cartón. A las jóvenes como Nina y Tina se las llamaba "muchachas soviéticas".

En la "Casa del Campesino" había muchos pisos y muchas oficinas. Muchos pies atravesaban continuamente los corredores, en un continuo rumor de actividad. Kira no supo nunca en qué consistía esta actividad, ni quién trabajaba en el edificio, fuera de su oficina, y aparte del imponente camarada Voronov a quien había visto una vez, el primer día, cuando se había presentado a trabajar.

Como la camarada Bitiuk se lo estaba recordando continuamente, la "Casa del Campesino" era el corazón de una red gigantesca cuyas venas transmitían los rayos benéficos de la cultura proletaria a los rincones más oscuros de los pueblos más lejanos. Representaba los brazos amorosos de la ciudad, abiertos para dar la bienvenida a todos los delegados de los pueblos y, en general, a todos los camaradas que desde sus campos iban a la capital. Allí estaba, como un guía y un intérprete, devoto sirviente de todos ellos para todo cuanto necesitasen en el orden cultural y espiritual.

Desde su mesa, Kira observaba a la camarada Bitiuk que hablaba efusivamente por teléfono:

"Sí, sí, camarada, todo está listo. A la una los camaradas campesinos de la delegación siberiana visitarán el Museo de la Revolución... La historia de nuestra revolución desde los primeros días... una lección fácilmente comprensible de historia del proletariado... en dos horas... de gran utilidad... y disponemos también de un guía especial... A las tres los campesinos visitarán nuestro club marxista, donde se ha preparado una conferencia especial sobre "Problemas de las ciudades y los pueblos soviéticos..." A las cinco se espera a los camaradas campesinos en un círculo de pioneros donde los muchachos celebrarán un mitin especial en su honor. A las siete los camaradas campesinos irán a la ópera; les hemos reservado dos palcos en el Marinsky, donde representan *Aída*."

Cuando había colgado el receptor, daba una vuelta en su silla y ordenaba en tono militar:

—Camarada Argounova, ¿tiene la solicitud de la conferencia oficial?

—No, camarada Bitiuk.

—Camarada Ivanova, ¿ha puesto usted a máquina esta solicitud?

—¿Qué solicitud, camarada Bit... ?

—La solicitud de una conferencia especial para la delegación de los camaradas campesinos de Siberia.

—Pero usted no me ha dicho que pusiera a máquina ninguna solicitud, camarada Bitiuk.

—Se la dejé sobre su mesa, escrita a mano por mí misma. —¡Ah, sí, claro está! ¿Es ésta? La vi, pero no sabía que tuviera que copiarla a máquina, camarada Bitiuk. Y la cinta de la máquina está rota.

—Camarada Argounova, ¿tiene usted la petición aprobada de una cinta nueva para la máquina de escribir de la camarada Ivanova?

—No, camarada Bitiuk.

—¿Pues dónde está? —En la oficina del camarada Voronov.

—¿Y qué hace allí?

—El camarada Voronov no la ha firmado todavía.

—¿La han firmado los otros?

—Sí, camarada Bitiuk. La han firmado el camarada Syerov, el camarada Pereverstov y la camarada Vlassova. Pero el camarada Voronov no la ha devuelto todavía.

—Hay gente que no se da cuenta de la tremenda importancia cultural de nuestro trabajo. —La camarada Bitiuk se irritaba, pero, dándose cuenta de la mirada fría y suspicaz de la muchacha de la chaqueta de cuero al oír su crítica de un alto funcionario, se apresuraba a corregirse.

—Lo decía por usted, camarada Argounova. No demuestra usted bastante interés por su trabajo ni por la conciencia proletaria. Océpese usted de que se firme esta petición.

—Sí, camarada Bitiuk.

Durante horas y horas, flaca y pálida bajo su descolorido abrigo viejo, Kira registraba documentos escritos a mano, documentos escritos a máquina, certificados, informes, cuentas, demandas que debían registrarse donde nadie volvía a verlas jamás; contaba libros, columnas de libros, montañas de libros acabados de imprimir que le manchaban los dedos de tinta, libros de cubiertas de papel blanco y rojo que había que enviar a las organizaciones de campesinos de todo el país. *Lo que tenéis que hacer por la unión, El campesino rojo, El taller y el arado, El abecé del comunismo, El camarada Lenin y el camarada Marx.*

Abundaban las llamadas telefónicas, la gente que entraba y salía y a la que había que tratar de "camarada" o "ciudadano", había que repetir innumerables veces, mecánicamente, como un gramófono a toda prueba, imitando las inflexiones de voz entusiásticas de la camarada Bitiuk: "De este modo, camarada, se contribuye a la unión y al progreso del proletariado."

A veces iba en persona a la oficina algún camarada campesino. Se quedaba detrás de la valla, estrujando tímidamente la gorra de piel en una mano y rascándose la cabeza con la otra. Iba asintiendo lentamente con la cabeza, sin comprender una palabra, y sus ojos atónitos no se apartaban de Kira, que le decía:

—... y hemos combinado una visita al Palacio de Invierno, para los camaradas de vuestra delegación; así verán cómo vivía el zar... una lección visual, sobre la tiranía de clase...

El campesino murmuraba en su rubia barba:

—Así, eso de la escasez de trigo...

—Luego, después de la visita hemos organizado una conferencia sobre *La destrucción del capitalismo...*

Cuando el camarada campesino se marchaba, Nina y Tina daban una vuelta, con cautela, por donde él había estado, inspeccionando la barandilla de hierro. Una vez Kira vio a Nina que aplastaba algo con la uña del pulgar.

Aquella mañana, Kira estaba preocupada. Mientras subía a su oficina se había fijado en el Diario Mural del rellano. La "Casa del Campesino", como todas las demás instituciones, tenía su diario mural, al que colaboraban los empleados y que publicaba la célula comunista local; todas las semanas salía un número nuevo, que se pegaba en algún sitio a propósito para que todos los camaradas pudiesen verlo. Los diarios murales debían estimular el espíritu social y la conciencia de la actividad colectiva: estaban dedicados a las "Noticias locales de importancia social y a la crítica proletaria constructiva".

El diario mural de la "Casa del Campesino" era un metro cuadrado de tiras de papel impreso, pegadas a una tabla oscura, con los títulos en mayúsculas a mano, de color rojo y azul. Había un artículo de fondo sobre "lo que cada uno de nosotros, cama-radas, debe hacer por la unión", un artículo humorístico sobre "cómo atravesaremos de parte a parte el vientre del extranjero imperialista", había el poema *Ritmo de trabajo*, de un poeta de la casa, una caricatura de un artista de la casa que representaba a un hombre gordo con chistera, sentado en el retrete y había muchas notas de crítica proletaria constructiva.

"La camarada Chernova lleva medias de seda. Ya es hora de que recuerdes que este alarde de lujo es antiproletario, camarada Chernova."

"Un camarada que ocupa una elevada posición ha permitido últimamente que su posición se le subiera a la cabeza. Se sabe que se ha mostrado brusco y rudo con dos jóvenes miembros del Komsomol. Esto es una advertencia, camarada. Muchas cabezas mejores que la tuya han caído en alguna reducción de personal."

"El camarada E. Ovsov charla demasiado cuando se le interroga sobre cosas de su oficina. Esto trae consigo la pérdida de un tiempo precioso y está en completa contradicción con el espíritu de eficiencia proletaria."

"Cierta camarada, que muchos reconocerán por esta nota, se olvida de apagar la luz cuando sale del retrete. La electricidad, camarada, cuesta cara al Estado soviético."

"Se nos dice que la camarada Argounova carece de espíritu social. Ya pasaron los tiempos de las arrogantes actitudes burguesas, camarada Argounova."

Kira se quedó inmóvil; oía los latidos de su corazón. Nadie se atrevía a no hacer caso del poderoso dedo acusador del diario mural. Todo el mundo se fijaba en él, algo nerviosamente; todo el mundo se inclinaba ante su veredicto, desde Nina y Tina hasta el propio camarada Voronov. El diario mural era la voz de la actividad social. Nadie, ni siquiera Andrei Taganov, podía salvar a quienes eran tachados de "elementos antisociales". Se había hablado de reducción del personal. Kira sintió frío en el espinazo. Pensó que el día antes, Leo sólo había comido mijo; se acordó de la tos de Leo.

Sentada en su escritorio, observaba a los demás ocupantes de la sala, preguntándose si serían ellos quienes la habrían denunciado y por qué. ¡Andaba con tanto cuidado! No había pronunciado ni una sola palabra de crítica contra los soviets. En su trabajo se había mostrado tan lealmente entusiasta como la propia camarada Bitiuk, por lo menos en cuanto había podido imitar a ésta. Había procurado no discutir jamás, no contestar nunca con brusquedad, no enemistarse con nadie. Sus dedos iban contando rápidamente los volúmenes de Carlos Marx, mientras se preguntaba desesperada: —¿Seguiré siendo distinta? ¿Todavía soy distinta de ellos? ¿Cómo lo saben? ¿Qué habré hecho? ¿Qué habré olvidado hacer?

Cuando la camarada Bitiuk salía de la oficina —cosa que sucedía a menudo — el trabajo cesaba; todas las muchachas se agrupaban alrededor del escritorio de Tina. Con gran interés, se hablaba de cooperativas que daban el mejor algodón estampado o que tenían las camisas mejor hechas; se hablaba del comerciante privado que vendía en el mercado unas medias de algodón que parecían de seda, de tan finas que eran; se hablaba de amores, especialmente de los amores de Tina. Esta pasaba por ser la más bonita de la oficina y la que mayores éxitos cosechaba entre los hombres. Nadie había visto jamás su naricita sin empolvar, y se sospechaba que se ennegrecía las pestañas; se habían visto diferentes veces figuras masculinas que la aguardaban a su salida de la oficina para acompañarla a casa. La muchacha de la chaqueta de cuero, en su calidad de miembro del Partido, era el arbitro indiscutible y la autoridad suprema en todas las discusiones, pero en cuanto se refería a aventuras era Tina quien se llevaba el primer puesto. La camarada de la chaqueta de piel escuchaba con una sonrisa de superioridad y de condescendencia que apenas lograba encubrir su ardiente curiosidad a Tina que, casi sin aliento, susurraba: —... y Minka toca la campanilla, y conmigo estaba Ivashka, desnudo, y oigo a Elena Maximovna que dice: "Es una visita para ti, Tina, y antes de que yo hubiera podido contestar, he aquí que entra Mishka... e Ivashka en camisa... hubierais tenido que ver la cara que puso Mishka. Palabra de honor: era mejor que una comedia. Yo reflexiono un

momento y le digo: "Querido Mishka, es Iván, el vecino. Vive con Elena Maximovna; se ha encontrado mal y vino a por una tableta de aspirina." Hubieras tenido que ver la cara de Ivashka. Y Elena Maximovna dice: "Es verdad: vive conmigo. Anda, vuelve a mi habitación, querido." ¿Y queréis creer que aquel chinchoso de Ivashka no fue bueno para decir ni una palabra? El joven candidato al Partido no intervenía en estas conversaciones, sino que permanecía modestamente en su escritorio, escuchando atento y diciendo de vez en cuando:

—Me atrevería a decir, camaradas, que estáis hablando unas cosas que un ciudadano serio, candidato al Partido, no debería ni siquiera escuchar.

Las muchachas sonreían, lisonjeadas, y le recompensaban con una mirada amistosa.

Kira no se movía de su escritorio y continuaba su trabajo sin escuchar; no hablaba más que por razones del servicio, y si alguna vez le llegaban miradas, no eran ciertamente amistosas.

Kira, al leer el diario mural, pensó con cierto terror que tal vez ésta era la razón de la modestia de sus compañeros, que veían en su reserva una arrogante actitud burguesa. Kira necesitaba su empleo. Leo lo necesitaba también y había que conservarlo a toda costa.

Se levantó y se acercó con aire indiferente al escritorio de Tina.

El grupo notó su presencia con alguna fría mirada de sorpresa, y siguió murmurando. Kira aguardó una pausa y dijo de pronto, con desenfado, intentando dar a su voz profunda e incierta el artificial entusiasmo que había aprendido a fingir:

—Ayer me sucedió una cosa muy curiosa. Mi amigo riñó conmigo porque... porque me vio llegar a casa con otro... armó un escándalo terrible... Yo le dije que estas pretensiones de propiedad eran una vieja costumbre... pero él... no se dejó convencer de ningún modo...

Sentía que la camisa se le pegaba al cuerpo, entre los omoplatos. Se esforzó en dar a su voz una entonación voluble y alegre como la de Tina; probó a creer en el cuento que estaba inventando; pero no podía avenirse a imaginar a este fantástico amigo que quería hacer brillar a los ojos de aquellos animales de presa con la figura de Leo desnudo, como un dios, tal como Irina le había dibujado una vez.

—... siguió chillando terriblemente, de una manera que daba miedo.

—i Oh, uh! —dijo Nina.

La muchacha de la chaqueta de cuero no dijo ni una palabra.

—He visto que en el mercado Kouznetzky —dijo Tina— venden rojo para los labios, ese nuevo rojo soviético del Trust de Cosméticos. Y lo venden barato. Lo único que pasa es que dicen que su uso es peligroso. Lo fabrican con grasa de caballo, de caballos muertos del muermo.

A las doce y media la oficina se cerraba para el almuerzo; a las doce y veinticinco la camarada Bitiuk dijo:

—Una vez más, camaradas, tengo que recordarles que a la una y media, en vez de volver a la oficina, tienen ustedes que ir al Instituto Smolny para tomar parte en la manifestación que todos los obreros de Petrogrado han organizado en honor de los delegados de los Sindicatos ingleses. Esta tarde no habrá oficina.

Kira pasó la hora del almuerzo haciendo cola en la cooperativa donde tenían que darle el pan a que le daba derecho su calidad de empleada. Estaba indiferente, extraña a todo cuanto sucedía a su alrededor. Los rizos que escapaban de su viejo sombrero eran blancos de escarcha. Pensó que en algún sitio, lejos de todas estas cosas que no le interesaban, estaba su vida y estaba Leo. Cerró los ojos, mirando perezosamente a través de sus párpados semicerrados por el peso de la escarcha que se había posado sobre sus pestañas.

Había traído su almuerzo: un pedazo de pescado salado envuelto en un papel. Lo comió únicamente porque sabía que tenía que comer. Cuando le dieron el pan —dos libras de pan moreno que todavía estaba blando— aspiró su cálido olor con una sensación de alivio y arrancó lentamente un pedazo de corteza; el resto, que se llevó estrechándolo fuerte bajo el brazo, era para Leo. Corriendo, logró alcanzar el tranvía para ir al Instituto Smolny, en el otro extremo de la ciudad, para participar en la manifestación de todos los obreros de Petrogrado en honor de la delegación de los Sindicatos ingleses.

La Nevsky parecía un sólido tapiz de cabezas quietas encima de una enorme correa que rodase poco a poco, llevándolas hacia adelante; parecía que las pancartas rojas, hinchadas como velas sobre los dos mástiles que las sostenían a uno y otro lado, flotase majestuosamente sobre todas aquellas cabezas tocadas con gorras o boinas. Un sordo rumor llenaba las calles, de pared a pared hasta los tejados: el rumor crujiante, chirriante, pero al mismo tiempo ritmado como el de un tambor, que hace una multitud de pies andando sobre un pavimento de guijarros.

Los tranvías se detenían, los camiones aguardaban en las esquinas a que hubiera pasado la manifestación. En las ventanas se veían algunas cabezas, que miraban con indiferencia a las de abajo y desaparecían luego. Petrogrado estaba ya acostumbrado a las manifestaciones.

"Nosotros, obreros de Petrogrado, saludamos a nuestros hermanos de clase." "Bienvenidos a la tierra de los soviets, donde el trabajo es libre."

"Las mujeres de las plantaciones textiles número dos están al lado del proletariado inglés en su lucha contra el imperialismo."

Kira iba entre Nina y la camarada Bitiuk. Esta, para aquella ocasión, había trocado su sombrero por un pañuelo rojo.

Kira desfilaba con energía, con los hombros hacia atrás y la cabeza erguida. Tenía que desfilarse para conservar su empleo, y tenía que conservar su empleo para Leo: no traicionaba a sus ideas, por lo tanto, aunque la bandera que llevaban a su lado Tina y el candidato al Partido decía: "Nosotros, los camaradas soviéticos, nos unimos todos para saludar a nuestros hermanos de clase ingleses".

Kira había perdido la sensibilidad en los pies, pero sabía que andaba porque se veía avanzar con los demás. Sus manos parecían estar enfundadas en guantes llenos de agua hirviendo. Tenía que andar y andaba.

En un punto del largo cortejo que se desenroscaba como una serpiente, poco a poco, a lo largo de la Nevsky, una voz ronca y fuerte inició *La Internacional*. Otras voces se le unieron y el canto, en roncadas oleadas discordantes, se propagó a lo largo de la interminable columna de pechos cansados, oprimidos por el hielo.

En la Plaza de Palacio, modernamente bautizada Plaza de Uritzki, se había erigido un anfiteatro de madera. Contra las paredes rojas y las ventanas, que parecían espejos, del Palacio de Invierno, en el estrado de madera recubierta de paño rojo, estaba la delegación de los Sindicatos ingleses. Los obreros de Petrogrado desfilaban lentamente ante ella. Los hermanos de clase inglesa permanecían muy erguidos, algo rígidos, algo envarados y algo atónitos.

Los ojos de Kira no veían más que a una persona: la delegada de los Sindicatos ingleses. Era alta y delgada, no joven, y tenía el aspecto cansado de una maestra de escuela. Pero llevaba un oscuro abrigo sastre, y aquel abrigo gritaba más fuerte que los hurras de la multitud, más fuerte que *La Internacional*, que era un abrigo "extranjero", bien cortado en rico paño de profundos pliegues; no denunciaba con sus gemidos, como los abrigos de los vecinos de Kira, la miseria de los músculos que había debajo de él. La camarada inglesa llevaba medias de seda, de un hermoso color pardo, muy tirantes, y sus pies calzaban unos zapatos oscuros de excelente confección, nuevos, lustrosos.

Y de pronto Kira sintió el deseo de chillar, de arrojarle contra el estrado, de coger aquellas piernas delgadas y relucientes, de agarrarse a ellas con los dientes, como a una ancla, para que la llevaran a otro mundo, a cualquier parte donde no llegase el eco de aquella hora que la rodeaba. Pero se limitó a tambalearse un poco y a cerrar los ojos.

El desfile se detuvo, taconeando para calentarse mientras escuchaba los discursos. Se pronunciaron muchos. La camarada inglesa delegada de los Sindicatos habló y un ronco intérprete repitió a gritos sus palabras a la multitud que se agolpaba en la plaza roja y caqui.

—El espectáculo que presenciamos es conmovedor. Los obreros ingleses nos han enviado para que viéramos y dijéramos la verdad del gran experimento

que estáis llevando a cabo. Les diremos que hemos visto las grandes masas de los obreros rusos en una libre y magnífica expresión de lealtad hacia el Gobierno soviético.

En un momento de locura, se le ocurrió a Kira hender la muchedumbre, correr hacia aquella mujer y decirle a ella, a los obreros ingleses y al mundo entero la verdad que buscaban. Pero se acordó de Leo que estaba en casa pálido y blanco como la nieve, y que tosía.

A las cinco era ya de noche. Un coche reluciente se llevó a los delegados y la manifestación se disolvió. Kira tenía tiempo para asistir a una clase en el Instituto.

El aula, aunque fría y mal iluminada, daba una sensación de repuso y de comodidad, con sus mapas, sus dibujos y sus grabados en las paredes, sus bancos y su techo envigado.

Durante una breve hora, a pesar de que su estómago sentía las torturas del hambre, Kira logró acordarse de que un día tenía que llegar a ser ingeniero y construir puentes de aluminio y torres de hierro y cristales... y de que tenía un porvenir. Mientras corría por los pasillos, después de la clase, se encontró con la camarada Sonia.

—¡Hola, camarada Argounova! —dijo ésta— ¡cuánto tiempo sin verla por aquí! Descuida usted algo sus estudios, ¿no es verdad? Y por lo que se refiere a actividades sociales, es usted la estudiante más individualista.

—Yo... —empezó a decir Kira.

—No me importa, ya lo sé, camarada Argounova. Pero estaba pensando en las cosas que estos días se dicen sobre la decisión que el Partido podría tomar con los estudiantes que conserven su mentalidad especial... Usted no piensa en ello.

—Y... ¿ve usted...? —Kira comprendió que valía más dar explicaciones— yo trabajo, y llevo una gran actividad social en nuestro círculo Carlos Marx.

—¿Ah, sí? ¡Ya os conocemos, a vosotros los burgueses! ¡Toda vuestra actividad es para conservar miserables empleos! No engañáis a nadie.

Cuando Kira entró, Marisha saltó como un resorte.

—Ciudadana Argounova, guárdese en casa a su gato o le retuerzo el pescuezo a ese maldito animal.

—¿Mi gato? ¿Qué gato? No tengo gatos, yo. —¿Quién ha hecho esto, pues? ¿Su amigo?

Marisha mostraba un charco oscuro en medio de la estancia.

—¿Y esto qué es? ¿Un elefante? —se enfurecía Marisha mientras por debajo de una silla asomaba un maullido y un par de orejas grises y peludas.

—No es mío —dijo Kira.

—¿De dónde viene, entonces?

—¿Qué sé yo?

—Usted nunca sabe nada.

Kira, sin contestar, entró en su cuarto. Oyó a Marisha que golpeaba el tabique que la separaba de los otros inquilinos y gritaba:

—¡Eh, ustedes! Llévense su maldito gato o le abro en canal y le denuncio al Upravdom.

Leo no estaba en casa. La habitación estaba oscura y fría como un sótano. Kira encendió la luz. La cama no había sido hecha, la sábana se arrastraba por el suelo. Encendió la *bourgeoise* soplando sobre la leña húmeda mientras el humo hinchaba sus ojos. Los tubos perdían. Kira colgó una lata a la tubería para recoger el hollín, e intentó encender el "Primus". Este no quería encenderse: los tubos estaban obturados. Kira buscó por toda la habitación la baqueta para limpiarlos, pero no logró dar con ella. Golpeó la puerta.

—Ciudadana Lavrova, ¿ha vuelto usted a llevarse mi baqueta para limpiar el "Primus"?

La otra no le contestó; Kira abrió la puerta. —Ciudadana Lavrova; ¿tiene usted mi baqueta?

—¡Vayase al diablo! —dijo Marisha—. ¡Qué avara es usted de su baqueta! Ahí la tiene.

—¿Cuántas veces tengo que pedirle, ciudadana Lavrova, que no toque mis cosas mientras yo estoy fuera?

—¿Y qué le va usted a hacer? ¿Va a denunciarme por ello?

Kira se llevó la baqueta y cerró de un portazo. Estaba pelando patatas cuando Leo volvió a casa.

—¡Ah! ¿ya estás en casa? —preguntó.

—Sí. ¿Dónde estuviste, Leo?

—¿Te importa saberlo?

Kira no contestó. Los hombros de Leo se encorvaban, sus labios estaban azulados.

Kira ya sabía adonde había ido y sabía que no había obtenido lo que buscaba. Siguió pelando patatas. Leo estaba de pie, con las manos tendidas hacia la *bourgeoise*, y los labios contraídos por el dolor. Tosió. Luego se volvió bruscamente y preguntó:

—Siempre es igual, ¿sabes? Desde las ocho de la mañana. Ninguna esperanza, ningún empleo, ningún trabajo.

—No importa, Leo, no te preocupes.

—¿No, eh? Te divierte, ¿no es verdad?, verme vivir a tu costa. ¿Te alegra poder decirme que no tengo por qué preocuparme, mientras tú te revientas como una mártir hasta parecer un espantajo?

—¡Leo!

—¡Pues sí! ¡No quiero verte trabajar, no quiero verte cocinar! ¡No quiero! ¡Oh, Kira!

Se le acercó y le puso una mano sobre los hombros y escondió el rostro junto al, de ella.

—¿Me perdonas, Kira?

Kira le acarició los cabellos con la mejilla, porque tenía las manos sucias de pelar patatas.

—Claro, querido... Pero ¿por qué no te sientas, por qué no descansas un poco? Dentro de un momento estará la cena.

—¿Por qué no quieres que te ayude?

—¡Oh, hace ya tanto tiempo que no se habla de eso!

Leo se inclinó sobre ella y le levantó la barbilla.

Ella susurró estremeciéndose ligeramente:

—No, Leo, no me beses, aquí. Y tendió hacia el "Primus" sus manos sucias.

Leo no la besó. Una amarga sonrisa de comprensión asomó en la comisura de sus labios; se fue hacia la cama y se tendió. Estaba quieto, con la cabeza hacia atrás, un brazo colgando de de la dama, en forma tal que Kira se sintió turbada. De vez en cuando le llamaba en voz baja: "¡Leo!", sólo para verle abrir los ojos. Luego se arrepentía de haberlo llamado: hubiera preferido no ver aquellos ojos abiertos que la miraban de hito en hito, a ella, que en otro tiempo había cerrado con tanto cuidado la puerta para que Leo no pudiera verla cocinando. Y ahora estaba junto a él, inclinada sobre el "Primus", en una atmósfera de petróleo y de cebolla, con las manos sucias; los cabellos caídos a mechones lacios sobre una nariz sin empolverar, y el cuerpo abandonado debajo de un delantal sucio que no había tenido tiempo para lavar, y los movimientos pesados, perezosos, en una relajación de todos sus miembros cansados más allá de toda su fuerza de voluntad para disimularlo.

Como cena tenían mijo, y patatas y cebollas fritas en aceite de linaza. Kira estaba muerta de hambre, pero no logró probar el mijo. Sintió una repulsión súbita, invencible, tan grande que se hubiera muerto de hambre antes de tragarse una cucharada de aquella especie de barro amargo que, en aquel momento, le parecía que era lo único que había estado comiendo durante toda su vida. Se preguntó incrédula si había algún lugar en el mundo donde se pudiera comer sin sentir asco a cada bocado, un lugar donde los huevos, la mantequilla y el azúcar no fueran un sublime ideal siempre soñado y no logrado jamás.

Lavó los platos en agua fría, en la que flotaba la grasa; luego se puso otra vez las botas de fieltro.

—Tengo que salir, Leo —dijo con resignación—, esta noche tenemos Círculo Marxista. Actividad social, ¿sabes? Leo no contestó, ni la miró salir.

El Círculo Marxista celebraba sus reuniones en la biblioteca de la "Casa del Campesino". La biblioteca era una habitación como las demás, con la única

diferencia de que en ella había más pasquines y menos libros, pero éstos, en lugar de amontonarse en altas columnas, prontos para los envíos, estaban dispuestos en estanterías.

La muchacha de la chaqueta de cuero era la presidente del Círculo, y los empleados de la "Casa del Campesino" eran todos miembros. El Círculo estaba dedicado a la "educación política individual" y al estudio de la "filosofía histórica revolucionaria". Las reuniones tenían lugar dos veces por semana; uno de los socios leía el trabajo que había preparado y los demás lo discutían. Le tocaba el turno a Kira, que leyó un trabajo sobre *Marxismo y leninismo*.

"El leninismo es el marxismo adaptado a la realidad rusa. Carlos Marx, el gran fundador del comunismo, creía que el socialismo debía ser la consecuencia lógica del capitalismo en un país intensamente industrial y cuyo proletariado tuviera una profunda conciencia de clase. Pero nuestro gran jefe, el camarada Lenin, demostró que..."

Había copiado el trabajo, cambiando sólo algunas palabras, de *El abecé del comunismo*, un libro cuyo estudio era obligatorio en todas las escuelas de la República. Sabía que sus compañeros lo habían leído, y que asimismo habían leído varias veces la exposición de su tesis en todos los artículos de fondo de todos los diarios, durante los últimos seis años. Estaban sentados a su alrededor, algo encorvados, con las piernas muellemente tendidas, tintando en sus ligeros abrigos. Sabía que todos estaban allí por la misma razón. La muchacha de la chaqueta de cuero presidía bostezando.

Cuando Kira terminó, algunas manos aplaudieron débilmente. —¿Alguien desea hacer algún comentario? —preguntó la presidente.

Una joven de cara redonda y ojos tristes dijo, balbuciendo ligeramente y esforzándose en demostrar un gran interés: —Creo que es una hermosa tesis, muy instructiva y de gran valor, que expone con gran claridad una nueva teoría muy interesante.

Un joven de aspecto intelectual y tuberculoso, con lentes sobre sus párpados azulados, dijo en tono doctoral: —Yo quisiera observar, camarada Argounova, que cuando dice que el camarada Lenin situó a los campesinos junto a los obreros industriales en su esquema del comunismo, debería usted especificar que se trata de los campesinos "pobres", no de campesinos cualesquiera, porque todos sabemos que en los pueblos hay campesinos ricos, hostiles al leninismo.

Kira sabía que tenía que discutir y defender su tesis; sabía que el joven tísico tenía que discutir para demostrar su actividad, sabía que la discusión le interesaba tan poco a él como a ella misma; que sus párpados eran azulados por no haber dormido bastante y que se estrechaba nerviosamente las manos sin atreverse a mirar la hora en su reloj de pulsera ni a dejar vagar su pensamiento hacia su casa y las preocupaciones que en ella le estaban aguardando. Dijo cansadamente.

—Cuando hablo de los campesinos que están junto a los obreros en la teoría del camarada Lenin, debe sobreentenderse que se trata de los campesinos pobres, porque los otros no tienen sitio en el comunismo.

—De acuerdo —dijo el joven, soñoliento—, pero repito que sería mejor decir "campesinos pobres". La presidente concluyó:

—Estamos de acuerdo con el último orador. Debe corregirse la tesis y poner "campesinos pobres". ¿Hay alguna otra observación que hacer, camaradas? No hubo que hacer ninguna observación.

—Tenemos que dar las gracias a la camarada Argounova por su interesante trabajo —dijo la presidente—. Nuestra próxima reunión se dedicará a una tesis del camarada Lekov sobre "Marxismo y colectivismo". Se levanta la sesión.

En un momento todos se precipitaron fuera de la sala, en medio de un gran ruido de sillas, y corrieron por la oscura escalera abajo, hacia la calle oscura. Aquella noche, o por lo menos lo que quedaba de ella, les pertenecía.

Kira andaba de prisa, escuchando sus pasos. Los escuchaba mecánicamente, sin pensar en ello. Ahora hubiera podido pensar.

Pero después de tantas horas de un esfuerzo tan tremendo para evitar precisamente el pensar, para acordarse únicamente de que no debía pensar, le parecía que su pensamiento tardase en volver: sólo sabía que se oían sus pasos, rápidos, firmes, precisos, hasta que su fuerza subió como una esperanza a informar su cuerpo, su corazón, sus sienes en las que sentía el martilleo de su sangre. Echó la cabeza hacia atrás, como si descansase, tendida de espaldas, bajo un cielo puro y negro; las estrellas, que parecían estar junto a su frente, y los tejados cubiertos de nítida nieve bajo la helada luz estelar parecían las cumbres de blancas montañas vírgenes. Luego siguió adelante con los habituales movimientos del cuerpo de Kira Argounova y se murmuró a sí misma, como había hecho a menudo durante los dos últimos meses: —Es la guerra. No vas a caerte, ¿verdad, Kira? Mientras no te caigas no hay peligro. Eres un soldado, Kira, y no debes rendirte. Y cuanto más difícil sea, más contenta estarás de haber resistido. Es así. Cuanto más difícil, más contenta estarás. Es la guerra, y tú eres un soldado valiente, Kira Argounova.

Cuando Leo la abrazó y murmuró entre sus cabellos: —¡Oh, sí!, Kira, esta noche, por favor..., —Kira sintió que no podía negarse por más tiempo. Su cuerpo, que súbitamente se sentía rendido de cansancio, no quería más que dormir. La horrorizaba aquel abandono inanimado y de mala gana. Leo estrechaba contra su cuerpo el de ella, y su piel era tibia y suave bajo la fría sábana. Kira cerró los ojos.

—¿Qué tienes, Kira?

Kira sonrió, recogiendo sus últimas fuerzas, junto al cuello de Leo, entre sus brazos que la estrechaban. Los brazos cayeron y una mano resbaló,

mórbida y débil, cerrada en un puño pequeño sobre el cobertor. Kira se esforzaba en mantener los ojos abiertos. Le amaba, le deseaba, quería desearle, se lo estaba diciendo casi a gritos; Leo tocaba su cuerpo, pero ella estaba pensando en cómo sus compañeros habrían juzgado su tesis; pensaba en Tina y en la muchacha de la chaqueta de cuero, en la probable reducción de personal. La sobrecogió una súbita repulsión por aquellos labios ávidos, porque en ella sentía algo, suyo o que la rodeaba de cerca, que era indigno de él. Pero todavía podía mantenerse despierta por un momento; puso su cuerpo en tensión como para una prueba difícil, mientras todos sus pensamientos de amor se reducían a una prisa torturadora...

Era más de medianoche y Kira no sabía si había dormido o no. Leo respiraba con dificultad en la almohada a su lado, y su frente estaba empapada de sudor frío. En la confusión de su mente sólo se destacaba claramente una idea: se acordaba de su delantal. Aquel delantal estaba sucio, indecente: no podía permitir que Leo se lo volviese a ver puesto una vez más. No, ni una sola vez.

Saltó de la cama y se puso el abrigo encima del camisón. Hacía demasiado frío y ella estaba demasiado cansada para vestirse. Fue al cuarto de baño y puso en el suelo una palangana llena de agua fría, se arrodilló y sumergió el delantal, el jabón y las manos en un líquido que quemaba como un ácido.

No sabía si realmente estaba despierta y lo mismo le daba; sólo sabía que las grandes manchas amarillas de la grasa no querían marcharse, y frotaba con el jabón seco, acre, amarillento, con las uñas, con los nudillos; la espuma del jabón manchaba los puños de piel de su abrigo, mientras ella permanecía en cuclillas, palpitándole el pecho contra la palangana; frotaba, y sus cabellos le caían hacia adelante en la espuma del jabón, y tenía que echárselos hacia atrás con una mano húmeda y resbaladiza; frotaba, detrás de la estrecha abertura de la puerta entornada del cuarto de baño, debajo de un alto ventanal azul cubierto de hielo; frotaba con los nudillos dolientes y llagados, mientras al otro lado, en el cuarto de Marisha, alguien tocaba *John Gray* al piano y equivocaba una nota; frotaba con un agudo dolor en los nudillos, en los ojos, en las piernas y en la espalda, con las manos rojas cubiertas de espuma de jabón oscuro y grasienta.

Estuvieron muchos meses ahorrando hasta que un sábado por la noche se pudieron comprar dos entradas para ir a ver *Bayadera*, el último éxito de Viena, Berlín y París. Estaban sentados muy erguidos, tiesos, reverentes, como si estuvieran en una función religiosa. Kira algo más pálida que de costumbre en su traje de seda gris, y Leo esforzándose por no toser; y uno y otro escuchaban con atención la frivola opereta que venía del extranjero.

Era un alegre absurdo. Como si una mirada, atravesando la nieve y las banderas, penetrase a través de la frontera hasta el corazón de un mundo distinto. Había luces de colores y relucientes lentejuelas, copas de cristal y un auténtico bar extranjero con un arco de vidrio opaco en el que una luz se movía lentamente precediendo a cada una de las personas que entraban. Había un auténtico ascensor extranjero; mujeres en deslumbrantes trajes de seda que venían de países en que existía la moda, y gente que bailaba una curiosa y absurda danza llamada "shimmy", y una mujer que no cantaba sino que ladraba las palabras, como si las escupiera con desprecio sobre el público, con una voz áspera que terminaba bruscamente en un áspero gemido ronco, y una música que reía, delirante, jadeante, convulsiva, sacudiendo los oídos, el pecho, la respiración, una música ebria e insolente como un desafío de una alegría chispeante, perversa y loca, una música como la de la *Canción de la copa rota*, una promesa que existía en algún lugar, que existía o que hubiera podido existir.

El público reía, aplaudía y volvía a reír. Y cuando se apagaron las luces, luego que el telón hubo caído por última vez en medio de las últimas sonrisas, hubo quien observó a una joven vestida de seda gris que, sentada en una fila vacía, con la cabeza entre las manos, sollozaba.

Capítulo dieciséis

Al principio fueron sólo murmullos.

Los estudiantes hablaban en grupos por los rincones oscuros, y volvían nerviosamente la cabeza cada vez que se acercaba alguien nuevo: en sus murmullos se oía la palabra "depuración".

Y en las colas ante la cooperativa o en la parada del tranvía, todo el mundo se preguntaba: "¿Sabe usted algo de la depuración?"

A fines de semestre de invierno, en el Instituto de Tecnología y en la Universidad, lo mismo que en todos los centros de enseñanza superior, apareció un gran cartel en que se veía en grandes letras, escrita en lápiz rojo, la palabra "Depuración". El aviso ordenaba que todos los estudiantes se presentasen a la secretaría de su centro, solicitasen cuestionarios, los llenasen a la mayor brevedad, obtuvieran un certificado del Upravdom conforme era verdad su declaración y entregasen luego el cuestionario al "Comité de Depuración". Había que desembarazar las escuelas de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de todos los elementos indeseables. Aquellos alumnos que fueran juzgados "socialmente indeseables" deberían ser

expulsados y no se les admitiría en otros Institutos. Por todos los ámbitos del país, los diarios proclamaban:

"La Ciencia es un arma para la lucha de clases. Las escuelas proletarias son para el proletariado. No tenemos que instruir a nuestros enemigos de clase."

Pero no faltaban quienes procurasen que estas afirmaciones no rebasasen la frontera.

Kira fue a buscar su cuestionario a la secretaría del Instituto, y Leo recogió el suyo en la de la Universidad.

Sentados en silencio, a la hora de comer, los llenaron cuidadosamente. No comieron mucho aquella noche. Cuando hubieron contestado a las preguntas del cuestionario tuvieron la impresión de que acababan de firmar la sentencia de muerte de su porvenir. Pero no se lo confesaron en voz alta, ni se atrevieron a mirarse cara a cara.

Las principales preguntas eran las siguientes: " ¿Quiénes eran sus padres? " " ¿Qué hacía su padre antes de 1917? " " ¿Qué hace su padre en la actualidad? " " ¿Qué hace su madre? " " ¿Qué hizo usted durante la guerra civil? " " ¿Es usted miembro de algún Sindicato? " " ¿Es usted miembro del Partido Comunista? " Todo intento de dar una respuesta falsa era inútil. Las respuestas eran controladas por el "Comité de Depuración" y la G. P. U. Una respuesta falsa era castigada con la detención, la prisión y otras penas hasta la muerte.

La mano de Kira temblaba un poco cuando entregó al " Comité de Depuración" un cuestionario en el que se leía: "¿Qué hacía su padre antes de 1917? —Era propietario de la fábrica de tejidos Argounov."

De lo que aguardaba a quienes resultasen expulsados, nadie decía una palabra, ni nadie se atrevía siquiera a pensarlo: se entregaban los cuestionarios al Comité y se aguardaba a que éste llamase a cada uno; la espera era silenciosa, con los nervios tensos como conductores de corriente eléctrica a gran voltaje. En los largos corredores del Instituto en que se reunía en grupos agitados la turbada muchedumbre de los estudiantes, se susurraba que lo más importante era el origen social, y que no había esperanza para quienes fueran de origen burgués; que los hijos de padres ricos, aunque en la actualidad estuvieran en la más absoluta miseria, eran considerados "enemigos de clase", y que valía la pena intentar probar, aunque fuera pagándolo con la inmortalidad del alma, un origen obrero o campesino. En los centros de enseñanza superior se veían más pañuelos rojos, más chaquetas de cuero y más cascacas de semilla de girasol que nunca, y circulaban bromas como la siguiente: "¿Mis padres? Eran una campesina y dos obreros."

La primavera había vuelto, la nieve se derretía lentamente por las aceras, y en las esquinas volvían a verse puestos de flores. Pero los jóvenes no pensaban en la primavera, y los que todavía pensaban en la primavera ya no eran jóvenes.

Kira Argounova, muy alta la cabeza, se hallaba ante el "Comité de Depuración" del Instituto de Tecnología. Entre otros miembros que ella no conocía, en el Comité figuraban tres personas conocidas: la camarada Sonia, Pavel Syerov y Andrei Taganov. Pavel Syerov era quien generalmente hacía las preguntas. El cuestionario de Kira estaba encima de la mesa, delante de él. — ¿De modo, ciudadana Argounova, que su padre era dueño de una fábrica? — Sí.

—Bien. ¿Y su madre, trabajaba antes de la Revolución?

—No.

—¿Tenían sirvientas en casa?

—Sí.

La camarada Sonia preguntó:

—¿Se ha inscrito usted en algún Sindicato? ¿Lo ha considerado necesario alguna vez?

—Nunca tuve oportunidad de hacerlo.

—Bien.

Andrei Taganov escuchaba. Su rostro permanecía impassible. Sus ojos fríos, impersonales, firmes, parecían no haber visto a Kira en su vida. Y de pronto, fue ella quien sintió una inexplicable compasión por él, por aquella inmovilidad suya y por lo que se ocultaba tras esta inmovilidad, a pesar de que no diera ninguna señal de ocultar nada.

Pero cuando él hizo una pregunta, de improviso a pesar de lo duro de su voz y de lo inexpresivo de su mirada, esta pregunta fue una posibilidad de salvarse.

—Pero usted ha simpatizado siempre estrechamente con el Gobierno soviético, ¿no es verdad, ciudadana Argounova?

—Sí —contestó ella con mucha dulzura.

En torno a la lámpara, ya muy entrada la noche, entre un montón de papeles, informes y documentos, se celebraba una reunión del "Comité de Depuración".

—Los patronos de fábrica eran los peores explotadores del proletariado. Peores aún que los terratenientes.

—Los más peligrosos enemigos de nuestra clase.

—Estaros prestando un gran servicio a la causa de la revolución, y ningún sentimiento personal debe ser obstáculo para que cumplamos nuestro deber.

—Orden de Moscú: los hijos de los patronos de fábricas pertenecen a la primera categoría de individuos que hay que expulsar.

Una voz preguntó, pensando muy bien sus palabras:

—¿No hay excepciones a esta regla, camarada Taganov?

Andrei estaba inmóvil junto a la ventana, con las manos detrás de la espalda.

—Ninguna —contestó.

Los nombres de los expulsados estaban escritos a máquina en una larga lista clavada en una tabla en la oficina del Instituto de Tecnología. Kira se lo esperaba, pero cuando leyó "Kira Argounova" en la lista, cerró los ojos, y lo volvió a leer luego como para estar más segura.

Entonces se dio cuenta de que su cartera estaba abierta; la cerró cuidadosamente, miró el agujero que había en su guante y sacó por él el dedo para ver hasta dónde llegaba, retorció un hilo descosido, como si fuera una pequeña serpiente, y luego se entretuvo en ver cómo volvía a desenroscarse.

Luego tuvo la impresión de que alguien la estaba observando. Se volvió. Andrei estaba solo, mirando por una ventana. La estaba mirando, pero no se movió para acercársele, ni dijo una palabra, ni hizo un movimiento de cabeza para saludarla. Kira sabía lo que Andrei estaba temiendo y esperando. Se acercó a él, le miró y le tendió la mano con la misma sonrisa confiada que siempre había iluminado sus jóvenes labios; pero aquellos labios, esta vez, temblaban un poco.

—No importa, Andrei. Ya sé que no pudo usted evitarlo

—Si hubiese podido, le habría dado mi puesto...

—¡Qué le vamos a hacer! No seré ingeniero... Ya veo que no podré construir puentes de aluminio... —intentó reír—; y no se perderá nada, porque todo el mundo me ha dicho siempre que no es posible construir puentes de aluminio.

Kira observó que le costaba más sonreír a él que a ella.

—Andrei —y dijo dulcemente lo que ya sabía que él no se habría atrevido a preguntar jamás—, esto significa que no debemos volver a vernos, ¿verdad? El le tomó una mano entre las suyas.

—No, Kira, sí...

—En fin, déme sus señas y el número de su teléfono para que pueda comunicarme con usted, ya que no hemos de volver a vernos aquí... Eramos tan buenos amigos que... ¿No es extraño? No sabía sus señas. Pero ¿quién sabe? Quizá seremos todavía mejores amigos que antes...

Cuando volvió a su casa, Leo estaba tendido en la cama y no se levantó. Sólo la miró y rió, rió secamente, de un modo absurdo.

—Expulsada, ¿no? —preguntó, apoyándose sobre un codo que temblaba y con los cabellos caídos sobre el rostro como una cortina—. No necesito que me lo digas. Lo sé. Te han echado como a un perro. A mí también. Como a dos perros. Te felicito, Kira Argounova. Mi más cordial felicitación proletaria.

—Leo, tú has... tú has bebido.

—¡Sí! Para celebrarlo. Todos lo hemos hecho. Somos docenas y más docenas en la Universidad. Un brindis a la dictadura del proletariado... Muchos brindis a la dictadura del proletariado. No me mires así... Es una buena

costumbre, esa de brindar en los nacimientos, las bodas y los funerales... ¡Bah; No hemos nacido juntos, camarada Argounova. Y no nos hemos casado, camarada Argounova. Pero todavía podemos vernos... Todavía... podemos... Kira...

Ella se había arrodillado junto a la cama y estrechaba entre sus brazos un rostro lívido, con una boca que parecía una herida convulsa, y le echaba los cabellos hacia atrás mientras le decía en voz baja:

—Leo... querido... no hagas esto... Ahora es el momento en que no deberías... Tenemos que conservar las ideas más claras que nunca... —murmuraba sin convicción—; mientras nosotros no nos demos por vencidos no hay peligro. Debes cuidarte, Leo, debes ahorrar fuerzas...

—¿Para qué? —gritó la boca de Leo.

Kira se encontró por la calle con Vasili Ivanovitch. Le fue necesario hacer un gran esfuerzo para que su cara no manifestase lo cambiado que le vio. Desde la muerte de María Petrovna no le había visto más que una vez; pero su aspecto era muy distinto. Ahora andaba como un viejo. Sus ojos limpios y orgullosos lanzaban a todos los rostros que veían una mirada amarga llena de suspicacia, de odio y de vergüenza. Sus manos duras y nudosas se agitaban con un cierto movimiento, como los de una vieja; desde las comisuras de sus labios hasta la barba se le veían tales surcos, causados por el sufrimiento, que uno se sentía culpable de indiscreción por el mero hecho de haberse dado cuenta de ellos y de haber adivinado lo que significaban.

—Estoy contento de volver a verte, Kira, muy contento —murmuró con aire desolado y sin ánimo—. ¿Por qué no vas por casa? Estamos muy tristes. Oh... Tal vez te has enterado... y por eso no quieres venir...

Kira no se había enterado de nada. Pero una voz interior le aconsejó no preguntar de qué se trataba. Y dijo, con su más afectuosa sonrisa:

—No, tío Vasili. Tendré mucho gusto en ir a verles. ¡Sólo que he tenido tanto que hacer...! Pero esta misma noche iré. ¿De acuerdo?

No preguntó por Irina ni por Víctor, ni quiso saber si también ellos habían sido expulsados. Como después de un terremoto, todo el mundo miraba a su alrededor contando las víctimas, pero nadie se atrevía a preguntar nada.

Aquella noche después de comer fue a casa de los Dunaev; había logrado convencer a Leo de que se fuera a dormir; tenía fiebre y sus mejillas ardían, rojas como dos ascuas. Kira dejó junto a la cama un poco de té frío y le prometió no tardar en volver. Junto a la mesa sin manteles, bajo una lámpara sin pantalla, Vasili Ivanovitch estaba sentado leyendo un viejo volumen de Tchekov; Irina, despeinada, dibujaba furiosamente figuras absurdas en una gran hoja de papel. Asha dormía completamente vestida, acurrucada en un sillón, en un ángulo del comedor. Una vieja *bourgeoise* humeaba. Vasili Ivanovitch salió a abrir.

—Por aquí, Kira, por aquí. Cerca de la estufa. Estarás más caliente junto a la estufa. ¡Hace tanto frío fuera...!

—¡Hola! —dijo Irina contrayendo los labios.

Nunca Kira la había visto sonreír de aquel modo.

—¿Quieres un poco de té, Kira? ¿Té caliente? Sólo que... no nos queda sacarina...

—No, tío Vasili, muchas gracias; acabo de comer ahora mismo.

—¡Bien! —dijo Irina—. ¿Por qué no lo dices? Expulsada, ¿no?

Kira hizo una señal afirmativa.

—¡Bien! ¿Y por qué no lo preguntas? Ya te lo diré yo misma.

También a mí me han expulsado. Pues ¿qué te figurabas? La hija de un rico peletero proveedor de la Corte...

—¿Y... Víctor?

—No —dijo Irina lentamente—; Víctor no ha sido expulsado.

—Me alegro, tío Vasili. Es una buena noticia, ¿no es verdad? —Kira conocía el mejor medio de contentar a su tío—. ¡Víctor es un muchacho de tanto talento! Estoy contenta de que no hayan destruido su porvenir.

—Sí —dijo amargamente Vasili Ivanovitch—; Víctor tiene mucho talento.

—Llevaba un traje de encaje blanco —dijo histéricamente Irina—, y tenía una voz verdaderamente soberbia... Oh, hablaba de la reposición de *La traviata* en el Mikhailovsky...

La habrás visto, naturalmente... Las viejas óperas clásicas son...

—Sí —dijo Vasili Ivanovitch—; los viejos clásicos siguen siendo los mejores. En aquellos tiempos había cultura, fe y honradez...

—Sin duda —dijo Kira, nerviosa y asombrada—; tendré que ir a ver *La traviata*.

—En el último acto —dijo Irina—, en el último acto... ¡Lo mismo da! —y tiró al suelo su tablero de dibujo. Asha se despertó sobresaltada y se puso de pie con los ojos muy abiertos—. También lo vasa saber un día u otro... Víctor se ha inscrito en el Partido.

Kira había cogido el libro de Tchekov... Se le cayó de las manos.

—Víctor... ¿qué dices?

—Se ha inscrito en el Partido. En el Partido Comunista. Con una estrella roja, un carnet del Partido, la cartilla de racionamiento y las manos ensangrentadas por toda la sangre que se va a verter.

—Irina, pero ¿cómo... cómo ha podido ingresar?

No se atrevía a mirar a Vasili Ivanovitch. Sabía que no tenía que hacer preguntas que hubieran sido como otros tantos puñales clavados en una herida, pero no podía resistir su curiosidad.

—Oh, parece que lo tenía proyectado desde hace tiempo. Con cuidado había ido eligiendo a sus amigos. Durante meses y meses, sin que nosotros supiéramos nada, fue candidato a la admisión. Y por fin lo admitieron, con

los padrinos que había sabido escoger, bastaba con que atestiguasen su espíritu proletario, aunque su padre hubiera vendido pieles al zar.

—¿Sabía que esto... de la depuración estaba por llegar?

—¡Oh, no digas tonterías! No se trata de esto. Naturalmente que no lo sabía. Sus aspiraciones van más allá que a conservar su puesto en el Instituto. Mi hermano Víctor es un joven muy brillante. Cuando quiere subir sabe perfectamente cómo debe hacerlo.

—En fin —dijo Kira intentando sonreír a su tío Vasili, pero sin atreverse a mirarle—, después de todo es cosa suya. Sabe lo que quiere. Y... ¿sigue con vosotros?

—Si dependiese de mí. —Irina se interrumpió bruscamente.— Sí; todavía sigue en casa el sinvergüenza.

—Irina —dijo tristemente Vasili Ivanovitch—, es tu hermano.

Kira cambió de conversación. Pero no era fácil.

Media hora más tarde llegó Víctor. La majestad de su porte y la estrella roja en el ojal saltaban a la vista de todos.

—Hola, Víctor —dijo Kira—. Me han dicho que ahora estás hecho todo un comunista.

—He tenido el honor de que me admitiesen en el Partido Comunista —replicó él—, y quiero que se sepa que no estoy dispuesto a tolerar que se hable del Partido a la ligera.

—¡Ah! —dijo Kira—. ¡Muy bien!

Pero cuando se despidió no vio la mano que su primo le tendía.

Al salir a acompañarla hasta la puerta, Irina le dijo, ya en el rellano de la escalera:

—Al principio creía que papá iba a echarlo de casa. Pero después de la muerte de mamá... y... ¿sabes?, con la preferencia que siempre tuvo por Víctor... Se esfuerza en comprenderle... Pero creo que esto le matará... Por amor de Dios, Kira, ven a menudo a vernos. Papá te quiere mucho.

Como no tenían porvenir, se agarraron al presente. Había días en que Leo se pasaba horas y horas sentado con un libro en la mano sin hablar apenas a Kira, y cuando lo hacía, su sonrisa era una mueca de amargo e infinito desprecio por sí mismo, por el mundo entero, por toda la eternidad.

Una vez, Kira volvió a encontrarle ebrio, apoyado en la mesa, absorto en la contemplación de una copa rota que yacía en el suelo.

—Leo, ¿dónde has encontrado esto?

—Me lo han prestado. Nuestra querida vecina, la camarada Lavrova. Siempre tiene tanto...

—¿Por qué lo haces, Leo?

—¿Y por qué no he de hacerlo? ¿Por qué? ¿Quién puede decirme por qué, en este condenado mundo?

Pero había otros días en que una nueva calma iluminaba de pronto sus ojos y su sonrisa. Aguardaba el regreso de Kira y cuando ella llegaba la besaba con ternura. Podían pasar una semana sin cambiar una palabra, pero su presencia, una sola mirada, un apretón de manos bastaban para darles una impresión de seguridad, les hacía olvidar la mañana siguiente... todas las mañanas siguientes...

Cogidos del brazo, paseaban por calles silenciosas iluminadas por la tenue claridad de las noches de primavera. El cielo era como un vidrio opaco que reflejase una luz procedente del más allá. En aquella luz rara, lechosa, podían verse uno a otro y contemplar la ciudad inmóvil e insomne. El le estrechaba con fuerza el brazo, y cuando estaban solos en una calle larga, iluminada únicamente por el crepúsculo y desierta, se inclinaba para besarla. Los pasos de Kira eran seguros. Tenía todavía que enfrentarse con demasiados problemas, pero estaba segura de su cuerpo erguido y firme, de sus manos largas y pálidas, de su boca orgullosa de arrogante sonrisa que contestaba a todas las preguntas, y alguna vez sentía compasión por los seres innumerables y anónimos que a su alrededor buscaban con ansia febril una respuesta, atropellando en su búsqueda a los demás y tal vez a sí mismos. Pero a Kira no podían aplastarla; ella tenía que vencer, no podía dudar del futuro. Y el futuro era Leo.

Leo estaba muy pálido y se callaba con demasiada frecuencia. Sobre sus sienes un matiz azulado recordaba las vetas del mármol.

Tosía y padecía de sofocación. Tomaba medicinas que no le servían de nada y se negaba a visitar a un médico. Kira veía a menudo a Andrei. Había preguntado a Leo si tendría inconveniente en ello y Leo le había dicho:

—Ninguno, si es amigo tuyo. Lo único que te pido es que no lo traigas aquí. No estoy seguro de portarme cortésmente con uno de... aquéllos.

Y ella no lo llevó nunca a su casa. Le telefoneaba algún domingo, y, al hablarle, sonreía alegremente ante el auricular. —¿Nos veremos, Andrei? A las dos, en el Jardín de Verano, a la entrada de la avenida.

Se sentaban en un banco. Encima de sus cabezas las hojas de encina luchaban contra el sol mientras ellos hablaban de filosofía. De vez en cuando, Kira sonreía, dándose cuenta de que con Andrei sólo le era posible pensar y hablar de sus pensamientos. No tenían razón ninguna para verse, y no obstante se veían y se citaban para nuevas entrevistas, y ella se sentía extrañamente contenta y él se reía de su absurdo traje de verano, tan ridículamente corto, y su risa sonaba extrañamente alegre. Una vez, Andrei la invitó a pasar con él un domingo en el campo. Kira no se había movido de la ciudad durante todo el verano. No pudo rehusar. Leo había encontrado trabajo para aquel día; machacaba piedra para una carretera en reparación. No puso ningún inconveniente al paseo de Kira.

Kira y Andrei vieron un mar tranquilo y niquelado por el sol, una playa que el viento había cubierto de leves ondulaciones, graciosas como una rubia cabellera rizada por una mano experta. Vieron enormes candelabros rojizos de pinos con sus torcidas raíces agarradas a la arena, en medio del viento, y vieron a las pinas correr a encontrarse con las conchas.

Hicieron carreras de natación, y Kira ganó, porque él no pudo cogerle los pies, que barrenaban el agua delante de él, salpicando sus ojos. Pero cuando salieron del agua y corrieron por la playa en traje de baño, sobre la arena que volaba bajo sus pies y salpicando de agua y arena a los pacíficos turistas domingueros que descansaban al sol, la victoria fue de Andrei. Y Andrei agarró a Kira y ambos rodaron por el suelo confundidos; un nudo de piernas, brazos y arena fue a dar contra la bolsa de la merienda de una matrona que se puso a chillar asustada. Por fin se desenlazarón y se sentaron el uno junto al otro, riendo a porfía. Y cuando la señora se levantó, recogió su paquete y se marchó refunfuñando sobre "esta juventud moderna tan vulgar que no sabe guardar sus amores para sí misma", se rieron aún más fuerte. Almorzaron en un destartado restaurante campestre, y Kira habló inglés al camarero, que no comprendía una palabra, pero se inclinaba profundamente a cada momento, tartamudeando y vertiendo el agua sobre la mesa, en su afán de servir con la debida corrección, que había olvidado ya, a la primera camarada extranjera que veía. Y cuando, al marcharse, Andrei le dio el doble del precio de su comida, el hombre se inclinó hasta el suelo, convencido de que acababa de servir a dos extranjeros auténticos. Kira no ocultó su sorpresa. Andrei se rió mientras se iban.

—¿Por qué no? Bien puedo hacer feliz a un camarero. Después de todo, gano más dinero del que necesito.

En el tren, mientras éste corría ruidosamente en medio de la noche y del humo, Andrei le preguntó:

—¿Cuándo volveré a verla, Kira?

—Ya le telefonaré.

—No; quiero saberlo ahora mismo.

—Dentro de pocos días.

—No; quiero que fijemos un día.

—Bien; ¿pongamos el miércoles por la tarde?

—De acuerdo.

—Después del trabajo, a las cinco treinta, en el Jardín de Verano.

—Muy bien.

De vuelta a casa, encontró a Leo dormido en una silla, con las manos colgando y huellas de polvo en ellas, en el rostro empapado de sudor, en las cejas y en todo el cuerpo abandonado y fatigado. Le lavó la cara y le ayudó a desnudarse. Leo tuvo un acceso de tos.

Durante las dos noches siguientes, Leo y Kira discutieron con gran calor, pero al fin él cedió y prometió ir a ver a un médico el miércoles.

Vava Milovskaia tenía cita con Víctor el miércoles por la tarde. Pero después de comer, Víctor la llamó por teléfono para excusarse en tono impaciente; tenía algo urgente que hacer en el Instituto y no podía ir a verla. Durante las últimas semanas, tres veces había prometido encontrarse con ella, y luego, a última hora, se le habían presentado asuntos inaplazables que no le habían permitido ir. Pero a los oídos de Vava había llegado un nombre, y ella había empezado a sospechar.

Aquella tarde se vistió con esmero; ciñó su delgado talle con un cinturón de charol, se retocó levemente los labios con un nuevo carmín extranjero, se puso el brazalete extranjero de galalit negro, un sombrerito blanco, caprichosamente colocado sobre sus negros rizos, y dijo a su madre que iba a ver a Kira.

Al llegar al rellano, delante de la puerta de Kira, vaciló, y al pulsar la campanilla, su mano calzada con un guante blanco temblaba un poco.

Salió a abrirle la puerta el inquilino de al lado.

—¿La ciudadana Argounova? Por ahí, camarada —dijo—. Tiene usted que atravesar la habitación de la Lavrova... Por esa puerta.

Resueltamente, Vava abrió la puerta sin llamar. Allí estaban juntos Víctor y Marisha, inclinados sobre el gramófono, que tocaba el *Incendio de Moscú*.

En la cara de Víctor asomó una cólera fría, pero Vava ni le miró siquiera. Levantó la *cabeza* y dijo a Marisha, en tono tan altivo y orgulloso cuanto se lo permitieron las lágrimas que trataba de contener:

—Perdón, ciudadana. Busco a la ciudadana Argounova.

Sorprendida y sin sospechar nada, Marisha le indicó la puerta del cuarto de Kira. Vava atravesó la sala con la cabeza muy erguida. Y Marisha no logró explicarse por qué Víctor se marchó con tal precipitación.

Kira no estaba, pero sí estaba Leo.

Kira había pasado un día inquieto. Leo le había prometido llamarla por teléfono a la oficina para comunicarle el diagnóstico del doctor. Pero no telefoneó, y las tres llamadas de Kira se quedaron sin respuesta.

Mientras volvía a casa se acordó de que era miércoles y tenía cita con Andrei. No podía hacerle aguardar toda la tarde. Pensó pasar por el Jardín de Verano y decirle que no podía quedarse.

Pero Andrei no estaba.

Kira miró arriba y abajo de la avenida oscura, miró entre los árboles y las sombras del jardín. Aguardó. Por dos veces, preguntó la hora al miliciano. Andrei no fue.

Cuando por fin se decidió a volver a casa, Kira había pasado una hora aguardando.

Cerraba con furia los puños, con las manos metidas en los bolsillos. No podía preocuparse por Andrei cuando tenía que pensar en Leo, en el doctor, en lo que éste habría dicho... Subió corriendo la escalera, atravesó como un rayo el cuarto de Marisha y abrió la puerta del suyo. Sobre el diván, Vava, que había dejado caer al suelo su traje blanco, estaba estrechamente abrazada a Leo, con los labios pegados a los de él.

Kira les miró seranamente, con una atónita interrogación en sus cejas levantadas.

Ellos se pusieron en pie. Leo apenas se tenía sobre sus piernas: había vuelto a beber, se tambaleaba, y a sus labios asomaba su amarga y despectiva sonrisa.

La cara de Vava era de un rojo oscuro, casi violáceo. Abrió la boca como si le faltase aire, pero de sus labios no salió ni una palabra. Luego, como nadie hablaba, prorrumpió en un grito:

—Te parece horrible, ¿no es verdad? También me lo parece a mí. ¡Es horrible, es una vileza! Pero no me importa. No me importa nada lo que hago. Ya no me importa nada. ¿Soy una cualquiera? Bueno; no soy la única. ¡Y no me importa! ¡No me importa! —y sollozando histéricamente huyó dando un portazo.

Los otros no se movieron. El sonrió sarcásticamente. —¡Adelante, habla!

—No tengo nada que decir —contestó Kira lentamente.

—Oye: vale más que te acostumbres. Incluso puedes acostumbrarte a no tenerme más. Porque no podrás tenerme, no podrás, durante mucho tiempo.

—¿Qué ha dicho el doctor, Leo? El rió.

—Muchas cosas.

—¿Qué tienes?

—Nada, absolutamente nada.

—¡Leo!

—Nada grave —repuso él, tambaleándose—. Nada más que... la tisis.

—¿Es usted su mujer? —preguntó el doctor. Kira vaciló; luego contestó:

—No.

—Ya comprendo —dijo el doctor. Y añadió—: Creo que tiene usted derecho a saberlo. El ciudadano Kovalensky está muy enfermo. Se trata de lo que llamamos tisis incipiente. Ahora puede detenerse. Pero dentro de pocas semanas sería demasiado tarde.

—Dentro de pocas semanas... ¿sería tísico?

—La tisis es una enfermedad muy grave, ciudadana; en la Rusia soviética es una enfermedad mortal. Hay que prevenirla a toda costa. Si se la deja empezar, luego es muy difícil detenerla.

—¿Qué habría que hacer?

—Necesita descanso. Mucho descanso; sol, aire fresco, alimentación. Una alimentación humana. Debería pasar el invierno próximo en un sanatorio. Otro invierno en Petrogrado acabaría con él; tan seguro como si le fusilasen. Tiene usted que enviarle al Sur.

Kira no dijo nada, pero el doctor sonrió irónicamente, porque adivinaba su muda respuesta y se había dado cuenta del agujero que llevaba Kira en su zapato derecho.

—Si quiere usted a ese joven —dijo—, envíelo al Sur. Si tiene usted una posibilidad humana... o no humana... de hacerlo, hágalo.

Kira volvió a casa muy serena.

Cuando entró, Leo estaba junto a la ventana. Se volvió lentamente: su rostro estaba tan tranquilo y reflejaba una calma tal que parecía más joven. Preguntó sin inmutarse: —¿De dónde vienes, Kira? —De ver al doctor.

—Lo siento. No quería que lo supieses. —Me lo ha dicho todo.

—Siento lo de anoche, Kira; lo que ocurrió con aquella estúpida. Espero que no vas a creer que yo... —Naturalmente que no. Lo comprendo.

—Tal vez sucedió porque yo no sabía lo que hacía. Pero ahora sí lo sé. Todo parece mucho más sencillo... cuando se tiene marcado un límite... Lo que hay que hacer de momento, Kira, es no hablar de ello. El doctor te habrá dicho lo mismo que a mí... ya ves tú que no hay nada que hacer. Podemos seguir todavía juntos... por algún tiempo. Cuando la enfermedad sea contagiosa... entonces...

Ella le miraba con atención. He aquí de qué modo tomaba él su sentencia de muerte. Replicó, y su voz, al hacerlo, era dura: —No digas tonterías, Leo; tú irás al Sur.

El empleado del primer hospital del Estado que visitó le dijo: —¿Un puesto en un sanatorio de Crimea? ¿Y no es miembro del Partido? ¿Ni está sindicado? ¿Ni es funcionario público? No sabe usted lo que dice, ciudadana. En el segundo hospital, el empleado dijo:

—Tenemos centenares de inscritos que están aguardando, ciudadana. Miembros del Sindicato. Casos graves. No; no podemos ni siquiera ponerle en lista.

En el tercer hospital, el empleado se negó a recibirla. Había largas colas de gente que aguardaba, colas de espectros, de criaturas deformes, de cicatrices, de vendas, de muletas, de llagas abiertas y verdosas, de ojos inflamados, de lamentos, de gemidos, y, flotando por encima de aquella hilera de personas vivientes, el hedor de una cámara mortuoria.

Había que visitar las oficinas de los servicios médicos generales del Estado, había que pasar largas horas aguardando en pasadizos oscuros, húmedos, que

olían a desinfectantes y a suciedad. Había que tratar con secretarios que olvidaban la cita que habían dado, y ayudantes que decían: "Lo siento, ciudadana. Que pase otro." Había que ver a jóvenes empleados presurosos, y a porteros que refunfuñaban: "Le digo a usted que ha salido. Ya no es hora de oficina. Tenemos que cerrar. No puede usted quedarse ahí sentada toda la noche."

Al terminar la primera quincena, Kira había aprendido de memoria, como quien aprende una oración, que si uno estaba enfermo de consunción debía estar sindicado para lograr que le enviaran a un sanatorio. Había que ver funcionarios, dar nombres, llevar cartas de recomendación, suplicar que se hiciera una excepción para su caso. Había que visitar a jefes de sindicato que escuchaban las palabras de súplica con el entrecejo fruncido, entre maravilloso e irónico.

Algunos se reían, otros se encogían de hombros, otros llamaban al secretario para que la acompañase a la puerta; encontró a uno que le dijo que podría concedérselo a cambio de una suma que ella no ganaba ni en un año.

Ella se mantenía segura, altiva, sin que le temblase la voz, sin miedo a tener que rogar. Era su misión, su objeto, su cruzada. A veces la extrañaba que las palabras "se está muriendo" significasen para ella tan poca cosa, y que las palabras "pero no es un obrero sindicado" significasen tan poca cosa para ella. No comprendía que fuera tan difícil explicarlo.

Hizo que Leo solicitase por su parte. Leo la obedeció sin discutir, sin quejarse y sin esperar nada.

Ella lo intentó todo. Preguntó a Víctor si, por medio de sus relaciones en el Partido... Pero Víctor contestó con mucho empaque: —Querida prima, quisiera que comprendieses que mi cualidad de miembro del Partido es una misión sagrada que no puede servir para ventajas de carácter personal. Se lo pidió a Marisha, que rió:

—Con todos nuestros sanatorios llenos como barriles de anchoas y con listas de personas que tendrán que aguardar hasta la próxima generación, y con camaradas obreros que están gravemente enfermos, mientras él ni siquiera lo está todavía. Ciudadana Argounova, usted no se da cuenta de la realidad. No podía dirigirse a Andrei. Andrei la había abandonado. Varias veces, desde el día en que él había faltado a la cita, Kira había preguntado a Lidia:

—¿No ha estado aquí Andrei Taganov? ¿No tenéis ninguna carta para mí?

El primer día Lidia le contestó: —No—. Al segundo, le preguntó sonriendo de qué se trataba. —¿Algún idilio...? —Y añadió que se lo diría a Leo... a Leo, que era tan guapo...

Kira la interrumpió bruscamente:

—Déjate de tonterías, Lidia. Se trata de un asunto importante. En cuanto sepas algo, avísame en seguida

Una noche, en casa de los Dunaev, preguntó como por azar a Víctor si había visto a Andrei Taganov en el Instituto.

—Ya lo creo —dijo Víctor—. Va todos los días.

Kira se molestó. Se sintió encolerizada y extrañada. ¿Qué habría hecho? Por primera vez reflexionó acerca de su comportamiento. ¿Había hecho alguna locura durante la excursión de aquel domingo? Intentó recordar todos sus gestos, todas sus palabras. No pudo acordarse de nada. Sólo recordó que él había parecido más feliz que de ordinario. Pero terminó decidiendo poner a prueba su amistad y darle una posibilidad de explicar su conducta. Le telefoneó. Oyó la voz de la patrona que gritaba:

—¡Camarada Taganov! —con una inflexión de voz que implicaba que él estaba en casa... Una larga pausa. Y luego la patrona volvió y preguntó—: ¿Quién es? —y antes de que terminara de pronunciar su nombre la patrona le gritó— : No está. —Y colgó el auricular. Kira colgó el suyo, y decidió olvidar a Andrei Taganov.

Tuvo que pasar un largo mes para que Kira se convenciese de que la puerta de los sanatorios del Estado estaba cerrada para Leo y de que ella no podía hacer que se le abriese.

En Crimea había también sanatorios particulares. Pero éstos costaban dinero. Kira encontraría el dinero.

Pidió ver al camarada Voronov y le pidió un anticipo sobre su sueldo, un anticipo de seis meses, lo necesario para que Leo pudiera marchar. El camarada Voronov sonrió ligeramente y le preguntó cómo podía tener la seguridad de continuar ni siquiera un mes en su empleo.

Fue a ver al doctor Milovsky, el padre de Vava, el más rico de sus conocidos, aquel de quien se decía, no sin cierta envidia, que tenía una cuenta corriente considerable en un Banco. El doctor Milovsky se puso escarlata y sus manos cortas y gordas se agitaron en un ademán nervioso, como si quisiera alejar a un fantasma.

—Pero, querida joven, ¿qué la hace a usted creer que yo soy rico o poco menos? ¡Realmente tiene gracia! ¿Yo, una especie de capitalista? ¡Pero si vivimos al día, de mi trabajo, como proletarios! ¡Absolutamente al día!

Kira sabía que sus padres no tenían nada, pero les preguntó si podrían ayudarla en algo. Sólo le contestó el llanto de Galina Petrovna.

Se dirigió a Vasili Ivanovitch; éste le ofreció lo último que poseía: el abrigo de pieles de su difunta esposa. Pero el precio del abrigo no habría bastado ni para comprar el billete hasta Crimea. Kira no aceptó.

Aunque sabía que Leo lo hubiera tomado a mal, escribió a la tía que éste tenía en Berlín. En la carta le decía: "Escribo porque le quiero tanto, y me atrevo a dirigirme a usted porque me figuro que también usted le quiere un poco." Pero no obtuvo respuesta. Por medio de murmullos misteriosos y

secretos, más misteriosos y secretos que la G. P. U. que los vigilaba atentamente, se enteró de que había medio de pedir dinero prestado. Secretamente, y a un interés elevadísimo, pero se podía. Le dieron un nombre y unas señas, y se dirigió a la barraca de un comerciante particular en el mercado; allí, un hombre gordo se inclinó hacia ella por encima de un mostrador lleno de pañuelos rojos y de medias de algodón. Ella susurró su nombre y dijo una cifra. —¿Negocios? —preguntó el otro—. ¿Especulación? Kira sabía que valía más decir que sí.

—Bien —dijo él—. Puede combinarse. Los intereses serán el veinticinco por ciento mensual.

Kira se apresuró a asentir. Pero ¿qué garantía podía darle la ciudadana? ¿Garantía? Kira ya sabía que no le prestarían el dinero por su cara bonita. Podían ser pieles o brillantes, pieles finas o brillantes de cualquier clase. Pero ella no tenía nada que ofrecer. El hombre le volvió la espalda como si nunca hubiera hablado con ella.

Mientras iba en busca del tranvía, a través de los estrechos callejones del mercado llenos de barro, entre dos hileras de barracas, se quedó atónita al ver, en una barraca de próspero aspecto detrás de un mostrador lleno de pan blando, de jamones ahumados y de pirámides de mantequilla, a una cara conocida: unos grandes labios rojos bajo una nariz chata, de fosas casi verticales: el especulador del abrigo forrado de pieles y perfumado de esencia de clavo que ella y Leo habían encontrado en la estación Nikolaevsky. El hombre se había abierto camino en la vida. Sonreía a su clientela bajo una cortina de salchichones.

De vuelta a casa se acordó de alguien que había dicho: "Gano más dinero del que necesito."

¿Había algo que tuviera importancia en aquel momento? Iría al Instituto e intentaría ver a Andrei.

Cambió de tranvía para dirigirse al Instituto. Vio a Andrei. Le vio que venía por un corredor y la miraba, de tal modo que ella iba ya a saludarle sonriendo cuando él, bruscamente, se volvió y entró en una aula cerrando la puerta con violencia detrás de sí.

Ella se quedó inmóvil en su sitio, largo rato.

Cuando llegó a casa, Leo estaba en medio del cuarto, con una hoja de papel en la mano, y su rostro era lívido.

—¡Ah!, ¿conque esas tenemos? —farfulló—. Ahora resulta que te ocupas de mis asuntos? ¿De modo que escribes cartas? ¿Quién te pidió que escribieras? Kira vio encima de la mesa un sobre con un sello alemán: ¡el sobre estaba dirigido a Leo!

—¿Qué dice, Leo?

—¿Quieres saberlo? ¿De veras quieres saberlo?

Leo le arrojó la carta a la cara.

Ella sólo vio una frase: "No hay razón para que debas esperar que te ayudemos. Tanto más cuando vives con una mujer del arroyo, una descarada que tiene el atrevimiento de escribir a personas respetables..."

A principios de otoño, una delegación del Círculo de Obreras Textiles visitó la Casa del Campesino. La camarada Sonia era miembro honorario de la delegación. Al ver a Kira en la oficina de la camarada Bitiuk, se echó a reír.

—¡Bien, bien, bien! ¡Una leal ciudadana como Kira Argounova en la Casa Roja del Campesino!

—¿Qué sucede, camarada? —preguntó obsequiosamente la camarada Bitiuk, nerviosa.

—Una broma —exclamó riendo la camarada Sonia—, una broma. Kira se encogió de hombros, resignada.

Cuando hubo una reducción de personal en la Casa del Campesino y Kira vio su nombre entre los de los despedidos como "elementos antisociales", no se sorprendió. Ahora todo le era indiferente. Gastó la mayor parte de su última mensualidad en comprar huevos y leche para Leo, que ni siquiera quiso probarlos.

Durante el día, Kira permanecía serena, con la calma de un rostro vacío, de un corazón vacío, de un alma vacía de todo pensamiento, excepto uno. No tenía miedo porque sabía que Leo necesitaba ir al Sur y que iría; no tenía la menor duda y por esto no tenía nada que temer. ¡Pero durante las noches...!

Sentía a su lado el cuerpo helado y sudoroso de Leo, le oía toser. A veces, dormido, Leo se acercaba a ella y posaba la cabeza sobre su hombro, confiado y con abandono, como un niño, mientras su respiración parecía un continuo gemido.

Kira creía ver las burbujas en los labios agónicos de María Petrovna y le parecía oírla gritar: " ¡Quiero vivir, Kira, quiero vivir!" Sentía sobre su cuello el aliento de Leo, y no sabía si era Leo o María Petrovna quien estaba junto a ella y gritaba, cuando ya era demasiado tarde: " ¡Quiero vivir, Kira, quiero vivir!" ¿Se habría vuelto loca? ¡Era tan sencillo!

Necesitaba dinero, necesitaba una vida. La vida "de él" y el dinero.

"Gano más dinero del que necesito..." " ¡Quiero vivir, Kira, quiero vivir!"

Hizo una última tentativa para lograr dinero. Andaba bajo la lluvia otoñal por la calle húmeda y resbaladiza: luces amarillas iluminaban las negras aceras. El doctor había dicho que ahora cada semana, cada día de retraso era grave. En la luz anaranjada que proyectaba el vestíbulo de un teatro, vio detenerse un auto lujoso y bajar de él a un hombre. Su abrigo de pieles resplandecía

como los faros de su coche. Kira se paró ante él, y su voz resonó muy clara: —Por favor, deseo hablar con usted. Necesito dinero. No le conozco. No tengo nada que ofrecerle. Sé que no hay que obrar de este modo. Pero usted me comprenderá... ¡es tan importante! Se trata de salvar una vida.

El hombre se paró a su vez. Nunca había oído una súplica que se pareciera tanto a una orden. Le preguntó, guiñando un ojo con aire de asentimiento: —¿Cuánto necesita? Ella se lo dijo.

—¿Cómo? —replicó él, asombrado—. ¿Por una noche? ¡Pero si sus iguales no llegan a ganar tanto en toda su vida! Y no pudo explicarse por qué la extraña muchacha dio la vuelta y escapó a todo correr, sin fijarse en los charcos, como si él la persiguiera.

Dirigió una última súplica al Estado.

Necesitó varias semanas de visitas, cartas de presentación a secretarios y empleados, pero por fin obtuvo una audiencia de uno de los más poderosos funcionarios de Petrogrado. El podía ayudarla; entre él y su poder no había más que la habilidad de Kira en convencerle.

El funcionario estaba sentado detrás de su escritorio. Detrás de él había una ventana por la que entraba un estrecho rayo de luz, como en una catedral. Delante de él estaba Kira. Ella le miraba: sus ojos no eran ni hostiles ni suplicantes; eran limpios, confiados, serenos; su voz era tranquila, joven, clara.

—¿Ve usted, camarada comisario? Yo le amo, y él está enfermo. ¿Sabe usted lo que es la enfermedad? Es algo extraño que ocurre en nuestro cuerpo y que no se puede detener. Y entonces viene la muerte. Ahora, la vida de él depende de un pedazo de papel. Si se mira así, ¡todo se va tan sencillo! No quieren enviarlo a un sanatorio porque no escribió su nombre en un papel, entre otros muchos nombres, y no pertenece a ningún sindicato. Se trata únicamente de tinta, papel, y en suma de algo que, bien considerado, puede escribirse, rasgarse, volverse a escribir. Pero aquello otro, lo que sucede en nuestro cuerpo, aquello no se puede detener. No es cuestión de presentar instancias. Camarada comisario, ya sé que aquellas cosas son muy importantes, el dinero, los sindicatos, los papeles y todo lo demás. Y si hay que sufrir, si hay que hacer algún sacrificio por ello, no me importa. No me importa tener que trabajar todas las horas del día. No me importa que mi vestido sea viejo. No lo mire, camarada comisario; ya sé que es feo; pero no me importa. Tal vez alguna vez no les he comprendido a ustedes ni tantas cosas como hay que comprender, pero puedo ser obediente y aprenderlas. Pero... pero cuando se trata de la vida, camarada comisario, entonces hay que ser serios, ¿no es verdad? No hemos de permitir que estas cosas cuesten una vida. Una firma suya, y él podrá ir al sanatorio y no morirá. Camarada comisario, pensemos en las cosas con la calma y la simplicidad que merecen... ¿Sabe usted lo que es la muerte? ¿Sabe que la muerte quiere decir... nada... nada..., nunca

más... irremediablemente? ¿No comprende que él no puede morir? Le amo. Todos tenemos que sufrir; todos debemos perder cosas queridas. Bien. Pero, desde el momento que vivimos, en nosotros hay algo, algo que es como el verdadero corazón de la vida, y este algo no se puede tocar. Es algo muy sagrado, de que no se debe decir el nombre, algo de que no se puede ni hablar. Usted me comprende, ¿no es cierto? Bien; él es esto para mí, y usted no puede quitármelo, porque no puede dejarme ahí delante de usted, mirándole, hablándole, respirando y viviendo, para decirme después que se lo lleva. No estamos locos, ¿no es verdad, camarada comisario? El camarada comisario contestó:

—Cien mil obreros murieron en la guerra civil. ¿Por qué no puede morir un aristócrata frente a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas?

Kira volvió a casa poco a poco, contemplando la oscura ciudad. Veía los relucientes pavimentos, hechos para millares de zapatos; veía los tranvías, hechos para que los hombres pudieran recorrer las calles más de prisa; veía las casas en que los hombres entraban furtivamente por las noches; los pasquines que proclamaban aquello de que los hombres vivían, aquello que los hombres soñaban, y se preguntó si alguno de aquellos miles de ojos que la rodeaban veía lo mismo que ella, y por qué había de ser ella sola quien lo viese.

—¿Por qué?

En una cocina de un quinto piso, una mujer se inclina sobre una estufa y menea una maloliente pitanza en una cazuela, gimiendo de dolor de espalda y rascándose la cabeza con la cuchara.

¿Porqué?

A la esquina de un café, un hombre se apoya en un banco y levanta una copa rebosante de espuma. Y la espuma se vierte sobre su pantalón y cae al suelo, mientras él canta en voz ronca una alegre canción. —¿Por qué?

En una camita blanca, entre blancas sábanas manchadas, un niño duerme y lloriquea en sueños.

—¿Por qué?

En el silencio de unos muros de piedra que dejan chorrear lentamente la humedad, una figura está arrodillada ante un Crucifijo dorado y levanta los brazos trémulos de exaltación y da con su frente contra la fría piedra del pavimento.

—¿Por qué?

En medio del estrépito de máquinas que giran, entre destellos de acero y goteo de grasa hirviendo, unos hombres agitan sus fuertes brazos y se fatigan el torso de músculos duros y rojos, relucientes de sudor, para fabricar jabón.

¿Por qué?

En unos baños públicos hay unos calderos de cobre que despiden vapor, y unos cuerpos gelatinosos y encarnados se frotan con jabón, suspirando y refunfuñando mientras se esfuerzan en dejar limpia su espalda que humea y el agua sucia y jabonosa cae al suelo hasta la cañería de desagüe. Leo Kovalensky tenía que morir.

Capítulo diecisiete

Era su última esperanza y había que intentarlo. No dijo a Leo adonde iba. Escribió las señas de Andrei en un papel y lo escondió en uno de sus guantes. Era a última hora de la tarde, de modo que Andrei tenía que estar de vuelta del Instituto. Era una casa modesta en una calle modesta. La vieja patrona abrió la puerta con aire desconfiado; el camarada Taganov no recibía visitas femeninas. Pero no dijo nada y, arrastrando los pies, acompañó a Kira por un corredor. Se paró, le indicó una puerta, y se fue. Kira llamó.

—¡Adelante! —contestó la voz de Andrei.

Ella entró.

Andrei estaba sentado en su escritorio; hizo ademán de levantarse, pero no se levantó en seguida. La miró un momento y luego, poco a poco, se levantó, tan poco a poco que ella se preguntó cuánto tiempo llevaba allí, en el umbral, mientras él se levantaba sin dejar de mirarla.

Luego dijo:

—Buenas tardes, Kira.

—Buenas tardes, Andrei.

—Quítese el abrigo.

Ella se sintió de pronto asustada, turbada, insegura; sintió desvanecerse toda la seguridad amarga y hostil que la había llevado hasta allí; pero le obedeció y se quitó el abrigo y el sombrero, que dejó encima de la cama. La habitación era grande y desnuda, con paredes encaladas, un camastro de hierro, un escritorio, una silla, una cómoda; pero ni un cuadro, ni una estampa; sólo libros, un mar de libros, papeles y periódicos, encima del escritorio, encima de la cómoda, por el suelo.

Andrei dijo:

—Hace frío esta tarde, ¿no es verdad?

—Sí; hace frío—contestó ella.

—Siéntese usted.

Kira se sentó junto al escritorio y él lo hizo encima de la cama, con las rodillas entre las manos. Ella hubiera querido que no la mirase de aquel modo, segundo tras segundo, minuto tras minuto. Pero él le preguntó con calma:

—¿De dónde viene, Kira? Parece cansada.

—Lo estoy un poco. —¿Cómo va su empleo?

—Lo perdí.

—¿Cómo?

—Reducción de personal.

—¡Cuánto lo siento, Kira! Le buscaré otro.

—Gracias, pero no sé si lo necesitaré. ¿Cómo va su trabajo?

—¿La G. P. U.? He trabajado mucho. Registros, detenciones.

—¿No me tiene usted miedo, verdad?

—No.

—No me gustan los registros.

—¿Y las detenciones?

—Si son necesarias, no me importan.

Se callaron; luego ella dijo:

—Si le estorbo, Andrei, me marcharé.

—No, no se vaya. Por favor, no se vaya —intentó sonreír

—. ¿Estorbarme? ¿Por qué lo dice? Estoy... un poco confuso... mi cuarto... no merece recibir su visita.

—Oh, es una hermosa habitación. Grande, clara.

—¿Ve usted? Estoy poco en casa, y cuando estoy apenas tengo tiempo para echarme encima de la cama, y ni siquiera sé qué hay a su alrededor.

—¡Oh!

—¿Cómo está su familia, Kira? ¿Su hermana Lidia?

—Bien, gracias.

—A menudo veo a su primo Víctor Dunaev en el Instituto. ¿Le gusta?

—No.

—A mí tampoco. Un nuevo silencio.

—Víctor se ha inscrito en el Partido.

—Yo voté contra él. Pero tenía muchos votos favorables.

—Me alegro de que votara usted en contra. Es el tipo de hombre del Partido que yo desprecio.

—¿Qué tipo de hombre del Partido no desprecia usted, Kira?

—El suyo, Andrei. —Kira...

Iba a decir algo, pero se detuvo a la primera palabra. Ella le preguntó, resueltamente.

—¿Qué he hecho, Andrei?

El la miró, frunció el entrecejo, apartó la mirada moviendo lentamente la cabeza.

—Nada.

Luego le preguntó, de pronto:

—¿Por qué ha venido usted?

—¡Hace tanto tiempo que no le veía, Andrei!

—Mañana hará dos meses.

—A menos que no me haya visto usted en el Instituto hace tres semanas.

—Sí; la vi a usted.

Kira aguardó, pero él no le dio ninguna explicación. Ella intentó no hacer caso y le habló en tono de súplica.

—He venido porque creía... porque pensaba que tal vez deseaba usted verme.

—No deseaba verla a usted.

Kira se levantó.

El le dijo: —No se marche usted, Kira.

—No comprendo, Andrei.

El la miraba de hito en hito; su voz era fría, áspera como un insulto.

—¡No quiero que comprenda! ¡No quiero que sepa! Pero, si de veras quiere oír, oiga. He deseado no verla más. Porque...

Su voz parecía un latigazo.

—porque la quiero a usted.

Las manos de la joven cayeron abandonadas y sus nudillos golpearon la pared.

El siguió diciendo:

—No diga usted nada. Ya sé lo que va a decir. ¡Yo mismo me lo he repetido tantas veces! Lo sé perfectamente. Pero es inútil. Sé que debería avergonzarme, pero no me avergüenzo; es inútil. Sé que usted me daba su simpatía y su confianza porque éramos amigos. Era hermoso y raro, y tiene el derecho de despreciarme.

Kira estaba erguida, junto a la pared, sin moverse ni pronunciar una palabra.

—Cuando ha entrado, pensé: "¡Dile que se vaya!" Pero sabía que si se hubiera usted marchado yo hubiera corrido detrás de usted; entonces pensé: "No diré ni una palabra", pero ya sabía que se lo habría confesado todo antes de que se marchara. La quiero. Y sé que me juzgaría con más indulgencia si le dijera que la odio.

Kira no dijo nada; permanecía apoyada en la pared con los ojos muy abiertos, y en ellos había, no compasión por él, sino una súplica de que se compadeciera de ella.

—¿Tiene usted miedo? ¿Comprende ahora por qué no podía verla? Sabía lo que sentía usted por mí y lo que no sentiría jamás. Sabía lo que diría, cómo me miraría. ¿Cuándo empezó? No lo sé. Lo único que sé es que tiene que terminar, porque yo no puedo soportarlo más. ¡Verla, reír con usted, hablar del porvenir y de la humanidad y no estar pensando más que en el momento

en que su mano tocará la mía, en la huella de sus pies en la arena, en la curva de su pecho, en su traje ondeando al viento! ¡Estar discutiendo con usted sobre el sentido de la vida y no pensar mientras tanto en otra cosa que en vislumbrar por el escote de su traje la raya de su pecho!

—No, Andrei... —casi gimió Kira.

No era la confesión de un amor, sino la confesión de un delito.

—¿Por qué le digo todo esto? No lo sé. No estoy siquiera seguro de decírselo. ¡Me lo he gritado tantas veces a mí mismo durante tanto tiempo! No hubiera usted debido venir. No soy su amigo. No me importaría hacerle daño. Sólo una cosa me empuja hacia usted: mi deseo.

Ella susurró: —No sabía Andrei...

—Ni yo quería que lo supiese. Intentaba alejarme de usted y vencer. No sabe usted lo que ha hecho conmigo. Hicimos un registro. En la casa había una mujer. La detuvieron. Ella se revolcó por el suelo en camión de noche, a mis pies, pidiéndome gracia. Pensé en usted, la imaginé a usted allí en camión de noche pidiéndome gracia como yo se la había estado pidiendo durante tantos meses. La habría detenido y me la hubiera llevado; lo que me interesaba era el "después". Pensé que habría podido detenerla y llevarla adonde quisiera, en plena noche, y hacerla mía. Lo habría podido hacer; bien lo sabe usted. Y me eché a reír a la cara de aquella mujer y le di un puntapié. Mis hombres me contemplaban maravillados. Nunca me habían visto hacer tal cosa. Se llevaron a aquella mujer a la cárcel y yo encontré una excusa para escapar, para volver solo a casa, a pensar en usted... No me mire usted así. No hay que temer que lo haga... No tengo nada que ofrecerle. No puedo ofrecerle mi vida. Mi vida representa veintiocho años de aquello que a usted no le inspira más que desprecio. Y usted... usted representa todo aquello que yo he pensado constantemente tener que odiar. Pero la deseo. Daría todo cuanto tengo, Kira, todo cuanto puedo llegar a tener, a cambio de algo que usted no puede darme...

Andrei vio los ojos de Kira abiertos a un pensamiento que él no podía adivinar. Ella murmuró:

—¿Qué dice, Andrei?

—He dicho: "Todo cuanto tengo a cambio de algo que usted no puede..."

En sus ojos se leía el terror, el terror del pensamiento que ella, por un segundo, había adivinado con tal claridad. Kira murmuró, temblando:

—Valdrá más que me marche, Andrei.

Pero él la miraba fijamente, se acercaba a ella y le preguntaba con una voz que súbitamente se había hecho dulce y sumisa: —¿Puede usted hacer algo..., Kira?

Ella no pensaba en él: pensaba en Leo; pensaba en María Petrovna y en la burbuja de sangre sobre los labios agónicos. Estaba adosada a la pared; sus cabellos, sus manos, sus diez dedos abiertos se pegaban al blanco rebozo. Se

sentía arrastrada por la voz de Andrei, por la esperanza de Andrei. Su cuerpo se irguió lentamente contra la pared, en toda su altura, más alto aún, de puntillas, echando la cabeza atrás de modo que su garganta quedaba al nivel de la boca de Andrei cuando le gritó:

—¡Sí, puedo! ¡Le amo!

Ella misma se extrañó de sentirse besar por los labios de un hombre distinto de Leo.

—Sí, enteramente... —le decía—. Pero no sabía que tú también...

—y sentía sus manos y su boca y se preguntaba si para él era una tortura o una alegría; sentía lo fuertes que eran sus brazos. Y esperaba que todo terminase cuanto antes.

La luz de la calle dibujaba un blanco cuadro y una cruz negra sobre la pared junto a la cama. Contra este cuadrado luminoso Kira podía ver destacarse la cara de Andrei sobre la almohada, y sus párpados no se movían. Los brazos de Kira, abandonados contra el cuerpo desnudo del joven, no sentían ningún movimiento; sólo apreciaban el latido de su corazón.

Kira tiró el cubrecama y se incorporó, cruzando los brazos sobre el pecho y cogiéndose los hombros desnudos. —Me voy a casa, Andrei.

—No te marches ahora, Kira, no te vayas esta noche. —Tengo que irme.

—Quiero que te quedes conmigo. Hasta mañana. —Debo irme... Hay... hay mi familia..., Andrei, tenemos que guardar el secreto.

—¿Quieres casarte conmigo, Kira?

Kira no contestó, pero Andrei la sintió temblar. La hizo volver a acostarse y le subió el rebozo hasta la barbilla.

—Kira, ¿por qué te asusta esto? —Andrei... Andrei, no puedo.

—¡Te quiero!

—Andrei, piensa en mí familia. Eres comunista. Ya sabes cómo son ellos: tienes que hacerte cargo. Han sufrido tanto que si me casase contigo sería demasiado duro para ellos. Y si supieran esto... Hay que evitarles un nuevo disgusto... Andrei, ¿qué falta nos hace?

—Ninguna, si tú estás conforme.

—¡Andrei!

—¡Kira!

—¿Harás todo cuanto yo te pida?

—Todo.

—Te ruego el secreto absoluto, ¿me lo prometes?

—Sí.

—¿Ves...? Yo tengo a mi familia, tú tienes el Partido. Yo no soy... no soy el tipo de amante que tu Partido aprobaría. De modo que más vale... ¿no es cierto? Lo que estamos haciendo es muy peligroso. Mucho. No quisiera que esto... destrozase nuestras vidas.

—¿Destrozar nuestras vidas, Kira? El reía de felicidad, besándole las manos.
—Vale más que nadie sepa... Sólo tú y yo.
—Te lo prometo, Kira; nadie lo sabrá más que tú y yo.
—Y ahora déjame marchar.
—No, por favor, no te marches esta noche. Sólo esta noche. Podrás explicarles... encontrar alguna excusa... pero ¡quédate!
No puedo dejarte marchar... te lo ruego, Kira... sólo para que pueda verte al despertar... Buenas noches... Kira.

Kira permaneció inmóvil hasta que él se hubo dormido. Entonces se deslizó silenciosamente fuera de la cama y conteniendo la respiración, sin hacer ruido, con los pies desnudos sobre el frío pavimento se vistió de prisa. Andrei no la oyó abrir la puerta y marcharse.

Por las largas calles vacías ululaba el viento bajo un cielo plomizo. Kira caminaba rápidamente. Sabía que tenía que huir de algo y se esforzaba en ir de prisa. Las ventanas muertas, oscuras, parecían espiarla, seguirla, hileras y más hileras de ventanas a lo largo de las calles. Aceleró el paso. El viento le levantaba la falda por encima de las rodillas enredándosela entre las piernas. Pero Kira aceleraba el paso. Junto a ella vio un cartel que representaba a un obrero con una bandera roja: el obrero reía. De pronto Kira echó a correr; figura incierta, trémula, entre los escaparates oscuros de las tiendas y la luz de los faroles; su vestido ondeaba, sus pasos resonaban como tiros de ametralladora, sus piernas brillaban confundidas como los radios de una rueda que corriese a toda velocidad. Lanzaba su cuerpo a través del espacio, manteniendo el equilibrio por puro instinto. Corría, volaba arrastrada por algo exterior a su cuerpo, sintiendo que todo iría bien a condición de que ella supiera correr más de prisa, todavía más de prisa.

Subió la escalera jadeando. Se paró ante su puerta. Se paró y miró fijamente, jadeando, el tirador de la puerta. Y de pronto comprendió que no podía llevar su cuerpo a la habitación de Leo, a su lecho, junto al cuerpo de él. Recorrió con las puntas de los dedos toda la puerta, tocándola, acariciándola vagamente: no podía acercarse más a Leo.

Se sentó en un peldaño. Pensó que podría oírle, a través de la puerta, mientras dormía respirando con fatiga, confiado como un niño. Estuvo sentada largo rato en la escalera, con los ojos en el vacío.

Cuando al levantar la cabeza vio que el contorno de la ventana, sobre el rellano, se recortaba en un azul más oscuro y brillante, pensó que había terminado la noche y se levantó, abrió la puerta con su llave y entró sin hacer ruido. Leo dormía. Ella se quedó sentada junto a la ventana, acurrucada. Leo no sabría a qué hora había vuelto.

Leo marchaba hacia el Sur.

El baúl estaba cerrado, el billete comprado. En un sanatorio de Yalta se le había reservado un sitio y se había pagado un mes por adelantado. Kira había explicado la procedencia de su dinero. —¿Sabes? Cuando escribí a tu tía de Berlín, escribí también a un tío mío que está en Budapest. Sí; tengo un tío en Budapest, pero no te lo había dicho porque... hay de por medio una cuestión de familia. Salió de Rusia antes de la guerra y mi padre nos tiene prohibido pronunciar siquiera su nombre. Pero no es mala persona y siempre me quiso bien; de modo que le escribí y me ha enviado dinero y me ha dicho que me ayudará mientras me haga falta. Pero, te lo ruego... no hables de ello en casa, porque papá... ya comprendes...

Le sorprendió mentir con tanta facilidad.

A Andrei le había hablado de que su familia se estaba muriendo de hambre. No tuvo que pedir nada; él le dio todo su sueldo, rogándole que le dejara únicamente lo más indispensable para sus gastos. Ella no esperaba menos, pero le costó aceptar aquel dinero. Pero se acordó del camarada comisario, de que un aristócrata podía morir de hambre frente a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, y se guardó la mayor parte del dinero con una sonrisa luminosa y dura a la vez.

No fue fácil convencer a Leo de que tenía que marchar; él dijo que no estaba dispuesto a hacerse mantener por ella ni por su tío; se lo dijo con ternura y se lo dijo con ira; fueron necesarias muchas horas y muchas noches para convencerle. —Leo... tu dinero o el mío... o el de quien sea... ¿qué importa? Tienes que vivir. Quiero que vivas. Ahora todavía podemos. Tú me quieres. ¿No me quieres bastante para vivir para mí? Ya lo sé que será penoso. Seis meses. Todo el invierno. Te echaré de menos. Pero podemos hacerlo... Te quiero, Leo, te quiero, te quiero. ... ¡Todavía podemos hacer tantas cosas!

Venció Kira, por fin.

El tren salía a las ocho y cuarto de la noche, y a las nueve Kira debía encontrar a Andrei. Le había pedido que la llevara a la inauguración de un nuevo salón de variedades. Leo permaneció silencioso desde que salió de su casa hasta que el coche llegó a la estación; ella subió al tren con él para ver la banqueta de madera en que tendría que pasar varias noches; le traía una almohada y una manta caliente. Luego bajaron y aguardaron junto al coche, sin saber qué decir. Cuando sonó el primer campanillazo, Leo habló:

—Por favor. Kira, no hagamos tonterías cuando salga el tren. Nada de agitar la mano, ni de correr detrás del tren, ni otras cosas de este género. —No, Leo.

Kira miraba un anuncio pegado a una pilastra de hierro. Era un anuncio en el que se prometía una gran orquesta, *fox-trots* extranjeros y deliciosos manjares en el local que se iba a inaugurar aquella noche a las nueve. Y

maravillada, atónita, un poco asustada, como si por primera vez se diera cuenta, dijo:

—Esta noche a las nueve, Leo, ya no estarás aquí.

—No; no estaré. Sonó el tercer campanillazo.

El la cogió rudamente y tomó sus labios en un largo beso que la dejó sin aliento, mientras se oía el agudo silbido de la locomotora. Murmuró junto a sus labios:

—¡Kira... mi único amor... te quiero... te quiero tanto! Y subió al estribo mientras el tren se ponía en marcha, desapareció y no se asomó a la ventanilla.

Ella se quedó inmóvil, oyó el ruido de las cadenas de hierro que se arrastraban, el estridor de las ruedas sobre los rieles, el jadeo de la locomotora, cada vez más lejano; vio subir lentamente el blanco humo bajo la armadura de acero del techo de la estación. De pronto pasaron por delante de ella los cuadros amarillos de las ventanillas. La estación olía a desinfectante. Una bandera roja descolorida colgaba de una viga de hierro. Las ventanillas corrían cada vez más de prisa, confundiéndose en una cinta de luz amarilla. No había más que acero, vapor y humo, y, debajo de un arco, muy lejos, un pedazo de cielo negro como un abismo.

De pronto Kira comprendió que el tren corría, que Leo iba en él y que el tren se estaba alejando de ella. Y algo más fuerte que el terror, algo inmenso, inconmensurable, algo que no era un sentimiento humano, se apoderó de ella. Echó a correr. Se cogió a una agarradera. Quería detener el tren; algo enorme e implacable se movía por encima de ella; hubiera debido detenerlo, pero no podía. Se sentía proyectaba hacia adelante; estuvo a punto de caerse, de rodar por el andén. Un robusto soldado que llevaba un gorro caqui, en el que campeaba una estrella roja, la cogió por los hombros, la hizo soltar la agarradera y la arrojó lejos del tren, dándole un codazo en el pecho. Y luego le chilló: —¿Qué está usted haciendo, ciudadana?

Segunda parte

Capítulo primero

Había sido San Petersburgo; la guerra hizo de él Petrogrado; la Revolución, Leningrado.

Era una ciudad de piedra, y los que la habitan no piensan en ella como en una ciudad erigida sobre un suelo verde, con piedras ordenadas unas encima de otras, sino en una inmensa roca viva socavada en la que se hubieran practicado casas, calles y puentes, llevando luego la tierra a grandes paletadas y echándola para que se mezclase con la piedra y evocase a la memoria el mundo viviente que existe más allá. Sus árboles son exóticos: unos extranjeros enfermos de nostalgia en un clima de granito, desolados y super-fluos. Sus jardines son concesiones hechas de mala gana a la naturaleza. En primavera, algún "diente de león" aislado levanta su cabeza de vivo color amarillo a través de las piedras de los diques, y los hombres sonrían ante él, incrédulos y condescendientes como ante las impertinencias de un niño. La primavera de Petrogrado no surge del suelo; sus primeras violetas, sus tulipanes tan encarnados, sus jacintos tan azules, florecen en las manos de los hombres, por las esquinas de las calles.

Petrogrado no nació; fue creado. La voluntad de un hombre lo hizo surgir en un lugar donde los hombres no hubieran pensado nunca establecer una vivienda. Un emperador inexorable impuso la creación de la ciudad y designó el punto en que debía elevarse. Los hombres llevaron la tierra para colmar un pantano, donde sólo se movían los mosquitos. Y, como mosquitos, los hombres fueron muriendo y cayendo en el lodo mismo en que hormigueaban. Ninguna mano voluntaria contribuyó a la construcción de la nueva capital; surgió del trabajo de millares de soldados, de regimientos que recibían órdenes y que no podían negarse a hacer frente a un enemigo mortal, el pantano o el fusil. Fueron cayendo, y la tierra que habían llevado fue formando, al mezclarse con sus mismos huesos, el suelo de la ciudad. Petrogrado, como dicen sus habitantes, está cimentado en esqueletos. Petrogrado no tiene prisa. No es una ciudad perezosa, pero sí lenta y graciosa como conviene al abierto horizonte de sus anchas calles. Es como una ciudad que se tendiese voluptuosamente, con los brazos abiertos, por entre pantanos y pinares. Sus calles son campos empedrados; sus calles son anchas como los afluentes del Neva, el río más ancho que jamás haya atravesado una gran ciudad.

En la Nevsky, la principal avenida de la capital, las casas fueron construidas por las generaciones pasadas con destino a las futuras. Son sólidas e inmutables como fortalezas y, como en las fortalezas, las paredes son gruesas y las ventanas parecen hileras de nichos profundos que corren a lo largo de espaciosa aceras de granito rojo oscuro. Del pie del monumento de

Alejandro III, un enorme hombre gris sobre un caballo, también gris, salen argentados rieles que se prolongan, en línea recta, hasta el lejano Palacio del Almirantazgo, cuyas blancas columnas y fino campanario dorado se elevan como una corona y un símbolo; el símbolo de la Nevsky. Las alturas de ésta, en línea quebrada, eterna e inmutable, parecen una cadena de montañas en la que cada torre, cada balcón, cada gárgola que se proyecta sobre la calle representan una imagen sin edad de una fisonomía de helada piedra. Una cruz dorada, sobre una cúpula dorada también, se eleva a las nubes, a la mitad de la avenida, sobre el palacio Aninchkovsky, un liso cilindro rojo cortado por desnudas ventanas grises. Y más hacia abajo, pasado el palacio, un carro recorta sobre el cielo las negras cabezas de sus caballos encabritados, con sus cascos levantados sobre el paseo, en lo alto de la majestuosa columna del teatro Alexandrinsky. El palacio parece un cuartel, y el teatro parece un palacio.

A sus pies, la Nevsky queda cortada por un río y por las arcadas de un puente tendido sobre sus aguas turbias y fangosas de color tinta.

En las esquinas del puente hay cuatro estatuas. Son tal vez un ornamento casual, pero tal vez son un trasunto del verdadero espíritu de Petrogrado, la ciudad creada por el hombre contra la voluntad de la naturaleza. Cada una de ellas representa un hombre y un caballo. En la primera, las furiosas pezuñas de un caballo encabritado se alzan amenazando aplastar al hombre desnudo arrodillado, cuyos brazos se tienden en un primer esfuerzo hacia las bridas del monstruo. En la segunda, el hombre se apoya sobre una rodilla y echa su cuerpo hacia atrás; todos los músculos de sus piernas, de sus brazos, de su cuerpo, parecen a punto de romper la piel, tensos en el momento supremo de la lucha. En la tercera, el hombre y el bruto están cara a cara; el hombre en pie, con la cabeza al nivel del hocico del animal, asombrado al darse cuenta por primera vez de la fuerza de su amo. En la cuarta, el bruto está ya dormido: anda obediente, llevado de la brida por el hombre alto, erguido, sereno en su victoria. El hombre camina seguro, con la cabeza alta y los ojos fijos en un porvenir impenetrable.

En las noches de invierno, centellean sobre la Nevsky hileras de grandes globos blancos, y en los escaparates de las tiendas relucen niveas muñequitas de blanco algodón espolvoreado de sal brillante. La nieve se refleja sobre las luces blancas como sobre un cristal, mientras las luces de colores de los tranvías pasan a lo lejos flotando en una dulce penumbra, y, a través de las pestañas humedecidas por el hielo, unas y otras se ven como crucecitas deslumbrantes sobre el cielo negro.

La Nevsky empieza a las orillas del Neva: muelle elegante y perfecto como un salón, con un parapeto de granito rojo y una hilera de palacios de ángulos rectos y de columnas puras, de balastradas severas y armoniosas como el cuerpo de una estatua suntuosamente austera en su gracia varonil.

Los edificios más considerados de Petrogrado están separados por el Neva. El Palacio de Invierno se halla frente a la mayor de las prisiones de Estado, la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Los zares vivían en el Palacio de Invierno: cuando morían atravesaban el Neva. En la catedral de la fortaleza, blancas moles de piedra se elevaban sobre sus tumbas. Detrás de la catedral estaba el presidio, de modo que los muros de la fortaleza guardaban a la vez a los zares muertos y a los más temibles enemigos vivientes de los zares. En las espaciosas y calladas salas del palacio, altos espejos reflejaban los bastiones, detrás de los cuales vivían hombres olvidados por largos años en abandonadas tumbas de piedra. El río está cruzado por numerosos puentes, que parecen jorobas de hierro por las que se arrastran lentamente los tranvías hasta llegar a la mitad, para precipitarse luego velozmente por la pendiente opuesta. La margen derecha del río, detrás de la fortaleza es una victoria diferida del campo sobre la ciudad. El Kamenostrovsky, una ancha y quieta avenida de la que no se alcanza a ver el fin, parece un río lleno de las fragancias del mar cercano, una avenida cada uno de cuyos pasos parece una insinuación del campo vecino. Avenida, ciudad y río terminan todos en las "Islas", donde el Neva se divide entre brazos de tierra unidos por pequeños puentes y donde, en medio del silencio profundo de la nieve, pesados conos blancos se elevan en hilera, terminados por una mancha de oscuro color verde, y ramas de abeto y huellas de pájaros son las únicas cosas que rompen la blanca y monótona desolación, mientras más allá de la última isla, el cielo y el mar parecen una inmensa extensión de agua de pálido gris, con sólo una leve franja verdosa que marca el horizonte lejano.

Pero en Petrogrado hay también calles secundarias. Estas son de una piedra incolora que la lluvia ha reducido por arriba al color gris de las nubes y por abajo al pardusco del barro. Son calles desiertas como los corredores de una cárcel, y se cortan unas a otras en esquinas rectas, netas, con edificios que parecen presidios. Negras cancelas se cierran por las noches sobre umbrales cubiertos de barro; exiguas tiendas miran ceñudas, con sus descoloridos rótulos sobre escaparates opacos, y estrechos jardines agonizan, cubiertos de hierbas tísicas que durante más de un siglo no han tenido por suelo más que barro y polvo y luego polvo y barro. Barandillas de hierro contemplan canales llenos de basura, y en las oscuras esquinas se ven mohosos iconos de la Virgen, encima de olvidados cepillos de estaño destinados a recoger las limosnas para los orfanatos.

Más al norte del curso del Neva, se levantan bosques de chimeneas de ladrillo rojo que vomitan una negra neblina sobre viejas y ruinosas casuchas de madera y sobre una pasarela de carcomidas tablas que atraviesa el río plácido e indiferente. Y a menudo la lluvia cae lentamente a través del humo, y lluvia, humo y piedra constituyen el motivo predominante de la ciudad.

A veces, los mismos habitantes de Petrogrado no se explican los extraños lazos que les mantienen unidos a la capital. Después del largo invierno, todos maldicen el barro y la piedra, y suspiran por los pinares. Huyen de la ciudad como de una odiada madrastra, para refugiarse en la hierba verde, en la arena, o en las deslumbradoras capitales europeas. Pero, como un amante que no logra vencer su pasión, regresan al otoño deseosos de volver a su anchas avenidas, a sus tranvías estridentes, a sus calzadas de piedra, serenos y contentos como si la vida volviera a empezar. Petrogrado, dicen, es la "Ciudad Única".

Las ciudades crecen como los bosques, como las hierbas de los campos. Porque, lo mismo que los bosques y las hierbas de los campos, las ciudades y los pueblos son algo viviente. Petrogrado, en cambio, no crece; cuando lo construyeron, quedó terminado y completo. Petrogrado no tiene nada que ver con la naturaleza. La naturaleza comete errores e imprevisiones, mezcla los colores y desconoce la línea recta; Petrogrado, en cambio, es obra del hombre, que sabe lo que quiere.

Nada turba la grandiosidad de Petrogrado, nada alivia su palidez. Sus caras están talladas de una manera neta y decidida; son algo seguro y perfecto, con la perfección de la obra humana. Las ciudades crecen con un pueblo, luchan para conquistarse un lugar de preferencia sobre otras ciudades. Y van subiendo lentamente, sobre los escalones de los años. Petrogrado no crece. Fue construido para estar ya en la cumbre; le fue ordenado mandar. Ya antes de que echasen sus cimientos era una capital. Es un monumento erigido al espíritu del hombre.

Los pueblos no saben nada del espíritu del hombre, porque los pueblos sólo son naturaleza, y "hombre" es una palabra que carece de plural. Petrogrado no es pueblo. No tiene leyendas, no tiene folklore, no es una ciudad celebrada por anónimos cantores a lo largo de anónimos caminos. Petrogrado es un extranjero, solo, incomprensible, austero. Nunca se dirigió a sus muros de piedra ningún peregrino; sus puertas no se abrieron nunca, en cálida comprensión, a los débiles, a los heridos, a los mutilados, como se abrieron las puertas de la gentil Moscú. Petrogrado no necesita tener alma: tiene una mente.

Y tal vez sea una casualidad, pero, en ruso, Moscú es un nombre femenino y Petrogrado masculino.

Y tal vez una casualidad, pero siempre, los que subieron al poder en nombre del pueblo trasladaron su capital desde la más soberbia y aristocrática de las ciudades a la amable Moscú.

En 1924 murió un hombre, llamado Lenin, y se dispuso que aquella ciudad tomase el nombre de Leningrado. La Revolución llevó sus pasquines por las paredes y sus banderas rojas en las ventanas y sus cascadas de semilla de girasol por las calles. Grabó un poema proletario sobre el pedestal del

monumento a Alejandro III y puso una cinta roja en la mano de Catalina II, en una plaza cercana a la Nevsky. Dio a la Nevsky el nombre de "Avenida del 25 de Octubre", y a la Sadovaia, una de sus travesías, el de "Calle del 3 de Julio", en honor de fechas que quería conmemorar. Y en el cruce de una y otra las garridas cobradoras del tranvía gritaban, en los coches llenos de gente: "¡Cruce del 25 de Octubre con el 3 de Julio! ¡Final del billete amarillo!

A principios de verano de 1925, el Trust de las industrias textiles del Estado puso en venta nuevas telas de algodón estampado. Por las calles de Petrogrado se veía sonreír a las mujeres que por primera vez desde hacía muchos años estrenaban un traje.

Pero los estampados se reducían a media docena de modelos. Mujeres vestidas de cuadritos blancos y negros pasaban junto a otras mujeres vestidas de cuadritos negros y blancos. Mujeres en trajes blancos con motas rojas se cruzaban con mujeres en trajes blancos con motas verdes; otras mujeres con trajes grises con espirales azules se encontraban con mujeres que llevaban aquellas mismas espirales en marrón sobre fondo amarillo. Circulaban por las calles como alumnas de un inmenso hospicio, ceñidas, y sus trajes nuevos no les daban ningún contento.

En una tienda de la Nevsky el Trust estatal de la porcelana presentaba un escaparate deslumbrador de porcelanas de valor incalculable, un servicio de té con raras flores modernas grabadas, en finas líneas negras, por la mano de un artista célebre. Hacía ya varios meses que el servicio de té estaba expuesto, pero nadie había tenido bastante dinero para comprarlo.

Otros escaparates ofrecían vistosas joyas extranjeras de imitación; collares de falsas perlas de colores, pendientes de brillantes de celuloide; objetos de última hora protegidos por sus altísimos precios de la avidez de las mujeres que se detenían ansiosas a contemplarlos.

Más lejos se había abierto una librería extranjera; en un escaparate de dos pisos podían verse las abigarradas, alegres y maravillosas cubiertas de los libros venidos de más allá de las fronteras.

Brillantes toldos sombreaban las anchas y caldeadas aceras de la Nevsky, y los barómetros resplandecían al sol, con el claro destello del cristal limpio. Sobre una fachada campeaba un inmenso anuncio en el que se veía el rostro decidido, los ojos enormes y las finas manos de un actor famoso pintadas a grandes brochazos debajo del título de un film alemán.

Retratos de Lenin —rostro suspicaz, barba breve y rasgados ojos orientales semicerrados—, orlados de banderas rojas con crespones negros, parecían contemplar a los transeúntes. En las esquinas de las calles, bajo el sol, había hombres harapientos que vendían sacarina y bustos en yeso de Lenin. Sobre los hilos telegráficos gorjeaban los pájaros.

A la puerta de las cooperativas había largas colas. Las mujeres se quitaban la chaqueta, y las mangas cortas de sus blusas descoloridas dejaban asomar a los primeros rayos del sol estival sus flacos brazos pálidos.

En una pared, a bastante altura, se veía un cartel representando a un enorme obrero agitando un martillo contra el cielo, y la sombra del martillo caía como una enorme cruz negra sobre los pequeños edificios de la ciudad, debajo de las botas del hombre.

Debajo del cartel, Kira Argounova se detuvo un momento. Del bolsillo de su viejo vestido sacó una cajetilla, y con dos dedos expertos, sin mirar, se puso un cigarrillo en la boca. Abrió luego su bolso de imitación de piel y sacó un lujoso encendedor extranjero en el que había sus iniciales grabadas. Brilló una llamita, y casi antes de que ésta tocara el cigarrillo, Kira exhaló una bocanada de humo y guardó el encendedor en el bolso, que cerró con fuerza. Levantándose un poco el arrugado puño del vestido miró a su reloj, sujeto por una estrecha pulsera de oro. Aceleró el paso. Su traje, al andar ondeaba tras ella dejando adivinar la curva de sus rodillas. Los altos tacones de sus zapatos corrían apresuradamente, ruidosos, por la acera de piedra. Uno de los zapatos tenía un agujero cuidadosamente disimulado por una venda que le rodeaba el tobillo por encima de una tirante media extranjera de seda natural.

El antiguo palacio hacia donde se dirigía ostentaba sobre la puerta una estrella roja de cinco puntas y esta inscripción en letras doradas: "Centro de distrito del Partido Comunista."

La puerta de cristales era limpia, imaculada, pero la cerradura de la puerta del jardín estaba rota. En las que en otro tiempo fueron avenidas cubiertas de grava crecían las malas hierbas, y numerosas colillas flotaban lentamente en la pila de una fuente abandonada, alrededor de un profanado Cupido de mármol, sobre cuyo vientre se veía una mancha verdosa de moho.

Kira atravesó con paso rápido las desiertas avenidas, bordeadas por una espesa y descuidada vegetación que apenas dejaba llegar hasta ella el ruido de los tranvías de la calle. Al oír sus pasos, blancas palomas se movían perezosamente entre las ramas: Una abeja zumbaba sobre una espesa mata de trébol florido, y un grupo de gigantescas encinas tendía sus brazos escondiendo el edificio a los ojos de los que pasaban por la calle.

En lo más profundo del jardín, se elevaba un pabellón de dos pisos, unido al cuerpo principal de edificación por el puente de una breve galería. Los cristales de las ventanas del primer piso estaban rotos, y un gorrión estaba posado sobre la aguda punta de uno de los fragmentos, ladeando la cabeza para mirar a las salas desiertas y mohosas. Pero en el antepecho de una de las ventanas del segundo piso se veía un gran montón de libros.

La pesada puerta esculpida a mano no estaba cerrada. Kira entró y subió corriendo la escalera. Esta era muy larga y subía en línea recta hasta el

segundo piso, como una interminable serie de peldaños de desnuda piedra, en los que se veían leves huellas de tierra. En otro tiempo había habido una magnífica balaustrada blanca, pero ahora estaba rota, y sobre los destrozados pedestales de las columnas de mármol, cuyos blancos restos yacían todavía al pie de la escalera, se abrían oscuros boquetes. Profundos ecos repercutían en las paredes, cubiertas de raras pinturas representando graciosos cisnes blancos en lagos azules, guirnaldas de rosas, lascivas ninfas que huían de faunos sonrientes, todo ello descolorido, mutilado, desconchado en muchos puntos.

Al llegar a la puerta del segundo piso, Kira llamó.

Andrei Taganov abrió y, sorprendido, retrocedió un paso. Sus ojos se abrieron con la lenta mirada incrédula de un hombre que viera un increíble milagro. Sin acertar a moverse, se quedó junto a la puerta, estupefacto, con el blanco cuello de su camisa abierto sobre el pecho bronceado.

—¡Kira!

Ella se rió con una sonrisa clara, metálica.

—¿Qué tal, Andrei?

Las manos del joven se cerraron lenta, dulcemente, sobre los hombros de Kira, con tal suavidad que ella no sintió que la tocara, sino que advirtió únicamente su fuerza, su voluntad de estrecharla, de plegarla hacia atrás. Pero los labios de Andrei, sobre los suyos, eran brutales. Sus ojos estaban cerrados, mientras los de Kira permanecían abiertos, contemplando el techo con indiferencia.

—No te aguardaba hasta la noche, Kira.

—Ya lo sé, pero supongo que no vas a echarme. Fue ella quien pasó adelante, atravesando el rellano, hasta la habitación; allí echó su bolso sobre una silla y su sombrero sobre la mesa, con imperiosa familiaridad.

Sólo ella sabía por qué Andrei Taganov había debido hacer economías aquel invierno, y por qué había abandonado su cuarto en la pensión para ir a habitar, en el palacio de la sede del Partido, el pabellón abandonado que éste le había cedido gratuitamente.

Había sido el nido secreto de los amores de un príncipe. Muchos años antes, un soberano ya olvidado había aguardado allí unos pasos ligeros y el crujido de una falda de seda a lo largo de la escalera, de mármol. Sus magníficos muebles habían desaparecido, pero quedaban las paredes, la chimenea, el techo. Las paredes estaban tapizadas de un blanco brocado, bordado a mano, con delicadas guirnaldas de hojas azules y plateadas. Adornaba la cortina una blanca hilera de cupidos llevando coronas de flores y cuernos de abundancia. Encima de la chimenea, una Leda de mármol se inclinaba voluptuosamente bajo la caricia de unas blancas alas. Y del tenue azul del cielo pintado en el techo, entre pálidas y densas nubes, las blancas palomas que en otro tiempo habían contemplado largas noches de lujuriosas orgías,

miraban ahora una cama de hierro y unas cuantas sillas rotas, una larga y basta mesa cubierta de libros de vistosa cubierta roja, cajas de embalaje amontonadas para suplir una cómoda, estampas de soldados rojos que cubrían los desgarrones del blanco brocado, y una chaqueta de cuero colgada de un clavo, en un rincón.

Kira dijo en tono breve:

—Vengo ahora para avisarte de que esta noche no podré venir.

—¡Oh...! ¿De veras no puedes, Kira?

—No; no puedo. ¡No pongas esta cara trágica! Mira, te traigo algo para consolarte.

Y sacó de su bolsillo un juguete de vidrio, un tubo que terminaba en una esfera llena de un líquido encarnado en el que se movía una figurita negra y temblorosa. —¿Qué es eso?

Kira cogió el juguete por la parte esférica, pero la figurita no se movió.

—No sé hacerlo. Prueba tú; cógela así.

Cerró los dedos de Andrei en torno a la bola. Ningún gesto de su rostro, ningún movimiento se lo dijo, pero Kira se dio perfecta cuenta de que Andrei no era indiferente al contacto de sus dedos; que no había bastado todo un invierno para acostumbrarle y saciarle de él. De pronto, el líquido del tubo burbujeó furiosamente, y el muñeco negro subió de un salto por él.

—¿Has visto? Le llaman "el embajador americano". Lo compré en una esquina. Es gracioso, ¿no?

—Muy gracioso... ¿Y por qué no puedes venir esta noche, Kira?

—Se trata... de un asunto de que tengo que ocuparme. Nada importante. ¿Te sabe mal?

—No, si es cosa que te convenga. ¿Puedes quedarte ahora? Kira se quitó el abrigo y lo echó sobre la cama.

—Sólo un momento.

—¡Oh, Kira!

—¿Te gusta? ¡Tuya es la culpa! ¡Insististe tanto en que me hiciera un traje nuevo!

El vestido era encarnado, muy sencillo, con aplicaciones de charol negro, un cinturón, cuatro botones, un cuello redondo, un gran nudo de corbata. Kira estaba apoyada en la puerta, un poco inclinada hacia delante, súbitamente frágil y joven: un traje de niña sobre un cuerpo débil e inocente, unos desordenados cabellos echados hacia atrás, unos brazos desnudos y delgados en unas mangas cortas, una falda breve sobre unas piernas esbeltas, fuertemente apretadas una contra otra, unos ojos muy abiertos y candidos, pero una sonrisa irónica, segura de sí misma, en unos labios húmedos y entreabiertos. Andrei la contemplaba asombrado al ver a una mujer todavía más peligrosa, más excitante de lo que él había creído jamás.

Kira sacudió la cabeza con impaciencia. —¿Qué? ¿No te gusta?

—Kira... estás... este traje es... itan hermoso! Nunca había visto otro igual.

—¿Qué entiendes tú en trajes de mujer?

—Ayer estuve mirando una colección completa de figurines de París, en la Oficina de la Censura.

—¿Tú estuviste mirando figurines?

—Pensaba en ti. Quería saber qué era lo que gustaba a las mujeres.

—¿Y qué aprendiste?

—Lo que quisiera poder darte. Sombreros elegantes, zapatos como sandalias, y joyas. ¡Brillantes...!

—Andrei, supongo que no dirás nada de eso a tus camaradas de la Censura, ¿verdad?

—No, no se lo dije.

—¿Quieres dejar de mirarme de ese modo? ¿Qué te pasa? ¿No te atreves a acercarte?

Los dedos de Andrei tocaron el traje encarnado, siguiendo ligeramente uno de sus pliegues, luego sus labios se posaron de pronto en el hoyuelo del codo desnudo.

Andrei se sentó en el marco de la ventana, y Kira se quedó junto a él, entre sus brazos. Su cara estaba inmóvil y sólo sus ojos, dilatados, extáticos, sonreían en silencio y en silencio le decían todo cuanto sus labios no acertaban a expresar.

Luego Andrei habló, apoyando su cabeza en el regazo de Kira.

—¿Sabes? Me alegro de que hayas venido ahora, en lugar de esta noche. Tenía que aguardar todavía tantas horas... nunca te vi así... he intentado leer y no lo he logrado... ¿Te pondrás este mismo traje cuando vuelvas? ¿Es idea tuya este adorno de charol? Me gusta. Te he echado terriblemente de menos, Kira, ¿sabes? Incluso mientras estoy trabajando...

Los ojos de Kira eran dulces, suplicantes, un poco asustados. —No tienes que pensar en mí mientras trabajas, Andrei.

El dijo lentamente, sin sonreír:

—Quizás es sólo el pensar en ti lo que me ayuda en mi trabajo.

—¿Qué te pasa, Andrei?

—¿Por qué no quieres que piense en ti? ¿Te acuerdas la última vez que viniste? Me diste un libro que estabas leyendo; el héroe se llamaba Andrei, y tú me dijiste que te había hecho pensar en mí. Me lo he estado repitiendo desde aquel momento, Kira, y he comprado el libro. Ya sé que no es mucho, Kira, pero... tú no acostumbras decir cosas de éstas.

Ella se echó hacia atrás, con las manos cruzadas en la nuca, irónica, provocativa.

—¡Oh, pienso en ti tan raras veces, que ya había olvidado tu nombre! ¡Por eso sólo me acuerdo si lo leo en algún libro! ¡Mira! Incluso he llegado a olvidar tu cicatriz aquí, junto al ojo. Y sus dedos acariciaban levemente la línea de la herida que bajaba de la frente y temperaba su rudeza. Kira reía como si no hubiera comprendido la súplica de Andrei, a pesar de que se había dado perfecta cuenta de lo que éste deseaba.

—Kira, ¿te costaría mucho instalar el teléfono en tu casa?

—Es que... en casa... en el piso no hay electricidad. Es completamente imposible.

—Muchas veces he pensado que deberías tenerlo... podría llamarte... A menudo es tan doloroso estar aguardando... estar aguardándote...

—¿No vengo a verte con tanta frecuencia como tú quisieras, Andrei?

—No se trata de eso. A veces, ¿sabes?, quisiera verte de pronto... aunque aquel mismo día hayas estado aquí. A veces no hace más que un minuto que te has marchado. Y me da pena tener la sensación de que ya no existes, de que no tengo manera de llamarte, de encontrarte, de que no tengo ni el derecho de acercarme a la casa en que habitas, como si te hubieras marchado de la ciudad.

Alguna vez, mirando al gentío que pasa por las calles, me asusta el pensar que te he perdido, quién sabe dónde, en medio de la muchedumbre, y que no hay medio de alcanzarte, que no puedo llamarte a gritos por encima de sus cabezas.

—No olvides que me prometiste no ir nunca a mi casa, Andrei — repuso Kira, implacable.

Pero, si se pudiese instalar el teléfono, ¿tampoco me permitirías telefonar?

No. Mis padres podrían adivinar, y... no, Andrei; debemos ser prudentes, muy prudentes, y ahora más que nunca.

—¿Por qué ahora especialmente?

¡Oh! ¡No más que de costumbre! Por otra parte, tampoco veo que sea tan dura esta condición, si de ella depende la tranquilidad de mi vida.

—¡No querida!

—Vendré a menudo. Antes te cansarás tú de mí que yo de estar contigo.

—¿Por qué dices eso, Kira?

—Porque no cabe duda de que un día u otro te cansarás de mí.

—Tú no crees eso, Kira. Ella se apresuró a decir:

—Naturalmente que no... ya sabes que te quiero. Pero no debes tener la sensación... de que estás atado a mí... la sensación de que tu vida...

—Kira, ¿por qué no me dejas que te diga que mi vida...?

—Por eso mismo: porque no quiero que digas nada.

E inclinándose hacia él, le dio un beso que le hizo daño. Al otro lado de la ventana, en el Centro, alguien tocaba lentamente *La Internacional* con una sola mano, en un sonoro piano de concierto.

Los labios de Andrei buscaron con avidez el pecho, las manos, los hombros de Kira. Logró desprenderse de ella, sin embargo, con un esfuerzo, y con un esfuerzo le dijo alegremente, con fingida desenvoltura, como para escapar a su hechizo:

—Tengo una cosa para ti, Kira. Era para esta noche, pero... Y tomando una cajita de un cajón del escritorio, se la dio. Ella protestó débilmente:

—No debieras hacerlo, Andrei. Después de todo lo que ya has hecho por mí...

—No he hecho nada por ti. Eres demasiado altruista. He pensado siempre en tu familia. Para lograr que te hicieras este traje, he tenido casi que reñir contigo...

—Y las medias, y el encendedor... ¡Oh, Andrei, te lo agradezco tanto...!

—No tengas miedo: puedes abrir este paquete. Era un frasquito aplastado, lleno de auténtico perfume francés. Ella contuvo su aliento. Intentó protestar, pero no tuvo fuerzas para ello, al ver la sonrisa de él, y también se rió, feliz.

—¡Oh, Andrei!

La mano de éste se movía ligeramente en el aire, sin tocarla, siguiendo el contorno de su cuello, de su pecho, con cuidado, con la misma atención que si estuviera modelando una estatua.

—¿Qué haces, Andrei?

—Procuro recordarte.

—¿Cómo?

—Quiero recordar tu cuerpo. Tal como estás en este momento. A veces, cuando estoy solo, intento dibujarte así, en el aire, para hacerme la ilusión de que estás verdaderamente junto a mí. Quisiera llevarte conmigo, en el movimiento de mis manos, conmigo para siempre.

Ella se le acercó aún más. Sus ojos le miraban con mayor seguridad, su sonrisa era dulce, leve.

Le tendió el frasquito diciendo:

—Ábrelo. Quiero que seas tú quien me dé la primera gota.

Le atrajo hacia ella, sobre la cama, mientras él preguntaba:

—¿Dónde quieres que te lo ponga?

Y las puntas de sus dedos, humedecidos por la maravillosa fragancia que venía de otro mundo, tocaban tímidamente sus cabellos.

Ella dijo, retadora:

—¿Y luego?

Las puntas de sus dedos acariciaron levemente sus labios.

—¿Y luego?

Su mano recorrió su cuello, deteniéndose un instante sobre el adorno de charol.

Kira fijó sus ojos en los de él y, desabrochándose el vestido, siguió preguntando:

—¿Y luego?

El murmuraba, mientras la besaba en el pecho:

—¡Kira, Kira! ¡Te deseaba tanto esta noche! Ella se echó hacia atrás, mirándole implacable, sin que asomase a su rostro el más leve signo de compasión: —Ya me tienes aquí.

—Pero...

—¿Por qué no?

—Si tú no...

—Sí; por esto he venido.

Y como él intentara levantarse, sus brazos le retuvieron a su lado...

Junto a la puerta se detuvo de pronto, abrochándose el abrigo sobre el arrugado traje encarnado, y murmuró, en un tono de súplica y de misterio lleno de infinita ternura:

—No me echarás mucho de menos hasta la próxima vez, ¿no es verdad? ¿Te he hecho feliz, Andrei?

Subió corriendo la escalera de su casa, aquella casa que había sido la del almirante Kovalensky. Abrió la puerta con impaciencia, mientras miraba la hora en su reloj de pulsera. En la habitación que había sido salón, Marisha Lavrova estaba recitando de memoria, mientras, inclinada sobre su "Primus", iba removiendo con una mano una marmita de sopa y en la otra sostenía un libro:

—"Las relaciones entre las distintas clases sociales deben estudiarse desde el punto de vista de la distribución de los medios económicos de producción en todos los momentos de la historia..."

Kira se paró delante de ella:

—¿Cómo va la teoría marxista, Marisha? —la interrumpió en alta voz mientras se quitaba el sombrero y sacudía sus cabellos

—. ¿Tienes un cigarrillo? Los he terminado ahora mismo, mientras venía a casa.

Marisha señaló con un gesto la cómoda:

—En el cajón —contestó—. ¿Quieres encender uno para mí? ¿Cómo te va la vida?

—Bien. Hace un tiempo espléndido. Un verdadero verano. ¿Tienes que hacer?

—¡No poco! Mañana tengo que dar una conferencia en el Centro sobre el materialismo histórico. Kira encendió dos cigarrillos y puso uno en la boca de Marisha.

—Gracias —le dijo ésta, sin dejar de remover su sopa—. Materialismo histórico y fideos. Esto es para un invitado —y sonrió maliciosamente—. Creo que le conoces. Se llama Víctor Dunaev.

—¡Que tengáis mucha suerte, tú y Víctor!

—Gracias. ¿Y tú? ¿Has tenido noticias de tu amigo?

—Sí; una carta y un telegrama —replicó Kira de mala gana.

—¿Cómo está? ¿Cuándo regresa?

Por un momento, Marisha creyó ver que el rostro de Kira se endurecía, con una reverente expresión de calma; creyó volver a ver el rostro austero, enérgico, de la Kira de ocho meses antes. Kira contestó.

—Esta noche.

Capítulo segundo

Encima de la mesa, frente a Kira, había un telegrama. No contenía más que cuatro palabras: "Llegaré 5 junio. Leo." Lo había estado leyendo una y otra vez, pero todavía faltaban dos horas para la llegada del tren, y tenía tiempo para releerlo todavía muchas otras veces. Lo desplegó sobre la descolorida seda gris del edredón y se arrodilló junto a la cama, alisando con cuidado todos los pliegues del papel. No había más que cuatro palabras, una para cada dos meses transcurridos; Kira se preguntó cuántos días había pagado por cada letra, pero no quiso saber cuántas horas, ni sobre todo, qué horas habían sido. Sólo se acordó de la frecuencia con que se había repetido a sí misma:

—No importa. Volverá salvado.

Todo le había parecido fácil y sencillo: basta reducir la vida a un solo deseo para que se hiciese serena, clara y soportable. Tal vez había aún quien pensase en la existencia de la gente; quien se acordase de que había caminos y sentimientos; ella ya lo había olvidado; no sabía sino que Leo regresaría sano. Esta idea había obrado en ella como una droga y como un desinfectante: la había purificado, destruyendo todas las impurezas y dejándola fresca, limpia y sonriente.

Su habitación, de pronto, se había quedado tan vacía que Kira se preguntaba maravillada cómo era posible que entre cuatro paredes pudiera haber un vacío tan inmenso. Habían pasado mañanas en que ella se había despertado únicamente para vivir absorta, durante todo un día húmedo, gris y triste como el cuadrado gris de la nieve que se recortaba en su ventana. Y el mero

hecho de levantarse le había exigido un esfuerzo considerable. Otros días, cada uno de sus pasos por la estancia había representado una conquista de su voluntad, y cada objeto —el "Primus", la mesa, el aparador— era un enemigo que la atormentaba recordándole a gritos lo que había compartido con Leo y lo que había perdido. Pero Leo estaba en Crimea. Allí, cada minuto era un rayo de sol y cada rayo de sol una nueva gota de vida.

Habían pasado días en que Kira se había escapado de su cuarto para refugiarse entre el gentío, en medio del ruido, y luego había huido de la gente porque se sentía tan sola, tan desesperadamente abandonada que le parecía haber quedado súbitamente desnuda. Había huido a vagabundear por las calles, con las manos en los bolsillos y los hombros encorvados, mirando los trineos, los gorriones, la nieve que caía en lentos copos alrededor de las luces, tratando de evocar en medio de todo esto algo a lo que no sabía dar un nombre. Luego volvía a casa, encendía la *bourgeoise* y comía una cena medio cruda, sobre una mesa sin manteles, perdida en una habitación oscura y vacía, casi aterrada por el crujido de los muebles, el latido del reloj o el rumor sordo de los pasos sobre la nieve, al otro lado de la ventana.

Pero mientras, Leo bebía leche caliente y comía fruta fresca, sabrosa, llena de jugo. Habían pasado noches en que Kira escondía la cabeza bajo las sábanas, hundiendo su cara en la almohada, como si quisiera huir de su propio cuerpo, aquel cuerpo en el que ardían todavía las huellas de las manos de un extraño, de la carne de un extraño, en aquella cama que era la cama de Leo. Pero Leo, entretanto, estaba tendido en la playa y sus miembros eran de color de bronce.

Habían pasado momentos en que Kira había visto súbitamente, con el mismo asombro que si nunca se hubiera dado cuenta de ello, lo que estaba haciendo con su cuerpo; pero había cerrado los ojos y había olvidado la razón de que no se pudiera permitir este pensamiento: el hecho de que detrás de él había otro todavía más espantoso y amenazador: el de lo que estaba haciendo con una alma que no era la suya.

Pero Leo había aumentado cinco kilos y los médicos estaban satisfechos de su estado.

Habían pasado momentos en que había sentido súbitamente junto a ella el movimiento de unos labios sonrientes, el gesto rápido y perentorio de unas manos delgadas, tan claramente como si por un segundo las hubiera iluminado el resplandor de un relámpago. Y todo, en ella, había gritado de tal modo que le había parecido que no era ella sola la única que oía los gritos y había sentido, con un dolor que la cegaba, lo horrible que es el que un solo pensamiento se apodere de todo el cuerpo.

Pero Leo le escribía. Le escribía todas las semanas, tal como le había prometido. Kira leía sus cartas esforzándose en recordar las inflexiones de su voz y la manera como él habría pronunciado cada palabra. Esparcía a su

alrededor las cartas de Leo, y le parecía sentir en la habitación una presencia viva.

Leo regresaba curado, fuerte, sano. Kira había vivido ocho meses para un telegrama. Nunca había querido ver más lejos. Más allá del telegrama no había porvenir.

El tren de Crimea llevaba retraso. Kira estaba en el andén, inmóvil, con los ojos fijos en los rieles vacíos, dos largas cintas de acero que luego parecían volverse de cobre, allá a lo lejos, bajo la clara luz estival, fuera de los arcos de la estación. No se atrevía a mirar al reloj, para no descubrir lo que ya temía, esto es, que el tren llevaba un retraso desesperado, infinito. El andén temblaba bajo las pesadas ruedas de un carretón de equipajes. En un punto, bajo la bóveda de hierro, una voz gritaba tristemente a intervalos regulares unas mismas palabras que se confundían en una sola como el grito de un ave nocturna: "Ponió encima, Grishka". Junto a ella oía arrastrarse unas pesadas botas. Cerca de la vía, una mujer estaba sentada sobre un fardo, con la cabeza inclinada sobre sus manos cruzadas. Encima de sus cabezas, los vidrios de la claraboya se volvían de un desolado color anaranjado. Y aquella voz repetía tristemente: "Ponlo encima, Grishka."

Cuando Kira interpeló al jefe de estación, éste le contestó bruscamente que el tren llevaba un gran retraso: un retraso inevitable, a consecuencia de un error en un cruce. Probablemente no llegaría hasta la mañana siguiente.

Kira se quedó todavía en el andén unos momentos, sin objeto, únicamente porque le dolía abandonar aquel lugar en que había casi sentido la presencia de Leo. Por fin dio la vuelta, salió lentamente, y bajó la escalera; los brazos le caían inertes a lo largo del cuerpo, y a cada peldaño su pie permanecía un momento indeciso, para caer luego pesadamente, como si cada peldaño señalase el fin de algo y ella no estuviese segura de tener que bajar el siguiente.

A lo lejos, al final de la calle, el cielo parecía una estrecha cinta de un vivo y puro color amarillo, mientras la calle misma parecía ancha y oscura, en el cálido crepúsculo estival. Kira echó a andar lentamente.

Pasó de largo por una esquina que le era familiar, y luego cambió de dirección para dirigirse hacia casa de los Dunaev. Tenía una noche entera ante sí, y necesitaba encontrar algún modo de pasarla.

Irina salió a abrirle. Sus cabellos estaban por peinar, pero llevaba un vestido nuevo de batista, a listas blancas y negras, y su cara fatigada estaba empolvada cuidadosamente.

—¡Kira! ¡Quién iba a imaginarlo! ¡Qué sorpresa! Entra, quítate el abrigo. Tengo algo... alguien a quien quiero que conozcas. ¿Te gusta mi traje nuevo?

Kira se echó a reír; también ella llevaba un traje de batista a listas blancas y negras.

Irina balbució: —¡Oh! ¡Maldita sea!

—Gracias, Irina. —¿Cuándo te lo hiciste?

—Hace cosa de una semana.

—Ya ves tú: yo creí que si elegía un traje de listas sencillas no era tan probable que encontrase otros a mi alrededor, ¡y ahí tienes! El mes pasado papá me regaló tres metros de tela para un vestido: era precioso, blanco y gris. Pues el primer día que me lo puse, en sólo un cuarto de hora, encontré a tres señoras que llevaban el mismo... ¡Es inútil! Si no se logra tener un trozo de tela estampada extranjera, como Vava Milovskaia... ¡aquella sí que es bonita! Y por lo menos no se encontrará con nadie que lleve otra igual, aparte de que a tres kilómetros se adivina que es un género extranjero... En fin; pasa.

Las ventanas del comedor estaban abiertas, y la habitación era fresca, amplia, animada por los ruidos callejeros. Vasili Ivanovitch se levantó en seguida. Víctor se levantó con un gracioso movimiento y se inclinó con gesto precioso, elegante: y un joven alto y rubio se quedó de pie, muy rígido, mientras Irina le presentaba.

—¡Dos pensionistas gemelos del reformatorio soviético! Kira, ¿me permites que te presente a Sasha Chernov? Sasha, mi prima Kira Argounova.

La mano de Sasha era grande y firme y su apretón tan fuerte que casi hizo daño a Kira. Sonrió tímidamente, con aire simpático, algo pueril.

—Esta, Sasha, es una rara suerte —dijo Irina—; Kira es la reclusa de Petrogrado.

—De Leningrado —corrigió Víctor.

—La reclusa de Petrogrado —repitió Irina—.

¿Qué tal estás, Kira? Siento tener que reconocer que tu visita me alegra mucho.

—También yo celebro conocerla —murmuró Sasha—. He oído hablar mucho de usted.

—Hablamos de ti muy a menudo, Kira —dijo Vasili Ivanovitch tiernamente, casi con orgullo.

—No cabe duda —dijo Víctor— de que Kira es la mujer de quien más se habla en la ciudad, incluso en los círculos del Partido.

Kira le miró bruscamente, pero él sonreía, cortés.

—Las mujeres fatales fueron siempre el tema de los murmullos de admiración. Como *madame* de Pompadour. Su encanto desvirtúa la teoría marxista: realmente ignora las diferencias de clase.

—Cállate —dijo Irina—, no sé de qué estás hablando, pero estoy segura de que no dices nada bueno.

—Nada de eso —dijo Kira, mirando fijamente a su primo—. Víctor exagera, pero me hace un cumplido.

Confuso, tímido, Sasha ofreció una silla a Kira con un gesto de la mano y una sonrisa.

—Sasha estudia historia —dijo Irina— o, mejor dicho, la estudiaba. Le expulsaron de la Universidad por haber intentado pensar en el país del libre pensamiento.

—Quisiera que te dieras cuenta, Irina —interrumpió Víctor—, de que no tolero semejantes discursos en mi presencia. Quiero que se respete al Partido; y, con el Partido, a mí, que lo represento.

—No recites más la lección, Víctor; el Partido no puede oírte —dijo Irina.

Kira observó la silenciosa y larga mirada de Sasha a Víctor: los ojos de color de acero de Sasha no eran por cierto ni tímidos ni afectuosos.

—Lamento de veras que le expulsaran de la Universidad —dijo Kira, que sintió de pronto una gran simpatía por aquel joven tímido y confuso.

—No me importa —dijo Sasha con serena convicción—. En realidad no es una cosa de absoluta necesidad. Hay circunstancias exteriores que un poder autocrático no logrará vencer ni sojuzgar jamás.

—Como puedes ir viendo, Kira —dijo fríamente Víctor—, entre tú y Sasha hay muchos puntos de contacto. Uno y otro tenéis una lamentable tendencia a olvidar los más elementales principios de cautela.

—¿Víctor, quieres... ? —empezó a decir Vasili Ivanovitch.

—Papá, puesto que doy de comer a esta familia, considero que tengo el derecho a que se respeten mis ideas...

—¿A quién dices que das de comer? —chilló una voz aguda desde el cuarto de al lado. Asha apareció en el umbral, con las medias caídas, las hojas de una revista rasgada en una mano y unas tijeras en la otra—.

Ya quisiera yo que alguien nos diera de comer. Todavía tengo hambre. Irina no quiere darme otro plato de sopa.

—Papá, habrá que ocuparse de esta chiquilla —dijo Víctor—. Está creciendo como una golfilla. Si frecuentase una organización infantil como los " pioneros "

—No empecemos a discutir de nuevo, Víctor —le interrumpió Vasili Ivanovitch con voz serena, pero enérgica.

—¿Quién va a ser un asqueroso pionero? —preguntó Asha.

—Vete a tu cuarto, Asha, o te meteré en la cama —ordenó Irina.

—¿Tú, y quién más? —observó Asha, y desapareció dando un portazo.

—Verdaderamente —observó Víctor—, si yo soy capaz de estudiar y al mismo tiempo trabajar para mantener a la familia, no comprendo por qué Irina no ha de poder ocuparse eficazmente de esta arrapieza.

Nadie contestó. Vasili Ivanovitch se inclinó sobre un pedazo de madera, que iba tallando cuidadosamente. Irina, con la punta de un cuchillo, trazaba dibujos sobre el viejo mantel. Víctor se levantó.

—Lamento tener que abandonar una visita tan grata y tan rara, Kira, pero debo marcharme. Estoy invitado a comer.

—Sí —añadió Irina—. Pero procura que la señora de la casa no se lleve las servilletas del cuarto de Kira.

Víctor salió.

Kira contempló las herramientas que manejaba con sus rugosas manos Vasili Ivanovitch.

—¿Qué haces, tío Vasili?

—Un marco —Vasili Ivanovitch levantó la cabeza mostrando orgullosamente su trabajo—. Para uno de los dibujos de Irina. Son tan hermosos que es una lástima dejarlos que se pierdan, abandonados en un cajón.

—Ese es muy bonito, tío Vasili. No sabía que tuviesese tanta habilidad.

—Oh, en otro tiempo lo hacía bastante bien. Pero hace años que no me ocupaba de ello. Era bastante mañoso en... los viejos tiempos, cuando estaba en Siberia, de joven.

—¿Y cómo te va el empleo, tío Vasili?

—Lo perdió —replicó Irina—.

¿Cuánto tiempo crees tú que puede durar un empleo en un comercio particular?

—¿Qué sucedió?

—¿No lo sabías? Cerraron el establecimiento por retraso en el pago de los impuestos. Y el dueño está aún peor que nosotros...

¿Quieres un poco de té, Kira? En un momento te lo hago. Cumplo bastante bien con mis deberes de ama de casa. Los vecinos nos robaron el "Primus", pero Sasha me ayudará a encender el "samovar" en la cocina. Vamos, Sasha —dijo imperiosamente. Sasha se levantó con docilidad.

—No sé por qué le pido que me ayude —dijo Irina sonriendo a su prima—; es el ser más inútil y más hábil que existe— pero sus ojos brillaban de felicidad. Tomó al joven del brazo y se lo llevó a la cocina.

Oscurecía, y la ventana abierta era de un azul vivo. Vasili Ivanovitch no encendió la luz, sino que se inclinó más sobre su trabajo. —Sasha es un excelente muchacho —dijo de pronto—, pero me preocupa. —¿Por qué?

Vasili Ivanovitch murmuró:

—Política. Sociedades secretas. ¡Pobre loco predestinado!

—¿Víctor sospecha algo?

—Lo temo.

Irina encendió la luz cuando volvió con una bandeja llena de tazas, seguida de Sasha que llevaba un humeante "samovar".

—Ahí estamos —dijo Irina.

Con la cadera empujó una mesita, extendió sobre ella un mantel, que alisó con una mano y con el codo, mientras con la otra sostenía en vilo la bandeja;

luego, rápidamente, dejó resbalar las tazas y los platos sobre la mesa y puso los cubiertos, que tintinearón alegremente.

—Y ahí está el té. Y algunos pasteles. Yo misma los hice. Ya me dirás si te gustan, Kira; han sido preparados por una artista.

—¿Cómo te va el arte, Irina?

—¿Mi trabajo, quieres decir? Sigo con él. Pero temo que no tengo grandes disposiciones para esos carteles. Me han reprendido dos veces en el *Diario Mural*. Me dicen que mis campesinas parecen bailarinas y que mis obreros parecen señoritos. Inconvenientes de mi ideología burguesa, ¿comprendes? Y bien, ¿qué quieren? No es mi especialidad. A veces me echaría a llorar: no tengo manera de encontrar ideas para esos malditos carteles.

—Y ahora viene el concurso —dijo tristemente Vasili Ivanovitch, ofreciendo una taza de té a Kira.

—¿Qué concurso?

Irina vertió distraídamente un poco de té sobre la mesa. —Un concurso interior. A ver quién hace los carteles más hermosos y más rojos. Hay que trabajar dos horas más al día, gratis, por la gloria del Centro.

—Bajo el régimen soviético —dijo Sasha con ironía— no se explota a nadie.

—Estaba pensando —dijo Irina volcando una taza y cogiéndola al vuelo— que había encontrado una buena idea para ganar el concurso. Un obrero y una campesina subidos a un tractor. ¡Malditos sean! Pero he oído decir que el Sindicato de Impresores está haciendo uno simbólico, la unión de un tractor y un aeroplano, que es una especie de espiritualización de la electricidad y de las construcciones del Estado proletario.

—¡Y qué sueldos! —exclamó Vasili Ivanovitch—. Ha gastado todo el del mes en unos zapatos para Asha.

—Sí —dijo Irina—, pero no podía dejarla ir descalza.

—Trabaja usted demasiado, Irina —dijo Sasha—, y se toma su trabajo demasiado en serio. ¿Para qué estropearse los nervios? Todo esto es transitorio.

—¡Claro! —dijo Vasili Ivanovitch.

—También lo creo —dijo Kira.

—Sasha es mi ancla de salvación —sonrió, trémula y sarcástica a la vez, la cansada boca de Irina, como si no quisiera dejar ver la involuntaria ternura que acusaba su voz—. La semana pasada me invitó al teatro. Y la otra semana fuimos al Museo Alejandro III y estuvimos un tiempo infinito mirando cuadros.

—Leo regresa mañana —dijo Kira de pronto, como si no pudiese guardar la noticia por más tiempo.

—¡Oh! ¡Cuánto me alegro! —dijo Irina dejando caer la cucharilla—. ¿Por qué no lo habías dicho? ¿Está restablecido ya?

—Sí; tenía que llegar esta noche; pero el tren llevaba retraso.

—¿Cómo sigue la tía de Berlín? —preguntó Vasili Ivanovitch—. ¿Continúa ayudándole? Este sí que es un ejemplar cariño familiar. Aunque nunca le haya visto, siento por esa señora una gran admiración. El que, estando lejos y a salvo, sabe hacerse cargo de lo que estamos sufriendo nosotros en esta tumba soviética, tiene que ser forzosamente una persona maravillosa. Esta mujer ha salvado la vida a Leo.

—Tío Vasili —dijo Kira—, cuando veas a Leo, ¿te acordarás de no hablarle de ello? Me refiero al auxilio de su tía de Berlín; ya os dije cuánto le humillaba tener que aceptarlo.

—Claro, niña, lo comprendo muy bien. No te preocupes. Es así; un ser humano socorre a otro ser humano. Pero creo que ahora nos costaría entender lo que en otro tiempo se llamaba "ética". Pero somos bestias que estamos luchando bestialmente. Pero nos salvaremos antes de perdersnos completamente.

—No tendremos que aguardar mucho tiempo —dijo Sasha.

Kira observó la mirada furtiva, asustada, implorante de Irina.

Era ya tarde cuando Sasha y Kira se levantaron para marcharse. Sasha vivía lejos, al otro extremo de la ciudad, pero se brindó a acompañar a Kira, porque las calles estaban oscuras. Llevaba un gabán viejo, y caminaba de prisa, inclinado hacia adelante, al lado de Kira, a la luz de un crepúsculo dulce y transparente, por la ciudad impregnada de las fragancias de la tierra cálida bajo el asfalto y los adoquines.

—Irina no es feliz —dijo de pronto.

—No —dijo Kira—. No lo es. Nadie lo es.

—Vivimos en tiempos duros, pero las cosas cambiarán. En realidad ya están cambiando. Todavía quedan hombres para quienes la libertad es algo más que la palabra de los carteles.

—¿Cree usted que hay posibilidades de éxito, Sasha?

La voz del joven era baja, henchida de apasionada convicción, de una fuerza quieta que obligó a Kira a reconocer que se había equivocado al creerlo tímido.

—¿Cree usted que el obrero ruso es un animal que lame el yugo mientras le destruyen los sesos a garrotazos? ¿Cree usted que se deja engañar por el ruido que hace un grupo de tiranos? ¿Sabe usted lo que lee? ¿Tiene usted idea de los libros que circulan clandestinamente de mano en mano? ¿Sabe usted que el pueblo está despertando, y que...?

—Sasha, está usted jugando a un juego muy peligroso. El no contestó. Contempló los viejos tejados de la ciudad, que se destacaban sobre un cielo lechoso y azulado.

—El pueblo ha querido ya muchas víctimas... como usted —prosiguió Kira.

—Rusia tiene una larga historia revolucionaria —dijo el joven— y ellos lo saben. Incluso lo enseñan en las escuelas, pero ahora creen que se terminó ya. Y no es cierto. No hace más que empezar. Y nunca han faltado hombres que despreciasen el peligro. En tiempo de los zares y siempre.

Kira se detuvo, le miró en la oscuridad, y desesperadamente, olvidando que no hacía más que unas horas que le había conocido, murmuró:

—¡Oh, Sasha! ¿acaso todo ello vale la pena del peligro a que se expone?

—El la dominaba con su alta estatura, y sonreía levemente, por encima del cuello de su gabán, y de su viejo sombrero se escapaban rubios mechones de pelo.

—No tiene que preocuparse, Kira. Ni Irina tampoco. No hay peligro. No me cogerán. No creo que me cojan en mucho tiempo.

Por la mañana Kira tenía que ir a su trabajo.

Había insistido en trabajar, y Andrei le había buscado un empleo. Había tenido que sufrir un examen, y la habían nombrado guía en el Museo de la Revolución. Su trabajo consistía en aguardar las llamadas del "Centro de Excursiones y Visitas". Cuando la llamaban corría al Museo y guiaba a un grupo de personas atónitas a través de las salas de lo que en otro tiempo fuera el Palacio de Invierno. Le daban unos cuantos rublos por visita, pero este trabajo le confería la consideración de funcionaría soviética a los ojos del Upravdom de su casa, y esto le evitaba el tener que pagar un alquiler exorbitante y el pasar por una burguesa. Durante la mañana había telefonado a la estación Nikolaevsky; no se esperaba el tren de Crimea hasta muy entrada la tarde. Luego la llamaron del Centro de Excursiones, y tuvo que ir. En las salas del Palacio de Invierno había descoloridas fotografías de los jefes de la Revolución, proclamas amarillas, mapas, diagramas, maquetas de cárceles zaristas, fusiles herrumbrosos, trozos de cadena de deportados... Treinta obreros aguardaban en el vestíbulo del Palacio a la "camarada guía". Estaban de vacaciones, pero su Centro educativo había combinado la visita y ellos no podían dejar de atender a las indicaciones que se les hacían. Respetuosamente se quitaron la gorra y siguieron a Kira, arrastrando tímidamente los pies, escuchándola atentamente y rascándose la nuca, con la boca abierta.

—... y esta fotografía, camaradas, fue tomada poco antes de la ejecución. Le ahorcaron por haber asesinado a un tirano, uno de los pajes del zar. Este fue el fin de otra víctima en el áspero camino de la Revolución obrera y campesina... y este diagrama, camaradas, nos da una clara visión de los movimientos de huelga en la Rusia de los zares. Fijaos en que la curva roja decrece rápidamente a partir del año 1925.

Kira recitaba la lección mecánicamente, con monotonía. Ya ni se daba cuenta de lo que decía. Para ella, sus palabras no eran más que una sucesión de

sonidos aprendidos de memoria, cada uno de los cuales parecía arrastrar al siguiente, automáticamente, sin que la voluntad tuviera que intervenir para nada. Kira no sabía lo que decía; sabía sólo que su mano se levantaría en el momento oportuno señalando el grabado adecuado; sabía perfectamente a qué momento de su discurso la mancha gris e impersonal de sus oyentes se echaría a reír, y cuándo se estremecería con un murmullo de sorda indignación; sabía que ellos estaban deseando que terminase cuanto antes, mientras que el Centro de Excursiones y Visitas, por el contrario, quería que la conferencia fuera lo más detallada y lo más larga posible.

—... y ésta, camaradas, es la auténtica carroza en que iba Alejandro III el día que le asesinaron. La parte posterior fue destruida por la bomba arrojada por...

Pero Kira estaba pensando en el tren de Crimea: tal vez habría llegado; tal vez aquella habitación que ella había odiado se había convertido ya en un santuario.

—Camarada guía, ¿podría usted decirme si Alejandro III estaba pagado por el imperialismo internacional... ?

Cuando regresó a casa, la habitación estaba vacía. —No —dijo Marisha—, no ha llegado.

—No —contestó al teléfono una voz ronca—, el tren no llegó todavía—. ¿Es otra vez usted, ciudadana? ¿Qué le pasa? Los trenes no circulan para su comodidad personal. No le esperamos hasta esta noche.

Kira se quitó el abrigo, levantó la mano, y miró la hora en su reloj de pulsera. La mano se detuvo en el aire; Kira se acordó de quién se lo había regalado. Se quitó la pulsera y la guardó en un cajón. Se acurrucó en un gran sillón junto a la ventana e intentó leer el periódico. Pero no tardó en dejarlo caer al suelo, y permaneció quieta, con la cabeza inclinada sobre el hombro y los cabellos caídos sobre el brazo.

Una hora más tarde oyó pasos al otro lado de la puerta y ésta se abrió sin que nadie llamase. Lo primero que vio fue una maleta polvorienta, y luego la sonrisa, los labios plegados hacia abajo, abiertos sobre una dentadura blanquísima, en una cara bronceada por el sol. Kira se quedó inmóvil, cubriéndose la boca con el dorso de la mano.

—¡Hola, Kira! —dijo Leo.

Ella no le besó; sus manos cayeron sobre los hombros del joven y fueron deslizándose a lo largo de sus brazos, mientras en las puntas de los dedos se concentraba toda la fuerza de su cuerpo; de pronto se inclinó y su rostro resbaló a lo largo del pecho de Leo, rozando su vestido; y cuando él intentó levantarle la cabeza, su boca se hundió desesperadamente en la mano de él; sus hombros se agitaron y prorrumpió en histéricos sollozos.

—¡Kira, loquilla!

El reía por lo bajo, y sus dedos acariciaban sus cabellos, con un ligero temblor. La levantó entre sus brazos y la llevó al sillón, se sentó y la acomodó sobre sus rodillas, obligándole a besarle. —¡Esta es aquella Kira tan valiente que no llora nunca! ¡Pero si tendrías que estar contenta de verme, Kira..., déjalo, Kira... tontuela mía... querida... querida mía...!

Kira intentó levantarse:

—Quítate el abrigo, Leo, y...

—Estáte quieta.

El la estrechaba contra sí y ella se echaba hacia atrás, sintiéndose de pronto sin fuerzas para levantar los brazos ni moverse; como si no tuviera voluntad ni músculos, débil y abandonada bajo las manos de él. Y aquella Kira que despreciaba la femineidad sonrió tiernamente, radiante, confiada, con la sonrisa de una mujer, con la sonrisa de un niño atónito y maravillado, con los ojos empañados por las lágrimas.

Leo la miraba bajando los párpados, y su mirada era insultante, dejando al descubierto la comprensión de su poder; una mirada más voluptuosa que la caricia de un amante. Luego se volvió y preguntó: —¿Te costó mucho pasar este invierno?

—Un poco. Pero vale más no hablar. Ya pasó. ¿Ya no toses, Leo?

—No.

—¿Y te encuentras bien? ¿Con ánimos de vivir?

—Me encuentro bien; sí. En cuanto a los ánimos de vivir... Se encogió de hombros; su cara era bronceada, sus brazos fuertes, sus mejillas ya no estaban hundidas; pero Kira observó en sus ojos algo que no se había curado, algo que tal vez estaba más allá de todos los tratamientos.

—Leo, ¿no pasó ya lo peor? ¿No vamos a empezar de nuevo... ?

—¿A empezar con qué? No te traigo nada; sólo un cuerpo sano.

—¿Qué más puedo desear?

—Nada más que un *gigoló*.

—¡Leo!

—¿Qué? ¿Acaso no lo soy?

—¿Ya no me quieres, Leo?

—Sí te quiero, te quiero demasiado. Quisiera no amarte. ¡Entonces sería tan fácil! Pero amar a una mujer y verla arrastrarse en este infierno que llamaban vida sin poder ayudarla, sino, por el contrario, hacerse ayudar por ella, cuando ya le es tan difícil procurar por sí misma... ¿te parece que he de bendecir esta salud que me has devuelto? La odio porque me la has devuelto tú, y porque te amo...

Ella dijo, dulcemente. —¿Preferirías odiarme también a mí?

—Sí; lo preferiría. Tú representas lo que perdí hace tanto tiempo. Pero te quiero tanto que me esfuerzo en seguir siendo lo que tú quieres que sea, aunque ya haya dejado de serlo. He aquí todo cuanto puedo ofrecerte, Kira.

Ella le miró con calma; sus ojos estaban secos, su sonrisa no era ya la de un niño; era una sonrisa más intensa que la de una mujer. Luego dijo:

—No hay más que una cosa que no debemos olvidar; es lo único que importa. Lo demás es sólo un detalle. No me interesa saber qué es la vida, ni qué hará la vida con nosotros. Pero no nos arrollará. Ni a ti ni a mí. Esta es nuestra alma, la única bandera que podemos levantar contra todos cuantos nos rodean. He aquí todo cuanto debemos saber del porvenir.

El le dijo con mayor ternura, con mayor energía que nunca:

—Kira, quisiera que no fueras como eres.

Ella escondió la cabeza en los hombros de él y murmuró: —No hablemos más de ello. Ya no tenemos nada que decir, ¿verdad? Tengo que levantarme y empolverarme la nariz, y tú debes mudarte y tomar un baño. Te prepararé algo que comer... pero antes déjame estar contigo, sólo unos segundos... déjame estar aquí, quieta... no te muevas, Leo...

Y su cabeza fue resbalando poco a poco sobre el pecho, las rodillas y hasta los pies de Leo.

Capítulo tercero

Una tarde, tres días después de la llegada de Leo, sonó la campanilla.

Kira abrió a medias la puerta, sin quitar la cadena. En el rellano había una señora gruesa con un abrigo elegante y suntuoso. Su cara, que parecía esconderse detrás de una barbilla prominente, se levantaba en un estudiado movimiento de graciosa interrogación, dejando al descubierto un grueso cuello blanco; sus labios gruesos y mal pintados, se abrían a medias sobre unos dientes blancos y fuertes. Su mano se posaba en un amplio chal de seda verde. Arrastrando las palabras con voz estudiada y pronunciando cada sílaba con precisión, preguntó:

—¿Está Leo Kovalensky?

Kira contempló con incredulidad las sortijas de brillantes que resplandecían en aquellos dedos cortos y blandos y contestó: —Sí... desde luego...

Pero no quitó la cadena, y siguió mirando fijamente a aquella mujer.

Con una amanerada sonrisa, pero no sin que su acento denotara cierto aplomo, ésta añadió:

—Deseaba verle.

Kira la hizo pasar. La recién llegada la miró con curiosidad, entornando los ojos con aire interrogativo. Cuando entraron en la habitación Leo se puso en

pie, sorprendido y frunciendo el entrecejo. La visitante le tendió las dos manos en un saludo teatral:

—¡Leo, qué contenta estoy de volver a verle! No he olvidado mi amenaza de venir a encontrarle. Me propongo llegar a cansarle a usted de veras.

Leo no sonrió en respuesta a su leve risa de espera. Se limitó a inclinarse con gracia y dijo:

—Kira, te presento a Antonia Pavlovna Platoshkina. Kira Alexondrovna Argounova.

—¿Argounova? ¡Oh...! —dijo Antonina Pavlovna. Tendió el brazo en línea recta con los dedos pendientes como si diese su mano a besar a un hombre.

—Antonina Pavlovna y yo éramos vecinos en el sanatorio —explicó Leo.

—Y por cierto, él era un vecino muy poco amable. Estoy muy quejosa de él —dijo Antonina con una ronca sonrisa—. No quiso aguardarme. ¡Y yo tenía tantos deseos de volver con él! Es más, Leo: ni siquiera me dio usted el número de su casa. De modo que perdí un buen rato en obtener del Upravdom sus señas exactas. Los Upravdom son una de las calamidades inevitables de esta época, y todo lo que nosotros, la gente de las clases altas, podemos hacer es soportarlos con una sonrisa de condescendencia.

Se quitó el abrigo. Llevaba un vestido sencillito, de seda nueva, de excelente calidad, a la última moda, y ostentaba unos pendientes extranjeros de celuloide verde. Peinaba sus cabellos severamente hacia atrás, por la parte de la frente, y a los lados llevaba dos trenzas relucientes, pegadas a las mejillas, cubiertas de finos polvos blanquísimos. Sus cabellos eran de un inverosímil color anaranjado, del mismo color que el magnífico collar de ámbar que batía su pecho como un péndulo cada vez que ella se movía. El traje era muy elegante y bajaba bruscamente desde unas caderas muy anchas hasta unas gruesas piernas de delgados tobillos y unos pies tan pequeños que parecían haber de quedar aplastados por aquel peso desproporcionado. Se sentó, y su pecho se dilató en un ancho pliegue sobre su regazo.

—¿Cuándo ha vuelto usted, Tonia? —preguntó Leo.

—Ayer. ¡Y qué viajecito! —suspiró—. ¡Esos trenes soviéticos! Verdaderamente creo que he perdido todo lo que gané en el sanatorio. Estuve haciendo cura de reposo para mis nervios —explicó apuntando la barbilla contra Kira—, porque, ¿qué persona razonable no tiene los nervios agotados, en estos tiempos que corremos? ¡Pero Crimea me ha salvado la vida!

—Era hermoso —asintió Leo.

—Sí; pero lo cierto es que el lugar perdió todo su encanto desde que se marchó usted, Leo. ¿Sabe usted? Era el enfermo más simpático de todo el sanatorio, y todo el mundo le admiraba. ¡Oh, sólo platónicamente, querida, si esto la preocupa! —añadió sonriendo a Kira.

—¡Oh, claro! —dijo ésta.

—Leo ha sido muy amable y me ha ayudado a estudiar el francés que estaba perfeccionando. Naturalmente, lo aprendí de pequeña, pero, por desgracia, los medios de mi familia no me permitieron alcanzar la perfección que deseaba... ¡y es un alivio tan grande encontrar a una persona como Leo, en estos tiempos! ¡Tiene usted que perdonarme, Leo! Tal vez soy una visitante inoportuna, lo reconozco, pero será excesivo pretender que una mujer renuncie a una amistad tan atractiva en una ciudad donde son tan escasas las personas de valía.

—De ningún modo, Tonia; estoy encantado de que se haya usted tomado la molestia de buscarme.

—¡Ah, la gente de aquí! Conozco a mucha. Una les encuentra, habla con ellos, les estrecha la mano. Pero ¿qué significa todo ello? Nada. Nada más que un gesto inútil. ¿Quién hay entre todas estas personas que conozca el valor profundo del espíritu, aquella misteriosa llama interior que es el verdadero sentido de nuestra vida?

La ligera sonrisa de Leo no era precisamente de comprensión, pero le contestó amablemente:

—Si estos tiempos lo permitieran, podría intentarse olvidar estas preocupaciones en alguna actividad interesante. —¡Qué verdad tan profunda! Naturalmente, la mujer intelectual moderna es orgánicamente incapaz de permanecer inactiva. Tengo un programa tremendo para este invierno. Me propongo estudiar el antiguo Egipto.

—¿Cómo? —preguntó Kira. —El antiguo Egipto —repitió Antonina Pavlovna—, quiero captar su espíritu en toda su integridad. Un lazo misterioso con el presente que nosotros los modernos no apreciamos enteramente. Estoy segura de que en precedentes encarnaciones... ¿no le interesa la filosofía, Leo?

—Francamente, no; no me ha interesado jamás. —Aprecio su punto de vista, naturalmente. Pero yo la he estudiado a fondo y he dedicado a ella muchos de mis pensamientos. Hay en ella una verdad trascendental, una explicación de muchos de los fenómenos complicados de nuestra existencia. Naturalmente, yo tengo uno de esos caracteres propensos al misticismo. Pero no deben ustedes juzgarme anticuada por ello, ni tienen que asombrarse de que estudie también Economía Política.

—¿Usted, Tonia? ¿Y para qué?

—Hay que ponerse al unísono con los tiempos, ¿comprenden? Para criticar hay que comprender. Y a mí me parece enormemente interesante. Hay cierto romanticismo especial en el trabajo, el comercio, las máquinas. A propósito, ¿ha leído usted el último libro de poesías de Valentina Sirkina?

—No; no lo he leído.

—Verdaderamente delicioso. ¡Una profundidad de emoción! Y, sin embargo, ¡tan completamente moderno... tan esencialmente moderno! Hay unos versos

sobre... ¿cómo dice? Sobre "mi corazón que es como el amianto y permanece frío en la ardiente hoguera de mis emociones", o algo parecido... Es realmente soberbio.

—He de reconocer que no he seguido a los nuevos poetas. —Se lo traeré, Leo. Sé que lo comprenderá usted y que le gustará. Y estoy segura de que también Kira Argounova lo encontrará muy hermoso.

—Gracias —dijo Kira—, pero nunca leo poesías.

—¿De veras? ¡Qué raro! Pero sin duda le gustará la música.

—Los *fox-trots* —dijo Kira.

—¿De veras? —y Antonina Pavlovna sonrió con condescendencia.

Cuando sonreía, su barbilla avanzaba todavía más, en la misma medida en que retrocedía su frente; se le entornaban los ojos como si fuera miope y los labios se abrían lentamente, como independientemente de su voluntad.

—A propósito de música —dijo volviéndose de nuevo hacia Leo, —hay otro punto interesante en mi programa invernal. He logrado que Koko me prometiera un palco para todos los conciertos de la Filarmónica del Estado. ¡Pobre Koko! En el fondo es realmente un artista, pero temo que su desgraciada educación primaria no le puso en condiciones de apreciar la música sinfónica. Probablemente estaré sola en mi palco. A menos que quisiera usted compartirlo conmigo, Leo... y usted también, naturalmente, Kira Alexandrovna.

Sonrió a Kira y se volvió de nuevo a mirar a Leo.

—Gracias, Tonia —dijo éste sonriendo—, pero temo que no tendremos mucho tiempo disponible este invierno.

—Leo, querido —y abrió los brazos en un amplio gesto de simpatía—, ¿cree usted que no me hago cargo? Su posición financiera es... ¡ah!, estos tiempos no son para hombres como usted. Pero aun así, no hay que desanimarse. Con mis relaciones... Koko no puede negarme nada. Sintió mucho verme partir a Crimea, ¡y me echó tanto de menos! No pueden creer lo contento que se puso al volver a verme. No me querría más si fuera mi marido: seguro que ni siquiera me querría tanto. El matrimonio es un prejuicio pasado de moda... ya lo sabe usted... —y sonrió a Kira.

—Estoy seguro de que Crimea ha contribuido mucho a su salud —se apresuró a decir fríamente Leo.

—¡Ah! No hay nada en Rusia comparable a aquello. ¡Cielo de terciopelo, estrellas de brillantes, el mar, aquel divino claro de luna...! ¿Sabe usted? Siempre me extrañó que pudiera usted permanecer tan indiferente a aquel mágico encanto. Le creí antirromántico. Naturalmente, ahora comprendo la razón.

Miró rápidamente a Kira. La mirada se le heló como si los ojos de Kira la hubieran recogido y sujetado. Luego los labios de Antonina Pavlovna se entreabrieron en una fría sonrisa y se volvió suspirando.

—Ustedes, los hombres, son unas criaturas muy raras. El comprenderles es una verdadera ciencia y constituye el primer deber de una mujer. Por mi parte la he aprendido en la más amarga escuela de la experiencia —y suspiró profundamente, encogiéndose de hombros—. He conocido a los heroicos oficiales del Ejército Blanco, he conocido a feroces y brutales comisarios... — y rió con una risa estridente—. Lo confieso abiertamente. Y ¿por qué no? Todos nosotros somos modernos. He conocido a muchas personas que no me han comprendido. Pero no me importa: se lo perdono. Ya saben ustedes: *Noblesse oblige*.

Mientras hablaban, Kira se había sentado en el brazo de un sillón, contemplando los tacones de sus viejas zapatillas y estudiándose las uñas. El cielo, al otro lado de las ventanas, era ya oscuro cuando Antonina Pavlovna miró su reloj de pulsera montado en brillantes y agitó sus cortas manos.

—¡Oh, qué tarde es ya! Ha sido tan delicioso que no me di cuenta de cómo pasó el tiempo. Tengo que correr a casa. Koko estará probablemente preocupado por mí. ¡Pobre Koko! Abrió su bolso, sacó un espejito y, sosteniéndolo delicadamente entre sus dedos se estudió cuidadosamente la cara, entornando los ojos. Tomó un frasquito escarlata con un pincelito y se pintó una mancha roja en los labios.

—Es algo delicioso —explicó enseñando el frasquito a Kira—, infinitamente mejor que todos los lápices. Veo que no emplea usted mucho colorete, Kira Argounova. Pero se lo recomiendo. De mujer a mujer, le diré que no hay que descuidar nunca el aspecto exterior... especialmente... —rió con aire amistoso y confidencial— cuando se tiene una propiedad tan valiosa.

—Gracias —dijo Kira—, agradezco su interés.

Ya en la puerta, Antonina Pavlovna se dirigió a Leo. —No se preocupe usted por este invierno, Leo. Con mis relaciones... Koko, naturalmente, conoce a los principales... me daría miedo murmurar los nombres de las personas que conoce. Y, naturalmente... yo hago de Koko cuanto quiero. Tiene usted que conocerle, Leo. Podremos hacer mucho por usted. Ha de procurar que un magnífico joven como usted no se pierda en este pantano soviético.

—Gracias, Tonia, aprecio su oferta, pero espero que no me hallaré por completo sin recursos.

—¿A qué se dedica exactamente? —preguntó Kira.

—¿Quién? ¿Koko? Es subdirector del Trust de la Alimentación... oficialmente... —y Antonina Pavlovna guiñó misteriosamente un ojo, con una leve sonrisa, al mismo tiempo que bajaba la voz; luego, agitando una mano adornada por un brillante que lanzó vivos destellos a la luz de la bombilla eléctrica, añadió—: *Au revoir, mes amis*. No tardaremos en vernos.

Mientras volvía a poner la cadena a la puerta, Kira murmuró: —Estoy estupefacta, Leo.

—¿De qué?

—De que hayas podido trabar relación con una...

—Yo no he criticado nunca a tus amigos.

En aquel momento atravesaban la habitación de Marisha; ésta, que se hallaba junto a la ventana, levantó la cabeza y miró a Leo con curiosidad, asombrada ante el tono de su voz.

Leo cerró tras sí, rudamente, la puerta de su habitación, y observó:

—Por lo menos, hubieras podido ser cortés con ella.

—¿Qué quieres decir?

—Que hubieras podido decir algo de vez en cuando.

—No vino para oírme hablar.

—Yo no la invité. Ni es amiga mía. No tienes por qué ponerte trágica.

—Pero, Leo, ¿dónde la conociste?

—Estaba en el mismo sanatorio que yo, y casualmente tenía libros extranjeros. Lo cual resulta muy atractivo, cuando no se tiene otra distracción que pasarse los días leyendo esas porquerías soviéticas. Ahí tienes cómo nos conocimos. ¿Qué mal hay en ello?

—Pero, Leo, ¿no ves qué es lo que busca?

—Claro está que lo veo, pero ¿temes que lo logre?

—¡Leo!

—Entonces, ¿por qué no podemos hablar de ello? Es una tonta inofensiva que quiere que la tomen por alguien. Y realmente tiene muchas relaciones.

—¡Pero apoyarse en un tipo semejante!

—¡No es peor que toda esa gentuza roja que hay que conocer en estos tiempos! Y por lo menos ella no es roja.

—Bien, como te parezca.

—Olvidala, Kira. No volverá.

Le sonreía, de pronto, afectuosamente, con ojos brillantes, como si no hubiera ocurrido nada, alegre e irresistible, y ella se sentó y, apoyando las manos en sus hombros, murmuró:

—¿No ves, Leo? Sólo es porque nadie parecido debe atreverse ni siquiera a mirarte.

—Déjale que mire. No puede hacerme ningún mal —dijo él, golpeándole ligeramente la mejilla.

Leo había dicho:

—Escribe en seguida a tu tío de Budapest; dale las gracias y dile que no envíe más dinero. Ya estoy bien. Lucharemos solos. He tomado nota de la cantidad exacta que tú me has enviado, y supongo que tú, por tu parte, habrás anotado, como te dije, lo que has gastado aquí. Ahora tenemos que empezar a devolver esa suma. Si tiene paciencia... porque sólo Dios sabe cuánto tardaremos.

—Sí, Leo —había dicho ella, sin mirarle.

Leo se había dado cuenta de su reloj y había fruncido el entrecejo.

—¿De dónde lo sacaste?

—Es un regalo... de Andrei Taganov —había contestado Kira.

—¡ Ah! ¿De modo que aceptas regalos de él?

—¡Leo! —le había mirado retadoramente, pero luego había dicho, con aire suplicante—: ¿Por qué no, Leo? Era mi cumpleaños y no quise ofenderle rechazándolo. El se encogió despectivamente de hombros.

—No creas que me importa. Es cosa tuya. Por mi parte no me gustaría llevar alhajas pagadas con el dinero de la G. P. U.

Kira había escondido las medias, el encendedor y el frasquito de perfume; y había dicho a Leo que se había hecho el vestido encarnado para recibirle. Pero Leo se extrañaba de que no quisiera llevarlo más a menudo.

De día, Kira recitaba ante los atónitos visitantes de las salas del Palacio de Invierno, tapizadas de rojo: "... es un deber de todo ciudadano consciente el conocer la historia de nuestro movimiento revolucionario, a fin de poder llegar a ser un técnico ilustrado, combatiente en las filas de la Revolución mundial del proletariado, que constituye nuestra más alta meta". Por la noche, intentaba decir a Leo:

—Hoy tengo que salir, se lo prometí a Irina... —o bien— ... no tengo más remedio que salir. Hay una asamblea de las organizaciones turísticas... Pero Leo la obligaba a quedarse en casa.

A veces se miraba al espejo, contemplando con estupor sus ojos, que todo el mundo había proclamado siempre límpidos y honrados.

No salía por la noche. No podía alejarse. No podía saciarse de mirar a Leo, de permanecer sentada en silencio, muy quieta, acurrucada en su sillón, observando a Leo que, de pie junto a la ventana, estaba de espaldas a ella, con las manos en las caderas, el cuerpo ligeramente inclinado hacia atrás, los músculos del cuello tensos, bronceados, salientes bajo los negros cabellos en desorden, como una conmovedora promesa del rostro que no alcanzaba a ver. Luego Kira se levantaba, se dirigía lentamente hacia él, y pasaba poco a poco por los duros tendones de su cuello sus manos acariciadoras, sin decir una palabra, sin darle un beso. Entonces pensaba con fría curiosidad en otro hombre que la estaba esperando; pero sabía que debía ir a ver a Andrei. Una noche se puso el traje encarnado y dijo a Leo que había prometido a su familia que iría a verles.

—¿Puedo ir contigo? No les he visto todavía desde mi regreso, y les debo una visita.

—No, Leo; no esta vez —contestó ella con calma—. Prefiero que no. Mamá ha cambiado tanto... que no sé si te entenderías con ella.

—¿Y tienes que ir precisamente esta noche, Kira? Siento que te marches y me dejes solo en casa. He pasado tanto tiempo lejos de ti.

—Les prometí ir hoy. No tardaré. En seguida estoy de vuelta. Estaba poniéndose el abrigo cuando sonó la campanilla. Marisha fue a abrir, y no tardó en oírse la voz de Galina Petrovna.

—¡Oh, cuánto celebro que estén en casa! Si hubiese pensado que iban a ver a los demás y se olvidaban de sus viejos padres...

Entró la primera, seguida por Lidia. Detrás de las dos, arrastrando los pies, iba Alexander Dimitrievitch.

—¡Leo, querido hijo! —y Galina corrió hacia él y le besó en las dos mejillas—. ¡Estoy contentísima de verte! ¡Bien venido a Leningrado!

Lidia le estrechó la mano con indiferencia; se quitó el viejo sombrero deformado, se dejó caer sobre una silla y empezó a hurgarse el pelo entre las horquillas, porque un gran mechón de cabello le caía fuera de la descuidada trenza que llevaba caída sobre la nuca. Estaba muy pálida, no llevaba polvos y su nariz relucía; se pasó la mayor parte del tiempo contemplando el suelo con aire melancólico.

Alexander Dimitrievitch murmuró:

Estoy contento de verte restablecido, muchacho —y dio tímidamente una palmada en el hombro de Leo, con una mirada insegura y asustada, como la de un animal que temiera que le pegaran.

Kira les recibió con calma, diciendo con frío aplomo:

—¿Por qué habéis venido? Iba a salir para ir a veros como... como os había prometido.

—¿Cómo... ? —intentó decir Galina, pero Kira no la dejó hablar.

—En fin, puesto que ya estáis aquí, quitaos los abrigos.

—Estoy muy contenta de que te hayas puesto bien, Leo —dijo Galina Petrovna—. Me parece que eres hijo mío. Y realmente lo eres; todo lo demás son prejuicios burgueses.

—¡Mamá! —protestó débilmente Lidia, dejando caer sus manos inertes.

Galina Petrovna se instaló en un cómodo sillón. Alexander Dimitrievitch se sentó con aire confuso en una silla, junto a la puerta.

—Gracias por la visita —dijo Leo sonriendo cortésmente—. Mi única excusa por no haber ido a verles es...

—Leo —concluyó por él Galina Petrovna—. ¿Ya sabes que mientras has estado fuera sólo la hemos visto tres veces?

—Tengo una carta para ti, Kira —dijo de pronto Lidia.

—¿Una carta? —y la voz de Kira tembló imperceptiblemente.

—Sí; llegó hoy.

En el sobre no había ninguna indicación del remitente, pero Kira conocía la letra. La dejó con indiferencia sobre la mesa.

—¿No la abres? —preguntó Lidia.

—No corre prisa —contestó afectando no darle importancia—, no es nada urgente.

—Bien, Leo —la voz de Galina Petrovna sonaba más fuerte, más clara—, ¿qué proyectos tienes para este invierno? ¡Este año va a ser interesantísimo! Lleno de oportunidades, especialmente para los jóvenes... —¿Lleno de... qué? —¡Un campo de actividades tan vasto...! No sucede como en las decrepitas ciudades europeas, en las que los pueblos viven toda su vida en la esclavitud a cambio de míseros salarios y de una existencia triste y llena de estrecheces. Aquí cada uno de nosotros puede ser un miembro creador de la una sociedad organizada y magnífica. Aquí el trabajo no es únicamente el vano esfuerzo de satisfacer una mezquina necesidad, sino una contribución al gigantesco edificio del porvenir de la humanidad.

—Mamá —preguntó Kira—, ¿dónde has leído todo eso?

—Verdaderamente, Kira —contestó Galina Petrovna encogiéndose de hombros—, no sólo eres impertinente con tu anciana madre, sino que tu actitud puede tener una pésima influencia sobre el porvenir de Leo.

—En su lugar, no me ocuparía de ello, Galina Petrovna —dijo el joven.

—Y naturalmente, Leo, espero que serás lo bastante moderno para superar los viejos prejuicios que todos teníamos.

—¿Dónde trabaja usted ahora, Galina Petrovna? —preguntó Leo.

—¿No lo sabes? Soy profesora de la Escuela de Trabajo. Las que antes llamábamos Escuelas Superiores. Enseño costura y bordado. Todos nos damos cuenta de que las cosas prácticas como la costura son mucho más importantes para nuestros ciudadanos futuros que las cosas inútiles y muertas que se les enseñaban antes, como por ejemplo, el latín. ¿Y nuestros métodos? Llevamos sobre Europa un adelanto de varios siglos. Por ejemplo, el método complejo que...

—Mamá —interrumpió Kira, cansada—, todo esto no puede interesar a Leo.

—¡No digas tonterías! Leo es un joven moderno. Como decía, el método actual... Por ejemplo, ¿qué se hacía antes? Los niños tenían que aprender de memoria, mecánicamente, una serie de asignaturas áridas e inconexas: historia, física, aritmética. ¿Qué hacemos ahora? Seguimos el método complejo. Así, por ejemplo, la semana pasada tomamos por tema "la fábrica". Cada profesor debía basar sus enseñanzas en este tema central. En la clase de historia se explicó el nacimiento y desarrollo de las fábricas; en la de física, se dieron nociones de mecánica; el profesor de aritmética puso problemas sobre la producción y el consumo; en la clase de arte se dibujaron proyectos e interiores de fábricas. Y en mi clase hicimos blusas de trabajo y monos. ¿No os dais cuenta de la inmensa ventaja de este método? ¿De la indeleble impresión que tiene que dejar en el ánimo del niño? Monos y blusas de trabajo, algo práctico, concreto, en lugar de enseñarles una serie de cosas teóricas y de bordados.

La cabeza de Lidia se inclinaba con impaciencia. ¡Había oído tantas veces estas mismas palabras!

—Celebro que esté usted contenta con su trabajo, Galina Petrov-na —dijo Leo.

—Y yo celebro que tengas racionamiento —dijo Kira. —Realmente, lo tengo —dijo con orgullo Galina Petrovna—. Naturalmente, la distribución no ha llegado todavía a la perfección, y el aceite de girasol que me dieron la semana pasada estaba tan rancio que no hubo manera de utilizarlo. Pero éste es un período transitorio de...

—... construcción estatal —gritó de pronto Alexander Dimitrievitch, de prisa, como si recitase una lección de memoria.

—¿Y usted, qué hace, Alexander Dimitrievitch? —preguntó Leo. —Yo trabajo —y Alexander Dimitrievitch dio un salto hacia delante como para defenderse de algún ataque peligroso—. Sí; trabajo. Soy funcionario soviético.

—Naturalmente —dijo con afectación Galina Petrovna— la posición de Alexander no es una posición de responsabilidad como la mía. Es contable en una oficina cerca de la isla Vasilievsky; tiene que hacer todo un viaje para ir, ¿no es cierto, Alexander? Pero, sea como sea, tiene racionamiento de pan, siquiera no le den el suficiente ni para él solo.

—Pero trabajo —dijo humildemente Alexander Dimitrievitch.

—Naturalmente —reconoció su esposa—. Pero mi ración es mayor porque pertenezco a la clase selecta de los pedagogos. Tengo una gran actividad social. ¿Ya sabes, Leo, que me han nombrado vicesecretaria del Consejo de Maestros? Verdaderamente es un consuelo el saber que este régimen aprecia las cualidades de los dirigentes. Incluso di una conferencia sobre los métodos de la educación moderna, en una reunión de un Centro, en la que Lidia tocó *La Internacional* muy bien.

—¿Qué dice que hizo Lidia?

—Es verdad —dijo Lidia con voz sorda—. *La Internacional*. Yo también trabajo. Directora musical y pianista acompañante en el Centro Obrero. Una libra de pan cada semana y algunas veces incluso dinero, lo que queda después de pagados los impuestos mensuales.

—Lidia no es maleable —suspiró Galina Petrovna.

—Pero toco *La Internacional*, y la marcha fúnebre roja *Caíste como una víctima* y los cantos del Centro. Incluso me aplaudieron cuando toqué *La Internacional* después de la conferencia de mamá.

Kira se levantó perezosamente para preparar el té. Encendió el "Primus", puso la tetera y la estuvo vigilando, pensativa, mientras a través del silbido de la llama la voz de Galina Petrovna resonaba rítmica, como si estuviese dando clase. —... sí, por dos veces, figúrate, he sido elogiada en el diario mural como una de las maestras más modernas y más inteligentes. Sí; tengo cierta influencia. Cuando aquella insolente maestra joven quiso dirigir la escuela, no tardaron en destituirla. Y podéis tener la seguridad de que yo intervine...

Kira no oyó más. Miraba la carta, encima de la mesa, y reflexionaba. Cuando volvió a escuchar, era la voz de Lidia la que estaba diciendo en tono agudo: —... consuelo espiritual. Lo sé. Tuve una revelación. Son secretos inaccesibles a nuestra comprensión mortal. La salvación de la Santa Rusia está en la fe. Así fue predicho. Soportando con paciencia nuestros largos sufrimientos redimiremos nuestros pecados...

Al otro lado de la puerta, Marisha tocaba *John Gray*. El disco era nuevo, y las rápidas notas resonaron alegremente, con breves e imprevistos floreos: "John Gray —era bravo y valiente. — Kitty — era una preciosidad."

Kira estaba sentada con la barbilla entre las manos y la llama del "Primus" debajo de su nariz; de pronto, sonrió y dijo:

—Me gusta esta canción.

—¿Esta horrible vulgaridad que todo el mundo toca tanto que ya no se puede oír? —preguntó Lidia, admirada.

—Sí; aunque todo el mundo la toque... tiene un ritmo tan simpático. .. estridente... como si estuviesen remachando hierro. Hablaba dulcemente, con sencillez, con un poco de tristeza, como raras veces hablaba a su familia. Levantó la cabeza y miró a su alrededor; pero los suyos se habían dado cuenta de su expresión melancólica, suplicante.

—¿Todavía te acuerdas de la ingeniería? —preguntó Lidia.

—A veces —murmuró Kira.

—No logro comprenderte, Kira —gritó su madre—; nunca estás satisfecha. Tienes un excelente empleo, fácil y bien pagado, y te estás consumiendo por esta tonta ambición infantil. Los "cicerones", lo mismo que los maestros, son considerados actualmente tan importantes como los ingenieros. Es una posición muy honrosa, de responsabilidad, y que contribuye mucho a la construcción social. ¿Acaso no es más interesante construir mentalidades vivas e ideologías que edificios de hierro y ladrillo?

—Es culpa tuya, Kira —dijo Lidia—, siempre serás desgraciada porque rechazas el consuelo de la fe.

—¿A qué pensar más en ello, Kira? —dijo Alexander Dimitrievitch.

—¿Quién ha dicho que soy desgraciada? —preguntó Kira en alta voz, sacudiendo bruscamente los hombros. Luego se levantó, tomó un cigarrillo y lo encendió en el "Primus".

—Kira fue siempre difícil de manejar —dijo Galina Petrovna—, pero podría creerse que los tiempos actuales bastarían para hacer bajar de las nubes a cualquiera.

—¿Qué proyectos tienes para este invierno, Leo? —preguntó Alexander Dimitrievitch, de pronto, con indiferencia, como si no aguardase respuesta.

—No tengo ninguno, ni para este invierno ni para los inviernos futuros —dijo Leo.

—He soñado con un gallo y una liebre —dijo Lidia—. La liebre atravesaba el camino, y esto es mala señal, pero el gallo estaba posado sobre un árbol que parecía un enorme cáliz blanco.

—Fijaos, por ejemplo, en Víctor, mi sobrino —dijo Galina Petrovna—, aquél sí que es nn joven moderno e inteligente. Este año termina la carrera en el Instituto y ya tiene un empleo magnífico. Mantiene a toda su familia. No se entiende de misticismos, sino que abre los ojos a la realidad. Es un muchacho que irá lejos.

—Sí; pero Vasili no trabaja —observó Alexander Dimitrievitch con serena melancolía.

—Vasili nunca tuvo sentido práctico —afirmó Galina Petrovna.

—Lo mismo que su adorada Irina —observó venenosamente Lidia.

Fue Alexander Dimitrievitch quien, de pronto, observó en tono indiferente:

—Es bonito este traje encarnado, Kira.

Ella sonrió con aire de cansancio.

—Gracias, papá.

—Pero no tienes buen aspecto, pequeña. ¿Estás cansada?

—No; estoy bien.

Luego la voz de Galina Petrovna cubrió el ruido del "Primus".

—... ¿sabéis? Sólo los mejores profesores han sido elogiados en el diario mural. Nuestros alumnos son muy severos y...

Más tarde, cuando las visitas se hubieron marchado, Kira se llevó la carta al cuarto de baño y la abrió. Sólo contenía dos líneas:

Perdona que te escriba, queridísima Kira, pero, ¿quieres telefonarme? — Andrei.

Al día siguiente, Kira acompañó a dos grupos de visitantes al Museo. De vuelta a su casa dijo a Leo que la despedirían si aquella noche no asistía a una reunión de guías. Se puso el traje encarnado. En el rellano, besó ligeramente a Leo, que la miraba marcharse, y le saludó con la mano mientras bajaba rápidamente la escalera, con una sonrisa fría y alegre. En la esquina abrió el bolso, sacó el frasquito de perfume francés y se puso unas gotas en el pelo. Saltó a un tranvía que pasaba a toda velocidad y se quedó cogida a una correa, mirando correr las luces de la calle. Cuando bajó del tranvía echó a andar con desenvoltura, con determinación fría y precisa, hacia el palacio ocupado por la sede del Partido. Subió sin hacer ruido la escalera de mármol del pabellón, y llamó con fuerza a la puerta.

Cuando Andrei salió a abrir, ella le besó riendo.

—Ya lo sé, ya lo sé... no tienes que decirme nada. Antes quiero que me perdones; luego te explicaré.

—Ya estás perdonada, no tienes que explicarme nada —murmuró él, feliz.

Kira no dio explicaciones ni consintió que Andrei se quejara. Corrió alrededor de la estancia; él intentó cogerla y bajo sus manos sintió el tacto fresco de su vestido, que olía a noche veraniega. Andrei sólo pudo balbucir:

—Ya sabes que hace dos semanas... —pero no logró terminar la frase.

Kira observó que iba en traje de calle.

—¿Ibas a salir, Andrei? —preguntó.

—Sí... pero no importa. —¿Adonde ibas?

—A una reunión de la célula del Partido.

—¿Una reunión de célula? ¿Y dices que no tiene importancia? Pero no puedes dejar de ir.

—Claro está que puedo. No voy.

—Prefiero volver mañana, Andrei, y dejarte...

—No.

—Bien, entonces salgamos juntos. Llévame al Café de Europa.

—¿Esta noche? —Sí; ahora.

Y él no se atrevió a rehusar, ni ella se atrevió a mirarle a los ojos.

Se sentaron a una mesa impecablemente puesta, en el *roof-garden* del Hotel Europa. Estaban en un rincón algo oscuro, y, de toda la sala, sólo alcanzaban a ver los desnudos hombros de una mujer, sentada no lejos. Un rizo de cabellos rubios le caía sobre la nuca, huyendo de la cuidadosa ondulación de su peinado; una sombra ligera corría sobre sus hombros; sus largos dedos, que temblaban levemente, sostenían una copa de un líquido del mismo color que sus cabellos. Más allá, al otro lado de una niebla de luces amarillas y de humo azulado, una orquesta tocaba el *fox-trot* de *La bayadera*. Los violinistas se movían acompasadamente, al ritmo de la música y de las copas doradas. Andrei dijo:

—Hace dos semanas, Kira y... te has olvidado... y probablemente hacía falta... Y le puso en la mano un fajo de billetes; su sueldo mensual. Ella murmuró, rechazándolo, cerrando sobre el dinero los dedos de él:

—No, gracias, Andrei, no lo necesito... y... tal vez no volveré a necesitarlo más. —Pero...

—¿Sabes? Tengo mucho trabajo, ahora, y mamá pasa en la escuela más horas que antes... de modo que tenemos vestidos y todo lo que nos hace falta. — Pero, Kira, quisiera que...

—Te lo ruego, Andrei, no discutamos. Nada de eso. Hazme el favor... guárdalos... si los necesito te lo diré.

—¿Me lo prometes? —Sí.

Los violines se oían graves, y de pronto la música estalló en un fuego artificial de rápidas notas risueñas, que parecían deber verse subir como cohetes.

—Ya sé —dijo Kira— que no debía haberte pedido que me trajeras aquí. No es un sitio para ti. Pero a mí me gusta. Es una caricatura, aunque bastante mala,

de Europa. ¿Conoces esto que están tocando? Es *La bayadera*. La he oído. También en Europa la tocan. .. como aquí... casi igual que aquí...

—Kira —preguntó Andrei—. Leo Kovalensky ¿está enamorado de ti, o algo parecido?

Ella le miró y el reflejo de una bombilla eléctrica puso dos relámpagos en sus ojos, dibujando sobre su cuello de charol un óvalo brillante.

—¿Por qué me lo preguntas?

—He visto a tu primo, Víctor Dunaev, en una reunión del centro y me dijo que Leo Kovalensky había vuelto, y se sonrió como si la noticia hubiera debido tener para mí algún significado particular. Yo ni siquiera sabía que Leo Kovalensky se hubiera marchado.

—Sí; está de regreso. Ha estado en Crimea; creo que por cuestión de salud. No sé si él está enamorado de mí; lo que sé es que Víctor lo estuvo una vez, que no me lo ha perdonado nunca.

—Comprendo. No me gusta ese hombre.

—¿Quién? ¿Víctor?

—Sí. Y Leo Kovalensky tampoco. Espero que no os veréis a menudo. Es de una clase de hombres que no me inspiran confianza.

—¡Oh, le veo alguna vez! —la orquesta había dejado de tocar—. Andrei, pídeles una cosa para mí. Una cosa que me gusta. Es la *Canción de la copa rota*. Andrei la observó mientras la música prorrumplía de nuevo en un rocío de notas. Era la música más alegre que él había oído jamás; y nunca había visto a Kira tan melancólica. Estaba inmóvil, mirando melancólicamente al infinito, sin ver, con los ojos turbados.

—Es muy bonito, Kira —murmuró él—. ¿Por qué estás así?

—Es algo que me gustaba... hace mucho tiempo... cuando era una niña... Andrei, ¿no sentiste nunca la impresión de que de niño te habían prometido algo, y luego te miras y piensas: "Entonces no sabía que me sucedería todo eso", y te das cuenta de que todo es extraño, y ridículo, y un poco triste a la vez?

—No; a mí no me prometieron nada. Había tantas cosas que entonces no conocía y me resultaba tan extraño aprenderlas ahora... ¿Sabes?, la primera vez que vinimos aquí me daba vergüenza entrar; pensaba que no era un sitio para un hombre del Partido, pensaba... —y rió dulcemente, como excusándose— pensaba que estaba haciendo un sacrificio por ti. Y ahora me gusta.

—¿Por qué?

—Porque me gusta estar en un sitio sin otra razón que la de poderte mirar por encima de una mesa. Porque me gusta el reflejo de estas luces sobre tu cuello, porque tienes una boca muy cruel, pero que yo quiero, que de repente se pone muy alegre, como si también ella escuchase cuando tú escuchas la música. Y todo esto no tiene sentido para nadie más que para mí.

Y cuando se ha vivido una existencia de la que cada hora debía tener un objeto, y de pronto se descubre lo que es disfrutar de sensaciones que no tienen otra finalidad que ellas mismas, y se da uno cuenta de lo sagrado que puede ser esto, hasta el punto de no poderse discutir, ni dudar, ni combatir, y cuando uno se persuade de que es posible una vida sin otra justificación que la propia alegría, entonces todo lo demás se ve bajo una luz completamente diferente. —No debes decir eso, Andrei —murmuró ella—. Me parece arrancarte a tu propia vida, a todo cuanto fue tu vida hasta ahora.

—¿Y no lo quieres?

—Pero ¿no te asusta? ¿No crees que puede llegar un día en que tengas que enfrentarte con un dilema que no tienes el derecho de plantear?

Andrei contestó con una convicción tan absoluta que su palabra pareció ligera e indiferente, con una calma que superaba a todas las violencias.

—No.

Y luego, inclinándose hacia Kira por encima de la mesa, murmuró, con mirada serena y voz dulce y firme: —Parece que estás asustada, Kira. Pero verdaderamente no es un problema serio. No he tenido que enfrentarme con muchos problemas en mi vida. Los individuos se crean cada uno sus problemas propios, porque tienen miedo a mirar hacia adelante. Pero sólo es menester mirar adelante y ver el camino, y una vez se ha visto, no reflexionar más... sino ir caminando. Me inscribí en el Partido porque sabía que debía hacerlo. Te amo, porque sé que debo hacerlo. En cierto sentido, tú y mi trabajo sois una misma cosa. Ya ves qué sencillo.

—No siempre, Andrei. Tu conoces tu camino, y sabes que yo no formo parte de él.

—Esto no cuadra con lo que me has enseñado.

—¿Qué es lo que te he enseñado? —murmuró ella con voz grave. La orquesta tocaba la *Canción de la copa rota*, pero nadie la cantaba. Las voces de Kira y Andrei parecían ser la letra de la canción. El decía:

—¿No te acuerdas? Una vez me dijiste que creías en la vida, como yo, y que por esto los dos teníamos unas mismas raíces. Es una suerte rara. Y no puede explicarse a aquellos para quienes esta palabra, la vida, no evoca un género de sensación parecida al evocado por una marcha militar, la vista de un templo o del cuerpo perfecto de una estatua. Por este sentimiento es por lo que me hice del Partido, que, en aquel tiempo, sólo podía llevarme a Siberia. Por este sentimiento es por lo que he querido luchar contra los monstruos más arrogantes, más absurdos y más inútiles que obstaculizaban la vida humana. Y en mi vida no hubo más que lucha y porvenir, hasta que tú viniste a enseñarme lo que es el presente.

—¿Yo?

—Sí; tú. El amor de una mujer como tú es eso.

—¿Y qué es una mujer como yo?

—Pues lo mismo que un templo, o que una marcha militar...

—Bebamos, Andrei.

—¿Quieres beber?

—Sí; ahora.

—Bien.

La satisfizo. Observó el brillo de la copa que Kira llevaba a sus labios, una línea fina de luz que ondeaba entre sus dedos, que parecían dorados por el reflejo. Dijo:

—Brindemos por algo que sólo pueda ofrecer en un sitio como éste. ¡Brindemos por mi vida!

—¿Por tu nueva vida?

—¡Por mi vida única!

—Andrei, ¿y qué sucedería si debieras perderla?

—No puedo perderla.

—¡Pero pueden ocurrir tantas cosas...! No quiero tener tu vida en mis manos.

—Pero la tienes. De modo que será mejor que no la dejes caer.

—Andrei, debes pensar... alguna vez... que es posible que... ¿Qué sucedería si a mí me pasase algo?

—¿Por qué pensar en ello?

—Porque es posible.

Ella se dio cuenta, de pronto, de que cada palabra de él era el eslabón de una cadena que ella no podría romper.

—También es posible que cada uno de nosotros tenga que enfrentarse con una sentencia de muerte. ¿Y acaso esto significa que tengamos que prepararnos a morir?

Capítulo cuarto

Se marcharon temprano del *Roof-Garden*, y Kira pidió a Andrei que la acompañara a su casa. Estaba cansada y no le miraba. El dijo:

—Muy bien, querida.

Llamó a un taxi, y respetó su silencio mientras la cabeza de Kira reposaba sobre su hombro, y él, cogiendo una de sus manos, le iba acariciando los dedos sin decir una palabra.

La dejó a la puerta de la casa de sus padres. Ella aguardó en un rellano oscuro hasta que oyó alejarse los pasos de él; luego siguió aguardando todavía unos minutos, apoyada en una fría vidriera; más allá se veía un tubo de desagüe y una desnuda pared de ladrillo con una ventana, en la que vacilaba convulsivamente una vela amarilla y subía y bajaba la sombra gigantesca de

un brazo de mujer, sin razón aparente, como una máquina. Luego Kira bajó y tomó el tranvía.

De vuelta a su casa, al pasar por el cuarto de Marisha oyó la voz de un desconocido en su propia habitación, una voz lenta, profunda, arrastrada, que se detenía con mucho cuidado a cada sílaba. Abrió la puerta.

La primera persona a quien vio fue Antonina Pavlovna, con un turbante de brocado verde y la barbilla echada hacia adelante con aire inquisitivo; luego vio a Leo, y finalmente, al hombre de la voz arrastrada, y sus ojos se helaron mientras él, levantándose, le echaba una rápida mirada de apreciación y de sospecha.

—Bien, Kira; creía que pasabas la noche en la reunión de cicerones. ¡Y eso que dijiste que no ibas a tardar!

—le dijo con brusquedad Leo, mientras Antonina Pavlovna murmuraba:

—Buenas noches, Kira Alexandrovna.

—Lo siento, me escapé en cuanto pude —contestó Kira mirando al hombre.

—Kira, permítame que le presente a Karp Karpovitch Morozov, Kira Alexandrovna Argounova.

Kira no se dio cuenta de que el grueso puño de Karp Karpovitch se cerraba sobre su mano. Le miraba a la cara. Su cara estaba cubierta de grandes pecas rubias; sus ojos eran azules y semicerrados, su boca muy roja y su nariz muy corta, con las fosas verticales. Kira le había visto dos veces. Se acordó del especulador de la estación Nikolevsky y del vendedor de salchichones en el mercado.

Se quedó inmóvil, sin quitarse el abrigo, sin decir una palabra, fría de miedo, un miedo súbito e inexplicable.

—¿Qué te pasa, Kira? —preguntó Leo.

—Leo, ¿no hemos visto antes al ciudadano Morozov? '

—No lo creo.

—Nunca he tenido este placer, Kira Alexandrovna —dijo Morozov, mirándola con ojos a la vez astutos y complacientes.

Mientras Kira se quitaba lentamente el abrigo, Morozov se volvió a Leo:

—Y la tienda, Lev Sergeievitch, la pondremos en los alrededores del mercado Kousnetzky, uno de los mejores puntos. Tengo ya puestos los ojos en un establecimiento por alquilar que es exactamente lo que necesitamos. Un escaparate, una tienda pequeña, pocos metros cuadrados que pagar. He dado una buena suma al Upravdom, y éste nos permitirá disponer de un buen sótano; esto es lo que nos conviene. Mañana iremos; le gustará. El abrigo de Kira cayó al suelo. Leo se inclinó a recogerlo. Sobre la mesa había una lámpara, y a su luz Kira pudo ver la cara de Morozov inclinada hacia la de Leo, y sus gruesos labios que susurraban lentamente a su oído palabras astutas y culpables. Miró atentamente a Leo, pero Leo no la miraba a ella; sus ojos eran fríos y

se abrían con una extraña excitación. Kira permanecía en la penumbra, fuera de la luz de la lámpara, y los dos hombres no se fijaban en ella. Antonina Pavlovna le echó una mirada larga e inexpresiva y luego se volvió hacia la mesa dejando caer la ceniza de su cigarrillo.

—¿Qué clase de tipo es el Upravdom?

—No puede ir mejor —sonrió Morozov—, es un tipo cordial, fácil, práctico. Bastarán algunos billetes de diez rublos y un poco de vodka de vez en cuando, y cierto cuidado al tratar con él; no nos costará mucho. Le he dicho que dejase la tienda limpia para usted. Y mandaremos hacer rótulos nuevos: "Productos alimenticios, Lev Kovalensky."

—¿De qué hablan ustedes? Kira lanzó estas palabras a Morozov con la violencia de una explosión. Estaba junto a él, con el pelo desordenado y la cara cubierta de trecho en trecho por la sombra proyectada por la lámpara. Morozov se apartó un poco, acercándose a la mesa. —Estábamos discutiendo un asuntillo, Kira Alexandrovna —dijo en tono conciliador.

—Yo te lo explicaré después, Kira —dijo Leo, y sus palabras encerraban una orden.

En silencio, Kira acercó una silla a la mesa, y se sentó frente a Morozov, inclinada hacia adelante, apoyándose en sus rodillas cruzadas. Morozov prosiguió, esforzándose en no mirar aquellos fijos, ojos que parecían escrutarle y cribar cada una de sus palabras:

—Ya comprende la ventaja de esta combinación, Lev Sergeievitch. El título de comerciante privado no es fácil de llevar en estos tiempos. Considere, por ejemplo, el alquiler. Si decimos qu« el único propietario es usted, el alquiler no será muy grande, porque usted sólo tiene una habitación, mientras nosotros tenemos tres habitaciones grandes. Tonia y yo, y si llegasen a considerarme a mí comerciante privado

—¡Dios Todopoderoso!—, el alquiler solo ya nos arruinaría.

—Está bien —dijo Leo—; ya daré yo el nombre. Lo mismo me da que me llamen comerciante privado que Nicolás II o que Mefistófeles.

—¡Magnífico! —Morozov rió demasiado fuerte, y su barba y su vientre temblaron convulsivamente—. ¡Magnífico! Y usted, señor Lev Sergeievitch, no se arrepentirá de ello. Las ganancias —¡que Dios las bendiga!— las ganancias dejarán a los llamados antiguos burgueses a la altura de unos pobres miserables. Con nuestro pequeño proyecto nadaremos en dinero, con tanta facilidad como si lo recogiéramos por la calle. Un año o dos, y llegaremos a ser los dueños de nosotros mismos. Algunos cientos de rublos distribuidos oportunamente nos permitirán ahuecar el ala, a París, a Niza, a Montecarlo; en fin, a cualquiera de esos deliciosos puntos del extranjero.

—Sí —dijo Leo con voz cansada—, al extranjero. Luego sacudió la cabeza como para librarse de un pensamiento insoportable, y volviéndose imperiosamente a Morozov, le preguntó en un tono casi de mando:

—Pero ¿y aquel amigo suyo, el comunista? Este es el punto peligroso. ¿Ya está usted seguro de él?

Morozov abrió los brazos en un amplio gesto, sacudió levemente la cabeza con aire de reconversión y sonrió tranquilizadamente: —Pero, Lev Sergeievitch, alma mía, ¿acaso se figura usted que soy un niño inocente que da sus primeros pasos en los negocios? Estoy seguro de él, tan seguro como de la eterna salvación de nuestras almas; ya ve usted si estoy seguro. Es el muchacho más inteligente que se puede encontrar, listo y razonable. Y no es uno de estos pretenciosos que gustan de oírse hablar. No es tampoco de aquellos que no ven en la vida más que palabras vacías y arenques salados. No, señor. Sabe cuándo tiene pan con mantequilla y no lo deja escapar. Y, además, le gustan las grandes aventuras. Uno de nosotros, si le cogen, puede salirse del paso con diez años en Siberia; pero para un hombre del Partido es el piquete de ejecución, sin tiempo ni para decir adiós.

—No tiene usted que preocuparse —dijo sonriendo Antonina Pavlovna—; le conozco. Le invitamos al té, o, más exactamente, a caviar y champaña. Es un muchacho simpatiquísimo, inteligente, y digno de toda confianza. Puede usted hacer caso de la opinión de Koko en cosas de negocio.

—Por lo demás, su papel tampoco es difícil —y Morozov bajó la voz hasta hacer de ella un murmullo apenas perceptible—. Tiene un empleo de ingeniero en los ferrocarriles, con derecho de inspección sobre todas las líneas. Lo único que debe hacer es ver que los cargamentos de víveres estén algo averiados o que, por casualidad, vuelque algún vagón, o haya alguna partida que se moje un poco. Algo así; lo bastante para declarar inutilizado el cargamento. Eso es todo. Lo demás es muy sencillo. El cargamento va quietamente al sótano de la tienda de productos alimenticios de Lev Kovalensky, y nadie tiene nada que sospechar. Sólo se trata de mercancías para la tienda, ¿no es verdad? Las cooperativas del Estado se encontrarán con escasez de víveres, y los buenos ciudadanos no recogerán más que palabras a cambio de sus cartillas de racionamiento. Nosotros aguardamos un par de semanas, y luego damos salida al cargamento y se lo despachamos a nuestros clientes: una serie de comerciantes privados esparcidos por las provincias, toda una red de individuos razonables y discretos. Y eso es todo. ¿Quién sabrá nada? Si alguien va a husmear por la tienda, bien. Tendremos un dependiente que podrá despacharles una o dos libras de mantequilla, si la quieren, y he aquí todo cuanto haremos, por lo menos que se sepa: comercio al detall, abierto y legal.

—Y además —susurró Antonina Pavlovna—, si algo no marcha, el joven comunista...

—Sí —murmuró Morozov. Miró furtivamente a su alrededor y esperó un momento, por si oía algún ruido sospechoso al otro lado de la puerta. Luego, tranquilizado, añadió, pegando sus labios a los oídos de Leo—: Tiene influencia en la G. P. U. Un poderoso amigo que le protege. No me atrevo ni a pronunciar su nombre.

—Oh, por este lado no hay peligro —dijo Leo despectivamente—. La cuestión es tener bastante dinero.

—¿Dinero? Pero, Lev Sergeievitch, alma mía, tendremos tanto que podrá usted liar sus cigarrillos en billetes de diez rublos. Lo dividiremos en tres partes: usted, yo y el amigo comunista. Tendremos que dar algo a sus amigos del ferrocarril y al Upravdom, y además pagaremos el alquiler del establecimiento; esto ya figura en el presupuesto de gastos. Pero no debe usted olvidar que cara al público, usted es el único propietario. El establecimiento es de usted, a su nombre. Yo tengo que pensar en mi situación en el Trust de la Alimentación. Si supieran que tengo un establecimiento particular me expulsarían inmediatamente. Y yo quiero conservar mi puesto. Ya verá lo útil que nos será —y guiñó el ojo a Leo. Este no le contestó con ninguna sonrisa, sino que se limitó a decir: —Esté usted tranquilo, no tenga miedo.

—Entonces, es cosa concluida, ¿no es verdad? ¡Ay, amigo mío, dentro de un mes vivirá usted como no puede ni siquiera imaginar! Podrá poner un poco de carne sobre estas mejillas tan enjutas y comprar hermosos vestidos para Kira Alexandrovna, y brazaletes de brillantes, y ¿quién sabe?, quizá incluso un auto...

—¿Te has vuelto loco, Leo?

La silla de Kira dio contra la pared, y la lámpara vaciló, pero luego recobró el equilibrio tambaleándose con un ligero ruido de cristales. Kira se había puesto de pie, y tres cabezas se habían vuelto a mirarla.

—¿Bromeas, o has perdido por completo la razón? Leo se apoyó en el respaldo de su silla, mirándola de hito en hito, y le preguntó fríamente:

—¿Desde cuándo te permites hablarme en este tono?

—Leo, si éste es un nuevo medio de suicidarse, hay otros más sencillos.

—Realmente, Kira Alexandrovna, se pone usted inútilmente trágica —dijo con frialdad Antonina Pavlovna.

—Vamos, vamos, Kira Alexandrovna, alma mía —dijo Morozov—, siéntese, cálmese y hablemos tranquilamente. No hay razón para inquietarse.

—Pero, Leo, ¿no ves lo que están haciendo? Tú no eres para ellos más que una pantalla viviente. Ellos arriesgan el dinero; tú, la vida.

—Celebro que sirva para algo —dijo Leo con desenvoltura.

—Óyeme, Leo, me calmaré. Mira, me vuelto a sentar. Óyeme. No vas a hacer una cosa semejante a ojos cerrados; estudíalo bien, piensa en ello. Ya sabes lo difícil que es la vida en estos tiempos. Ya sabes ante qué

Gobierno estamos. Ya cuesta bastante escapar a sus añagazas; ¿vas a provocarlo para que te aplaste? ¿No sabes que a todo el que sea descubierto tomando parte en una especulación culpable, criminal, no le aguarda más que el piquete de ejecución?

—Creía que Leo había dado a entender con bastante claridad que no necesitaba consejos —dijo Antonina Pavlovna levantando graciosamente el cigarrillo.

—Kira Alexandrovna —protestó Morozov—, ¿por qué emplear palabras tan fuertes para hablar de una sencilla proposición, de un negocio perfectamente permitido y casi legal... ?

—Usted, cálese —interrumpió Leo. Y luego, volviéndose hacia Kira—: Oye, Kira. Sé muy bien que todo esto es lo más sucio y lo más perverso posible. Y me doy cuenta de que me juego la vida. Pero quiero hacerlo, ¿entiendes?

—¿Aunque yo te rogase que no lo hicieras?

—Nada de cuanto puedas decirme cambiará la situación. ¿Es un negocio vergonzoso, bajo, vil? ¡Sin duda! Pero ¿quién me ha arrastrado a hacerlo? ¿Crees tú que estoy dispuesto a pasar el resto de mi vida arrastrándome, suplicando que me den trabajo, sufriendo hambre, muriendo poco a poco? Hace dos semanas que volví. ¿Acaso he encontrado trabajo? ¿Acaso alguien me lo ha prometido siquiera? ¡Ah! ¿Fusilan a los que especulan los víveres? Pues ¿por qué no nos dan otro medio de vivir? No tengo profesión, no tengo porvenir. No puedo hacer lo que Víctor Dunaev; no lo haría ni aunque me abrasaran vivo. No arriesgo gran cosa, al fin y al cabo, al arriesgar mi vida... — Lev Sergeievitch, alma mía —dijo Morozov con admiración—, ¡y qué bien sabe hablar!

—Ustedes dos pueden marcharse ahora —ordenó Leo—; le veré mañana, Morozov, e iremos a echar un vistazo a la tienda.

—Verdaderamente, estoy sorprendida, Leo —observó con dignidad Antonina Pavlovna, mientras se ponía en pie—, se deja usted influenciar, y pierde las maneras, sin apreciar la oportunidad que se le ofrece. Yo creía que quedaría tan agradecido...

—¿Quién tiene que estar agradecido? —repitió Leo mirándole con dureza—. Ustedes me necesitan a mí y yo a ustedes. Es un negocio; eso es todo.

—Claro, claro; es exactamente como usted dice —dijo Morozov—, yo por mi parte aprecio su colaboración, Lev Sergeievitch. Muy bien. Tonia, alma mía, vamos ahora. Mañana estipularemos los detalles.

Estiró las piernas y se levantó apoyando con fuerza las manos en las rodillas. Cuando se movió, su grueso vientre osciló dibujándose demasiado visiblemente bajo las arrugas de su traje. En la puerta se volvió hacia Leo:

—Bien, Lev Sergeievitch, ¿no quiere usted cambiar un apretón de manos conmigo? No podemos firmar ningún contrato, naturalmente, ya lo comprende usted, pero confiamos en su palabra. Con una mueca de desprecio, Leo tendió

la mano, como si aquel gesto representase una victoria sobre sí mismo. Morozov se la estrechó largamente, con calor, y se inclinó hasta el suelo, a la manera de los campesinos rusos, al marcharse, Antonina Pavlovna le siguió sin mirar a Kira. Leo les acompañó hasta el rellano. Cuando volvió, Kira permanecía en el mismo sitio en que se había quedado. Leo le dijo, sin darle tiempo a volverse:

—No discutamos más, Kira.

—Sólo hay una cosa, Leo —murmuró ella—, y no quise decírla delante de ellos. Dijiste que no tenías nada en la vida. Yo creía que te quedaba... yo...

—No lo he olvidado. Y ésta es una de las razones de mi acto. Oye, ¿crees que quiero vivir a tu costa por todo el resto de mis días? ¿Crees que puedo quedarme aquí contemplándote mientras paseas a los paletos por el Museo o engullas humo de cara al "Primus"? Aquella imbécil de Antonina no tiene que hacer de cicerona. Y no se pondría tus trajes ni que fuera para fregar el suelo. Lo que ocurre es que no tiene que fregar el suelo. Y bien: tampoco tú tendrás que hacerlo. ¡Pobre ingenua! No sabes lo que es la vida. No la viste nunca; pero la verás. Óyeme: si estuviera seguro de que iban a fusilarme dentro de seis meses, haría lo mismo.

Kira se apoyó en la mesa. Estaba muy cansada, y murmuró: —Leo, si te lo pidiese por todo nuestro amor, si te dijera que cada día bendeciría mi trabajo, que bendeciría todos los suelos que tenga que fregar, todas las manifestaciones a que deba tomar parte, y todos los Centros y todas las banderas rojas, a condición de que no hicieras eso... ¿lo harías igualmente? — Sí —replicó él.

El ciudadano Karp Morozov encontró al ciudadano Pavel Syerov en un restaurante. Se sentaron a una mesa en un oscuro rincón.

El ciudadano Morozov pidió una sopa de coles; Pavel Syerov, té y pasteles franceses. Luego el ciudadano Morozov se inclinó por encima de la mesa y dijo entre el humo de su plato:

—Ya está todo listo, Pavlusha. Tengo al hombre. Ayer le vi.

Pavel Syerov levantó hasta sus labios pálidos la taza de té y, con un movimiento apenas perceptible de aquéllos, preguntó:

—¿Quién es?

—Se llama Leo Kovalensky. Joven. Sin un céntimo. Desesperado y dispuesto a todo.

Los pálidos labios formularon otra pregunta:

—¿De confianza?

—Completamente.

—¿Fácil de manejar?

—Como un niño.

—¿Tendrá la boca cerrada? —Como una tumba.

Morozov se metió en la boca una cucharada de sopa; un pedazo de col quedó colgando y él lo recogió con una fuerte chupada; luego, inclinándose todavía más, murmuró:

—Por añadidura, tiene su pasado social... Su padre fue ajusticiado por actividades contrarrevolucionarias. En caso de ocurrir algo... sería exactamente el hombre adecuado para hacer recaer la culpa sobre él. ¡Imagínese usted, un aristócrata traidor...!

—Espléndido —susurró Syerov.

Hundió la cucharilla en un pastel de chocolate; un poco de crema amarilla salió del dulce, esparciéndose por el plato. A través de sus labios pálidos, Syerov murmuró en voz baja, sin expresión: —Ahora óigame bien; quiero mi parte por anticipado en todos los cargamentos. No admito retrasos ni quiero tener que reclamar las cosas más de una vez.

—Dios me ayude, Pavlusha, lo tendrá... no hay por qué... —Y otra cosa. Quiero prudencia. ¿Comprendido? Prudencia. A partir de este momento, no me conoce usted. Si por casualidad nos encontramos, haga como si no me hubiera visto jamás. Antonina me dejará el dinero en la casa que ella ya sabe.

—Muy bien, Pavlusha; no olvidaré ningún detalle.

—Y diga a Kovalensky que no tiene por qué verme. No quiero ni conocerle.

—No hay ninguna necesidad.

—¿Tiene ya la tienda?

—Hoy firmaremos el contrato.

—Bien; ahora quédese aquí. Yo me marcharé primero. Aguarde usted veinte minutos. ¿Comprendido?

—Muy bien. ¡Que Dios le bendiga!

—Guárdese la frase para usted. ¡Adiós!

En la oficina de la estación, una secretaria estaba sentada detrás de una valla de madera y escribía a máquina, mordiéndose el labio inferior y echando el superior hacia afuera. Delante de la valla había un espacio sin barrer y dos sillas: seis visitantes aguardaban pacientemente, cuatro de ellos en pie. Detrás de la secretaria se veía una puerta sobre la que campeaba un rótulo: "Camarada Syerov".

El camarada Syerov volvió de comer. Atravesó rápidamente el patio, haciendo crujir sus lustrosas botas militares. Los seis visitantes se volvieron, siguiéndole con mirada tímida y ansiosa. El pasó como si la estancia estuviese vacía, y la secretaria le siguió a su despacho particular.

En la pared de éste, detrás de un escritorio nuevo y grande, había un retrato de Lenin, y en otra pared un gráfico indicando los progresos de las líneas férreas y un cartel que ponía: "Camaradas, exponed vuestros asuntos en pocas palabras. La eficiencia proletaria es la disciplina de la construcción revolucionaria en tiempo de paz."

Pavel Syerov sacó de su bolsillo una ancha petaca de oro, encendió un cigarrillo, se sentó en el escritorio y echó un vistazo al montón de cartas que le aguardaba. La secretaria esperaba, sin saber qué hacer.

Luego Syerov levantó la cabeza y preguntó: —¿Qué hay de nuevo?

—Aquellos ciudadanos, ahí fuera, están aguardando para hablar con usted, camarada Syerov.

—¿Qué quieren?

—La mayor parte solicitan trabajo.

—Hoy no recibo a nadie. Dentro de media hora debo estar en una reunión del Centro. ¿Ha copiado usted mi informe sobre los ferrocarriles considerados como arterias del estado proletario?

—Sí, camarada Syerov, aquí está.

—Bien.

—Aquellos ciudadanos, camarada Syerov, llevan tres horas aguardando.

—Mándelos al infierno. Que vuelvan mañana. Si hubiera algo importante telefonéeme al Sindicato de Ferroviarios. Estaré después de la reunión del Centro. Y a propósito, mañana vendré tarde.

—Está bien, camarada Syerov.

Syerov volvió del Sindicato a pie, acompañado por un amigo. Syerov estaba de buen humor. Silbaba alegremente, guiñando el ojo a las muchachas que pasaban. Dijo a su amigo:

—Me parece que esta noche voy a tener fiesta. Llevo varias semanas sin divertirme y tengo ganas de juerga. ¿Qué te parece?

—Bueno.

—Una pequeña reunión. Nuestro grupo... ¿En mi casa?

—Bueno.

—A ver si encuentras a alguien que tenga vodka, pero vodka auténtico. Iremos a los "Gourmets" a comprar todo cuanto tengan.

—Soy de los vuestros, amigo.

—Vamos a celebrar algo.

—¿Qué?

—No importa. Lo celebraremos, y no nos preocuparemos del gasto. ¿Para qué? No me gusta pensar en el gasto cuando tengo ganas de divertirme. — Muy bien, camarada.

—¿A quién vamos a invitar? Veamos: a Grinhka y a Baxim con las muchachas, desde luego. —Y a Lisaveta.

—Bien, invitaremos a tu Lisaveta. Y a Valka Dourova; ivaya chica! Traerá media docena de personas. Luego a Víctor Dunaev con su amiga, Marisha Lavrova. Víctor es una liendre que no tardará en convertirse en un gran piojo. Hay que estar bien con el. Y... ¿qué te parece, tengo que invitar también a la camarada Sonia?

—¿Por qué no?

—Te diré. Aquella imbécil está andando detrás de mí desde hace más de un año. Se ha propuesto pescarme, y yo tengo tantas ganas como de que me ahorquen...

—Entonces, Pavlusha, debes andarte con cuidado. Si la ofendes, la posición que ocupa...

—Ya lo sé. ¡Maldita sea! Dos Sindicatos y cinco Centros femeninos están en sus manos. ¡Qué diablo! La invitaré.

Pavel Syerov había corrido las cortinas de las tres ventanas de su cuarto. Una de las muchachas había cubierto la lámpara con un chal anaranjado, de modo que la habitación estaba casi a oscuras. Las caras de los invitados parecían manchas blancas encima de las sillas, de los divanes, del pavimento. En el centro de la estancia había un plato con un gran centro de chocolate, traído de los "Gourmets"; alguien había metido el pie en el pastel. Junto a la almohada de la cama de Pavel se veía una botella rota. Sobre la cama estaban sentados Víctor y Marisha. El sombrero de Víctor, en el suelo, servía de cenicero. Un gramófono tocaba *John Gray*. El disco estaba estropeado y repetía continuamente unas mismas notas estridentes; pero nadie se daba cuenta. Un joven estaba sentado en el suelo, apoyado en la cama, intentando cantar, pero no lograba más que murmurar una salmodia triste y monótona; de pronto levantó la cabeza y profirió una especie de chillido que hizo estremecerse a todo el mundo. Alguien le tiró un zapato y una almohada por la cabeza, gritando: "¡Basta ya, Grishka!", y luego Grishka volvió de nuevo a su sopor. En un rincón, cerca de la escupidera, había una muchacha tendida... Estaba dormida. Los cabellos le caían a mechones sobre el rostro sudoroso y encendido.

Pavel Syerov daba vueltas por la estancia, tambaleándose, agitando en la mano una botella vacía y murmurando insistentemente, en voz quejumbrosa:

—Un trago... ¿Quién quiere un trago...? ¿Hay alguien que quiera un trago?

—Vete a paseo, Pavel, ¿no ves que la botella está vacía? —le gritó alguien desde la oscuridad.

Pavel se detuvo. Levantó la botella y la miró al trasluz, escupió y la arrojó encima de la mesa.

—¿Creéis que ya no tengo más? —dijo amenazándoles con el puño—. ¿Creéis que soy un miserable que os quiere hacer morir de sed? ¿Que soy un pobre desgraciado que no puede permitirse el lujo de beber un poco de vodka? ¿Esto os figuráis? Bien, vais a ver... vais a ver si puedo permitirme ciertos lujos... vais a ver...

Hurgó en una caja debajo de la cama y se levantó vacilando y blandiendo una botella por descorchar. —Conque no puedo permitírmelo, ¿eh? —dijo riendo, y se precipitó hacia el rincón de donde había salido la voz. Rió a las blancas manchas que le contemplaban atónitas, agitó la botella haciéndole

describir un ancho círculo, y la estrelló ruidosamente contra una estantería llena de libros. Una de las muchachas dio un grito. El cristal se esparció en una lluvia tintineante, y un hombre profirió una blasfemia.

—¡Mis medias, Pavel, mis medias! —sollozó una joven levantándose la falda sobre sus piernas mojadas. La mano de un hombre la cogió, en la oscuridad.

—No importa, amor mío, quítatelas.

Pavel Syerov gritaba, triunfante:

—Conque no puedo permitírmelo, ¿verdad? ¿Puedo o no? Pavel Syerov puede permitírsele todo. ¡Todo, en esta tierra maldita! ¡No hay nada que Pavel no pueda permitirse...! ¡Os puedo comprar a todos, en cuerpo y alma!

Alguien se había arrastrado debajo de la mesa y andaba buscando otras botellas; se oyó llamar a la puerta.

—¡Adelante! —gritó Pavel.

Nadie entró. Llamaron de nuevo.

—¿Qué diablos sucede? ¿Qué diablos quiere usted?

Pavel corrió tambaleándose a la puerta y la abrió. Su vecina, una mujer pálida y gruesa, estaba en el corredor, tiritando de frío en su camisón de franela, envolviéndose los hombros en una vieja bufanda, con mechones grises de pelo sobre sus ojos ensoñados.

—Ciudadano Syerov —gritó indignada—, ¿quieren ustedes terminar con este escándalo? A estas horas resulta indecente... Ustedes, los jóvenes, no tienen, vergüenza ni temor de Dios... ni...

—¡Fuera, abuela, fuera! —gritó Pavel Syerov—, esconda la cabeza bajo la almohada y cierre esta maldita boca. ¿Acaso prefiere que la lleve a la G. P. U.?

La mujer se retiró precipitadamente, persignándose. La camarada Sonia estaba sentada en un rincón junto a la ventana, fumando. Llevaba un traje sastre de color caqui, con bolsillos a los lados y sobre el pecho, de excelente paño extranjero; pero había dejado caer ceniza sobre su falda. A su lado, una voz de muchacha suplicaba con triste cantilena:

—Dime, Sonia, ¿por qué has echado de la oficina a Dashka? Necesitaba el empleo, y honradamente...

No discutamos asuntos de negocios fuera de las horas de oficina —replicó Sonia—; aparte de que mis decisiones obedecen siempre al bien de la colectividad.

¡No tengo la menor duda! Pero óyeme, Sonia...

La camarada Sonia observó a Pavel, que estaba todavía junto a la puerta, sin tenerse apenas en pie. Se levantó y se acercó a él, sin hacer caso de la muchacha, a la que dejó a media frase.

—Ven aquí, Pavel —le dijo arrastrándole con su fuerte brazo hacia una silla—, vale más que te sientes. Vamos: deja que te instale aquí.

—Eres una buena amiga, Sonia —murmuró él, mientras ella le acomodaba un almohadón detrás de la espalda—, una verdadera amiga. ¡No vas a reñirme porque haya metido un poco de bulla!

—¡Claro está que no!

—Pero tú no crees que yo no pueda permitirme beber un poco de vodka, ¿verdad?, como creen algunos de esos cretinos.

—Claro está que no, Pavel. Pero hay gente que no te sabe apreciar.

—Esto es. Aquí está el mal. No se me aprecia. Pero yo soy un gran hombre; llegaré a ser un verdadero personaje. Pero ellos no tienen idea. Nadie tiene idea. Llegaré a ser un hombre poderoso. A mi lado, los capitalistas extranjeros no serán más que unos pordioseros. Esta es la palabra: unos pordioseros... daré órdenes incluso al camarada Lenin.

—Pavel, nuestro gran jefe murió.

—Es verdad. Tienes razón. El camarada Lenin murió, pero ¿qué importa? Quiero beber, Sonia. Estoy muy triste. El camarada Lenin ha muerto.

—Este sentimiento te honra, Pavel, pero ahora será mejor que no bebas más.

—Estoy muy triste, Sonia. Nadie me aprecia.

—Yo sí, Pavel.

—Tú eres una amiga, Sonia, una verdadera amiga... Encima de la cama, Víctor estrechaba a Marisha entre los brazos. Marisha reía en voz baja contando los botones de la chaqueta de Víctor, pero al llegar al tercer botón perdía la cuenta y tenía que volver a empezar. Murmuraba:

—Eres un caballero, Víctor; esto es lo que eres: un caballero...

Por esto te quiero, porque eres un caballero, mientras yo no soy más que una muchacha de la calle. Mi madre era cocinera antes de... antes de... En fin, antes. Me acuerdo de que hace muchos años trabajaba en una casa muy grande, en que había coches y caballos, y cuarto de baño, y yo ayudaba a mi madre a lavar la verdura en la cocina. Y había un joven elegante, el hijo de la casa, que llevaba un uniforme muy bonito, y hablaba lenguas extranjeras... Se parecía a ti, y yo no me atrevía ni siquiera a mirarle.

Y ahora... tengo a un caballero mío, todo para mí —dijo riendo de felicidad—. ¿No es chocante? ¡Yo, Marisha, aquella que limpiaba la verdura!

—¡Cállate! —dijo Víctor, besándola, mientras su cabeza se caía de sueño.

Junto a ellos una muchacha rió en la oscuridad y preguntó:

—¿Cuándo os casáis, vosotros dos?

—Déjanos en paz —dijo Marisha con un gesto de la mano—. Nos vamos a casar. Somos novios.

La camarada Sonia había acercado una silla a Pavel, y éste se había tendido, con la cabeza en el regazo de ella, que le acariciaba los cabellos. La mano de Pavel vagaba por la chaqueta caqui de Sonia. Pavel murmuraba:

—Eres una mujer excepcional, Sonia... una mujer maravillosa...tú me comprendes...

—Sí, Pavel; siempre he dicho que tú eres el más inteligente y más brillante de todos los jóvenes de nuestra colectividad.

—Eres verdaderamente maravillosa, Sonia.

Y seguía besándola y repitiendo:

—Nadie me aprecia.

La había tendido en el suelo y se inclinaba sobre su cuerpo cálido y pesado, murmurando:

—Un hombre necesita una mujer... una mujer buena y robusta, inteligente y comprensiva. ¿Para qué sirven aquellas espantapájaros. .. ? A mí me gusta una mujer como tú, Sonia.

Sin saber como, Pavel se encontró en la pequeña despensa que separaba su habitación de la del vecino. Una ventana cubierta de telarañas, bajo el techo, dejaba pasar un polvoriento rayo de luna sobre un alto montón de cajas y cestas. Pavel se apoyaba sobre el hombro de Sonia balbuciendo:

—Se figuran que Pavel Syerov es uno de esos desgraciados que se pasan la vida comiendo en el cubo de la basura. ¡Ya verán! Pavel Syerov les hará ver que tiene el látigo por el mango... tengo un secreto, Sonia, un gran secreto... pero no te lo puedo decir... Pero siempre te quise bien, Sonia. Siempre he deseado una mujer como tú, Sonia, fuerte y robusta.

Cuando quiso echarse sobre una gran canasta de mimbre, el montón de cajas se tambaleó y cayó con gran estrépito. Los vecinos protestaron, dandofuriosos golpes en la pared. Pero la camarada Sonia y Pavel Syerov, echados en el suelo, no hicieron caso.

Capítulo quinto

El dependiente se secó la nariz con el dorso de la mano y envolvió una libra de mantequilla de un gran pedazo húmedo y amarillento que tenía ante él sobre un barril de madera. Luego se limpió el cuchillo en un delantal que había sido blanco. Tenía los ojos descoloridos y lagrimosos; su boca no era más que un bulto y una cavidad sobre una cara arrugada; su barbilla asomaba con dificultad por encima de un mostrador demasiado alto para el miserable esqueleto disecado que se ocultaba bajo su astroso jersey azul. Husmeó, dejando ver dos dientes negros y carcomidos, y sonrió a la elegante cliente de sombrero azul adornado con rojas cerezas.

—Es la mejor mantequilla de Leningrado ciudadana. La mejor de la ciudad.

Encima del mostrador se veía una pirámide de panes cuadrados, de un negro polvoriento y un blanco grisáceo. Y del techo colgaba un festón de embutidos, de pastas y de hongos secos. Las moscas se agolpaban sobre los grasientos pesos de una vieja balanza y sobre los sucios cristales de una única y estrecha ventana. En ésta, empañado por las primeras lluvias otoñales, pendía un rótulo: "Lev Kovalensky — Productos alimenticios".

La cliente echó sobre el mostrador unas cuantas sonoras monedas de plata y recogió su paquete. Iba a salir cuando se detuvo involuntariamente asombrada, para contemplar al joven que entraba. No sabía que era el dueño de la tienda, pero comprendía que pocas veces tendría ocasión de admirar por las calles de la ciudad un tipo de hombre como aquél. Leo llevaba un gabán extranjero nuevo, con un cinturón ceñido a su esbelto talle, el ala del sombrero caída por un lado sobre su perfil arrogante, un cigarrillo sostenido en la comisura de los labios por dos dedos afilados, enfundados en unos magníficos guantes de cabritilla de marca extranjera, y se movía con toda la gracia segura, rápida, consciente de sí misma, de un cuerpo nacido para vestir con elegancia. La muchacha le miró fijamente, dulcemente, con aire provocativo. El le contestó, con una mirada que era una invitación, una ironía y casi una promesa. Luego se volvió y se acercó al mostrador, mientras ella salía lentamente del establecimiento. El dependiente le recibió con una profunda inclinación, que le hizo tocar con la barba en el pedazo de mantequilla.

—Buenos días, Lev Sergeievitch; buenos días, señor.

Leo hizo caer en un vaso vacío la ceniza de su cigarrillo y preguntó:

—¿Tienes dinero?

—Sí, señor. No puedo quejarme. Buenos negocios, señor, y...

—Dámelo.

El dependiente se frotó la barbilla con su mano sarmentosa y murmuró vacilando:

—Pero, señor, Karp Karpovitch dijo la última vez que...

—Te he dicho que me lo des. —Bien, señor.

Leo guardó con indiferencia los billetes en su cartera. Luego preguntó, bajando la voz.

—¿Ha llegado el cargamento?

El dependiente asintió, guiñando confidencialmente un ojo y sonriendo con aire de complicidad.

—¡Silencio! —dijo Leo—. Es más prudente.

—Sin duda, señor. Ya sabe usted que yo soy la discreción en persona, como dicen en la buena sociedad, si puedo expresarme así, señor. Karp Karpovitch sabe que puede fiarse de un viejo sirviente que ha trabajado para él desde...

—Podrías poner papel matamoscas aquí.

—Sí, señor. Yo...

—Hoy no volveré. No cierres hasta la hora de costumbre.

Bien, señor. Buenos días, señor.

Leo salió sin contestar.

La muchacha del sombrero azul adornado con cerezas le estaba aguardando en la esquina. Sonreía con una expresión de esperanza y de incertidumbre. Leo dudó un segundo, pero luego sonrió y se fue en otra dirección; su sonrisa provocó una oleada de rubor bajo el ala azul. Pero aún así, la muchacha siguió mirándole mientras él subía a un coche y se alejaba.

Se dirigió al mercado Alexandrovsky. Pasó rápidamente por delante de los viejos objetos expuestos en la acera, sin prestar atención a las intensas miradas de súplica de sus vendedores, y se detuvo ante un barracón en que había jarrones de porcelana, relojes de mármol, lámparas de bronce, una colección de objetos de valor incalculable que sin duda había ido a parar a la polvorienta penumbra del mercado después de haber adornado los salones de algún suntuoso palacio ahora destruido.

—Quiero algo para hacer un regalo —dijo al dependiente, que se inclinaba muy cortés al ver su gabán de aspecto extranjero—. Un regalo de boda.

—Muy bien — y el dependiente se inclinó de nuevo—. ¿Para su esposa, señor? —No; para un amigo.

Contempló con indiferencia, con desprecio, los delicados tesoros polvorientos y descalabrados que hubieran debido reposar en estuches de terciopelo en las vitrinas de un museo, y dijo:

—Quiero algo mejor que todo eso.

—Muy bien, caballero —replicó el dependiente, volviendo a inclinarse—; algo espléndido para regalar a algún amigo querido.

—No. Es para un hombre a quien odio. —Señaló un jarrón azul y oro que estaba en un rincón y preguntó:

— ¿Qué es aquello?

—¡Ah, aquello, caballero! —dijo el dependiente tomando tímidamente el jarrón y dejándolo con mucho cuidado sobre el mostrador. Se trataba de un objeto de tal precio que no se había atrevido a enseñárselo siquiera a un cliente de tan elegante aspecto—. Sévres auténtico, caballero —susurró quitando las telarañas del jarrón y volviéndolo boca abajo para enseñar a Leo la marca de fábrica—. Es un objeto regio, caballero, algo verdaderamente regio.

—Me quedo con él —dijo Leo.

El dependiente se tragó la saliva y jugueteó con su corbata mientras contemplaba con admiración la repleta cartera entre los dedos enguantados de aquel generoso cliente que ni siquiera había preguntado el precio.

—Camaradas, en estos días de pacífica construcción del Estado, los trabajadores de la cultura proletaria constituyeron el batallón de choque de las fuerzas de la Revolución. La educación de las masas obreras y campesinas es el gran problema de nuestras heroicas jornadas rojas. Nosotros, los guías de los museos, formamos parte de los educadores de nuestro gran ejército de paz. No somos predicadores ni muñecos burgueses sentimentales, profesionales de una civilización de salón. Nosotros estamos clavados en el suelo de un país nuevo, empapado en la metodología práctica del materialismo histórico, de acuerdo con el espíritu de la realización soviética.

Kira estaba sentada en la novena fila, y su silla amenazaba a cada momento hundirse bajo ella. La asamblea de guías de museos estaba por terminar. En torno a Kira, las cabezas pendían cansadas, y los ojos miraban furtivos y ansiosos a un gran reloj de pared, encima de la cabeza del orador. Pero Kira se esforzaba en seguir escuchando: no quitaba los ojos de los labios del conferenciante, para no perder ni una palabra. Hubiera querido que las pronunciase en voz más alta; pero tal como eran no lograba cubrir las que repetidamente martilleaba su cerebro; una voz por teléfono que imploraba, procurando no parecer implorar: "Kira, ¿cómo es que no te veo casi nunca?; y una voz imperiosa en la oscuridad: "¿Qué enredo es ése de tus salidas, Kira? Ayer me dijiste que habías ido a ver a Irina, y no era verdad." ¿Cuánto podía durar? Llevaba tres semanas sin ver a Andrei.

Junto a ella, las sillas se movieron con estrépito: la conferencia había terminado. Bajó corriendo la escalera, diciendo a uno de sus colegas:

—Verdaderamente, ha sido una conferencia interesantísima. Naturalmente, nuestro deber cultural para con el proletariado es algo de la mayor importancia.

Esto no era difícil de decir. Nada era difícil después de haber mirado a Leo cara a cara y de haberle dicho riendo: "¿A qué vienen ahora estas preguntas absurdas, Leo? ¿No tienes confianza en mí?"

Volvió a casa corriendo. En medio del cuarto de Marisha había dos baúles y una canasta de mimbre: los cajones vacíos habían quedado abiertos; las estampas habían sido arrancadas de la pared y estaban amontonadas sobre la mesa; en la habitación no había nadie.

La camarera abandonó el ruidoso "Primus" junto a la ventana y se precipitó a ayudar a Kira a quitarse el abrigo.

—¿Ha vuelto Leo? —preguntó ésta.

—No, señora.

El abrigo era viejo y raído por los codos. El traje que llevaba debajo tenía todo el cuello manchado de grasa, el borde deshilacliado. Con un rápido movimiento, Kira se lo sacó por la cabeza y lo echó a la camarera, sacudiéndose el pelo desordenado. Luego se sentó en la cama y se quitó los

zapatos de gastados tacones y las zurcidas medias de algodón; la camarera se arrodilló junto al lecho y le calzó unas medias de seda natural y unos elegantes escaarpines de tacón alto. Luego se puso en pie para ayudarla a ponerse el elegante traje de paño oscuro. Finalmente, guardó el traje y los zapatos viejos en un armario en que había cuatro trajes nuevos y seis pares de zapatos, nuevos también.

Pero Kira necesitaba su empleo para conservar su título de "funcionaria soviética", y, para conservar el empleo, tenía que seguir llevando sus trajes viejos.

Un espléndido ramo de lirios blancos, último regalo de Leo, adornaba la mesa. Sobre los blancos pétalos se veía alguna mancha de hollín del "Primus", porque Kira tenía camarera, pero no tenía cocina. La camarera iba cinco horas al día y cocinaba en el "Primus" al lado de la ventana.

Leo llegó, con el jarrón de Sévres envuelto en un periódico bajo el brazo.

—¿Todavía no está lista la comida? —preguntó—. ¿Cuántas veces os he dicho que no quiero ver humo cuando llego a casa?

—En seguida se la sirvo, señorito —se apresuró a decir la camarera. Corrió a cerrar el "Primus", con evidentes muestras de respeto y miedo sobre su rostro.

—¿Compraste el regalo, Leo? —preguntó Kira.

—Aquí está. No lo desenvuelvas. Es frágil. Comamos, de lo contrario, llegaremos tarde.

Después de la comida, la camarera lavó los platos y se marchó. Kira se sentó al espejo y se avivó cuidadosamente los labios con un auténtico lápiz francés.

—Supongo que no vas a ir en este traje —dijo Leo.

—¿Por qué no?

—Porque no. Ponte el de terciopelo negro.

—No tengo gana de vestirme para ir a la boda de Víctor. Y si no fuera por tío Vasili, ni siquiera iría.

—Pero desde el momento que vas, quiero que estés lo más elegante posible.

—¿No será una imprudencia, Leo? Habrá muchos de sus amigos del Partido. Para qué darles a entender que tenemos dinero?

—¿Por qué no? Claro está que tenemos dinero. Pues que lo sepan. Yo no cometo una villanía por el solo placer de cometerla.

—Bien, Leo. Como quieras.

Leo la miraba con aire de aprobación, cuando la vio con su traje negro, severa como una religiosa, graciosa como una marquesa del siglo dieciocho, con sus manos blancas y finas resaltando sobre la morbidez del terciopelo. Sonrió satisfecho, la tomó de la mano como si fuera la de una dama de la Corte en una recepción oficial, y se la besó con gesto cortesano.

—¿Qué compraste, Leo?

—Oh, nada, un jarrón; puedes mirarlo, si quieres. Ella lo desempaqueté, y se quedó sin aliento.

—Pero, ¡Leo! ¡Esto cuesta una fortuna!

—Claro. Es de Sévres.

—No podemos regalárselo, no. No es por el precio, sino que me parece que no nos conviene dar a entender que lo podemos comprar. Verdaderamente, es peligroso.

—¡Todo eso son tonterías!

—Leo, estás jugando con fuego. Para qué hacer esos alardes a los ojos de todos aquellos comunistas?

—Precisamente porque quiero que lo vean.

—Pero ellos comprenderán muy bien que un comerciante privado no puede permitirse tales lujos.

—¡No me importa! ¡Déjate de tonterías!

—Devuélvelo, Leo; cámbialo.

—No.

—Pues no voy a la boda.

—Kira...

—Leo, por favor...

—No hablemos más del asunto.

Cogió el jarrón y lo arrojó al suelo. El jarrón se hizo añicos; Kira se quedó estupefacta, pero Leo se rió.

—Anda, vamos, por el camino compraremos cualquier otra cosa. Kira contemplaba melancólicamente los fragmentos del jarrón; no pudo evitar el decir:

—Con todo ese dinero, Leo...

—¿No vas a poder olvidar esa palabra? ¿Acaso no se puede vivir sin pensar constantemente en el dinero?

—Me prometiste ahorrar, Leo. Podemos necesitarlo. Las cosas pueden cambiar...

—¡Es absurdo! Nos queda tiempo de sobra para empezar a hacer economías.

—Pero, ¿no sabes lo que significan estos cientos de rublos que has arrojado por el suelo? ¿Olvidas que te juegas la vida por cada uno de estos rublos?

—Claro está que no lo olvido. Esto es precisamente lo que no debo olvidar. ¿Quién sabe si tengo porvenir? ¿Para qué ahorrar? Tal vez no lo necesite nunca. Ya me costó bastante fatiga ganarlo; ¿no puedo, pues, arrojarlo por la ventana si quiero... por lo menos mientras me dejan?

—No hablemos más de eso, Leo. Vamonos. Llegaremos tarde.

—Anda, pues, y no pongas cara de mal humor. Estás demasiado bonita.

En el cuarto de los Dunaev se veía un ramo de nardos sobre la mesa, unas macetas de margaritas sobre el aparador y una de campánulas sobre el piano

vertical que había sido pedido en préstamo a los vecinos, como lo atestiguaban todavía las huellas de su traslado en el pavimento.

Víctor llevaba su modesto traje negro y mostraba en su semblante una modesta expresión de sencillez juvenil. Estrechaba manos, sonreía, se inclinaba graciosamente y aceptaba las felicitaciones. Marisha llevaba un traje de lana de color de púrpura, con una rosa blanca sobre el hombro. Parecía estupefacta: observaba todos los movimientos de Víctor con un tímido orgullo algo inseguro; se ruborizaba y respondía con precipitadas inclinaciones de cabeza a los cumplidos de los invitados, estrechaba manos desconocidas, y a cada momento volvía los ojos hacia Víctor como si temiera perderle.

Los invitados iban entrando, murmuraban una frase de enhorabuena y se sentaban como podían. Los amigos de la familia tenían un aspecto turbado y suspicaz; su afabilidad tenía mucho de cautela, sobre todo cuando hablaban con miembros del Partido. Estos también se mostraban tímidos e inseguros, principalmente con los amigos burgueses de la familia Dunaev, con los que apenas lograban parecer amables. Ninguno de ellos parecía espontáneo al felicitar en alta voz a la pareja, mientras observaba la figura encorvada y silenciosa de Vasili Ivanovitch, en cuyos ojos se reflejaba una evidente expresión de angustia, o la de Irina en su mejor traje remendado, con sus movimientos rápidos y nerviosos y su estridente tono de la mal fingida alegría. La pequeña Asha llevaba un lazo rojo en el pelo, que continuamente se le caía sobre la nariz. Reía sin motivo, de vez en cuando, a un invitado cualquiera, sin dejar ni un momento de roerse las uñas. Miraba a Marisha con insolente curiosidad. Iba dando vueltas alrededor de la mesa en que se habían expuesto los regalos: un surtido de objetos usados, un reloj de bronce, un cenicero de porcelana en forma de cráneo, un "Primus" nuevo y una colección de las obras completas de Lenin, encuadernada en tela roja. Irina vigilaba a su hermana para que no se acercara demasiado al *buffet* ni a los pasteles.

Galina Petrovna seguía a Víctor como si fuera su sombra, dándole palmadas en el hombro y repitiendo sin cesar: "¡Estoy muy contenta, Víctor, muy contenta!" Los músculos de la cara de Víctor se habían quedado rígidos, en una sonrisa amplia, que hacía ver sus dientes blancos y brillantes. Ya no necesitaba hacer ningún esfuerzo para sonreír; la sonrisa había quedado estereotipada sobre sus labios. Se limitó a volver la cabeza y a saludar a su tía con una inclinación.

Cuando Víctor hubo logrado desembarazarse de ella, Galina Petrovna palmeó el hombro de Vasili Ivanovitch, repitiendo:

¡Qué contenta estoy, Vasili! ¡Estoy muy contenta! Víctor es un muchacho del que puedes estar orgulloso.

Vasili Ivanovitch sacudió la cabeza como si no la hubiera oído. Irina acudió a llevarse a su tía.

Cuando entró Kira, la primera persona a quien vio fue a Andrei, que estaba solo junto a una ventana. Se paró en el umbral. Los ojos de Andrei se posaron en ella, y luego, lentamente, se volvieron hacia el hombre que la acompañaba. Leo sonrió levemente, con aire de superioridad.

Kira se dirigió en seguida hacia Andrei, muy erguida, graciosa, supremamente segura de su magnífico traje, y le tendió la mano diciéndole en alta voz:

—Buenas tardes, Andrei. Estoy muy contenta de verle. Los ojos de él le dijeron que la había comprendido, que sería prudente, y al mismo tiempo, su mano estrechaba la de ella, sonriéndole con una sonrisa amistosa e impersonal. Leo se les acercó lentamente, con aire de indiferencia. Saludó a Andrei, y le preguntó cortésmente, en voz mesurada, pero sin dejar de sonreír con insolencia:

—¿Cómo? ¿De modo que también es usted amigo de Víctor?

—Lo mismo que usted —repuso Andrei.

Kira se alejó sin prisa para ir a felicitar a los novios. De paso saludó a sus conocidos, sonriente, y habló un momento con Irina. Sabía que la mirada del hombre que estaba junto a la ventana la seguía, y por lo mismo, no quiso volverse.

Había hablado ya con muchos otros invitados antes de volver a acercarse, como por casualidad, a Andrei. Leo, al otro lado de la sala, estaba escuchando a Lidia.

Andrei susurró rápidamente:

—Víctor me había invitado muchas veces, pero nunca había aceptado. Vine porque sabía que tú estarías. Hace tres semanas...

—Ya lo sé, Andrei, y lo siento; pero no he podido. Luego te explicaré. Estoy contenta de verte, pero sé prudente.

—Pierde cuidado, Kira. ¡Qué hermoso traje! ¿Nuevo?

—Sí. Es un regalo de mamá.

—Kira, ¿siempre vas con él a las fiestas? —¿Te refieres a Leo?

—Sí.

—Supongo que no vas a querer imponerme los amigos con quienes...

—Kira —dijo él, desconcertado por la firme expresión de ella—, lo siento... Naturalmente, no quería... perdóname. Sé que no tengo derecho a decir nada; pero, ¿ves tú?, nunca me ha gustado ese muchacho.

Ella sonrió alegremente, afectuosa, como si no hubiese ocurrido nada, e, inclinándose a la sombra de la ventana, le estrechó los dedos entre los suyos. —No te atormentes —murmuró.

Y al alejarse de él, se volvió y, sacudiendo la cabeza, le dirigió, entre los rizos desordenados de su pelo, una mirada de comprensión tan cálida y centelleante, que Andrei contuvo el aliento, conmovido por el secreto que guardaban para ellos dos solos, en medio de gente extraña, por primera vez en su vida. Vasili Ivanovitch estaba sentado solo, en un rincón, debajo de una

lámpara, y a través de la seda de la pantalla, la luz coloreaba de púrpura su rostro y su cabeza cana. Miraba los pies que se arrastraban por el pavimento, las botas de militares de los jóvenes comunistas, las nubes de humo azulado que subían hasta el techo en densas oleadas, como una espesa mezcla que fuese hirviendo poco a poco; la cruz de oro que pendía del cuello de Lidia, como un destello de luz en medio del humo que llenaba la estancia. Kira se acercó y se sentó a su lado. El le dio una palmada en la mano, sin hablar, seguro de que ella le comprendía. Luego dijo, como si ella hubiera estado siguiendo todos sus razonamientos silenciosos:

—... pero no me importaría si la quisiera. Pero no la quiere... Kira, ¿sabes?, cuando era pequeño, con aquellos ojazos negros, yo miraba a mis clientes, aquellas damas que parecían emperatrices, y me preguntaba a cuál de ellas se parecería la mujer de mi hijo; cuál de aquellas señoras sería la madre de mi futura hija... ¿Conoces a los padres de Marisha, Kira?

Galina Petrovna había acaparado a Leo y le decía con gran entusiasmo:

—¡No sabes cuánto celebro tu éxito! Siempre dije que un joven brillante como tú no debería encontrarse nunca en apuros. El traje de Kira era magnífico. ¡No sabes cuánto me alegra el ver lo amable que eres con mi hija! Los comerciantes privados constituyen una parte indispensable de la reconstrucción del Estado. Todos aportamos nuestro pequeño tributo al porvenir de la humanidad... Víctor estaba sentado en el brazo de un sillón ocupado por la rubia Rita Eksler. Se inclinaba hacia ella, acercando su cigarrillo al que ella tenía entre los labios. Rita se había divorciado recientemente de su tercer marido; entornaba los ojos bajo sus largas pestañas y murmuraba consejos confidenciales. Uno y otro reían en voz baja.

Marisha se acercó tímidamente y tomó la mano de Víctor con un torpe gesto de ternura.

El retiró la mano y dijo con impaciencia: —No podemos abandonar a nuestros invitados, Marisha. Fíjate: la camarada Sonia está sola... Vete a hacerle compañía.

Marisha obedeció humildemente mientras Rita la seguía con los ojos por entre una nube de humo y su corta falda dejaba ver las largas piernas cruzadas.

—Verdaderamente —dijo la camarada Sonia con frialdad y en tono autoritario—, no puedo decirle que me felicito de su elección, camarada Lavrova. Un verdadero proletario no se casa fuera de su clase.

—Pero, camarada Sonia —protestó Marisha estupefacta—, Víctor es miembro del Partido.

—Siempre he dicho que las normas de admisión al Partido no eran muy rigurosas —replicó la camarada Sonia.

Marisha andaba como perdida por entre la multitud de los invitados. Nadie la miraba y ella no sabía qué decir. Vio a Vasili Ivanovitch solo, junto al

aparador, ocupado en alinear botellas y copas. Se le acercó y le sonrió con aire confuso. Vasili Ivanovitch la miró sorprendido, y ella dijo con firmeza, bruscamente, comiéndose las palabras y con el rostro encendido:

—Ya sé que no le gusto a usted, Vasili Ivanovitch, pero, ¿sabe usted?, le quiero tanto...! Vasili Ivanovitch la miró y dijo con voz inexpresiva:

—Esto está bien, hija mía.

La familia de Marisha se hallaba sola, en un rincón oscuro, muy solemne, muy tiesa y con aire de gran embarazo. El padre, un hombre encorvado de cabellos grises, en blusa de obrero y pantalones remendados, apoyaba las manos en las rodillas, sin saber qué hacer con ellas; su rostro, en el que la boca parecía una hendidura de amarga expresión, se inclinaba hacia adelante, y sus ojos, brillantes y altivos, oscuros y jóvenes, en contraste con las arrugas que surcaban la cara, escrutaban la estancia con la mayor atención. Su mujer se acurrucaba tímidamente detrás de él, pálida e informe en un traje de algodón, como la fachada de un edificio que hubiera soportado muchas lluvias. El hermano menor de Marisha, un muchacho de unos ocho años, no se movía de al lado de su madre y echaba de vez en cuando iracundas miradas a Asha. Al pasar junto a Irina, Kira le preguntó:

—¿Cómo no está aquí Sasha?

—Es natural —replicó Irina con una amarga sonrisa—. Víctor no iba a invitarle, precisamente a él.

Víctor se reunió con Pavel Syerov y otros tres hombres en chaquetas de cuero. Rodeó con un brazo los hombros de Syerov, y con el otro los del secretario de su célula, y luego se inclinó hacia ellos con aire confidencial, mirándoles con ojos límpidos, en los que parecía asomar la más entrañable amistad. La camarada Sonia, acercándose, le oyó murmurar:

—Verdaderamente, estoy orgulloso de la familia de mi mujer y de la parte que ha tomado en la revolución. El padre, ¿sabéis? estuvo desterrado en Siberia, en tiempo del zar.

La camarada Sonia observó en voz alta:

—El camarada Víctor es un muchacho muy brillante. El tono de su voz no gustó ni a Víctor ni a Syerov.

Este último protestó:

—Víctor es uno de nuestros mejores elementos, Sonia.

—Lo que yo digo —insistió ella— es que el camarada Víctor Dunaev es un muchacho muy brillante. —Y añadió:— Desde luego, no dudo de su lealtad de clase. Naturalmente, no tiene nada que ver con un caballere de tipo de aquel ciudadano Kovalensky, que está allí abajo.

—Dime, Víctor —preguntó Syerov observando la alta figura de Leo, que en aquel momento se inclinaba hacia Rita Eksler—, aquel hombre es Leo Kovalensky, ¿no es cierto?

Sí. Leo Kovalensky. Es un buen amigo de mi prima. ¿Por qué me lo preguntas? —Oh, por nada, por nada...

Leo observó a Kira y Andrei, que estaban sentados uno junto a otro al lado de una ventana. Dejó a Rita, saludándola con una inclinación y mientras ella se encogía de hombros con evidente impaciencia, se dirigió poco a poco hacia la pareja.

—¿Les estorbo? —preguntó.

—De ningún modo —repuso Kira.

Leo se sentó a su lado, sacó su pitillera de oro, la abrió y les invitó a fumar. Kira sacudió negativamente la cabeza. Andrei tomó un cigarrillo. Leo se inclinó para darle fuego.

—Puesto que la sociología es la ciencia favorita de su partido —dijo Leo—, ¿no cree usted que estas bodas son interesantes?

—¿Por qué, ciudadano Kovalensky?

—Porque ofrecen una oportunidad para observar la inmutabilidad esencial de la raza humana. El matrimonio por razón de Estado es una de las más antiguas instituciones de la humanidad. Siempre se ha considerado prudente el casarse con una persona de la clase dirigente.

—No olvide usted —dijo Andrei— la clase a que pertenece la persona en cuestión.

—¡Todo eso son tonterías! —dijo Kira—. Esos dos se quieren, y no hay más.

—El amor —observó Leo— no forma parte de la filosofía del Partido del camarada Taganov, ¿no es verdad?

—No creo que esto le importe a usted —contestó Andrei.

—¿Ah, no? —preguntó lentamente Leo, mirándole—. Precisamente esto es lo que estoy intentando descubrir.

—¿Acaso esta cuestión plantea algún conflicto con su teoría personal. .. sobre el particular? —interrogó Andrei.

—No, no; más bien creo que la confirma. ¿Ve usted? En mi opinión, los miembros de su partido tienen una tendencia a situar por encima de su clase social el objeto de sus deseos sexuales.

—Y al decir estas palabras, señalaba con el cigarrillo a Marisha, pero miraba fijamente a Andrei.

—Si lo hacen —replicó éste— no siempre quedan desengañados.

—Y, al decirlo, miraba a Kira, pero señalaba a Víctor Dunaev.

—Marisha parece feliz —dijo Kira—. ¿Qué mal hay en ello, Leo?

—Yo sólo censuro las arrogantes presunciones de los amigos... —empezó a decir Leo.

—... que no conocen los límites de los derechos de la amistad —terminó Andrei.

—Andrei —dijo Kira—, somos muy poco amables con Marisha.

—Verdaderamente, lo siento —dijo Andrei—. Estoy seguro de que el ciudadano Kovalensky no interpretará mis palabras en mal sentido.

—No —dijo Leo.

Irina había colocado las copas en las bandejas, y Vasili Ivanovitch las iba llenando.

Irina las ofrecía a los invitados, con una vaga sonrisa a cada uno: su sonrisa era resignada, indiferente; cosa extraña en ella, permanecía callada.

Las bandejas quedaron rápidamente vacías; los invitados sostenían cada uno su copa con impaciencia. Víctor se puso en pie, y en el acto las charlas cesaron y se produjo un silencio solemne.

—Queridos amigos —la voz de Víctor era clara, vibrante, y su fono el de la más cálida y dulce persuasión—: no tengo palabras para expresaros a todos mi más profunda gratitud por la amabilidad que habéis tenido conmigo en este día, el más grande de mi vida. Brindemos por una persona que merece el mayor afecto de mi corazón, no sólo como pariente, sino como hombre que representa a mis ojos un espléndido ejemplo para todos nosotros, jóvenes revolucionarios que iniciamos una vida al servicio de la causa del Proletariado. Un hombre que ofreció a esta causa lo mejor de sus años, un hombre que desafió valientemente la tiranía del zar, que sacrificó su juventud en las frías estepas de Siberia, donde le habían desterrado por haber luchado por la causa de la libertad de los obreros. Puesto que éste es el principal objetivo que todos nosotros perseguimos, puesto que éste es el más elevado de todos los pensamientos de felicidad personal, iclevantemos nuestras copas, en primer lugar, por uno de los primeros combatientes de la causa obrera y campesina soviética, por mi querido suegro, Glib Ilytch Lavrov!

Sonaron ruidosos aplausos, y se levantaron las copas; todas las miradas se volvieron hacia el rincón en que se ponía lentamente en pie la encorvada y enflaquecida figura del padre de Marisha. Lavrov tenía la copa en la mano, pero no bebía. Pidió silencio, con un gesto de su mano rugosa, y dijo con energía, firmemente, sin apresurarse:

—Oídmme, muchachos. He pasado cuatro años en Siberia. Los pasé porque veía a la gente muriéndose de hambre y de miseria bajo una bota y buscaba su libertad. Sigo viendo a la gente morir de hambre y de miseria bajo una bota. La única diferencia está en que ahora la bota es roja. Yo no fui a Siberia para unos locos, ebrios de poder y sedientos de sangre, que estrangulan al pueblo como no se les estrangulaba ni en tiempos del zar, y que están menos dispuestos que el mismo zar a oír hablar de la libertad. Haced lo que queráis, bebed cuanto queráis, hasta ahogar en vino la última chispa de conciencia que quede en vuestros cerebros enloquecidos, bebed por lo que os parezca. Pero cuando brindéis por los Soviets, ino brindéis por mí!

En el absoluto silencio que siguió a estas palabras, un hombre rió de pronto, con una carcajada fuerte, cristalina, resonante. Era Andrei Taganov.

Pavel Syerov se puso en pie y abrazando a Víctor gritó agitando su copa:
—Camaradas, incluso entre las filas de los proletarios hay traidores. ¡Bebamos a la salud de los hombres leales! Hubo un ruido, mucho ruido. Sonaron las copas, se elevaron las voces, las manos dieron palmadas sobre los hombros, todo el mundo gritó a la vez. Pero nadie se volvió a mirar a Lavrov. Sólo Vasili Ivanovitch se le acercó poco a poco y se paró a mirarle. Sus ojos se encontraron, y Vasili Ivanovitch, levantando su copa, le dijo:

—Bebamos a la felicidad de nuestros hijos, aunque usted no crea, como tampoco lo creo yo, que vayan a ser felices. Los dos ancianos bebieron.

En medio del rumor de la gente, Víctor cogió a Marisha por la muñeca, clavándole las uñas en la carne y murmuró a su oído, con los labios lívidos: — ¡Maldita estúpida! ¿Por qué no me lo advertiste?

Ella murmuró, bajando los ojos anegados en llanto: —Tenía miedo, no debías...

—¡Cállate!

Hubo muchos otros brindis. Víctor se había provisto de una buena cantidad de botellas, y Syerov le ayudaba a descorcharlas. Las bandejas de dulces habían quedado vacías. Sobre la mesa se amontonaban los platos sucios. Se "habían roto algunas copas. El humo de los cigarrillos formaba una nube azul, espesa e inmóvil bajo el techo.

La familia de Marisha se había marchado. Galina Petrovna estaba sentada en un rincón, esforzándose en no dejarse vencer por el sueño y en conservar erguida la cabeza. Alexander Dimitrievitch roncaba suavemente, con la cabeza apoyada en el brazo de un sillón. Asha no había querido irse a la cama; se había quedado dormida sobre un baúl, en el pasillo, con la cara sucia de chocolate. Irina, sentada en un rincón, observaba a toda aquella gente con indiferencia. La camarada Sonia, inclinada bajo la pantalla roja, leía un periódico. Víctor y Pavel Syerov estaban en el centro de un grupo que seguía brindando y esforzándose en entonar con ronca voz canciones revolucionarias. Marisha iba de grupo en grupo, con la nariz brillante y la rosa blanca manchada sobre el hombro de su vestido.

Lidia se acercó vacilando al piano y rodeó con su brazo el talle de Marisha.

—Es hermoso —dijo en voz baja—, es hermoso.

—¿Qué es lo que es hermoso? —preguntó Marisha.

—El amor, el romanticismo. ¡Esto sí que es romántico! ¡Ah, en nuestros días el amor es tan raro! Son pocos los elegidos. Los demás andamos por un mundo sin alma, sin romanticismo... Ya no quedan en el mundo sentimientos hermosos. ¿Lo hubieras creído jamás?

—Es una lástima —dijo Marisha.

—Es triste —suspiró Lidia—. Esto es lo que es... triste... Pero tú eres una muchacha con suerte... sin embargo, es triste. Oye: voy a tocar algo hermoso para ti, algo hermoso y triste. Pasó vagamente la mano por el teclado. Luego tocó una canción de amor *tzigan*. Bajo sus dedos surgían trinos agudos y

súbitos; luego la melodía se arrastraba en notas largas y tristes, que se resolvían en arpeggios disonantes, mientras la cabeza de Lidia iba meciéndose al compás de la música.

Andrei dijo por lo bajo a Kira: —Vamonos; te acompañaré a tu casa.

—No puedo, Andrei; yo...

—Ya lo sé. Has venido con él, pero no creo que esté en condiciones de acompañarte a tu casa —dijo señalando a Leo, que, en el otro extremo de la habitación, estaba arrellanado en un sillón, rodeando con un brazo la cintura de Rita Eksler y con el otro los hombros de una hermosa rubia que sonreía sumisamente a todas sus palabras. La cabeza de Rita se apoyaba en su hombro y su mano le acariciaba los cabellos. Kira se dirigió hacia él y le dijo:

—Será mejor que nos vayamos a casa, Leo.

—¡Déjame! ¡Vete! —replicó él, despidiéndola con un ademán. Kira se dio pronto cuenta de que Andrei la había seguido. Andrei dijo:

—Haría usted bien en fijarse en lo que dice, Kovalensky. Leo rechazó a Rita y a la rubia, y resbaló hasta el suelo, riendo.

—Y usted hará bien en alejarse de ella. Y hará bien en dejar de regalarle relojes y otras cosas. No quiero —dijo en tono irritado, señalando a Kira.

—¿Con qué derecho pretende impedírmelo?

—preguntó Andrei. Ahora Leo se había puesto en pie, tambaleándose y sonriendo con aire amenazador.

—¿Qué derecho? ¡Ya le daré yo derecho...! ¡Vaya...!

—¡Leo! —le interrumpió Kira con firmeza, pesando las palabras, en alta voz y fijando los ojos en los de él—. La gente le está mirando.

¿Qué iba usted a decir?

—Nada —dijo Leo.

—Si no estuviera borracho... —decía Andrei.

—Si no estuviera borracho, ¿qué haría usted? No parece que usted lo esté, y, sin embargo, hace el tonto con una mujer a la que no tiene el derecho de acercarse.

—Oiga usted...

—Vale más que le haga usted caso, Leo. Andrei cree oportuno decirle algo.

—¿De qué se trata, compañero G. P. U.?

—De nada —dijo Andrei.

—Entonces vale más que la deje usted tranquila.

—No, mientras no parezca que ha recobrado usted el sentido del respeto que le debe.

—¿La defiende usted contra mí?

—Leo prorrumpió en una carcajada, más insultante aún que su sonrisa o que una bofetada.

—Vamos, Kira —dijo Andrei—, la acompañaré a su casa.

—Bien —dijo Kira.

—No la va usted a acompañar a ninguna parte —gritó Leo—, es usted un...
—Sí; es todo eso —interrumpió Irina poniéndose de pronto entre los dos. Leo la contempló estupefacto. Con una fuerza que nadie hubiera sospechado en ella, le empujó hacia la ventana, al par que hacía a Andrei seña de marcharse de prisa. Andrei tomó a Kira del brazo y la acompañó a la calle. Kira le siguió en silencio, obedientemente, mirando fijamente a Leo hasta que estuvieron fuera de la habitación. Irina murmuró, mirando a Leo cara a cara.
—¿Estás loco? ¿Qué ibas a hacer? ¿Quieres proclamar a gritos que es tu amante, para que todos se enteren?
—Bien; que se vaya, pues —dijo Leo encogiéndose de hombros con aire indiferente—. Que vaya con quien quiera. Si se figura que estoy celoso, se equivoca.
Kira estaba sentada en el coche, en silencio, con la cabeza reclinada hacia atrás y los ojos cerrados.
—Kira —murmuró Andrei—, ese hombre no es amigo tuyo. No deberías frecuentarlo. Ella no contestó.
Cuando pasaron junto al jardín del palacio, él preguntó:
—Kira, ¿estás demasiado cansada para... detenerte en mi casa?
—No. Subamos —dijo ella con indiferencia.

Cuando Kira llegó a su casa, Leo estaba dormitando en un diván. Levantó la cabeza y la miró.
—¿Dónde has estado, Kira? —preguntó algo avergonzado.
—De paseo... por ahí —contestó ella.
—Temía que te hubieras marchado para siempre... ¿Qué te he dicho esta noche, Kira?
—Nada —contestó ella arrodillándose a su lado.
—Deberías separarte de mí, Kira... Quisiera que me dejaras...pero tú no quieres dejarme, ¿verdad, Kira?
—No —murmuró Kira—. Leo, ¿por qué no dejas tu trabajo?
—Es demasiado tarde. Pero antes... antes de que me cojan... te tengo todavía a ti, Kira... Kira... Kira... te quiero... todavía eres mía.
—Sí —murmuró ella, apretando el rostro de Leo contra el negro terciopelo de su vestido.

Capítulo sexto

"Camaradas, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas está rodeada por un círculo hostil de enemigos que acechan y tramán su ruina. Pero ningún enemigo exterior, ninguna odiosa conspiración capitalista resulta tan peligrosa para nosotros como el enemigo interno, como las disensiones en nuestras filas mismas."

Las altas ventanas, con sus cristales divididos en pequeños cuadros, estaban cerradas contra la gris extensión de un cielo otoñal. Las altas bóvedas se apoyaban en esbeltas columnas de pálido mármol dorado. Cinco retratos de Lenin, oscuros como iconos, contemplaban desde lo alto una multitud inmóvil de chaquetas de cuero y pañuelos rojos. En el fondo de la sala se elevaba una alta tribuna semejante a una antorcha; y sobre ella, como la llama de la antorcha, surgía hasta el techo una enorme bandera de terciopelo escarlata, con la inscripción en letras de oro: "La unión general del partido comunista ocupa el primer puesto en la lucha mundial por la libertad."

El local había sido en otro tiempo la sala de un palacio; ahora parecía un templo, y los que lo ocupaban parecían un ejército silencioso y rígido, pronto a recibir órdenes. Se estaba celebrando una asamblea del Partido. Un hombre hablaba desde el estrado. Llevaba una barba negra y unos lentes que brillaban en la penumbra; agitaba sus largos brazos terminados en unas manos diminutas. Nada se movía en la sala delante de él; sólo se oía el tamborileo de las gotas de lluvia sobre el cristal de la ventana.

"Camaradas, durante estos últimos años ha surgido contra nosotros un nuevo y grave peligro: le llamaremos el peligro del super-idealismo. Todos hemos oído las acusaciones de sus víctimas desengañadas. Andan gritando que el comunismo ha fracasado, que hemos renegado de nuestros principios, que desde la introducción de la N. E. P. el Partido Comunista ha retrocedido ante una nueva forma de capitalismo victorioso que domina a nuestro país. Claman que nosotros detentamos el poder por amor al poder en sí mismo, y que hemos olvidado todos los principios comunistas. Esos son los gemidos de los débiles y los cobardes que no saben encararse con la realidad. Es cierto que hemos tenido que abandonar la política del comunismo militar de los tiempos de la guerra civil. Es cierto que hemos debido hacer concesiones a los comerciantes privados y a los capitalistas extranjeros. ¿Y qué? ¿Qué significa esto? Una retirada no es una derrota. Un compromiso temporal no es una capitulación. Constituimos un oasis en un mundo regido por el capitalismo. Hemos sido traicionados por los socialistas de los países extranjeros, hombres sin espina dorsal, sin fuerza en las rodillas, anémicos,

que venden sus masas obreras a la burguesía. La revolución mundial que tenía que hacer posible el establecimiento de un comunismo mundial puro ha quedado retrasada, y de aquí que nosotros, de momento, nos hayamos visto obligados a acceder a determinados compromisos. ¿Qué significa el que haya en la U. R. S. S. comercios privados? ¿Qué significa el que empleemos los métodos capitalistas de producción? ¿Qué significa el que mantengamos la desigualdad de salarios? ¿Qué significa el que haya entre nosotros especuladores desaprensivos y criminales que realicen ganancias fabulosas, a pesar de nuestra lucha implacable contra ellos? Nuestros tiempos son un período transitorio de construcción del Estado proletario. Hemos tenido que abandonar nuestras bellas teorías militantes de comunismo puro y bajar hasta la tierra para la tarea prosaica de organizar nuestra reconstrucción económica. Habrá tal vez quienes consideren que ésta es una tarea lenta, pesada y poco digna, pero los comunistas leales no ignoran la épica grandeza de nuestro nuevo frente económico. Los comunistas leales saben muy bien cuál es el valor revolucionario y el significado profundo de nuestras cartillas de racionamiento, de nuestros "Primus", de las colas ante las cooperativas, de las privaciones y de los sacrificios. Los comunistas leales no temen nuestra lealtad. Nuestro gran jefe, el camarada Lenin, con su habitual clarividencia, ya nos puso en guardia hace años contra los peligros del super-idealismo. Esa peligrosa manía ha sido la ruina de algunas de nuestras mejores inteligencias. Ha alejado de nosotros al hombre que en otro tiempo fue uno de nuestros primeros jefes: me refiero a León Trozky. Ninguno de los precedentes servicios prestados por él al proletariado pueden redimir su aserción de que nosotros hemos traicionado el comunismo. Sus secuaces han sido expulsados de nuestras filas; ésta es la razón de la depuración del Partido, y ésta es la razón de que todavía sigamos depurándolo. Somos un ejército y nuestra disciplina debe ser la de un ejército. Seguiremos todos unidos nuestro programa, y no nos dejaremos llevar por las miserables y lacrimosas dudas y opiniones personales de unos pocos que todavía piensan en sí mismos y en la que ellos llaman su conciencia en los términos del individualismo burgués. No necesitamos a los que no saben servir más que con un fusil o una bayoneta en la mano; necesitamos a los que no temen hacerse comerciantes, a los que no temen llegar a un compromiso si las necesidades del momento así lo aconsejan. No necesitamos al comunista de hierro, duro, obstinado e intransigente: el comunista de nuestros días debe ser de goma. El idealismo, camaradas, es algo hermoso, pero dentro de los límites oportunos. En demasía, es como el buen vino: puede hacer perder la cabeza. Que esto sea una advertencia para quienquiera que tácitamente simpatice con Trozky dentro de nuestro Partido: ningún servicio prestado, ninguna gloria pasada lo salvará de la guadaña en la próxima depuración del Partido. ¡Será un traidor, y como a un traidor se le expulsará, quinquiera que sea, quinquiera que haya sido!"

Las manos aplaudieron calurosamente y luego la masa de chaquetas de cuero se disolvió y los hombres se pusieron en pie: la reunión había terminado. Se dividieron en grupos, murmurando con excitación. Algunos sonreían con disimulo, cubriéndose la boca con la mano, mirando a algunas pocas figuras solitarias. Detrás de los altos ventanales de marco de plomo el cielo iba volviéndose de un oscuro color de acero azulado.

—¡Enhorabuena, amigo! —dijo alguien dando una palmada en el hombro de Pavel Syerov—. Me han dicho que has sido elegido presidente del comité del sindicato ferroviario Lenin.

—Sí —contestó modestamente el interpelado.

—Buena suerte, Pavlusha: eres un ejemplo de actividad para todos nosotros. Lo que es tú no tienes por qué preocuparte de la depuración del Partido.

—Siempre he mantenido mi lealtad al Partido por encima de todas las demás consideraciones, y lejos de todas las sospechas —contestó Syerov con modestia.

—Un momento, amigo... ¿sabes?, faltan todavía dos semanas para fin de mes, y yo... en fin, ando algo escaso de fondos... y, ¿sabes?, creí que tal vez tú...

—Desde luego —repuso Pavel Syerov abriendo su cartera—, con mucho gusto.

—Tú no abandonas nunca a un amigo, Pavlusha. Y siempre parece que tengas dinero...

—Ahorro una parte de mi sueldo —dijo Syerov con humildad. La camarada Sonia agitaba sus cortos brazos intentando abrirse paso a través de la gente que la rodeaba, impaciente. Gritaba bruscamente:

—Lo siento, camarada. No es posible... Sí, camarada. Con mucho gusto le recibiré. Telefonee a mi secretaria al Zhenotdel... Mi consejo le será útil, camarada... Estaría encantada de hablar en su Centro, camarada, pero desgraciadamente a la misma hora tengo una conferencia en el Rabfac...

Víctor se había llevado aparte al barbudo orador y murmuraba, exaltado y persuasivo:

—Hace dos semanas que he concluido mis estudios en el Instituto de Tecnología, camarada. Ya comprende usted que el puesto que ocupó es muy poco satisfactorio para un ingeniero diplomado, y que...

—Ya lo sé, camarada Dunaev; sé de qué empleo me habla. Personalmente no conozco a nadie más indicado que usted para ocuparlo. Y haré cuanto pueda por el marido de mi amiga Marisha Lavrova. Pero... —miró cautelosamente a su alrededor por encima de los lentes y dijo bajando la voz— dicho sea entre nosotros, camarada, hay un gran obstáculo. Ya comprende usted que aquel proyecto hidroeléctrico es el trabajo más importante de la República en este momento y que todos los nombramientos que tengan relación con él se confieren con gran cuidado, y... —bajó todavía más la voz— ... su estado de servicios en el Partido es magnífico, pero ya sabe usted cómo son las cosas,

camarada Dunaev..., nunca falta gente suspicaz... Francamente, he oído decir que su pasado social... su padre... su familia... ¿sabe usted...? Con todo, no hay que perder la esperanza. Haré por usted cuanto esté en mi mano.

Andrei Taganov estaba solo en una fila de sillas vacías, abrochándose lentamente la chaqueta de cuero. Sin él darse cuenta, sus ojos permanecían fijos en la bandera escarlata del estrado.

En la escalera, mientras salían, la camarada Sonia se le acercó y le dijo en alta voz, de modo que todo el mundo se volvió a mirarle:

—Bien, camarada Taganov, ¿qué te ha parecido ese discurso?

—Muy claro —dijo Andrei dejando caer las palabras como si fueran balines de plomo.

—¿No estás de acuerdo con el orador?

—Prefiero no discutirlo.

—¡Oh, para ti no será necesario! —sonrió Sonia amablemente—. Desde luego, todos sabemos cómo piensas. Pero lo que yo quisiera saber es por qué crees tener derecho a pensar como te parezca, y contra la mayoría de la colectividad. O la voluntad de la mayoría es suficiente para ti, camarada Taganov, o debemos concluir que el camarada Taganov se está volviendo individualista.

—Lo siento, camarada Sonia, pero tengo prisa.

—Por mí, camarada Taganov, está perfectamente. No tengo nada más que decir. Únicamente un consejo de amiga: no olvides lo que se ha dicho en ese discurso, bien claramente, acerca de lo que aguarda a los que se creen superiores al Partido.

Andrei bajó lentamente la escalera. Estaba oscura. Abajo, a lo lejos, un leve resplandor azul iluminaba el pavimento de pulidas losas de mármol. Un farol, a otro lado del alto ventanal, proyectaba un cuadrado de luz azul turquí, subdividido por los cristales enmarcados en plomo y reflejado en la pared junto a la escalera; sobre ésta se deslizaban lentamente algunas gotitas de lluvia. Andrei iba con la cabeza erguida, sin prisa; todo su cuerpo, que en siglos lejanos hubiera llevado la loriga de un soldado romano o la cota de mallas de un cruzado, se mantenía firme y seguro. Ahora, en lugar de la loriga o de la cota de mallas, llevaba la chaqueta de piel, y su alta sombra negra se movía poco a poco a través del cuadrado azul de la luz y de las gotas de lluvia sobre la pared.

Víctor volvió a casa. Arrojó el gabán sobre una silla del recibidor y tiró los chanclos a un rincón, derribando de paso un paragüero que cayó con gran estrépito al suelo; pero él no se cuidó de volver a levantarlo.

En el comedor, Marisha estaba sentada ante un montón de libros abiertos, con la cabeza inclinada hacia un lado, y escribía con gran atención, mordiendo nerviosamente la contera del lápiz. Vasili Ivanovitch estaba sentado junto

a la ventana y tallaba una cajita de madera. Asha estaba sentada en el suelo y mezclaba polvo, mondaduras de patata y semillas de girasol en una *cazuela*. — ¿Está lista la comida? —gritó Víctor. Marisha se puso en pie y le abrazó.

—No, todavía no, querido —dijo excusándose—. Irina ha tenido que hacer y yo tengo que terminar estas tesis para mañana y... Víctor la rechazó con impaciencia y salió del comedor dando un portazo. Atravesó un oscuro pasillo y llegó al cuarto de Irina. Abrió la puerta, sin llamar, y se encontró a su hermana abrazada estrechamente con Sasha, sus labios sobre los de él. Irina se separó bruscamente y gritó con voz sofocada por la indignación: — ¡Víctor!

Este se volvió sin pronunciar palabra y salió bruscamente de la habitación.

Volvió al comedor y gritó a Marisha:

—¿Por qué no se ha hecho la cama en nuestro cuarto? Aquello parece una pocilga. ¿Qué has estado haciendo durante todo el día?

—Pero, Víctor... —balbució ella—, he ido... al Rabfac, luego a la reunión de la biblioteca Lenin y a la Oficina Editorial del Periódico Mural, y luego tengo que preparar este trabajo sobre la electrificación, que mañana tengo que leer en el Centro, y no sé nada todavía; tengo que leerlo otra vez... y...

—Bien, mira a ver si calientas algo en el "Primus". Cuando llego a casa quiero que la comida esté a punto.

—Sí, querido.

Recogió sus libros precipitadamente, nerviosa; se los llevó estrechando el montón contra su pecho, pero no pudo evitar que se le cayeran dos volúmenes al pasar la puerta, y tuvo que inclinarse, no sin dificultad, a recogerlos. Luego salió del comedor.

—Papá —dijo Víctor—, ¿por qué no buscas un empleo?

Vasili Ivanovitch levantó lentamente la cabeza y le miró:

—¿Qué pasa, Víctor? —preguntó.

—Nada; absolutamente nada. Sólo que es estúpido que nos señalen como burgueses sin trabajo y que tengamos que estar continuamente despertando suspicacias.

—Víctor, ya sabes que hace mucho tiempo que no hemos discutido acerca de nuestras opiniones políticas, pero, puesto que te interesa saberlo... no estoy dispuesto a trabajar por tu Gobierno soviético mientras me quede vida.

—Pero, papá, supongo que no esperas que...

—Lo que yo espero no es para discutirlo con un miembro del Partido. Y si estás cansado de sostener los gastos de la casa...

—No, papá; no se trata de eso.

Sasha, al marcharse, atravesó el comedor. Estrechó la mano de Vasili Ivanovitch apartándose con la otra mano un mechón de rizos rubios que le

caía sobre los ojos, acarició la cabeza de Asha, y salió sin decir una palabra ni dirigir una mirada a Víctor.

—Irina, deseo hablarte —dijo Víctor cuando se hubo marchado Sasha.

—¿De qué se trata?

—Quisiera hablarte a solas.

—Papá puede oír todo cuanto tengas que decirme.

—Muy bien. Se trata de ese hombre —dijo Víctor señalando la puerta por donde Sasha acababa de salir.

—¿Sí?

—Espero que te darás cuenta de lo infernal de esta situación.

—¿De qué situación?

—¿Tienes idea de la índole de hombre con quien andas en amoríos?

—No se trata de amoríos. Sasha y yo estamos prometidos.

Víctor dio un salto hacia delante, abrió la boca, la volvió a cerrar y luego dijo lentamente, haciendo un esfuerzo por contener su ira:

—Irina, esto es absolutamente imposible.

Irina estaba frente a él, mirándole con ojos firmes y amenazadores, y su rostro expresaba el más profundo desdén. Se limitó a preguntarle'

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Víctor se inclinó hacia ella y le dijo, temblándole los labios:

—Óyeme. Es inútil que lo niegues. Sé quién es tu Sasha Chernov. Está engolfado hasta el cuello en conspiraciones contrarrevolucionarias. No me importa. Pero no pasará mucho tiempo sin que se enteren los demás miembros del Partido. Ya sabes el fin que aguarda a los jóvenes brillantes de este tipo. ¿Crees que yo soportaré que mi hermana se case con un contrarrevolucionario? ¿Qué consecuencias crees tú que puede tener una cosa semejante para mi posición en el Partido?

—Lo que esto pueda significar para ti y para tu Partido —dijo Irina con estudiada frialdad— me importa menos que las suciedades que pueda hacer el gato en la escalera del servicio.

—Irina... —balbució Vasili Ivanovitch.

Víctor se volvió bruscamente hacia él.

—Díselo tú —gritó—, ya es bastante difícil lograr algo con esta piedra de mi familia colgada al cuello. Os podéis ir todos al infierno, tan noblemente como queráis, si eso os gusta, pero por mi parte no estoy dispuesto a dejarme arrastrar con vosotros.

—Pero, Víctor —dijo con calma Vasili Ivanovitch—, ni tú ni yo podemos hacer nada. Tu hermana le quiere. Y ella tiene también derecho a su parte de felicidad. ¡Dios sabe que le ha tocado poca durante estos últimos años!

—Si tanto miedo tienes por tu maldita situación en el Partido —dijo Irina— me iré de aquí. Gano lo bastante por mí misma para poder morir de hambre a gusto mío con un salario de esos que tus organizaciones rojas

consideran suficientes para vivir. Y te advierto que me habría marchado ya si no fuera por papá y por Asha.

—Irina... —gimió su padre—, ¡tú no harás eso!

—En otras palabras —concluyó Víctor—, ¿te niegas a deshacerte de este insignificante boquirrubio?

—Y me niego a discutir contigo sobre el particular —añadió Irina.

—Está muy bien. Ya te he advertido.

—Víctor —gritó Vasili Ivanovitch—, no... no vas a hacer nada contra Sasha.

—No te preocupes, no lo hará —silbó Irina—. Sería demasiado comprometedor para su posición en el Partido.

Kira se encontró por la calle con Vava Milovskaia y apenas la reconoció. Fue Vava quien se acercó a ella murmurando:

—¿Cómo estás, Kira?

Vava llevaba un viejo sombrero de fieltro hecho con uno de su padre, con un ala arrugada que parecía llevar mucho tiempo sin que la cepillaran. Un rizo negro le caía sobre la mejilla derecha y la boca estaba pintarrajeada de cualquier modo con un lápiz de mala calidad. Su nariz relucía, y oscuras ojeras bordeaban sus ojos: sus párpados estaban hinchados y su mirada parecía indiferente, como si hubiera envejecido muchos años.

—¿Cómo te va? ¡Cuánto tiempo sin verte! —dijo Kira.

—Me he... me he casado, Kira.

—Te... te felicito, Vava. ¿Cuándo ha sido?

—Gracias. Hace dos semanas. Y luego murmuró mirando a la calle:

—Yo no... no hemos querido dar publicidad a la boda. Por eso no invitamos más que a los padres. Fue un matrimonio religioso, ¿comprendes? Y Kolya no quería que se supiera en su oficina.

—¿Kolya?

—Sí... Kolya Smiatkin; probablemente le recordarás. Lo encontraste en aquella fiesta en casa, aunque... Y ahí me tienes convertida en la ciudadana Smiatkina. El trabaja en el Trust del Tabaco, y no tiene ninguna gran situación, si bien espera ascender pronto... es muy bueno... ¡y me quiere tanto...! ¿Por qué no había de casarme con él?

—No he dicho que no debieras hacerlo, Vava.

—¿Qué podía esperar? ¿Qué podemos hacer de nosotras en estos tiempos, si no es... si no es...? Lo que más te agradezco, Kira, es que eres la primera persona que no me ha deseado felicidades.

—¡Claro está que te las deseo!

—Bien, pues soy feliz —y sacudió la cabeza con aire de desafío—. Soy completamente feliz y estoy satisfecha.

—Lo celebro, Vava.

La mano de ésta, enfundada en un guante raído, se posó sobre el brazo de Kira. Vava dudó como si la presencia de la otra le desagradase, pero luego oprimió el brazo, como si temiera que se alejara y ella quisiera agarrarse desesperadamente a algo que no quería expresar. Luego susurró mirando a otro lado:

—¿Crees... que él es feliz, Kira?

—Víctor no es hombre para preocuparse por la felicidad —repuso Kira con calma.

—No me dolería... —murmuró Vava—, no me dolería si ella fuese hermosa, pero la he visto... En fin, todo eso ya no me importa. En absoluto. Quisiera que fueras a verme, Kira, tú y Leo. Pero... pero no tenemos casa todavía. Me fui a vivir a casa de Kolya, porque... porque... mi cuarto... papá no me aprueba, ¿comprendes? De modo que decidí marcharme. Y el cuarto de Kolya es una exdéspensa de un gran piso, y es tan pequeño que... en fin, cuando tenga casa espero verte. Tengo que marcharme, ahora. Adiós, Kira.

—Adiós, Vava.

—No está —dijo la mujer de cabellos grises.

—Le aguardaré —replicó la camarada Sonia.

La mujer se apoyó primero sobre un pie, luego sobre el otro y dijo, después de morderse los labios:

—No sé cómo podrá usted hacerlo, ciudadana. No hay salón. Y no soy más que una vecina del ciudadano Syerov, y mi casa...

—Aguardaré en el cuarto del camarada Syerov.

—Pero, ciudadana...

—He dicho que aguardaré en el cuarto del camarada Syerov.

La camarada Sonia se fue resueltamente corredor abajo. La vieja la seguía sacudiendo la cabeza con aire contrariado, observando el rápido taconeo de sus zapatos bajos y masculinos.

Al verla entrar, Pavel Syerov se puso en pie de un salto. Abrió los brazos en un gesto de sorpresa y de bienvenida.

—¡Queridísima Sonia! —dijo riendo muy fuerte—. ¿Tú aquí? Lo siento mucho, querida... Había dado orden de que no me estorbaran, pero de haber sabido que se trataba de ti...

—Está bien. —La camarada Sonia no le dejó seguir. Arrojó sobre la mesa una pesada cartera y se desabrochó el abrigo mientras se quitaba también una gruesa bufanda masculina. Miró a su reloj de pulsera y dijo:

— Tengo media hora. Luego me voy al Centro. Hoy inauguraremos la casa-cuna Lenin. Necesitaba verte para una cosa importante.

Syerov le ofreció una silla y se puso la chaqueta, ajustándose la corbata ante el espejo, dándose algunos toques al peinado y sonriendo con aire deferente.

—Pavel —dijo Sonia—, vamos a tener un hijo.
Las manos de Syerov cayeron a lo largo de su cuerpo y se quedó con la boca abierta. —Un...

—Un hijo —repitió con firmeza la camarada Sonia.

—Pero...

—Lo sé hace tres meses ya —añadió ella.

—¿Y por qué no lo dijiste antes?

—No estaba segura.

—Pero, irayos!, ¿por qué no... ?

—Era demasiado tarde.

El se dejó caer sobre una silla y la contempló, estupefacto de su calma.

—¿Estás segura de que es mío? —preguntó con voz ronca.

—Pavel —dijo ella sin levantar la voz—, me estás insultando.

Pavel se puso en pie, fue hasta la puerta, volvió, se sentó y volvió luego a sentarse.

—¿Y qué diablos vamos a hacer?

—Casarnos, Pavel.

El se inclinó hacia ella, cerrando los puños sobre la mesa.

—Sonia, tú te has vuelto loca —dijo con energía.

Ella le miró esperando.

—Estás loca, te digo. No tengo la menor intención de casarme.

—Pero vas a tener que hacerlo.

—¿Ah, sí? ¡Sal de aquí!

—Pavel —dijo ella, tranquila—, no digas cosas de las que luego te podrías arrepentir.

—Óyeme... no... no estamos en un ambiente burgués. ¡Qué diablo! Tú no eres una muchachita seducida... ni siquiera eras... En fin, si quieres llevar el asunto a los tribunales puedes hacerlo, pídeles su protección. ¡Que el diablo te lleve! Pero no hay ninguna ley que me obligue a casarme contigo... ¡Casarme! ¡Qué diablos! ¿Tal vez te figuras que vives en Inglaterra, o algo parecido?

—Siéntate, Pavel —dijo la camarada Sonia abotonándose el gemelo del puño—, y no interpretes torcidamente mis palabras. Mi manera de obrar no tiene nada de anticuada; la moral pública, la vergüenza y todas esas tonterías me tienen completamente sin cuidado. Se trata únicamente de nuestro deber.

—¿De nuestro... qué?

—De nuestro deber para con un futuro ciudadano de nuestra República.

Pavel ahogó una carcajada.

—Deja eso —dijo—, aquí no estás hablando en una reunión del Centro.

—¿Realmente? —preguntó la camarada Sonia—. ¿De modo que la lealtad de tus principios no se extiende hasta la vida privada?

De nuevo él se puso en pie.

—Vamos, Sonia, no me interpretes mal. Yo siempre soy leal, desde luego... y nuestros principios... no cabe duda de que tus sentimientos son excelentes y los aprecio... pero ¿qué importancia tiene todo ello para... para el futuro ciudadano?

—El porvenir de nuestra República está en la generación futura. La vida de nuestra juventud es un problema vital. Nuestro hijo debe tener una madre y un padre del Partido que guíen sus pasos.

—¡Déjate de monsergas, Sonia! Hoy ya no es necesario eso. Para algo están las guarderías infantiles, la educación colectiva, en fin... ya lo sabes. Una gran familia, el espíritu de colectividad aprendido en los primeros años de la vida y...

—Las guarderías del Estado serán una gran cosa en el porvenir, pero de momento son imperfectas. Nuestro hijo debe recibir una educación que le haga un perfecto ciudadano de nuestra gran República. Nuestro hijo...

—Nuestro hijo... ¡al diablo con él! ¿Cómo puedo saber... ?

—Pavel, ¿debo creer que insinúas que... ?

—¡Oh, no! Yo no insinúo nada. ¡Pero... diablo, Sonia! Estaba borracho; tú hubieras debido comprender...

—¿De modo? que te arrepientes, Pavel?

—¡Oh, no! No, naturalmente. Ya sabes que te quiero, Sonia... Óyeme, Sonia... de veras no puedo casarme ahora. Te aseguro que no quisiera otra cosa y que estaría orgulloso de ello. Pero, ¿ves tú?, ahora empiezo y tengo que pensar en mi porvenir. He empezado con buen pie, y... mi deber para con el Partido me obliga a estudiar, a perfeccionarme, a mejorar...

—Puedo ayudarte, Pavel, o...

—Pero, Sonia —gimió desesperado.

—Lo lamento tanto como tú —dijo ella amablemente—. Para mí fue una sorpresa más penosa que para ti mismo. Pero yo estoy dispuesta a cumplir con lo que considero mi deber.

El cayó pesadamente en la silla y dijo sordamente, sin mirarla: —Oye, Sonia, concédeme dos días, ¿quieres? Para volver a reflexionar y acostumbrarme a la idea, y...

—Desde luego —dijo Sonia, levantándose—, piénsalo... De todos modos ya es hora de que me marche. Tendré que correr. ¡Hasta luego!

—¡Hasta la vista! —murmuró él sin mirarla, mientras su mano se agitaba incesantemente. No se levantó cuando Sonia se fue. Aquella noche, Pavel Syerov se embriagó. Al día siguiente se dirigió al Centro del Sindicato ferroviario. El presidente le dijo: —Te felicito, camarada Syerov. Sé que te casas con la camarada Sonia. No podías elegir mejor.

En la célula del Partido, fue el secretario quien le dijo: —Vamos, Pavel, ya está todo a punto para tu éxito en el mundo, ¿eh? Con una mujer como ésa...

En el círculo marxista un imponente funcionario a quien no conocía, le sonrió y le dijo, dándole palmadas en el hombro: —Venga usted a verme, camarada Syerov; siempre fui amigo de su futura esposa.

Aquella noche, Pavel telefoneó a Antonina Pavlovna, blasfemó contra Morozov, pidió una participación mayor en los beneficios, se la hizo anticipar y compró unas cuantas botellas para bebérselas luego con una mujercuela que encontró por la calle.

Tres días más tarde, Pavel Syerov y la camarada Sonia se casaron. Se presentaron ante un funcionario en la desnuda sala de los Zags y firmaron en un gran registro. La camarada Sonia manifestó su intención de seguir usando su nombre de soltera. No debía celebrarse ceremonia religiosa ninguna, manifestó al empleado. Y aquella noche, la camarada Sonia se trasladó a la habitación de Pavel Syerov, que era mayor que la suya.

—Querido —dijo—, vamos a tener que pensar en un hermoso nombre revolucionario para nuestro hijo!

Alguien llamó a la puerta de Andrei con mayor fuerza que de costumbre. Un golpe fuerte, seguido de un ruido más atenuado, como si un puño se apoyase pesadamente contra el panel. Andrei estaba sentado en el suelo con una lámpara al lado de unos grandes papeles extendidos delante de él y rodeado por numerosos libros abiertos. Estaba estudiando; los cabellos le caían hacia adelante proyectando un festón de sombra sobre su rostro. Levantó la cabeza y preguntó con impaciencia: —¿Quién es?

—Soy yo, Andrei —contestó alguien en voz baja—. Abre la puerta. Soy yo, Stepan Timoshenko.

Andrei se puso en pie y abrió la puerta. Stepan Timoshenko, que había servido en la flota del Báltico y en los guardacostas de la G. P. U., estaba en el rellano, tambaleándose un poco y apoyándose en la pared. Llevaba gorra de marinero, pero en la cinta no había ni estrella roja ni nombre de buque. Iba de paisano, con una chaqueta corta con un cuello de piel de conejo bastante apolillado y unas mangas demasiado estrechas para él, con los codos muy gastados. El cuello de pieles estaba abierto y dejaba asomar los robustos tendones bronceados por el sol. Sonreía, y la luz hacía resaltar la blancura de sus dientes y lo oscuro de sus ojos. —Buenas noches, Andrei. ¿Tienes inconveniente en que entre?

—Pasa. Estoy contento de verte.

Creía que habías olvidado a tus viejos amigos.

—No —dijo Timoshenko—, no les he olvidado.

—Entró, sin dejar de tambalearse, y cerró la puerta.— No, no les he olvidado. Pero alguno de los viejos amigos ha estado endemoniadamente contento de olvidarme a mí... No hablo por ti, Andrei... no; no hablo por ti.

—Siéntate —dijo Andrei— y quítate la chaqueta, si no tienes frío.

—¿Quién? ¿Yo? ¡No! ¡No tengo nunca frío, yo! Y aunque lo tuviese, paciencia, porque éste es el único traje que me ha quedado. Me quitaré esta maldita chaqueta. Y desde luego me voy a sentar. Adivino que quieres que me sienta porque crees que estoy borracho.

—No —dijo Andrei—, pero...

—Bien, sí; estoy borracho, pero no mucho. No tienes inconveniente en que esté un poco alegre, ¿verdad?

—¿Dónde has estado, Stepan? No te veía hace meses.

—Oh, de paseo. Me han expulsado de la G. P. U. ¿Lo sabías?

Andrei hizo con la cabeza una lenta señal afirmativa y clavó la mirada en sus papeles.

—Sí —dijo Stepan Timoshenko estirando cómodamente los pies—, no soy digno de confianza. No. No soy digno... No soy bastante revolucionario, yo, Stepan Timoshenko, de la Flota Roja del Báltico.

—Lo siento —dijo Andrei.

—Cállate. ¿Quién te ha pedido tu simpatía? ¡Es ridículo! Eso es lo que es. ¡Ridículo, completamente ridículo...! —Contempló los amorcillos del friso de la estancia:— Y tu habitación también es ridícula. ¡Vaya un condenado sitio para vivir un comunista!

—No me importa. Podría cambiar, pero ¡es tan difícil encontrar casa en estos tiempos!

—Desde luego —dijo Timoshenko, riendo fuerte—, desde luego es difícil para Andrei Taganov. No lo sería tanto para la camarada Sonia, por ejemplo. No lo sería para todos esos individuos que usan el carnet del Partido como si fuera el cuchillo de un carnicero. A ellos no les costaría nada echar a un pobre diablo sobre el hielo del Neva.

—Estás diciendo cosas absurdas, Stepan. ¿Quieres... quieres comer algo?

—No. ¿Para qué? ¿Te figuras que me muero de hambre, acaso?

—Nada de eso, no tengo...

—Bien. Todavía me queda bastante para comer y para beber. Tengo mucho que beber. Vine porque creí que el pequeño Andrei necesitaría quizá a alguien que le tutelase. El pequeño Andrei lo necesita. Y lo necesitará todavía mucho más. —¿Qué estás diciendo?

—Nada. Nada, camarada. Hablaba por hablar. ¿Acaso no puedo ni hablar? ¿Eres como los otros? ¿Quieres hablar..., sin darles el derecho de decir alguna cosa?

—Ven —dijo Andrei—. Ponte una almohada debajo de la cabeza. Descansa. No te encuentras bien. —¿Quién? ¿Yo?

Timoshenko tomó la almohada, la arrojó contra la lámpara y se rió cuando Andrei se bajó a recogerla.

—Nunca en mi vida me sentí mejor. Estoy magníficamente. Libre y suelto. Sin preocupaciones. Sin ninguna otra preocupación.

—Stepan, ¿por qué no vienes más a menudo? En otro tiempo éramos amigos. Todavía podemos ayudarnos uno a otro.

Timoshenko se inclinó hacia delante, miró fijamente al hombre que tenía ante los ojos y sonrió en silencio:

—No puedo ayudarte, hijo mío. Sólo podría ayudarte si tú pudieras cogerme por el pescuezo, echarme de tu habitación y, al mismo tiempo, deshacerte de todo cuanto va de acuerdo conmigo. Y luego ir a inclinarte muy profundamente y lamer las grandes botas. Pero tú no harás eso. Por esto te odio, Andrei. Y por esto quisiera que fueras mi hijo. La lástima es que yo no tendré nunca hijos. Mis hijos están repartidos por los burdeles de la U. R. S. S. Miró los papeles sobre el pavimento, dio un puntapié a uno de los libros y preguntó:

—¿Qué estás haciendo, Andrei?

—Estudiaba. No tengo mucho tiempo para estudiar. He tenido que hacer en la G. P. U.

—¿Estudias, eh? ¿Cuánto tiempo tienes que ir todavía al Instituto?

—Tres años.

—¡Uh, uh! ¿Crees que te hace falta?

—¿Qué?

—Instruirte.

—¿Y por qué no?

—Óyeme, amigo. ¿Te he dicho que me han expulsado de la G. P. U.? Sí, ya te lo he dicho. Pero todavía no me han expulsado del Partido. Ni me expulsarán. A la próxima depuración me marcharé.

—No empieces a pensar ya en ello

¿Quién sabe... ?

Sé lo que digo. Y tú también lo sabes. ¿Y sabes quién se irá inmediatamente después que yo?

—No —dijo Andrei.

—Tú —dijo Timoshenko.

Andrei se levantó, se cruzó de brazos, miró a Timoshenko y dijo con calma:

—¿Quién sabe?

—Óyeme, amigo —dijo Timoshenko—, ¿tienes algo que beber?

—No —dijo Andrei—, y tú bebes demasiado, Stepan.

—¿De veras? —Timoshenko sonrió y movió lentamente la cabeza, de forma que su enorme sombra en la pared se movió también como un péndulo—. ¿Bebo demasiado? ¿Y no tengo razón para beber? Oye, quiero decirte... — se levantó tambaleándose, más alto que Andrei, y su sombra se elevó hasta el techo—, te voy a decir por qué bebo, y entonces dirás que no bebo bastante, ¡pobre polluelo mojado!, esto es lo que vas a decirme. Se agarró a su camiseta, demasiado estrecha sobre su brazo musculoso, se rascó la espalda y gritó de pronto:

—Una vez hicimos una revolución. Dijimos que estábamos cansados de barrigas vacías, de sudor y de piojos. De modo que destripamos, degollamos y vertimos sangre, sangre nuestra y sangre de ellos, para lavar un camino que nos llevase hacia la Libertad. Y ahora, imira a tu alrededor, mira a tu alrededor, camarada Taganov, miembro del Partido desde el año 1915! ¿Ves dónde viven los hombres, unos hombres que son hermanos nuestros? ¿Ves lo que comen? ¿Has visto alguna vez a una mujer caerse por la calle, y vomitar sangre sobre los adoquines y morir de hambre? ¡Yo sí! ¿Has visto los autos elegantes que circulan por las noches? ¿Has visto quién iba dentro? Un elegante camarada que está en nuestro Partido. Un guapo muchacho que tiene un brillante porvenir. Se llama Pavel Syerov. ¿Le has visto alguna vez abrir la cartera para pagar el champaña? ¿Te has preguntado de dónde saca el dinero? ¿Estuviste alguna vez en el *foom-garden* del Café de Europa? Aseguraría que no vas a menudo. Si has estado, habrás visto el respetable ciudadano Morozov que se estaba indigestando de caviar. ¿Sabes quién es? Un vicedirector del Trust de la Alimentación, del Trust Rojo de la Alimentación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. ¡Nosotros marchamos a la cabeza del proletariado mundial y hemos de llevar la libertad a toda la humanidad que sufre! Fíjate en nuestro Partido. Fíjate en sus leales miembros, que todavía tienen húmeda la tinta de sus carnets. Obsérvalos mientras siegan las mieses de una tierra que nosotros hemos hecho fructificar con nuestra sangre. Nosotros no somos bastante rojos para ellos. Nosotros no somos revolucionarios. Se nos expulsa por traidores. Se nos expulsa por trotskistas. Se nos expulsa porque no perdimos la vista y la conciencia cuando el zar perdió el trono, la vista y la conciencia que ellos le hicieron perder. Se nos expulsa porque les hemos gritado que han perdido la batalla, estrangulado la revolución, vendido al pueblo para hacerse dueños del poder y de la suciedad. No nos quieren. Ni a mí ni a ti. No hay sitio para hombres como tú, Andrei; no hay sitio en este mundo. Y tú no lo ves. Y yo me alegro de que no lo veas. ¡Lo único que quiero es no estar aquí el día que te des cuenta!

Andrei permanecía en silencio, con los brazos cruzados.

Timoshenko agarró su chaqueta y se la puso rápidamente, tambaleándose.

—¿Adonde vas? —preguntó Andrei. —A cualquier parte. No quiero quedarme aquí.

—Stepan, ¿crees que no me doy cuenta? Pero el gritar no sirve para nada. Ni sirve de nada el beber hasta morir. Todavía se puede luchar.

—Desde luego, puedes seguir luchando. A mí no me interesa. Yo me voy a beber.

Andrei le observó mientras se abotonaba la chaqueta y se ponía la gorra sin estrella, inclinada sobre una oreja.

—¿Qué vas a hacer, Stepan?

—¿Ahora?

—No; en los años que vendrán.

—¿En los años que vendrán? —Timoshenko se rió, echando la cabeza hacia atrás con un movimiento que hizo saltar sobre sus hombros el cuello de conejo apolillado—. Me gusta la frase: los años que vendrán! ¿Por qué estás tan seguro de que vendrán?

—Inclinándose hacia Andrei le guiñó un ojo maliciosamente, con aire de misterio:— Camarada Taganov, ¿te has fijado alguna vez en una cosa rara: el gran número de miembros de nuestro Partido que mueren de agotamiento por exceso de trabajo? Sin duda lo habrás leído en los periódicos. "Una nueva víctima gloriosa caída en el sendero de la revolución, una vida consumida en un trabajo incesante..." Y ya sabes, ¿no es verdad?, lo que son esos camaradas que mueren agotados por un trabajo incesante. Suicidas. Lo que ocurre es que los diarios no lo dicen nunca. ¡Es raro lo que la gente se llega a suicidar en estos tiempos! ¡Quién sabe por qué será!

—Stepan —dijo Andrei estrechando entre sus manos frías y fuertes una gruesa mano cálida y sudorosa—, no piensas en...

—No pienso en nada. ¡Que no! Lo que quiero es beber. Y en caso de que lo pensase vendría a decirte adiós. Te lo prometo.

A la puerta, Andrei le detuvo de nuevo.

—Stepan, ¿por qué no te quedas aquí? ¿Por lo menos por algún tiempo?

Stepan Timoshenko agitó la mano con el gesto majestuoso de quien se echa una capa sobre los hombros y sacudió la cabeza mientras salía tambaleándose al rellano.

—No. Aquí no. No quiero verte, Andrei. No quiero verte esta maldita cara, porque... ¿ves tú?, yo soy un barco viejo a punto de naufragar, con las entrañas averiadas y marchitas. Pero no me importa. Y daré todo cuanto me queda de ellas para ayudar al único hombre que queda en el mundo... y este hombre eres tú. Pero, ni eso me importa. Lo que me importa es que sé que aunque me arrancara las entrañas para dártelas a ti, no podría salvarte.

Capítulo séptimo

Kira estaba contemplando un edificio en construcción. Sobre un celaje gris, que lentamente iba oscureciendo en un precoz crepúsculo, se elevaban las recortadas paredes de ladrillos rojos, nuevos, rugosos, encuadrados por una red de fresco cemento blanco. En lo alto, hacia las nubes, se veía a unos

obreros arrodillados en el andamiaje; la calle repercutía con el estrépito del hierro, el ronquido de las máquinas y el silbido del vapor en medio de un bosque de vigas, tablones y andamios manchados de cal. Kira seguía mirando, con los ojos muy abiertos y los labios sonrientes. Un muchacho de bronceado semblante, con una pipa en la comisura de la boca, andaba rápidamente por los tablones del andamiaje, y los movimientos de su mano eran breves, implacables, seguros como martillazos. Kira había olvidado el tiempo que llevaba detenida allí. Lo había olvidado todo excepto el trabajo que se estaba haciendo ante ella. Había perdido toda conciencia, todo sentido excepto la vista. Luego, de pronto, como un relámpago, su mundo volvió a apoderarse de ella, en un minuto cegador de percepción rápida y clara como si unos ojos nuevos mirasen por primera vez su universo nuevo y se dieran cuenta de cuanto habían olvidado ver; y Kira se preguntó, maravillada, por qué no estaba allí, en la obra en construcción, dando órdenes como aquel hombre de la pipa, y por qué razón había debido abandonar el único trabajo que la atraía. Y en su mente, tres palabras llenaban un vacío que sentía surgir de lo más íntimo de su alma—: Quizás... algún día... en el extranjero... Una mano la tocó en el hombro.

—¿Qué hace usted aquí, ciudadana?

Era un miliciano que la miraba con aire de sospecha. Llevaba un gorro de pico con una estrella roja sobre su frente deprimida; en uno de sus ojos tenía una mancha, era estrábico y sus labios eran blandos e informes.

—Lleva usted media hora aquí, ciudadana. ¿Qué desea?

—Nada —dijo Kira.

—Entonces, ciudadana, haga el favor de circular.

—Miraba, no más— añadió Kira.

—No tiene usted por qué mirar —decretó el miliciano abriendo sus labios informes.

Ella se volvió y se alejó lentamente.

Contra su epidermis, cosida en la camisa, llevaba una bolsita que, semana tras semana, iba poco a poco aumentando de volumen. En ella guardaba el dinero que lograba salvar de las dispendiosas locuras de Leo. Era un fondo para el porvenir, y, ¿quién sabe...? tal vez... para el extranjero...

Kira volvía de una reunión de guías de museos. Se habían celebrado unos exámenes políticos en el Centro. Un hombre de cabello rojo estaba sentado detrás de una ancha mesa, y las guías, con los labios pálidos de angustia, habían ido desfilando uno a uno ante él y habían ido contestando a sus preguntas con voz aguda, extrañamente vivaz. Kira había recitado adecuadamente su lección sobre la importancia de las visitas a los museos históricos en vistas a la educación política y a la conciencia de clase de la masa obrera; había contestado satisfactoriamente a las preguntas que le hizo el examinador acerca de la última huelga de los obreros del arte textil

en Inglaterra; había explicado con todo detalle los últimos decretos del Ministerio de Educación Popular respecto a las escuelas de analfabetos en el Turquestán, pero no había sabido decir cuántas toneladas de carbón se había extraído de las minas de la cuenca del Don.

—¿No lee usted los periódicos, camarada? —había preguntado severamente el examinador.

—Sí, camarada.

Pues le aconsejo que lo haga con mayor atención. No queremos especialistas limitados ni esos anticuados burócratas que lo ignoran todo fuera del área estrecha de su profesión. Nuestros obreros modernos deben ser políticamente expertos y demostrar un interés activo por la realidad de nuestros soviets y por todos los detalles de nuestra construcción estatal. Puede usted retirarse.

Tal vez la despedirían, pensaba Kira con indiferencia mientras volvía a casa. No la preocupaba. Ya no la preocupaba nada. No quería verse en la situación de la camarada Nesterova, una guía que durante más de treinta años había sido maestra. La camarada Nesterova, entre las visitas a los museos, las clases, las reuniones políticas y el trabajo de la casa y los cuidados de su madre política, aprovechaba los escasos momentos que le quedaban libres para leer los periódicos y prepararse para los exámenes, aprendiendo todo de memoria, palabra por palabra. La camarada Nesterova tenía una terrible necesidad de su empleo, pero al encontrarse ante el examinador no había sido capaz de pronunciar ni una palabra. Había abierto la boca, pero ni una sílaba había salido de ella. Luego de pronto le había dado un ataque y se había puesto a chillar entre lágrimas y sollozos histéricos: había habido que llamar a una enfermera, y el nombre de la camarada Nesterova había sido borrado de la lista oficial de guías de museos. Kira, mientras subía la escalera de su casa, olvidó el examen para pensar en Leo y preguntarse cómo le encontraría aquella noche. Esta pregunta se la planteaba con un ligero estremecimiento cada vez que volvía tarde a casa y sabía que él estaría ya allí. A veces le veía marcharse por la mañana, sonriente, alegre, lleno de actividad, pero no sabía lo que le aguardaba al final de la jornada. A veces le encontraba leyendo un libro extranjero, contestando apenas a su saludo y negándose a comer, pero sonriendo de vez en cuando, para sí mismo, fríamente, a la viva pintura de un mundo tan distinto de aquel en que vivían ambos. Otras veces le encontraba ebrio, tambaleándose por la habitación, riendo amargamente y rasgando ante sus ojos los billetes de Banco en cuanto ella le hablaba de hacer economías. Otras veces estaba discutiendo de arte con Antonina Pavlovna, bostezando y hablando como si ni siquiera oyera sus propias palabras. Otras veces, muy raras, le sonreía con ojos límpidos y jóvenes como en otro tiempo ya lejano, en la época de sus primeras citas, y entonces le ponía el dinero en la mano murmurando

—: Toma, escóndelo... para huir... a Europa... un día nos escaparemos, si logras que hasta entonces no piense en nada, si logramos no pensar en nada ni tú ni yo...

Kira había aprendido a no pensar, a no pensar más que en aquel hombre que para ella había llegado a ser más que una religión; habían olvidado cómo se juzgan las cosas y los actos, para no acordarse más que del movimiento de sus manos y de las líneas de su cuerpo, y de que ella debía permanecer en guardia entre Leo y aquel algo inmenso e inevitable que avanzaba inexorablemente hacia él y que había engullido ya a tantas gentes. Estaría en guardia; esto era lo único que importaba; Kira no pensaba nunca en el pasado, y, por lo que respecta al porvenir... nadie se preocupaba de él, entre la gente que vivía a su alrededor. No pensaba nunca en Andrei, nunca se permitía preguntarse lo que podían ser los días, y aún más los años futuros. Sabía que había ido demasiado lejos y que no podía volver atrás. Era lo bastante prudente para saber que no lo podía dejar y lo bastante valerosa para no intentarlo siquiera. Evitando un golpe que él no hubiera podido soportar, compensaba, en silencio, lo que él le había hecho. Un día, tal vez — sentía confusamente Kira— podría saldar su deuda, cuando quizá el extranjero se hubiera hecho accesible para ella y para Leo; entonces podría romperlo todo sin vacilar, porque Leo la necesitaría: entonces Leo estaría salvado: todo lo demás no tenía importancia.

—¿Kira? —la llamó desde el cuarto de baño una voz alegre, en cuanto entró.

Leo salió con el torso desnudo y una toalla en la mano, sacudiéndose las gotas de agua de la cara y echándose hacia atrás los cabellos que le caían sobre la frente.

—Estoy contento de que estés de vuelta, Kira. Siento mucho que no estés en casa, ¿sabes?, cuando vuelvo yo.

Parecía que acabase de salir de un río después de una larga y cálida jornada de verano, y se hubiera dicho que se veía el reflejo del sol en las gotas de agua de sus hombros. Parecía un cachorro lleno de salud y de vida. Se movía como si su cuerpo fuera una voluntad tensa, arrogante, poderosa, una voluntad y un cuerpo que no podían ceder jamás porque uno y otra habían nacido sin poder ceder; porque habían nacido para mandar, lo mismo que habían nacido para vivir.

Ella permanecía inmóvil, sin atreverse a acercársele, temiendo estropear uno de los pocos momentos en que él se le aparecía como lo que realmente era, como aquello para que había nacido. Fue él quien se le acercó; sus manos se cerraron sobre el cuello de Kira, y le echaron la cabeza hacia atrás para acercar sus labios a los de él. En sus movimientos había una ternura un poco despectiva, una orden, y un deseo, no era un amante, sino un dueño, y ella sentía la impresión de que en sus dedos llevaba un látigo. Los brazos de Kira se cerraron en torno a Leo, su boca bebió las gotas que relucían sobre su piel.

Ahora Kira sabía la respuesta, la razón de todos sus días, de todo cuanto tenía que soportar y olvidar de aquellos días; la única razón que ella necesitaba.

Irina iba de vez en cuando a ver a Kira, las pocas noches en que podía escapar al trabajo del Círculo. Reía sonoramente y esparcía ceniza y colillas por toda la habitación mientras le refería las más recientes y más peligrosas anécdotas políticas, o dibujaba sobre el blanco mantel caricaturas de todos sus amigos, o empezaba de pronto a contarle los chistes más verdes que había oído a Víctor y que ella no comprendía, pero que la hacían mirar a Leo con un aire de impertinente inocencia. Pero cuando Leo tenía trabajo en su almacén, Kira e Irina permanecían sentadas junto al fuego y no siempre Irina se reía. A veces permanecía largo rato en silencio, y cuando levantaba la cabeza para mirar a Kira, sus ojos eran implorantes y extraviados. Entonces murmuraba, contemplando el fuego con obstinación:

—Tengo miedo, Kira... No sé por qué... a veces el terror se apodera de mí... ¡tengo mucho miedo! ¿Qué será de todos nosotros? Esto es lo que me asusta. No la pregunta en sí misma, sino el que sea una pregunta que no se puede hacer a nadie. Pruébalo y fíjate en la persona a quien se lo hayas preguntado; miras a los ojos y comprenderás que reflejan el mismo miedo que sientes y que de esto no hay que hablar y que, aunque lo hicieras, no podrían decirte más de lo que tú misma les dirías. Lo sabes tan bien como yo. Todos nos esforzamos enérgicamente en no pensar en nada, en no ver más allá de mañana, de la hora que sigue a ésta en que vivimos. ¿Sabes qué creo? Pues creo que lo hacen adrede. *Ellos* no quieren que pensemos. Por esto tenemos que estar trabajando como trabajamos. Y como después de haber trabajado todo el día todavía nos queda un poco de tiempo, hemos de ocuparnos de nuestras actividades sociales. ¿Ya sabes que la semana pasada me expulsaron del Círculo? Me preguntaron por los nuevos pozos de petróleo de Bakú, y no supe qué contestar. ¿Por qué tengo que saber nada de los nuevos pozos de petróleo de Bakú, si tengo que ganarme mi ración de miijo dibujando carteles horribles? ¿Por qué tengo que aprenderme de memoria los periódicos como si fueran poemas? Claro está que necesito el petróleo para encender el "Primus". Pero ¿acaso es necesario que para que me den petróleo para cocer el miijo tenga que saber el nombre de cada uno de los cochinos obreros de cada cochino pozo de petróleo de Rusia? ¿Dos horas diarias de leer noticias sobre las construcciones estatales para cocinar después quince minutos en el "Primus"? Y no hay nada a hacer. Si se intenta algo, es peor. Fíjate en Sasha, por ejemplo... ¡Oh, Kira! ¡Tengo un miedo...! Sasha... Sasha... en fin, contigo no hay necesidad de mentir. Ya sabes lo que hace. Pertenece a una sociedad secreta que cree poder derribar al Gobierno. Liberar al pueblo. Este es su deber para con el pueblo —dice Sasha—. Pero

tú y yo sabemos que cada uno de los que constituyen este pueblo estaría encantado de denunciarles a la G. P. U. a cambio de una libra suplementaria de aceite de linaza.

Y además recibiría por ella el agradecimiento proletario. Celebran reuniones secretas, imprimen folletos y los distribuyen por las fábricas. Sasha dice que no podemos esperar la ayuda extranjera, que debemos ser nosotros mismos quienes luchemos por nuestra liberación...

¡Oh!, ¿qué puedo hacer, Kira? Quisiera frenarle, pero no tengo derecho a hacerlo. Y ya sé que le prenderán. ¿Te acuerdas de los estudiantes que entraron a Siberia el año pasado? Eran centenares, miles de ellos. No se ha sabido nada más. Sasha es huérfano, y no tiene en el mundo a nadie más que a mí. Intentaría persuadirle, pero no me escucharía, y además tendría razón, y yo le quiero. Le quiero. Un día u otro terminará en Siberia, y ¿para qué, Kira, para qué?

Sasha Chernov dio la vuelta a la esquina; se apresuraba a volver a casa. Era una noche oscura de octubre, y la manecita que agarró el cinturón de su gabán pareció haber surgido de pronto de la oscuridad. Luego distinguió un chal echado sobre una cabecita, un par de ojos que le miraban, enormes, fijos, aterrados.

—No vayas a tu casa, ciudadano Chernov —dijo la niña apoyando en sus piernas todo su cuerpecito tembloroso, para no dejarle andar.

Sasha reconoció a la hija de su vecina, sonrió y le acarició la cabeza, pero instintivamente, se refugió en la sombra de la pared.

—¿Qué sucede, Katia?

—Dice mamá —la niña tragó saliva—, dice mamá que te advierta que no vayas a casa. Hay unos hombres raros... Han echado todos tus libros por el suelo.

—Da las gracias a tu madre de mi parte, niña —susurró Sasha. Se volvió rápidamente y desapareció al otro lado de la esquina. Apenas había tenido tiempo de darse cuenta de que frente a la puerta de su casa estaba parado un coche negro. Apretó el paso en otra dirección. Bajo una densa nevisca, corrió hasta otra casa. En el domicilio de su amigo no había luz; pero Sasha vio a la mujer del portero que hablaba en voz baja, animadamente con un vecino. Sasha se alejó antes de llegar a la puerta. Sopló sobre sus manos heladas y sin guantes. Se dirigió a otra casa. Por la ventana se veía luz, pero sobre el antepecho había un tiesto de forma especial, que era la señal convenida para indicar el peligro.

Tomó un tranvía. Era ya tarde, y el coche estaba casi vacío. La iluminación era demasiado brillante. A la primera parada subió un hombre en uniforme militar. Sasha bajó.

Se apoyó en una pilastra oscura y se enjugó el sudor de la frente, un sudor frío, más que la nieve que caía, y que, no obstante, le quemaba.

Caminaba apresuradamente por una calle oscura cuando vio a un hombre con un ajado sombrero que andaba lentamente por la otra acera. Sasha dio la vuelta a una esquina, anduvo un trecho, se volvió, anduvo otro poco y de nuevo volvió la cabeza. Miró aún, con cautela, detrás de sí, por encima del hombro. El hombre del sombrero ajado estaba parado ante el escaparate de una farmacia, tres casas más allá.

Sasha aceleró el paso. Una nieve grisácea flotaba contra las luces amarillas que iluminaban los cancelos. La calle estaba desierta. No se oía otro ruido que el de sus pasos al pisar rumorosamente el barro, y a Sasha le pareció que estaba andando por entre fuegos de artificio. Pero a través del ruido de sus pasos, a través del rumor lejano de las ruedas, a través de las sordas palpitaciones de su corazón, oyó también el ligero roce de unos pies que caminaban detrás de él.

Se paró de golpe y miró hacia atrás. El hombre del sombrero ajado estaba inclinado, atándose un zapato. Sasha levantó los ojos. Estaba ante una casa que conocía bien. De un salto atravesó el umbral y se coló en el vestíbulo oscuro, donde aguardó inmóvil, conteniéndose el aliento. Vigiló el oscuro cuadro de cristal de la puerta. Vio pasar al hombre del sombrero ajado, oyó alejarse sus pasos, le oyó acortar la marcha, detenerse, alejarse, volverse atrás, vacilar. Los pasos resonaron ora más fuertes, ora más débiles, arriba y abajo, muy cerca de Sasha.

El joven subió silenciosamente la escalera y llamó sin hacer apenas ruido a una puerta. Irina abrió.

El se puso un dedo sobre los labios y preguntó:

—¿Está Víctor?

—No —contestó ella con un murmullo.

—¿Y su esposa? —Está durmiendo.

—¿Puedo entrar? Me andan siguiendo.

Ella le empujó hacia adentro y cerró la puerta poco a poco, resueltamente, durante un minuto que pareció eterno. La puerta no hizo el menor ruido.

Galina Petrovna entró con un paquete bajo el brazo.

—Buenas tardes, Kira... ¡Dios mío, qué olor!

Kira se levantó, indiferente, dejando caer un libro.

—Buenas tardes, mamá. Son los Lavrov, aquí al lado. Están haciendo *choucroute*.

—Virgen Santa, debía ser aquello que estaban mezclando en aquel barril cuando pasé. Por cierto que el viejo Lavrov no tiene modales. Ni siquiera me saludó. Y después de todo, en cierto modo somos parientes.

Al otro lado de la puerta, una pala de madera se agitaba ruidosamente en un barril lleno de coles, y se oía el borboteo del agua bajo unas manos que frotaban ropa en un recipiente de estaño.

La esposa de Lavrov suspiraba acompasadamente, como una cantilena—: Graves son nuestros pecados, graves son nuestros pecados...— El muchacho hacía astillas en un rincón, y la araña de cristal tintineaba a cada uno de sus golpes. Los Lavrov se habían establecido en la habitación que había dejado libre su hija. Antes compartían una buhardilla con otra familia obrera; de modo que estaban muy contentos con el cambio.

Galina Petrovna preguntó: —¿Está Leo en casa?

—No —contestó Kira—. Le estoy aguardando.

—Voy a la escuela nocturna —exclamó Galina Petrovna— y he entrado sólo un momento.

Vaciló, jugueteó con su paquete, sonrió con aire algo embarazado y acabó por decir, simulando indiferencia: —He venido a enseñarte una cosa. Mira si te gusta... Tal vez te interesaría... comprarlo.

—¿Comprarlo? —preguntó Kira sorprendida—. ¿Qué es, mamá? Galina Petrovna había abierto el paquete, y con los brazos en alto, sostenía un anticuado vestido de encaje blanco. La larga cola del vestido se arrastraba por el suelo. La sonrisa de Galina Petrovna era tímida, indecisa.

—¡Pero, mamá! —exclamó Kira—, ¡isi es tu traje de boda! —¿Sabes? —se apresuró a decir Galina Petrovna—, es a causa de la escuela. Ayer cobré la mensualidad... y me dedujeron tanto dinero para pagar la cuota de la Sociedad Proletaria de Defensa Química... yo ni siquiera sabía que fuera miembro de ella... ¿Sabes? A tu padre le están haciendo falta unos zapatos; el zapatero no quiso remendarle los viejos, y yo esperaba comprárselos este mes... pero con eso de la Defensa Química... ¿Ves tú? No lo he llevado más que una vez... Y pensé que quizá te gustaría para hacerte un traje de noche, o...

—Mamá —dijo Kira casi con severidad, y sin lograr dominar un leve temblor de voz—, ya sabes que si necesitas algo...

—Ya sé, niña, ya sé —la interrumpió su madre mientras las arrugas de su rostro se ponían súbitamente de color de fuego—. Te has portado divinamente con nosotros, pero... después de todo cuanto nos has dado ya, me parecía que no podía volver a pedirte... Claro que si el vestido no te gusta...

—Sí —dijo resueltamente Kira—, me gusta. Me quedo con él.

—A mí, verdaderamente, no me hace ninguna falta —murmuró Galina Petrovna—, ni me importa nada.

—De todos modos tenía que comprarme un traje de noche —mintió Kira.

Tomó su bolso. Estaba lleno de billetes, nuevos y viejos. La noche anterior Leo, al volver a casa, ya tarde y tambaleándose algo, había besado a Kira, y metiéndose la mano en el bolsillo, había arrojado por el suelo un montón de billetes arrugados; luego, riendo, había llenado de ellos el bolso de Kira, y le había dicho:

—Toma, gástalos. Todavía quedan muchos. Otro negocio con el camarada Syerov. ¡Este brillante camarada Syerov! ¡Gástalos, te digo!

Kira vació el bolso en la mano de su madre.

—Pero, por Dios, hija mía —protestó ésta—; ¡no todo! No necesito tanto. Y no vale tanto dinero.

—Claro está que lo vale. ¡Un encaje tan hermoso! No lo discutamos, mamá. Y muchas gracias.

Galina Petrovna se guardó los billetes en su viejo monedero, con temerosa precipitación. Miró a Kira y dijo, sacudiendo melancólicamente la cabeza: —Gracias, niña.

Cuando se hubo marchado, Kira se probó el traje de novia. Era largo, sencillo, como un vestido de la Edad Media. Las mangas, lisas, bajaban hasta el dorso de la mano; el cuello, liso también, subía hasta la barbilla; todo el vestido era de encaje, sin ningún adorno ni aplicación.

Kira estaba ante un alto espejo, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, las palmas de las manos vueltas hacia afuera, la cabeza echada hacia atrás, los cabellos, en desorden, cayéndole sobre los hombros, y su cuerpo parecía como si de pronto se hubiera vuelto más alto y delgado; una cosa frágil bajo los solemnes y largos pliegues de un encaje delicado como una tela de araña que iba desde la barbilla hasta el suelo, donde la cola del traje se extendía majestuosamente a sus pies. Kira creyó ver en el espejo a una figura extraña, de muchos siglos de antigüedad. De pronto, sus ojos le parecieron más grandes, más oscuros, asustados. Se quitó el vestido y lo arrojó a un rincón del armario. Recogió el libro, pero se le habían pasado las ganas de leer: el libro hablaba de un dique construido por los heroicos obreros rojos a pesar de las nefandas maquinaciones de los pérfidos blancos que se habían propuesto destruirlo.

Leo volvió a casa con Antonina Pavlovna. Esta llevaba un abrigo de pieles y un turbante de seda violeta. Su penetrante perfume francés se mezclaba extrañamente con el olor del *choucroute* de los Lavrov.

—¿Dónde está la camarera? —preguntó Leo.

—Se fue ya, Leo. Te estábamos aguardando, pero es ya muy tarde.

—Bien. Hemos comido en el restaurante, Tonia y yo. ¿Cambiate por fin de idea, Kira? ¿Te vienes con nosotros a esa inauguración?

—Lo siento, Leo, pero no puedo. Esta noche tenemos reunión de guías... Y, dime, Leo, ¿tienes que ir, realmente?

Es la tercera vez que se inaugura un *cabaret* en dos semanas.

—Pero hoy es distinto —dijo Antonina Pavlovna—. Se trata de un casino elegante de verdad. Tan elegante como un casino extranjero; como el casino de Montecarlo.

—Leo —suspiró Kira melancólicamente—, ¿otra vez el juego?

—¿Por qué no? —rió él—. No tenemos que preocuparnos por perder unos cuantos centenares de rublos más o menos. ¿No es cierto, Tonia?

Antonina Pavlovna sonrió, adelantando la barbilla. —Claro está que no. Ahora acabamos de dejar a Koko, Kira Alexandrovna. —Y, bajando la voz, añadió con aire confidencial:— Pasado mañana llega un nuevo cargamento de harina blanca de esos de Syerov. ¡Cómo sabe hacer negocios ese muchacho! Verdaderamente, le admiro.

—Un momento y me pongo el frac —dijo Leo—. Sólo un segundo. ¿Quiere volverse por un segundo de cara a la ventana, Tonia?

—Como querer —dijo con coquetería Tonia—, la verdad es que no quiero. Pero prometo no mirar, por muchas ganas que tenga. Y dirigiéndose a la ventana, puso amistosamente la mano sobre el hombro de Kira y suspiró:

—¡Pobre Koko! ¡Trabaja tanto! Esta noche tiene una reunión en el Centro Educativo de funcionarios del Trust de la Alimentación. El es vicepresidente. Debe hacer alarde de actividad social, ¿comprende usted? —y guiñó maliciosamente un ojo—. Siempre tiene reuniones, juntas, sesiones, ¡qué sé yo...! Verdaderamente me moriría de aburrimiento si nuestro amigo Leo no tuviera la galantería de acompañarme de vez en cuando.

Kira contempló la alta figura negra de Leo en su impecable frac, como se había contemplado a sí misma en su blanco traje medieval; como si fuera una imagen de una época lejana; no se explicaba que estuviera allí, junto a la mesa en que estaba el "Primus". Leo tomó el brazo de Antonina Pavlovna con un gesto que parecía sacado de una película extranjera y salió con ella.

Cuando la puerta se cerró, Kira oyó refunfuñar a la esposa de Lavrov.

—¡Y luego dicen que los comerciantes privados no ganan dinero!

—Es la dictadura del proletariado —contestó entre dientes Lavrov, y escupió en el suelo.

Kira se puso su traje viejo. No iba a ninguna reunión de guías, sino que se dirigía a un pabellón perdido en medio de un jardín abandonado. Había faltado a tres citas, y no podía faltar a ésta.

En la chimenea de Andrei ardía el fuego. Los leños crujían con pequeñas explosiones bruscas; los largos troncos se convertían en brasas rojas, transparentes y luminosas, sobre las que unas llamas anaranjadas ondeaban, se movían, se encontraban, se enroscaban poco a poco para morir luego súbitamente y renacer en forma de llamas azuladas que parecían lamer las ascuas ardientes. Más arriba, como suspendidas en el aire grandes y rojas lenguas de fuego se elevaban en la oscuridad de la chimenea, y, en lo alto, surgían amarillas chispas que iban a morir contra los ladrillos negros de hollín. Una luz anaranjada bailoteaba temblando, entre sombras, sobre las paredes tapizadas de brocado blanco y sobre los grabados de soldados rojos, chimeneas y tractores, que había clavados en la pared. Uno de esos grabados se había desprendido en parte, y la blanca hoja de papel se enroscaba sobre

las alas llameantes de un aeroplano rojo, descubriendo en el damasco blanco de la pared un oscuro desgarrón. Uno de los pies de Leda pendía sobre la chimenea, y a la luz de las llamas la carne del talón parecía más rosada.

Kira estaba sentada sobre una caja delante de la chimenea. Andrei estaba a sus pies, con la cara entre sus rodillas; la mano del joven acariciaba lentamente el mórbido arco de su pie, luego los dedos bajaban hasta el suelo y volvían a subir para pasearse lentamente por la reluciente media de seda.

—... y luego, cuando tú estás aquí —murmuraba Andrei— quedo compensado de todas mis torturas, de todas mis impaciencias... y ya no pienso nada más... Levantó la cabeza, la miró, y dijo una cosa que ella no le había oído decir jamás. —Estoy muy cansado, Kira...

Kira le cogió la cabeza y le preguntó, apoyando las palmas de las manos sobre sus sienes: —¿Qué te pasa, Andrei? El se volvió hacia el fuego y dijo:

—Mi Partido... —pero no siguió, sino que, mirándola de nuevo dijo, con ojos encendidos como brasas—: Ya lo sabes, Kira. Ya sé que lo sabes. Puedes decirlo. Tal vez hace ya tiempo que lo sabías. Tal vez tengas razón en muchas de aquellas cosas que nos habíamos prometido no discutir jamás.

Ella le acarició tiernamente la cabeza, como a un niño, se inclinó sobre él y murmuró, mientras le sentía respirar junto a su pecho. —¿Quieres hablar de ello conmigo, Andrei? No temas que hiera tus sentimientos.

—Tú no puedes herirme. ¿Crees que no me doy cuenta de todo, igual que tú misma? ¿Crees que no comprendo a qué ha quedado reducida nuestra revolución? Por un especulador que fusilamos, hay centenares que se pasean toda la noche por la Nevsky en magníficos coches de su propiedad. Arrasamos aldeas, disparamos nuestras ametralladoras contra docenas de campesinos porque enloquecidos por la miseria han dado muerte a un comunista, y entretanto, diez camaradas de la víctima vengada se pasan la noche bebiendo champaña en casa de un hombre que lleva botones de brillantes en la camisa. ¿De dónde han salido esos brillantes? ¿Quién los paga? ¿Quién paga el champaña? No insistimos lo bastante para saberlo.

—Andrei, ¿no has pensado alguna vez que los que han arrastrado a los especuladores a hacer lo que hacen sois tú y tus compañeros, que les habéis dejado sin posibilidad de elegir otro medio de vida?

—Lo sé. Sin embargo, nosotros debíamos elevar a los hombres a nuestro nivel. Son ellos los que no quieren elevarse. Los hombres que nosotros guiamos no mejoran, sino que van bajando, bajando hasta un nivel que ninguna criatura humana había alcanzado jamás, y nosotros vamos lentamente poniéndonos a la misma altura. Vamos derrumbándonos como paredes viejas, uno detrás de otro. Kira, yo no he tenido nunca miedo y ahora lo tengo. Es un sentimiento raro: siento miedo de pensar.

—Quisiera poder decir lo que no quiero decirte, Andrei. Quisiera poder ayudarte, pero nadie es menos indicado que yo para hacerlo, ya lo sabes.

—¡Pero si eres la única persona del mundo que me ayuda! —rió dulcemente él.
—¿Por qué? —murmuró ella.
—Porque, suceda lo que suceda, sé que puedo contar contigo. Porque, sea el que fuere el naufragio humano a que tenga que asistir, te tengo a ti. Y en ti veo siempre lo que puede ser una criatura humana.
—¿Estás seguro de que me conoces, Andrei? —preguntó Kira en voz baja.
—Kira, la más alta concepción de un hombre no es su dios, sino aquello que despierte en él la veneración debida a un dios. Y el objeto más alto de mi veneración, Kira, eres tú.

—Soy yo: Marisha —murmuró una voz detrás de la puerta—. ¿Quieres dejarme pasar, Irina?

Irina abrió la puerta, insegura, vacilando. En el umbral estaba Marisha con un pedazo de pan en la mano.

—Toma —dijo—, te he traído algo que comer. Para los dos.

—¡Marisha! —dijo Irina.

—¡Cállate! —murmuró Marisha, mirando con prudencia al pasillo—. ¡Claro está que lo sé! Pero no tengas miedo, no diré una palabra. Toma. Es mi ración de pan. Nadie se dará cuenta. Sé que es por eso que esta mañana no desayunaste. Pero no puedes seguir así.

Irina la agarró por el brazo, la hizo entrar, cerró la puerta y dijo nerviosamente:

—No... no esperaba esto de ti, Marisha —y sus cabellos le caían en desorden sobre los ojos, y sus ojos estaban anegados en lágrimas.

Marisha susurró:

—Sé cómo están las cosas. Tú le quieres... Está bien. Oficialmente, yo no sé nada; de modo que si me preguntan no tengo nada que contestar. ¿De acuerdo? Pero, por el amor de Dios, no le tengas aquí mucho tiempo. No estoy nada segura de Víctor.

—¿Crees que... Víctor sospecha algo?

—No sé. Se porta de una manera extraña. Y si lo sabe... Irina, Víctor me da miedo.

—Sólo estará hasta esta noche —murmuró Irina—; esta noche se va...

—Procuraré vigilar a Víctor por vuestra cuenta.

—No sé cómo agradeceréte, Marisha...

—Déjalo y no llores; no hay razón de llorar.

—No lloro... es que... llevo dos noches sin dormir... y, Marisha, no sabes cuánto te lo agradezco, y...

—¡No es nada! No quiero entretenerme aquí. Adiós. Una vez se hubo cerrado la puerta, Irina escuchó atentamente hasta que los pasos de Marisha se alejaron por el pasillo; luego siguió escuchando por si oía algún otro ruido; pero la casa estaba silenciosa. Cerró la puerta echando la llave y atravesó la

estancia de puntillas; sin hacer ruido entró en el chiribitil que se abría junto a la cama. Sasha estaba allí, sentado sobre un viejo baúl, y observaba a un gorrión posado sobre el antepecho del ventanuco, al otro lado del polvoriento cristal.

—Irina, creo que sería mejor que me marchase en seguida —dijo en voz baja.

—Oh, no. No te dejes salir. —Óyeme, llevo ya dos días aquí. No era ésta mi intención. Siento mucho haberte dado todas estas preocupaciones. Si sucediera algo, ¿sabes qué te harían?

—Si a ti te sucede algo —murmuró ella rodeando con sus brazos los hombros de Sasha— no me importa lo que puedan hacerme.

—Tenía que llegar un día u otro. Pero tú... ¡no quiero arrastrarte a ti!

—No sucederá nada. Tengo ya el billete y el traje que debes ponerte para marchar a Bakú. Esta noche Víctor tiene una reunión del Partido, de modo que no será difícil escapar. En todo caso no hay que pensar en marcharse a la luz del día. La calle está vigilada.

—Casi preferiría que me hubieran detenido antes de llegar aquí, Irina. Lo siento mucho.

—En cambio yo estoy contenta, ya ves —dijo ella con una leve sonrisa—. Verdaderamente creo que te he salvado. Han detenido a todos los de tu grupo, según me ha dicho Víctor; a todos menos a ti.

—Pero si...

—Oh, ahora ya estamos salvados. Sólo quedan algunas horas de espera. —Irina se sentó en el baúl junto a Sasha, apoyando la cabeza en su hombro, echándose hacia atrás los cabellos y mirándolo con ojos febriles, brillantes.

—Cuando estés en el extranjero, me escribirás el primer día, ¿verdad? Acuérdate bien: el primer día.

—Te lo prometo —dijo él sordamente.

—Entonces buscaré la manera de escaparme yo también. ¡Imagínate tú! ¡El extranjero! ¡Iremos a los cabarets, ¡y tú estarás tan gracioso en traje de etiqueta! Estoy segura de que los sastres se negarán a vestir a un enorme oso ruso como tú.

—Es probable —intentó sonreír él.

—Y veremos bailarinas en trajes raros como aquellos que yo dibujo. ¡Figúrate! Podré dibujar figurines de modas y de teatro. ¡Se acabaron los manifiestos! ¡Ni uno más! En mi vida volveré a dibujar un proletario.

—¡Ojalá!

—Pero, ¿sabes?, he de advertirte que soy una pésima ama de casa. A la hora de comer, el asado se habrá quemado... porque tendremos asado todos los días... y tus calcetines no estarán zurci-

dos... y no te dejaré quejar. Si lo intentas, te daré de garrotazos hasta la muerte, ¡pobre criatura delicada! —y rió nerviosamente, escondiendo la cabeza en su hombro y mordisqueándole la camisa, para evitar que se oyera aquella risa que ya había dejado de serlo.

El la besó en los cabellos y dijo valientemente: —No me quejaré si con tus dibujos logras hacerte un nombre. He aquí otra de las cosas que no perdono a este país. Creo que podrías ser un gran artista. Y, a propósito, ¿sabes que nunca me has dado ninguno de tus dibujos? ¡Con las veces que te lo he pedido!

—Oh, sí —suspiró ella—, he prometido a mucha gente, y nunca he tenido tiempo para dejar ninguno bien acabado. Pero te aseguro una cosa. Cuando estemos en el extranjero, pintaré una docena de cuadros, y los colgaremos en casa, ¡en "nuestra casa"!

Los grandes brazos de Sasha se cerraron sobre un cuerpo tembloroso, mientras una cabeza despeinada se volvía hacia el lado opuesto.

—Esto está quemado —dijo Víctor.

—Lo siento —dijo Irina—, tal vez no lo vigilé bastante...

—¿No hay otra cosa?

—No, Víctor; y lo lamento. No hay nada en casa, y... —¿No hay nada en casa? ¡Es extraordinario lo de prisa que desaparece la comida en casa en estos días!

—No más que de costumbre —dijo Marisha— y no olvides que esta semana no me dieron mi ración de pan.

¿Y por qué no?

—No tuve tiempo de hacer cola, y...

—¿Y por qué no fue Irina a recogerlo en tu lugar?

—Víctor —dijo Vasili Ivanovitch—, no se encuentra bien.

—Ya lo veo.

—Ya me comeré yo lo tuyo, si no lo quieres —dijo Asha, probando de quitarle a su hermana el plato.

—Ya has comido bastante, Asha —protestó Irina—. Lo que tienes que hacer es irte corriendo a la escuela.

—¡Ya me lo parece! —dijo Asha.

—Asha, ¿dónde aprendiste a hablar de esta manera?

—No quiero ir —lloriqueó la pequeña—. Esta tarde tenemos que decorar la "casa-cuna Lenin". ¡Me da una rabia tapar las manchas de sus viejas tapicerías rojas con recortes de periódico! Me han reñido dos veces, por haberlo hecho mal.

—Anda, termina y ponte el abrigo. Llegarás tarde.

Asha suspiró. Dio una mirada de resignación a los platos vacíos y salió arrastrando los pies.

Víctor se recostó en el respaldo de su silla, se metió las manos en los bolsillos y preguntó, mirando a Irina con fijeza:

—¿No vas a trabajar hoy, Irina?

—No; ya he telefoneado. No me siento bien. Creo que tengo un poco de temperatura.

—Vale más que no se aventure a salir, con un tiempo tan horrible —añadió Marisha—. Mira: está nevando.

—Sí; vale más que Irina no se aventure —dijo Víctor.

—No tengo miedo —dijo Irina—, pero creo que valdrá más que me quede en casa.

—Ya sé que tú nunca has tenido miedo a nada —dijo Víctor—. Es una cualidad admirable; pero alguna vez puede llevarte demasiado lejos.

—¿Qué quieres decir?

—Tendrías que andar con más cuidado... por tu salud. ¿Por qué no llamas al médico?

—¡Oh! No es necesario, no estoy tan mal, dentro de unos días ya habrá pasado.

—También lo creo —dijo Víctor, poniéndose en pie.

—¿Qué haces hoy, Víctor? —preguntó su mujer.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¡Oh, por nada...! Es que... ¿ves tú?, pensaba que, si tienes tiempo, me gustaría que nos dieras una conferencia en el Centro. Todo el mundo ha oído hablar de mi famoso marido, y no he tenido más remedio que prometerles que irías a hablarles de la electrificación, o de los aviones modernos, o de algo parecido.

—Lo siento —dijo Víctor—, pero tendrá que ser otro día. Hoy tengo que hacer una visita. Para un empleo. Para hablar de aquel empleo en las presas del salto hidroeléctrico.

—¿Puedo ir contigo, Víctor?

—Claro está que no. ¿Qué te pasa? ¿Acaso vas a seguirme los pasos? ¿Estás celosa?

—Oh, no, de ningún modo, querido.

—Bien; entonces cállate. No quiero estar llevando a mi mujer continuamente a cuestas.

—¿Buscas un nuevo empleo, Víctor? —preguntó su padre.

—Pues ¿qué te figuras? ¿Crees que estoy dispuesto a resignarme a la esclavitud de una cartilla de racionamiento para todo el resto de mi vida? ¡Ya lo veréis!

¿Está usted seguro? —preguntó el funcionario. —Absolutamente —replicó Víctor.

—¿Quién más es responsable? —Nadie más, excepto mi hermana.

—¿Quién más vive con ustedes, camarada Dunaev? —Mi mujer, mi padre y mi hermana menor, una niña. Mi padre no sospecha nada. Mi mujer es una tonta que no ve más allá de su nariz. Por otra parte, es miembro del Komsomol. Hay otros inquilinos, pero no tienen ninguna relación con nosotros.

—Comprendido. Gracias, camarada Dunaev.

—No he hecho más que cumplir con mi deber.

—Camarada Dunaev, en nombre de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas le doy las gracias por su valor. Aprecio su manera de obrar. Todavía son pocos los que anteponen el sentimiento de sus deberes con el Estado a los lazos de la sangre y la familia. Esta es una de nuestras aspiraciones para el porvenir, y en este sentido nos esforzamos en educar a nuestro anticuado pueblo. Esta es la más alta prueba de lealtad que puede dar un miembro del Partido. Procuraré que su heroísmo no permanezca ignorado.

—No merezco tales elogios, camarada —dijo Víctor—. El único mérito de mi acto es el de servir de ejemplo para el Partido, para que se considere a la familia como una institución del pasado que no debe tenerse en cuenta para nada al juzgar la lealtad de un miembro de nuestra gran colectividad.

Capítulo octavo

Sonó la campanilla.

Irina se estremeció y dejó caer el periódico.

Marisha dejó el libro.

—Ya voy yo —dijo Víctor.

Irina miró al reloj del comedor. Faltaba una hora para la salida del tren, y Víctor no había ido a la reunión del Partido. No había querido alejarse de casa. Vasili Ivanovitch, sentado junto a la ventana, cincelaba una plegadera, y Asha, debajo de la mesa, chillaba, mientras iba hojeando antiguas revistas:

—Dime, ¿éste es Lenin? Tengo que recortar diez para la casa-cuna y no llevo a encontrarlos. ¿Es Lenin, éste, o es el general checoslovaco? ¡Maldita sea...!

En el recibidor se oyeron los pasos de unas pesadas botas. Se abrió la puerta y en el umbral apareció un hombre que vestía chaqueta de cuero y llevaba en la mano una hoja de papel; a su lado estaban dos soldados con gorro de pico y la mano en la culata de la pistola que pendía de su cinturón. En la puerta del piso, apostado en el rellano, estaba un tercer soldado que llevaba un fusil con la bayoneta calada.

Se oyó un grito: era Marisha, que se puso en pie, cubriéndose la boca con una mano. Vasili Ivanovitch se levantó también poco a poco. Asha, sin moverse de debajo de la mesa, contemplaba la escena con los ojos muy abiertos. Irina permanecía erguida, muy erguida, casi doblegada hacia atrás.

—Tengo orden de registrar la casa —dijo el hombre de la chaqueta de cuero arrojando el papel encima de la mesa. Y añadió, haciendo una seña a sus soldados—: Por aquí. Siguieron por el pasillo hasta el cuarto de Irina. Abrieron el cuartito de al lado. Sasha estaba en el umbral, mirándoles con una desdeñosa sonrisa.

Vasili Ivanovitch contuvo el aliento; en el pasillo, detrás de los soldados, Asha gritó:

—Ahora comprendo por qué no querías que abriera... Marisha le dio un pisotón. Un dibujo que había sobre la mesa se cayó revoloteando hasta el suelo.

—¿Cuál de ustedes es la ciudadana Irina Dunaevna? —preguntó el hombre de la chaqueta de cuero.

—Soy yo —contestó Irina.

—Óigame —dijo Sasha adelantándose—, ella no tiene ninguna culpa en todo eso... Ella... yo la amenazé y...

—¿Con que la amenazó? —preguntó con voz inexpresiva el hombre de la chaqueta de cuero. Un soldado registró rápidamente a Sasha.

—No lleva ningún arma —afirmó.

—Muy bien —dijo el hombre de la chaqueta de cuero—. Llénenlo. Y a la ciudadana Dunaevna también. Y al viejo. Ahora registraremos el piso.

—Camaradas —Vasili Ivanovitch se acercó, y prosiguió con voz firme pero temblándole las manos—: Camaradas, mi hija no puede ser culpable de...

—Hablará usted más tarde —dijo el hombre, y, volviéndose a Víctor preguntó—: ¿Es usted miembro del Partido?

—Sí.

—Muy bien. Ustedes dos pueden quedarse. Tomen sus abrigos, ciudadanos.

Las botas de los soldados dejaron sobre el pavimento huellas de nieve derretida. Una lámpara, con la bombilla torcida, alumbraba mezquinamente el pasillo y la cara pálida hasta parecer verdosa, de Marisha, que miraba fijamente a su marido, con ojos muy abiertos y bordeados de oscuras ojeras. El soldado que estaba de guardia en el rellano abrió la puerta para dejar pasar al Upravdom. Este se había echado precipitadamente la chaqueta sobre los hombros, dejando ver una camisa sucia y sin abrochar. Se retorció las manos hasta hacerlas crujir, y gimoteaba:

—¡Oh, Dios mío, Dios mío, Dios mío...! Camarada comisario, no sabía nada de todo eso. Se lo juro, camarada comisario... El soldado cerró de un portazo, dejando fuera a un grupo de vecinos curiosos.

Irina besó a Asha y a Marisha. Víctor se le acercó con cara preocupada y frío.

—Lo siento, Irina... —dijo—. Veré qué puedo hacer... Los ojos de su hermana le hicieron callar: le miraban fijamente, y de pronto le pareció ver los de su madre, en el retrato de antaño. Irina se volvió, y sin decir una palabra, siguió a los soldados. Salió la primera, y Sasha y Vasili fueron tras ella.

A los tres días, Vasili Ivanovitch fue puesto en libertad. Sasha Shernov fue condenado a diez años de presidio en Siberia por actividades contrarrevolucionarias.

Irina Dunaevna fue condenada a diez años de presidio en Siberia por haber prestado auxilio a un contrarrevolucionario. Vasili Ivanovitch intentó hablar con los magistrados. Obtuvo algunas cartas de presentación para algún secretario; pasó horas y horas de angustiada espera en antesalas sin calefacción; cuando tenía que hablar por teléfono se esforzaba en vano en evitar que le temblase la voz. Pero no había nada a hacer, y él lo sabía. Cuando volvió a casa no dijo ni una palabra a Víctor; no le miró; no le pidió nada. Víctor, por su parte, tampoco se ofreció a ayudarlo.

La única que saludó a Vasili Ivanovitch, a su regreso a su casa, fue Marisha. Le dijo tímidamente:

—Venga, Vasili Ivanovitch, coma usted algo. He hecho una sopa de fideos adrede para usted —y se ruborizó de gratitud y de confusión cuando él le dio las gracias con una triste sonrisa, silenciosa y distraída.

Vasili Ivanovitch vio a Irina en una celda de la G. P. U. Luego se encerró en su cuarto, llorando de felicidad porque por lo menos había logrado poder satisfacer la última petición de su hija. Irina había solicitado permiso para contraer matrimonio con Sasha antes de salir para Siberia.

La ceremonia se celebró en una sala vacía de la G. P. U. A la puerta había centinelas armados. Vasili Ivanovitch y Kira actuaron de testigos. Los labios de Sasha temblaban. Irina permanecía serena. Desde el momento de su detención había conservado imperturbablemente la calma. Había enflaquecido ligeramente; su cutis parecía transparente, sus ojos demasiado grandes; pero sus dedos, al apoyarse en el brazo de Sasha, eran firmes y seguros. Después de la ceremonia levantó la cabeza para que él la besara, con una sonrisa tierna y compasiva como la de una madre por un hijo atormentado por la angustia.

El funcionario a quien Vasili Ivanovitch se dirigió le dijo: —Bien; ya ha obtenido usted lo que deseaba. Aunque no veo qué beneficio sacarán de esta ridícula farsa. ¿Ignora usted que sus cárceles se hallan a trescientos cincuenta kilómetros una de otra?

—Efectivamente —dijo Vasili Ivanovitch cayendo pesadamente sobre una silla—, lo ignoraba.

Pero Irina lo había sospechado. Con todo, esperaba que, una vez casados, quizá hubiera sido posible lograr que les destinasen a un mismo presidio. No fue así.

Esta fue la última cruzada de Vasili Ivanovitch. No cabía apelación contra una sentencia de la G. P. U., pero cabía la posibilidad de que se transfiriese a uno de los dos a la cárcel del otro. Si pudiese encontrar a alguien con bastante influencia...

Vasili Ivanovitch se levantó al amanecer. Marisha le obligó a tomarse una taza de café mientras salía a acompañarle al rellano, poniéndole la taza en las manos, tiritando de frío en su largo camión. La noche sorprendió a Vasili Ivanovitch en la antesala de un casino, esforzándose en abrirse paso entre el gentío, con su viejo sombrero en la mano, intentando retener por un momento la atención de un imponente personaje al que había estado aguardando horas y horas y diciéndole humildemente...

—Sólo dos palabras, camarada comisario... se lo ruego... Pero un criado de uniforme le puso violentamente en la calle, y el pobre Vasili Ivanovitch perdió su sombrero.

Pidió audiencia a un personaje y obtuvo una cita. Entró en un solemne despacho, con un raído abrigo remendado y cepillado con esmero, los zapatos muy lustrosos, el cabello cuidadosamente peinado. Sus hombros, que en otros tiempos habían llevado un pesado fusil durante las largas y oscuras noches siberianas, estaban desesperadamente encorvados mientras, de pie ante una mesa, decía a un comisario de ceñudo aspecto:

—He aquí todo cuanto pido, camarada comisario; no solicito nada más que esto. No es mucho, ¿verdad? Únicamente que les envíen a un mismo lugar. Sé que han actuado contra la revolución y que tenían ustedes el derecho de castigarles. No me quejo por el castigo, camarada comisario. Son diez años, ¿sabe usted?, pero es una pena justa. Pero lo que le ruego es que les envíe a un mismo penal. ¿Qué diferencia representa para el Estado? Son jóvenes y se quieren. Son diez años, pero usted ya sabe, como lo sé yo, que no volverán jamás, con lo que es la Siberia, el frío, el hambre...

—¿Qué quiere usted decir? —le interrumpió una voz brusca.

—Camarada comisario... no quería decir nada... 'No, nada absolutamente... Pero supongamos que cayesen enfermos. Irina no es muy fuerte. No están condenados a muerte, ¿verdad? Y mientras vivan, ¿no puede dejárseles juntos? ¡Para ellos esto significa tanto y para los demás, tan poco! Yo ya soy viejo, camarada comisario, y conozco la Siberia. Me consolaría mucho el saber que no está sola allá abajo; que con ella está un hombre... su marido. No sé si me dirijo correctamente a usted, camarada comisario, pero tiene

usted que perdonarme. ¿Sabe usted?, nunca en mi vida he pedido ningún favor a nadie. Tal vez cree usted que le tengo odio, en el fondo de mi corazón. No es así. Concédame esto, sólo esto: envíelos, a una misma cárcel y le bendeciré a usted por todos los días de mi vida.

La respuesta fue negativa. Kira habló con Andrei y le refirió lo acaecido.

—Ya he oído hablar de ello —dijo Andrei—. ¿Sabes quién denunció a Irina?

—No —dijo Kira, y volviendo la cabeza añadió—: No lo sé, pero lo sospecho. No me lo digas, prefiero seguir ignorándolo.

—No te lo diré, pues.

—No te pido ayuda. Sé que no puedo pretender que intercedas por un contrarrevolucionario; pero ¿no podrías pedir que les envíen a una misma cárcel? Por tu parte no sería ninguna traición, y verdaderamente la cosa no implica una diferencia tan grande, ¿no te parece?

—Sin duda. Lo probaré.

En la oficina de la G. P. U., el funcionario miró fríamente a Andrei y le preguntó:

—¿Intercedes... por un pariente tuyo, camarada Taganov?

—No te comprendo, camarada —contestó Andrei con calma, mirándole fijamente.

—Oh, sí; me comprendes muy bien, y creo que debes comprender que el tener por amante a la hija de un expatrono no es precisamente el mejor medio de robustecer tu posición en el Partido. No te extrañe, camarada Taganov. No creías que lo supiéramos, ¿verdad? ¿Y tú trabajas en la G. P. U.? Me sorprende.

—Mis asuntos personales...

—¿Qué clase de asuntos, camarada?

—Si te refieres a la ciudadana Argounova...

—Me refiero exactamente a la ciudadana Argounova. Y quisiera sugerirte que usaras alguno de nuestros métodos y un poco de autoridad que te confiere tu posición para indagar acerca de la ciudadana Argounova... en interés tuyo, ya que hablamos de este asunto.

—Sé todo cuanto tengo que saber acerca de la ciudadana Argounova. No hay necesidad de implicarla en lo otro. Desde el punto de vista político, es absolutamente irreprochable.

—¡Oh, desde el punto de vista político! ¿Y desde otros puntos de vista?

—Si hablas como superior mío, me niego a escuchar nada referente a la ciudadana Argounova excepto aquello que tenga relación con su posición política.

—Muy bien. No tengo nada más que decir. Hablaba únicamente como amigo. Anda con cuidado, camarada Taganov. No te quedan muchos amigos... en el Partido.

Andrei no pudo hacer nada en favor de Irina.

—¡Qué diablo! —exclamó Leo metiendo la cabeza en una palangana de agua fría, porque la noche anterior había regresado muy tarde a casa—, iré a encontrar a ese indecente Syerov. El tiene un amigo muy influyente en la G. P. U., y si yo se lo digo tendrá que hacer algo.

—¡Son unos bellacos! ¿Qué diferencia puede representar para ellos el que aquellas dos pobres criaturas se pudran juntas o no en sus infernales cárceles. De todos modos saben que no saldrán con vida.

—No se lo digas así, Leo. Pídeselo cortésmente.

—Se lo pediré cortésmente.

En la antesala del despacho de Syerov la secretaria de éste escribía a máquina con aire preocupado, mordiéndose el labio inferior. Delante de la valla de madera había diez visitantes aguardando. Leo atravesó la estancia con resolución, abrió la puerta de la valla y dijo a la secretaria:

—Deseo ver al camarada Syerov, en seguida.

—Pero, ciudadano —balbució la secretaria—, no está permitido...

—He dicho que necesito verle en seguida.

—El camarada Syerov está muy ocupado, ciudadano, y ahí están todos estos ciudadanos que aguardan para verle, de modo que no puede usted pasar antes de que le toque el turno.

—Vaya a decirle que está Leo Kovalensky. Verá usted cómo me recibe inmediatamente.

La secretaria se levantó y entró en el despacho de Syerov, sin dejar de mirar a Leo, andando hacia atrás, como si esperara verle sacar un revólver. Al volver estaba aún más asustada; dijo, tragándose la saliva con dificultad:

—Entre usted, ciudadano Kovalensky.

Cuando se hubo cerrado la puerta, Leo y Syerov se encontraron solos. Syerov se puso de pie y dijo, en un rugido sofocado: —¡Maldito estúpido! ¿Está usted loco? ¿Cómo se atreve a venir aquí?

Leo se rió, con una risa helada, que parecía la bofetada de un señor a un esclavo insolente:

—Supongo que no está hablando conmigo, ¿verdad?

—Márchese. No podemos hablar aquí.

—No hay necesidad. Soy yo quien tiene que hablar —dijo Leo sentándose cómodamente.

—¿Se da usted cuenta de con quién está hablando? ¿O es que se ha vuelto loco? En toda mi vida no he visto insolencia semejante.

—Puede usted repetírselo a sí mismo de mi parte —dijo Leo.

—Bien —exclamó Syerov volviendo a sentarse—, ¿qué quiere?

—Usted tiene un amigo en la G. P. U. —Celebro que lo recuerde.

—Desde luego lo recuerdo. Por eso he venido. Tengo a dos amigos condenados a diez años en Siberia. Se acaban de casar. Les envían a cárceles que distan

una de otra centenares de kilómetros. Deseo que haga usted lo necesario para que les envíen al mismo presidio.

—Ah, ah —dijo Syerov—, he oído hablar de este asunto. Es un hermoso ejemplo de lealtad al Partido por parte del camarada Víctor Dunaev.

—¿No le parece un poco ridículo, eso de que usted me hable a mí de lealtad al Partido?

—Bueno; ¿y qué hará usted si le digo que no moveré ni un dedo para ayudarle?

—Sepa usted —dijo Leo— que puedo hacer muchas cosas.

—Desde luego —reconoció complaciente Syerov—, ya sé que puede. Pero también sé que no hará nada, porque, ¿ve usted?, para ahogarme a mí usted tiene que ser la piedra atada a mi cuello, y realmente no creo que su noble generosidad llegue tan lejos.

—Óigame —dijo Leo—. Puede usted dejar esos aires de autoridad. Uno y otro somos unos sinvergüenzas, y usted lo sabe, y nos odiamos, cosa que sabemos los dos, pero vamos en la misma barca y no es una barca muy sólida. ¿No le parece que valdría más ayudarnos cuanto sea posible?

—Indudablemente; estoy seguro. Y por su parte, la ayuda consiste en andar tan lejos de mí como pueda. Y si su anticuada arrogancia aristocrática no le cegase en la maldita forma en que le ciega, no se dirigiría a mí para pedirme que interceda por su prima. Equivaldría a proclamar lo que es usted para mí.

—¡Maldito bellaco!

—¡Psch!, tal vez lo sea. Y tal vez no le iría mal parecerseme un poco. Será mejor que no venga a pedirme favores. Será mejor que no olvide que, si bien es verdad que de momento estamos encadenados uno a otro, yo tengo más oportunidades que usted de romper la cadena.

Leo se puso en pie. Al llegar a la puerta se volvió y dijo:

—Como quiera. Sólo creía que le hubiera valido más, por si acaso, que la cadena estuviera todavía en mis manos... —Sí; y a usted le hubiera valido más no venir por aquí, por si acaso estuviera todavía en las mías... Y óigame —bajó la voz—, usted puede hacer algo por mí, y será mejor que lo haga. Diga a aquel bribón de Morozov que envíe el dinero. Aún no me pagó mi última comisión. Ya le he dicho que no quiero que me haga esperar.

Marisha dijo tímidamente, procurando no mirar a Víctor: —Oye, ¿no crees que si procurases ver a alguien y le pidieras... ¿sabes?, no más que les mandaran a la misma cárcel... no representaría ninguna diferencia para nadie y... ?

Víctor la agarró por la muñeca con tanta fuerza que ella lanzó un grito de dolor.

—Mira —le dijo apretando los dientes—, procura mantenerte tan lejos de este asunto como tus piernas te lo permitan. ¡No faltaría más que eso! ¡Mi mujer intercediendo por unos contrarrevolucionarios!

—Pero no se trata más que...

—Fíjate bien: si dices una sola palabra, ¿entiendes?, una sola palabra a cualquier amigo tuyo, me divorcio al día siguiente.

Aquella noche, Vasili Ivanovitch volvió a casa más sereno que de costumbre. Se quitó el abrigo, dobló los guantes cuidadosamente, con toda meticulosidad, y los dejó en el perchero del recibimiento. No miró siquiera la comida que Marisha había dispuesto para él en el comedor.

Únicamente dijo: —Víctor, necesito hablarte.

Víctor le siguió de mala gana a su habitación.

Vasili Ivanovitch no se sentó. Permaneció de pie, con las manos a lo largo del cuerpo, mirando a su hijo.

—Víctor —dijo—, ya sabes lo que podría decirte. Pero no lo diré. No te preguntaré nada. Vivimos en unos tiempos muy extraños. Hace muchos años yo estaba seguro de mi pensamiento, sabía cuándo tenía razón y cuándo tenía que reprender. Ahora no lo sé. No sé si puedo censurar a nadie por nada. Hay tanto horror y tanto dolor en derredor nuestro que no creo que nadie sea culpable. Todos somos criaturas descuidadas que podemos sufrir mucho y entender muy poco. No puedo vituperarte por lo que hayas hecho. Ni sé tus razones ni quiero saberlas. Sólo sé que no las comprendería. Nadie comprende a los demás, en estos tiempos, y por esto nadie puede juzgar. Tú eres mi hijo, Víctor. Yo te quiero. No puedo dejar de quererte, como tú no puedes dejar de ser lo que eres. ¿Ves tú? Desde cuando era aún más joven de lo que tú eres ahora, he estado deseando tener un hijo. Nunca tuve confianza en los hombres. Por esto quería tener un hombre que fuera algo mío, para poderle mirar con orgullo como ahora te miro a ti. Cuando eras pequeño, Víctor, un día te hiciste un corte en un dedo; un corte profundo hasta el hueso. Entraste del jardín para que te lo vendaran. Tenías los labios amoratados, pero no lloraste. No proferiste ni una queja. Tu madre se quedó muy preocupada al verme reír de felicidad. Pero, ¿comprendes?, era porque estaba orgulloso de ti... ¿Sabes? ¡Estabas tan gracioso cuando tu madre te ponía tu traje de terciopelo con aquel gran cuello de puntilla! Te caía malísimamente. ¡Y tú te ponías tan furioso y estabas tan hermoso! Tenías el pelo rizado. Pero todo esto no viene al caso. Lo que quiero decir es que no puedo quererte mal. Por esto no te preguntaré nada. Sólo quiero pedirte un favor: ya sé que tú no puedes salvar a tu hermana; pero pide a tus amigos — sé que los tienes que podrían hacerlo— que logren que la envíen al mismo presidio que a Sasha. Sólo esto. No afecta a la sentencia ni te perjudica en nada. Es un último favor, a tu hermana; un favor en el lecho de muerte, Víctor, porque ya sabes que no la volverás a ver jamás. Hazlo y no

volveremos a hablar del asunto. No miraré nunca hacia atrás. Nunca intentaré leer ninguna de las páginas que no deseo ver. Con esto quedarán saldadas todas las cuentas. Seguiré teniendo un hijo, y aunque es cierto que abstenerse de pensar es difícil, en estos tiempos puede lograrse; debe lograrse, y tú me ayudarás a ello. Hazme este último favor a cambio... a cambio del pasado...

—Padre --dijo Víctor—, créeme, haría cuanto pudiera, y lo he intentado, pero...

—Víctor, no discutamos. No te pregunto si puedes hacerlo. Sé que lo puedes. No me expliques nada: dime sólo "sí" o "no", Víctor, tú y yo hemos concluido. No tendré ningún hijo. Hay un límite, Víctor, a cuanto puedo perdonar.

—Pero, papá, es absolutamente imposible...

—Te he dicho "sí" o "no", Víctor, o ya no tengo hijo. Piensa cuánto he perdido durante estos últimos años. ¿Qué me contestas?

—No puedo hacer nada.

Vasili Ivanovitch irguió lentamente los hombros, y las dos líneas que surcaban sus mejillas, desde la nariz hasta las comisuras de los labios, plegados hacia abajo, permanecieron firmes e inmóviles. Se volvió lentamente y se dirigió a la puerta.

—¿Adonde vas? —preguntó Víctor.

—Esto —contestó su padre— ya no te importa.

En el comedor, Marisha y Asha estaban sentadas a la mesa, delante de una cena ya fría, que ninguna de las dos había tocado.

—Asha —dijo Vasili Ivanovitch—, ponte el abrigo y el sombrero.

—¡Padre!

—Marisha se levantó con viveza, empujando ruidosamente su silla hacia atrás y haciendo caer al suelo un tenedor. Era la primera vez que Marisha le llamaba de aquel modo.

—Marisha —dijo el anciano—, te telefonaré uno de estos días, en cuanto haya encontrado aposento. ¿Querrás enviarme entonces todas mis cosas... en fin, todo lo mío que haya aquí?

—No debe usted marcharse —dijo Marisha con voz entrecortada— sin empleo, sin dinero, y...

—Esta es la casa de tu marido —dijo Vasili Ivanovitch—. Vamonos, Asha.

—¿Puedo llevarme la colección de sellos? —murmuró la pequeña.

—Llévatela.

Marisha se apoyó en el antepecho de la ventana, con la nariz pegada al cristal, con los hombros agitados por silenciosos sollozos, mirando al anciano y a la niña mientras se marchaban. Los hombros de Vasili Ivanovitch estaban encorvados y, a la luz del farol de la calle, Marisha pudo ver la mancha blanca de su nuca descubierta, entre el cuello del viejo abrigo y el negro gorro de

pieles que cubría su cabeza. Llevaba a Asha de la mano; la criatura estiraba el brazo para llegar a la mano de su padre, y, al lado de éste, su cuerpecito parecía aún más pequeño. Se esforzaba en seguirle, obediente, hundiendo los tacones en el barro y apretando junto a su pecho el grueso álbum de sellos.

Kira vio a Irina en una celda de la G. P. U., la misma tarde de su marcha. Irina sonreía plácidamente; su sonrisa era dulce y resignada; sus ojos, en un rostro que parecía de cera, miraban a Kira amablemente, con vaguedad, como si estuvieran fijos, en quieto estupor, en un más allá que se esforzaba en comprender.

—Te mandaré guantes —decía Kira—, unos hermosos guantes de lana, bien calientes. Pero tendré que hacértelos yo misma, de modo que no te extrañe si te cuesta ponértelos.

—No —dijo Irina—, pero puedes mandarme una instantánea: estará muy linda Kira haciendo calceta.

—¿Sabes? —dijo Kira—, todavía no me has dado el dibujo que me prometiste.

—Es verdad, no te lo di. Papá los tiene todos. Dile que te deje elegir. Dile que yo te lo he dicho. Pero el que te había prometido no está. Yo te había prometido el verdadero retrato de Leo.

—En fin, aguardaremos a que vuelvas.

—Sí —sacudió la cabeza y rió—. Es muy amable de tu parte, Kira, pero no debes burlarte de mí. Yo tengo miedo. Pero ya lo sé. ¿Te acuerdas de cuando enviaron a Siberia a aquellos estudiantes de la Universidad? ¿Sabes de alguno que haya vuelto? Hay el escorbuto y la consunción, o las dos cosas..., oh, es así; pero no me importa.

—Irina...

—¡Bah! No nos pongamos sentimentales, aunque sea la última vez que nos veamos... Quisiera preguntarte una cosa, Kira; si no quieres, no me contestes. Sólo es una curiosidad. ¿Qué hay entre tú y Andrei Taganov?

—Soy su amante desde hace más de un año —dijo Kira—. ¿Sabes?, la tía de Leo en Berlín...

—Ya me lo figuraba. Pues bien, pequeña, no sé cuál de las dos necesita mayor valor para enfrentarse con el futuro.

—No tendré miedo más que un día... un día que no llegará jamás —dijo Kira—; y el día en que mis fuerzas cedan.

—Las mías han cedido ya —dijo Irina— y no tengo miedo. Sólo hay algo que quisiera comprender y que nadie, me parece, logrará explicarme. ¿Ves tú? Ya sé que todo ha terminado para mí. Lo sé, y, sin embargo, no logro verdaderamente creerlo, no llego a sentirlo. ¡Es tan extraño! Es tu vida. La empiezas creyendo que es algo precioso y delicado, tan hermosa que te parece un tesoro sagrado. Y ahora ha terminado y a nadie le importa nada; y

no porque sea indiferente, sino porque no se sabe nada de ella. ¿Quién tiene alguna idea de lo que es este tesoro nuestro? Sin embargo, en todo ello debe haber algo que todo el mundo debería comprender. Sólo que... ¿qué es, Kira?

Los condenados políticos viajaban en un coche aparte, y junto a las ventanillas había hombres armados de bayonetas. Irina y Sasha estaban sentados uno frente a otro en los bancos de madera; habían estado juntos durante una parte del camino y ahora iban a llegar al punto en que Irina debía transbordar. Las ventanillas del coche eran oscuras y relucientes, como si detrás del cristal se hubieran pegado pedazos de hule; sólo los copos de nieve que de vez en cuando se aplastaban contra ellos indicaban que más allá había tierra y viento, y un cielo negro. Del techo pendía una lámpara que temblaba como si cada sacudida de las ruedas empujase la amarillenta llama hacia afuera y luego ésta oscilase y se volviera para atrás, vacilante, a cogerse de nuevo al cabo de vela de donde procedía. Un muchacho con un viejo gorro verde de estudiante, solo junto a una ventanilla, cantaba a media voz como en una lamentación fúnebre, entre dientes; y su voz se oía como una amarga sonrisa, a pesar de que su rostro no se movía:

Oh, manzaníta. — ¿Hacia dónde vas rodando?

Sasha tenía la mano de Irina entre las suyas. Ella sonreía, con la barbilla metida en una vieja bufanda de lana. Sus manos estaban frías. De sus labios salía un blanco vapor, mientras decía:

—No debemos pensar en esos diez años. Parecen tan largos, ¿verdad? Pero en realidad no lo son. ¿Sabes? ¿Quién fue aquel filósofo que dijo que el tiempo no era más que una ilusión, o algo parecido? ¿Quién fue? En fin, no importa. El tiempo pasa de prisa si uno no piensa en él. Seremos jóvenes cuando... saldremos. Prometámonos, pues, que no pensaremos en otra cosa. ¿Prometido?

—Sí —murmuró él mirándole las manos—. Irina, si yo no...

—Esta es una cosa que ya me habías prometido no volver a decir jamás, ni aun a ti mismo. ¿No comprendes, querido, que es más fácil para mí eso que el haberme quedado en casa sabiendo que tú te ibas solo allá abajo? De este modo siento que hay algo común entre nosotros, que compartiremos alguna cosa. ¿No es cierto?

El escondió la cara entre las manos de Irina, sin decir una palabra.

—Óyeme —dijo ella inclinándose sobre sus rubios cabellos—. Sé que no siempre será fácil mantenerse serenos. Alguna vez se piensa: ¿vale la pena ser valiente sólo por el orgullo de serlo? Establezcamos una cosa: seremos valientes uno para el otro. Cuando te sientas más triste, sonrío y piensa que

lo haces por mí. Yo haré igual. Esto nos mantendrá unidos. Y, ¿sabes?, es muy importante conservar la serenidad. Resistiremos más.

—¿Para qué? De todos modos no resistiremos bastante.

—¡No digas tonterías, Sasha!

—Irina movió la cabeza y se echó hacia atrás un rizo que le caía sobre la cara y dijo, mirándole a los ojos, como si creyese en las palabras que salían de sus labios:— ¡Dos personas sanas y fuertes como nosotros! Además, todo lo que dicen del hambre y de la consunción, estoy segura de que es exagerado. Nunca es tan fiero el león como lo pintan. Las ruedas chirriaron, como si el tren fuera a detenerse.

—¡Dios mío! —gimió Sasha—, ¿ya es la estación? El coche dio un salto hacia adelante. Debajo de los pies de los dos jóvenes, volvió a oírse como antes el estrépito de las ruedas sobre los rieles, como un martillo que cayese cada vez a mayor velocidad.

—No... —susurró Irina— todavía no.

El estudiante de la ventanilla cantó, como si sonriese amargamente, al ritmo de las ruedas:

Manzanita — ¿hacia dónde vas rodando?

y fue repitiendo lentamente el estribillo, acentuando cada palabra como si cada palabra fuera una respuesta a una pregunta, o como si fuera la pregunta misma, y expresase la mortal certidumbre de una respuesta no formulada:

Oh, manzanita... ¿hacia dónde... vas rodando?

Irina murmuraba:

—Oye, podemos hacer una cosa. De vez en cuando podemos mirar a la luna; la luna ¿sabes? es la misma en todas partes. De este modo los dos veremos una misma cosa, ¿comprendes?

—Sí —dijo Sasha—. Será muy hermoso.

—Iba a decir el sol, pero supongo que no habrá mucho. La interrumpió un acceso de tos: tosió sordamente, a sacudidas, cogiéndose la garganta con la mano.

—Irina —gritó él—, ¿qué tienes?

—No es nada —contestó ella sonriendo, parpadeante e intentando recobrar el aliento—. No es más que un poco de resfriado. Las celdas de la G. P. U. no están muy bien caldeadas. Una linterna brilló a través de la ventanilla. Luego no hubo más que silencio, el lento caer de los húmedos copos contra el cristal. Irina y Sasha se quedaron inmóviles, con los ojos fijos en la ventanilla.

Irina murmuró:

—Creo que nos vamos acercando.

Sasha se irguió: su cara bronceada parecía más oscura que sus cabellos. Dijo, con voz enérgica:

—Si nos permiten escribir, Irina, ¿me escribirás... todos los días?

—¡Claro! —contestó ella en tono alegre.

—¿Y me dibujarás algo en cada carta?

—Con mucho gusto. Mira —dijo tomando un poco de carbón del marco de la ventana—, ahora mismo voy a hacer un dibujo. Con pocos trazos ligeros y seguros como los movimientos del bisturí de un cirujano, dibujó una cara en el respaldo de su asiento; la cara de un diablillo, con las orejas en alto, y guiñando maliciosamente un ojo: una risa loca, contagiosa, irresistible, que no se podía mirar sin sonreír.

—Ya está —dijo Irina—. Te hará compañía después... después de la estación.

Sasha sonrió, respondiendo a la sonrisa del diablillo y de pronto, echando la cabeza hacia atrás, cerrando los puños, gritó, de tal modo que el estudiante del gorro verde le miró sobresaltado—: ¿Por qué hablan de honor, de ideales, de deberes para con la Patria? ¿Por qué nos enseñan... ?

—No grites de ese modo, amor mío. No pienses en cosas inútiles. ¡Tantas veces se piensa en balde, en este mundo!

En la estación, otro tren estaba ya aguardando en una vía paralela. Unos centinelas con bayoneta calada escoltaron a los presos fuera del coche. Sasha estrechó a Irina sobre su pecho, y los huesos de ella crujieron bajo su abrazo; la besó en los labios, en la barbilla, en los cabellos, en el cuello, con un grito que no era ni un gemido ni un rugido. Murmuró roncamente, furiosamente, junto a su cuello, ruborizándose, sofocado, las palabras que nunca había sabido decir:

—¡Te... te quiero!

Un guardia tocó a Irina en el codo. La joven, desprendiéndose de Sasha, siguió al guardia en el pasillo. Al llegar a la puerta, Sasha empujó al guardia a un lado, con un movimiento salvaje, furioso, y agarrando de nuevo a Irina la abrazó sin besarla, mirándola como si hubiera perdido el sentido, mientras sus grandes manazas estrechaban el cuerpo de la esposa que no había poseído jamás. El centinela le arrancó de sus brazos y la empujó hacia la puerta. Irina se volvió por un segundo a dar a Sasha una última mirada, y le sonrió con la sonrisa franca y maliciosa del diablillo, arrugando la nariz y guiñando un ojo. Luego se cerró la puerta. Los dos trenes salieron juntos. Sasha, aplicando el rostro al cristal de la ventanilla, pudo ver el oscuro contorno de la cabeza de Irina destacándose sobre el fondo amarillo de la iluminada ventanilla de otro coche, en una vía paralela. Ambos trenes siguieron un rato uno al lado de otro, mientras iba aumentando la velocidad del rítmico martilleo de las ruedas sobre los rieles y las luces de la estación iban desapareciendo lentamente, por encima de la oscura techumbre del coche en que Sasha tenía clavada la

vista. Luego, las verdosas franjas de nieve que separaban un tren del otro se fueron ensanchando; Sasha pensó que si la ventanilla hubiese estado abierta tal vez le hubiera bastando extender el brazo para llegar al otro coche; luego pensó que tendría que sacar todo el cuerpo fuera de la ventanilla. Apartó la mirada del tren para fijarla ferozmente en la blanca extensión que aumentaba entre ellos, y sus dedos se crisparon sobre el cristal, como si, con la tensión de todos sus músculos, quisiera agarrar y detener aquella masa de nieve. Los rieles iban distanciándose: al nivel de sus ojos, Sasha veía ahora el brillo azulado de las ruedas del tren que se llevaba a Irina, corriendo a lo largo de las oscuras cintas tendidas sobre la nieve.

Luego no miró más a la nieve; lanzó una mirada, como quien arroja un garfio, a aquel cuadradito amarillo en que se destacaba una sombra negra que era una cabeza lejana. Y sus ojos se negaron a abandonarla, mientras el cuadradito amarillo desaparecía rápidamente, y Sasha sentía que tras él se le iba la mirada, tensa en un agudo e intolerable sufrimiento. En medio de una amplia llanura nevada, dos negras orugas se arrastraban alejándose cada vez más una de otra; dos sutiles hilos de plata las precedían como si tirasen de ella, para desaparecer en un negro abismo. Por fin Sasha no pudo ver ya el cuadro amarillo, y sí únicamente una hilera de puntos que conservaban la forma cuadrada, y por encima de ellos algo negro que se movía sobre el fondo del cielo y que se parecía al techo de unos vagones. Luego, no hubo más que una serie de puntitos amarillos que caían en un pozo negro, y por fin sólo quedó el polvoriento cristal de su ventanilla, con aquel hule negro pegado al otro lado; pero Sasha no sabía si aún seguía viendo en alguna parte una hilera de luces, o si era algo que ardía en sus ojos absortos y dilatados.

No quedó más que el diablillo, en el respaldo del asiento vacío junto al suyo, sonriéndole con su boca de media luna y guiñándole maliciosamente un ojo.

Capítulo noveno

"El camarada Víctor Dunaev, uno de nuestros más jóvenes e inteligentes ingenieros, ha sido destinado al Volkhovstroy, la gran construcción hidroeléctrica de la Unión Soviética. Se trata de un cargo de responsabilidad que nunca se había confiado a ninguna persona de su edad."

El recorte de la *Pravda* estaba en la nueva y reluciente cartera de Víctor junto con otro parecido de la *Krasnaia Gazeta* y, cuidadosamente doblado entre los dos, uno de la *Izvestia* de Moscú, siquiera en este último sólo se dedicaba una línea al "camarada Dunaev".

Víctor llevaba esta cartera consigo al dirigirse a los trabajos de construcción de la presa del lago Volkhov, a pocas horas de distancia de Petrogrado. Una

comisión de su Centro del Partido fue a despedirle a la estación. Desde la plataforma del coche pronunció un breve, pero interesante discurso sobre el porvenir de las construcciones proletarias, y, al arrancar el tren, se olvidó de besar a su esposa. Al día siguiente, su discurso fue publicado en el Diario Mural de su Centro.

Marisha tuvo que quedarse en Petrogrado; tenía que terminar el curso en la Rabfac y no podía descuidar sus actividades sociales. Ella había insinuado tímidamente que hubiera podido dejarlas para ir con su" marido, pero éste había insistido para que se quedase en la ciudad.

—Querida —le había dicho—, no hay que olvidar que nuestros deberes sociales deben anteponerse a todas las consideraciones de comodidad personal.

Le prometió que cada vez que su trabajo le llamase a la ciudad, iría a su casa. Pero Marisha le vio una vez, inesperadamente, en una asamblea del Partido. Víctor se apresuró a explicarle que no podía acompañarla porque debía tomar el tren de medianoche para regresar al trabajo, y Marisha, aunque sabía que no había ningún tren de medianoche, no replicó nada.

Había aprendido a ser extraordinariamente silenciosa. En las reuniones de su Komsomol leía sus informes con voz algo chillona, pero en tono indiferente: por poco que se distrajera podía vérsela mirando vagamente hacia adelante con ojos sin expresión. Se había quedado sola en las grandes habitaciones vacías del piso de los Dunaev. Víctor había hablado en secreto con algún funcionario influyente para obtener que no les enviaran ningún in-quilino a ocupar las habitaciones vacantes, que él esperaba utilizar algún día. Pero el silencio de la casa asustaba a Marisha, que prefería pasar la noche entre reuniones de su Centro y visitas a sus padres, en su antigua habitación junto a la de Kira. Cuando llegaba Marisha, su madre suspiraba y murmuraba contra las raciones de la Cooperativa, y luego se inclinaba en silencio sobre su labor. El padre decía:

—Buenas noches —sin dar ninguna otra señal de haberse dado cuenta de su presencia.

Su hermanito le decía—: ¿Ya vuelves a estar aquí?

—Y ella no decía nada; se sentaba en un rincón detrás del gran piano de cola, y se quedaba leyendo hasta muy entrada la noche; entonces observaba:—
Creo que tengo que marcharme —y se volvía a su casa.

Una noche vio a Vasili Ivanovitch que iba a casa de Kira. El anciano atravesó la estancia sin levantar la vista del suelo y sin darse cuenta de Marisha.

Vasili Ivanovitch tenía'que vender lo último que le quedaba: la piel del oso blanco que había matado en Siberia tantos años antes. —¿Ves, tú, Kira? —explicó con cierta vacilación—. Me han hecho una oferta, pero pensé que, si te gustaba preferiría que fueras tú quien se quedase con ella... Siempre me gustó tanto tenerla... que pensé que sería mejor que acabase en tus manos

que en las de un extraño... Me ofrecen veinte rublos. Te la dejaría por este mismo precio.

Kira se quedó con la piel. Puso cincuenta rublos en la mano de Vasili Ivanovitch y no le permitió discutir. Vasili Ivanovitch ob-serbó que los hombros de Kira temblaban y le dijo afectuosamente, cogiéndola por los codos:

—Anda, vamos, Kira, no hagas eso. ¡Tú, mi valiente soldadito! ¡Valor niña, no todo es tan asqueroso!

Marisha aguardó pacientemente a que volviese a pasar Vasili Ivanovitch; aunque no sabía por qué le aguardaba ni qué le habría dicho. Cuando por fin se abrió la puerta de Kira y Vasili Ivanovitch volvió a atravesar la estancia para salir, Marisha se puso en pie sonriendo tímidamente, dio un paso hacia adelante y se paró ante el anciano; pero éste salió sin mirarla siquiera, y Marisha se dejó caer en su silla sonriendo todavía, mecánicamente.

La nieve llegó temprano. Al barrer las aceras la amontonaban formando una cadena de escarpadas montañas, atravesadas por delgados y oscuros hilillos de suciedad y manchadas por oscuras pellas de tierra, colillas de cigarrillo, y pedazos de periódico amarillentos y descoloridos. Pero junto a las paredes de las casas la nieve había ido formando poco a poco un capa blanca, espesa y pura como una colcha de plumas que subía hasta el dintel de las ventanas de los sótanos.

Los antepechos de las ventanas se proyectaban sobre las calles como estanterías cargadas de blanca nieve. Las colillas brillaban, bordeadas por un helado encaje de largos carámbanos. Por un cielo frío, de un azul primaveral, subían pequeñas espirales de humo rosado que se abrían como los pétalos de una flor de manzano. En los tejados, la nieve se acumulaba formando una amenazadora muralla blanca detrás de las balaustradas de hierro. Unos hombres con gruesos guantes de lana manejaban sus palas por encima de la ciudad, echando grandes montones de nieve helada, que semejabán rocas, sobre el pavimento de la calle. Las paletadas de nieve, al caer, se deshacían con un sordo rumor y levantando una ligera nube blanca; los trineos se veían obligados a virar bruscamente, y, para evitarles, los gorriones, hambrientos y con el plumaje erizado, huían asustados. En las esquinas había grandes calderas, encajadas en bastos armazones de vigas. Otros hombres armados de palas iban echando en ellas la nieve, y por un boquete de las calderas salían las blancas aceras en largas cintas parduzcas. Por la noche, las hogueras que ardían bajo esas calderas llameaban en medio de la oscuridad; eran hogueras pequeñas, de color entre púrpura y anaranjado, muy a ras del suelo. Al compás de las palas se veía moverse, saliendo de la oscuridad, a unos hombres harapientos que de vez en cuando acercaban al fuego sus manos heladas.

Kira andaba en silencio por el jardín del palacio. Huellas de pasos, medio borradas por polvo reciente, indicaban el camino hacia el pabellón; eran las huellas de los pasos de Andrei, y Kira las conocía; por otra parte, pocos eran los visitantes que atravesaban el jardín. Los troncos de los árboles estaban desnudos, negros y muertos como postes telegráficos; las ventanas del palacio estaban oscuras, pero, en el extremo del jardín, a través de las rígidas ramas desnudas brillaba en medio de la oscuridad un luminoso cuadrado amarillo, y bajo la ventana de Andrei la nieve tenía color rosa dorado.

Kira subió lentamente la majestuosa escalinata de mármol. No había luz; su pie buscaba los peldaños uno por uno, tanteando en la oscuridad el mármol helado y resbaladizo. Hacía más frío que en la calle: un frío mortal, húmedo e inmutable como el de un mausoleo. La mano de Kira iba recorriendo, vacilante, la barandilla medio desbrozada. No veía nada ante sí, y le parecía que la escalera no iba a terminar jamás.

Cuando llegó al punto en que la barandilla faltaba, se detuvo y llamó desesperadamente, con una ligera nota de risa en su voz asustada: — ¡Andrei!

En lo alto, un rayo de luz rasgó la oscuridad cuando Andrei abrió la puerta: Corrió riendo a su encuentro y dijo en son de excusa: — ¡Cuánto lo siento! ¡Son estos malditos hilos eléctricos que se han roto!

La tomó en sus brazos y la llevó hasta su cuarto, mientras ella le decía, riendo:

— Me da vergüenza, Andrei; me estoy volviendo miedosa. El la dejó junto a la chimenea llameante. Le quitó el abrigo y el sombrero, y sus dedos quedaron humedecidos por la nieve que se derretía sobre su cuello de pieles. La hizo sentar al lado de la chimenea, le desabotonó los guantes, frotó entre las fuertes palmas de sus manos las heladas manos de Kira, le quitó los chanclos nuevos de fieltro y sacudió la nieve, que produjo al caer sobre las brasas un chirrido como de fritura.

Andrei tenía un regalo para Kira. Le puso en el regazo una larga y estrecha cajita y aguardó, mirándola y sonriendo.

— ¿Qué es, Andrei? — preguntó ella.

— Una cosa que viene del extranjero.

Kira rasgó el papel y abrió la cajita: se quedó con la boca abierta, sin acertar a pronunciar una palabra. Era un camisón de noche negro, de un crespón tan transparente que a través de sus sutiles pliegues podían verse danzar las llamas de la chimenea. Kira se quedó sosteniéndolo entre sus dedos con aire de incredulidad y timidez.

— Andrei... ¿de dónde lo has sacado?

— De un contrabandista.

— ¿Pero tú compras cosas de contrabando?

—¿Por qué no?
—¿Compraste a un... especulador?
—¿Por qué no? La quería. Sabía que te gustaría.
—Pero en otro tiempo... —Era otro tiempo. Ahora es distinto. Los dedos de Kira arrugaban el negro crespón.
—¿Qué? —dijo él—. ¿Te gusta?
—Andrei —gimió ella—. Andrei, ¿en el extranjero llevan estas cosas?
—Evidente.
—¡Ropa interior negra! ¡Qué cosa más absurda y más deliciosa!
—Ya ves tú lo que hacen en el extranjero. No temen hacer cosas absurdas y deliciosas. Basta con que algo sea delicioso para que se considere una razón para hacerlo. —Andrei, si te oyeran te expulsarían del Partido —rió ella.
—Kira, ¿te gustaría ir al extranjero?
El negro camión cayó a sus pies. Andrei se inclinó a recogerlo, sereno y sonriente. —Lo siento, Kira; ¿te he asustado? —¿Qué has dicho, Andrei?
—Óyeme —dijo el joven arrodillándose de pronto a su lado y rodeándole el talle con sus brazos, mientras en sus ojos brillaba una mirada ávida, inquieta, que ella no había visto jamás—. Es una idea que tengo desde hace algún tiempo; al principio creía que era una locura, pero no pienso en otra cosa: si tú quisieras, Kira... podríamos... ¿comprendes? Al extranjero... para siempre...
—Pero, Andrei...
—Es factible. Todavía puedo lograr que me envíen fuera con alguna misión secreta de la G. P. U. Podría lograr un pasaporte para ti en concepto de secretaria mía. Una vez pasada la frontera no pensaríamos más en la misión, ni en nuestros pasaportes rojos, ni en nuestros nombres, y huiríamos tan lejos que no podrían encontrarnos jamás.
—¿Ya sabes lo que estás diciendo, Andrei?
—Sí. Lo único que no sé es qué haría una vez en el extranjero. Todavía no lo sé. No me he atrevido a pensarlo, cuando estaba solo. Pero cuando tú estás conmigo puedo pensar, puedo hablarte de ello. Siento la necesidad de huir antes de comprender demasiado claro lo que adivino a nuestro alrededor, antes de romper definitivamente con todo. Sería como volver a empezar la vida desde el principio, como si detrás de nosotros no hubiera más que el vacío. Te tengo a ti; lo demás no me importa. Acabaré por entender todo eso que gracias a ti estoy empezando a vislumbrar.
—Pero Andrei— balbució ella—, tú que eres lo mejor que tu Partido puede mostrar al mundo...
—No te detengas; dilo. Di que soy un traidor. Quizá tengas razón. O quizás hasta ahora no he empezado a dejar de serlo. Quizá durante todos estos años he estado traicionando algo más grande que todo cuanto el Partido puede ofrecer al mundo. No lo sé ni me importa. Me siento como después de

una ducha fría. Porque, ¿ves tú?, en medio de esta infinita confusión que llaman la vida, lo único de que estoy seguro es de ti. Y mirándola a los ojos añadió dulcemente:

—¿Qué te pasa, Kira? No he dicho nada que pueda asustarte, ¿verdad?

—No, Andrei —murmuró ella sin mirarle.

—Además, hay lo que te dije una vez, ¿recuerdas? Una vez que te hablé del más alto objeto de mi veneración...

—Sí, Andrei.

—Kira, ¿quieres casarte conmigo?

Las manos de Kira cayeron inertes, y la mirada que dirigió en silencio a Andrei fue triste y suplicante.

—Kira, querida, ¿no te das cuenta de lo que estamos haciendo? ¿Por qué tienes que esconderte y mentir? ¿Por qué tenemos que vivir con la continua congoja de estar contando las horas, los días, las semanas que separan nuestras entrevistas? ¿Por qué no he de tener el derecho de buscarte en los momentos en que creo volverme loco, si no te veo? ¿Por qué he de callar, por qué no puedo decir a todo el mundo, a los hombres como Leo Kovalensky, que eres mía, que eres mi mujer?

Kira no parecía ya estar asustada. El nombre que él había pronunciado le había devuelto todo su frío valor combativo. —No puedo, Andrei.

—¿Por qué?

—¿Serías capaz de hacer cualquier cosa por mí, si yo lo deseara?

—Sí, Kira; todo. —No me preguntes por qué.

—Está bien.

—Yo no puedo ir al extranjero, pero si tú quieres ir solo...

—No hablemos más de ello, Kira. No te preguntaré nada. ¿Pero verdaderamente crees que yo sería capaz de irme solo?

—Ea, no hablemos más. Intentaremos tener aquí un rinconcito de Europa. De momento voy a probarme tu regalo. Vuélvete y no mires.

Andrei obedeció. Cuando se volvió de nuevo, Kira estaba junto a la chimenea, con los brazos cruzados sobre la nuca, y detrás de la sombra de su cuerpo se veía vacilar la llama a través del sutil velo negro.

Andrei la abrazó doblegándole el cuerpo hacia atrás, de tal modo que sus cabellos parecían rojos a la luz del fuego. —No me quejo, Kira. Soy feliz, feliz de no tenerte más que a ti —murmuró.

—¡No digas eso, Andrei! —rogó ella—. No lo digas, te lo suplico.

No volvió a decirlo. Pero sus brazos, su carne, todos sus músculos, que ella sentía junto a los suyos, gritaban silenciosamente: —No tengo más que a ti... no tengo nada... nada... sólo te tengo a ti.

Cuando Kira volvió a su casa era ya muy tarde. El cuarto estaba vacío y oscuro. Se sentó, fatigada, encima de la cama, aguardando a Leo. Y se durmió

agotada, acurrucada en su arrugado traje encarnado, con la cabellera suelta, un brazo extendido con la palma vuelta hacia arriba y los dedos fatigosamente cerrados. La despertó el teléfono. Se levantó de un salto. Era de día, pero la lámpara seguía ardiendo todavía en la mesita de noche. Leo no había vuelto. Vacilando, se dirigió al teléfono, con los ojos todavía cerrados, como si un enorme peso abrumara sus párpados. —¿Quién es? —murmuró apoyándose a la pared.

—¿Es usted Kira Alexandrovna? —preguntó una untuosa voz masculina que arrastraba meticulosamente las vocales, pero en la que se adivinaba una nota de ansiedad bajo la inflexión cortés.

—Sí —dijo Kira—, ¿con quién hablo?

—¡Aquí Karp Morozov, Kira Alexandrovna, alma de mi alma... si tuviera usted la bondad de venir a llevarse a ese... a llevarse a su casa a Lev Sergeievitch. Verdaderamente no conviene que se dé un espectáculo en mi casa. Parece que ha habido una fiesta, y...

—Voy en seguida —dijo Kira, colgando el aparato. Se vistió en un instante. Pero no acertaba a abrocharse el abrigo: los dedos le temblaban tanto que no lograba hacer entrar los botones en los ojales.

Cuando llegó, Morozov en persona le abrió la puerta. Estaba en mangas de camisa, y su chaleco, demasiado estrecho, marcaba profundos pliegues sobre su grueso abdomen. Se inclinó profundamente, a la moda campesina.

—Ah, Kira Alexandrovna, alma mía, ¿cómo está usted? Siento mucho haber tenido que molestarla por esta tontería. Pero... entre, por favor.

El amplio recibimiento de blancos paneles olía a lilas y a naftalina. Al otro lado de una puerta Kira oyó reír a Leo con risa alegre, argentina, serena.

Sin aguardar la invitación de Morozov, Kira entró directamente en el comedor. La mesa estaba puesta para tres. Antonina Pavlov-na, con el meñique levantado, sostenía en la mano una taza de té. Llevaba un quimono oriental; sobre su nariz se acumulaban los polvos, entre la nariz y la barbilla se había esparcido el rojo de sus labios, y sus ojos, sin maquillar, parecían hinchados, cansados y pequeñísimos. Leo estaba sentado a la mesa en mangas de camisa y pantalón negro; llevaba el cuello desabrochado, la corbata sin anudar, los cabellos en desorden. Reía sonoramente mientras intentaba hacer sostener en equilibrio un huevo sobre la punta de un cuchillo.

Levantó la cabeza y miró con sorpresa a Kira. Su cara era fresca y joven, radiante como una mañana de primavera. Una cara que nada parecía alterar.

—¿Qué haces aquí, Kira?

—Kira Alexandrovna, por casualidad... —empezó a decir tímidamente Morozov, pero ella le interrumpió bruscamente:

—El me ha telefoneado.

—¿Cómo...? ¿Usted...? —Leo se volvió a Morozov con una mueca de enojo, y luego dijo moviendo la cabeza y volviendo a reír:— ¡Está bueno eso! ¿Os figuráis que tengo un ama que me vigila?

—Lev Sergeievitch, alma de mi alma, no quise...

—¡Basta! —gritó Leo—. Bien, Kira —añadió—, puesto que has venido, siéntate y desayuna. ¡Mira a ver si tienes todavía un par de huevos, Tonía!

—Vamonos a casa, Leo —dijo Kira con calma. El la miró y se encogió de hombros.

—Si te empeñas en ello... —dijo, levantándose poco a poco. Morozov tomó la taza de té que no había terminado de beber. Vertió el té en el plato y sosteniendo éste con la punta de los dedos sorbió el líquido a borbotones.

Luego dijo, mirando alternativamente a Leo y a Kira:

—Yo... ¿sabe usted?, he aquí lo que ha sucedido: he telefonado a Kira Alexandrovna porque temía que... que no se sintiera usted bien, Lev Sergeievitch, y que...

—... estuviera borracho —concluyó Leo.

—Oh, no es eso, pero...

—Ayer lo estaba, pero esta mañana ya no. Y no tenía usted ninguna maldita razón para...

—Estuvimos en una fiesta, Kira Alexandrovna —explicó con voz insinuante Antonina Pavlovna—, se nos hizo algo tarde y... —Eran las cinco cuando viniste a la cama —refunfuñó Morozov—. Lo sé porque oí ruido y vi que habías derramado la botella del agua.

—Leo me había acompañado a casa —prosiguió diciendo Antonina Pavlovna sin hacerle caso— y creo que estaba algo cansado.

—Un poco... —empezó a decir Morozov.

—... borracho — terminó Leo encogiéndose de hombros.

—¡Borracho como una cuba, si quiere que se lo diga! —explotó con rabia Morozov, poniéndose tan colorado que las pecas de su rostro desaparecieron—. Estaba tan tan borracho que esta mañana al levantarme lo encontré tendido en el diván, completamente vestido, y durmiendo tan fuerte que ni un terremoto le hubiera despertado.

—¿Y qué? —dijo Leo con indiferencia.

—Fue una fiesta magnífica —dijo Antonina Pavlovna— y ¡qué espléndido es Leo! Al ver cómo tira el dinero no se puede reprimir un estremecimiento de emoción. Pero esta vez, querido Leo, exageró usted.

—¿Qué dice? No me acuerdo.

—Bien. Cuando perdió tanto dinero en el juego, no me importó; y me pareció muy chistoso el que pagase diez rublos por cada copa que había roto. Pero verdaderamente, dar propinas de cientos de rublos a los camareros... eso no hubiera debido hacerlo.

—¿Por qué no? Deja que se den cuenta de la diferencia entre un caballero y esta gentuza roja de hoy.

—Sí, pero no tenía que dar cincuenta rublos a la orquesta para que dejara de tocar cada vez que la música no era de su gusto. Y luego eligió a la muchacha más hermosa que había, una muchacha a quien no había visto nunca, y le ofreció lo que quisiera para que se desnudase delante de todos, y le metió todos aquellos cientos de rublos por el escote.

—¿Y qué? —dijo Leo—. Tenía un cuerpo bien formado, realmente.

—Vamonos, Leo —dijo Kira.

—Aguarde usted un momento, Lev Sergeievitch —dijo Morozov, dejando el plato—. ¿De dónde saca tanto dinero? —No lo sé —dijo Leo—. Tonia me lo dio.

—Antonina, ¿de dónde...?

—¡Oh! —la mujer frunció el ceño con aire ofendido—. Tomé el montón que tenías bajo la papelerera.

—Tonia —exclamó Morozov con una violencia que hizo temblar la mesa—, ¿tocaste aquel dinero?

—Claro está que lo tomé —dijo ella echando adelante la barbilla con aire de desafío— y no estoy acostumbrada a que se me riña por razones de dinero. Lo tomé, y eso es todo. ¿Qué pasa? —¡Dios mío, Dios mío, Dios del cielo! —se lamentó Morozov cogiéndose la cabeza con ambas manos y agitándosela como si fuera un juguete con el resorte roto—. ¿Qué haremos ahora? Era el dinero que debíamos a Syerov. Teníamos que habérselo dado ayer. Y ahora no nos queda ni un rublo... y Syerov... me matará si no se lo que entrego hoy. ¿Qué voy a hacer...? Syerov no quiere aguardar, y...

—¡Ah, no quiere aguardar! —dijo Leo—. Pues tendrá que tener paciencia. Deje de gimotear de este modo, Morozov; ¿de qué tiene miedo? No puede hacer nada contra nosotros y lo sabe bien. —Me deja usted asombrado, Lev Sergeievitch —refunfuñó Morozov, más encendido que nunca—. Se ha cobrado usted su parte, ¿eh? Y cree que es honrado tomar...

—¿Honrado? —Leo se echó a reír con su más alegre y más impertinente carcajada.— ¿Habla usted conmigo? Pero, amigo mío, he conquistado el inmenso privilegio de no impresionarme en lo más mínimo por esta palabra. En lo más mínimo. Queríamos divertirnos y nos divertimos. Y por lo demás, si hay algo que le parezca especialmente deshonesto, tenga usted la seguridad de que lo haré. Y cuanto más vil mejor. ¡Buenos días! Vamonos, Kira. ¿Dónde está mi sombrero?

—¿No se acuerda, Leo —dijo amablemente Antonina—, de que lo perdió al volver a casa?

—Es verdad. No importa: compraré otro. Compraré tres. Hasta luego.

Kira llamó un trineo y volvieron a casa en silencio. Una vez en su cuarto, Leo dijo bruscamente:

—No quiero críticas ni de ti ni de nadie. Tú, especialmente, no tienes por qué quejarte. No me he acostado con ninguna otra mujer, si es que esto te preocupa. Y esto es todo cuanto tienes derecho a saber.

—No estaba preocupada, Leo. No tengo que quejarme de nada, ni he de criticar nada. Pero quisiera hablarte. ¿Quieres oírme? —Claro está que sí — contestó él con indiferencia. Kira se arrodilló delante de él, y le abrazó, y, echándose atrás los cabellos y mirándole con los ojos muy abiertos le dijo, en un esfuerzo supremo:

—No puedo censurarte, Leo, no puedo reñirte. Sé lo que haces y por qué lo haces. Pero óyeme; todavía es tiempo, todavía no te han cogido, todavía puedes hacerme caso. Hagamos un esfuerzo, el último; ahorremos cuanto podamos y procurémonos un pasaporte. Y huyamos al punto del globo más lejano de esta tierra maldita.

Leo la miró a los ojos, que echaban llamas, como espejos que reflejan un incendio. —¿Por qué preocuparte? —preguntó.

—Leo, sé lo que quieres decir. No deseas vivir. Ya no te interesa. Pero, óyeme, hazlo aunque no lo desees. Aunque te parezca que nunca más querrás volver a vivir. Por lo menos, cuando estés fuera. Cuando estés en libertad, en un país humano, verás cómo deseas vivir.

—¡Tontuela! Pero ¿tú te figuras que conceden pasaportes a hombres con mi historia?

—¡Probemos, Leo! ¡No renunciemos así! ¡No podemos vivir sin una esperanza ante nosotros! ¡No tienen que cogerte, Leo! ¡No dejaré que te cojan!

—¿Quién? ¿La G. P. U.? ¿Cómo puedes evitarlo? —No. No se trata de la G. P. U. Es algo peor, mucho peor. Se ha llevado a Víctor, se ha llevado a Andrei... se ha llevado a mamá... no debe llevarte a ti, ahora.

—¿Qué quieres decir con "se ha llevado a Víctor"? ¿Me crees capaz de ponerme a lamer botas como aquel bellaco? —Leo, el lamer botas y todo lo demás no es nada. Lo que se ha apoderado de Víctor es algo peor, algo más profundo, más decisivo; el lamer botas no es más que una consecuencia. Lo que yo quiero decir es algo que puede ser mortal. ¿No has visto nunca crecer a una planta sin sol y sin aire? No deben hacer eso contigo. Deja que se lo hagan a ciento cincuenta millones de almas, pero no a la tuya, Leo, no a ti, que eres el más alto objeto de mi veneración. —¡Vaya expresión exagerada! ¿De dónde la sacaste? —¿De dónde... ? —repitió ella, mirándole fijamente. —Verdaderamente, Kira, a veces me admira el ver que no has logrado todavía vencer tu inclinación a tomar ciertas cosas demasiado en serio. No hay nada que se apodere de mí; no hay nada que me alcance. Hago lo que me parece, y esto es bastante más de lo que puedes decir a cualquier otro, en estos tiempos.

—Óyeme, Leo. Quiero hacer algo, intentar algo. Entre nosotros hay muchas cosas por resolver, y no de las más fáciles. Concluyamos de una vez con ellas.

—¿Cómo?

—Casémonos, Leo.

—¿Eh? —Leo la miró con aire incrédulo.

—Casémonos —repitió ella.

Leo echó la cabeza hacia atrás, riendo. Su risa era sonora, clara, fría, como cuando se había reído a la cara de Andrei Taganov o de Morozov.

—¿Qué sucede, Kira? ¿Te ha dado la estúpida manía de hacerte la mujer honrada?

—No se trata de esto.

Es un poco tarde, para nosotros, ¿no te parece?

—¿Por qué no, Leo?

¿Y por qué sí? ¿Acaso nos hace falta?

—No.

—¿Por qué entonces?

—No lo sé, pero te lo pido.

—Esta no es una razón suficiente para cometer una tontería. No tengo vocación de marido respetable. Si temes perderme, ningún papelucho garrapateado por ningún funcionario rojo podrá detenerme.

—No tengo miedo de perderte. Tengo miedo de que te pierdas.

—¿Y unos cuantos rublos al Zag y la bendición del Upravdom me salvarían el alma, acaso?

—No tengo que darte explicaciones, Leo. Sé que tienes razón, pero te lo pido.

—¿Es un ultimátum?

—No —contestó ella con una serena sonrisa de abandono y de resignación.

—Entonces, dejémoslo.

—Sí, Leo.

La cogió por los sobacos y levantándola entre sus brazos le dijo: —¡Pobre chiquilla histérica! ¡Qué temores más absurdos te asaltan! ¡No pienses más en ello! De ahora en adelante, si así lo deseas, ahorraremos rublo por rublo. Podrás guardarlos para un viajecito a Montecarlo, San Francisco o a la luna. Y no hablemos más del asunto. ¿De acuerdo?

Sonreía con su arrogante sonrisa que iluminaba un rostro increíblemente hermoso, un rostro que embriagaba como una droga inefable, indiscutible, profunda como la música. Ella escondió la cabeza sobre su hombro repitiendo desoladamente un nombre: —Leo... Leo... Leo...

Capítulo diez

Antes de ir a la oficina, Pavel Syerov bebió; bebió de nuevo por la tarde. Se había peleado con la camarada Sonia a la hora del desayuno. Luego ella había debido correr a una reunión de obreros. Pavel había telefoneado a Morozov, y una voz, que había reconocido perfectamente como la de este mismo, le había

dicho que Morozov no estaba en casa. Pavel Syerov estuvo paseándose largo rato arriba y abajo de la estancia, y rompió un tintero. Encontró una palabra equivocada en una carta que había dictado y, en el colmo de la indignación, arrugó la carta hasta hacer con ella una bola y se la echó a la cara a la secretaria. Volvió a llamar a Morozov y no obtuvo respuesta. Luego le telefoneó una mujer, y una voz sumisa y algo vacilante le dijo con dulzura, insistentemente: "Pero, Pavlusha, amor mío, me prometiste aquel brazalete..." Un especulador le llevó un brazalete envuelto en un pañuelo sucio, y se negó a dejarlo si no se le pagaba antes todo su valor. Syerov volvió a llamar a Morozov al Trust de la Alimentación. Una secretaria le preguntó su nombre, y Syerov colgó el auricular sin contestar. A un hombre haraposo que le pedía una colocación, le chilló que le denunciaría a la G. P. U., y dio orden a su secretaria de que despidiese a todos los que estaban aguardando. Se marchó de la oficina una hora antes de lo acostumbrado, y salió dando un gran portazo.

De vuelta a su casa, pasó por el domicilio de Morozov. Iba a subir, cuando vio a un miliciano de plantón en la esquina, y prefirió pasar de largo.

A la hora de comer, mientras le ponía delante los platos preparados en una cocina pública dos puertas más abajo —una sopa fría en la que sobrenadaba la grasa—, la camarada Sonia le dijo: —Verdaderamente, Pavel, necesito un abrigo de pieles. Ya sabes que no puedo exponerme a resfriarme, para no perjudicar a nuestro hijito. Y no lo quiero de piel de conejo. Sé que puedes darme este gusto. Oh, yo no tengo por qué meterme en los negocios ajenos, pero estoy al tanto, ¿sabes?

Pavel echó la servilleta en el plato y se fue sin decir palabra. Volvió a llamar a casa de Morozov, y el teléfono estuvo sonando más de cinco minutos sin que nadie contestara.

Se sentó en la cama y apuró una botella de vodka. La camarada Sonia salió; tenía que asistir a una reunión del consejo de maestros de una escuela nocturna de mujeres analfabetas de los Centros obreros. Syerov vació otra botella.

Luego se levantó resueltamente, pero no sin tambalearse un poco; se puso el cinturón sobre la chaqueta de cuero y volvió a casa de Morozov.

Llamó tres veces sin que nadie saliera a abrir. Durante largo rato mantuvo el dedo en el timbre, mientras él se apoyaba con indolencia en la pared. Pero detrás de la puerta no se oyó ningún ruido; en cambio, se oyeron pasos por la escalera y Syerov se retiró al rincón más oscuro. Los pasos se detuvieron en el piso de abajo, donde se oyó abrir y cerrar una puerta. Syerov se acordó confusamente de que no le convenía que le vieran en aquel lugar. Sacó de su bolsillo un bloc de notas y, apoyándolo en la pared, escribió a la luz de la lámpara:

Morozov, maldito sinvergüenza:

*Si antes de mañana por la mañana no vienes a traerme lo que me debes desayunarás en la G. P. U. Ya sabes lo que significa esto.
Tuyo afectísimo,*

PAVEL SYEROV

Arrancó la hoja, la dobló y la metió por debajo de la puerta. Un cuarto de hora más tarde, Morozov salió silenciosamente del cuarto de baño y se dirigió de puntillas al recibimiento, donde se dio cuenta de la blanca mancha de papel sobre el pavimento oscuro. Tomó el billete y lo leyó a la luz de la lámpara del comedor. A medida que lo leía, se iba poniendo lívido.

Sonó el teléfono. Morozov se estremeció y se quedó inmóvil, helado, como si unos ojos invisibles, detrás del aparato telefónico, pudieran verle con aquella esquila en la mano. Se la guardó en el bolsillo y contestó al teléfono, ya más tranquilo. Era una vieja tía suya que le pedía un préstamo en tono quejumbroso. Morozov la llamó vieja bruja, y cortó la comunicación. Desde su habitación, donde estaba peinándose sentada ante el tocador, Antonina Pavlovna le afeó su lenguaje. El dijo ferozmente, volviéndose hacia la puerta:

—Si no fuera por ti y por ese maldito amante tuyo... —No lo es, todavía — gritó ella—. Si lo fuera, ¿crees tú que seguiría con un viejo imbécil asqueroso como tú? Empezaron a disputar y Morozov se olvidó completamente de la carta que llevaba en el bolsillo.

El *roof garden* del Café de Europa estaba cubierto por un techado de cristal que parecía tener que aplastar bajo su negra capa a cuantos estaban debajo, más inexorablemente que si fuera una bóveda de acero. Había muchas luces, unas luces amarillas, que parecían empañadas por una pesada atmósfera de humo de cigarrillos y de calor humano, y oprimidas por la negrura de la techumbre. Y bajo las luces amarillas, se veían las blancas manchas de los manteles y los vivos reflejos de los cubiertos. Alrededor de aquellas mesas estaban sentados unos hombres; la luz arrancaba coloridos destellos a los botones de brillantes de sus blancas pecheras y pálidos reflejos a las gotas de sudor de sus rojos rostros congestionados. Comían; se inclinaban ávidamente sobre los blancos platos, masticando de prisa, como si tuvieran miedo de perder un bocado; no estaban allí para pasar alegremente la noche en un establecimiento elegantt, sino para comer. En un rincón, una cabeza calva y amarillenta se inclinaba sobre un rojo bistec en su plato blanco. El hombre cortaba el bistec rascando la porcelana con su cuchillo; luego se llevaba un pedazo a la boca, y, por lo rojos y carnosos que se veían sus labios, no parecía sino que lo hubiera dejado colgando de ella. Al otro lado de la mesa, una muchacha de unos quince años comía apresuradamente, con la

cabeza hundida entre los hombros; cada vez que levantaba la cabeza se ruborizaba intensamente desde la punta de la nariz hasta el cuello, y contraía la boca como si estuviera a punto de echarse a llorar.

Junto al cristal de una ventana ondeaba una espesa nube de humo: un individuo flaco, cuya descarnada cabeza anunciaba cómo había de ser una calavera, se balanceaba en su silla fumando sin cesar, sosteniendo el cigarrillo entre unos dedos largos, huesudos y amarillentos, y echando el humo por una nariz de anchas aberturas y una boca de enfermiza y sardónica expresión.

Por entre las mesas circulaban algunas mujeres con aire de afectada insolencia. Bajo una lámpara, una cabeza de rubios y suaves rizos exhibía unos grandes ojos azules rodeados de profundas y oscuras ojeras, y una boca joven y fresca, pero envilecida por una sonrisa desengañada y viciosa. En otra mesa, una mano de marfil surcada por pálidas venas azuladas levantaba una copa llena de un líquido dorado, transparente como el agua. A través del vino se veía resplandecer sobre el pálido cuello de la mujer un pesado collar de brillantes; por encima de la copa, unos ojos oscuros parecían inmóviles como los de una Dolorosa absorta en la contemplación de su eterna tragedia. En medio de la sala, una extenuada mujer morena, de hombros salientes, clavículas hundidas y cutis de color de café sucio reía demasiado fuerte, abriendo unos labios y unas encías que parecían de sangre.

La orquesta tocaba *John Gray*. Las notas del *foxtrot* de moda parecían surgir de las cuerdas antes de haber acabado de formarse, y bajo el ritmo convulsivo se encerraba una alegría demasiado exuberante para ser sincera. Mientras, los rostros de los músicos permanecían tan graves como los de un contable sobre su libro de caja.

Los camareros se deslizaban silenciosamente por entre la gente exageradamente corteses y serviciales, y en sus mejillas flacas y rugosas se adivinaba una expresión de respeto, de sarcasmo y de compasión a la vez por aquellos infelices que hacían tan grandes esfuerzos para parecer alegres.

Morozov estaba pensando que antes de la mañana tenía que encontrar el dinero para pagar a Syerov. Había ido solo al Café de Europa. Se sentó en tres mesas distintas, fumó cuatro habanos diferentes y destiló confidenciales murmullos en cinco orejas, pertenecientes a otros tantos individuos corpulentos que no parecían llevar ninguna prisa. A las dos horas tenía en su poder el dinero. Se secó la frente, se sentó por fin, aliviado, en una mesa en un rincón y pidió un coñac.

Stepan Timoshenko se inclinaba tanto sobre su plato que más que estar sentado parecía estar tendido sobre la mesa. Apoyaba el codo sobre la mesa, y la cabeza en la palma de la mano, con los dedos sobre la nuca; en la otra mano sostenía una copa. Cuando ésta quedó vacía, la levantó con aire de duda, como si se preguntase cómo podría componérselas para llenarla de nuevo con

una sola mano: por fin resolvió el problema arrojando la copa al suelo con gran estrépito y acercando sus labios al gollete de la botella mientras echaba la cabeza hacia atrás. El gerente le miró furtivamente con aire inquieto y nervioso: se fijó en la chaqueta, con su apollillado cuello de piel de conejo, en la vieja gorra de marinero que le caía de través sobre la oreja, y en sus botas llenas de barro, que estaban pisando la cola del traje de seda de una señora sentada a la mesa vecina. Pero el gerente tenía que andar con cuidado. Stepan Timoshenko había estado otras veces en el establecimiento, y el gerente sabía que era miembro del Partido. Un camarero se deslizó disimuladamente hasta su mesa y recogió los pedazos de cristal. Otro le llevó una segunda copa, limpia y reluciente, y le preguntó cortésmente mientras la dejaba sobre la mesa:

—¿Puedo servirle en algo, ciudadano?

—¡Vete al infierno! —dijo Timoshenko; y empujó lejos de sí la copa que vaciló un instante al borde de la mesa y cayó luego ruidosamente—. Quiero hacer lo que me dé la gana —siguió gritando el marinero—; quiero cogerme a la botella si me parece; ¡quiero cogerme a dos botellas! —Pero, ciudadano...

—¿Quieres verlo? —preguntó Timoshenko con mirada amenazadora.

—No, ciudadano; verdaderamente no hay necesidad. —¡Vete al infierno! —dijo en tono bajo y persuasivo el marinero—. No me gusta tu pinta, ni me gusta la pinta de ninguno de los que hay aquí. —Se levantó tambaleándose y gritó:— No; no me gusta ninguna de todas esas pintas malditas. Pasó vacilante entre dos mesas. El gerente le dijo amablemente: —Si no se siente usted bien, ciudadano...

—¡Fuera de aquí! —tronó Timoshenko pisando el escaquin de una señora. Estaba ya junto a la puerta cuando se detuvo de pronto y su cara se alegró con una amplia sonrisa—. ¡ Ah! —exclamó—, allí está un amigo. Un amigo querido. Se acercó tambaleándose a Morozov, cogió una silla, y haciéndola girar peligrosamente por encima de la cabeza de un señor sentado a la mesa de al lado, la puso ante Morozov y se sentó.

—Perdone usted, ciudadano —murmuró Morozov levantándose. —Siéntate, camarada —dijo Timoshenko, y su enorme manaza bronceada cayó como un martillo sobre el hombro de Morozov, haciéndole caer de nuevo sobre su silla con un ruido sordo—; no te vas a escapar de un amigo, camarada Morozov. Porque tú y yo somos amigos, bien lo sabes, viejos amigos. ¡Psch!, quizás no te acuerdas de mí... Me llamo Stepan Timoshenko. Stepan Timoshenko... de la Flota Roja del Báltico... —añadió después de un instante de reflexión.

—¡Oh, no! —dijo Morozov—. ¡Muy bien!

—Sí un viejo amigo y adorador tuyo. ¿Y sabes qué pasa?

—No.

—Bueno; de momento bebamos juntos como buenos amigos. ¡Tenemos que beber! ¡Camarero! —y su grito fue tan estentóreo que uno de los violinistas perdió una nota de *John Gray*. —Tráenos dos botellas —ordenó Timoshenko cuando el camarero se inclinó con cierta vacilación ante él—. No; mejor será que nos traigas tres.

—¿Tres botellas de qué, ciudadano? —preguntó tímidamente el camarero.

—De cualquier cosa. No; ¡aguarda! ¿Qué es lo más caro que tenéis? ¿Qué es lo que los capitalistas más gordos tragan más a gusto?

—Champaña, ciudadano.

—¡Anda, trae champaña, y no te entretengas! Tres botellas y dos copas.

Cuando el camarero trajo el champaña, Timoshenko llenó las copas y puso una delante de Morozov.

—Aquí está —dijo con una amistosa sonrisa—; bebamos, amigo.

—Sí, camarada —dijo el otro, asustado—. Gracias, camarada.

—A tu salud, camarada Morozov —dijo Timoshenko levantando su copa con solemnidad—. ¡A la salud del camarada Morozov, ciudadano de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas! Chocaron sus copas.

Morozov miró furtivamente a su alrededor, pero no vio a nadie que pudiera prestarle auxilio. Bebió, pero la copa temblaba contra sus labios. Luego sonriendo a Timoshenko, se levantó y dijo: —Has sido muy amable, camarada, y te lo agradezco mucho, camarada. Pero ahora, si no tienes inconveniente, debo marcharme.

—Siéntate y no te muevas —mandó Timoshenko. Llenó nuevamente la copa y se levantó, recostándola en la silla y sonriendo; pero su sonrisa había dejado de ser amistosa y sus ojos oscuros miraban a Morozov de hito en hito y con irónica expresión.

—¡Al gran ciudadano Morozov, el hombre que derrotó a la revolución! —dijo.

Y riendo estrepitosamente vació de un trago su copa.

—Camarada —logró decir Morozov despegando con gran esfuerzo los labios—, ¿qué quieres decir?

Timoshenko rió más fuerte aún y se inclinó a través de la mesa hacia Morozov, con los brazos cruzados y la gorra sobre la nuca, como si estuviera pegada a sus negros rizos. De pronto, la risa cesó, como cortada por el hacha del verdugo, y Timoshenko, dijo, con un acento dulce y persuasivo y sonriendo de una manera que hizo estremecer a Morozov:

—No tengas miedo, camarada Morozov. No debes tenerme miedo. No soy más que una ruina miserable y pisoteada, pisoteada por ti, camarada Morozov, y mi único deseo es decirte humildemente que merezco que me pisotees, y que no me quejo de ello. ¡Qué diablo! La verdad es que siento una profunda admiración por ti, camarada Morozov. Has tomado la mayor revolución que el mundo ha visto jamás, y has sabido hacerte con ella unos remedios para los fondillos de tu pantalón.

—Camarada —repuso Morozov con labios lívidos, pero sin que le temblase la voz—. No sé de qué estás hablando.

—¡Oh, sí! —dijo Timoshenko burlescamente—, ya lo creo que lo sabes. Lo sabes mejor que yo; mejor que tantos millones de jóvenes de todo el mundo que nos están contemplando con ojos de adoración y con la boca abierta. Debes decírselo, camarada Morozov. Tienes muchas cosas que decirles.

—Honradamente, camarada, yo...

—Por ejemplo, tú sabes cómo has logrado medrar. Yo no. Lo único que sé es que has medrado. Nosotros hicimos la revolución. Llevábamos unas banderas muy rojas. En las banderas ponía que hicimos la revolución por el proletariado mundial. Con nosotros había muchos estúpidos que en el fondo de sus corazones doloridos estaban convencidos de que obrábamos por el bien de los desgraciados que sufren en este mundo. Pero tú y yo, camarada Morozov, sabemos un secreto. Lo sabemos, pero no lo queremos revelar. ¿Para qué? El mundo no debe oírnos. Tú y yo sabemos que la revolución se hizo para ti, camarada Morozov, y delante de ti tenemos que descubrirnos.

—Camarada, seas quien fueres, camarada —gimió Morozov—, ¿qué quieres de mí?

—Únicamente decirte que ya es tuya.

—¿Qué?

—Le revolución —repuso alegremente Timoshenko—, inada más que eso! ¿Tú sabes lo que es la revolución? Ya te lo diré. Cogimos a nuestros oficiales y les arrancamos las charreteras. Luego pusimos otras nuevas, rojas, sobre sus hombros. Pero no sobre el uniforme, no sobre la piel. Abrimos barrigas y sacamos tripas a puñaladas, y los dedos de aquellos hombres se movían todavía, abriéndose y cerrándose como los de una criatura. Les arrojamos todavía vivos a las calderas, de cabeza. ¿Has sentido jamás el olor de la carne humana que arde...? Había uno...; no debía de tener más de veinte años. Se persignó, como su madre debía de haberle enseñado. Echaba sangre por la boca. Me miró... sus ojos no tenían miedo; sólo parecían asombrados de contemplar algo que su madre no le había enseñado. Me miró. Fue la última cosa que hizo: mirarme...

Por las mejillas de Timoshenko resbalaban gruesas gotas. Llenó una copa que se llevó maquinalmente a los labios con mano temblorosa y bebió sin darse cuenta de lo que hacía, sin apartar la mirada de Morozov.

—He aquí lo que hicimos en 1917. Y ahora te diré para qué lo hicimos. Para que el camarada Morozov pueda levantarse tarde, y rascarse la barriga porque el colchón no estaba bastante blando y le ha lastimado el ombligo. Lo hicimos para que el camarada Morozov pueda pasearse en un gran auto de asientos bien cómodos con un jarrito de flores..., a ser posible de muérdago. Para que el camarada Morozov pueda beber coñac en establecimientos elegantes como éste y eructar mientras el camarero le

dice: "Sí, señor, servidor de usted, señor"; para que el camarada Morozov, los días de fiesta, pueda hacerse ver en un estrado cubierto de paño rojo y echar discursos al proletariado. He aquí la razón de nuestros actos, camarada Morozov, y he aquí por qué nos inclinamos ante ti. No me mires de ese modo. No soy más que tu humilde servidor. He hecho cuanto he podido por ti y creo que deberías corresponder con una sonrisa, por lo menos. Realmente, deberías darme las gracias.

—Camarada —dijo Morozov—, déjame marchar.

—¡Quieto ahí! —gritó Timoshenko—; Llena tu copa y bebe. ¡Bebe, te digo! Bebe y óyeme.

Morozov no tuvo más remedio que obedecer y se oyó el tintineo de su copa al chocar con la botella.

—¿Ves tú? —siguió diciendo el otro como si cada una de las palabras que pronunciaba le hiciera sangrar la garganta—, no me importa haberme batido; no me importa haber cometido los peores delitos para dejarme escapar luego de las manos los resultados; nada de eso me importa si hubiéramos sido derrotados por un gran guerrero con el casco de acero, un dragón humano que echase fuego por la boca; pero es que hemos sido derrotados por un piojo, por un piojo rubio, grande, gordo, asqueroso. ¿Has visto un piojo alguna vez? Los rubios son los más gordos... La culpa es nuestra. En otro tiempo, los hombres obedecían a los rayos enviados por un dios; luego fueron mandados por una espada; ahora les manda un "Primus". En otro tiempo les dominaba la fe, luego les dominó el miedo, ahora les domina el hambre. Los hombres han llevado cadenas en el cuello, en las muñecas, en los tobillos. Pero ahora están encadenados por la barriga. Lo que sucede es que por la barriga no se coge a los héroes. La culpa es nuestra.

—Pero, camarada, por el amor de Dios, ¿a qué viene todo esto?

—Queríamos construir un templo, ¡y si por lo menos hubiéramos logrado terminar una capilla! Pero no; ni siquiera hemos construido un garaje: hemos debido quedarnos con una cocina mugrienta, con unos fogones de segunda mano. Pusimos un caldero al fuego y lo llenamos de sangre y acero, bien mezclados y meneados. ¿Y qué hemos sacado de esta nueva mezcla? ¿Una nueva humanidad? ¿Unos hombres de granito? No. Sólo unos inmundos insectos que se arrastran por el suelo; unos seres sin nervio, ni forma, ni nada, que ni siquiera saben inclinarse humildemente para que les den latigazos. No; toman el látigo y se los dan ellos mismos. ¿Has estado alguna vez en alguna reunión de uno de nuestros círculos de actividades sociales? Deberías ir. Te interesaría. Aprenderías muchas cosas sobre el espíritu humano.

—Camarada —imploró Morozov—, ¿qué es lo que quieres? ¿Quieres dinero? Te lo daré. Pero...

Timoshenko se rió tan estrepitosamente que mucha gente se volvió a mirarle.

Morozov hubiera querido hacerse invisible.

—¡Piojo! ¡Piojo estúpido, ciego y bobalicón! ¿Con quién te figuras que estás hablando? ¿Con el camarada Víctor Dunaev? ¿Con el camarada Pavel Syerov? ¿Con el camarada... ?

—Camarada —gritó a su vez Morozov, de modo que ahora las cabezas se volvieron hacia él, pero sin que él se preocupase ya de ello—, no... no tienes derecho a hablar de ese modo. ¡Yo no tengo nada que ver con el camarada Syerov! Yo...

—Oye —observó Timoshenko—, ¿quién te ha dicho eso? ¿Qué te pasa, que estás tan excitado?

—Creía que... tú...

—No dije que tuvieras nada que ver con él; sólo dije que deberíais conocerlos. Tú, él, Víctor Dunaev, y un millón más de miembros del Partido, con el carnet en regla y todos los timbres y membretes necesarios. Los vencedores, en una palabra; los que se arrastran. ¡Ah, amigo! Esta es la gran consigna del porvenir: arrastrarse. Oye. ¿Sabes cuántos millones de ojos nos están observando desde el otro lado de las fronteras, desde la otra orilla del Océano? Están algo lejos y no pueden vernos bien. Sólo ven una sombra que se mueve, y les parece ver un enorme animal. Están demasiado lejos para darse cuenta de que esta mole inmensa es blanda, fofa, sin fuerza. No pueden darse cuenta de que no es más que un enorme montón de escarabajos: un sinfín de escarabajos minúsculos, negros y brillantes, que se amontonan formando una muralla. Minúsculos escarabajos que corren de un lado para otro, dándose empellones y rizándose los bigotes. Pero el mundo está demasiado lejos para ver los bigotes. He aquí el error del mundo, camarada Morozov: no ve los bigotes.

—Camarada, camarada: ¿qué quieres decir con eso? —Sólo ven una nube negra y oyen los truenos. Les han dicho que detrás de la nube hay ríos de sangre; hombres que mueren, hombres que matan, hombres que luchan. ¿Y qué? Los que nos observan no temen a la sangre. La sangre es honrosa. Pero ¿y si supieran que no es en sangre que estamos sumergidos, sino en pus? ¿Quieres un consejo de amigo? Si quieres ser el dueño de esta tierra, di al mundo que tu distracción favorita es cortar cabezas y que matas los hombres a centenares. Haz que el mundo te crea un enorme monstruo que inspira temor, respeto, odio, pero a quien haya que combatir honrosamente. Pero no dejes que se sepa que tu ejército no es un ejército de héroes, ni siquiera una pandilla de bandidos; no dejes que se enteren de que es un ejército de chupatintas esmirriados y herniados, que han aprendido a tomar actitudes arrogantes. No dejes que se enteren de que lo que hay que hacer contigo

no es combatirte, sino desinfectarte; que la guerra no se te debe hacer con cañones, sino con ácido fénico.

La servilleta de Morozov no era más que una bola húmeda, en su mano insegura. Una vez más se enjugó la frente y dijo, procurando dar a su voz un tono firme y persuasivo mientras intentaba levantarse poco a poco:

—Tienes toda la razón, camarada. Tus sentimientos son muy nobles y estoy totalmente de acuerdo contigo. Ahora, si me lo permites. ..

—Siéntate —gritó Timoshenko—, siéntate y brinda conmigo. Bebe o te mato como a un perro. Todavía me queda una pistola, ¿sabes?

—Llenó las copas, y un arroyuelo espumoso y dorado corrió por el mantel hasta el suelo—. ¡Bebe a la salud del hombre que tomó una bandera roja y se limpió con ella! Morozov bebió. Luego sacó maquinalmente el pañuelo del bolsillo para secarse la frente y un arrugado pedazo de papel cayó al suelo. La extraordinaria rapidez con que Morozov se inclinó a cogerlo hizo que Timoshenko detuviera su mano.

—¿Qué es eso, amigo? —preguntó.

El pie de Morozov empujó el papel bajo una mesa cercana, vacía, y Morozov intentó decir con indiferencia, mientras le brotaban las gotas de sudor por debajo de la nariz:

—¿Eso? Oh, no es nada, camarada, nada absolutamente. ¡Un sencillo pedazo de papel usado!

—¡Ah, no es más que eso! —dijo Timoshenko mirándole con unos ojos espantosamente serenos—; no es más que un pedazo de papel inútil... Bien; podemos dejarlo allí. Diremos al camarero que lo eche a la basura.

—Esto es— asintió precipitadamente Morozov—, a la basura. Será lo mejor, camarada, que el camarero lo eche a la basura. —Y esforzándose en sonreír, añadió:— ¿Quieres beber un poco más, camarada? La botella está vacía. Ahora me toca a mí invitarte. ¡Otra botella, camarero!

—Muy bien —dijo impasible Timoshenko—; beberé de muy buen grado.

El camarero les sirvió una nueva botella.

Morozov llenó las copas inclinándose solícitamente sobre la mesa. Recobrando la seguridad en la voz a medida que iba hablando, dijo: —¿Sabes, camarada? Tú no me comprendes, pero no tengo por qué censurarte. Comprendo los motivos que te guían y estoy completamente de acuerdo contigo. Pero hay tantos tipos sospechosos y, ¿por qué no decirlo?, poco honrados, que conviene andar con mucha prudencia. Debemos conocerles mejor, camarada. Como tú sabes muy bien, no hay que fiarse de las apariencias, sobre todo en un lugar como éste. Apostaría a que me tomaste por un especulador o algo parecido. ¿Tengo razón o no? ¡Es gracioso!

—Mucho —dijo Timoshenko—. ¿Por qué miras al suelo, camarada Morozov?

—Oh —repuso Morozov, intentando sonreír—, estaba mirándome los zapatos. Me hacen daño, ¿sabes? Debe de ser porque paso tanto tiempo de pie en la oficina.

—¡Ah! Haces bien en cuidarte los pies. Cuando llegues a casa, deberías bañártelos en agua caliente con un chorro de vinagre. Es lo mejor para los pies cansados.

—¿De veras? Me alegro de que me hayas dado este consejo. No sé cómo agradecértelo. En cuanto llegue a casa haré lo que me dices.

—Ya debe de ser hora de volverte a casa, ¿no es verdad, camarada Morozov?

—Oh... ya... creo... en fin, no sé, no es muy tarde aún. —Hace poco parecía que llevabas prisa...

—¿Yo? ¡No! No puede decirse que tenga realmente mucha prisa. Además, es tan agradable...

—¿Qué sucede, camarada Morozov? ¿Hay algo que no quieres dejar aquí?

—¿Quién, yo? No sé qué quieres decir, camarada, camarada... ¿cómo me dijiste que te llamas?

—Timoshenko, Stepan Timoshenko. ¿Sería acaso aquel pedazo de papel que está allí debajo de aquella mesa?

—¿Aquello? Pero, camarada Timoshenko, te aseguro que ni me acordaba. ¿Qué puede importarme aquel pedazo de papel?

—¿Sucede algo debajo de la mesa, camarada Morozov?

—No, no, camarada Timoshenko, me bajaba a atarme el zapato. Se me había desatado.

—¿Dónde?

—¡Oh, qué curioso! ¡Me había parecido que se había desatado! Ya sabes lo que pasa con esos cordones soviéticos... estos cordones de hoy no valen nada; no hay manera de estar tranquilo con ellos.

—Verdaderamente, se rompen como ramas secas. —Eso es; igual que ramas secas. Tienes toda la razón, camarada Timoshenko. Pero ¿qué buscas debajo de la mesa? Estás incómodo. ¿Por qué no vienes aquí? Estarías mejor, más...

—No, gracias —replicó Timoshenko—. Estoy perfectamente, y disfruto de una vista estupenda sobre la mesa de al lado. ¡Me gusta esta mesa! ¡Qué patas tan bien torneadas! Son artísticas, ¿no?

—Muy artísticas, camarada. Y por el otro lado, camarada, ¿te has fijado en esta rubia tan hermosa, cerca del estrado de la orquesta? Es un verdadero cuadro, ¿no te parece?

—Realmente. ¡Y qué zapatos más elegantes llevas, camarada Morozov! ¡De charol, nada menos! Apuesto a que no los compraste en la cooperativa.

—No... es decir... lo cierto es que...

—Lo que más me gusta es ese saliente que tienen... precisamente en la punta. Como si dijéramos sobre la frente. ¡Oh, y también es de charol! ¡Verdaderamente hay que reconocer que esos extranjeros hacen bien los zapatos!

—A propósito de la eficiencia de la producción, camarada, estoy seguro de que en los países capitalistas... en... en... —¿Qué hay con los países capitalistas, camarada Morozov?

Morozov dio un salto para apoderarse del pedazo de papel, pero Timoshenko anduvo más listo y le agarró la muñeca con unos dedos que parecían de hierro. Los dos se agacharon a la vez y, a gatas, se miraron con unos ojos que parecían los de dos rieras antes de un combate a muerte. Luego la mano libre de Timoshenko se apoderó del papel, y el marinero se puso lentamente en pie, dejando a Morozov. Se sentó ante la mesa y leyó la carta mientras Morozov, todavía en pie, le miraba con igual expresión que la del reo que aguarda la sentencia de muerte.

Morozov, maldito sinvergüenza:

Si antes de mañana por la mañana no vienes a traerme lo que me debes, desayunareis en la G. P. U. Ya sabes lo que significa esto.

Tuyo afectísimo,

PAVEL SYEROV

Morozov estaba también sentado a la mesa cuando Timoshenko levantó los ojos del papel. Timoshenko se rió como Morozov no había nunca oído reír a nadie.

Timoshenko se levantó lentamente sin dejar de reírse. Su vientre oscilaba lo mismo que el cuello de piel de conejo apolillada y que los duros tendones de su cuello desnudo. Vacilaba un poco y sostenía la cara con las dos manos. Luego la risa murió en sus labios poco a poco, suavemente, como un disco de gramófono que, al soltarse un resorte, se reduce a una sola nota baja y entrecortada. Se metió la carta en el bolsillo y se volvió lentamente, encorvando los hombros y moviéndose con dificultad. Arrastrando los pies, se dirigió hacia la puerta. El gerente le miró con aire de sospecha, pero la mirada que Timoshenko le devolvió era muy amable.

Morozov permaneció sentado ante su mesa; una de sus manos se había quedado inmóvil en el aire, en una posición absurda como la de una mano parálitica. Oyó desvanecerse por la escalera la risa de Timoshenko, aquella risa que le recordaba un acceso de tos, el ladrido de un perro y el sollozo de un hombre. De un salto se puso en pie. —¡Dios mío! —exclamó—. ¡Dios mío!

Y echó a correr, olvidando el sombrero y el abrigo, escalera abajo, hasta salir a la nieve. Pero en la ancha calle silenciosa no se veía ni rastro de Timoshenko.

Morozov no envió el dinero a Syerov, ni acudió a su oficina del Trust de la Alimentación. Se quedó en casa toda la mañana y toda la tarde, encerrado en su cuarto, bebiendo vodka. Cuando oía el timbre del teléfono o el de la puerta, se acurrucaba, hundiendo la cabeza entre los hombros y mordiéndose las uñas. Pero no sucedió nada.

A la hora de comer, Antonina Pavlovna le dejó el diario de la noche y se lo arrojó gritando: —¿Qué diablos te sucede hoy? Morozov abrió el periódico. En la primera página leyó:

En el pueblo de Vasilkino, provincia de Kama, los campesinos, arrastrados por los elementos acaparadores y antirrevolucionarios, han incendiado el local del Círculo Carlos Marx. Los cadáveres del presidente y el secretario del Centro, cantaradas procedentes de Moscú, aparecieron carbonizados entre los escombros. Una sección de la G. P. U. ha salido para Vasilkino.

En el pueblo de Sverskoe fueron detenidos anoche veinticinco campesinos por el asesinato del corresponsal del Partido en el pueblo, un joven camarada del Sindicato comunista de Periodistas de Samara. Los detenidos se negaron a confesar el nombre del asesino.

En la última página del diario había un breve entrefilete:

A primeras horas de esta mañana se encontró en el hielo, bajo uno de los puentes que cruzan el canal Obukhobsky, el cadáver de Stepan Timoshenko, ex marinero de la flota del Báltico. El camarada Timoshenko se había dado muerte de un tiro de revólver en la boca. Sobre el cadáver no se encontró otro documento que su carnet del Partido. Hasta aquí se ignoran las razones de su desesperada determinación.

Morozov se enjugó la frente, como si le hubieran librado de un nudo corredizo que le hubiera estado apretando la garganta, y se bebió dos vasos de vodka.

Cuando poco rato después sonó el teléfono, se puso al habla con aire decidido, y Antonina Pavlovna se asombró viéndole sonreír. —¿Morozov...? — murmuró en el otro extremo del hilo una voz ahogada.

—¿Es usted, Pavlusha? —dijo Morozov—. Óigame, querido amigo. Lo siento mucho, pero hasta hoy no he podido disponer del dinero...

—No se trata del dinero, ahora —masculló Syerov—. Óyeme. Ayer te dejé una esquila.

—Sí. Lo merecía y...

—¿La destruiste?

—¿Por qué?

—Oh, por nada... pero ya comprendes que... en fin. ¿La destruiste, sí o no?

Morozov miró al diario, sonrió siniestramente y respondió:

—Desde luego, la destruí. No tiene usted que pensar más en ella.

Durante toda la noche no soltó el periódico.

—¡Qué tonto! —murmuró una vez, con tal expresión que Antonina Pavlovna le miró con aire interrogativo, adelantando la barbilla—. ¡Qué tonto! ¡La perdió! ¡Dios sabe por dónde anduvo toda la noche, el muy imbécil, y la perdió!

Morozov ignoraba que Stepan Timoshenko, al regresar a su casa, se había sentado ante una vacilante mesa y, penosamente, había logrado escribir sobre un pedazo de papel de envolver, a la moribunda luz de una bujía encajada en el gollete de una botella, verde, una carta que luego había doblado cuidadosamente y metido en un sobre junto con un arrugado pedazo de papel; que había escrito en el sobre las señas de Andrei Taganov y que luego, con paso seguro, había vuelto a salir de casa y había echado la carta al correo. Aquella carta decía:

Querido amigo Andrei, te prometí decirte adiós y dejarte un recuerdo: ahí está. No es exactamente lo que te prometí, pero espero que me perdones. Estoy harto de ver lo que veo y no puedo resistirlo más. A ti, como único heredero mío, te dejo la carta que encontrarás adjunta. Ya sé que es una herencia difícil, pero tengo la esperanza de que no me seguirás... demasiado pronto.

Tu amigo,

STEPAN TIMOSHENKO.

Capítulo once

Pavel Syerov estaba sentado ante su escritorio; en la oficina, corrigiendo la copia mecanografiada de su último discurso acerca de "los ferrocarriles en la lucha de clases". Su secretaria estaba de pie junto a la mesa, observando ansiosamente el lápiz que Pavel tenía en la mano. La ventana de la oficina daba a una de las naves laterales de la estación. Syerov levantó la cabeza, y alcanzó todavía a ver una alta figura en chaqueta de cuero que desaparecía a lo largo de las vías. Se asomó a la ventana, pero ya no vio a nadie.

—¿Ha visto usted a aquel hombre? —preguntó con brusquedad a su secretaria.

—No, camarada Syerov, ¿dónde?

—No importa... no importa. Me había parecido reconocerle. No entiendo qué puede estar haciendo por aquí.

Una hora más tarde Pavel salió de la oficina, y bajó la escalera masticando semillas de girasol y escupiendo las cascara por el suelo. Al salir a la calle volvió a ver al hombre de la chaqueta de cuero y comprendió que no se había equivocado en su impresión anterior: aquel hombre era Andrei Taganov.

Syerov se detuvo, escupió la última cascara y luego, frunciendo el ceño, echó de nuevo a andar, poco a poco, hacia Andrei.

—Buenas tardes, camarada Taganov —le dijo.

—Buenas tardes, camarada Syerov.

—¿Piensas hacer algún viajecito?

—No.

—¿Quizá te han trasladado a la Sección de Transportes de la G.P.U.? —
No.

—En fin, lo mismo da; me alegro mucho de verte. No se te ve con frecuencia, ¿verdad? Estás tan ocupado que no te queda tiempo para tus viejos amigos. ¿Quieres semillas de girasol?

—No, gracias.

—¿No tienes este vicio? No tienes ningún vicio, tú, ¿verdad? O mejor dicho, no tienes más que uno, ¿no es así? Bien, hombre; celebro que te interese esta estación, que en cierto modo es mi casa. Hace casi una hora que andas por ahí, ¿no?

—¿Tienes algo más que preguntarme?

—¿Quién? ¿Yo? No te pregunto nada. ¿Para qué tendría que hacerte preguntas? Sólo intentaba ser amable. Hay que serlo alguna vez, si no se quiere pasar por un burgués individualista; lo sabes tan bien como yo. ¿Por qué no vienes a verme, ya que estás por estos andurriales?

—Quizás vaya —dijo Andrei lentamente—. Adiós, camarada Syerov.

Syerov se quedó con una semilla de girasol todavía intacta entre los dientes, observando a Andrei que se alejaba.

El dependiente se limpió la nariz con el pulgar y el índice, pasó su delantal por el gollete de la botella de aceite de linaza y preguntó:

—¿Nada más por hoy, ciudadano? —Nada más —contestó Andrei Taganov.

El dependiente envolvió la botella en un pedazo de papel de periódico, que quedó manchado de aceite. —¿Qué tal? ¿Se hacen buenos negocios?

—Pésimos —contestó el dependiente encogiéndose de hombros bajo su viejo jersey azul—. Es usted el primer cliente a quien despacho en tres horas. Estoy contento de oír una voz humana; porque puede usted creer que me aburro de lo lindo, aquí sin más que hacer que estar me sentado o perseguir de vez en cuando a algún ratón.

—Entonces diga usted que esta tienda más bien le da gastos que ganancias.

—¿A quién? ¿A mí? No soy el dueño, yo.

—Entonces, me temo que no tardará usted en perder la colocación. El dueño vendrá a despachar él mismo.

—¿Quién? ¿Mi patrono? —el dependiente soltó una especie de ronquido que quería ser una carcajada y abrió una ancha boca oscura, dejando al descubierto dos dientes negros y carcomidos—. ¿Mi patrono? ¡Verdaderamente, me gustaría verle, al elegante ciudadano Kovalensky, vendiendo arenques y aceite de linaza! —¡No le durará mucho tiempo la elegancia, si los negocios andan tan mal!

—Puede que no —dijo el dependiente—, pero también puede que sí.

—Claro... —dijo Andrei. —Son cincuenta copecs, ciudadano. —Muy bien. Buenas noches.

Antonina Pavlovna tenía localidades para ir a ver el nuevo *ballet* del teatro Marinsky. Era una función "reservada", y Morozov había obtenido las localidades en su oficina del Trust de la Alimentación. Pero a él, el *ballet* no le interesaba, y por otra parte, tenía que asistir a la reunión de una escuela de adultos, donde debía pronunciar una conferencia sobre la "distribución proletaria de productos alimenticios". Por lo tanto, dio las entradas a Antonina Pavlovna, y ésta invitó a Leo Kovalensky.

—Naturalmente —le explicó—, se trata de un ballet revolucionario. El primer ballet rojo. Ya conoce usted mis ideas políticas, pero cuando se trata de arte hay que ser comprensivo, ¿no le parece? Por lo menos será un experimento interesante.

—Muy bien —dijo Leo con indiferencia—, iré con usted.

Kira se había excusado, de modo que Leo y Antonina Pavlovna fueron solos. Antonina Pavlovna llevaba un traje de color verde jade, con bordados de oro, algo estrecho para su busto, y unos gemelos de madreperla con un largo mango.

Kira había prometido a Andrei ir a su casa. Pero cuando bajó del tranvía y se dirigió por las calles oscuras hacia el palacio, se dio cuenta de que acortaba el paso contra su voluntad y de que todo su cuerpo, tenso y hostil, luchaba con ella como un vendaval que se hubiera opuesto a su camino. Parecía que su cuerpo quisiera recordarle lo que ella deseaba precisamente olvidar; la noche anterior, una noche parecida a la primera que pasó tres años antes en la estancia gris y plata de Leo. Su cuerpo se sentía puro y santificado por el contacto de unas manos y unos labios que de nuevo habían sido apasionados, ávidos y jóvenes. Sus pies andaban cada vez más despacio, como para retrasar su llegada a algo que le parecía un sacrilegio. Cuando llegó al último rellano de la oscura escalinata y Andrei le abrió la puerta, le dijo, sin darle tiempo a saludarla:

—¿Quieres hacerme un favor, Andrei?

—¿Antes de besarte?

—No; inmediatamente después. ¿Quieres llevarme al cine, esta noche?

Andrei la besó. Sobre su rostro se veía la trémula, casi incrédula alegría de volver a verla. Luego dijo:

—De acuerdo.

Salieron del brazo. La nieve fresca crujía bajo sus pies. Los tres cines más importantes de la Nevsky ostentaban llamativos carteles de lustrina con letras rojas como tomates: "El éxito de la temporada." "La nueva obra maestra de Sovkino." *Guerreros rojos*. Una gigantesca epopeya de la lucha de los héroes rojos. *Una gesta del proletariado*. Un drama titánico de las heroicas masas anónimas de obreros y soldados.

En uno de los cines se leía además: "El camarada Lenin dijo: De todas las artes, la más importante para Rusia es la cinematografía."

Los vestíbulos estaban inundados por verdaderos ríos de luz deslumbradora. Pero los empleados observaban bostezando a los transeúntes que pasaban por delante de los cines sin detenerse ni siquiera a mirar las fotografías expuestas.

—Supongo que no querrás ver eso —dijo Andrei.

—No.

En el cuarto cine, el menor, proyectaban una película extranjera. Era una cinta antigua, desconocida, sin nombre de autor; tres fotografías pegadas a los cristales del establecimiento mostraban una señora exageradamente maquillada, vestida a la moda de diez años antes.

—Podemos quedarnos aquí —dijo Kira. La taquilla estaba cerrada.

—Lo siento, ciudadanos —les dijo un empleado—. Todo está vendido para esta sesión y para la próxima. La sala está llena.

—Bien —dijo con resignación Kira—, vamos a ver los guerreros rojos.

La sala del gran cine "Parisiense", con su blanca columnata, estaba vacía. La proyección había empezado ya, y en principio no se permitía la entrada a

nadie durante ella, pero el acomodador se inclinó profundamente y les dejó pasar.

La sala estaba oscura y fría, y bajo el rumor de la orquesta parecía adivinarse que reinaba en ella un absoluto silencio, aquella especie de silencio lleno de ecos de las salas enormes y desiertas. Pocas cabezas punteaban las largas filas grises de butacas. En la pantalla, una muchedumbre de uniformes grises corría por el barro agitando sus bayonetas. Otra masa de uniformes grises estaba acampada cociendo la comida alrededor de unas hogueras. Un largo tren pasó lentamente durante unos minutos interminables, con los vagones abiertos y llenos de compactos grupos de uniformes grises y harapientos. "Un mes después", rezaba el título. Una muchedumbre de uniformes grises corría por el barro agitando sus bayonetas, y un mar de brazos se agitaban por una interminable línea de trincheras, sobre un fondo de celaje oscuro, y el título explicaba: "La batalla de Zavrashino". Una multitud de botas de charol disparaba sus fusiles contra otra muchedumbre de alpargatas, alineada contra una pared, y el título indicaba: "La batalla de Samsonovo." Una muchedumbre de uniformes grises corría por el barro agitando sus bayonetas, y el título aclaraba: "Tres semanas después." Un largo tren pasaba lentamente a la luz del ocaso. El título decía: "El proletariado imprime su fuerte bota sobre los pies traidores de los depravados aristócratas." Y se veía a una multitud de botas de charol bailando, en un alegre cabaret, con mujeres medio desnudas, entre botellas rotas. "Pero el espíritu de nuestros combatientes rojos ardía en llamas de lealtad hacia la clase proletaria", decía el título. Una muchedumbre de uniformes grises corría por el barro, agitando sus bayonetas. No había argumento, ni protagonista, ni personajes. "La meta del arte proletario —explicaba un cartel— es el drama y el color de la vida de las masas."

En el entreacto, antes de que empezase de nuevo la película, Andrei preguntó: —¿Quieres ver el principio?

—Sí —dijo Kira—; todavía es temprano.

—Ya veo que no te gusta.

—Ya veo que tampoco te gusta a ti. Es curioso, Andrei. Hubiera podido ir a ver el nuevo *ballet* del Marisky, esta noche, y no fui porque era un *ballet* revolucionario; y ahora ahí me tienes contemplando esta epopeya.

—¿Con quién hubieras ido?

—Con un amigo.

—¿Con Leo Kovalensky?

—¿No te parece que eres algo indiscreto, Andrei?

—Kira, entre todos tus amigos él es el único...

—... que no te gusta. Ya lo sé. Pero ¿no te parece que lo dices con demasiada frecuencia?

—Kira, tú no te metes en política, ¿verdad?

—No; ¿por qué?

—No has pensado nunca en sacrificar tu vida porque sí, en perder una serie de años sin ninguna razón, en el destierro o en la cárcel, ¿verdad? ¿Lo has pensado alguna vez?

—¿Por qué lo dices?

—No vayas mucho con Leo Kovalensky.

Kira se quedó con la boca abierta y la mano suspendida en el aire durante un largo segundo. Luego preguntó haciendo un esfuerzo como en toda su vida no había debido hacer jamás para hablar: —¿Que quieres decir?

—No te conviene que se sepa que eres amiga de un hombre que anda en tratos con gentes indeseables.

—¿Conquián?

—Varias personas. Por ejemplo, con nuestro camarada Syerov, sin ir más lejos.

—Pero ¿qué ha hecho Leo?

—Tiene una tienda de productos alimenticios, ¿no es verdad?

—Andrei, ¿estás obrando como agente de la G. P. U. conmigo o...?

—No es ningún interrogatorio, Kira. No necesito que tú me informes. Lo único que quisiera saber es hasta qué punto estás al corriente de sus asuntos, para poderte proteger.

—¿De que... asuntos?

—No te lo puedo decir. No hubiera debido decirte ni lo que ya sabes. Pero quería estar seguro de que no dejarías que tu nombre se mezclase en...

—¿En qué, Andrei?

—Kira, contigo o cuando se trata de ti, no soy un agente de la G. P. U.

Se apagaron las luces y la orquesta atacó *La Internacional*. En la pantalla una multitud de botas polvorientas marchaba por un terreno árido y desconocido. Una masa enorme, gris de oscilantes botas de gruesas suelas claveteadas, de viejo cuero corroído, deformado y arrugado por los músculos y el sudor que había habido dentro; unas botas que no andaban ni de prisa ni despacio, que no eran cascos de bruto ni parecían pies humanos, sino que iban avanzando como grises carros armados que se tambaleaban, aplastando y pisoteando todo cuanto hallaban a su paso, levantando montones de polvo; unas botas grises sin vida, sin fin, inexorables...

—Andrei, ¿estás ocupándote de algún nuevo asunto para la G. P. U.? — murmuró Kira a través de las últimas notas de *La Internacional*.

—No; se trata de un asunto personal.

En la pantalla, sombras en uniformes grises estaban sentadas alrededor de una hoguera bajo un cielo negro. Unas manos callosas manejaban vasijas de hierro; una boca sonriente descubriendo unos dientes mal puestos; un hombre tocaba la armónica, balanceándose y sonriendo lascivamente; otro se contorsionaba en una danza cosaca; sus pies se agitaban rápidamente mientras sus manos marcaban el compás. Un hombre se rascaba la barba; otro, el

cuello; otro, la cabeza; otro, masticaba una corteza de pan, y las migajas caían por el cuello entreabierto de su guerrera hasta su pecho veloso y oscuro. Celebraban una victoria. Kira murmuró:

—¿Tienes algún informe secreto?

—Sí —repuso Andrei.

En la pantalla desfilaba una manifestación por las calles de una ciudad, celebrando una victoria. Banderas y rostros pasaban lentamente, moviéndose como figuras de cera que obedecían a hilos invisibles: semblantes jóvenes enmarcados por pañuelos oscuros, semblantes viejos arrebujaos en bufandas hechas a mano; rostros bajo gorras militares, rostros bajo gorras de pieles, todos iguales, impassibles y sombríos, con la mirada vacía, los labios sin forma ni expresión. Desfilaban sin alterarse, sin músculos, sin más voluntad que los adoquines que pisaban sus pies que parecían inmóviles, sin más energía que las banderas rojas semejantes a velas izadas al viento, sin más fuego que el calor sofocante de millares de epidermis, de millones de músculos relajados y débiles; sin más aliento que el olor a sobaco sudado, a nuca inclinada, a pies cansados: desfilaban, desfilaban en un incesante y monótono movimiento que no parecía vivir.

Kira levantó la cabeza con un estremecimiento que la recorrió hasta las rodillas y dijo:

—Vamonos, Andrei.

El se levantó en seguida, obediente.

Una vez en la calle, al ir a llamar a un trineo, Kira propuso: —Vayamos a pie, ¿quieres?

—¿Qué te ocurre, Kira? —preguntó él, mientras pasaba su brazo por el de ella.

—Nada; esta película no me ha gustado —dijo ella, escuchando el crujido de la nieve bajo sus pasos.

—Lo siento, querida. Tienes razón. Por su bien, yo también preferiría que no hicieran películas como ésta.

—Andrei, tú estabas dispuesto a dejarlo todo y huir al extranjero, ¿no es cierto? —Sí.

—Entonces, ¿para qué empezar una campaña... contra alguien, en servicio de unos jefes a quienes no deseas obedecer más? —Quiero saber si todavía merecen mis servicios.

—¿Qué te importaría?

—De ello puede depender toda mi vida; ya ves tú.

—¿Qué quieres decir?

—Me concedo a mí mismo una última esperanza. Tengo algo que ofrecerles. Sé lo que deberían hacer, pero también temo saber lo que harán. Hasta ahora sigo siendo miembro del Partido. Dentro de poco sabré por cuanto tiempo.

—¿Quieres hacer una prueba, Andrei? ¿A costa de las vidas de otros?

—A costa de algunas vidas que merecen ser destruidas.

—¡Andrei!

Andrei se quedó sorprendido al ver el pálido semblante de la joven.

—¿Qué te pasa, Kira? Nunca me has interrogado acerca de mi trabajo; nunca hemos hablado de él. Sabes que decide la vida... y tal vez la muerte de alguien, si es necesario. Y nunca te asustaste por ello. Es algo de que no se debe hablar entre nosotros.

—¿Me lo prohibes?

—Sí; y tengo que decirte todavía otra cosa. Óyeme bien, te lo ruego, y no me contestes, porque no quiero saber tu respuesta, sea la que fuere. Quiero que te calles porque prefiero no saber hasta qué punto estás informada del asunto que investigo. Temo haber comprendido que estás demasiado enterada de él. Espero de los hombres con quienes debo tratar una integridad absoluta; no quieras que por mi parte tenga que tratar con ellos en un plan de integridad inferior.

Kira dijo, esforzándose en mantenerse serena, pero sin poder evitar que le temblase la voz, una voz con una vida y un terror propios, que ella no podía contener:

—No te contestaré, Andrei. Pero ahora óyeme tú, y no me preguntes nada. Por favor, no me preguntes nada. Lo único que tengo que decirte es que te ruego, ¿comprendes? te lo ruego por todo cuanto hay en mí, si soy algo para ti, y ésta es la primera vez que te lo recuerdo, te ruego que, ahora que todavía está en tus manos, renuncies a investigar este asunto. Te lo pido por una sola razón: por mí.

Andrei se volvió, y Kira vio un rostro que no había visto jamás: el rostro del camarada Taganov de la G. P. U., una cara capaz de contemplar a sangre fría, dura e implacablemente, las ejecuciones secretas en las oscuras celdas de una checa.

Lentamente, le preguntó: —¿Qué es para ti ese hombre, Kira?

La voz de Andrei le dio a entender que para proteger mejor a Leo era preferible seguir guardando su secreto. Por esto replicó, encogiéndose de hombros:

—Sólo un amigo. No hablemos más del asunto, Andrei. ¿Quieres acompañarme a casa? Pero en cuanto él la hubo dejado en casa de sus padres, ella aguardó sólo a que se desvaneciese el rumor de sus pasos y echó a correr hasta encontrar un taxi. Entró en el coche y ordenó:

—Al teatro Marinsky, lo más de prisa que pueda.

En el vestíbulo desierto y oscuro del teatro, oyó el rumor de la orquesta al otro lado de las puertas cerradas, en una confusión de sonidos violentos y desordenados.

—No se puede entrar ahora, ciudadana —le dijo severamente un acomodador.

Kira le puso un billete en la mano, murmurando: —Tengo que encontrar a una persona, camarada. Se trata de un caso de vida o muerte. Su madre está agonizando. Entró silenciosamente entre cortinas de terciopelo a una sala oscura y casi desierta. En el escenario, un grupo de esbeltas bailarinas en breves trajes de tul rojo evolucionaban agitando sus finos brazos empolvados, adornados de cadenas de cartón dorado: era una *Danza del trabajo*.

Leo y Antonina Pavlovna estaban sentados en cómodas butacas en una fila casi vacía. Antonina Pavlovna tenía entre las suyas una mano de Leo. Al ver entrar a Kira, los dos se pusieron de pie, y algunos espectadores murmuraron: " ¡sentarse!"

—Ven en seguida, Leo —murmuró Kira—. Ocurre algo grave.

—¿Qué?

—Vamos y te lo contaré. ¡Salgamos!

Leo la siguió por el corredor desierto. Antonina Pavlovna, echando la barbilla hacia adelante, se apresuraba tras ellos. En un rincón, Kira expuso en breves palabras:

—Es la G. P. U., Leo. Están investigando acerca de tu comercio. Saben algo.

—¿Qué dices? ¿Cómo lo sabes?

—He visto a Andrei, y...

—¿Has visto a Andrei Taganov? ¿Dónde? Creía que ibas a tu casa.

—Le encontré por la calle, y...

—¿Por qué calle?

—¡Oh, Leo, déjate de tonterías ¿no comprendes que no tienes tiempo que perder?

—¿Qué ha dicho?

—No mucho. Sólo he adivinado algo. Me dijo que si no quería que me detuvieran procurase no ir contigo. Habló de tu comercio y de Pavel Syerov, y dijo que presentaría un informe a la G. P. U. Creo que lo sabe todo.

—¿De modo que te dijo que no fueras conmigo?

—¡Leo! Te niegas a...

—Me niego a dejarme asustar por los celos de un imbécil.

—No le conoces, Leo. Cuando se trata de la G. P. U. no bromea. Y no tiene por qué estar celoso de ti.

—¿En qué sección de la G. P. U. trabaja?

—En el servicio secreto.

—¿Entonces no está en la sección de economía?

—No. Investiga por su propia cuenta.

—Vamos, pues. Iremos a ver a Syerov y a Morozov. Syerov se pondrá al habla con su amigo de la sección económica y descubriremos qué es lo que está tramando tu querido Taganov. No te me pongas histérica; no hay motivo de asustarte. El amigo de Syerov se encargará de todo. Vamos.

—Leo —dijo con precipitación Antonina Pavlovna, corriendo detrás de la pareja mientras se dirigían al taxi—, Leo, yo no tengo nada que ver con la tienda. Si hacen un registro, acuérdate de que yo no tengo nada que ver. Yo sólo llevaba el dinero a Syerov, pero ignoraba de dónde salía. ¡No lo olvides, Leo!

Una hora después, un trineo llegaba silenciosamente a la puerta trasera del local ocupado por la tienda de Leo. Dos hombres bajaron furtivamente por los oscuros peldaños que conducían al sótano, donde Leo y el dependiente, a la luz de una vieja linterna, les estaban aguardando. Los recién llegados no hicieron ruido ninguno. Leo, sin pronunciar una palabra, señaló las cajas y los sacos, y ellos, rápidamente, fueron llevándolos al trineo, que cubrieron luego con una manta de pieles. En menos de cinco minutos el sótano quedó vacío.

—¿No ha ocurrido nada? —preguntó ansiosamente Kira cuando Leo regresó a casa.

—Vete a la cama —repuso éste— y no pienses más en la G. P. U.

—¿Qué has hecho?

—Todo está resuelto. Nos hemos desembarazado de la mercancía. En estos momentos está saliendo de la roja Leningrado. Syerov esperaba otro cargamento mañana por la noche, pero ya se ha dado contraorden. Ahora, durante algún tiempo, no tendremos más que una tienda de comestibles. Hasta que Syerov arregle las cosas.

—Leo... me parece...

—No me vengas con esos discursos. Ya te lo dije una vez: no quiero dejar la ciudad. Sería lo más peligroso, lo más comprometedor y no tenemos por qué preocuparnos. Syerov tiene en la G. P. U. una posición demasiado sólida para quienquiera que se entrometa...

—Leo, tú no conoces a Andrei Taganov.

—No; no le conozco, pero me parece que tú le conoces demasiado.

—No podrán sobornarle, Leo.

—Quizá no. Pedro podrán hacerle callar.

—Si no tienes miedo...

—Naturalmente que no tengo miedo —pero su rostro estaba más pálido que de costumbre, y Kira observó que al desabrocharse el abrigo sus dedos temblaban.

—Leo, por favor, óyeme... Leo... —rogó.

—¡Cállate!—replicó él.

Capítulo doce

El jefe de la Sección económica de la G. P. U. mandó llamar a su despacho a Andrei Taganov.

La oficina estaba en el palacio de la Dirección de la G. P. U., un edificio al que no se acercaba ningún visitante y donde apenas algunos empleados tenían acceso. Los que iban hablaban en voz baja y respetuosa, y nunca acababan de sentirse tranquilos. El funcionario estaba sentado ante su escritorio. Vestía guerrera militar y pantalón muy bien planchado, calzaba botas, y tenía sobre las rodillas una pistola. Llevaba el pelo muy corto, y su cara, cuidadosamente afeitada, no delataba ninguna edad. Sonreía enseñando unos dientes cortos y anchos y unas anchas encías. Su sonrisa no era ni alegre ni expresiva; únicamente se comprendía que era una sonrisa por la contracción de los músculos de sus mejillas.

—Camarada Taganov, me han dicho que estás terminando una investigación acerca de un asunto que incumbe a la Sección económica.

—Sí —contestó Andrei.

—¿Quién te ha dado autorización para hacerla?

—Mi calidad de miembro del Partido.

El funcionario rió, descubriendo las encías, y siguió preguntando: —¿Qué te impulsó a empezar la investigación?

—El haber encontrado una base evidente de acusación contra alguien.

—¿Contra un miembro del Partido?

—¿Por qué no te dirigiste inmediatamente a nosotros?

—Porque quería poder presentar un informe completo.

—¿Estás en disposición de hacerlo?

—Sí.

—¿Piensas presentarlo al jefe de tu sección?

—Sí.

—Te aconsejo que renuncies a este asunto, camarada —sonrió el funcionario.

—Si esto es una orden, camarada —replicó Andrei—, me permito recordarte que no eres mi jefe; si es un consejo, no lo necesito. El otro le miró en silencio, y luego dijo:

—Una disciplina estricta y una absoluta lealtad son indudablemente cualidades estimables, camarada Taganov, pero no hay que olvidar que, como dijo el camarada Lenin, un comunista debe adaptarse a la realidad. ¿Has considerado las consecuencias que puede acarrear tu informe?

—Sí.

—¿Te parece oportuno provocar, en estos momentos, un escándalo público en el que resulte complicado un miembro del Partido?

—Me parece que quien debía haberse hecho esta reflexión es el miembro del Partido que aparecería como culpable.

—¿Conoces mi... interés por la persona en cuestión?

—Sí.

—¿Y esto no te lleva a modificar tu decisión?

—En lo más mínimo.

—¿Has pensado alguna vez en que mi apoyo podría serte útil?

—No, nunca lo he pensado.

—¿Y no crees que es una idea que merece la pena de ser tenida en consideración?

—No lo creo.

—¿Cuánto tiempo llevas en tu cargo, camarada Taganov?

—Dos años y tres meses.

—¿Con la misma retribución que al principio?

—Sí.

—¿No te interesaría un ascenso?

—No.

—¿No crees en el espíritu de asistencia mutua y de cooperación con tus camaradas del Partido?

—Sí; pero no por encima de la disciplina del Partido.

—¿Eres fiel cumplidor de tu deber para con él?

—Sí.

—¿Por encima de todo?

—Sí.

—¿Cuántas veces has asistido a una asamblea de depuración?

—Tres.

—¿Sabes que se anuncia otra para dentro de poco?

—Sí.

—¿E insistes en presentar a tu jefe el informe en cuestión?

—Esta tarde, a las cuatro.

—Es decir, dentro de una hora y media. Está muy bien.

El funcionario miró su reloj.

—¿Deseas algo más, camarada?

—No, camarada Taganov.

Algunos días más tarde, Andrei fue llamado a la oficina de su jefe. Este era un hombre alto y flaco, con una barba rubia en punta, y unos quevedos montados en una nariz larga y flaca. Llevaba un elegante traje marrón, como un turista extranjero. Sus manos eran largas y huesudas, y su aspecto general el de un profesor fracasado.

—Siéntate —dijo al entrar Andrei. Luego se levantó y cerró la puerta. — Camarada Taganov, te felicito.

Andrei se inclinó.

—Has hecho un trabajo excelente y has prestado al Partido un gran servicio, camarada Taganov. No hubieras podido elegir un momento más indicado. Has puesto en nuestras manos precisamente el asunto que se necesitaba. Dada la difícil situación económica que estamos atravesando y la peligrosa competencia que se manifiesta en la opinión, el Gobierno tiene interés en poder mostrar a las masas quiénes son los responsables de sus sufrimientos, y hacerlo en forma tal que nadie pueda olvidarlo. Las actividades traicioneras y contrarrevolucionarias de los especuladores que despojan a nuestros obreros de las raciones que tanto trabajo les cuestan serán llevadas ante la justicia proletaria. Es necesario que los obreros tengan presente en todo momento que los enemigos de su clase conspiran día y noche para minar las bases del único gobierno obrero que existe en el mundo, y que nuestras masas proletarias comprendan que hay que soportar con paciencia las dificultades que momentáneamente atravesamos y prestar su pleno apoyo al gobierno que lucha por su interés contra tantas dificultades como podrán verse gracias a tu importante informe. He aquí, en substancia, lo mismo que he dicho esta mañana al director de *Pravda*, acerca de la campaña que hemos iniciado. Este caso nos servirá para hacer un ejemplo. Para ello movilizaremos todos los periódicos, todos los centros políticos, todas las tribunas públicas. El proceso del ciudadano Kovalensky será conocido hasta el último rincón de la U. R. S. S.

—¿El proceso de quién, camarada?

—Del ciudadano Kovalensky. ¡Ah! a propósito, camarada Taganov; aquella carta del camarada Syerov que acompaña tu informe, ¿era la única copia existente?

—Sí, camarada.

—¿Quién la ha leído, además de ti?

—Nadie.

El jefe cruzó sus largas y flacas manos y dijo lentamente: —Camarada, olvida que leíste esa carta.

Andrei le miró, sin pronunciar una palabra.

—Es una orden del comité que ha estudiado tu informe, camarada Taganov. Con todo, te dará las explicaciones pertinentes, porque aprecio tu esfuerzo. ¿Lees los diarios, camarada Taganov?

—Sí, camarada.

—¿Sabes lo que sucede ahora en los pueblos de nuestro país? —Sí, camarada.

—¿Te das cuenta de lo precario del equilibrio de nuestra opinión pública? — Sí, camarada.

—Pues en este caso no será necesario que te explique por qué el nombre de un miembro del Partido debe mantenerse apartado de toda relación con un

delito de actividades contrarrevolucionarias. ¿Está claro? —Perfectamente, camarada.

—Debes andar con cautela y no olvidarte de que no sabes nada en absoluto que tenga que ver con el camarada Syerov. ¿Me has comprendido?

—Perfectamente, camarada.

—El ciudadano Morozov presentará la dimisión de su cargo en el Trust de la Alimentación, por razones de salud. No se le complicará en la causa, porque esto redundaría en desprestigio del Trust de la Alimentación y provocaría una serie de comentarios inoportunos. Pero el verdadero culpable, el espíritu de la conspiración, el ciudadano Kovalensky, será detenido esta noche. ¿Te parecen bien estas decisiones, camarada Taganov?

—Mi posición no me permite aprobar ni censurar, camarada, sino únicamente recibir órdenes.

—Bien dicho, camarada Taganov. Naturalmente, el ciudadano Kovalensky es el único propietario legal de aquella tienda de comestibles; lo sabemos pertinentemente. Es un aristócrata, y ya su padre fue fusilado por actividades contrarrevolucionarias. Hace algún tiempo, se le detuvo por tentativa de salir del país; de modo que constituye un símbolo viviente de la clase que nuestras masas obreras consideran la peor enemiga del régimen soviético. Estas masas, justamente irritadas por las infinitas privaciones, las largas horas de espera ante las cooperativas, la carencia de artículos de primera necesidad, sabrán quién es el culpable de sus sufrimientos. Sabrán quién es el que asesta golpes mortales al corazón mismo de nuestra vida económica. El último descendiente de una burguesía explotadora y ávida sufrirá la pena que merecen todos los individuos de su clase.

—Comprendo, camarada: se trata de organizar un proceso público, con grandes titulares en los periódicos y micrófonos en la sala de audiencia.

—Exactamente, camarada Taganov.

—¿Y si el ciudadano Kovalensky hablase demasiado y demasiado cerca del micrófono? ¿Si pronunciase algún nombre?

—¡Oh, por ese lado no hay nada que temer! Esos señores son fáciles de manejar: se le prometerá la vida a cambio de no decir más que lo que se le mande decir, y él seguirá esperando el indulto aún después de pronunciada la sentencia de muerte. Se pueden hacer promesas, como tú sabes, y no siempre es necesario cumplirlas.

—Y cuando le lleven ante el pelotón de ejecución, ¿no habrá ningún micrófono cerca?

—Claro está que no.

—Y, naturalmente, no habrá necesidad de explicar que cuando entró al servicio de esos desconocidos estaba sin trabajo y muriéndose de hambre, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Es una idea que me parece digna de ser tenida en cuenta, camarada. Como también me parecería oportuno explicar de qué modo un aristócrata sin un céntimo ha podido llegar a herir el corazón mismo de nuestra vida económica.

—Camarada Taganov, tienes aptitudes muy notables para la oratoria pública, demasiado notables. No siempre es una cualidad para un miembro de la G. P. U. Procura que no la aprecien demasiado y que un buen día no te encuentres destinado a algún puesto excelente... por ejemplo, en el Turquestán, donde tengas todas las oportunidades para desarrollarla. Como le sucedió, por ejemplo, al camarada Trotzky.

—He servido en el ejército rojo a sus órdenes, camarada.

—En tu lugar, yo no lo mencionaría con demasiado frecuencia, camarada Taganov.

—Muy bien, camarada. Haré cuanto pueda por olvidarlo.

—Esta tarde, a las seis, camarada Taganov, harás un registro en el domicilio del ciudadano Kovalensky, para obtener todas las pruebas o los documentos que puedan encontrarse en relación con este asunto. Luego le detendrán.

—Sí, camarada.

—Nada más, camarada Taganov.

—A tus órdenes, camarada.

El jefe de la Sección económica de la G. P. U. dijo a Pavel Syerov, sonriéndole fríamente y enseñándole las encías:

—En adelante, camarada Syerov, limitarás tus esfuerzos literarios a las materias relacionadas con tu cargo en los ferrocarriles.

—Ciertamente, camarada, no te preocupes por ello.

—No soy yo quien debe preocuparse; no lo olvides.

—¡Qué diablo! Ya me he preocupado hasta ponerme enfermo. ¿Qué quieres? Al fin y al cabo no se tiene más que un número determinado de cabellos que pueden volverse blancos.

—Sí; pero debajo de ellos no se tiene más que una cabeza.

—¿Qué... qué quieres decir? ¿Tienes la carta, no?

—Ya no la tengo.

—¿Dónde está?

—Quemada.

—Gracias, amigo mío.

—Realmente, puedes agradecermelo.

—¡Oh, claro está que te lo agradezco! Amor con amor se paga. Ojo por ojo... Yo me callaré ciertas cosas y tú te callarás otras. Como dos buenos amigos.

—No es tan sencillo como te figuras, Syerov. Por ejemplo, tu aristocrático compañero de juegos, el ciudadano Kovalensky, deberá ser procesado y...

—¿Crees que esto me va a hacer llorar. Esto sólo ya me compensa de todos los malos ratos. Estaré contentísimo de ver cómo le returcen el pescuezo a ese imbécil orgulloso e insoportable.

—Tu salud, camarada Morozov, exige una larga temporada de descanso en un clima más cálido —dijo el funcionario—; y en agradecimiento a tus servicios y como compensación a tu dimisión, se te ofrece un puesto en un sanatorio; ¿comprendes?

—Sí —contestó Morozov enjugándose la frente—, lo comprendo perfectamente.

—Se trata de un hermoso sanatorio en Crimea, muy tranquilo, lejos de la agitación de la ciudad, que convendrá a las mil maravillas a tu salud. Y creo que lo mejor será que disfrutes de todas estas ventajas por... digamos seis meses. Te aconsejo que no lleves prisa en volver, camarada Morozov.

—Bien; no tendré prisa.

—Y todavía quisiera darte otro consejo, camarada Morozov. Verás que los periódicos hablarán mucho del proceso del ciudadano Kovalensky por actividades contrarrevolucionarias. Pues bien; creo que sería muy prudente que dieras a entender bien claramente a tus compañeros de sanatorio que por tu parte no sabes una palabra de este asunto.

—Naturalmente, camarada. Yo no sé nada, ni tengo la menor idea de ello.

El funcionario murmuró, acercándose con aire confidencial a Morozov:

—Y en tu lugar, no intentaría dar ni un paso por ese Kovalensky, aunque le lleven ante el pelotón de ejecución. Morozov miró a la cara del funcionario y dijo arrastrando las palabras, comiéndose las vocales y reduciéndolas a un sencillo gemido, mientras sus anchas fosas nasales palpitaban: —¿Qué? ¿Yo, dar un paso por él? ¿Por él? ¿Para qué, camarada? No tengo nada que ver con él. Era el propietario de aquella tienda; él y nadie más: el contrato de alquiler lo dice bien claro. No puede probar que yo estuviera enterado de nada, absolutamente de nada. El, y sólo él, era el dueño del establecimiento: pueden comprobarlo.

La esposa de Lavrov salió a abrir la puerta. Al ver la chaqueta de cuero de Andrei, la funda de su pistola colgando de su cinturón, y detrás de él las hojas de acero de cuatro bayonetas, no pudo contener una exclamación sofocada, como un sollozo, y se llevó en seguida las manos ante la boca.

Detrás de Andrei entraron cuatro soldados. El último cerró la puerta de un imperioso portazo.

—¡Oh, Dios misericordioso! ¡Dios misericordioso! —gimoteó la mujer retorciéndose el delantal con ambas manos.

—¡Silencio! —ordenó Andrei—. ¿Dónde está el ciudadano Kovalensky?

La mujer señaló una puerta con un dedo tembloroso y se quedó estúpidamente en la misma actitud mientras los soldados, detrás de Andrei, se dirigían hacia ella. Mientras tres delgadas hojas de acero pasaban lentamente por delante de ella, y seis botas golpeaban pesadamente el suelo de su habitación, que resonaba como un tambor con sordina, la mujer de Lavrov no acertaba a apartar la vista del perchero del recibimiento, con sus viejos abrigos colgados que parecían guardar todavía el calor y la vida de los cuerpos humanos. El cuarto soldado se quedó en la puerta del piso. Lavrov, al verles, se puso en pie de un salto. Andrei atravesó rápidamente la estancia sin mirarle siquiera. Un movimiento rápido y brusco de la mano de Andrei, un movimiento seco e imperioso como un latigazo, hizo que uno de los soldados se quedase vigilando en la puerta de comunicación del salón con la habitación de Kovalensky. Los otros dos soldados entraron en ella en pos de Andrei.

Leo estaba solo, sentado en un sillón, en mangas de camisa, leyendo un libro. El libro fue lo primero que se movió cuando se abrió la puerta: bajó lentamente hasta el brazo de la poltrona y una mano segura lo cerró. Luego Leo se levantó sin prisa, y la luz del fuego de la chimenea iluminó a trechos su blanca camisa sobre sus anchos hombros. Dijo sonriendo, con aquella sonrisa irónica que le caracterizaba:

—Bien, camarada Taganov; ¿no sabía usted que un día u otro deberíamos encontrarnos en esta situación?

La cara de Andrei no tenía expresión; era firme y rígida como una fotografía de pasaporte, como si sus pliegues y sus músculos hubiesen sido endurecidos por alguna substancia que no tuviera nada de humano, como si no tuvieran de humano más que la forma. Tendió a Leo un papel con muchos membretes oficiales y dijo con una voz que no tenía de humano más que los elementos que componían sus sonidos:

—Es una orden de registro, ciudadano Kovalensky.

—Entre usted y sea bienvenido —replicó Leo inclinándose con gracia, como si invitase a bailar a una dama. Dos movimientos de Andrei, precisos y secos, indicaron a un soldado la cómoda y al otro el lecho. Los cajones se abrieron ruidosamente, y montones de ropa interior cayeron al suelo bajo una mano morena y pesada que después de hurgar rápidamente y con destreza volvió a cerrarlos con fuerza uno tras otro. Sobre el pavimento quedó un montón blanco, alrededor de unas botas relucientes a causa de la nieve que se iba derritiendo. Otra mano rápida arrancó el cubrecama de seda, luego la manta de lana, luego las sábanas: una bayoneta abrió con un relampagueo el colchón, y dos manos desaparecieron por la abertura.

Leo permanecía solo en medio de la habitación. Los hombres no le miraban, no se cuidaban de su presencia, como si fuera un mueble más, el último que deberían abrir. Leo estaba medio sentado y medio apoyado en una mesa; las dos manos sobre el borde, los hombros encorvados, las largas piernas tendidas

hacia adelante. En medio del silencio se oía el crepitar de la leña en el fuego, el apagado ruido de los objetos a medida que los soldados iban echándolos al suelo, y el crujido de los papeles que Andrei iba examinando.

—Siento no poder ofrecerle el descubrimiento de los planos secretos para hacer volar el Kremlin y el Gobierno soviético, camarada Taganov —dijo Leo.

—Ciudadano Kovalensky —dijo Andrei como si no le hubiera visto nunca—, está usted hablando con un representante de la G. P. U.

—¿Cree tal vez que lo he olvidado?

Un soldado hundió su bayoneta en una almohada, y volaron por la habitación, como si fueran copos de nieve, montoncitos de blancas plumas. Andrei abrió un armario, y platos y copas tintinearón mientras él iba dejándolos cuidadosamente sobre la alfombra. Leo abrió su petaca de oro y se la tendió a Andrei.

—No, gracias —repuso éste.

Leo encendió un cigarrillo. La cerilla tembló entre sus dedos. Se quedó sentado sobre el borde de la mesa, moviendo una pierna, mientras el humo iba subiendo lentamente en una esbelta columna azulada.

—Es el superviviente —dijo Leo—, el mejor de todos. Con todo, no siempre los filósofos tienen razón. Una tendencia a la reflexión trascendental puede enturbiar nuestra percepción de la realidad. A propósito, ¿cuáles son sus convicciones filosóficas, camarada Taganov? Nunca hemos discutido este punto, y este momento me parece tan indicado para ello como otro cualquiera.

—Le aconsejo que guarde silencio —dijo Andrei.

—Y el consejo de un representante de la G. P. U. —dijo Leo— equivale a una orden, ¿no es cierto? Comprendo que hay que saber respetar la dignidad y la grandeza de la autoridad en cualquier momento y en cualquier circunstancia, por mucho que ello hiera el orgullo de la persona afectada.

Andrei abrió otro armario. Emanaba de él un perfume francés. Andrei vio vestidos femeninos.

—¿Qué sucede, camarada Taganov? —preguntó Leo. Andrei tenía en la mano un traje encarnado. Era un vestido sencillo, con un cinturón y botones de charol y un cuello de niña con un gran lazo de corbata. Andrei, sosteniéndolo con las dos manos, lo miraba estupefacto. La tela, entre sus dedos, se fruncía en dos rizos. Luego sus ojos se movieron lentamente y su mirada pasó revista a todo el armario. Vio un traje de terciopelo negro que conocía bien, un abrigo con cuello de pieles, una blusa blanca.

—¿De quién son estos trajes? —preguntó.

—De mi amante —replicó Leo, mirando de hito en hito a Andrei y dando a sus palabras todo el desprecio de la ironía y toda la infamia de la obscenidad.

La cara de Andrei era inexpresiva: miraba el vestido con ojos absortos, y sus cejas parecían dos medias lunas negras excavadas sobre sus mejillas. Luego lo

desplegó lentamente, con cuidado, con cierta vacilación, como si fuese de frágil vidrio, y volvió a colgarlo en el armario.

Leo sonrió malévolamente, con una mirada sombría y contrayendo los labios:

—Una desilusión, ¿no es así, camarada Taganov? Andrei no contestó. Sacó los vestidos uno a uno y con calma, sin precipitarse, fue pasando los dedos por los bolsillos, por los pliegues que olían a perfume francés.

—Le repito a usted que no se puede pasar, ciudadana —se oyó gritar al guardia al otro lado de la puerta. Luego se oyó ruido de una breve lucha, como si un brazo hubiera empujado a un lado a alguien.

Una voz gritó, y no era una voz de mujer, sino el gemido de un animal en la agonía: —¡Dejadme pasar, dejadme pasar!

Andrei miró a la puerta, se dirigió lentamente hacia ella y la abrió.

Andrei Taganov y Kira Argounova quedaron frente a frente. Andrei preguntó lentamente, y las sílabas fueron cayendo iguales y medidas como gotas de agua. —¿Vive usted aquí, ciudadana Argounova?

—Sí —contestó ella con la cabeza muy erguida, sin el menor temblor en la voz, mirándole fijamente.

Luego entró en la estancia y se apoyó en la pared, mientras un soldado volvía a cerrar la puerta.

Andrei Taganov se volvió lentamente, con el hombro derecho encorvado, tendiendo todos los músculos de su cuerpo en el esfuerzo de moverse, como si entre las paletillas llevase un cuchillo clavado y debiese andar con cuidado para no sacudirlo. Su brazo izquierdo colgaba de su cuerpo con naturalidad, algo doblado por el codo, con la muñeca vuelta hacia el cuerpo y los dedos semicerrados como si tuviese entre ellos algo que no quisiera dejar caer. —Registrad aquel cuartito y esos baúles —dijo volviéndose hacia los soldados. Luego volvió al armario abierto, y sus pasos cruzaron en el silencio, como la leña de la chimenea.

Kira seguía adosada a la pared con el sombrero en la mano. Luego el sombrero se le cayó.

—Lo siento, querida —dijo Leo—. Creía que a tu regreso todo esto habría terminado.

Ella no miraba a Leo, sino a la alta figura en chaqueta de cuero y la funda de la pistola colgaba a su cintura.

Andrei se dirigió a la cómoda en que ella guardaba su ropa interior; la abrió, y Kira vio pasar por sus manos la camisa de batista negra, y vio sus encajes arrugados entre los dedos fuertes y serenos de Andrei.

—Registrad el diván —ordenó Andrei—. Levantad la alfombra. Kira seguía apoyada en la pared, con las rodillas temblando, todo el peso de su cuerpo concentrado sobre sus caderas, como si las piernas no pudieran sostenerla.

—Nada más —dijo Andrei, a los soldados, y cerró cuidadosamente el último cajón, sin hacer ruido.

Luego tomó la cartera que había dejado encima de la mesa y, dirigiéndose a Leo, le dijo, moviendo apenas los labios: —Ciudadano Kovalensky, queda usted detenido. Leo se encogió de hombros y tomó su abrigo en silencio. Su boca se plegaba hacia abajo con aire despectivo, pero él mismo se dio cuenta de que le temblaban los dedos. Levantando la cabeza, dijo a Andrei, en su tono más insolente:

—Estoy seguro, camarada Taganov, de que es la orden que cumple usted más a gusto.

Los soldados cogieron de nuevo sus fusiles, apartando a uno y otro lado los objetos que habían dejado por el suelo. Leo se acercó al espejo, se arregló la corbata, se alisó los cabellos con la meticulosa precisión de un hombre elegante que se viste para una cita, vertió unas gotas de agua de colonia en su pañuelo, lo dobló cuidadosamente y se lo guardó en el bolsillo superior de la americana. Andrei le estaba aguardando. Al salir, Leo se detuvo delante de Kira.

—¿No me dices adiós, Kira? —Y tomándola entre sus brazos la besó largamente.

Andrei seguía aguardándole.— Sólo quiero pedirte un favor, Kira —dijo Leo—; espero que me olvidarás.

Kira no contestó.

Un soldado abrió la puerta y salió. Andrei salió detrás de él, y luego Leo. El otro soldado cerró la puerta.

Capítulo trece

Leo había quedado preso en una celda de la G. P. U. y Andrei había vuelto a casa. Al atravesar el jardín, un camarada del Partido que corría al Centro del distrito le preguntó:

—Esta noche lees tu informe sobre la situación del campo, ¿no?

—Sí.

—A las nueve, ¿no? Lo aguardamos con impaciencia, camarada Taganov. Hasta las nueve, pues.

—Hasta las nueve.

Atravesó lentamente la espesa capa de nieve del jardín y subió la larga escalinata oscura hasta su oscura habitación. Una de las ventanas del palacio, se veía iluminada, y un cuadrado amarillo se rellenaba en el pavimento, Andrei se quitó la gorra, la chaqueta de cuero, la pistola. Se quedó junto a la chimenea, pisoteando distraídamente los carbones grises. Puso un leño sobre el carbón y encendió una cerilla. Luego tomó una de las cajas de embalaje que le servían de muebles y se sentó al lado del fuego, con las

manos abandonadas sobre las rodillas. En la oscuridad, los reflejos del fuego daban a sus manos y a su rostro un vivo color rosado.

De pronto oyó llamar a la puerta del rellano; llamaban con fuerza. Había dejado la puerta abierta, de modo que dijo sencillamente: —¡Adelante!

Entró Kira. Cerró de un portazo, atravesó el vestíbulo y se detuvo en el umbral de la habitación. Andrei, en la oscuridad, no podía verle los ojos: dos sombras negras le manchaban la frente y las órbitas; pero la luz roja caía de lleno sobre su boca, ancha, dura y brutal.

Andrei se levantó, mirándola en silencio.

—Bueno —gritó ella salvajemente—, ¿y ahora qué piensas hacer?

—En tu lugar —contestó él lentamente—, me marcharía de aquí.

Ella se apoyó en el quicio de la puerta y preguntó: —¿Y si no me marchara?

—Vete —repitió él.

Kira se quitó el sombrero y lo arrojó a la oscuridad. Se quitó el abrigo y lo tiró al suelo.

—Sal de aquí... —repitió Andrei. —No quiero.

—¿Qué deseas? No tengo nada que decirte.

—Pues yo sí. Y tú tendrás que oírme. De modo que me has cogido, ¿verdad, camarada Taganov? ¡Y quieres vengarte! Fuiste a casa con tus soldados, con una pistola al cinto, ¿no es verdad, camarada Taganov de la G. P. U.? Y le detuviste. Y ahora procurarás que no se escape de la pena de muerte, te valdrás de toda tu influencia, de toda tu gran influencia en el Partido para que le lleven ante el piquete de ejecución, ¿no es así? ¿Tal vez solicitarás el privilegio de mandar el fuego? ¡Continúa, sigue vengándote! ¡Pero ahora me vengo yo! No vengo a implorarte por él. No puedo temer nada peor; pero por lo menos puedo hablar, y hablaré. Tengo tanto que decirte, a ti y a los tuyos, y llevo tanto tiempo callándome que me parece que ya no hubiera podido soportarlo más. Ya no tengo nada que perder, no; pero tú sí.

—¿No te parece inútil? —preguntó él—. ¿Para qué decir nada? Si tienes alguna excusa...

Ella se rió, con una carcajada inhumana, y en frases breves, cortantes como cuchillos, insultantes como latigazos en el rostro, le refirió la historia de sus dos últimos años. Luego le miró a los ojos: no reflejaban cólera ni indignación, sino espanto.

—Kira... —se limitó a decir Andrei—, yo... yo... no lo sabía.

Ella se echó hacia atrás, cruzando los brazos, clavando los dedos en sus codos, y dijo con una breve sonrisa de amargura: —¿De modo que me amabas? Yo era la más noble de las mujeres, la mujer parecida a un templo, a una marcha militar, a la estatua de una diosa. ¿Te acuerdas? ¡Mírame, pues! ¡Ya no soy más que una cualquiera, y tú eres el primero que me has comprado! Y ahora, ¡al barro contigo! ¡Allí está tu sitio! ¡Allí me ha echado tu gran amor! Creí que te alegrarías de saberlo. ¿No te alegras? ¿De modo que te figurabas

que te quería? Cuando tú me besabas pensaba en Leo, cuando te hablaba de amor le hablaba a él. Soy suya, y sólo suya; ¿comprendes?, y nunca le quise tanto como cuando estaba contigo. Y ahora, imátale! Nada de cuanto le hagas podrá compararse a lo que yo te estoy haciendo a ti en este momento. Y tú lo sabes, ¿no es cierto?

Desoladamente, como si ella no estuviera presente, como si se quisiera apoyar en cada sílaba, Andrei repetía: —Yo no lo sabía...

—No lo sabías... ¡Y era tan sencillo! ¡Y no tan raro! Ve a los sótanos y a las buhardillas donde viven los hombres de tus ciudades rojas y verás cuántos casos parecidos a éste. El quería vivir. ¿Crees tú que a un ser humano le basta respirar para vivir? Piensas de otro modo, ya lo sé. Pero él hubiera podido vivir; no hay muchos que pueden decirlo, y ya sé que para ti no cuentan. El doctor me dijo que moriría. Y yo le amaba. Sabes lo que significa esto, ¿no es verdad? No necesitaba mucho: sólo reposo, aire puro y alimentos. No tenía derecho a ello, ¿verdad? Tu gobierno así lo determinó. Intentamos rogar. Rogamos humildemente. ¿Y sabes qué nos contestaron? Había un médico, en un hospital, que nos dijo que eran centenares los que estaban aguardando para poder ingresar.

Se inclinó hacia adelante, y su voz se hizo confidencial; abrió las manos para explicarse, como si de pronto se hubiera calmado, y amablemente, puerilmente, con insistencia, con los labios entreabiertos y algo asombrados, pero con los ojos fijos y en ellos un horror indecible, siguió diciendo:

—¿Ves tú? Debes comprenderme completamente. Nadie lo comprende. Nadie lo ve, pero yo sí, y quiero que también tú lo veas. ¿Te das cuenta? Centenares, millares, millones. ¿Millones de qué? De estómagos, de cabezas, de piernas, de lenguas y de almas. Y no importa que se combinen entre ellas. Sólo millones: sólo carne, carne humana. Y todo ello está numerado, registrado, como si fueran botes en las estanterías de una tienda, por un empleado que se rasca la cabeza y bosteza de aburrimiento. A veces me pregunto si les cuentan por piezas o al peso. Y éstos tenían una posibilidad de vivir. Pero Leo, no. El no era más que un hombre. Para vosotros todas las piedras son guijarros, y los diamantes son inútiles porque brillan demasiado a la luz del sol y molestan a la vista, y porque son demasiado duros para los zuecos y para las botas de los que marchan hacia el porvenir proletario. Vosotros no empedráis las calles con diamantes. Claro está que pueden servir para algo más, en este mundo, pero eso a vosotros ya no os interesa. He aquí por qué le condenaron a muerte, y como él a tantos otros: a una muerte sin piquete de ejecución. Había un comisario del pueblo muy poderoso, y fui a encontrarle. Y me dijo que en la guerra civil habían muerto cien mil obreros, y que no veía por qué no podía morir un aristócrata frente a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. ¿Y qué es la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas frente a un hombre? Pero esta pregunta tú no puedes contestarla.

Estoy verdaderamente agradecida a aquel comisario, porque él fue quien me dio permiso para hacer lo que he hecho. No le odio; quien debe odiarle eres tú. Esto que estoy haciendo, él me lo hizo antes a mí.

Andrei no decía nada, no se movía, no apartaba su mirada de Kira.

Kira se le acercó, cruzando las piernas con lenta decisión, echando el cuerpo hacia atrás. Le miraba con semblante repentinamente sereno e inexpresivo, con los ojos medio cerrados, la boca sin expresión ni color. Mientras hablaba, Andrei pensaba que su boca no se abría, sino que las palabras se escapaban de sus labios, y su voz le parecía espantosa de tan natural y segura como era. —Ahí está el problema, pues; ¿por qué no puede morir un aristócrata frente a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas? Tú no lo comprendes, ¿verdad? Ni tú ni tu poderoso comisario, ni millones de hombres como tú o como él. He aquí lo que habéis traído al mundo. Esta pregunta es vuestra respuesta. Un hermoso regalo, ¿no es verdad? Pero uno de vosotros ha encontrado su recompensa. En ti, os he pagado a todos. He pagado todo el dolor que tus camaradas han traído a este mundo de almas vivientes. ¿Estás satisfecho, camarada Taganov, de la Federación de todas las organizaciones comunistas? Puesto que nos habéis enseñado que nuestra vida no es nada frente a la del Estado, no debéis sufrir, ¿verdad? Ahora que yo te he hecho sentir las torturas más horribles que podías imaginar, ¿seguirás diciendo todavía que la vida no tiene importancia?

—La voz de Kira se elevaba de tono, como una fusta que le golpease las mejillas.— Tú has amado a una mujer, y ella te ha arrojado tu amor por la cara, ¿no es verdad? No importa: durante el mes pasado, las minas de la cuenca del Don han producido varios miles de toneladas de carbón. Tenías dos altares, y de pronto te has dado cuenta de que sobre el uno habías puesto a una mujerzuela y sobre el otro estaba el ciudadano Morozov. Pero no importa: durante el mes pasado, el Estado proletario ha exportado diez mil toneladas de trigo. ¿Has visto derrumbarse bajo tus pies todo aquello que sostenía tu vida? No importa: la República proletaria construye una nueva fábrica de electricidad en el Volga. ¿Por qué no te sonríes y no entonas un himno a la colectividad? Allí la tienes, a tu colectividad. Puedes ir a reunirte con ella. ¿Hay algo que no va como tú quieres? ¿Te ha sucedido realmente algo? No es más que un problema personal de una vida privada, una de esas cosas de las que sólo se ocupaba el antiguo régimen, ¿no es así? ¿Acaso no te queda algo más grande —"más grande" es la expresión favorita de tus camaradas— que constituye el verdadero objetivo de tu vida? ¿Acaso no te queda eso, camarada Taganov?

Andrei no contestó.

La muchacha había abierto los brazos, y bajo el raído vestido se erguían sus pechos, y a Andrei le parecía ver uno por uno todos los músculos de aquel cuerpo de mujer vibrante de ira.

—Ahora, mírame, mírame bien —gritó ella—. He nacido para vivir, y podía vivir, y sabía lo que quería. ¿Qué es lo que crees tú que vive en mí? ¿Por qué crees que vivo yo? ¿Porque tengo un estómago, y como y digiero? ¿Porque respiro y trabajo y soy capaz de ganar con qué comer? ¿O bien porque sé lo que quiero y cómo lo quiero? ¿No es eso la vida? ¿Y quién hay, en todo este universo maldito, que sea capaz de decirme por qué tengo que vivir, si no es por lo que yo quiero? ¿Quién es capaz de contestar con palabras humanas que hablen a la razón humana? Nadie, ni tú. Pero vosotros habéis intentado decirnos lo que debemos querer. Habéis venido como un solemne ejército a traer a los hombres una vida nueva. Les habéis arrancado de las entrañas aquella otra vida de la que no sabías nada, aquella vida palpitante que no os interesaba, y les habéis dicho qué debían pensar y qué debían sentir. Les habéis arrebatado todas las horas, todos los minutos, todos los nervios, todos los pensamientos, todos los sentimientos hasta lo más profundo de su alma, y luego les habéis dictado lo que debían pensar y sentir. Habéis venido a negar la vida a los vivientes. Nos habéis encerrado a todos en una jaula de hierro y luego habéis sellado las puertas; nos habéis dejado sin aire, hasta que las arterias de nuestro espíritu han estallado. Entonces habéis abierto los ojos y os habéis asombrado al ver lo que sucedía. Y bien, imírame! Todos vosotros, si todavía os quedan ojos, imíradme bien! Rió, sacudiendo los hombros, y acercándose a él, le gritó a la cara: —¿Qué haces aquí? ¿Por qué no hablas? ¿No tienes nada que decir? Bien; ¡ahí estamos, tú y yo! Es hermoso, ¿no? ¿Te asombra no haber comprendido quién era yo? ¡Pues aquí me tienes! ¡He aquí lo que queda después que tú me robaste el corazón de mi vida, después que le asestaste el golpe mortal! ¿Y sabes qué significa esto? ¿Sabes lo que significa el haber profanado el más alto objeto de mi veneración... ?

Se detuvo de pronto, conteniendo el aliento, como si la hubiesen abofeteado, se cerró a sí misma la boca con el dorso de la mano. Se quedó inmóvil en medio de un silencio de muerte, con la vista fija en algo que, de pronto, había visto claro por primera vez.

Andrei sonrió muy lentamente, con una gran dulzura; tendió las manos con las palmas hacia arriba, como si fuera a dar una explicación que ella ya no necesitaba.

—¡Oh, Andrei! —gimió ella, y se alejó de su lado, mirándole llena de espanto.

—En tu lugar —dijo poco a poco Andrei— hubiera obrado exactamente igual que tú por la persona amada, por ti.

—¡Oh, Andrei, Andrei, qué te he hecho! —se lamentó ella, con la mano sobre la boca.

Ahora estaba a su lado, con el cuerpo inclinado, esbelto y frágil como el de una niña asustada, con los ojos muy abiertos, demasiado abiertos para un rostro tan pálido.

El le cogió la mano con que se tapaba la boca y la estrechó, fría y temblorosa, entre sus dedos fuertes. Luego le habló, y sus palabras eran como los pasos de un hombre que hace un esfuerzo inmenso para andar con seguridad.

—Me has hecho un gran favor al hablarme como has hablado. Porque, ¿ves tú?, me has devuelto lo que yo ya creía haber perdido. Sigues siendo como yo te creía. Más aún; eres superior a la idea que tenía de ti. Pero... no se trata de lo que tú me hayas hecho; hay lo que tú has debido de sufrir. Y he sido yo... yo... quien te ha hecho padecer de ese modo. Y todos aquellos momentos eran para ti... para ti... —y la voz de Andrei se quebró en un sollozo, y Andrei inclinó la cabeza; pero en seguida se sobrepuso y siguió diciendo, en tono sereno como el de un médico—: Óyeme, niña; no hablemos más. Quiero que guardes silencio, incluso en el fondo de tu corazón. ¿Comprendes? Debes procurar no pensar nada. ¿Tiemblas? Debes descansar. Quédate aquí; siéntate; estáte quieta unos minutos.

La llevó hasta una silla. La cabeza de la joven cayó sobre el hombro de Andrei, y ella murmuró: —Pero... tú... Andrei...

—Olvídalo, olvídalo todo. Todo se arreglará. Estáte quieta y no pienses nada. Acercó la silla al fuego. Kira no resistió, sino que se abandonó a los cuidados; al sentarse, sus rodillas quedaron al descubierto, y Andrei se dio cuenta de que todavía temblaban; se quitó la chaqueta de cuero y se la echó sobre las piernas, diciendo: —Así estarás mejor. Hace frío, aquí; el fuego no lleva mucho tiempo encendido. Procura calmarte.

Kira no se movió. Con los ojos cerrados, con la cabellera suelta, ensortijada como si cada cabello fuera un hilo de bronce, dejó caer la cabeza hacia atrás, sobre el respaldo de la silla. Un brazo le caía inerte a lo largo del cuerpo, y la rojiza luz de las llamas oscilaba suavemente sobre su fina mano inmóvil. Andrei, junto a la chimenea, la miraba en la oscuridad. En una de las salas del Centro, alguien tocaba *La Internacional*.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Andrei, cuando Kira, una vez pasado su momentáneo desfallecimiento, levantó la cabeza. Kira asintió con un leve movimiento de cabeza. —Ahora volverás a ponerte el abrigo y te acompañaré a tu casa. Quiero que te vayas a la cama. Descansa y no pienses en nada. Ella no resistió. Observó los dedos del joven mientras le abrochaba el abrigo; le miró a los ojos. Los de él le sonrieron en un silencioso asentimiento, tal como le habían sonreído la primera vez que se encontraron en el Instituto. Luego, Andrei la ayudó a bajar la escalinata oscura. Llamó un trineo, en cuanto llegaron a la puerta del jardín, y dio al conductor las señas de la casa de Leo. Mientras el trineo se ponía en marcha, le abotonó el oscuro abrigo de pieles sobre las rodillas, y le pasó el brazo por detrás de la nuca, para sostenerla. Guardaron silencio hasta que el trineo se detuvo; entonces él dijo:

—Ahora deseo que descanses unos días. No vayas a ninguna parte. No te preocupes por... él. Deja que me preocupe yo. La nieve se amontonaba en la acera. Andrei tomó a Kira en sus brazos y la llevó hasta la puerta de su casa, arriba, en el piso. Ella murmuró, sin que sus labios llegasen a pronunciarlo:

—... Andrei...

—Todo saldrá bien— contestó él.

Volvió al trineo solo, y dio al conductor las señas del Centro, donde sus compañeros estaban aguardando la lectura de su informe sobre la situación del campo.

—... y nos habéis encerrado, dejándonos sin aire, hasta que han estallado las arterias de nuestro espíritu. Habéis cargado sobre vuestros hombros un peso como nadie había llevado jamás en toda la Historia. Tenéis derecho a hacerlo si el objeto que os proponéis lo justifica. Pero, ¿cuál es este objeto, camarada, cuál es este objeto?

El presidente del centro golpeó la mesa con su regla.

—Te llamo al orden, camarada Taganov —dijo con voz atronadora—. Haz el favor de ceñirte al informe sobre la situación agraria. Por la amplia sala se propagó una onda entre las cabezas apiñadas de los asistentes. En las últimas filas se oyeron risas mal reprimidas.

Andrei Taganov ocupaba la tribuna reservada a los oradores. La sala estaba en la oscuridad; sólo una lámpara brillaba en la mesa presidencial. La negra chaqueta de cuero de Andrei se confundía con la negra pared, detrás de él. Tres manchas claras se destacaban en la sombra: sus dos largas y flacas manos y su rostro. Las manos se movían lentamente sobre un abismo oscuro, y en el rostro se marcaban profundos surcos oscuros en torno a los ojos, y en el centro de las mejillas. Siguió diciendo, en voz opaca, como si no oyera las palabras que estaba pronunciando:

—Sí; la situación agraria, camaradas... En los dos últimos meses, veintitrés miembros del Partido han sido asesinados en los distritos agrarios de esta región, cinco Centros han sido incendiados, así como tres escuelas y los almacenes de una fábrica colectivizada. El elemento anturevolucionario de los campesinos acaparadores ha debido ser castigado inexorablemente. Nuestro jefe de Moscú cita el ejemplo del pueblo de Petrovshino, donde, en vista de que se negaron a entregar a los culpables, los campesinos fueron alineados en fila y se fusiló a uno por cada tres, mientras los demás eran obligados a contemplar la ejecución. Esos campesinos habían encerrado a tres camaradas procedentes de Moscú en el local del Centro de Lenin del pueblo; habían cerrado herméticamente las ventanas, y luego habían prendido fuego al edificio. Mientras éste ardía, los campesinos se habían puesto a cantar a grandes gritos, para no oír los lamentos de sus víctimas. Unos cantaban, otros tocaban la armónica... estaban hechos unas fieras. Unas fieras

enloquecidas, enloquecidas por la miseria. Tal vez, en aquel pueblo perdido, también tenían muchachas jóvenes y buenas, más preciosas a sus ojos que nada en el mundo, reducidas a la desesperación... mientras aquellos hombres, que las querían más que a sus propias vidas, se veían obligados a permanecer inactivos, sin poder hacer nada por ellas. Tal vez también...

—Te llamo de nuevo al orden... camarada Taganov. —Sí, camarada presidente... Nuestro jefe de Moscú cita... ¿qué estaba diciendo, camarada presidente...? Sí, hablaba de los acaparadores de los pueblos; de las medidas que el Partido debe tomar contra los elementos contrarrevolucionarios del campo, que amenazan el éxito de nuestra gran empresa. Hemos venido como un solemne ejército y hemos negado la vida a los vivientes. Hemos pensado que bastaba respirar para vivir. ¿Y es verdad esto? ¿Acaso los hombres que tienen una vida no son demasiado preciosos para que pueda imponérseles nada, en nombre de lo que sea? Hemos muerto hombres a millares. Entre ellos, ¿no habría quizás algunos que merecían y podrían haber vivido? ¿Acaso una batalla justifica la muerte de un buen soldado? ¿Qué causa es digna de los que combaten por ella? ¿Acaso los que combaten no constituyen por sí mismos su propia causa, y no únicamente los medios para servirla?

—Te llamo nuevamente al orden, camarada Taganov. —Estoy aquí para hacer un informe a mis camaradas del Partido, camarada presidente; un informe muy serio, que merece que se le preste atención. Sí; se trata de nuestra obra en el campo y en las ciudades, de nuestra obra entre millones y millones de seres vivientes. Pero hay unos problemas, unos problemas que exigen solución, y ¿cómo se les puede encontrar solución si no se nos permite ni siquiera plantearlos? ¿Por qué tener miedo de contestar, si podemos hacerlo? Pero, ¿y si no podemos? Si no podemos... ¡Camaradas! ¡Hermanos! Oídmme. ¡Oídmme, guerreros consagrados a una nueva vida! ¿Estáis seguros de lo que estamos haciendo? Nadie puede decir a los hombres para qué viven. Nadie puede arrogarse este derecho si no quiere encontrar ante sus ojos a un monstruo, un horror que ninguna mirada humana puede soportar. Porque, ¿veis, camaradas?, en los hombres, en los mejores de nosotros que están por encima de cualquier estado y de cualquier colectividad, hay cosas demasiado preciosas, demasiado sagradas, cosas que ninguna mano extraña debe atreverse a tocar. Miraos a vosotros mismos, sinceramente, sin miedo; miraos y no se lo digáis a nadie, a nadie más que a vosotros mismos: ¿para qué vivís? ¿Acaso no vivís por vosotros mismos, para vosotros mismos, única y exclusivamente para vosotros mismos? ¿Para una verdad más alta que ninguna, que es "vuestra" verdad? Llamadla como queráis: vuestra razón de vivir, vuestro amor, vuestra causa... ¿no es siempre ésta? Dais la vida, morís por vuestro ideal; ¿pero acaso este ideal no es "vuestro"? Todo hombre honrado vive para sí mismo, y quienes no viven así no pueden decir que vivan. Contra

esto no podéis hacer nada. No lo podéis cambiar, porque el hombre nació así: sólo, completo, como un fin en sí mismo. No podéis cambiarlo, del mismo modo que no podéis lograr que nazcan hombres con un solo ojo, o con tres piernas y dos corazones. No hay ninguna ley, ningún libro, ninguna G. P. U. que puedan hacer crecer una nariz suplementaria a ningún rostro humano. No hay decisión de Partido que pueda matar en un hombre aquello que es capaz de decir "yo". Podéis intentarlo. Es decir, lo habéis intentado; pero ved lo que se saca de ello. Ved qué es lo que habéis dejado triunfar. Negáis la parte mejor del hombre, y mirad lo que queda. Verdaderamente, ¿nos proponíamos obtener estos monstruos rastreros, mutilados e incompletos que estamos creando? ¿No estaremos castrando la vida, en nuestro afán de perpetuarla? —Camarada Ta...

—Oídme, hermanos. Tenemos que contestar a esta pregunta. Sus dos manos, blancas y luminosas, se agitaron sobre el negro abismo, y su voz se elevó sonora como se había elevado años antes en una oscura hondonada sobre las trincheras blancas: —Tenemos que contestar a esta pregunta o, de lo contrario, la Historia contestará por nosotros. ¡Y nosotros caeremos agobiados por un peso que nunca más se podrá olvidar! Todo nos está permitido si tenemos razón. Pero, ¿cuál es nuestro objetivo? ¿Cuál es nuestro objeto, camaradas? ¿Qué estamos haciendo? ¿Queremos saciar a una humanidad hambrienta para que viva? ¿O queremos estrangular su vida para saciarla después?

—Camarada Taganov —chilló el presidente—, te retiro la palabra.

—No... no tengo nada más que decir —balbució Andrei, bajando de la tribuna.

Atravesó la sala en dirección a la puerta, como una alta figura esbelta y solitaria.

Muchas cabezas se volvieron a mirarle. En la última fila, alguien silbó, chancero y triunfante. Y cuando se hubo cerrado la puerta tras él, se oyó murmurar: —Veremos cómo saldrá el camarada Taganov de la próxima depuración del partido.

Capítulo catorce

La camarada Sonia estaba sentada ante una mesa, envuelta en un descolorido quimono de color de espliego, con el lápiz detrás de la oreja. El quimono no se cerraba por delante, porque Sonia había alcanzado unas proporciones que ya no se lo permitían. Estaba inclinada bajo una lámpara, y hojeaba un calendario; de vez en cuando tomaba el lápiz y escribía apresuradamente una nota sobre un pedazo de papel.

Pavel Syerov estaba sentado en el diván, en calcetines y con los pies apoyados en un brazo del mueble; estaba leyendo un periódico y masticando semillas de girasol, cuyas cascara iba escupiendo en un montón sobre un diario doblado que había en el suelo. Al salir de sus labios, las cascara de semilla de girasol, producían una especie de silbido peculiar. En general, Pavel Syerov daba la impresión de estar de mal humor.

—Nuestro hijo —decía la camarada Sonia— será un ciudadano nuevo de un Estado nuevo. Podrá educarse en la ideología libre, sana, del proletariado, sin que ningún prejuicio burgués venga a obstaculizar su natural desarrollo.

—Sí —dijo Syerov sin levantar los ojos del periódico.

—Le inscribiré en los pioneros desde el día de su nacimiento. ¿No estarás orgulloso de tu tributo viviente al porvenir de los Soviets, cuando le veas desfilar con los demás pioneros, con su pantalón azul y su pañuelo rojo al cuello?

—¿Qué duda cabe? —contestó Syerov escupiendo una cascara. — Celebraremos un auténtico bautizo rojo. Ya comprendes lo que quiero decir: nada de curas estúpidos; sólo nuestros camaradas del Partido. Una ceremonia privada con discursos adecuados al acto. Estoy buscando un nombre... ¿me escuchas Pavel? —Claro —dijo Pavel aplastando una semilla entre sus dientes. —Aquí en el calendario hay un sinfín de buenas ideas para darle un nombre nuevo, bien revolucionario, en lugar de los absurdos nombres de santos que se daban antiguamente. He copiado algunos excelentes. ¿A ti qué te parece? Si fuera varón, creo que Ninel estaría muy indicado.

—¿Ninel? ¿Qué diablos quiere decir eso?

—Pavel, no puedo tolerar ese lenguaje y esa ignorancia. Estoy segura de que ni por un momento has pensado en el nombre de tu hijo; ¿tengo razón o no?

—Un poco. Todavía me queda tiempo, ¿no?

—No te interesa, he aquí lo que ocurre. No me engañes, Pavel Syerov, ni vayas a creer que no me dé cuenta ni que esté dispuesta a olvidarlo.

—Vamos, Sonia, ya sabes que eso del nombre te lo confío a ti; tú entiendes más que yo de esas cosas.

—¡Claro! ¡Como de costumbre! Pues bien; Ninel es el nombre de nuestro gran jefe Lenin vuelto al revés. Es un nombre muy adecuado. También podríamos llamarle Vil, las iniciales del nombre completo de nuestro gran jefe: Vladimiro Ilytch Lenin. ¿No te parece?

—Por lo que a mí se refiere, uno y otro me parecen de perlas.

—Si es una niña, y espero que lo sea, porque la mujer nueva es la dueña de sí misma, y el porvenir pertenece mucho más de lo que vosotros os figuráis a la mujer proletaria libre; si es una niña, digo, tengo nombres

excelentes para ella. Pero el que me parece mejor es Octubrina, que sería un monumento viviente a nuestra gran revolución de octubre.

—Es algo... largo, ¿no te parece?

—Y aunque lo fuera. Es un nombre hermosísimo, y muy popular. ¿Sabes? El otro día Fimka Popoya, bautizó a su hija y le puso Octubrina. Incluso los periódicos trajeron la gacetilla sobre la ceremonia. Su marido estaba encantado. ¡Vaya estúpido ciego!

—Sonia, no vas a querer insinuar que... —¡Vamos! ¡Ya salió el respetable moralista! ¡Valiente santita está hecha la tal Fimka...! En fin, ¡qué se vaya al diablo...! Pero si se figura que va a ser la única que salga en los periódicos por el bautizo de una hija... He copiado otros nombres; hermosos nombres modernos; hay Marxina, de Carlos Marx, Comunera... Se oyó un ruido bajo la mesa.

—¡Oh, qué asco de zapatillas! —exclamó la camarada Sonia, y doblándose sobre su asiento, alargó una pierna, mientras tanteaba el suelo con el pie, en busca de su zapatilla. Por fin la encontró, y cogiéndola por el tacón, viejo y gastado, se la enseñó a su marido—. Fíjate qué porquería tengo que llevar — se lamentó—, como si no me faltaran ya bastantes cosas para el hijo que tiene que nacer. ¡Verdaderamente, has elegido un buen momento para ponerte a escribir tus obras literarias y echarlo todo a perder, borracho imbécil!

—No vuelvas a empezar, Sonia. Ya sabes que, al fin y al cabo, no me puedo quejar de la forma en que han ido las cosas. —En fin, espero que por lo menos tu amigo Kovalensky será fusilado con todos los requisitos, y que su proceso será algo que meta ruido. Procuraré que las mujeres de Zhenotdel organicen una manifestación de protesta contra los especuladores y los aristócratas. Siguió hojeando el calendario, y añadió:

—¿Ves tú? Otro excelente nombre moderno para una niña sería Tribuna o Barricada, o, si lo preferimos algo adecuado al espíritu de la nueva ciencia, Universidad.

—Me parece demasiado largo Universidad —dijo Pavel. —Por mi parte, prefiero Octubrina. Es más simbólico.

—Si, como espero, tenemos una niña, Octubrina Syerov me parece un nombre estupendo para una mujer que ha de ser la dueña del porvenir. ¿Tú qué prefieres, Pavel, un varón o una niña?

—Mientras no sean dos gemelos —dijo Pavel—, lo mismo me da.

—Esta observación no me gusta. Demuestra que tú...

Llamaron a la puerta en una forma inusitadamente violenta.

Syerov levantó la cabeza y contestó, dejando caer el periódico:

—¡Adelante!

Andrei Taganov entró y cerró la puerta.

La camarada Sonia dejó caer su calendario.

Syerov se levantó lentamente:

- Buenas noches —dijo Andrei.
- Buenas noches —contestó Pavel, de pie, mirándole con fijeza.
- ¿Qué buen viento te trae, camarada Taganov? preguntó la camarada Sonia en voz baja, ronca y amenazadora.
- Andrei fingió no haberla oído. Dijo sólo, dirigiéndose a Syerov:
- Necesito hablarte, Syerov.
- Puedes hacerlo —contestó Syerov sin moverse.
- He dicho que deseo hablarte a solas.
- Te digo que hables.
- Di a tu mujer que salga un momento.
- Entre mi marido y yo no hay secretos —dijo la camarada Sonia.
- Sal de aquí —dijo Andrei sin levantar la voz —y aguarda en el pasillo.
- Pavel si él...
- Vale más que te vayas, Sonia —asintió Pavel sin mirarla, con los ojos fijos en Andrei.

La camarada Sonia dejó oír una tosecita que parecía una sonrisa irónica.

—Por lo visto, el camarada Taganov sigue dándoselas de fuerte, ¿eh? Bien; dentro de poco veremos en qué para todo eso.

Se cruzó el quimono, cubriéndose el vientre como pudo, tomó un cigarrillo y salió al pasillo, arrastrando las zapatillas.

—Me figuraba —dijo Syerov— que durante estos últimos días habías aprendido una lección.

—En efecto, la he aprendido —contestó Andrei.

—¿Pues qué más quieres?

—Vale más que mientras hablamos te pongas los zapatos. Vas a tener que salir, y no se puede perder tiempo.

—¡Ah, sí! Celebro que me comuniqués este secreto, porque de otro modo te hubiera dicho que no tengo la menor intención de salir. Quizá no la tenga, realmente. ¿Y adonde tendría que ir, según el camarada Taganov?

—A hacer poner en libertad a Leo Kovalensky.

Pavel Syerov se dejó caer pesadamente sobre una silla, y sus pies esparcieron las cascarras de semillas de girasol por toda la estancia.

—¿Qué te pasa, Taganov? ¿Te has vuelto loco?

—Será mejor que te estés quieto y me escuches. Te diré lo que debes hacer.

—¿Me dirás lo que debo hacer? ¿Por qué?

—Después te diré la razón. De momento, te vestirás y te irás a encontrar a tu amigo; ya sabes a quién me refiero: al alto funcionario de la G. P. U.

—¿A estas horas?

—Si es necesario, hazle levantar de la cama. Lo que le dirás y cómo se lo dirás no es cosa mía. Lo único que quiero es que Leo Kovalensky sea puesto en libertad dentro de cuarenta y ocho horas.

—Y ahora, ¿quieres enseñarme la varita mágica de virtudes que me hará hacer eso?

—Es una varita hecha de un pedazo de papel, Syerov; o mejor dicho, de dos.

—¿Escritos por quién?

—Por ti.

—¿Cómo?

—Para hablar con más exactitud, son unas fotografías de una esquila tuya. Pavel Syerov se levantó lentamente y se apoyó con ambas manos sobre la mesa.

—Taganov, maldito animal, el momento no me parece indicado para bromear.

—Celebro que puedas creer que se trata de una broma. Pero no me parece una opinión prudente.

—¿Ah, sí? Bueno; voy en seguida a ver a mi amigo. Y tú verás a Leo Kovalensky, y mucho antes de cuarenta y ocho horas. Procuraré que te encierren en una celda al lado de la suya, y ya veremos qué documentos puedes...

—Te he dicho que hay dos fotografías. Lo que sucede es que yo no tengo ni siquiera una.

—¿Qué? ¿Qué has hecho?

—Tengo dos amigos en quienes puedo confiar. Es inútil que te esfuerces en buscar sois nombres, y supongo que me conoces lo suficiente para descartar la idea de la cámara de tortura de la G. P. U., si por casualidad se te ha ocurrido. Las instrucciones que les he dado son de que, si me sucediera algo antes de que Leo Kovalensky fuera puesto en libertad, envíen las fotografías a Moscú. Lo mismo deberán hacer si me sucediera algo después de su liberación.

—¡Maldito...!

—Supongo que no querrás que esas fotos lleguen a Moscú. Si llegara ese caso, tu amigo no podría salvar tu vida, ni quizás la suya. Por lo demás, no tienes que preocuparte de que yo te pueda ocasionar ninguna molestia. Lo único que tienes que hacer es obtener la libertad de Kovalensky y no hablar más del asunto. No oirás hablar más de las fotos, ni tendrás por qué verlas. Pavel Syerov se pasó el pañuelo por la frente.

—¡Estás mintiendo! —dijo con voz ronca—. No tomaste ninguna foto.

—Quizá no —repuso Andrei—. ¿Quieres hacer la prueba?

—Siéntate —dijo Syerov cayendo sobre el diván. Andrei se sentó al borde de la mesa y cruzó las piernas.

—Óyeme, Andrei; entendámonos —dijo Syerov—. Tienes el látigo por el mango, lo reconozco. Pero ¿sabes lo que pides?

—Tan bien como tú mismo.

—Pero, Andrei, por el amor de Dios, se trata de un caso grave, y hemos organizado una campaña de propaganda formidable: los diarios ya tienen a punto los grandes titulares para...

—No tienes más que detenerlos.

—Pero, ¿cómo puedo hacerlo? ¿Cómo puedo pedírselo? ¿Qué puedo decirle a ese hombre?

—Eso no es cosa mía.

—Pero, después que me ha salvado a mí...

—No olvides que también él tiene interés en el asunto. Puede tener amigos en Moscú, pero también puede tener enemigos.

—Pero, óyeme...

—Y cuando un miembro del Partido no puede salvarse, su situación es peor que la de un especulador particular; lo sabes tan bien como yo. Y también puede servir para una propaganda de primer orden.

—Andrei, uno de nosotros dos se ha vuelto loco. No sé comprender. .. ¿Por qué quieres que pongan en libertad a Kovalensky?

—Eso no te importa.

—¿Y a qué santo te metes ahora a ser un Ángel de la Guarda, después que fuiste tú quien empezó la investigación en todo este asunto? Porque sabes muy bien que fuiste tú quien empezó.

—Tú mismo me has dicho que había aprendido una lección. —Pero, Andrei, ¿ya no sientes la dignidad del Partido? Necesitamos hacer un ejemplo contra los especuladores, ahora más que nunca, con lo grave que es la situación de los abastos...

—Todo esto ya no me interesa.

—¡Maldito traidor! ¡Cuando devolviste la carta, tú mismo aseguraste que no había copia ninguna!

—Quizá mentí en aquel momento.

—Veamos; hablemos con calma. Toma un cigarrillo.

—No, gracias.

—Óyeme, Andrei, hablemos como buenos amigos. Retiro todo lo que te he dicho, y te ruego que me excuses. Debes reconocer que tengo razón: la situación es para hacer perder la cabeza a cualquiera. Bien. Tú juegas tu partida, y yo la mía; reconozco que he cometido una equivocación, pero ni tú ni yo somos angelitos inocentes, de modo que podemos entendernos. Eramos buenos amigos antes: ¿no te acuerdas? Podemos hablar en confianza.

—¿De qué?

—Puedo hacerte una proposición, Andrei; algo que vale la pena. Mi amigo puede hacer mucho si yo le digo dos palabras, y creo que tú lo sabes.

También creo que sabes que tengo bastante influencia con él para poder llevar o no a alguien ante el piquete de ejecución. Tú, por lo visto estás aprendiendo estas mismas artes, y sabes valerte estupendamente de ellas: lo reconozco. En fin, ya nos entendemos. Ahora vamos a otra cosa. Supongo que ya sabes que tu posición en el Partido no es muy brillante; mejor dicho, es francamente mala, especialmente después del discursito que nos has echado esta tarde. En fin, cuando llegue la próxima depuración, no lo vas a pasar muy bien.

—Ya lo sé.

—El resultado puede darse por seguro, ¿sabes?

—Sí.

—Entonces, ¿qué dirás del siguiente contrato? Tú dejas este asunto, y yo haré que conserves el carnet, e incluso que obtengas el cargo que quieras en G. P. U., con el sueldo que tú mismo fijes. No habrá preguntas, ni disputas, ni mal humor. Cada uno tiene que hacer su camino. Y tú y yo... podemos ayudarnos mucho. ¿Qué dices a esto?

—¿Qué te hace suponer que tengo interés en permanecer en el Partido?

—¡Andrei!

—No te preocupes por ayudarme en la próxima depuración. Pueden expulsarme del Partido, pueden llevarme ante el piquete, o puede atropellarme un auto. El resultado, por lo que se refiere a ti, será el mismo, ¿comprendes? ¡Pero no toques a Kovalensky! ¡Procura que nadie lo toque! Guárdalo como si fuera tu hijo, y no tengas cuidado por lo que me pueda ocurrir a mí. No soy yo su Ángel de la Guarda, sino tú.

—Andrei —gimió Syerov—, ¿qué es para ti ese maldito aristócrata?

—Ya te he contestado una vez a esta pregunta. Syerov se levantó vacilando, e intentó un supremo esfuerzo:

—Oye, Andrei; tengo que decirte una cosa. Creía que ya estabas enterado, pero ahora comprendo que no. Prepárate a oírme y no me mates a la primera palabra. Sé que hay un nombre que tú no quieres que lo pronuncie, pero yo lo voy a pronunciar. Se trata de Kira Argounova.

—¿Qué tienes que decirme?

—Óyeme; no son horas de andarse con rodeos, ¿verdad? ¡Qué diablo! ¡Es evidente que ahora no se trata de eso! Pues bien: tú la quieres y te acuestas con ella desde hace más de un año... Espera: déjame acabar. Durante todo este tiempo ha sido la amante de Leo Kovalensky. Y si no quieres creerlo, investiga y lo sabrás.

—¿Para qué investigar? Ya lo sé.

—¡Ah! —dijo Syerov, balanceándose y mirando a Andrei. Luego prorrumpió en una carcajada.

—Realmente —continuó— hubiera debido comprenderlo.

—¿Qué más? —dijo Andrei.

—Sí; hubiera debido comprenderlo —prosiguió Syerov—, he aquí por qué el santo del Partido se pone a redentor: ¡Imbécil! ¡Pobre visionario virtuoso y loco! De modo que ésta es la gran obra que estás cumpliendo. Hubieras debido tener presente que el heroísmo avasallador es una enfermedad incurable. Adelante, Andrei. Pero ¿no te queda ya ni pizca de sentido común? ¿Ni una migaja de orgullo?

—Oye —replicó Andrei—. Ya hemos hablado bastante. Parece que estás muy bien informado de mis asuntos. Pues podrías saber también que no cambio de opinión.

Pavel Syerov tomó el abrigo, y se lo puso poco a poco, mientras sus labios sonreían sarcásticamente.

—Muy bien, rey Arturo, o quienquiera que seas; sí, rey Arturo de la espada redentora. Por esta vez, has vencido. Es inútil amenazarte con represalias. Aunque no lo hiciera yo, ya se encargaría otro. Dentro de un año nadie se acordará de este asunto. Yo dirigiré los ferrocarriles de la U. R. S. S. y compraré pañales de seda para mi criatura. Y tú tendrás que hacer cola para que te den de limosna un plato de sopa, y tal vez te lo darán. Pero en cambio tendrás la satisfacción de saber que tu amada vive con el hombre que odias.

—Sí —dijo Andrei—, estoy de acuerdo contigo, camarada Syerov, te deseo mucha suerte.

—Lo mismo te digo, camarada Taganov.

Kira estaba sentada en el suelo, doblando la ropa blanca de Leo y volviéndola a guardar en los cajones de la cómoda. Sus vestidos estaban hechos un montón delante del armario abierto. Cada vez que se movía, volaban a su alrededor papeles de los que los soldados habían echado por el suelo. De las almohadas seguían cayendo plumas, como copos de nieve.

Kira llevaba dos días sin salir de casa. No había sabido nada del mundo más allá de las cuatro paredes de su cuarto. Galina Petrovna había llamado una vez por teléfono, y había gimoteado un poco. Kira le había dicho que no se preocupara y que le hiciera el favor de no ir a verla, y Galina Petrovna no había ido. Los Lavrov estaban convencidos de que su vecina no se había afectado por la tragedia. No la oían llorar, ni observaban nada de especial en la esbelta figura que de vez en cuando atravesaba su estancia para dirigirse al cuarto de baño; lo único que veían era que parecía cansada, porque sus miembros caían con abandono y permanecía en extrañas posiciones, dando la impresión de que para moverlos se necesitaba un gran esfuerzo; en cuanto a sus ojos, estaban persistentemente fijos en un punto, y sólo gracias a un esfuerzo todavía más considerable lograba mover sus pesados párpados. Kira estaba sentada en el suelo, y doblaba las camisas, alisando las arrugas; luego las guardaba cuidadosamente en el cajón, sosteniéndolas sobre las palmas de las manos. En una de las camisas, se veían las iniciales de

Leo bordadas sobre el pecho. Cuando oyó abrirse la puerta, Kira no levantó la cabeza.

—¡Hola, Kira! —dijo una voz.

Y Kira cayó hacia atrás, contra el cajón que se cerró violentamente. Leo la estaba mirando, y sus labios plegados hacia abajo no sonreían ni acusaban rastro alguno de color; y los surcos que bordeaban sus ojos eran azules y profundos como si los hubiera pintado un pintor aficionado.

—Por favor, Kira, nada de histerismo... —dijo con aire fatigado. Kira se levantó lentamente, y se quedó con los brazos colgados; luego se pasó los dedos por la sien derecha, mirándole con incredulidad, sin atreverse a tocarle.

—Leo... Leo, ¿de veras estás en libertad?

—Sí. En libertad. Me han echado.

—Pero, Leo... ¿cómo... cómo ha podido ser?

—¿Qué sé yo? Creía que tú sabrías algo.

Kira le besó los labios, el cuello, los músculos que asomaban por el arrugado cuello de la camisa, las manos. El le acariciaba los cabellos, y miraba con indiferencia, por encima de su cabeza, la estancia en desorden.

—Leo —murmuró ella mirándole a los ojos sin expresión—, ¿qué te han hecho?

—Nada.

—¿Te han... te han... ? Me habían dicho que alguna vez... —No; no me han torturado. Dicen que tienen una celda para esto, pero no he tenido el privilegio de conocerla. Tenía una celda para mí solo y tres comidas al día, pero lo que nos daban era horrible. Me he pasado dos días pensando qué diría ante el pelotón de ejecución. Un pasatiempo como otro cualquiera... Kira le quitó el abrigo, le quitó los chanclos, apoyando por un momento la cabeza sobre sus rodillas; luego, inclinándose todavía más ató el lazo de su zapato con dedos temblorosos.

—¿Me queda todavía ropa limpia? —preguntó él.

—Sí... Te la doy en seguida... pero, aguarda, Leo... quisiera saber... no me has dicho...

—¿Qué quieres que te diga? Creo que el asunto está concluido.

Me recomendaron que procurase no ir por tercera vez a la G. P. U. —y añadió con indiferencia—: Creo que tu amigo Taganov ha tenido que ver con mi libertad.

—¿El?

—¿No se lo pediste?

—No —dijo ella levantándose—. No se lo pedí. —Estropearon la cama y los muebles.

—¿Quiénes? ¡Ah, quieres decir cuando vinieron a hacer el registro...! o... sí... creo que sí... ¡Leo! —gritó de pronto, tan de pronto que él la miró sorprendido—. Leo, ¿no tienes nada que decirme?

—¿Qué quieres que te diga?

—¿No estás... no estás contento de volver a verme?

—Claro está que sí. Eres muy bonita, pero deberías peinarte.

—Leo... ¿pensabas en mí, allí?

—No.

—¿No... no pensaste en mí?

—No. ¿Para qué? ¿Para facilitar las cosas?

—Leo... ¿me quieres?

—¡Qué pregunta! ¡Vaya un momento para preguntarme si te quiero...! Kira, te estás volviendo una pobre mujer vulgar... No te sienta bien... realmente no te sienta bien...

—Perdona, querido; tienes razón. Es absurdo. Ni sé por qué te lo he preguntado. ¡Eres tan raro! Te preparo la ropa y algo de comer. No has comido, ¿verdad?

—No; no tengo apetito. ¿Tienes algo que beber?

—Leo... ¿No vas a volver a empezar?

—Déjame solo. ¡Por favor, vete al infierno! Vete a casa de tus padres... o donde quieras...

—¡Leo! —le miró fijamente, incrédula, con la mano todavía en los cabellos—. Leo, ¿qué te han hecho?

La cabeza de Leo se reclinaba sobre el respaldo del sillón, y Kira miraba el vacilante triángulo blanco que formaba su barbilla y su cuello; luego Leo habló, sin mover más que los labios, en voz incolora y monótona.

—Nada ni nadie puede hacerme nada ya. Nadie, ni tú, ni los demás. Nadie podía hacerme daño, excepto tú; y ahora ni siquiera tú lo puedes... Nadie...

—¡Leo! —Kira sacudió furiosamente, sin compasión, el blanco rostro abandonado—. ¡No debes dejarte vencer de este modo, Leo!

El la tomó de la mano y la apartó.

—¿Quieres volver a la tierra de una vez? ¿Qué quieres? ¿Que entone himnos a la vida, mientras de vez en cuando me llevan a pasar unos días a la G. P. U.? ¿Temes que me hayan descuartizado? ¿Temes que se hayan apoderado de mí? ¿Quieres que todavía me quede algo que ellos no puedan alcanzar, para poder sufrir mejor? ¿Acaso me haces un favor, queriéndome tanto? ¿No crees que serías más amable si me dejases caer, y todavía mejor si me ayudases en mi caída? De este modo me pondría al unísono con estos tiempos, y no sentiría ya jamás nada... nada... nunca más.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —gritó Kira.

Entró Andrei Taganov. —Buenas noches Andrei— contestó Kira.

Leo, con un esfuerzo, levantó la cabeza y se quedó asombrado al ver a Andrei.

—No sabía que ya hubiera salido —dijo éste, mirándole—. —Sí; ya estoy fuera. Creí que lo esperaba usted. —Sí, pero no pensé que llevarsen tanta prisa. Siento haber venido así. Comprendo que preferirán no ver a nadie.

—No importa, Andrei —dijo Kira—. Siéntese.

—Debo decirle algo, Kira —y añadió, volviéndose hacia Leo—: ¿Tiene usted inconveniente en que hable un momento a solas con Kira?

—Sí —dijo Leo con calma—. ¿Tiene usted secretos con Kira?

—¡Leo! —exclamó ella, y su voz resonó violenta como una explosión—. Venga, Andrei.

—No —dijo tranquilamente éste, sentándose—. No es necesario. No se trata de ningún secreto. —Y aclaró, volviéndose hacia Leo—: Quería sencillamente evitarle a usted la necesidad... de quedarme agradecido. Pero tal vez vale más que lo sepa. Siéntese, Kira. No hay inconveniente. Se trata de cómo ha podido salir de la G. P. U.

Leo le miraba fijamente, en silencio, un poco inclinado hacia delante.

Kira estaba de pie, con los hombros encorvados, las manos cogidas detrás de la espalda como si se las hubieran atado. Sus ojos se encontraron con los de Andrei. Los de éste eran limpios y serenos.

—Siéntese, Kira —dijo Andrei, casi amablemente. Ella obedeció en silencio, sin dejar de mirarle. —Hay algo que los dos deben saber para su defensa. No he podido decírselo antes, Kira; quería estar seguro del éxito. Ha salido bien. Ya supongo que sabrá usted a quién debe su libertad: a Pavel Syerov. Pero también quiero que sepa quién está detrás de él, para el caso de que fuera necesario.

—Supongo que es usted, ¿no es verdad? —preguntó Leo.

—¡Leo, por favor, cállate! —dijo Kira volviendo la cabeza para no encontrar sus ojos.

—Se trata de una carta —prosiguió Andrei con calma—, una carta que escribió Syerov, ya sabe usted en qué ocasión. Aquella carta me fue enviada por otra persona. Pero Syerov tiene amigos poderosos, y esto le ha salvado. Ahora bien. Syerov no es muy valiente, y esto le ha salvado a usted. Aquella carta fue destruida. Pero yo le he dicho que poseía dos fotografías y que se las había entregado a dos amigos míos de toda confianza, con el encargo de enviarlas a Moscú, a las autoridades superiores, en caso de que usted no hubiera sido puesto en libertad. El asunto está concluido y no creo que le molesten más; pero quiero que sepa esto para que en caso de necesidad pueda utilizarlo para con Syerov. Procure que crea que está usted enterado de que las dos fotos están en manos seguras, y a punto de ser remitidas a Moscú en cuanto él haga algo contra usted. Y nada más. Espero que no habrá necesidad de recurrir a ello; pero siempre es una protección útil en estos tiempos... y sobre todo con un pasado social como el suyo.

—¿Y... las fotografías? —murmuró Kira—. ¿Quién las tiene, en este momento?

—No existen —dijo Andrei.

Un camión pasó con gran estrépito por debajo de la ventana, y los cristales temblaron, rompiendo el silencio.

Los ojos de Andrei encontraron los de Kira, pero se separaron en seguida porque Leo les estaba mirando.

Fue Leo quien habló primero. Se levantó, se acercó a Andrei, y dijo, mirándole:

—Supongo que debo darle las gracias. Hágase cargo de que se las he dado. Pero no puedo decirle que se lo agradezco desde el fondo de mi corazón, porque en el fondo de mi corazón, hubiera preferido que me hubiera dejado donde estaba.

—¿Porqué? —preguntó Andrei, mirándole a su vez.

—¿Cree usted que Lázaro agradeció a Jesús que le hiciera resucitar de la tumba? Por mi parte, no creo que se lo agradeciera más que yo a usted.

—Recobre usted el tino —dijo Andrei. Leo se encogió de hombros y no contestó. Andrei prosiguió:

—Ahora tendrá usted que cerrar su establecimiento. Procure encontrar empleo, a ser posible poco destacado. Será una cosa antipática, pero no habrá otro remedio.

—¡Si puedo!

—Puede y debe. ¡Le queda a usted tanto en este mundo!

—Sí —dijo Leo, y Kira le observó mientras él miraba a Andrei. Luego se levantó y preguntó:

—Andrei, ¿por qué nos ha contado esto de la carta de Syerov?

—Para que lo sepan en el caso... en el caso de que me ocurriera algo.

—¿Qué puede ocurrirle, Andrei?

—Nada... nada que yo sepa —contestó él poniéndose en pie—. Supongo que me expulsarán del Partido.

—Pero para usted el Partido tenía una gran importancia, ¿no es así?

—Sí... mucha importancia.

—Y cuando se pierde algo que vale mucho... ¿cree usted que lo mismo da?

—No. Para mí sigue teniendo importancia.

—¿Odiará usted al Partido porque le expulsa?

—No.

—¿Se lo perdonará algún día?

—No tengo nada que perdonar. Porque, ¿sabe usted?, tengo mucho que agradecer al Partido por lo que hizo antes, cuando... cuando pertenecía a él. No quisiera que tuvieran la impresión de que han sido injustos conmigo. Nunca podré decirles que les comprendo, pero quisiera que lo supieran.

—Tal vez se preocupen... aunque no tengan ya derecho a interrogarle. .. por una vida que pueden haber destrozado...

—Si pudiera pedirles un favor, cuando me expulsen, les pediría que no se ocupasen más de mí. De modo que... en los anales del Partido... No quisiera ser una herida, sino un recuerdo soportable. De ese modo, también mis recuerdos se podrían soportar.

—Creo que... si lo supieran... le darían esta satisfacción.

—Se lo agradecería... si pudiese.

Y volviéndose, tomó la gorra de encima de la mesa y añadió mientras se abotonaba la chaqueta:

—Ahora tengo que marcharme. ¡Ah! Otra cosa. No vea a Morozov. Me han dicho que va a salir de la ciudad; pero volverá y urdirá alguna nueva combinación. No se le acerque usted. Él siempre encontrará la manera de salirse de apuros, y a usted le tocará sufrir las consecuencias.

—¿Volveremos a verle... Andrei? —preguntó Kira.

—Claro que sí. Durante algún tiempo estaré muy ocupado; pero luego volveré. Buenas noches.

—Aguarde un momento —dijo Leo de pronto—, quiero preguntarle una cosa.

Y acercándose a Andrei, con las manos en los bolsillos, preguntó poco a poco, como dejando escapar las palabras entre sus labios apretados:

—¿Por qué ha hecho usted todo esto? ¿Qué representa exactamente Kira para usted?

Andrei miró a Kira, que permanecía inmóvil, erguida y silenciosa, esperando que fuera él quien contestase a la pregunta.

—Precisamente una amiga —dijo Andrei volviéndose hacia Leo.

—Buenas noches —dijo éste.

La puerta se cerró, y poco después oyeron cerrarse también la del cuarto de los Lavrov, y sucesivamente abrirse y cerrarse tras de Andrei la puerta del rellano. Entonces Kira dio de pronto un salto hacia adelante. Leo no le vio la cara, pero la oyó prorrumpir en un gemido que parecía un grito. Y antes de que él se diera cuenta, Kira estaba ya fuera de la estancia, y la puerta se cerraba violentamente en pos de ella, haciendo temblar la lámpara del techo.

Kira bajó la escalera corriendo y salió a la calle. Estaba nevando. Sintió el aire frío, como un chorro hirviente de vapor que hiriese su cuello desnudo; los pies, en sus ligeras zapatillas, le parecieron volverse ligeros e inmatrimales al contacto de la nieve. Vio alejarse la alta figura de Andrei, y le llamó:

—¡Andrei!

—¡Kira... sin abrigo, con esta nieve! —dijo él volviéndose súbitamente. Y cogiéndola del brazo la llevó de nuevo hasta su casa, dejándola en el pequeño y oscuro vestíbulo, al pie de la escalera. —Vuélvete arriba, inmediatamente —ordenó.

—Andrei —balbució ella—; Andrei, yo...

A la luz de un farol de la calle, Kira le vio sonreír con dulzura, tiernamente, mientras le secaba la nieve de los cabellos. —¿No crees que está mejor... así, Kira? —murmuró—. ¿No crees que vale más no decir nada, y dejarlo todo en... nuestro silencio, en este sentimiento de que los dos lo comprendemos y de que todavía siguen uniéndonos tantas cosas?

—Sí, Andrei —murmuró ella.

—No te preocupes por mí. Me lo has prometido, ¿te acuerdas? ¡Ahora vetel! Te resfriarás.

Kira levantó la mano, y sus dedos rozaron la mejilla de Andrei, lentamente, casi sin tocarla, desde la cicatriz de la sien hasta la barbilla, como si sus dedos temblorosos pudieran decir algo que ella no era capaz de expresar. El la tomó de la mano y puso sus labios en la palma, por un largo momento. Por la calle pasó un carro, y por los cristales del portal entró de súbito un poco de luz en la portería, tocó sus cabezas, y desapareció. Andrei soltó su mano. Kira se volvió y subió lentamente la escalera. Oyó abrirse y cerrarse tras sí la puerta, pero no miró hacia atrás.

Cuando entró en la habitación, Leo estaba telefoneando. Le oyó decir:

—¿Tonia? Sí; acabo de salir ahora mismo. Ya se lo contaré todo. Claro; venga en seguida y traiga algo que beber... En casa no tengo ni una gota de nada...

Andrei Taganov fue trasladado de la G. P. U. a la biblioteca de la casa-cuna Lenin del Centro de amas de casa del arrabal de Lesnoe. El centro estaba instalado en una antigua iglesia. Las paredes eran de madera vieja, y el viento penetraba en el interior, agitando los pasquines. Una viga de madera basta sostenía una techumbre que amenazaba ruina; una sola ventana, parte de cuyos cristales habían sido sustituidos por tablas, iluminaba el local, y una vieja *bourgeoise* de hierro colado lo llenaba de humo. En lo que en otro tiempo había sido altar, había una bandera de algodón rojo, y las paredes estaban cubiertas por retratos de Lenin, sin marco, recortados de periódicos ilustrados: Lenin niño, Lenin estudiante, Lenin en el Consejo de Comisarios del pueblo, Lenin en su ataúd. Había unos cuantos estantes con libros en rústica, un gran cartel con la consigna "Proletarios del mundo entero, unios" y un busto en yeso de Lenin, con una herida de cola a través de la barba.

Andrei Taganov se esforzaba en resistir su nueva situación. A las cinco, cuando se encendían las luces en los escaparates de las tiendas, y empezaban a correr por las calles oscuras las brillantes perlas de colores de los tranvías, Andrei salía del Instituto y se dirigía a Lesnoe. En el vehículo lleno de gente, se sentaba junto a una ventanilla, comía un bocadillo para sustituir el almuerzo que no había podido tomar, y tendía a la ceñuda cobradora un billete blanco, arrancado del taco de treinta que le habían dado

juntamente con su sueldo mensual. De seis a nueve permanecía en la biblioteca de la casa-cuna Lenin del Centro de amas de casa; solo, catalogando libros, pegando cubiertas desgarradas, echando leña a la *bourgeoise*, ordenando los libros en los estantes, y diciendo, cada vez que, sacudiendo la nieve de sus pesadas botas de fieltro, entraba la figura de una mujer envuelta en un oscuro mantón gris:

—Buenas tardes, camarada. No, *El abecé del comunismo* no ha llegado todavía. Sí, camarada; le guardo a usted el libro que me encargó. Sí; es un excelente libro, camarada Samsonova, muy instructivo y estrictamente proletario... Sí, camarada Danilova, el Consejo del Partido lo recomiendo como muy útil para la educación política de los obreros conscientes... Camarada, de ahora en adelante haga el favor de no hacer dibujos en los libros de la Biblioteca... Sí, camarada; ya lo sé, la estufa no funciona bien; no tenemos ninguna estadística de nacimientos... Desde luego, camarada Selivanova, es aconsejable leer todas las obras de Lenin para comprender la ideología de nuestro gran jefe... Camarada, ¿quiere hacer el favor de cerrar la puerta...? Lo siento, camarada, no tenemos retretes... No, camarada Ziablova, no tenemos novelas de amor... No, camarada Ziablova, no puedo acompañarle al baile el domingo... No, camarada, *El abecé del comunismo* no ha llegado todavía...

En las oficinas de la G. P. U. se murmuraba: —Deja que el camarada Taganov aguarde la próxima depuración. Pero el camarada Taganov no la aguardó.

Un sábado por la tarde estaba haciendo cola ante la cooperativa del distrito para que le dieran su ración de víveres. La cooperativa olía a petróleo y a cebolla podrida. Junto al mostrador había un barril de *choucroute*, un saco de guisantes secos, una lata de aceite de linaza y un montón de pedazos de jabón azulado; sobre el mostrador humeaba una lámpara de petróleo y por la espaciosa sala desnuda zigzagueaba una hilera de clientes. No había más que un dependiente, con un orzuelo en un ojo y un aire de insuperable pereza en todo su cuerpo.

Delante de Andrei, en la cola, había un hombrecito con una mancha verdosa sobre la nuca, que el cuello raído de su viejo abrigo dejaba al descubierto. Jugueteara nerviosamente con su cartilla, y se volvía constantemente a mirar a los que formaban la cola detrás de él. Su cuello era flaco y rugoso, y su nuez de Adán, prominente y del mismo color que las patas de una gallina. Continuamente estaba rascándose y husmeando ruidosamente, porque estaba resfriado.

Volviéndose a Andrei, dijo, con un amistoso guiño: —Camarada del Partido, ¿verdad? —y señaló la estrella roja que Andrei llevaba en el ojal—. Yo también. Sí. Miembro del Partido. Aquí está mi estrella. Hace frío, ¿verdad, camarada? Mucho frío. Espero que no habrán terminado los guisantes antes de que nos toque el turno, camarada. Van muy bien para la sopa. Verdadera-

mente, la carne también hace falta; pero le enseñaré un truco: los deja usted en remojo toda la noche, luego los hace hervir en agua clara, y cuando estén casi cocidos, echa una cucharada de aceite de linaza; la sopa queda con unas lunas de grasa que no parece sino que haya usted echado carne de veras. Realmente, es una sopa sabrosísima, y espero que no habrán terminado los guisantes cuando nos llegue la vez. No es muy listo que digamos el dependiente ese, pero en fin, no hay que quejarse. No; no crea usted que me quejo.

Miró a la cola, contempló su cartilla, contó los cupones, se rascó la nuez, y murmuró confidencialmente:

—Espero que no habrán terminado los guisantes. Y otra cosa; quisiera que nos lo dieran todo de una sola vez, en lugar de tener que estar hoy dos horas haciendo cola aquí por los "varios", mañana otras dos horas por el pan, y pasado mañana otra vez aquí para el petróleo. La semana próxima dicen que darán manteca de cerdo. Será un acontecimiento, ¿verdad? Esta semana, en el distrito once han dado grasa vegetal, y a nosotros no nos dan. Pero en cambio a ellos hace dos meses que no les dan jabón, y nosotros lo hemos tenido, y no malo. ¡Fíjese! ¡Que me muera si no es jabón de primera calidad! Cuando llegó la vez a Andrei, el dependiente le dio sus raciones, cogió los cupones con impaciencia y refunfuñó:

—¿Qué es eso, ciudadano? Su cupón está medio rasgado.

—No sé —dijo Andrei—, debo haberlo rasgado por casualidad.

—¡Pues hubiera podido no aceptárselo! No hay que rasgarlos. Luego a mí no me queda tiempo para comprobar todas las cartillas. Procure que el mes que viene no suceda eso, ciudadano.

—¿El... mes que viene? —preguntó Andrei.

—Sí, el mes que viene, y el año que viene y todo, si no quiere quedarse con la barriga vacía... A ver, ¡el siguiente! Andrei salió de la cooperativa con una libra de *choucroute*, un litro de aceite de linaza, un pedazo de jabón y dos libras de guisantes. Anduvo lentamente por las calles cubiertas de una capa blanca y dura de nieve immaculada, en la que sus tacones, al hundirse, dejaban profundas huellas. En los faroles, la nieve brillaba como cristales de sal, y en los amarillos conos de luz proyectados por los escaparates centelleaba como un polvillo de fuego. Bajo una densa cortina de hielo, un cartel ostentaba un gigante en traje encarnado que levantaba sus dos brazos imperiosamente, con aire de triunfo y de éxtasis, hacia una roja inscripción: "Somos los fundadores de una nueva humanidad."

Los pasos de Andrei eran seguros y serenos, porque Andrei Taganov, cuando había tomado una decisión, estaba sereno y seguro.

Cuando entró en su cuarto, dejó los paquetes encima de la mesa y encendió la luz. Se quitó la gorra y la chaqueta de cuero y las colgó de una percha, en un rincón. Un rizo se le caía sobre la frente; se lo echó hacia atrás con un

movimiento largo y lento. La chimenea estaba encendida y la habitación caldeada. Andrei se puso en mangas de camisa.

Miró lentamente a su alrededor. Recogió los libros que estaban por el suelo y los amontonó cuidadosamente sobre la mesa. Encendió un cigarrillo y se paró en medio de la estancia, con los codos pegados al cuerpo como un figurín de cera, sin mover más que el brazo para llevarse a los labios apretados el cigarrillo que sostenía entre sus largos dedos. Nada se movía en la estancia excepto aquel brazo, el humo que subía lentamente desde los labios de Andrei, y la ceniza que iba cayendo al suelo.

Cuando sintió que se le quemaban los dedos y que el cigarrillo se había terminado, arrojó la colilla a la chimenea y se acercó a la mesa. Se sentó, abrió los cajones uno tras otro y fue repasando su contenido. Fue sacando todos los papeles y amontonándolos encima de la mesa.

Luego se levantó y se acercó a la chimenea. Se arrodilló, puso un par de periódicos sobre el fuego y sopló sobre los carbones hasta que salieron unas vivas llamas anaranjadas. Añadió dos trozos de leña y se quedó mirando hasta que ardieron. Entonces, tomando el montón de papeles de la mesa, lo echó al fuego. Luego abrió las cajas que le servían de armario. Había cosas que no quería que nadie encontrase en su cuarto. Tomó un vestido de mujer, de seda negra, y lo echó al fuego. Vio rizarse lentamente la tela y salir una espesa y acre columna de humo. Pero sus ojos permanecieron serenos, sólo un poco asombrados. Luego echó al fuego un par de escarpines de raso negro, un pañuelo de encaje y una blusa de puntilla adornada de cintas. Una manga se quedó sobre el guardafuego; Andrei se inclinó y cogiéndola delicadamente la echó sobre la leña y sopló luego. La ceniza voló hasta su rostro. El se lo limpió cuidadosamente con un pañuelo, que volvió a guardarse en el bolsillo.

Luego encontró el "embajador americano", el juguete de cristal con su diablillo negro nadando en el líquido encarnado. Lo miró, vaciló, y luego lo puso con cuidado sobre las puntillas en llamas. El tubo se rompió y el líquido silbó sobre los carbones al convertirse en un pequeño chorro de vapor, mientras el "embajador" rodaba por entre los carbones encendidos.

Por fin tomó la camisa de crespón. De pie ante la chimenea, la sostuvo un momento entre las manos; sus dedos acariciaban poco a poco, dulcemente, aquel tejido sutil como un puñado de humo, y sus ojos miraban los dedos a través del delicado velo negro transparente.

Se arrodilló y lo puso sobre el fuego. Por un segundo, los carbones ardientes quedaron como oscurecidos por el velo negro; luego la camisa se estremeció como agitada por el viento y empezó a rizarse por el borde, mientras una leve llama azul se deslizaba rápidamente hasta el cuello.

Andrei se levantó y se quedó mirando los rojos hilillos de fuego que recorrían la negra tela y las contorsiones de ésta, que parecían respirar y luego se

enroscaba y desaparecía lentamente en una humareda sutil como su mismo cuerpo.

Largo rato estuvo mirando aquella cosa negra inmóvil, con sus relucientes bordes de fuego, que conservaba todavía la forma, pero había perdido toda transparencia.

Luego la tocó ligeramente con el pie, y la camisa se deshizo en sutiles copos negros que subieron por la chimenea. Se alejó y volvió a sentarse, con un codo apoyado sobre la mesa, el otro en una rodilla, con las manos inertes, los dedos rígidos e inmóviles, sin otra interrupción en su rigidez que las articulaciones; tan inmóviles que parecían haberse quedado detenidos en el aire. En un estante, un viejo despertador dejaba oír su lento tictac. El rostro de Andrei permanecía sereno, grave, y sus ojos miraban con dulzura, absortos y maravillados...

En la primera página de *Pravda*, enmarcadas por un gran cuadro negro, se leían estas palabras:

"El Comité Central de la Federación de todas las organizaciones comunistas hace constar su dolor por la muerte de un heroico combatiente de la Revolución, soldado que fue del Ejército Rojo y militante del Partido desde 1915, el camarada Andrei Taganov." Debajo, en otro grueso cuadro negro, se leía:

"El Comité de Leningrado de la Federación de todas las organizaciones comunistas tiene el dolor de anunciar la muerte del camarada Andrei Taganov. El entierro tendrá lugar mañana, en el Campo de las Víctimas de la Revolución, y el cortejo fúnebre saldrá del Instituto Smolny a las diez de la mañana." Un artículo de fondo de *Pravda* decía:

"Un nuevo nombre ha venido a sumarse a la gloriosa lista de los caídos en el campo del honor de la Revolución. Es un nombre que quizás muchos ignoren, pero que representa y simboliza las filas modestas de nuestro Partido, los héroes no cantados de nuestros días. En la persona del camarada Andrei Taganov pagamos el último tributo a los combatientes anónimos del ejército del proletariado. ¡El camarada Taganov ha muerto! Se ha dado a sí mismo la muerte, en una crisis de depresión nerviosa. Su salud, todo su cuerpo, ha sucumbido a la inmensa e incesante fatiga que le imponía su condición de miembro del Partido. Este ha sido su sacrificio por la Revolución. Este es el sacrificio de un Partido que no manda para recabar ninguna vanagloria personal, como los partidos que gobiernan en todos los países capitalistas, sino para tener el privilegio de asumir los trabajos más duros, las misiones más arduas al servicio de la colectividad. Y si se sintiera débil ante la empresa que le está confiada, que mire a la Federación de todas las organizaciones comunistas que nos guía y que no regatea ni esfuerzos, ni energías, ni vidas. Convirtamos el funeral rojo de un héroe del Partido en una ocasión de

rendir tributo a nuestros jefes. Que todos los obreros de Leningrado asistan al cortejo que ha de llevar a su última morada al camarada Taganov." En una oficina de la G. P. U., un hombre que sonreía enseñando las encías hablaba con Pavel Syerov.

—Después de todo —decía—, nos ha dado ocasión para meter un poco de ruido. ¿Pronunciarás tú el discurso fúnebre?

—Sí —replicó Syerov.

—No te olvides de su pasado en el Ejército Rojo y de todo lo demás. Espero que con eso cerraremos la boca a todos esos malditos estúpidos, a todos esos viejos esperpentos de 1905 que parecían demasiado inclinados a sacar a relucir sus carnets anteriores a la Revolución de octubre y a hacer averiguaciones sobre otras cosas, como, por ejemplo, el asunto Kovalensky.

—Descuida —aseguró Syerov.

Todos los obreros de Leningrado desfilaban tras un féretro rojo. Una fila tras otra, equipados como soldados unidos, sin prisa, como un muro, como los travesanos de una escala sin fin, avanzaban engullendo la Nevsky en su oleada lenta, rumorosa, creciente, de cuerpos humanos y de banderas, de cuerpos en ceñidos jerseys, de cabezas erguidas, de miles de pies que marcaban el paso como un solo par de botas gigantescas que hiciera estremecerse a la Nevsky entera, desde la estatua de Alejandro III hasta las columnas del Almirantazgo. Eran millares de cuerpos humanos que desfilaban gravemente llevando en alto, en un gesto de postrero saludo, a sus banderas rojas.

Como una muralla de color caqui, una fila tras otra, los soldados del Ejército Rojo desfilaban también, con sus hombros anchos y rectos, sus botas firmes sobre la nieve, sus gorros de pico con la estrella roja sobre las frentes, y por encima de ellos ondeaba una bandera roja con la inscripción: "Gloría eterna a los camaradas caídos."

Los obreros de la fábrica Putilovsky, en ininterrumpidas filas grises, avanzaban detrás de una bandera roja sostenida en alto por fuertes puños, en la que se leía: "Había salido de las filas obreras y dio su vida por los obreros del mundo entero. El proletariado rinde su tributo de agradecimiento al camarada caído." Seguían los estudiantes del Instituto de Tecnología, rostros jóvenes y aplicados, ojos graves y límpidos, cuerpos erguidos y tensos; muchachas con sus pañuelos rojos, rojos como la bandera en que se leía: "Los estudiantes del Instituto de Tecnología están orgullosos de su sacrificio por la causa de la Revolución." Los miembros de la Directiva del Partido, una hilera de chaquetas de cuero negro, desfilaban gravemente, austeros como monjes, majestuosos como guerreros, con su bandera desplegada, sin una arruga; una bandera que era una estrecha tira roja con letras negras, rígida y sencilla como los hombres que la llevaban: "La

Federación de todas las organizaciones comunistas ofrece todas sus vidas al servicio de la revolución mundial."

Todas las fábricas de la ciudad, todos los centros, todas las oficinas, todas las células, por pequeñas que fueran, por olvidadas que estuvieran, desfilaban como un río gris, negro y rojo, a través de la ciudad; tres millas de calzada cubiertas de gorros y pañuelos rojos, de pies que hacían crujir la nieve y de banderas que parecían rojos cortes en la niebla; y los grises muros de los palacios de la Nevsky parecían las márgenes de un río enorme cuyas ondas entonaron una marcha fúnebre sobre un lecho de nieve dura como el granito. Hacía fro: un frío punzante e inexorable, "pesado como una niebla que penetrase a través de los muros, por las rendijas de las ventanas cerradas, hasta la médula de los huesos a pesar de los gruesos abrigos. El cielo estaba surcado por los nimbos grises sobre los cuales las nubes parecían caprichosas manchas de tinta, de una tinta desleída en un agua turbia, detrás de la cual parecía imposible que jamás hubiera existido el cielo azul. De las viejas chimeneas grises como las nubes salía un humo oscuro que parecía haberse extendido por toda la ciudad; o quizá se hubiera podido decir que eran las nubes las que habían dejado caer sobre las casas una madeja de hilo oscuro que volvía a salir de nuevo por las chimeneas. De vez en cuando volaban algunos copos de nieve que se posaban y se derretían sobre las frentes distraídas e indiferentes. A la cabeza del cortejo iba un féretro descubierto. Era un féretro rojo. Una espléndida bandera de terciopelo escarlata envolvía un cuerpo rígido, y sobre un almohadón encarnado reposaba una cabeza inmóvil, con un duro perfil que pasaba lentamente por entre los muros grises, y por unas negras guedejas de pelo que ocultaban un agujerito oscuro bajo la sien derecha. Su rostro era sereno, y los blancos copos que caían sobre él no se derretían. Cuatro jóvenes, los camaradas más distinguidos del Partido, llevaban el féretro en hombros.

Cuatro frentes inclinadas permanecían descubiertas en medio del frío. Y el féretro parecía aún más rojo entre los cabellos rubios de Pavel Syerov y los rizos negros de Víctor Dunaev. Una banda militar seguía al féretro. Las trompas de brillante cobre estaban cubiertas de negros crespones, y la banda tocaba *Caíste como una víctima*.

Muchos años antes, en secretos antros escondidos a los ojos de los policías del zar en los helados caminos de los campos de concentración de prisioneros de Siberia, había nacido un himno dedicado a los héroes caídos por la libertad. Se cantaba en voz baja, sobre acompañamiento de cadenas y grilletes, a la memoria de unas valerosas víctimas anónimas. El himno circulaba por entre los barracones; nadie conocía su autor y no había ningún ejemplar impreso de él. Pero la Revolución lo puso en los escaparates de todas las tiendas de música y en el fragor de todas las bandas que seguían el entierro

de un comunista. La Revolución había traído *La Internacional* a sus vivos y el *Caíste como una víctima* a sus muertos. Este último se había convertido en el himno fúnebre oficial de la nueva República.

Los obreros de Leningrado cantaban solemnemente mientras desfilaban detrás del féretro: "Caíste como una víctima — en tu combate fatal, — una víctima abnegada — de una abnegación sin par. — Has dado cuanto tenías — por ese pueblo que amabas: — tu honor, tu vida y tu libertad."

La música surgía con la majestad de la desesperación extrema y llegaba a un éxtasis que no era ni dolor ni alegría, sino un supremo saludo militar; era una música que cantaba un sentimiento de ternura impasible, un reverente amor que sabe honrar a un guerrero sin derramar lágrimas, una resonante sonrisa de dolor. Los pies marchaban sobre la nieve, las trompas retumbaban, los platillos de metal ritmaban los pasos de la comitiva, y las grises hileras de hombres se iban sucediendo unas a otras, lentamente, mientras las banderas escarlata ondeaban altivas y majestuosas con la misma grandiosidad con que iba discurriendo el canto, en un solemne adiós postrero.

"El tirano caerá, — el pueblo se levantará — isublime, poderoso, sin cadenas! — Tú has recorrido ya — tu camino noble y valeroso."

Muy atrás de las filas de soldados, estudiantes y obreros, entre la multitud de desconocidos que no llevaban banderas, una muchacha caminaba sola, con la vista fija ante ella, a pesar de que el féretro estaba demasiado lejos para que pudiera verlo. Sus manos caían inertes a lo largo de su cuerpo, y entre sus bocamangas y sus guantes podían verse sus muñecas, enrojecidas por el frío cortante. Su semblante sin expresión, y sus ojos parecían atónitos. Los que andaban a su lado no se fijaron en ella. Pero al principio de la ceremonia alguien la había reconocido. La camarada Sonia, que iba al frente de un batallón de obreras de Zenotdel, había pasado corriendo junto a ella para dirigirse a su sitio a la cabeza del cortejo. La camarada Sonia se había detenido con una irónica sonrisa.

—¿Conque ha venido usted, camarada Argounova? ¡Hubiera dicho que usted era la única persona que no debía venir! Kira Argounova no le había contestado. Algunas mujeres con pañuelos rojos habían pasado por su lado. Una había murmurado algunas palabras animadas y furtivas a sus compañeras, mientras la señalaba con el dedo. Alguna había reído en silencio.

Kira caminaba con la mirada delante de ella. A su lado, la gente cantaba *Caíste como una víctima*. Pero ella no cantaba. Una bandera roja proclamaba: "¡Proletarios del mundo entero, unios!"

Una mujer pecosa, con un sombrero de hombre del que salían greñas rojizas, murmuraba a su vecina:

—Dime una cosa, Mashka: ¿te han dado harina de avena esta semana, en la cooperativa?

—No; ¿dan?
—Sí; dos libras por cupón. Vale la pena ir antes de que la acaben.
Una bandera ponía:
"Sigamos por el camino del porvenir socialista bajo la guía del Partido de Lenin."
Una mujer masculló entre sus carcomidos dientes: —¡Han elegido un gran día para hacernos desfilar en otra de esas malditas manifestaciones! ¡Con el frío que hace! "Caíste como una víctima — en tu combate fatal, — una víctima abnegada..."
—Ayer estuve haciendo cola durante dos horas; pero las mejores cebollas...
—Dunka, no te dejes perder el aceite de girasol en la cooperativa. —Cuando no se hacen matar por otro, se matan ellos mismos; el caso es... "Has dado cuanto tenías — por ese pueblo que amabas..."
En una bandera roja se leía:
"Estrechad los lazos de la solidaridad de clase bajo los estandartes del Partido comunista."
—¡Ay, Dios mío! ¡Y yo que dejé la sopa en el "Primus"! ¡Estoy viendo que va a derramarse por todo el cuarto!
—¿Quieres dejar de rascarte, camarada?
"... tu honor, tu vida y tu libertad."
—Camarada, no mastiques semillas de girasol. No está bien en un entierro.
—Se hace del modo siguiente, Praskovia: se mondan las cebollas, se añade un poco de harina, si la puede encontrar, un poco de aceite de linaza...
—¿Y para qué se suicidará esa gente?
Una bandera roja decía:
"El Partido comunista no regatea las víctimas en su lucha por la liberación de la humanidad."
—¿Sabes? Debajo de la escalera hay un desván, y allí nadie puede oírnos... ¿Mi marido? ¡Valiente imbécil! ¡Qué va a figurarse que yo...!
—Antes de cocer el mijo, debes ponerlo en remojo un par de horas.
—¡Dios mío, estoy de siete meses y ya puedes comprender que no estoy delgada como un alambre, precisamente!, y... ¡no me falta más que tener que andar de este modo! Es ya el quinto.
"El tirano caerá, — el pueblo se levantará, — ¡sublime, poderoso, sin cadenas...!"
—¡Jesús! ¡Estoy segura de que los diarios se me han pegado a la piel!
—¿Llevas diarios para abrigarte los pies, camarada? ¿Debajo de las medias?
¿No sabes que los pies te van a oler mal?
—Camarada, cuando tengas que bostezar así, ponte la mano delante de la boca.
—¡Qué pejuguera, esta manifestación! A propósito, ¿quién era ese tío?
"Has dado cuanto tenías — por ese pueblo que amabas..." El Campo de las Víctimas de la Revolución era un gran recinto cuadrado en el centro de la

ciudad. Sobre las orillas del Neva, constituía un vasto desierto blanco que se extendía por cosa de media milla como una herida, como una zona calva en la cabeza de Petrogrado; las casas que le rodeaban parecían más bajas, y los campanarios, desde allí, parecían más lejanos. A un lado del campo, montaban la guardia las lanzas de hierro de la verja del Jardín de Verano, detrás de las cuales asomaba la blanca desolación del parque, en la que los árboles desnudos parecían otras tantas lanzas de hierro.

Antes de la Revolución había sido el Campo de Marte, y por él habían desfilado largas teorías de uniformes grises al son de los tambores militares. Luego la revolución había tendido un vasto cuadro de losas de granito rosado, como una isla perdida en el centro del campo. Bajo aquellas losas se había sepultado a las primeras víctimas de los días de febrero de 1917. Había ido transcurriendo el tiempo, nuevos días de lucha habían sucedido a los de febrero de 1917, y la isla de granito se había ido ensanchando. Los nombres esculpidos sobre aquellas losas pertenecían a hombres cuya muerte había dado ocasión a una manifestación de duelo público, hombres para quienes el título de "víctimas de la Revolución" había sido la recompensa postuma.

Pavel Syerov subió a una de las losas de granito. Su esbelta figura, en su chaqueta de cuero nueva, pantalón corto y altas botas militares, se erguía orgullosa y dura contra el cielo plomizo. Sus rubios cabellos ondulaban al viento y sus brazos se levantaban solemnemente en un gesto de bendición y de exhortación, por encima de aquel mar inmóvil de cabezas y banderas.

—Camaradas —dijo Syerov en medio del silencio grave de todos aquellos miles de individuos—: al asistir a este acto, nos unen un dolor común y el deber común de tributar nuestro último homenaje a un compañero caído. Quizá puedo decir que siento su pérdida más profundamente que ninguno de cuantos se unen a esta manifestación, pero que no tuvieron ocasión de conocer a nuestro compañero durante su vida. Yo era uno de sus amigos más íntimos, y tengo la sensación de que éste es un privilegio que debo hacerlos compartir. Andrei Taganov procedía de las filas obreras. Su adolescencia transcurrió en el taller, y por mi parte no olvidaré nunca aquellas horas, porque él y yo crecimos juntos y juntos compartimos las alegrías y las penas del trabajo, durante largos años, en la fábrica Pulitovsky. "Juntos nos inscribimos en el Partido, mucho antes de la Revolución, en aquellos días tenebrosos en que el carnet del Partido era un pasaporte para la Siberia o para las horcas de los verdugos del zar. Uno al lado del otro, el camarada Taganov y yo combatimos por las calles de esta ciudad en las gloriosas jornadas de octubre de 1917; uno al lado del otro, combatimos en el Ejército Rojo; y después, durante los años de paz, de reconstrucción, que siguieron a nuestra victoria, participamos juntos en aquellas tareas, tal vez más duras y más heroicas aún que las de ninguna guerra... Pero nuestro dolor por su muerte debe trocarse en alegría al considerar cuál fue su obra. El ya no

existe, pero su trabajo, nuestro trabajo, sigue en pie. El individuo puede caer, pero la colectividad permanece... (Un aplauso cubrió la voz del orador). Andrei Taganov ha muerto, pero nosotros seguimos viviendo. ¡La vida, la gloria, el triunfo nos pertenecen!

Una tempestad de aplausos repercutió hasta las lejanas casas de la ciudad y hasta la nieve del Jardín de Verano, y las banderas rojas ondearon al rumor de las manos que aplaudían y se levantaban en el cielo gris. Y cuando las manos volvieron a bajarse y las cabezas volvieron atentamente los ojos a la losa de granito rojo, el camarada Syerov había cedido su puesto a la elegante figura, orgullosa y resuelta, de Víctor Dunaev, con sus negros rizos ondeando al viento, sus ojos brillantes, su boca ampliamente abierta sobre sus magníficos dientes, y una voz joven y potente lanzaba en medio del silencio sus notas límpidas y resonantes, llenas de ímpetu y de decisión.

—¡Camaradas obreros! Nos hemos reunido en número de varios millares para honrar a un hombre solo. Pero un hombre solo, cualesquiera que hayan sido sus méritos, no significa nada frente a las masas de la colectividad proletaria; por esto nosotros no estaríamos aquí si aquel hombre no hubiera sido más que un individuo, si no viésemos en él el símbolo de algo mucho más grande, que merece nuestra admiración y nuestro culto. Esta ceremonia, camaradas, no es un funeral, sino la celebración de un nacimiento. No solemnizamos la muerte de un camarada, sino el alumbramiento de una nueva humanidad de la que él fue uno de los primeros, pero no el último. Sí, camaradas: los Soviets están creando una nueva raza de hombres, una raza que llena de horror el viejo mundo porque trae consigo la desaparición de los antiguos ideales, ya gastados e inútiles. ¿Cuáles son, pues, los principios de nuestra nueva humanidad? El primero y fundamental es la desaparición de una palabra del lenguaje humano, sin duda la más peligrosa, la más insidiosa; la más baja: la palabra "yo". Nosotros la hemos rebasado; la palabra del porvenir no es "yo", sino "nosotros". La colectividad ha ocupado en nuestro corazón el lugar que en otro tiempo detentaba el "yo mismo". Nos hemos elevado por encima de la adoración de la cartera, del poder personal y de las vanidades arrogantes. Ya no damos importancia a las monedas de oro ni a las medallas; nosotros, camaradas, no conocemos más signo de honor que el orgullo de servir a la colectividad. Nuestra única finalidad es el trabajo honrado que aprovecha no a uno solo sino a todos. ¿Y cuál es hoy la lección que debemos aprender para enseñársela a su vez a nuestros propios enemigos, más allá de las fronteras? La lección que nos da este camarada del Partido al morir por la comunidad; la lección que nos da el Partido al guiar a los hombres por el camino de su propio sacrificio en provecho de sus compañeros. Fijaos en los asquerosos ministros de los caducos países capitalistas; ved cómo luchan, ved cómo se apuñalan por la espalda, en su sangriento combate por el poder. Pero ¿qué es el poder para ellos? Únicamente una oportunidad para aplastar a sus hermanos más

débiles y llenarse la barriga. Mirad en cambio a los que os conducen a vosotros; a esos hombres que consagran su vida al servicio altruista de la colectividad, que llevan sobre sus hombros la abrumadora responsabilidad de la dictadura del proletariado. Al verles, comprenderéis hasta qué punto es verdad mi afirmación de que la Federación de todas las organizaciones comunistas es la única organización política honrada, valiente e idealista de nuestra época.

Los aplausos retumbaron como si los viejos cañones de la fortaleza de San Pedro y San Pablo, al otro lado del río, hubiesen disparado todos a la vez. Y volvieron de nuevo a resonar cuando desaparecieron los rizos negros de Víctor y ondearon al aire las lisas melenas de la camarada Sonia, mientras ella, con todas las fuerzas de su poderoso pecho, gritaba a las multitudes los derechos y deberes de la nueva mujer del proletariado. Después de ella, se alzó sobre la multitud un rostro flaco, consumido, sin afeitarse, con lentes, que tosió de su boca pálida unas palabras que nadie pudo oír; luego habló otra boca, una boca que podía oírse desde muy lejos, una boca que disparaba las palabras a través de una espesa barba negra. Luego habló un muchacho pecoso, en representación de la Federación Juvenil Comunista, tartamudeando y rascándose continuamente la cabeza. Luego una vieja solterona, con un sombrero deformado y pasado de moda, habló ferozmente, moviendo en dirección de la multitud un dedo flaco y apergaminado, como si se dirigiera a una clase de alumnos desaplicados. Habló un alto marinero con sus brazos en jarras, y los que estaban en las últimas filas se reían de vez en cuando, por contagio con los de las filas más próximas al orador, aunque no oyeran una palabra de su discurso.

Miles de individuos permanecían allí, moviéndose nerviosamente, taconeando todos a la vez para no enfriarse los pies, escondiendo las manos bajo los sobacos, dentro de las mangas de los abrigos, exhalando un aliento humeante que no tardaba en convertirse en carámbanos de hielo sobre las viejas bufandas subidas hasta la nariz; turnándose para sostener las banderas rojas, cuyas astas apoyaban fuertemente a sus costados mientras soplaban sobre los helados dedos para darles un poco de calor. De vez en cuando, alguien se escabullía discretamente por las calles laterales. Kira Argounova permanecía inmóvil, escuchando con atención cada una de las palabras que se pronunciaban desde la tribuna. En sus ojos había una muda interrogación al mundo, una pregunta a la que nadie había contestado. El cielo, sobre el vasto campo funerario, iba volviéndose de un color azul grisáceo, mientras en una ventana, a lo lejos, se encendía la primera luz calculando el precoz crepúsculo invernal. La voz del último orador se había extinguido, absorbida por la densa niebla helada que nadie podía ver, pero que todos sentían a su alrededor. El féretro rojo había sido cerrado y había desaparecido bajo la tierra. Se había colmado la fosa, y se había cerrado con una losa de granito. Y de pronto, aquel

mar de apretadas figuras grises se había estremecido, las filas se habían roto y oscuros ríos de hombres habían empezado a fluir por las calles laterales, como si de improviso se hubiera derrumbado un dique. Y a lo lejos, difuminándose por el frío crepúsculo, se había oído *La Internacional* de la banda militar: aquel himno de los hombres que quedaban con vida, semejante al desfile de millares de pies medidos y serenos como pies de soldados que ritmasen su canto sobre el corazón de la tierra.

Entonces Kira Argounova se acercó lentamente a la nueva tumba. El campo había quedado vacío. El cielo bajaba cerrando su oscura bóveda azul sobre la ciudad. Como a través de una rendija de aquella bóveda, centelleaba un punto bfulante de color de acero. Las casas, a lo lejos, ya no parecían casa?, sino sombras planas, recortadas, de papel negro, que se hubiesen pegado en una estrecha hilera contra un fondo que había sido rojo. Por numerosos agujeritos del papel, se veían temblar amarillas lucecitas. El campo de las víctimas de la revolución no parecía estar en una ciudad, sino que sobre él pesaba el silencio de los espacios infinitos, mientras los copos de nieve revoloteaban al azar del viento, disolviéndose después en una leve polvareda blanca.

Una esbelta figura solitaria permanecía arrodillada sobre una tumba de granito. Lentos copos de nieve caían perezosamente sobre su cabeza inclinada, posándose en sus cejas y en sus párpados, sus ojos secos de lágrimas miraban las palabras grabadas en la losa de granito:

¡Gloria eterna a las víctimas de la Revolución!

Andrei Taganov

1896-1925

Y Kira se preguntaba si le había dado muerte ella, o la Revolución, o las dos.

Capítulo quince

Leo, sentado junto a la chimenea, estaba fumando. El cigarrillo, apenas sostenido por sus dedos inertes, se le cayó al suelo. El, maquinalmente, tomó otro; durante un rato lo tuvo en la mano sin encenderlo. Luego, buscó una cerilla, sin acertar a dar con ella a pesar de que la caja estaba en el brazo de su sillón. Cuando la encontró la contempló con aire absorto, porque se había olvidado ya de lo que buscaba.

Durante las últimas semanas había hablado poco. Las caricias que de vez en cuando había prodigado a Kira eran tan violentas que ella se había dado cuenta de su esfuerzo y había procurado evitar sus labios y sus brazos.

A menudo se iba de casa, sin dar explicaciones; Kira no le preguntó nunca adonde iba. A menudo se embriagaba, pero Kira fingía no darse cuenta. Cuando estaban juntos permanecían largos ratos en silencio; un silencio que decía a Kira, con mayor elocuencia que ninguna palabra, que entre ellos estaba muriendo algo. Leo gastaba su último dinero, pero Kira no le hablaba nunca del porvenir. Nunca le preguntaba nada, del mismo modo que no se preguntaba nada a sí misma, porque temía y sabía la respuesta: la batalla se había perdido.

El día del entierro de Andrei, Kira volvió a casa pensativa y silenciosa. Leo no se levantó; al entrar ella sólo la miró, con una mirada lenta, curiosa y grave entre sus párpados semicerrados. Ella se quitó el abrigo y lo colgó en el armario; estaba quitándose el sombrero cuando una carcajada amarga, ruda y brutal la hizo volverse.

—¿Qué te pasa, Leo? —preguntó, mirándole con ojos asustados.

—¿No lo sabes? —dijo él, en tono siniestro.

Ella negó con la cabeza.

—Bien; ¿quieres saber lo que sé yo, pues?

—Todo lo que sabes... ¿a propósito de qué, Leo?

—Tal vez no es momento oportuno de hablar de ello, ¿verdad?, inmediatamente después del entierro de tu amante.

—¿De mi...?

Leo se levantó y se le acercó, con las manos en los bolsillos, mirándola con aquella expresión arrogante y despectiva que ella adoraba, con aquella sonrisa irónica que la fascinaba.

—¡Desvergonzada! —murmuró lentamente.

Ella, pálida, se irguió sin moverse de su sitio.

—Leo...

—¡Cállate! No quiero oír ni una palabra tuya. Si por lo menos fueras como todos nosotros, no me importaría. Pero que quisieras engañarme con esos aires de santa, con todos tus discursos heroicos, mientras... mientras te retorcías entre los brazos del primer vagabundo comunista que se tomó la molestia de...

—Leo, ¿quién...?

—¡Silencio! No quiero dejarte hablar; sólo quiero que contestes a una pregunta: ¿fuiste o no la amante de Taganov?

—Sí.

—¿Durante todo el tiempo que yo estuve fuera?

—Sí.

—¿Y lo seguiste siendo después de mi regreso?

—Sí. ¿Qué más te han dicho, Leo? —¿Qué más querías que me dijeran?

—Nada.

El la miró, con ojos fríos y cansados.

—¿Quién te lo ha dicho, Leo?

—Un amigo tuyo y de él. Vuestro camarada Pavel Syerov. Pasó por aquí al volver del entierro. Creía que yo ya lo sabía y venía a celebrarlo conmigo.

—¿Ha sido... ha sido un golpe muy duro para ti, Leo?

—¿Cómo? Ha sido la mejor noticia que me han dado desde la revolución. Nos hemos estrechado la mano y hemos bebido juntos, el camarada Syerov y yo. Hemos bebido a tu salud y a la de tu amante, y a la de todos los amantes que puedas tener. Porque, ¿ves tú?, ahora estoy libre.

—Libre, ¿de qué, Leo?

—Libre de una tonta a quien he tenido que estar fingiendo un gran amor eterno, una tonta a quien no me atrevía a ofender, a quien temía humillar. Verdaderamente, es algo cómico... ¡Vaya una pareja, tú y tu amigo comunista! Parecía que se hubiera suicidado después de haber hecho el gran sacrificio de salvarme la vida para ti. Y probablemente lo que le pasaba es que ya estaba harto de ti, y creyó quitársete de encima haciendo que me devolvieran la libertad. He aquí la sublimidad de la raza humana.

—Leo, no hablemos de él, ¿quieres?

—¿Le amas todavía?

—Supongo que no te importa... ya... ¿no es cierto?

—En absoluto. Ni siquiera me interesa saber si me quisiste alguna vez. Tampoco me importa. Prefiero pensar que no: esto me facilitará el porvenir.

—¿El porvenir, Leo?

—Claro, ¿qué te figuras que va a pasar?

—No...

—Sí, ya sé tu punto de vista. Aceptar un respetable empleo de los Soviets, pasarme la vida luchando con un "Primus" y una cartilla de racionamiento, y conservar la pureza de algo en mi imaginación, el espíritu, el alma, el honor... cualquier cosa de esas que no han existido jamás, que no pueden existir, que si existieran representarían la peor de las maldiciones para los hombres. ¡Ah, no! ¡No quiero volver a hablar de todo eso! Si es un asesinato lo que estoy haciendo, lo mismo me da mientras no vea la sangre. .. Pero tendré champaña, pan blanco, camisas de seda, coche, y ninguna preocupación... ¡Viva la dictadura del proletariado!

—¿Qué te propones hacer, Leo?

—Me voy.

—¿Dónde?

—Siéntate.

Leo se sentó encima de la mesa. Una de sus manos estaba en el círculo luminoso proyectado por la lámpara, y Kira se fijó en lo blanca que era, con una red de venas azules que no parecían de sangre viva. Se quedó mirándole fijamente hasta que no se movió ni un solo dedo. Entonces se sentó, a su

vez. Su rostro era inexpresivo; sus ojos se abrían desmesuradamente. Leo observó que sus pestañas estaban húmedas de lágrimas.

—El ciudadano Morozov —dijo Leo— se marcha de la ciudad.

—¿Y qué?

—Ha dejado a Tonia... no quiere relaciones que puedan parecer sospechosas; pero ha dado una suma de dinero respetable. ¡Una verdadera fortuna! Tonia se va al Cáucaso a pasar una temporada de descanso, y me ha rogado que la acompañara. Yo he aceptado. ¡Leo Kovalensky, el *gigoló* número uno de la U. R. S. S.!

—¡Leo!

En los ojos de Kira, que se había puesto súbitamente en pie, se veía una expresión de verdadero horror, una expresión tan cruda y dolorosa que Leo abrió la boca, pero no logró reír.

—¡Eso no, Leo!

—Sí; ya sé que es una vieja zorra y que huele mal; tu opinión no será peor que la mía. Sin embargo, he aceptado.

Y notando en Kira una desusada agitación, añadió:

—Supongo que no vas a desmayarte, ¿verdad?

—No, no; me encuentro perfectamente —repuso ella, sobreponiéndose.

Sólo sus manos siguieron agarradas al borde de la mesa con una crispación desacostumbrada. Pero los ojos de Leo parecían muertos, y Kira se volvió para no pensar que lo natural sería que estuvieran cerrados. Murmuró:

—Leo... si te hubiese asesinado la G. P. U... o si te hubieras vendido a una mujer hermosa y joven, yo... El se levantó y le dijo con una débil sonrisa:

—Vamos, ¿no te parece que no estás en condiciones de indignarte en nombre de la moral? Y puesto que ya nos hemos visto las caras y que sabemos quiénes somos uno y otra, ¿tienes inconveniente en decirme por qué seguiste conmigo mientras te entendías con él? ¿Únicamente porque te gustaba como hombre, lo mismo que a esas otras mujeres? ¿O por mi dinero y mi posición?

Kira se irguió y se echó los cabellos hacia atrás. Luego, serena, con voz firme, le preguntó:

—Leo, ¿cuándo le dijiste que te irías con ella?

—Hace tres días.

—¿Antes de enterarte de eso de Andrei?

—Sí.

—¿Cuando todavía creías que yo te quería?

—Sí.

—¿Y no veías ningún inconveniente en ello?

—No.

—Si Syerov no hubiera venido hoy, ¿te hubieras marchado igual?

—Sí. Sólo que me hubiera encontrado con el problema de tener que decírtelo. Syerov me ha ahorrado este mal rato; de modo que se lo agradezco. Por lo menos ahora podemos despedirnos sin escenas.

—Leo... óyeme un momento, por favor... te lo pido por última vez, sé bueno conmigo: si ahora te enteraras, como fuera, de que yo te amo, de que no he dejado de quererte ni un momento, de que ni por un instante he dejado de serte fiel, ¿te marcharías?

—Sí.

—¿Y si tuvieras... si tuvieras que quedarte conmigo? Si te enterases de algo que... que te obligase a seguir conmigo... ¿lo probarías, Leo?

—Si algo me obligase... ¡quién sabe! Podría hacer lo que hizo tu otro enamorado. No deja de ser una solución, ¿sabes?

—Comprendo.

—¿Y por qué me lo preguntas? ¿Hay acaso algo que pueda obligarme?

Ella le miró de hito en hito, levantando su rostro hacia el de él; sus cabellos al caer atrás dejaron al descubierto una frente blanca como la cera, y sólo se movieron sus labios cuando contestó:

—No, Leo; nada.

Leo se sentó de nuevo, se cogió las manos, las tendió hacia adelante y dijo, encogiéndose de hombros:

—Eso es todo. Hay que reconocer que eres una mujer admirable, Kira. Tenía miedo de ataques de nervios, de escenas, ¿qué sé yo? Todo ha terminado del mejor modo posible... Dentro de tres días me voy. Pero si te parece puedo marcharme de aquí en seguida.

—No, Leo; soy yo quien me iré, esta misma noche.

—¿Por qué esta noche?

—Será mejor. Por algunos días, podré dormir en el cuarto de Lidia.

—No tengo mucho dinero, pero no quisiera que tú... —No.

—Pero...

—No insistas, Leo, por favor. Sólo me llevaré mi ropa. Es lo único que necesito.

Estaba haciendo la maleta, de espaldas a él, cuando él le preguntó:

—¿No tienes nada más que decirme, Kira?

—Sólo una cosa, Leo —contestó ella, volviéndose a mirarle con calma—. Estaba sola contra ciento cincuenta millones de individuos, y he perdido.

Cuando estuvo a punto de marcharse, él se levantó y le preguntó casi sin darse cuenta de sus palabras:

—¿Me has querido verdaderamente alguna vez, Kira?

—Cuando una persona muere —repuso ella— no se deja de quererle, ¿verdad?

—¿Lo dices por mí... o por Taganov?

—¿Acaso no te daría lo mismo, Leo?

—Sí. ¿Puedo ayudarte a bajar la maleta?

—No, gracias; no pesa. Adiós, Leo.

Leo le tomó la mano y acercó su rostro al de ella, pero Kira sacudió negativamente la cabeza y él se limitó a decir: —Adiós, Kira.

Kira salió a la calle, doblando ligeramente el cuerpo hacia la izquierda para compensar el peso de la maleta en su brazo derecho. Una fría neblina cubría la ciudad, como una colcha, y un farol proyectaba su triste luz amarilla en medio de la niebla. Kira caminó lentamente, esforzándose en mantenerse erguida. La nieve crujía bajo sus pies; su pecho, paralelo a la acera, conservaba su firmeza, y su barbilla y su mirada se tendían hacia adelante, paralelas a su pecho.

Ante su familia —tres rostros silenciosos, pálidos y asombrados— Kira expuso brevemente la situación. Galina Petrovna tartamudeó:

—Pero ¿qué ha ocurrido para que... ?

—Nada, mamá. Estábamos cansados uno de otro.

—¡Pobre hija mía! Yo...

—No te preocupes por mí, por favor, mamá. Siento tener que molestaros, a ti y a Lidia, pero no será por muchos días; por tan pocas semanas me hubiera sido muy difícil encontrar habitación.

—Claro está que no estorbas, Kira; al contrario, después de todo lo que has hecho por nosotros... Pero, ¿por qué dices que sólo serán pocas semanas? ¿Adonde piensas ir?

—Al extranjero —repuso Kira. Y en el tono de su voz había algo de concentrado y tenso, como una obsesión.

Al día siguiente la ciudadana Kira Argounova presentó una instancia solicitando un pasaporte para el extranjero. La respuesta debía tardar algunas semanas.

—¡Es una locura, Kira! —decía su madre—, ¡una sencilla locura! En primer lugar, no te lo darán; no puedes alegar ninguna razón que justifique tu salida... luego hay que tener en cuenta el pasado social de tu padre..., y por último, aun suponiendo que te lo dieran... en ningún país del mundo quieren rusos ahora, y en cierto modo tienen razón; y luego, aunque te aceptasen, ¿qué harías? ¿Lo has pensado?

—No —dijo Kira.

—No tienes dinero; no tienes profesión; ¿de qué vivirías?

—No lo sé.

—¿Qué sería de ti?

—No me importa.

—¿Y por qué te empeñas en irte?

—Lo necesito, mamá.

—... sin un amigo que pueda ayudarte, sin objeto, sin porvenir...

—Necesito irme.

Leo fue a despedirse antes de marchar al Cáucaso. Lidia les dejó solos en la estancia.

—No podía irme sin volver a verte, Kira

—dijo Leo—. Quería despedirme de ti, a menos que tú prefieras...

—No, Leo, me alegro de que hayas venido.

—Quisiera pedirte perdón por algunas frases que dije. No tenía derecho a decírtelas. No puedo censurarte. ¿Me perdonas?

—No tengo que perdonarte de nada, Leo.

—Quisiera decirte que... que... en fin, no tengo nada que decirte; pero... ¿no es cierto que entre nosotros habrá... muchos recuerdos, Kira?

—Sí, Leo.

—Tú estarás mejor sin mí.

—No te preocupes por mí, Leo.

—Volveré a Petrogrado. Volveremos a vernos. Habrán pasado años, y con ellos habrán cambiado muchas cosas, ¿no te parece?

—Sí, Leo.

—Y entonces no tendremos por qué estar tan serios. Será extraño volver a recordar el pasado, ¿no? Hasta la vista, Kira. Volveré.

—Si vives... y si no te has olvidado.

Fue como si hubiese tocado el cuerpo de un animal moribundo, provocando una suprema convulsión de dolor.

—No... Kira... —murmuró.

Pero ella ya sabía que no era más que la última convulsión.

—No diré nada, Leo —añadió.

El la besó; los labios de ella eran tiernos, incapaces de resistir. Luego Leo se fue.

Tuvo que aguardar varias semanas.

Por la tarde, Alexander Dimitrievitch volvía de su trabajo y se sacudía la nieve de los chanclos, que luego secaba cuidadosamente con un trapo especial, porque eran nuevos y costaban mucho dinero, y los dejaba en el recibimiento.

Después de cenar, si no tenía que asistir a ninguna reunión, se sentaba junto al fuego y trabajaba en un parafuego de madera sin desbastar, al que se entretenía en ir pegando etiquetas de distintos colores, arrancadas de las cajas de cerillas. Cuando terminaba un ángulo, se quedaba contemplando con ojos maravillados.

—Verdaderamente me queda muy hermoso, ¿no os parece? Estoy seguro de que no hay nadie más en Petrogrado que tenga uno semejante. ¿Qué opinas, Kira? ¿Pondrías las dos amarillas y una verde, en ese lado, o sólo tres amarillas?

Ella contestaba con calma: —La verde iría muy bien, papá.

Por la noche, Galina Petrovna llegaba como una tromba y arrojaba impetuosamente su cartera encima de la mesa. Había instalado teléfono, y hablaba por él apresuradamente, mientras se quitaba los guantes.

—¿Camarada Fedorov? Aquí la camarada Argounova. Tengo una idea. Exactamente lo que se necesita para el Diario viviente, para la próxima exposición del centro... Al presentar a lord Chamberlain aplastando al proletariado inglés, podríamos poner a uno de los alumnos, uno de los más robustos, en camisa roja, tendido en el suelo, y encima le pondríamos una mesa, ¡oh, sólo las patas delanteras, claro!, y el gordo, el que hace de lord Chamberlain, sentado a la mesa comiéndose un filete con patatas. ¡Oh, no es necesario que sea un filete de veras...!

Luego cenaba de prisa, leyendo el periódico, mirando de vez en cuando al reloj; se levantaba antes de terminar, se empolvaba rápidamente la nariz y tomando de nuevo su cartera volvía a marcharse a una junta de su centro social. Las pocas noches que se quedaba en casa esparcía libros, recortes de periódico, hojas de papel y lápices por encima de la mesa, y redactaba una conferencia para su círculo marxista. De vez en cuando preguntaba, levantando la cabeza y parpadeando distraídamente: —¿Recuerdas la fecha de la *Commune* de París, Kira?

—En 1871, mamá —contestaba Kira tranquilamente. Lidia trabajaba por la noche. De día estudiaba *La Internacional*, *Caíste como una víctima* y la *Canción de la caballería roja* en su viejo piano de cola, que llevaba más de un año sin afinar. Y si le pedían que tocara sus viejos clásicos, rehusaba con gesto de malhumor. Pero de vez en cuando se sentaba al piano y se pasaba horas seguidas tocando obstinadamente, sin detenerse, Chopin, Bach, Tchaikowsky... y cuando se le cansaban los dedos se echaba a llorar ruidosamente, sin motivo, como una criatura. Galina Petrovna no le hacía caso; se limitaba a decir: —¡Vamos! ¡Un nuevo ataque de Lidia!

Cuando Lidia regresaba de su trabajo, por la noche, Kira estaba ya tendida en su colchón sobre el suelo. Lidia pasaba largo rato desnudándose, y mucho más murmurando sus interminables plegarias ante los iconos. Alguna vez se acercaba a Kira, en su largo camisón de noche, y murmuraba confidencialmente, mientras un rayo de luz del farol de la calle le caía sobre el rostro envejecido, iluminándole los ojos cansados y las comisuras de los labios: —He vuelto a tener una visión, Kira; un llamamiento del más allá. Era una visión profética, no te quepa duda, y he oído una voz que me ha dicho que la salvación no se hará esperar. Es el fin del mundo y el reino del Anticristo, pero ya se acerca el día del Juicio Final. ¡Lo sé, me ha sido revelado!

Murmuraba estas palabras febrilmente, sin ocurrírsele ni por un momento que su hermana pudiera echarse a reír, sin mirarla siquiera, sin preocuparse

de que la hubiera oído; tenía necesidad de hablar y prefería hacerlo ante alguien.

—Era un viejo, Kira, un enviado de Dios, el padre de su rebaño. Pero no digas nada, por favor, o me echarían del Centro. Es el elegido del Señor, y tiene la ciencia del Destino. Dice que las Escrituras lo han predicho. Nos han castigado como a Sodoma y Gomorra por nuestros pecados; pero las dificultades y los dolores no son más que una prueba para las almas puras. Sólo a través de largos sufrimientos nos haremos dignos del reino de los cielos. —No se lo diré a nadie, Lidia —contestaba con calma su hermana—, pero ahora vale más que te vuelvas a la cama, porque estás cansada y hace mucho frío. Kira seguía con su antiguo empleo de guía en el museo de la revolución, que le permitía pagar a su madre una pensión, a pesar de sus protestas. Por la noche, en su cuarto, Kira leía sus viejos libros. Hablaba raras veces y si alguien le dirigía la palabra contestaba con pocas palabras, exactas y serenas. Su voz, monótona, parecía haberse helado. Galina Petrovna hubiera deseado verla airada siquiera alguna vez, pero no lo lograba nunca. Una noche, en el comedor, Lidia dejó caer un vaso, que se rompió estrepitosamente. Galina profirió un grito, Alexander Dimitrievitch se sobresaltó; pero Kira permaneció impassible, como si nada hubiera ocurrido. Sólo le brillaban un poco los ojos cuando, al volver del museo, se detenía a contemplar los libros extranjeros expuestos en el escaparate de una librería, en la calle Liteiny, aquellos libros de cubiertas brillantes, con alegres letras exóticas, muchachas de largas piernas relucientes, columnas, reflectores, autos... también había un relámpago de luz en sus ojos cada vez que, al acostarse, tachaba con su lápiz una fecha más en el viejo almanaque colgado encima de su colchón.

El pasaporte le fue denegado.

Kira recibió la noticia con tranquila indiferencia; Galina Petrovna se asustó, porque hubiera preferido un estallido de cólera.

—Óyeme, Kira —le dijo, encerrándose con ella en su habitación—. Hablemos en serio. Si tienes la idea de..., en fin... ya me entiendes, quiero que sepas que no te lo permitiré. Después de todo eres mi hija, y tengo derecho a hablarte así. ¿Ya sabes lo que significaría el intentar, sólo el intentar, salir clandestinamente de aquí?

—Nunca he hablado de ello —dijo Kira.

—No; no lo has dicho, pero ya te conozco. Sé lo que piensas. Sé hasta dónde puede llegar tu imaginación inquieta y desenfadada. .. Óyeme: hay cien probabilidades contra una de que no lograrás marcharte. En el mejor de los casos, te matarían en la frontera. Mucho peor sería si te detuvieran y te volvieran aquí. Pero en fin, aun suponiendo que lograses pasar al extranjero,

hay cien probabilidades contra una de que no llegarás a atravesar los bosques de la frontera.

—¿Para qué discutir, mamá?

—Óyeme. No te dejaré marchar aunque deba encadenarte. Después de todo, incluso la locura tiene límites. ¿Qué te propones? ¿Qué mal hay en quedarse en este país? No nos sobra nada; de acuerdo; pero, ¿crees que te va a sobrar en otra parte? En el mejor de los casos podrías hacer de camarera. En cambio, la U. R. S. S. es el país de los jóvenes. Ya conozco tu inquietud, pero sé que lograrás vencerla. Mírame a mí. A mi edad, he conseguido adaptarme. He perdido mucho más de lo que has perdido tú, y con todo no puedo decir que sea desgraciada. Tú no eres más que una niña y no puedes tomar decisiones que arruinarían tu vida aun antes de haber empezado a vivirla. Espero que se te pasarán estos antojos y que comprenderás que en nuestro país hay posibilidades para todos.

—Yo no discuto, mamá; ¿no es cierto? Pues dejemos eso.

Kira, al salir de su trabajo, no regresaba directamente a su casa. Veía a gente misteriosa en callejones oscuros, subía furtivamente por estrechas escaleras sin luz a tenebrosos cuchitriles; hablaba en voz baja a atentos oídos y entregaba sumas de dinero a manos cautelosas. Se enteró de que el embarcarse clandestinamente para el extranjero le costaría más de cuanto lograría ahorrar jamás, y de que los peligros de tal empresa serían muy grandes. En cambio, le aseguraron que había más probabilidades de éxito intentando huir sola, a pie, por la frontera de Lituania. Para ello se necesitaba un traje blanco: le dijeron que había quien, gracias a ese mimetismo, había logrado huir a través de la nieve hasta Lituania. Kira vendió su reloj de pulsera y el abrigo de pieles que Leo le había regalado para poder obtener los informes necesarios, un mapa de la región fronteriza, y un falso salvoconducto hasta la frontera. Pero todavía le faltaba dinero. Vendió el encendedor, las medias de seda, el frasco de perfume francés. Vendió sus zapatos nuevos y sus vestidos.

Vava, al saber que Kira tenía algún traje que vender, fue un día a verla. Llevaba un vestido viejo y sucio; iba despeinada; su rostro parecía hinchado, mal empolvado, con los labios pintados de cualquier modo y pesadas bolitas azules debajo de los ojos. Cuando se quitó el vestido, lentamente, con timidez, para probarse el de Kira, ésta observó la deformación de su talle, en otro tiempo tan esbelto.

—¿Cómo, Vava? ¿Ya? —murmuró.

—Sí —dijo Vava con indiferencia—, espero una criatura.

—¡Te felicito, querida! —exclamó Lidia palmoteando.

—Sí —repitió Vava—, tengo que cuidarme un poco, pasear un rato todos los días, seguir un régimen... Cuando nazca le inscribiremos en los pioneros.

—¡Oh, no, Vava!

—¿Por qué no? Hay que facilitarle la vida, ¿no os parece? Llegará un día en que tendrá que ir a la escuela, quién sabe si a la Universidad. ¿Qué queréis que haga? ¿Que se pase la vida fuera de la ley? ¿Para qué? Al fin y al cabo, ¿hay alguien que sepa de qué parte está la razón? Yo no sé nada, ni me importa.

—Pero, Vava, tu hijo...

—¿Qué le vamos a hacer, Lidia? Cuando haya nacido, buscaré trabajo: no hay otro remedio. Kolya trabaja. Nuestro hijo será el hijo de unos empleados soviéticos. Más tarde quizá logrará ingresar en la Unión Comunista Juvenil... Kira, aquel vestido de terciopelo negro es muy hermoso... parece extranjero. Ya sé que me está algo estrecho, pero más tarde... dicen que vuelve a recobrase la línea... Naturalmente, Kolya no gana mucho y yo no quiero aceptar nada de papá... pero por mi cumpleaños me ha regalado cincuenta rublos... de modo que quizá pueda comprártelo... Se quedó con el traje negro y otros dos más.

A su madre, Kira le había dicho: —¿Para qué los necesito, si no voy a ninguna parte?

—¿Recuerdas? —había preguntado Galina Petrovna.

—Sí, mamá.

Después de haberlo vendido todo, no le quedó mucho dinero; no tenía todavía bastante para comprarse un traje y un abrigo blancos. Le quedaba todavía la piel de oso de Vasili Ivanovitch; un sastre le hizo con ella una chaqueta que le llegaba por encima de las rodillas. Ya no le faltaba más que un traje. Pero todavía tenía el de encaje blanco de Galina Petrovna. Un día que se encontraba sola en su casa, tiñó de blanco, con cal, sus botas de fieltro. Luego compró un par de guantes blancos y una bufanda blanca de lana. Por fin, adquirió un billete para una población cercana a la frontera de Lituania. Cuando lo tuvo todo a punto, cosió en el forro de la chaqueta los pocos billetes de banco que le quedaban. Si lograba atravesar la frontera, le harían falta.

Una tarde gris de invierno, cuando no había nadie en su casa, se marchó. No dejó ninguna carta; salió como si fuera a la tienda de la esquina. Llevaba un abrigo viejo, con un raído cuello de piel, y en la mano llevaba una maleta con una chaqueta de piel de oso blanco, un traje de novia, un par de guantes, un par de botas y una bufanda.

A pie, se dirigió hacia la estación. Una neblina gris cubría los tejados, y los hombres andaban encorvados, luchando contra el viento, con las manos en los sobacos para defenderse mejor del frío. Una blanca capa de hielo cubría los carteles, y las cúpulas de bronce de las iglesias se veían empañadas por la niebla. El viento levantaba torbellinos de nieve, y los quinqués de petróleo, en los escaparates, proyectaban sobre los cristales helados anchas cintas de nieve derretida.

—¡Kira! —la llamó alguien en voz baja.

Ella se volvió. Era Vasili Ivanovitch. Debajo de un farol, con la cabeza hundida entre los hombros, el cuello del viejo abrigo levantado hasta las orejas y la cara medio cubierta por una bufanda, el anciano llevaba colgado del cuello, por medio de dos correas, una caja con tubos de sacarina, que sostenía en las dos manos, enfundadas en viejos y agujereados guantes de lana.

—¡Buenas noches, tío Vasili!

—¿Adonde vas, Kira, con esa maleta?

—¿Cómo estás, tío Vasili?

—Muy bien, niña. Quizá te extrañe verme vendiendo sacarina, ya me lo figuro; pero no es tan duro como parece. ¿Por qué no vas a vernos, alguna vez?

—Yo...

—Estamos algo estrechos, porque en el mismo piso vive otra familia. Pero se va viviendo, Asha se alegrará de verte. No tenemos visitas. Asha es una buena niña.

—Sí, tío Vasili.

—¡Y da tanta alegría verla crecer! En la escuela también progresa. Yo la ayudo a hacer sus deberes. Y el pensar que al volver a casa la veré me sostiene durante el día. No se ha perdido todo, aún. Todavía me queda Asha; es una niña inteligente, y llegará lejos.

—Claro, tío Vasili.

—Cuando tengo un rato, leo el periódico. ¡En el mundo suceden tantas cosas! No hay que perder la confianza.

—Tío Vasili... se lo diré... allí abajo... allí donde voy... Se lo diré todo. Será como un S. O. S Quizás alguien, en alguna parte, comprenderá...

—¿Adonde quieres ir, niña?

—¿Quieres venderme un tubo de sacarina, tío Vasili?

—No; no te lo venderé. Llévatelo, si quieres, pequeña.

—De ningún modo. ¿Por qué no puedes vendérmelo, si también hubiera debido comprárselo a otro? ¿No me quieres por cliente? A lo mejor te traigo la suerte.

—Como quieras, niña.

—Me quedo con 'este de los cristales tan grandes.

Toma —y le dio una moneda, antes de guardar en su bolso el tubo de sacarina—. Y ahora adiós, tío Vasili.

—Adiós, Kira.

Se alejó sin volver la vista. Anduvo en el crepúsculo por calles oscuras y blancas bajo banderas grisáceas que colgaban de las ventanas; banderas que en otro tiempo habían sido rojas. Atravesó una ancha plaza en la que

empezaban a brillar las luces de los tranvías. Y, sin volver la vista hacia atrás, subió los peldaños de la escalera de la estación.

Capítulo dieciséis

Las ruedas del tren, al correr, resonaban como una cadena de hierro violentamente sacudida; luego parecían rodar en silencio; luego se oía de nuevo un gran estrépito. Las ruedas parecían tener su ritmo, como un gigantesco reloj de hierro que fuera marcando los segundos, los minutos y las millas.

Kira Argounova estaba sentada en un banquillo de madera junto a la ventana; llevaba la maleta encima de las rodillas y la sostenía con ambas manos, cruzando los dedos. Su cabeza, apoyada en el respaldo del asiento, se estremecía con un ligero temblor, lo mismo que el cristal de la ventana. Sobre sus ojos, fijos en la ventanilla, le caían pesadamente los párpados, y sólo a costa de un gran esfuerzo lograba mantenerlos abiertos. Durante largas horas permaneció sentada, inmóvil, hasta el punto de que sus músculos llegaron a perder toda sensibilidad.

Cuando se acordó de que llevaba mucho tiempo sin probar bocado, pero sin que acertara a precisar si se trataba de horas o de días, únicamente consciente de que tenía que comer aunque ya se hubiera olvidado de tener hambre, masticó lentamente un pedazo de pan seco que había comprado en la estación. Sus compañeros de viaje, en una estación, salieron a buscar té caliente. Le ofrecieron una taza y Kira bebió maquinalmente, quemándose los labios en el borde de metal.

Los hilos del telégrafo parecían desafiar al tren a una carrera de velocidad; se alejaban, volvían a acercarse; y los hilos parecían volar siempre más de prisa que el coche.

De día el cielo parecía más oscuro que la tierra, como una pálida cinta de color gris transparente sobre un fondo de espesa blancura; pero por la noche la tierra parecía más clara que el cielo: como una pálida cinta azulada bajo un hueco negro. Kira durmió, sentada en su rincón, con la cabeza apoyada en los brazos cruzados sobre la maleta, que por la noche ataba a su muñeca con un cordel. Había oído hablar de robos de equipajes y por nada del mundo hubiera querido perder el suyo. Dormía con una sola obsesión: la maleta. Y cada vez que una sacudida del tren hacía resbalar la maleta sobre sus rodillas, se despertaba sobresaltada.

Ya no pensaba. Se sentía vacía, tranquila, como si su cuerpo no fuera más que la forma de su voluntad y su voluntad una flecha vibrante, dirigida a una meta muy precisa: había que pasar la frontera. Lo único que sentía vivir era la

maleta. Su voluntad latía con el mismo ritmo que el tren, y su corazón con el mismo ritmo que su voluntad.

Una vez, le pareció observar en el asiento de enfrente a una mujer que daba el pecho a un niño. De modo que todavía había vida, todavía había gente a su alrededor. No estaba muerta, pues; sólo le faltaba nacer.

Durante la noche, se pasaba horas y horas mirando por la ventanilla, sin ver más que el confuso reflejo de la luz del coche, el del banco y el del tabique de madera frente a su asiento, y la sombra de su cabeza que se movía sobre un negro abismo. Más allá, no había tierra, no había nada.

En alguna ocasión tuvo que bajar; incluso una vez tuvo que comprar otro billete y aguardar un nuevo tren que debía llevarla más lejos, a través de las tinieblas, en una ruidosa carrera detrás de la negra mole de la locomotora que lanzaba destellos de fuego. Luego vinieron otras estaciones; otro billete; otro tren. Pasaron muchos días y muchas noches, pero ella no se dio cuenta de nada. Los hombres del gorro de pico que examinaban los billetes de los pasajeros no podían saber que aquella muchacha del abrigo raído se dirigía a la frontera lituana.

La última estación, aquella en la que ya no tuvo que comprar más billetes, era pequeña y oscura; un humilde barracón de madera. Era la última del país antes de llegar a la frontera. Oscurecía. Sobre la nieve, se veían apenas huellas de ruedas, que morían a lo lejos, en un punto brillante. Había unos cuantos soldados soñolientos que no se fijaron en Kira. Oyó confusamente el crujido de un cesto de mimbre, mientras unas gruesas manos campesinas lo bajaban de la red de los pasajeros. A la puerta de la estación, alguien pedía agua caliente con voz lacrimosa. En las ventanillas del tren brillaban las luces.

Kira se alejó, siguiendo las huellas de las ruedas en la nieve, esbelta figura negra ligeramente inclinada, con la maleta en la mano, sola en medio de una inmensa llanura tenuemente iluminada por el rojizo reflejo del crepúsculo.

Era ya oscuro cuando vio delante de sus ojos las casas del pueblo y las manchas amarillentas de sus luces a través de las ventanas bajas. Llamó a una puerta. Un hombre salió a abrir; su cabello y su barba formaban un rubio y confuso amasijo del que salían unos vivaces ojos azules. Kira le puso un billete de Banco en la mano e intentó explicarle, en pocas palabras, su situación. No le fue necesario hablar mucho. Los que habitaban en aquella casa estaban al corriente de esa clase de asuntos.

Dentro de la casa, con los pies hundidos en la paja en que dormían dos cerdos, Kira se mudó de traje mientras los demás, como si ella no estuviera, seguían sentados a la mesa; cinco cabezas rubias, una de ellas con un pañuelo blanco. Las cucharas de madera golpeaban la mesa; en un rincón, junto a una estufa de ladrillo, una cabeza gris se inclinaba sobre su escudilla de madera. Sobre la mesa ardía una vela, y tres pequeñas lenguas de fuego

brillaban ante unos iconos, como breves pinceladas rojas sobre el fondo de bronce de las aureolas.

Kira se puso las botas blancas y se quitó el vestido: sus brazos desnudos se estremecieron, a pesar de que en la estancia hacía un calor sofocante. Se puso el blanco traje de novia, y la larga cola se arrastró por el suelo, haciendo entreabrir un ojo a uno de los cerdos. Kira la recogió y la fijó a la cintura cuidadosamente, con ganchos imperdibles. Luego se puso la chaqueta de piel de oso. Se aseguró de que llevaba los billetes en el forro de la chaqueta: aquella era la última arma que necesitaría.

Cuando se acercó a la mesa, el gigante rubio le dijo, con voz inexpresiva:

•—Será mejor que aguarde usted una hora, hasta que se ponga la luna. Las nubes no son muy espesas, y se ve demasiado, ahora. Le hizo sitio en el banco y se lo señaló en silencio, con un gesto imperativo. Kira se recogió la falda de encaje y se sentó. Se quitó la chaqueta y la dobló sobre sus rodillas. Dos pares de ojos femeninos contemplaron con asombro el rico encaje de su traje de novia, y la muchacha del pañuelo blanco murmuró con aire incrédulo palabras al oído de la mujer más anciana.

En silencio, el hombre rubio puso ante Kira una escudilla de sopa humeante.

—No, gracias —dijo Kira—, no tengo apetito. —No importa; coma, porque lo va a necesitar. Y Kira, obediente, comió un plato de sopa de coles con tocino.

—Es un viaje de casi toda la noche —añadió sin mirarla el gigante rubio. Kira asintió con la cabeza.

—¡Tan joven! —murmuró moviendo la cabeza una de las mujeres, y suspiró.

Cuando llegó el momento de partir, el hombre abrió la puerta contra un viento helado que ululaba en medio de la oscuridad y murmuró entre sus barbas:

—Ande usted cuanto pueda, y cuando vea un centinela échese al suelo y arrástrese.

.—Gracias— susurró Kira mientras la puerta se cerraba tras ella.

La nieve le llegaba a las rodillas y cada paso parecía una caída hacia adelante, mientras mantenía con su mano cerrada la falda de encaje. A su alrededor, un azul que no era azul, un color que no era color, algo que parecía no haber existido jamás, se extendía hasta el infinito. A veces le parecía estar muy alta, sobre un círculo llano; otras veces creía que aquella blancura era una alta muralla que se cerraba sobre su cabeza.

El cielo era bajo, con manchas grises y negras y de vez en cuando listas azules que nadie hubiera recordado haber visto jamás a la luz del día, o puntos que ni tenían color ni eran tampoco simples rayos de luz. Kira, para no verlo, inclinaba la cabeza hacia el suelo.

Ante ella no había luces; sabía, sin necesidad de volver la cabeza, que las que había dejado tras sí habían desaparecido desde hacía mucho tiempo. No llevaba nada. Había dejado la maleta y los vestidos viejos en el pueblo; si lograba pasar al otro lado, le bastaría con el pequeño fajo de billetes que llevaba cosido en el forro de su chaqueta, que de vez en cuando tocaba cautelosamente. Las rodillas le dolían de la tensión de los músculos, como si llevase rato subiendo una escalera interminable. Estudiaba su dolor con curiosidad, como si fuera algo exterior a ella. En el rostro, le parecía sentir clavarse agudos alfileres; inútilmente intentaba frotarse las mejillas con sus guantes blancos.

Sólo oía el ligero crujir de la nieve bajo sus botas. Intentaba caminar más de prisa, no oír el rumor de sus pies, aislarse de lo desconocido que la rodeaba.

Sabía que debía andar durante horas; pero en medio de aquel desierto no había horas, no había más que pasos, pasos de unos pies que se hundían profundamente en una nieve sin fin. No debía pensar más que en que tenía que andar. Debía dirigirse hacia el Oeste; he aquí el problema fundamental. Pero ¿acaso tenía problema alguno? ¿Tenía alguna pregunta que formular? En todo caso, al otro lado de la frontera encontraría la respuesta. No debía pensar. Sólo tenía que salir del país; luego ya vería. Dentro de los guantes blancos, los dedos le dolían. Sentía sus huesos crispados, sus juntas cerradas como una tenaza. Debía de ser el frío —pensaba, y confusamente se preguntaba si haría mucho frío aquella noche.

Densas nubes de nieve pulverizada se levantaban en el viento y corrían por el cielo lejano. Kira veía encima de su cabeza líneas negras, y granitos brillantes como de níquel que centelleaban entre las nubes. Ella se inclinaba más para no ser vista. Había algo que le dolía en la cintura, como si cada paso empujase su espina dorsal hacia adelante, y sentía palpar su corazón como si fuera a estallar junto a su espalda.

De vez en cuando palpaba el fajo de billetes, debajo de la chaqueta. Debía vigilar para no perderlo. Aquella bolsita y sus piernas eran en aquel momento las únicas cosas que le importaban en el mundo. Cuando veía un árbol —alta pirámide de un abeto irguiéndose súbitamente en medio de la nieve—, se detenía y permanecía por un momento sin aliento, con las rodillas dobladas, agazapada como un criminal en peligro, con todos los nervios en tensión. No oía nada. Debajo de las ramas no se movía nada. Kira seguía su camino, sin saber por cuánto tiempo se había detenido. No sabía si adelantaba; tal vez no hacía más que dar vueltas a un mismo punto. En la inmensidad del blanco desierto que la rodeaba no había ningún cambio. ¿Acaso cambiaría jamás?

Era como una hormiga que se arrastrase por una mesa blanca, dura y brillante. A veces abría los brazos y volvía la vista a su alrededor, hacia la oscuridad del cielo, hacia la blancura de la tierra, y se preguntaba si en el mundo no habría realmente espacio para ella, si habría verdaderamente alguien que quisiera clavarse los pies en un sitio determinado. Pero ya lo había olvidado todo: sólo sabía que tenía que seguir andando.

Sus piernas ya no eran suyas. Se movían debajo de ella como una rueda, como palancas que se levantasen y se bajasen en un ritmo que repercutía por todo su ser como algo extraño a ella. De pronto, se dio cuenta de que no estaba cansada, de que estaba libre y podía seguir andando durante años. Y luego sintió, de pronto, un agudo dolor en medio de la espalda y vaciló; luego, una pierna rígida volvió a levantarse y a posar el pie en el suelo, y Kira echó a andar de nuevo, inclinada, con los brazos junto al pecho hecha un ovillo, como si quisiera ahorrar esfuerzo a sus piernas.

En algún punto estaba la frontera, y había que atravesarla. De golpe, se le ocurrió pensar en un restaurante alemán que había visto una vez en el cine: sobre la puerta de entrada había un cartel en letras blancas, muy sencillas que ponía: "Café Diggy-Daggy". En el país que abandonaba no había cafés como aquél, cafés aseados y relucientes, con un piso brillante como el de un salón de baile. E inconscientemente, sin oírlo, iba repitiendo como una plegaria: "Cafés Diggy-Daggy... Café... Dig... gy... Dag... gy...", intentando andar al ritmo de las sílabas. Ya no necesitaba mandar a sus piernas que corriesen; corrían por instinto, como un animal que huyese del acoso de los cazadores, con el afán desesperado de salvar su vida. Sus labios helados murmuraban: —Eres un buen soldado, Kira Argounova, eres un buen soldado...

Ante ella, la nieve azulada se levantaba confusamente, en suaves ondulaciones. Al acercarse, las ondulaciones no cambiaban, sino que seguían rígidas, como colinas en medio de la oscuridad. Blancos conos de negros puntos se erguían sobre el cielo. Luego, Kira vio una figura oscura que se movía en línea recta a través de las colinas, a través del horizonte. Vio sus piernas que se abrían y se cerraban como tijeras; vio una negra bayoneta que brillaba sobre el fondo oscuro del cielo.

Se tendió de bruces en el suelo. Vagamente, como bajo la influencia de un anestésico, sintió que la nieve helada le mordía las muñecas por debajo de las mangas del abrigo y entraba en sus botas. Pero se quedó quieta, con el corazón latiendo contra la nieve. Luego levantó un poco la cabeza y empezó a arrastrarse lentamente sobre el vientre, con la barbilla a ras del suelo. Se detuvo un momento; luego volvió a arrastrarse.

El ciudadano Iván Ivanovitch tenía seis pies de altura, una boca muy grande y una nariz muy corta, y cuando estaba perplejo tenía la costumbre de

rascarse el pescuezo y guiñar un ojo. El ciudadano Iván Ivanovitch había nacido en 1900, en un sótano de un sórdido callejón de la ciudad de Vitebsk. Era el noveno hijo de la familia, y a los seis años había tenido que empezar a trabajar de aprendiz de zapatero. Su patrono le pegaba con una correa y le alimentaba de gachas. Tenía diez años cuando logró hacer por sí sólo su primer par de zapatos: se los puso con orgullo, y se paseó muy ufano de sentirlos crujir. Este era el primer gran recuerdo del ciudadano Iván Ivanovitch.

A los quince años sedujo a la hija del droguero vecino. La había llevado a una cuadra desierta. Ella no tenía más de doce años y un pecho plano como el de un muchacho, y había gritado desesperadamente. Pero Iván Ivanovitch le dio quince copecs y una libra de azúcar cande, y le hizo prometer que no diría nada a nadie. Este era el segundo gran recuerdo del ciudadano Iván Ivanovitch. A los dieciséis años hizo el primer par de botas para un general; lo limpió con todo esmero, escupiendo en la franela con que lo frotaba, y luego fue él mismo a llevárselo al general, que le dio un rublo de propina y una palmada en el hombro. Este era su tercer gran recuerdo.

El taller del zapatero estaba rodeado de una alegre vecindad: gente que se levantaba muy de mañana y trabajaban como negros durante todo el día; pero por la noche se divertían de lo lindo. En una esquina había un establecimiento donde se reunían a cantar alegres canciones, cogidos del brazo y balanceándose al compás de la música. Más allá había una casa donde un hombrecillo viejo y arrugado tocaba el piano; la favorita de Iván Ivanovitch era una rolliza alemana que se llamaba Gretchen; era rubia y llevaba un caprichoso quimono de color de rosa. Esas eran las noches que recordaba el ciudadano Iván Ivanovitch.

Luego sirvió en el Ejército Rojo; y mientras por encima de su *cabeza* silbaban las balas y estallaban las bombas, él cazaba piojos en el fondo de su trinchera.

Le hirieron, y alguien dijo que no saldría con vida. Mientras lo decían, él miraba a la pared con gran insistencia, completamente desinteresado de la conversación. Pero curó de su herida, y al cabo de poco se casó con una sirvienta de carnosas mejillas y opulento pecho, porque la había comprometido. Tuvieron un hijo rubio y gordo y le llamaron Iván. Los domingos iban a misa, y su mujer, si podía, les guisaba un pedazo de carnero con cebollitas. Los otros días, se arremangaba la falda sobre sus gruesos tobillos, se arrodillaba, y fregaba el suelo hasta dejarlo brillante como un espejo, y obligaba a Iván a tomar un baño cada mes en un establecimiento público. Y el ciudadano Iván Ivanovitch vivía feliz. Luego le trasladaron a la frontera, y su mujer y su hijo se volvieron al pueblo con los padres de ella.

El ciudadano Iván Ivanovitch no había aprendido a leer, y estaba de guardia en la frontera de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Caminaba lentamente, con el fusil colgado, soplando de vez en cuando sobre sus dedos ateridos de frío y maldiciendo el invierno y la nieve. El bajar la colina no le importaba, pero al subirla era más difícil y lo hacía refunfuñando. Había llegado ya casi a la cumbre, y no le quemaba la nariz. De pronto, le pareció ver algo que se movía, lejos, en medio de la nieve. Miró con más atención, pero el viento levantaba torbellinos de nevisca y no le permitía cerciorarse de si realmente había visto algo o si sólo se lo había parecido. Haciendo bocina con ambas manos, gritó: —¿Quién va?

Nadie le contestó; en la llanura no se movió nada. Volvió a gritar: —¡Salga o disparo! Pero tampoco obtuvo respuesta.

Vaciló, rascándose el pescuezo. Miró otra vez y no vio nada; pero, para mayor seguridad, se echó el fusil a la cara e hizo fuego. Una llama azul turquí rasgó las tinieblas, y un estampido resonó a través de la inmensa llanura. Pero cuando el eco murió no se oyó ningún ruido ni se vio el menor movimiento.

El ciudadano Iván Ivanovitch se rascó el pescuezo y pensó que hubiera debido ir a investigar el lugar donde le había parecido oír el ruido. Pero era demasiado tarde, la nieve estaba demasiado espesa, y el viento era demasiado frío. Iván Ivanovitch se alejó pensando:

—No debía de ser más que un conejo. Y siguió su ronda.

Kira Argounova yacía inmóvil sobre la nieve, de bruces, con los brazos echados hacia adelante. Sólo un rizo de su cabello se movía, escapando de la bufanda blanca. Sus ojos, a ras del suelo, siguieron la alta figura negra que desaparecía a lo lejos entre las colinas. Luego se fijó en la mancha roja que se iba extendiendo por la nieve, debajo de su cuerpo.

Pensaba con toda claridad, en palabras que le parecía oír: —Me ha herido. He aquí lo que se siente cuando uno está herido. No es tan espantoso, ¿verdad?

Poco a poco logró ponerse de rodillas. Se quitó un guante y metió la mano debajo de la chaqueta para asegurarse de que seguía llevando el fajo de billetes. Confiaba que la bala no lo habría atravesado. En efecto, no lo había ni tocado. El agujero que atravesaba la chaqueta estaba inmediatamente debajo. Los dedos de Kira sintieron el contacto de algo caliente y pegajoso. No le hacía mucho daño; sentía un agudo ardor en el pecho, pero no le dolía tanto como las piernas. Intentó ponerse en pie; vacilaba un poco, pero lo logró. En la chaqueta había una mancha oscura, y el sedoso pelo blanco se apelotonaba en grumos calientes y rojizos. No sangraba mucho; sólo de vez en cuando sentía gotear la herida.

Podía andar. Pensó que conteniéndose la herida con la mano, evitaría la pérdida de sangre. Ahora estaba ya cerca de la frontera; más allá encontraría quien la vendase. No era nada grave y podía soportarlo bien, tenía que soportarlo.

Anduvo unos pasos tambaleándose, y se extrañó al sentirse las piernas tan débiles. Se murmuró a sí misma, moviendo apenas los labios, cada vez más pálidos:

—Claro está; la herida te ha debilitado un poco. Ya era de esperar. No tiene importancia.

Vacilante, con la mano en el pecho, inclinándose hacia delante, siguió andando con paso incierto, haciendo eses como si estuviera ebria. Se fijó en las gotas de sangre que de vez en cuando caían sobre la nieve. Luego dejaron de caer, y Kira sonrió. No sentía ningún dolor. Su último resto de conciencia se había centrado en una voluntad, en dos piernas, cada vez más débiles. Tenía que seguir andando; tenía que pasar la frontera. Una vez habló consigo misma.

—Eres un buen soldado, Kira Argounova; eres un buen soldado, y ahora es el momento de probarlo... Sólo un esfuerzo... el último esfuerzo... no es tan difícil, ¿verdad? Puedes hacerlo, no se trata más que de andar otro poco... Sí, por favor, debes andar todavía un poco... marcharte... marcharte de una vez de este país... Oprimía con sus dedos el fajo de billetes; no podía perderlo. Había que tener mucho cuidado, ahora; apenas veía claro, y no debía olvidar que llevaba su dinero cosido en el forro de la chaqueta. La cabeza se le caía hacia adelante. Cerró los ojos, dejando únicamente dos rendijas entre los párpados para observar si sus piernas seguían andando.

De pronto, abrió los ojos y se encontró tendida en la nieve. Levantó la cabeza, asombrada, porque no se acordaba de haber caído. Debía haberse desvanecido, pensó, y se preguntó con estupor qué debía sentirse cuando uno se desvanece, porque no se acordaba de nada.

Le fue necesario largo tiempo para volver a levantarse. En el punto en que había caído, observó una gran mancha roja. Debía de haber permanecido bastante rato allí. Siguió vacilando hacia delante, mientras en su mente iba abriéndose lentamente camino una idea: la de volverse atrás para borrar la huella de su herida. Luego siguió su camino extrañada de que hiciera tanto calor y de que la nieve no se derritiera. Cada vez le era más difícil respirar. ¿Y si la nieve se hubiera derretido? Hubiera tenido que nadar, pero ella era buena nadadora, y le costaría menos nadar que andar, por lo menos descansar un poco las piernas. Siguió adelante, vacilando. No sabía si había perdido la dirección. Se había olvidado de ello. No se dio cuenta de que la colina terminaba en un barranco, y cayó por la blanca pendiente, en una confusión de brazos, piernas y nieve.

Pudo mover una mano para limpiarse el rostro. Estaba en un blanco montón de nieve en el fondo de un precipicio. El tiempo que pasó para «levantarse le pareció durar horas, años. Primero logró acercar las palmas de las manos al cuerpo, luego los codos, luego estiró las piernas, logró liberar sus pies de la nieve que los cubría, luego se puso de rodillas, apoyándose en los brazos

tensos y temblorosos, y respiró profundamente; pero cada respiro le hacía daño como una cuchillada. Por fin, jadeando, logró ponerse en pie.

Recorrió algunos pasos, tambaleándose, pero no pudo subir la otra vertiente del barranco. Se cayó, y se arrastró por la pendiente sobre las rodillas y las manos, hundiéndose de vez en cuando el rostro en la nieve para refrescarse las mejillas ardientes. Al llegar arriba se puso nuevamente en pie. Había perdido los guantes. Sintió calor, se quitó la blanca bufanda que le cubría los cabellos y la arrojó al barranco. El aire fresco la aliviaba. Anduvo de cara al viento. ¡Pero tenía tanto calor, y le costaba tanto respirar! Se quitó la chaqueta de piel de oso y la dejó caer en la nieve, sin volverse a mirar hacia atrás.

En el cielo las nubes corrían en torbellinos azules, grises y verdes. Ante ella, sobre la nieve, brillaba una línea pálida, de un blanco transparente que, sobre la nieve, por contraste, parecía verde pálido.

Siguió andando al azar; se paró un momento para echarse atrás los cabellos que le cubrían los ojos: vaciló, y emprendió de nuevo la marcha, temblando, tambaleándose como ebria en su traje de novia de encaje blanco como la nieve que la rodeaba. La cola del traje se había soltado y arrastraba tras ella, dificultándole los pasos. Kira vacilaba, sin ver nada, sin darse cuenta de nada, mientras el viento agitaba sus cabellos, y sus brazos se movían desacompañadamente, como si el viento los agitara también. Se dobló un poco hacia atrás, y al hacerlo, de debajo de su pecho izquierdo brotó un hilo de sangre que fue tiñendo poco a poco la nieve y el blanco encaje de seda del traje de novia. De pronto, sus labios se abrieron para pronunciar dulcemente un nombre, como una invocación, como un ruego de auxilio:

—¡Leo!

La repitió más fuerte, sin desesperarse, como si aquella palabra fuera la única cosa en el mundo que pudiera devolverle la vida: —¡Leo...! ¡Leo...! ¡Leo...!

Llamaba a aquel Leo que hubiera podido estar allí adonde ella iba, que hubiera debido estar al otro lado de la frontera. Leo la esperaba allí, y ella tenía que seguir adelante. Tenía que andar. Allí, en aquel mundo del otro lado de la frontera, la aguardaba una nueva vida, una vida a la que ella no había dejado de ser fiel en ningún momento de su existencia; la única bandera que nunca había arriado; una vida que no podía traicionar ahora, deteniéndose a respirar; una vida que exigía de ella que siguiera andando, andando todavía otro poco...

Entonces oyó una canción, una canción demasiado débil para ser un sonido humano, una canción que se oía como un lejano himno de batalla. No era ninguna marcha fúnebre, no era ninguna piegaria; era una melodía de una antigua opereta: la *Canción de la copa rota*.

Las notas ligeras temblaban vacilantes, luego estallaban y rodaban en rápidas cascadas con el claro tintineo del cristal, con una alegría humana, completa, sin límites.

Kira no sabía si cantaba o no. Tal vez aquella música flotaba en el espacio.

Pero aquella música había sido una promesa, una promesa que le habían hecho desde el amanecer de la vida. Y aquello que le había sido prometido no le iba a ser negado ahora. Tenía que seguir andando.

Y anduvo, frágil muchacha en su majestuoso y ondeante traje de sacerdotisa, mientras las manchas rojas iban siendo cada vez mayores sobre el delicado encaje blanco.

Al amanecer, se cayó, junto al borde de un barranco, y se quedó allí, inmóvil, sin poder levantarse.

Mucho más abajo, ante sus ojos, se extendía bajo la aurora la inmensa llanura nevada. El sol no había salido todavía; una aureola rosada y pálida como el aliento de un color, como un color naciente, empezaba a levantarse sobre la nieve y a brillar, temblorosa, transformándose poco a poco en un azul pálido, en una inmensidad azul de relucientes destellos, bajo un velo sutil como el incierto fantasma de un lago bajo el sol estival o como la superficie de un mar en el que acabase de hundirse el sol. Y la nieve, a medida que se iba alzando aquella llama líquida, parecía estremecerse, respirar, brillar dulcemente. Sobre la llanura se proyectaban largas sombras que parecían luces, como si fueran reflejos de otra luz más intentada, más azul, que empezaba a asomar por el horizonte como un maravilloso incendio.

En medio de la llanura se levantaba un árbol solitario. No tenía hojas. Sus escasas y delgadas ramas no habían detenido la nieve. Se tendía lleno de la vida de una futura primavera, y sus ramas se alzaban como brazos, a la luz de la aurora, sobre una tierra doliente donde hubieran sido posibles tantas cosas. Kira, tendida en el suelo, en lo alto de una colina, miraba al cielo. Una mano blanca e inmóvil pendía sobre el barranco, y pequeñas gotas de sangre roja iban cayendo lentamente sobre la nieve. Sonrió. Sabía que iba a morir. Pero ya no le importaba. Había conocido algo que ninguna palabra humana hubiera podido expresar. Ahora lo sabía. Había esperado eso y ahora lo sentía como si ya hubiera llegado, como si ella lo hubiera vivido. La vida había existido, siquiera porque ella había sabido cómo debía ser, y Kira la sentía ahora como un himno sin música, profunda, bajo la herida que goteaba sobre la nieve, más profunda que su misma sangre. ¿Un momento o la eternidad...? ¿Acaso tenía importancia? La vida, no vencida, existía y tenía que existir. Y Kira sonrió, en una última sonrisa a todo cuanto hubiera podido ser

LA AUTORA Y SU OBRA

La novelista Ayn Rand nació en 1905, en San Petersburgo, hoy Leningrado, habiéndose graduado en la Universidad de dicha capital en 1924. En 1926 se trasladó a los Estados Unidos, adquiriendo la nacionalidad de este país en 1931, después de haber contraído matrimonio dos años antes con Frank O'Conner. Al principio de su estancia en el país de adopción ejerció diversos oficios. Luego, al demostrar idóneas condiciones para ello, trabajó con renovados éxitos en la lectura y redacción de guiones cinematográficos. Tras cursar nuevos estudios, ejerce, de 1960 a 1964 y sucesivamente, las funciones de lectora y conferenciante en Yale, Princeton, Columbio, Johns Hopkins, Ford Hall Forum, Boston, Harvard, Massachusetts Institute Technical y en otros centros universitarios. En 1963 se le confiere el título de doctora en «Humane Letters» por parte del Lewis and Clark College. Debe la fama de que goza, sobre todo, a sus dos novelas *We, the Living* (Los que vivimos) y *Fountainhead* (El manantial). Asimismo han contribuido a su popularidad sus obras para el teatro, argumentos cinematográficos y otras producciones literarias de distinto género. Cabe destacar de ellas *The Night of January 16th* (1935), *Anthem* (1938), *The Unconquered* (1940), *Atlas Shrugged* (1957), *The Virtue of Selfishness* (1965) y *Capitalism: The Unknown Ideal* (1966).

Al referirse a nuestra autora la revista *House and Garden* escribió:

«Cuando acababa de llegar a América la rusa Ayn Rand solía quedarse parada contemplando la acerada armatosta de los rascacielos de Manhattan. Luego, la hemos descubierto en California, habiendo escogido para vivir y escribir una casita toda ella de acero, de elementales formas y colores dinámicos. Casa envuelta por la florescencia de tupidas plantas y arbustos, y de exóticos árboles.» Es desde esta vivienda que la propia escritora ha escrito una carta abierta a los lectores de sus novelas: **«Cuando me interrogan acerca de mi persona, siento la tentación de decir parafraseando a Roark: "No me pregunten sobre mí misma, mi familia, mi infancia, mis amigos ni mis sentimientos. Pregúntenme acerca de las cosas que pienso." Es el contenido del pensamiento de una persona, no sus detalles accidentales, lo que determina su carácter. Mi carácter, lo que me es más propio, está en las páginas de mis novelas.»** Sin embargo, Ayn Rand añade: **«Decidí ser escritora a la edad de nueve años, formalmente consciente. Recuerdo el día y la hora. Y no me asustó nada el penoso trabajo de describir a la gente que veía pasar por delante de la puerta de mi casa. Pero, inventar personajes que hicieran algo frente a la puerta de mi casa, sí que sentí que no podría hacerlo nunca... Salí de casa el día que me vi ya lo suficiente crecida y con fuerzas para valerme por mí**

misma. Mi vida ha sido "simplemente andada", sin ningún deseo de abrirme tal o cual camino, sin ningún propósito preconcebido. No tengo "hobbies". Tengo pocos amigos. No me gusta "ir por ahí". Soy dura e intolerable —conmigo y con los demás—cuando estoy absorbida largamente por mi trabajo. Nada me importa tanto como mi labor. La única excepción en este caso es mi marido, Frank O'Conner... El es el mejor guía y tutor que existe en cuanto puedo yo hacer para describir lo real y existente de la vida. Nunca me he ocupado en estudiar los medios para escribir bien ni he adoptado método alguno de fórmulas literarias. Ciertamente es que recibí una educación escolar, pero todo cuanto he aprendido y que me es útil, lo aprendí por mí misma y siguiendo mi propio camino. No me propuse ser una escritora profesional hasta el día que me sentí hecha para ello y lo suficientemente curtida para lograrlo. Así fue como vendí mi primer guión cinematográfico, como se estrenó mi primera obra teatral y se publicó mi primera novela, inmediatamente de darlas por terminadas, respectivamente. El primer guión, es el llamado Red Pawn y fue adquirido por la Universal Pictures. La pieza teatral, fue The Night of January 16th, la cual se representó en Broadway durante la temporada 1935-1936. La novela, We, the Living (Los que vivimos), se publicó en 1936.»

Asimismo escribe en la carta en cuestión: «Sí, tuve que luchar duramente antes, entre y después de estos éxitos. Empecé teniendo que ganarme la vida, no sólo pensando en el dinero suficiente para ello, sino en el tiempo que necesitaba para escribir, aunque fuera agotándome en horas extraordinarias. He hecho toda clase de trabajos. He servido como criada en casas particulares, he sido oficinista en un despacho comercial, y empleada en una productora cinematográfica, en la que acabé como lectora y correctora de guiones. Aun cuando no llegué a estabilizarme en ninguno de estos empleos, sí que me sirvieron como ayuda temporal para poder escribir mis primeras obras.» La escritora termina su carta a sus lectores haciendo constar que, más que a las críticas favorables de los comentaristas y las polémicas que suscitaron en un principio sus obras, el éxito de ellas se debe al hecho de que cada lector que se sumaba a sus seguidores, se convertía en un propagandista suyo. Por lo general, se consideraban descubridores de un nuevo e importante autor que no dejaban de recomendar a sus familiares y amigos. Así fue como, según hace constar la propia Ayn Rand, adquirió la gran popularidad de que goza.

E.P.